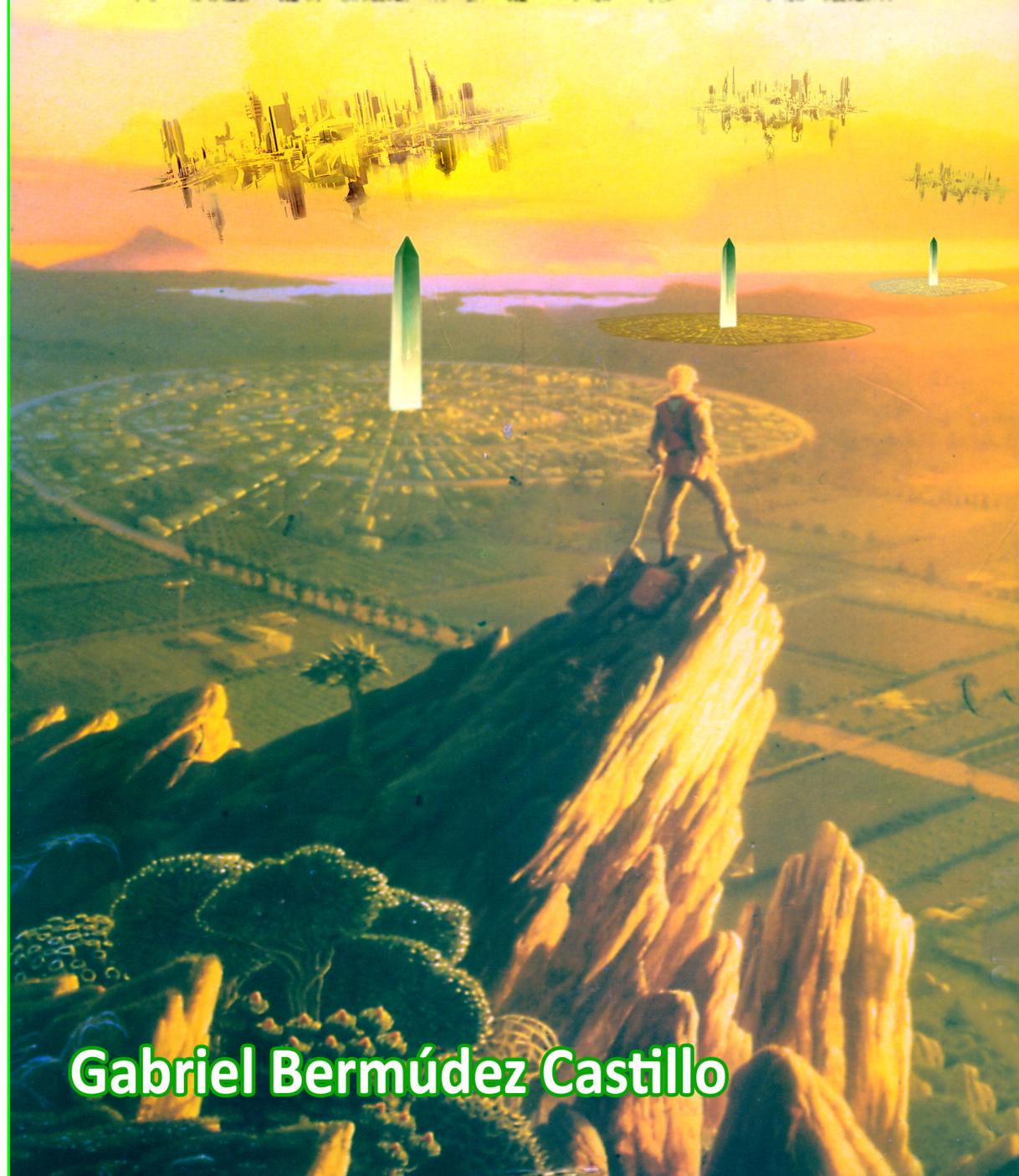


# VIAJE A UN PLANETA WU-WEI



**Gabriel Bermúdez Castillo**

Bermúdez Castillo es uno de los decanos de la Ciencia Ficción española. En su *planeta wu-wei*, el autor nos propone una especie de cuento oriental de ciencia-ficción, que es a la vez una novela de iniciación, de aventuras, y especulativa donde hace alguna incursión en la narrativa fantástica, (lo que retraerá a algunos), y donde construye uno de los textos fundamentales de la Ciencia Ficción española.

Roger T. Ames nos dice con respecto al Wu-wei: *wu-wei: falta de wei, donde wei se refiere a una actividad artificial e ideada que interfiere con el desarrollo natural y espontáneo. En un sentido práctico, wei se refiere a la imposición de autoridad.*

—Si lo quieres así, sí. Al fin y al cabo, la agricultura funciona bastante bien... no hay dinero, y el poco que hay apenas circula; todo se basa en el intercambio... no hay gobierno, ni ejército, ni administración, ni papeles... y, francamente, yo pienso vivir haciendo lo que quiera, mientras los demás hacen lo que les parece...

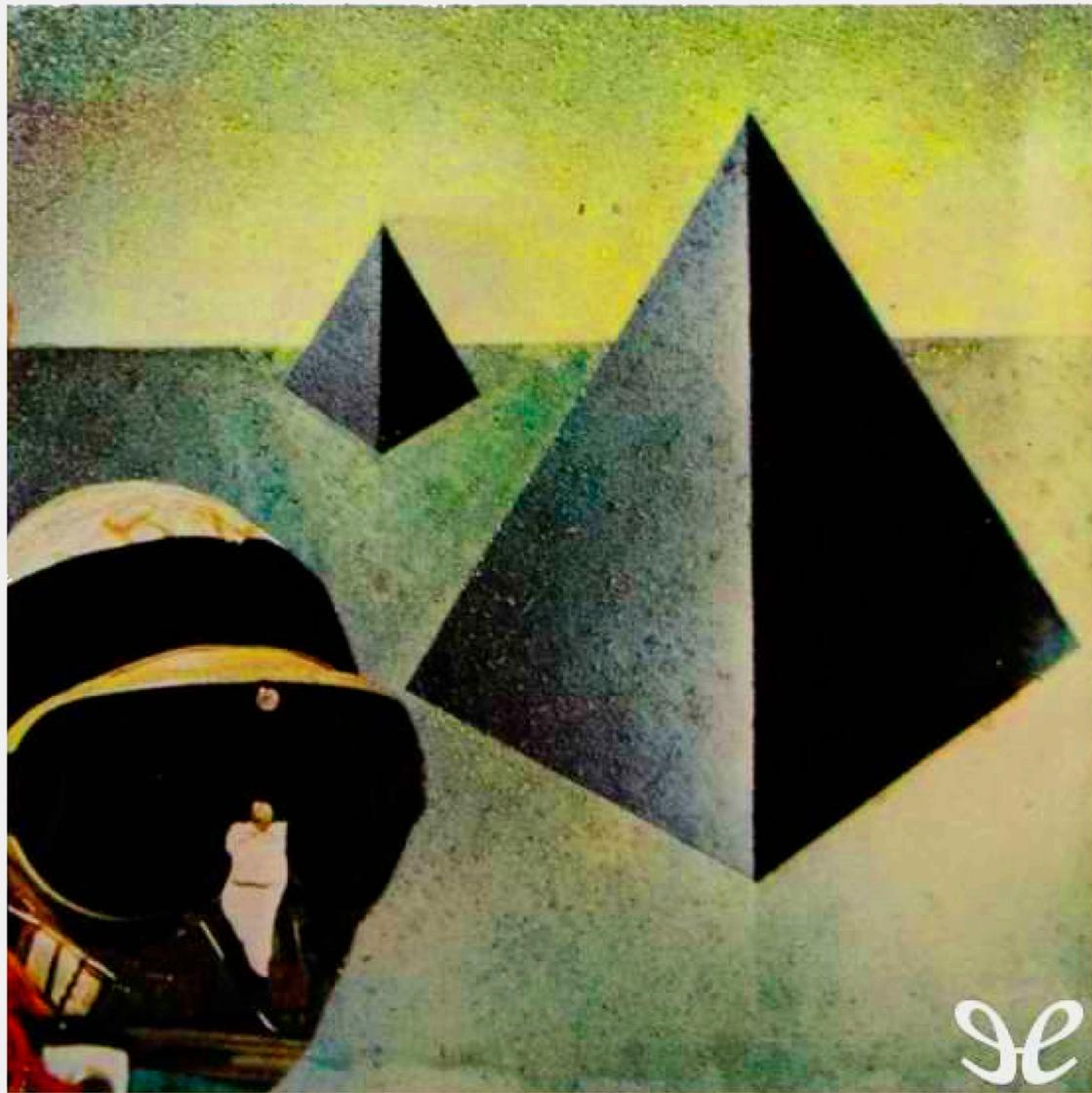
—Eso es la anarquía.

—La anarquía es una teoría política; lo que hay aquí es una realidad.

ciencia / ficción

GABRIEL BERMUDEZ CASTILLO

# VIAJE A UN PLANETA WU-WEI



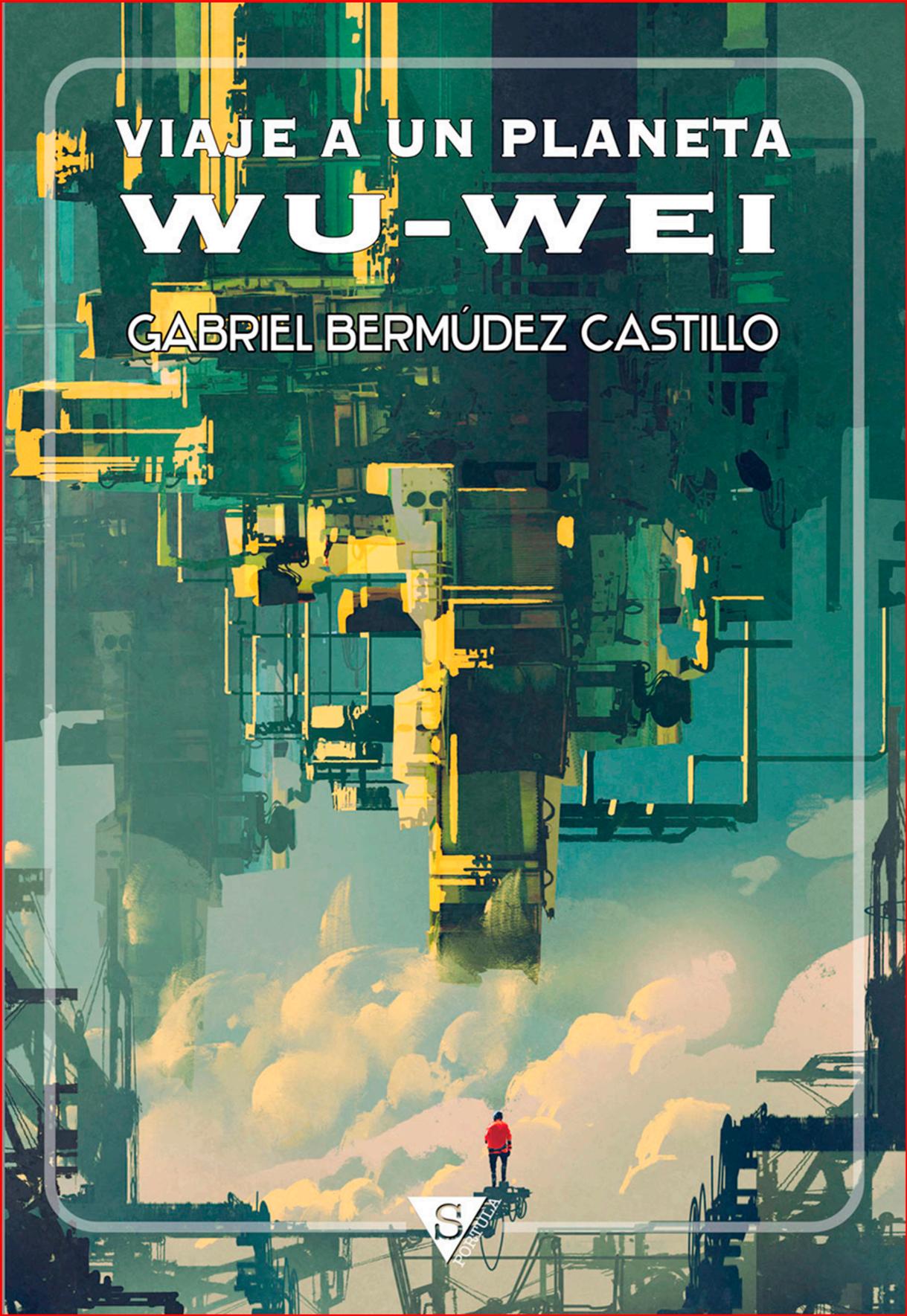


Gabriel Bermúdez Castillo

# Viaje a un planeta Wu-Wei

ePub r1.5

Titivillus 31.1.2015



VIAJE A UN PLANETA  
**WU-WEI**

GABRIEL BERMÚDEZ CASTILLO



Título original: *Viaje a un planeta Wu-Wei* Gabriel Bermúdez Castillo, 1976.

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera  
[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)



# I

## EL PRISIONERO

Después de que hubo cerrado las esposas sobre sus muñecas, Sergio permaneció inmóvil, encadenado al poste de bello plástico azul. Vio, primero, una figura borrosa que huía rápidamente a lo largo de la avenida, a esta se sumaron otras que se retiraban temerosamente, contemplando con marcado recelo la brillante cadena que le unía al poste.

No les hizo caso. Ya hacía muchos días, e incluso quizá muchos años que la suerte estaba echada, las jugadas del destino hechas y realizadas, y que los datos y las cifras, las circunstancias y los acontecimientos, se habían engranado unos tras otros para dar como resultado su encadenamiento al poste de bello plástico azul, y su exhibición ante los ojos asombrados, y un tanto asqueados, de los ciudadanos y las máquinas.

Una pareja, ataviada suntuosamente con ropas de dacrón escarlata bordeadas de oro (los cuellos subidos estrictamente hasta el nivel prescrito, la marcha pausada, los rostros puros y limpios levemente alzados hacia arriba) se detuvo, tal vez intencionadamente, tal vez sin fijarse en las cadenas, a su lado. Hubo un leve gritito en los labios de la mujer (no había sido intencionada su detención) y los dos se transformaron en una huidiza mancha roja, rielada de oro, que se perdió en uno de los túneles transversales.

Conocía bien aquella avenida; era una de las principales. Concretamente la que unía Bremen con el Castillo de las Prendas No Encontradas. Millas de luminosa longitud, ancha hasta casi no verse el otro lado, amplios paseos laterales cubiertos irregularmente de plantas en las que una sabia mano escondida estableció muchos años antes una oculta simetría. En medio de este espolón fluorescente introducido como por casualidad en el tráfico incesante de la avenida, se alzaba el poste de plástico del cual salían las cadenas, que a su vez terminaban en la dorada pareja de esposas cerradas sobre sus manos.

Tras él, una densa masa de follaje verde gris quedaba subrayada por un macizo de flores intensamente amarillas, a las que un pequeño copo púrpura-negro en sus extremos daba una ligera impresión de planta venenosa. Más atrás, entre arcadas floreales, se abrían túneles semiocultos, con cifras y signos sobre ellos. Una suave música resonó durante unos segundos; después una breve voz pidió, por favor, que no olvidasen las pildoras DIPSNIAC para el mareo, el insomnio, la prevención de los resfriados y la gripe. Un recuadro luminoso centelleó sobre los vehículos que circulaban en apretadas hileras sobre la avenida Bremen-Castillo.

¿Y POR QUÉ NO TENER UN APARTAMENTO MÁS, MÁS;

MÁÁÁÁÁÁS GRANDE? HENCI-MENCI CONSTRUCCIONES PUEDE DÁRSELO... MÁÁÁS GRANDE.

Sin que los fogonazos de las lámparas de la lejana bóveda surtieran, al parecer, ningún efecto sobre esta desordenada avalancha de móviles. El fondo de la avenida, azul pálido, con breves relámpagos verde oscuro que contenían prevenciones o avisos.

LA PRESIDENCIA HEREDITARIA PRONUNCIARÁ HOY UN TRANSCENDENTAL DISCURSO.

E incluso órdenes, y también listas de cosas que era posible adquirir, y de recorridos que era preferible evitar, y de cosas que era mejor no hacer.

NO TOMEN LA AVENIDA CORTES DEL PLACER-ROMA HAY MECS SUELTOS, Y RESULTA ALGO GRAVE SU ENCUENTRO.

¿A QUE NO SE ATREVE A SALTARSE LA PRÓXIMA LUZ ROJA? UNA FUERTE PATRULLA DE LA POLICÍA PRESIDENCIAL LE ESPERA, TIENEN PROYECTORES RIFLES CLAVOS ¡JA! ¡ATRÉVETE CONDUCTOR!

PUEDES COMPRAR LAS ÚLTIMAS BIBLIAS. ÓRDENES CONTRA TU DESMEDIDA LUJURIA. CUÉLGATELAS AL CUELLO Y ELLAS TE IMPEDIRÁN HACER ESO.

Apenas era visible en la distancia. A lo lejos, cerca de un nudo de tráfico donde los semáforos y las advertencias se arracimaban como una luminosa galaxia, hubo un sordo y retumbante estampido que reverberó lentamente bajo la bóveda. Sergio, picado de curiosidad, se inclinó hacia adelante todo lo que las cadenas daban de sí. En unos segundos un grupito de gente curiosa se había reunido a su alrededor, sobre, el espolón que penetraba en el tráfico, tratando de ver lo sucedido. Algo ardía a lo lejos, con espasmódicas llamas blanquecinas, y la ligera nube de humo azulado que subía hacia el techo era aspirada rápidamente por las grandes bocas de la bóveda.

NO CREAS QUE LAS ÓRDENES NO SON PARA TI. NO HAGAS VOLCAR EL BOTE. RESPETA TODO LO QUE DEBAS RESPETAR. RESPETA, RESPETA, RESPETA.

El tráfico de vehículos multicolores fue disminuyendo su velocidad en los tres canales más próximos al espolón, hasta quedar totalmente detenido. Dos planeadores de la policía presidencial, seguidos de una monumental grúa (alegremente pintada en verde-gris con ramalazos amarillos) se deslizaron entre la bóveda y el tráfico dirigiéndose hacia el lugar del accidente. Al lado de Sergio, una muchacha joven, vestida de negro de pies a cabeza, con una L de oro sobre el hombro izquierdo, gritó:

—Es un prisionero... ¡UN PRISIONERO!

—Pero si solamente hice volar el Precinto 421 —contestó Sergio, alegremente—. Voló por los aires... Tres cartuchos de estabiolita... y ¡pum! Las máquinas, las cajas, la gente... todo.

La sola mención en público de las cajas hubiera sido bastante para ahuyentar a la multitud. Nadie quería hablar de las Cajas-Dossier almacenadas en las dependencias de la Presidencia-Hereditaria, donde los secretos anhelos, las debilidades, los fallos; donde la historia, el nacimiento, las compras, los cambios de cada ciudadano se almacenaban... En un instante, Sergio se encontró de nuevo solo.

QUE HE DICHO QUE TE COMPRES UN LIMITADOR DE PENSAMIENTO. TE DOLERÁ, AMIGO, TE DOLERÁ CUANDO PIENSES LO QUE NO DEBES... PERO ES POR TU BIEN.

MINERÍAS DE MARTE: 566%; RAMBLAS DE LA CIUDAD: 122%; OBLIGACIONES DEL TESORO PRESIDENCIAL: 999%. AL BORDE DE LA LOCURA. ¡CONVIÉRTELAS! ¡COMPRA AHORA!

Estaba comenzando a sentir sed y hambre. No había tomado la precaución de beber algo, pensando que la patrulla le recogería en seguida, sin dejarle durante mucho tiempo solo y abandonado, unido por el cromoacero de la cadena al poste de bello plástico azul.

MARTIN BERGMAN. DEL PASAJE HEIDEMAN 1335, AMNISTÍA A SUS ACREEDORES Y DICE: QUE NO DEBE NADA A NADIE; QUE HA PAGADO PUNTUALMENTE LOS RECIBOS, Y QUE LOS RUMORES INFUNDADOS SOBRE SUS VELEIDADES NOCTURNAS SON TOTALMENTE FALSOS. LA RUINA LE ESPERA EN VIRTUD DEL COSTE DE ESTE ANUNCIO, PERO LA DA POR BUENA CON TAL DE SALVAR SU REPUTACIÓN. AYUDAD A SU FAMILIA, O COMETERÁ SACRIFICIO RITUAL.

El tráfico volvió, muy despacio, a ponerse en movimiento. Detrás de Sergio, hubo unos chasquidos y las plantas variopintas se introdujeron unas en otras, rumoreando

alegremente entre sí, cambiaron de color, crecieron, extrajeron nuevas ramas y tomaron definitivamente la forma de un espeso palmeral, a través del cual, senderos sinuosos convergían en los túneles laterales y en la misma avenida.

«Las doce de la noche», pensó Sergio. Y no tuvo necesidad de mirar su reloj para saberlo.

Un silbido penetrante comenzó a sonar a su derecha. Vio el vehículo plateado deslizarse perezosamente sobre su colchón magnético encima del entretejido cabrillar de los charolados vehículos; vio como se acercaba lentamente a él, con las cifras negras 332 netamente delimitadas sobre su estructura oval.

«De manera que por ahí se va a ser», pensó Sergio. Y le invadió una sensación de miedo; tanto daba por un sitio que por otro, pero el mero hecho de saber el lugar concreto en que sería ejecutado era bastante para producir una sensación que el temor confuso y sin nombre hasta ahora sentido había sido incapaz de provocar.

El plateado planeador tomó suelo pacíficamente a su lado; una compuerta irregular se abrió; dos hombres con el uniforme contundente de la Policía Presidencial (el traje blindado amarillo y negro, con hombreras negras que indicaban el grado) descendieron por ella con aire indiferente. Uno llevaba en la mano el prisma plástico de una llave magnética; otro, un nuevo par de esposas doradas, ligeramente adornadas con piedras de bisutería. Como saliendo del techo curvado del vehículo un nuevo anunció restalló:

JIMENO CHAO-SENG, DE LA AVENIDA MASVERASQUE, 3211, AMNISTÍA A SUS ACREEDORES Y DICE: QUE NO ES CIERTO QUE HAYA SIDO INFIEL A SU AMADA ESPOSA Y QUE LAS PRUEBAS ESTAN A DISPOSICIÓN DE LAS COMADRES RUMOREADORAS DEL LUGAR Y ADYACENTES, PRUEBAS ¡OH, SI! CONTUNDENTES Y DEMOSTRATIVAS HASTA MÁS NO PODER. DESEA QUE SU REPUTACIÓN QUEDE A SALVO. COSTE ANUNCIO DAÑA PERO NO MATA; ESO SI, AGRADECE DONACIONES. ¡POBRE JIMENO, INJUSTAMENTE CALUMNIADO!

El policía de las esposas se hallaba en ese momento aguardando que la llave magnética del otro soltase las cadenas de Sergio.

—Espera —dijo—. Ese Jimeno es amigo mío. Deseo donar.

—Pues hazlo —contestó el otro—. Yo no le conozco de nada.

A dos metros del poste de bello plástico azul, se abría una compuerta en el suelo leonado, y surgió una columna receptora, relumbrante en su estructura metálica cubierta de contadores y de gráficos. Un altavoz trompudo creció desde uno de sus costados y giró levemente a un lado y a otro, esperando una identificación:

—Soy yo —dijo el policía—. Voy a dar diez créditos para la salvación del alma de Jimeno Chao-Seng, de la Avenida Masverasque, 3211. Los doy con honor.

—¡Oh, donador admirable! —canturreó la columna, después de haber orientado su boca hacia el origen de la voz—. Que tus huesos puedan ser roídos en paz en tu tumba; que los gusanos no toquen tu cadáver. ¡Da, da! La caridad es virtud que a todos honra. ¡Pobre... grffs... Jimeno, injustamente calumniado! En la abertura de la derecha, por favor. Esta columna receptora posee un identificador electrónico que castiga la entrada de moneda falsa con la detención inmediata y la anotación en la Caja.

El policía depositó con unción una moneda de diez créditos en la abertura de la derecha. «En el fondo —pensó Sergio— es un buen hombre... casi nadie hace caso de esos anuncios de reputación,... y menos aún donan nada». La columna emitió unos ruidos de deglución, produjo un par de clicks y anunció:

—Moneda auténtica y válida en toda la ciudad. ¡De buena te has salvado, si es que pensabas engañarme! Mira, mira y aprende. Con un nuevo chasquido, dos aterradores garfios acerados surgieron de los laterales de la columna; avanzaron velozmente hacia el aterrado policía, y volvieron a introducirse en sus alveolos.

—La caridad es virtud que a todos honra —repitió la columna—. De tus diez créditos, deducido el impuesto sobre la conservación de la reputación personal, no menos de tres créditos con cincuenta centavos contribuirán a engrosar el fondo a favor del pobre... grffsss... Jimeno, injustamente calumniado. Vale, y en paz. ¿No querrás recibo, supongo?

Con la velocidad de un relámpago, la columna receptora desapareció en el suelo leonado, a dos metros del poste de bello plástico azul, y el pavimento quedó tan intacto e impoluto como si ni siquiera un rayo del lejano sol terrestre lo hubiera atravesado.

Las esposas se abrieron, después de la ligera aplicación de la llave magnética, y antes de que Sergio pudiera moverse, los dos policías se arrojaron sobre él. El donador le hizo una llave de lucha, capturándole con sus gruesos bíceps el cuello y los brazos; el otro, luchando y respirando fatigosamente, le endosó las esposas enjoyadas.

—¡Pero si no me voy a escapar! —gritó Sergio.

—Y eso, ¿qué nos importa? Eres un prisionero; los prisioneros puede ser que quieran huir; luego tú puedes querer huir. No podemos fiarnos de ti. Y ahora, al coche. Y sin rechistar. Un solo movimiento y te fulminamos. El Juez se ocupará de ti. Ya verás lo que te espera.

Asiéndole cada uno de ellos de un brazo, le introdujeron en el interior del vehículo plateado, que zumbaba suavemente, el piloto con el traje negro y amarillo a los controles; el arsenal de rifles, proyectores, clavos, sopletes, panoplias y armaduras colgado en las paredes; el bordoneante, motor en la parte trasera. Le sentaron entre ambos, y conectaron sus enjoyadas esposas a una cadena de termocrista que extrajeron de suelo.

Un viejecito de pelo blanco, sobriamente vestido con chaqueta y pantalones de

tweed gris, con la insignia del cuerpo de Astronavegadores Jubilados en el lado izquierdo del pecho, se acercó hasta el final del espolón y se quedó mirándoles. Tenía unos ojos azules profundos, llenos de bondad y de humanidad. Preguntó, señalando al inmóvil Sergio:

—¿Puedo donar para él?

—No se moleste Vuestro Honor —contestó el donador, después de una rápida ojeada a la insignia—. Este no merece ya caridad alguna... ¡Está frito! Va a manos del Juez Instructor de Las Llanuras de Israel, el hombre más duro y justo que existe, en la Ciudad. Done Vuestro Honor para otro, que lo que es éste...

—¿Puedo, entonces, donar para tu familia, muchacho? ¿Qué crimen has cometido?

—Voló un precinto, con las cajas, la gente y las máquinas. Dieciséis personas murieron en ello, y desapareció un archivo completo. Vuestro Honor puede darse cuenta de que no tiene salvación. El Juez Instructor le condenará a la pena capital; hay pruebas contundentes, y se le interrogará hábilmente. En cuanto a su familia...

—No tengo familia. Vuestro Honor —dijo Sergio—. Agradezco la donación... pero no es precisa.

HOY HABRÁ UNA EJECUCIÓN EN EL PRECINTO 332, SECTOR DE LAS LLANURAS DE ISRAEL. NO SE OS OCURRA ACERCAROS POR ALLÍ. O LAS ESPOLETAS DEL EJECUTOR DEJARAN INÚTILES LAS MAGNETOS DE VUESTROS AMADOS VEHÍCULOS. INÚTIL DONAR, INÚTIL DONAR. CONDENACIÓN PROBABLE AL 99'993% Y SIN FAMILIA. INÚTIL DONAR.

—¿Ha visto Vuestro Honor? Hasta los anuncios lo saben.

LA PRESIDENCIA HEREDITARIA HARÁ MAÑANA TRASCENDENTALES MANIFESTACIONES.

LA CIUDAD TE NECESITA; ENRÓLATE EN LAS TROPAS MINERAS DEL ASTEROIDE, Y VERÁS EL ESPACIO. BIBLIA-ORDEN INCLUIDA EN LA PRIMA DE ENROLAMIENTO; MIL CRÉDITOS PARA REPUTACIÓN PERSONAL... PERO MÁS VALE QUE NO TE HAGAN FALTA.

—En ese caso —dijo el viejecito—. En ese caso... Si al menos me permitierais... soy miembro activo de la Iglesia Episcopal Ciudadana... la que produce el arrepentidor espontáneo. Es grande tu pecado, muchacho, pero si el Juez Instructor lo permite, te enviaré al precinto un arrepentidor...

—Podéis hacerlo. Vuestro Honor —dijo el policía—. En marcha.

Las puertas del vehículo se cerraron, y Sergio pudo ver como el rostro arrugado y bondadoso del anciano se borraba en la distancia, sumiéndose entre las luces de los coches y el suave movimiento de los palmerales. A sus pies, los vehículos se movían como escarabajos charolados en mil colores, cubriendo y descubriendo el brillante revestimiento gris de la calzada; a los lados, pasaban veloces las arcadas cubiertas de ventanas. Sortearon un entramado metálico tendido de un lado a otro de la avenida, cubierto de una hormigueante muchedumbre...

LA SUPERPRODUCCIÓN ESTELAR «RAZA DE HÉROES» EN EL CINE GRIS-VERDE. CONTEMPLA CON TUS OJOS EL HERÓICO SACRIFICIO DE AQUELLOS QUE SUPIERON MORIR PARA QUE OTROS VIVIERAN. CIEN MIL EXTRAS. FASTUOSOS DECORADOS. LA PELÍCULA DE TODOS LOS TIEMPOS. CON CLARK VANCE JR. Y TODITA NOON.

Pasaron sobre el nudo de tráfico, enracimado de semáforos y señales, donde poco antes había habido un accidente. Los restos ennegrecidos de tres vehículos se empotraban entre sí al pie de una de las columnas de señalización del tráfico rápido; dos vehículos policiales y una grúa trabajaban afanosamente a su alrededor; el sonido de una ambulancia surcó, en la lejanía, el aire espeso y removido por los ventiladores.

La avenida se ensanchaba en aquel punto, de tal manera que sus lados eran casi invisibles. Sergio, alzando la cabeza, pudo ver que se estaban acercando a la bóveda, y, simultáneamente, ganando velocidad. El zumbar del motor, antes sordo, se convirtió en un fúnebre aullido, y el exterior se transformó en una masa de colores sin forma alguna.

—Es cosa de momentos, chico —dijo el policía bondadoso—. No tendrás tiempo de enterarte de nada. El juicio, y después...

—No le consueles —dijo el otro—. Es un criminal, un indeseable. Un asesino indigno de compasión. Por mí, no llegaba vivo al precinto.

Los pensamientos daban vueltas velozmente en la cabeza de Sergio. Había tomado una decisión, cierta o equivocada, pero estaba tomada ya y no cabían enmiendas. Ni siquiera le causaba vergüenza el hecho de ser un criminal y la exhibición pública que había experimentado poco antes. Se sentía como acorchado, sin sentimientos ni deseo alguno de luchar más. Quizá más adelante este deseo de luchar por lo que él creía reviviera nuevamente. Pero ahora no; ahora sólo quería olvidar.

PAGA TUS IMPUESTOS A LA PRESIDENCIA HEREDITARIA. CUMPLE CON TUS OBLIGACIONES. NO DEJES PARA MAÑANA EL IMPUESTO

## QUE PUEDAS PAGAR HOY.

Olvidar... No era tan fácil decirlo. El rostro de Adalba Ferrant aparecía una y otra vez en sus pensamientos. ¿Por qué ese rostro, precisamente, si sólo la había visto dos veces? Quizá porque fuera una perfecta expresión, lindante casi con la imposibilidad, de las virtudes que una muchacha debiera tener. Un rostro perfecto, angelical en sus trazos, lleno de pureza y buenos sentimientos. No se había atrevido a pronunciarse con ella, ni a propasarse un poco, como con otras. Bien era cierto que casi nunca había conseguido nada... Adalba Ferrant. Una mujer cuya compañía le hubiera salvado, posiblemente, del negro destino que le esperaba. Por soñar no sucedía nada... Quizá si la hubiera conocido antes; quizá si ella hubiera llegado a ser su esposa, la madre de sus hijos, la compañera de su vida... Y en vez de eso, esa terrible insatisfacción, ese odio hacia todo que le había traído aquí... Esa insana sensación de no poder luchar contra el destino, y de estar encerrado por otros en una jaula de la que nunca hubiera podido salir... «Adalba Ferrant —pensó—. No sé si te amo. Pero creo que sí hubiera podido amarte».

El vehículo picó hacia el suelo, mientras los pies del piloto daban una patada a la barra del timón, y su mano derecha introducía los flaps. El efecto de frenado fue grande, y los dos policías, juntamente con él, se fueron hacia adelante, rápidamente contenidos por la pared interna de seguridad. Con un rugido rasposo, los colchones magnéticos tomaron suelo ante la entrada del precinto 332.

Apenas tuvo tiempo Sergio de ver la alta y cuadrangular forma gris, llena de negras ventanas, torrecillas y aspilleras, con los cables y las antenas de comunicación surcándola en todas direcciones. Sobre el techo, a cientos de metros de altura, un monstruoso ventilador, con las aspas afiladas como navajas daba vueltas lentamente, enviando hacia abajo un leve corriente de aire grasiento. De vez en cuando, una gota de espeso aceite negro caía sobre la acera, manchando de forma indeleble a aquellos que se atrevían a acercarse, demasiado.

Le introdujeron en una sala cuadrada, con un gran mostrador en un extremo, y el resto ocupado por bancos sueltos. Le sentaron de un empujón en uno de ellos, y conectaron sus esposas doradas a una cadena de acero. Tras el mostrador, el personal civil, inclinado sobre sus máquinas, escribía, calculaba y retransmitía mensajes continuamente. Una pantalla mural se cubría sin cesar de anuncios de busca y captura y de órdenes de detención, muchas de ellas en la abreviada clave de la policía, casi incomprensible.

MEC. ERNEST MAGELLAN, 110-26-34-92. NO SEÑAS PART. PERS.  
CULP. COND. 3333 VECES. DOCE MIL CREDTS. TERR. PAC. CUT. VER.  
DISC. COMISARIO JEFE LEONIDAS HEILBRONN. —PR. 389—.  
¡PELIGROSO! ¡VA ARMADO!

Había una pareja sentada en otro banco, frente a él. No iban esposados. La chica era morena, graciosa, vestida con un atrevido traje verde que descubría sus hombros, de piel muy blanca. Muy pintada, y con cierto aspecto osado. El muchacho llevaba la chaqueta con placas cromadas de los MEC, y pantalones azules llenos de remaches y cosidos con hilo de acero. Eran claramente visibles las argollas de la chaqueta y de los pantalones donde había estado prendida la gruesa cadena de hierro que les servía de arma. Indudablemente, era lo primero que le habían quitado al cogerlo. Durante unos segundos, Sergio miró a la chica, deleitándose en las curvas del torneado cuello y los blancos hombros; después, casi automáticamente, retiró la vista temiendo molestar a su compañero. Lo hubiera hecho aun cuando no se tratase de un Mec (que siempre inspiraba pavor) puesto que los residuos de su educación ciudadana eran aún grandes. Mirar de esa forma a una muchacha que iba con otro estaba mal.

Luego pensó que daba igual, que estaba condenado, y que el Mec no iba a poder hacerle nada que no estuviera ya preparado en la mente del Juez Instructor de Las Llanuras de Israel. Por ello, volvió a mirar fijamente a la joven, analizando una a una las formas que el ceñido traje verde (una verdadera indecencia, pensándolo bien) ponía en valor.

—¡Oye, tú, cerdo...! —dijo el Mec, levantándose—. ¿Qué te has creído...?

—Déjale en paz —gruñó el sargento, alzándose a medias detrás del mostrador—. Ese lleva lo suyo. Es el que hizo gas el Precinto 421... No le vas a ver más mirando a tu chica. Preocúpate de ti mismo. No te hemos traído aquí para que protestes.

—¡Tengo mis derechos! ¡Quiero llamar a mi abogado!

—Ya lo hemos llamado nosotros. Y ha dicho que no quería venir. Que era la quinta vez que te cogían, y que te las arreglases solo. Cállate y estate tranquilo, o empeorarás tu caso.

El Mec se sentó, gruñendo y sin dejar de lanzar rencorosas miradas hacia Sergio. Este no le hizo ningún caso. Miraba, sin verlo, el retrato de Jorge III de Belloc-Bainville, Presidente Hereditario de la Ciudad, Señor de la Rueda, Elector indiscutido del Orbe, Profesor de los Diversos Niveles... que presidía, en una majestuosa reproducción en tres dimensiones, a todo color, el lugar donde los funcionarios se afanaban en su trabajo. Durante unos segundos, le pareció como sí el señor todopoderoso de la Ciudad no fuera más que un pobre infeliz, igual en todo a él mismo. Después, esta sensación se borró, consumida por la insensibilidad general que le invadía.

Al Mec y a su chica les acercaron unas tazas de Neocafé y unas galletas; a él no le dieron absolutamente nada.

SU ALTEZA EL PRESIDENTE HEREDITARIO HA PASADO EL DÍA SUMIDO EN SUS ESTUDIOS ASTRONÓMICOS Y PREOCUPADO POR LA CRECIENTE OLA DE VICIO QUE INVADIR LA CIUDAD. VARIAS PATRULLAS, EN LOS NIVELES BAJOS, HAN TENIDO LIGEROS

ENCUENTROS CON ELEMENTOS NO ADECUADOS. ¡PAZ A TODOS!

SOLAMENTE FALTAN UNOS MESES PARA EL JUBILEO, COMO SE ANUNCIÓ, POR SI NO LO SABÍAS, EL SECTOR CENTRAL DESCENDERÁ A LOS ABISMOS Y SU ALTEZA SERA CONSAGRADO. —INFORMACIÓN EN LA CANCELLERÍA—. ¡ASISTE Y SERÁS HONRADO! PRECIOS MÓDICOS.

El movimiento de sus esposas le trajo nuevamente a la realidad. Uno de los guardias, acompañado por un hombre de paisano estaba abriéndoselas.

—Ven con nosotros.

Caminaron junto al mostrador, seguidos por las miradas curiosas de los funcionarios. Al fondo se alzaba una puerta ojival, en acero tallado, cubierta de irregulares grabados negros. Se abrió silenciosamente, girando sobre sus pesados goznes, en el momento en que se acercaron a ella, revelando una pequeña sala con una pantalla al fondo y las paredes cubiertas de terciopelo rojo. En el centro de la habitación había una silla de madera, con un banco detrás, y dos pequeñas mesas a los lados.

El guardia le indicó que ocupase la silla, y tomó asiento detrás de él, mientras que el funcionario civil ocupaba una de las mesas. Durante unos segundos permanecieron en silencio, esperando; Sergio oyó claramente el sonido silbante de la puerta de acero al girar sobre sus engrasados goznes y cerrarse. El ruido de las máquinas de escribir y de los teletipos dejó de llegar hasta ellos.

Con un ligero crujido, la pantalla de televisión se encendió, revelando el rostro cobrizo, de adusta expresión, de Su Excelencia el Juez de las Llanuras de Israel.

—Atención, atención —dijo el funcionario civil—. Causa número 1332/316 contra Sergio Armstrong. Violencia, asesinato y explosión. Preside el Excelentísimo Juez Micah De Brie. Cualquier ciudadano puede conectar con la sala de audiencias, y ver, y escuchar, la administración de Justicia.

—El reo tiene derecho a un defensor —dijo el Juez, en voz muy baja. Tenía una espesa cabellera blanca, que destacaba vívidamente sobre su ropaje escarlata. Era anciano, y estaba encorvado, pero sus ojos eran como dos puñales de acero frío, penetrantes y duros, sin piedad alguna.

—Ha renunciado a ello —manifestó el funcionario civil—. Desea ejercer su derecho de defenderse por sí mismo.

—Concedido —respondió el Juez—. La Administración de Justicia renuncia entonces, tal como establece el artículo 232 del Procedimiento de Urgencia Criminal al uso del Acusador Público. Sergio Armstrong, son graves los delitos que se te imputan, y por ello debo hacerte esta advertencia: al renunciar al defensor y la Administración al Fiscal, dejas en mis manos la valoración de los hechos y la decisión final. Automáticamente, la renuncia a ambos funcionarios lleva consigo la

pérdida de la instancia; no cabe recurso alguno. ¿Estás conforme con ello?

—Lo estoy, Excelencia —musitó Sergio.

—Proceda —ordenó el Juez.

El funcionario extrajo una caja plateada del cajón de su mesa. Sergio tembló al reconocerla, aun cuando lo esperaba, y estaba haciendo sobrehumanos esfuerzos para el momento en que le tocase enfrentarse a ella. Era la temida Caja-Dossier, extraída del correspondiente archivo.

—Seleccione el Señor Secretario para información abreviada —ordenó el Juez—. No quiero pasarme todo el día con este caso.

—Como ordene Vuecencia.

El Secretario manejó los controles de la Caja-Dossier.

—Sergio Armstrong —dijo la Caja, con suave voz femenina—. Nacido en el Patio de la Verdad 397, Sector Illinois, el día 19 de marzo del año 289. Actualmente tiene 27 años. Hijo de Sergio, Maquinista Fundidor, y de María. Técnico en Alimentación. No se le procuró doble genético, debido a los ingresos insuficientes de los padres. Altura actual, un metro sesenta y cinco. Pelo negro; ojos grises...

—Corrija eso —dijo el Juez—. Los ojos del reo me parecen negros.

—Lo son. Excelencia.

—Eran grises cuando yo era niño —dijo Sergio—. Luego...

—No interesa. Corrija, Secretario.

—... ojos negros, boca normal, nariz normal, orejas normales. Contextura normal, ligeramente atlética. Holografía disponible en...

—Alto —dijo el Juez—. Si el reo rechaza la identificación puede someterse a la de la Caja-Dossier. Si la de esta es positiva, no se admitirá prueba en contrario.

—No la rechazo —contestó Sergio—. Soy Sergio Armstrong. A ver quien es el que puede discutir con esos aparatos... Son inhumanos y crueles... La Ciudad no debería...

—Silencio —dijo el Juez—. No interesa. Continúe.

—... Estudios iniciales básicos sin aprovechamiento. Índice mental bajo. Tres tentativas de ingreso en la Escuela de Fundidores. Reprobado en todas ellas. Colocación obtenida a los diecinueve años en el Servicio de Alimentación como Camarero de 2.<sup>a</sup> Ascendido a Camarero de 1.<sup>a</sup> a los veinticinco años. Informe de sus jefes: Insuficiente, inconstante, tardo en cumplir las órdenes, perezoso, sin deseos de superación. Informe familiar: Carencia del mismo; los padres murieron cuando Sergio Armstrong tenía catorce años en el hundimiento de la Bóveda de Gibraltar, el día 9 de abril del año 303. Informe de su tutor coincidente con el informe profesional, añadiéndose una probabilidad de falta de honradez del interesado: desapariciones de objetos de escaso valor de sus amigos o compañeros. Informe policial: Primeras relaciones sexuales a los dieciocho años con una prostituta del Nivel decimonoveno, Sector Illinois. Señas disponibles. Falta de formación religiosa y cívica. Informes totales sobre comportamiento social y sexual, visitas a espectáculos no recomendados

a disposición...

—No interesan —dijo el Juez—. Informe político.

—A los veinticuatro años —continúa la Caja Dossier, con dulzura— conoce a James Norman y a Tadeo Mendoza, activistas partidarios de la ruptura del mecanicismo en el trato ciudadano, vulgarmente conocidos por Inercistas. Asiste a varias reuniones de las cuales existen informes contradictorios en los archivos de la Policía Presidencial. Probablemente en una de ellas se acuerda el atentar contra algún organismo ciudadano. Las declaraciones del detenido James Norman establecen que se sorteó, recayendo la obligación de colocar la carga explosiva en Sergio Armstrong. Dichas declaraciones establecen igualmente que el sorteo estaba trucado por los demás asistentes a la reunión y que de antemano se había decidido, dado el bajo nivel mental y la escasa posibilidad de utilización del acusado, que fuera este el que se ocupase de la voladura, dado que era prácticamente inútil para otras actividades más complicadas.

—Silencio —dijo el Juez.

Seguramente había notado el sobresalto que sacudió a Sergio al oír las últimas palabras de la Caja-Dossier. Durante interminables minutos los aguzados ojos de Su Excelencia el Juez Instructor de las Llanuras de Israel avizoraron, estudiaron, disecaron, el rostro del reo. Por un momento, pareció que el anciano iba a decir algo; levantó las huesudas manos hacia el rostro, abrió la boca... Pero las manos volvieron a su sitio, la boca se cerró, y los aterradores ojos del Juez continuaron su labor de escrutinio. Llegó un instante en que el asustado Sergio no pudo resistir aquella espantosa mirada, que parecía llegar hasta el fondo de su alma y sacar a relucir las mil cosas que no figuraban en la Caja-Dossier...

—Adelante —dijo el Juez.

—A las tres horas, quince minutos del veinte de febrero del corriente año —continuó suavemente la Caja-Dossier—. Sergio Armstrong se aproximó al Precinto 421 portando consigo un paquete con tres cartuchos de estabiolita, conectados a un detonador de tiempo. Según declaraciones del cabo Lamont, superviviente del atentado, se acercó al Sargento de Guardia, le pidió un informe, y abandonó el lugar, dejando el paquete con el explosivo bajo una mesa auxiliar. Sin duda debido a su torpeza en el manejo del detonador, la explosión se produjo prematuramente, en el momento en que se encontraba a corta distancia del Precinto, siendo alcanzado por cascotes y quedando sin sentido. Fue capturado y encausado. Fin.

El Secretario cerró la Caja Dossier, que exhaló un ligero suspiro, y miró al Juez. Este se reclinó levemente hacia atrás, y alzó un dedo admonitorio hacia el acusado:

—El reo puede ahora aceptar o denegar los hechos. Si acepta, la sentencia se dictará de inmediato. Si deniega, será sometido a la Caja Dossier, la cual actuará como Detector de Mentiras, y averará, o no, según el caso, las declaraciones del reo... En este último caso, la sentencia será dictada según los resultados de las declaraciones, y su certeza, establecida por la Caja-Dossier, en el transcurso de

veinticuatro horas... ¿El reo acepta o deniega los hechos?

—Los acepto ¡qué remedio! —contestó Sergio—. ¿De qué me serviría negarlos, si esa Caja va a decir la verdad por mí? Sólo quiero decir que he tenido mis motivos... He querido sensibilizar la opinión... Actualmente hay una ruptura de tipo mecánico en el trato del ciudadano... La policía Presidencial no es el organismo adecuado...

—A este Tribunal no le interesan en absoluto los motivos por los que el acusado ha cometido su crimen; sino solamente, a efecto de procedimiento, si el acusado acepta o deniega los hechos.

—Acepto los hechos... sí, los acepto, pero...

—Dictaré la sentencia en breves segundos. Hasta entonces el acusado guardará silencio, o se le obligará a hacerlo.

El juez inclinó la cabeza, y escondió el rostro entre las manos. Hubo un ligero restallar luminoso en el aire:

HA SIDO CAPTURADO DESPUÉS DE BREVE LUCHA CON LAS FUERZAS DEL ORDEN EL CIRUJANO BANDIDO EFRAIM MAC DONALD, RESPONSABLE DE NUMEROSOS INJERTOS Y TRANSFERENCIAS DE ÓRGANOS NO AUTORIZADAS. LOS CÓMPLICES DEL CIRUJANO-BANDIDO EFRAIM MAC DONALD HAN PERECIDO EN EL ENCUENTRO, EN EL QUE HA SIDO HERIDO LEVEMENTE EL SARGENTO TAULER. ¡PAZ A TODOS!

USTED PUEDE ASEGURAR EL PORVENIR DE SUS HIJOS. ¿POR QUÉ NO CONSEGUIRLES UN DOBLE GENÉTICO MEDIANTE UNA SIMPLE TOMA DE EPIDERMIS EN EL MOMENTO DEL NACIMIENTO? ¡MARAVÍLLESE! PIENSE QUE CRECERÁ A LA VEZ QUE SU HIJO, SIENDO EXACTAMENTE IGUAL QUE ÉL, Y QUE CONSTITUIRÁ UNA VERDADERA RESERVA DE ÓRGANOS FRESCOS. ¡TRASPLANTES SIN PROBLEMA DE RECHAZO! ¡INOFENSIVOS! ¡GARANTIZADOS! ¡PERFECTOS!

«Incluso aquí», pensó Sergio, sin apartar la vista del Juez, que continuaba concentrado intensamente, el cuerpo encorvado dentro del ropaje escarlata, las manos huesudas extendidas sobre el rostro, la cabeza hundida entre los hombros. Hubo un ligero carraspeo por parte del Secretario, en medio del funeral silencio de la sala de Audiencias; el guardia se revolvió, inquieto. De la Caja-Dossier se escapaba un leve siseo, como si tuviera una pérdida de vapor... y su brillo parecía ligeramente burlón, como si no se tomase en serio lo que estaba sucediendo allí. Y sin embargo, el fin de Sergio Armstrong era el fin de su Caja Dossier, que sería borrada, limpiada y

reprogramada para otro ser humano...

—La juventud del acusado —dijo el Juez, mirando con fijeza a Sergio— y el hecho indudable de haber sido burdamente engañado por sus compañeros de conspiración, así como la certeza de que su escasa capacidad mental le ha impedido darse cuenta de la gravedad del hecho delictivo que iba a cometer, podrían inclinarme a la clemencia. Sin embargo, no cabe ninguna duda sobre que el acusado era plenamente consciente de que la colocación de un explosivo traería consigo la pérdida de vidas humanas, así como la destrucción de bienes materiales, y también de que ese explosivo y los correspondientes daños provocarían, en todo caso, una sensación de intranquilidad en la conciencia colectiva. Nada de esto ha sido ignorado por el reo; lo sabía de antemano, y bajo ningún concepto puede eximirse de responsabilidad pensando que ignoraba las consecuencias de sus actos. La clemencia, sería, por tanto, en este caso, una concesión innecesaria y peligrosa para la ciudad. Con dolor de corazón debo pronunciar, y pronuncio, una sentencia condenatoria a la pena capital. El acusado será conducido de inmediato por el mismo Agente de la Autoridad que le custodia al nivel más bajo, y allí se procederá en la forma acostumbrada. Se le informará previamente del manejo de la cápsula, y se le entregarán raciones para una semana. A continuación, será expulsado de la ciudad. Tómese nota formularia en la Caja-Dossier, y después sea entregada esta a la Sección de Custodia para su reprogramación.

—¡No podéis...! —comenzó a gritar Sergio, levantándose.

Pero era inútil ya. La pantalla que reflejaba el rostro del Juez se extinguió, desapareció la imagen de éste y sólo quedó una pulida superficie gris.

—Cállese el acusado —dijo el Secretario—. O de lo contrario le será administrada una inyección. Proceda, Agente. A las cero horas, dieciocho minutos del día 22 de febrero del año 316 es condenado a la pena capital el reo Sergio Armstrong. El oficial... ¿cómo?

—Oficial Huntz, señor —dijo el agente.

—... el oficial Huntz queda encargado de proceder en la forma acostumbrada.

El Secretario cerró los mandos de la Caja-Dossier y la entregó al Oficial. Después, salió. Durante unos segundos, llegaron de nuevo a los oídos de Sergio los chasquidos de las máquinas de escribir y un confuso clamoreo. Luego, cuando la puerta se cerró de nuevo, y quedó a solas con el Oficial Huntz, retornó el opresivo silencio.

Estaba aterrado. Sentía como el corazón daba unos latidos enormes, lentos, que le llegaban a la boca y le hacían sentir una sensación de asfixia.

—Mira, chico —dijo el oficial Huntz—. Ahora va a abrirse esa pared —señaló una de las de terciopelo rojo—. No alborotes, no intentes rebelarte. No va a servir de nada. Si lo haces, ya has oído, te daré una inyección —mostró un pequeño tubo azul— y, además de que te quedarás mudo y apenas podrás moverte, te quitará todos los reflejos... Te quedarás como dormido, ¿entiendes? Y vas a necesitar estar muy

despierto... ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Sergio, con un soplo de voz—. Pero ¿qué probabilidades tengo...?

—No lo sé —respondió secamente el policía—. Nunca me han expulsado.

Suavemente la pared de terciopelo rojo que había frente a ellos se deslizó hacia arriba, revelando un hueco mal iluminado, en el que comenzaban unas sombrías escaleras.

—Vamos —dijo el Agente—. El camino es largo.

Sin protestar, Sergio entró en el hueco y comenzó a descender las escaleras, oyendo resonar tras él las botas blindadas del Oficial Huntz. Descendió durante un buen rato, sin que en las escaleras se presentase una sola revuelta. Ofrecían un notorio contraste con las zonas que acababa de abandonar, iluminadas profusamente, llenas de colorido. Aquí todo era gris, de desnudo hierro oxidado, donde los pasos retumbaban metálicamente. Las luces eran tristes bombillas cubiertas de polvo, alojadas en sucias hornacinas de los muros llenos de herrumbre. Parecía como si una oculta mente hubiera querido marcar con claridad la diferencia entre el mundo que acababa de dejar y aquel al que iba a pertenecer desde ahora.

—Más aprisa.

—¿Tienes ganas de acabar conmigo?

—Desde luego que sí.

Las escaleras continuaban descendiendo, sin interrumpirse, sin que pudiera avizorarse su final. Tras ellos, las luces iban extinguiéndose una a una, a medida que se alejaban. De cuando en cuando, un sordo rumor de maquinaria en marcha (choques metálicos, resoplidos de vapor aprisionado, estallidos, jadeos) atravesaba los metálicos muros. Poco a poco, una sensación de humedad y de frío invadió el cuerpo de Sergio: miasmas grises surgían de rejillas abiertas a nivel del suelo; vedijas neblinosas cruzaban un lado a otro de la escalera.

—¿No podemos descansar un poco?

—Un par de minutos, el tiempo de un cigarrillo. Se detuvieron al lado de una de las bocas enrejadas abiertas en la pared, y Sergio, agotado, se sentó en el suelo, apoyando las manos esposadas en las rodillas. El Agente extrajo un cigarrillo y lo agitó en el aire. Chupó golosamente cuando el perfumado humo rosa (era un Ray Drug, una mezcla muy floja) se expandió en el espeso aire.

SI REUNES DINERO PARA LLEGAR A VIVIR BIEN VE A LA SALA DE FIESTAS DIVERSIONES ESPECTÁCULOS DEL BARON GRINDALL. - SI NO LO REUNES, NO SE TE OCURRA IR, PÚDRETE. - LAS MEJORES ATRACCIONES EN LA PISTA: EL BALLET TURCOMANO, LA SUPERSEXY LUCRECIA RAYOS X, Y NO ES BROMA. - SOLO CON RAYOS X VERAS LO QUE SE QUITA. - RECOMENDADA LA NO ASISTENCIA POR LAS AUTORIDADES RELIGIOSAS, CON QUE

¡FÍJATE!

SU ALTEZA EL PRESIDENTE HEREDITARIO HA LANZADO HOY UN PEQUEÑO SATÉLITE A MARTE. ES FELIZ Y SE PREPARA PARA EL JUBILEO, PERO RECOMIENDA A TODOS INVIERTAN EN LAS OBLIGACIONES DEL TESORO PRESIDENCIAL.

De la boca enrejada surgió un sonido repentino, como una violenta descarga de agua a través de un vertedero. Al mismo tiempo, una densa bocanada de olor pútrido llegó a las narices de ambos.

—¡Puaf! —dijo el guardia—. Se te ocurre pararte junto a una letrina. ¡Vámonos de aquí!

En parte por el olor y en parte por el puntapié que le dio el guardia, Sergio avanzó tropticando a lo largo de los escalones. No tenía ni idea de cuanto habían descendido ya, pero nunca hubiera creído que una escalera pudiera ser tan larga y tan recta. Continuaba el ballet de las luces turbias apagándose y encendiéndose, los ruidos inmundos saliendo de las rejas... y además, ahora, los escalones estaban francamente húmedos y resbaladizos. En cierto momento, estuvo a punto de caer, habiéndose deslizado su pie sobre un repugnante montón, y sólo la dura mano del oficial Huntz pudo retenerle.

Un luminar rojizo apareció en las profundidades. Pero carecía de la belleza alegre que las luces de la ciudad tenían; era una luz lóbrega, como producida por las llamas del infierno o por un inmenso montón de porquería ardiendo en las tinieblas. A medida que aquella lúgubre luz rojiza iba creciendo, Sergio pudo darse cuenta de que los escalones iban ganando en anchura, los muros alejándose, y de que lo que al principio le había parecido un simple punto rojo, ahora era una gigantesca boca de caverna, abriéndose en misterios desconocidos.

Se encontraron en una gran planicie mal iluminada, cuyos límites eran imposibles de determinar. Fulgores rojo-sangre surgían de diversos proyectores, atravesando difícilmente la atmósfera llena de polvo y de hedores químicos que hizo toser al oficial y lagrimear a Sergio. Y sin embargo, allí vivía gente. Sergio pudo ver hileras de ventanas escasamente iluminadas, en las que se movían bultos negros. Un hombre harapos, con la tez blanquecina bajo los focos escarlata, se cruzó con ellos, cargado con un pesado bulto. Tosía, y Sergio creyó reconocer la sangre en la saliva que le manchaba la boca.

Al fondo, se movían pesados transportes oscuros, con ejes y ruedas chorreantes de grasa. En las tinieblas se movían volantes gigantescos, tirando de pesados cables hacia lo alto; un rumor continuo, penetrante, de maquinaria en marcha, lo invadía todo...

—¿Es aquí? —dijo Sergio.

—¡Aquí! —gruñó el Agente—. No creerás que te vas a quedar aquí... Esto es el

cielo, chico. Lo que a ti te espera es mucho peor...

Pasó una patrulla de la policía Presidencial, fuertemente armada, con las viseras de los cascos cerrados completamente sobre el rostro. El oficial Huntz habló unos instantes con el Jefe; le indicaron algo, con un gesto.

—Nos acompañarán, chico. Es mejor para mí. A ti...

Canales de agua inmundas discurrían a través de la llanura. Al continuar su camino, entraron en un bosque de enormes columnas, chorreantes de limo; sin duda alguna, los basamentos más profundos de la ciudad. Entre ellas se movían grupos indistintos de gentes que tosían y transportaban pesos... No se oía una sola voz, ni una sola protesta; sólo el ruido de las máquinas, el gemir de los transportes y el zumbido de las ruedas perdidas en las alturas...

Atravesaron un desvencijado puente metálico que cruzaba sobre una ancha corriente de lodo. Ascendían de esta hedores tan espantosos que parecían sólidos; Sergio sintió una sensación de asfixia, como si su olfato no pudiera resistir un solo segundo más... Las vigas transversales del puente temblaban bajo el paso de la patrulla; un foco amarillento se encendió en el cielo durante unos segundos y reveló un entramado de cables del que pendían pequeñas cabinas... Una figura humana, trabajosamente, saltaba de un cable a otro, arrastrando una caja de herramientas...

—Entramos en una zona abandonada —dijo el Jefe de la Patrulla, con la voz gangosa y casi inaudible a causa de la visera protectora—. Es preciso tener precaución... De todas formas falta poco.

Al acabar el puente sólo había una oscuridad absoluta. Los guardias encendieron las luces individuales, revelando un suelo cubierto de basura... Continuaron a través de enormes columnas. Parecía como si más allá, en la espesa oscuridad, enormes montones de porquería aguardasen, vigilantes, prestos a lanzarse sobre ellos.

—Es aquí. Esperaremos fuera para acompañarte. Date prisa.

Había en el muro una puerta de acero, con un robusto volante. El Oficial Huntz lo hizo girar, y la puerta se abrió hacia fuera, revelando una habitación alargada, con las paredes desnudas. Pero Sergio sólo tenía ojos para el aparato que había en el centro: Negro, alargado como una bala de fusil, de unos ocho metros de longitud, tumbado sobre unos carriles enmohecidos... Y al fondo una compuerta circular, de un tamaño ligeramente superior al del ingenio.

—Ahí tienes tu tumba, amigo —dijo el Oficial Huntz, después de cerrar la puerta—. Valor; esto es cosa de minutos... ¡Ah, sí! Coge ese libro que hay ahí; es la única ayuda que te permiten...

En el sucio suelo, al lado de las toberas de la navecilla negra, había un pequeño folleto, mal editado y encuadernado pobremente.

CONSIDERACIONES ETNOGRÁFICAS SOBRE LOS SALVAJES  
TERRESTRES, por el profesor SINGAGONG.

Le temblaban las manos, pero, a pesar de eso, cogió el libro y se sentó en el suelo, junto a la navecilla, mientras el Oficial Huntz revisaba los mecanismos por dentro y por fuera. Recordaba haberlo leído ya, hacía tiempo, pero se obligó a sí mismo, para que el tiempo transcurriese más aprisa, a releer algunos párrafos:

«No resultó nada fácil obtener la autorización oficial para descender a la Tierra. Como todos saben, incluso nuestras explotaciones mineras están orientadas hacia los abundantes asteroides que, por todas partes, pueblan el sistema solar. Es incomparablemente más económico que hacer descender un ingenio a la Tierra. Pero hay una sola cosa que los asteroides, hasta ahora, no han podido suministrarnos en cantidad suficiente. Me estoy refiriendo concretamente al mercurio, el cual, en ciertos lugares de la tierra, existe en abundancia, incluso en estado nativo. Es este el único punto de contacto que tenemos actualmente con los salvajes terrestres, los cuales lo extraen por medios rudimentarios, y lo cambian por antibióticos, agujas hipodérmicas, algunos otros medicamentos, estrógenos y otras cosas a cual más dispar. Las mismas peticiones efectuadas por los salvajes dan idea exacta de su escasa mentalidad; han llegado a pedir en cierta ocasión un surtido de juguetes infantiles y abundante material de maquillaje, cuando es evidente que alimentos, medicinas o herramientas elementales les hubieran sido más útiles. Por tanto, nos propusimos descender, como primera intención, en el único lugar en que una de nuestras naves aterriza de cuando en cuando, o sea: en las Minas de Almadén, en el centro o parte baja de una región peninsular cubierta de espesos bosques...».

El Oficial Huntz, entre juramentos, seguía trasteando en el interior de la nave. Sergio pasó varias hojas.

«... habíamos descendido en el punto previsto, después de circunvalar la tierra. Habíamos podido observar claramente las llamadas Columnas, esas enormes estructuras que cubren muy concretamente el centro del continente en cuya parte Sur íbamos a aterrizar. Una vieja Leyenda dice que una de esas columnas es la Columna Real, igual a las demás, pero distinta. A su alrededor el aire es más suave, el agua sabe a miel, y se halla la clave de todas las cosas. Pero lo cierto es que la primera impresión de la Tierra no pudo ser más triste. Nos hallábamos en una explanada desértica, de rojas rocas quebradizas que destellaban bajo la insoportable luz del sol, y en ella había tres chozas miserables, hechas con estacas, ramaje, y alguna piel corroída, sin duda alguna arrancada a un animal. Tres salvajes semidesnudos, pintarrajeados con listas blancas y azules, llenos de suciedad y heridas recientes, esperaban junto a unas docenas de frascos llenos de mercurio. Inútil es decir que estos frascos los suministramos nosotros mismos, ya que su rudimentaria tecnología es incapaz de comprender la fabricación del cristal, o del plástico. Por eso era mayor mi curiosidad en cuanto a averiguar el motivo de que pidiesen antibióticos y agujas hipodérmicas, así como estrógenos y otros elementos...».

—Sigue leyendo, chico —dijo el guardia—. Esto va a tardar más de lo previsto. Alguien se dejó las baterías descargadas. Pero no pienses que será mucho...

«El acto del intercambio fue muy curioso. El que parecía ser el jefe de los salvajes (cosa que probablemente estaba indicada por el cráneo humano que colgaba de su cuello) lanzó unos alaridos roncocos cuando nuestros hombres se aproximaron con la mercancía a entregar. Según me informó el piloto, normalmente se producía la misma mímica, casi lindante con un ritual. El piloto, por cierto, estaba asqueado, y no era para menos. El hedor que exhalaban aquellos salvajes atravesaba incluso nuestras máscaras antisépticas, y demostraba que en toda su vida se habían lavado. Capas y más capas de suciedad se acumulaban sobre una piel cubierta de eczemas y de pústulas...

«Posteriormente, el jefe revisó las mercancías, lanzando espesos sonidos linguales, difícilmente identificables con algún idioma. Sin embargo, pude captar varias palabras, que me demostraron que posiblemente podría tratar de interrogarlos más tarde. Entendí con cierta claridad «Bueno», «Bueno», «Poco» y «Más». Esta última, según dijo el piloto, era la que mejor se sabían. De no haber sido el mercurio tan preciso, no se hubiera cedido a los rapaces instintos de estos salvajes».

«Durante unos segundos el jefe bailoteó alrededor de la pila de mercancías. Luego se colocó junto a los frascos de mercurio, y (excúseme el lector lo que voy a decir, pero es preciso para respetar la verdad) efectuó una deposición sin cesar en su baile... Dijo «No» acompañándose de fuertes movimientos de cabeza, y alzando amenazadoramente una maza. Luego dijo «Poco. Más». Como el Piloto conocía las costumbres, había dejado previsoramente la mitad de la entrega en el interior de la Nave. Extrajo una cuarta parte y la depositó en el suelo, junto a lo anterior. La misma escena de la vez anterior se repitió. «Poco. Más». Y el piloto extrajo el resto. «Poco. Más». Esta vez el piloto negó enérgicamente con la cabeza. El salvaje lanzó varios aullidos, e hizo girar la maza sobre su cabeza, mientras sus dos compañeros aullaban en el mismo tono, agitando uno de ellos uno de los picos que les habíamos dado para buscar en el subsuelo bolsos de mercurio, y el otro una especie de sonajero... Ahí acabó la cosa. Al ver que no había posibilidad de obtener más, los salvajes se retiraron, gruñendo, recogieron ávidamente las mercancías, y abandonaron los frascos de mercurio a los robots de carga...».

—Unos minutos más y ya estará cargado... ¿Te gusta el libro, chico?

«Por fin conseguí saber para que querían los estrógenos. ¡Los salvajes se los comían! «Comer» dijo el jefe y vació en su boca una de las cápsulas, entre las protestas de sus compañeros, que se veían privados de la golosina. Después, sin duda agradecido por el regalo que le hice, me mostró la utilización de los antibióticos y de las agujas hipodérmicas. Al parecer, residuos de memoria ancestral hacían que dieran a los antibióticos y a otros fármacos un valor mágico. Los usos eran diversos, pero siempre rituales, bien ingiriéndolos, utilizándolos para frotar las partes sexuales («Fuerza» explicaba el Jefe) e incluso para realizar tatuajes o heridas y embeberlos en un caldo formado por pequeños animales, medicinas de diversas clases, uñas de mamíferos, etc., todo ello cocido en una sucia caldera, sobre un fuego de boñiga. Lo

curioso era que distinguían perfectamente unos de otros, por la etiqueta, sin saber leer, e incluso por el sabor. Si no, lo mismo hubiese dado suministrarles azúcar... «Son unos bestias» —dijo el Piloto—. «Pero no intentes darles un frasco de Estelatrina en vez de uno de Bellodon... Los muy cerdos los conocen perfectamente... Y cada frasco lo usan para una cochinada distinta, profesor. A las mujeres, cuando están en celo...».

Un empujón sacó a Sergio de la lectura. Sintió un nudo helado en el vientre. Ante él, el guardia, con los brazos cruzados, esperaba. Algo zumbaba suavemente en el interior de la negra navecilla. La compuerta del fondo estaba abierta, revelando las paredes de un bruñido tubo metálico, del mismo diámetro que la nave.

—Ya —dijo el Oficial Huntz—. Levántate... ¡vamos!

—No te creas que voy a suplicar —contestó Sergio, poniéndose en pie—. No te voy a pedir clemencia.

—Me da lo mismo... ¡Acércate!

Un nuevo empujón situó a Sergio cerca de la navecilla. Una estrecha compuerta se había abierto en el casco, cerca de la punta, revelando un asiento almohadillado con correas de seguridad y un tablero de mandos, en el que lucía una solitaria lucecilla verde, indicando que los motores estaban en marcha.

—No hay más que tres controles —dijo el Oficial Huntz—. Uno de ellos pone en marcha y para la energía. Puedes no ponerla en marcha, nunca, y morirte de hambre ahí fuera o usarla, a tu gusto. Es ese interruptor negro de allí... Ese volante, dirige la nave. Puedes caer en la Tierra o dirigirte al espacio profundo... No intentes tocar a la Ciudad; serás repelido automáticamente... No volverás nunca más aquí...

—Eso lo veremos —dijo Sergio, rabiosamente—. Volveré, volveré si puedo, y acabaré con muchas cosas, créeme...

—Muy bien me parece. El tercero es ese botón; abre el paracaídas... Tienes dentro alimentos y agua para una semana. Naturalmente no hay armas, ni nada parecido. Y un último consejo, no hagas muchos experimentos con el motor. Las baterías tienen la carga justa para llegar a la Tierra, no más. Y ahora, ¡adentro! Voy a quitarte las esposas; si intentas algo, te mataré...

Bajo la acción de la llave magnética, las esposas cayeron al suelo. El policía le empujó dentro de la nave, a punta de pistola... Apenas había sitio. Automáticamente, Sergio se sentó en el asiento almohadillado y ajustó las correas de seguridad.

—Y ahora... —dijo el Oficial Huntz—. La última cosa.

En el suelo zumbaba la Caja-Dossier.

—A las cero horas cincuenta y un minutos del día 22 de febrero del año 316, el procesado Sergio Armstrong ha sido conducido a la sala de ejecuciones del Precinto 421 y entregado a los espacios. Dios tenga piedad de su alma. Terminado.

Con la otra mano, sin dejar de apuntarle con la pistola, el Agente empujó la puerta, que giró sobre su eje y se cerró con un bronco sonido funeral. El eco bronceo de los cerrojos corriendo en el interior de la nave retumbó durante unos

segundos bajo la bóveda metálica. Sergio miraba intensamente a través de la claraboya lateral... vio desaparecer al agente, y oyó un sonido metálico en el casco, como si conectasen un cable...

Al instante sintió que la navecilla negra se movía pausadamente, encaminándose al bruñido tubo metálico. Una mano de hielo le estrujó el corazón. En este momento hubiera dado cualquier cosa por no haber obrado de la forma en que lo había hecho y volver a su vida anterior. «No seas cobarde», pensó. «Casi es preferible la muerte a lo de antes. Y aún puedes vivir, aún puedes vivir...». La sala desapareció de su vista, sustituida por las espejeantes paredes del tubo de lanzamiento, apenas iluminadas por la luz del tablero de mando. Bruscamente, la nave se detuvo, con la punta casi pegando a la compuerta exterior. Hubo un ruido retumbante tras él; sin duda, el agente Huntz cerraba la válvula de entrada.

Escuchó un sonido silbante. De golpe, la compuerta anterior se abrió, y con velocidad creciente la negra nave fue lanzada al exterior. Sergio gritó, deslumbrado. En unos segundos había pasado de la semioscuridad de la caverna de acero a la cegadora luz del sol; la nave resbalaba lentamente sobre el profundo espacio negro, cuajado de estrellas; a su vista estaba la gigantesca curvatura de la Tierra, cubierta de nubes, y a uno de sus lados, el ciclópeo arco de la Ciudad, lleno de salientes y estructuras, brillante con su luz anaranjada... inhumano, frío, inalcanzable ya...

## II

### LOS SALVAJES

Hasta aquel momento, Sergio había experimentado, uno tras otro, estados sucesivos de esperanza, terror, desesperación, odio, miedo. Sin embargo, pareció como si la irrevocabilidad de lo sucedido fuera capaz de devolverle una sangre fría y unas ansias de vivir que hasta entonces no había tenido.

Lucía en su rostro una sonrisa sardónica, como si se hubiera burlado de todo y de todos. «Bajo nivel mental...» pensó. Y no pudo evitar el prorrumpir en una risa agria, amarilla, llena en el fondo de ira y deseos de venganza.

Tranquilamente, no intentó tocar uno solo de los mandos del vehículo, dejándolo para más adelante. Forcejeó en la hebilla de su cinturón, y, tras algunos esfuerzos, logró desprenderla. La volvió, y arrancó una delgada hoja de plástico que la cubría por la parte trasera, apareciendo entonces los botones y la pantalla de una diminuta calculadora electrónica. Durante unos instantes se dedicó a efectuar unos rápidos cálculos... después, cuando hubo obtenido el resultado, se reclinó en la butaca y miró a través de las claraboyas. El arco anaranjado de la Ciudad, todo prismas, poliedros, estructuras salientes, planos que montaban unos sobre otros, pero todo ello formando en fin un ciclópeo arco que se perdía sobre el horizonte de la tierra, destellaba como un conjunto de joyas mal engastadas bajo la fulminante luz del ancho disco solar. A uno de los lados era visible parte de la monstruosa curva de la tierra, azul y ocre, muy cubierta de nubes blancas y grises. Se hallaba sobre el ecuador, y dado que la Ciudad giraba a la misma velocidad del planeta, era evidente que siempre sobre el mismo punto. Era preciso que saliera de allí, y eso, sin consumir más combustible del preciso.

—Cuántos habrán perdido la vida por apresurarse —dijo, en voz alta—. Y cuántos no se habrán atrevido a tocar nada y habrán muerto de hambre y sed al lado de la Ciudad. Bien, Sergio; estás a treinta y cinco mil kilómetros de altura. Una órbita de veinticuatro horas... poco gasto...

Con mucho cuidado, giró el volante de dirección, de forma que la nave se orientase en un ángulo de treinta grados con el arco de la ciudad. Hizo unos pocos cálculos más, y conectó el interruptor durante unos segundos. Después permaneció inmóvil. La nave había sufrido un ligero impulso, pero, en apariencia, permanecía en el mismo lugar...

—Tranquilo... Sergio —dijo de nuevo, con una risita—. Tranquilo.

A sus pies había una caja de cartón con siete paquetes de plástico y siete botellas de un litro, llenas de agua. Tomó un paquete en sus manos; se llamaba DAFOOD. No lo conocía; rompió una esquina, y encontró un bloque de materia pastosa, de un repugnante color verde oscuro. Probó un poco; seguramente sería alimento, pero el

sabor era tan repulsivo como el aspecto.

Ahora sí era claramente perceptible que la nave se había separado de las más próximas estructuras de la Ciudad. Se veía perfectamente la compuerta de salida, cerrada por un disco gris, y el anaranjado resplandor de la coraza, lleno de impactos y rozaduras.

Recogió el libro del profesor Singagong, que se hallaba a su lado, y trató de concentrarse en él, intentando olvidar la molesta sensación de falta de peso, así como el olor a grasa del aire que circulaba dificultosamente en el interior de la nave.

«... dado que no teníamos más que un par de días para tratar con ellos, mientras iban en busca de otra carga de mercurio (tenían que trasladar los frascos en groseras parihuelas hechas con palos y ramaje), intentamos enterarnos de todo lo posible. Ello me produjo un doble trabajo; el primero, convencer al piloto de que me dejase partir con los salvajes, pues temía que algo me sucediera; y el segundo, convencer al jefe de que me dejase acompañarle, y en este caso, cualquiera sabe a causa de qué miedo ancestral o de qué temor ignorado. Al primero le convencí demostrándole que estaba suficientemente armado (una pistola láser, y seis granadas de estabiolita) aun cuando me cuidé muy bien de decirle que nunca había manejado tales armas, como ciudadano pacífico que soy. Al segundo pude convencerle regalándole (mejor dicho, dándole a entender que le regalaría) dos navajas automáticas y un gran frasco de una nueva droga: me refiero al Baho-Tinotol. Era de ver cómo el jefe dio mil vueltas al frasco, pareciendo incluso que leía la etiqueta, y como sus ojuelos legañosos relumbraban de codicia. Por fin cedió: «venir». Le entregué las navajas inmediatamente y esto desató un verdadero torrente de verborrea: «Venir, venir. Mucho bueno. Frascos mercurio muchos... Ver cueva diablos... Yo gran jefe».

Sergio bebió un largo sorbo de agua, sin preocuparse lo más mínimo por escatimarla. O llegaba a la tierra sano y salvo, y tendría toda la que quisiera, o no le haría falta. La ciudad anaranjada se hallaba ya claramente distante, y prueba de ello era que resultaba perceptible su lento girar. Deteniéndose en su lectura unos instantes, Sergio tomó unas referencias, ya que determinando la velocidad de giro aparente, podría deducir la distancia, y asegurar así su descenso.

«La llanura desértica concluía, a un par de kilómetros del lugar de aterrizaje, en una espesa arboleda que crecía sin solución de continuidad. Penetramos mis tres compañeros y yo bajo las densas arcadas vegetales, y lo primero que vi fue un montón de frascos con mercurio, preparados para su traslado. «Llevar pronto» dijo el jefe. Uno de sus esbirros pareció descontento, pues el jefe se había sentado en el suelo, y no manifestaba ninguna intención de ayudarles con la pesada carga, pero los aullidos y saltos del rebelde fueron pronto contenidos mediante un no muy suave golpe de la maza del jefe. «Venir» dijo este, después de que sus compañeros iniciaron el trabajo... «Venir. Cueva demonios». Me recordaba hasta cierto punto a un guía turístico bien pagado, tratando de enseñar la rareza del lugar a fin de quedar bien. No hacía más que meter y sacar la hoja de su navaja automática, y una prueba de la

inteligencia que estos seres, en principio, poseen, es que aprendió el sencillo mecanismo solamente con mostrarle una vez su funcionamiento.

»Entre los gruesos troncos de los árboles centenarios, cuyas especies lamenté desconocer para poder comunicárselo a mis lectores, se alzaban enormes bloques de piedra. Caminamos durante unos veinte minutos, yo con la mano apoyada, por si acaso, en la culata de mi pistola, y el jefe dando saltos y alaridos, y haciendo bailar, poco tranquilizadamente por cierto, la maza por encima de su cabeza. No obstante, sus palabras eran benignas: «Venir. Enseñarte todo, si tú querer...» Llegamos por fin, a un pequeño claro en el bosque, cubierto de espesa hierba y de hermosas flores escarlatas. En el centro había una gran roca, o amontonamiento de rocas, de forma groseramente cónica, y a sus pies, dos figuras humanas. Cuando nos aproximamos más pude ver que una de ellas era la de un hombre joven, rubio, vestido con pieles, y con un collar de pequeños huesos en torno a su cuello. La otra, también sentada junto al hombre rubio, era la de una mujer ataviada únicamente con una piel apolillada en torno a la cintura, y con una cadena alrededor del cuello, cuyo extremo se hallaba en manos del hombre rubio. La desnudez de la mujer no me impresionó, como quizá mis lectores piensen, pues aunque su cuerpo tenía una hermosa línea, y sus senos eran redondos y blancos, sabido es que sólo los pechos civilizados, como los de nuestras actrices o strip-girls, pueden excitar a un ciudadano. Ella tenía caída la cabeza sobre el pecho, y sus largos cabellos oscuros le ocultaban el rostro.

»Él, gran shaman... brujo... sabio —dijo mi acompañante—. Él saber todo.

»El hombre rubio, sin soltar la cadena, me hizo una seña para que me acercase. Obedecí, sonriéndome en mi interior ante la prosopopeya con que el presunto brujo me recibía. Me indicó, sin hablar, que me sentase a su lado, y así lo hice, cuidando desde luego de hacerlo en aquel en que la mujer no estaba. Por cierto que a poca distancia se abría en la roca un gran agujero oscuro, casi circular, de un metro de altura, aproximadamente, del que luego hablaré.

»El hombre rubio me miró fijamente. Tenía los ojos azules, intensos y penetrantes, como los de todo hombre acostumbrado a mirar a lo lejos (así les sucede, por ejemplo, a nuestras Tropas del Asteroide).

»—Tú —dijo, con voz musical—. Tú... ¿visitante de las estrellas?

»Era una buena definición, y afirmé con la cabeza. Él, entonces, soltó la cadena que ataba a la mujer, y alzando las dos manos, las colocó sobre mi frente. O ignoró, o no se dio cuenta de mi ligero movimiento de retroceso... prontamente contenido, pues lo cierto es que este joven parecía estar más limpio, y desde luego, no olía tan mal como el Jefe. Permaneció en esta postura unos instantes, mientras meditaba intensamente, con la frente fruncida, y los ojos cerrados. Por fin, retiró las manos y abrió los ojos.

»—Tú —dijo—. Tú... bueno... No querer mal para nosotros. Poder confiar. Tú no hacernos daño. Nosotros no hacerte daño. Preguntar...

»Era cuestión de aprovechar la oportunidad.

»—¿Qué es ese agujero? —dije, señalando el que antes viera.

»—Cueva demonios —respondió el Jefe, haciendo cómicos gestos de terror—. ¡Muy malo! ¡No entrar!

»—Pero yo querría entrar —insistí, casi sin poder contener la risa ante estas infantiles supersticiones.

»—El shaman decir... pero yo decir que muy malo. Tú bueno... no entrar ahí.

»—Os doy esto, si me dejáis —contesté, dejando el gran frasco de Baho-Tinotol a los pies del hombre rubio. Este no hizo caso, menospreciando olímpicamente mi regalo. Pero pude sorprender en sus ojos una rápida mirada de avaricia dirigida al frasco. O por lo menos, así me pareció...

»—Yo acompañarte —dijo—. Conmigo no pasar nada malo... Yo más poderoso que demonios... creo».

Sergio había detenido su lectura varias veces para comprobar el tiempo. En este instante hacía exactamente una hora desde que diera el impulso inicial a la nave. Tomando como referencia la ancha curva de la Tierra, calculó que formaba un ángulo de unos quince grados con la ciudad, hizo un par de operaciones en su calculadora electrónica, dio un nuevo impulso durante dos segundos, y enderezó ligeramente el rumbo. Dentro de otra hora exacta sabría si la trayectoria que había proyectado, a pesar de las dificultades que suponía el calcular los ángulos a ojo, era más o menos precisa. De ser así, tendría casi diez horas libres.

»—Cuidar de Sheena —dijo el hombre rubio, entregando el extremo de la cadena al Jefe—. Tú, venir...

»Entramos los dos en la caverna, a gatas, y pude ver que a poca distancia de la boca, el orificio se inclinaba en una rápida pendiente, a la par que el techo ascendía. El hombre rubio sufrió un sobresalto cuando encendí mi linterna portátil...

»—Buena magia —dijo—. No sé si demonios huir... Caminamos por aquel estrecho tubo durante unos veinticinco metros, adentrándonos en las entrañas de la tierra. Un brusco viraje, casi en ángulo recto, me ocultó la luz del día. No estaba preocupado, pero por si acaso había soltado el seguro de mi pistola. Demonios no, pero un animal dañino sí que podía haber en aquella cueva. Mientras mi acompañante entonaba una salmodia monótona, observé las paredes. No había rastro alguno de humo, ni de pinturas, ni huesos o restos de ninguna otra clase. Era curioso que hubiesen desaprovechado aquel refugio, que para ellos hubiera sido útil en invierno, o contra cualquier tormenta.

»La cueva iba ensanchándose ligeramente, sin que aparecieran pasadizos laterales, ni ramales diferentes de aquel por el que íbamos, por lo que no me preocupaba perderme. Sólo había que volver atrás, y salir. Las paredes eran de una roca esquistosa, amarillenta, con alguna veta morada, y menudos cristalitas, que me parecieron cuarzo, incrustados en las hendiduras...

»Fue entonces cuando noté algo extraño, y sin duda, también mi acompañante, porque se detuvo en seco. Era... una sensación apenas perceptible... como un

malestar... como un desagrado por estar en aquel sitio... Vibraba esta sensación en los umbrales de mi conciencia, de manera que tenía que esforzarme algo para percibirla... pero era profundamente desagradable, como si una presencia misteriosa quisiera hacerme sentir, levemente, su deseo de que no permaneciese allí...

»Sin embargo, azucé a mi compañero a seguir adelante, a pesar de que había perdido totalmente la seguridad que antes manifestara en ser más poderoso que los *demonios*. Caminamos unos metros más, alumbrando continuamente con mi linterna todos los recovecos de la cueva, que se ensanchaba aún, hasta el punto de tener en este lugar unos diez metros de ancho por cuatro o cinco de altura. La sensación aumentó. Era ahora como si una mano me estrujase el pecho, produciéndome una clarísima angustia y un no menos claro miedo. Miedo... a algo desconocido. Lancé el foco de luz, después de concentrarlo a la máxima potencia, hacia el fondo de la cueva... No vi más que rocas, y nada al final; la luz se perdía en una oscuridad demasiado lejana y sin terminación aparente... estaba claro que la cueva continuaba todavía durante muchos metros.

»Avanzamos un poco más, acongojados por aquella terrible sensación. Un aura maléfica parecía invadirlo todo a nuestro alrededor... Tenía la impresión de que algo rojo, gigantesco y colmilludo iba a surgir de pronto de la oscuridad del fondo... o quizá de que una cortina de llamas iba a alzarse desde cualquier inesperado orificio, abrasándonos vivos... La presencia maligna tenía una intensidad tal, que me sorprendí con el corazón latiéndome apresuradamente, y respirando con dificultad y a boqueadas. Estaba verdaderamente aterrorizado. Comprendo que resulta increíble, pero lo cierto es que allí había algún elemento inmaterial que todavía no he logrado definir.

»—Vámonos —dije, con un hilo de voz.

«Caminamos de espaldas hacia la salida, verdaderamente penetrados de terror ante la idea de volvernos y dejar que *aquello* pudiera arrojarse contra nuestras nuca desde la oscuridad. Causa apuro decirlo, pero lo cierto es que, hasta el momento de dar la vuelta al recodo, mantuve la linterna apuntada hacia las profundidades y la pistola en la otra mano, con el cañón tembloroso, como yo mismo lo estaba...».

Sergio bostezó. Comenzaba a sentir sueño. Hizo una nueva comprobación. Las cosas iban bien, por ahora. Podía dormir unas cuantas horas, si así lo deseaba... La nave daría una vuelta completa a la Tierra, y solamente en los últimos momentos sería precisa su intervención... Cansinamente, bebió otro sorbo de agua, y se forzó a deglutir unos fragmentos de la viscosa materia verde oscura. Pasó, rápidamente, las últimas hojas del folleto, saltando de un párrafo a otro.

«Vivían en cuevas o bajo los árboles, a pesar de lo cual habían construido rudimentarios caminos que unían unas comunidades con otras. Generalmente formaban grupos de unas veinte personas como máximo, con gran desigualdad de sexos, por lo que la mujer más deseada se la llevaba aquél que mejor sabía manejar la maza...».

«... normalmente aquejados de numerosas enfermedades de todo tipo. Los diez o doce ejemplares diferentes que logré ver durante mi estancia estaban cubiertos de llagas supurantes, rozaduras de todo tipo, heridas más o menos recientes, costras y coágulos. Algunos de ellos temblaban continuamente como consecuencia de alguna enfermedad infecciosa que no logré reconocer; no obstante, sus dentaduras eran bastante completas y muy blancas, lo cual subrayaba su salvajismo... Algunos tenían verdaderos colmillos de fiera. Una plaga curiosa era la que llamaban *de los gusanos*, consistente en menudos gusanos de color blanco que al parecer se introducían por la noche en las oquedades corporales, narices, boca, orejas, etc., aposentándose allí como organismos simbióticos, y siendo prácticamente imposible extraerlos, por lo menos con los medios que los salvajes tenían a su alcance, pues se aferraban, según explicaron, con cuatro aceradas garras... No molestaban demasiado, y preferían la repulsiva compañía de esos parásitos al horrendo dolor de la extracción... Quise reconocer a uno de ellos, que exhibía un gusanito blanco, del tamaño de mi meñique, saliendo de la oreja izquierda, e intentar extraerlo con anestesia y bisturí, pero huyó lanzando aullidos al darse cuenta de mis intenciones, desconocedor, ¡claro está!, de que era una leve operación indolora...

»...en cuanto a las armas que usan, son tan primitivas como ellos mismos. El jefe, según he repetido, iba armado con una maza de madera dura, consistente en un mango terminado en una gruesa bola. Otras armas que vi fueron hachas realizadas con madera y piedra, mazas consistentes en un grueso guijarro de río atado a una horquilla de madera, y algunas jabalinas hechas con madera terminada en una punta endurecida al fuego. Por cierto que esto lo sé porque me lo dijeron ellos, y yo intenté endurecer al fuego una estaca de roble sin conseguir más que quemarla...

»...no vi ni un solo niño, y todas mis preguntas sobre este tema se encontraron con la más absoluta hosquedad. Fue en vano el ofrecerles dos nuevos frascos de antibióticos, uno grande de tintura de yodo, y hasta tres modernos abrelatas... Todas mis tentativas toparon con el silencio más absoluto. Pienso que será un tabú o algo similar. Acababa mi tiempo y regresé a la astronave, dejándolos en la Tierra, sumidos en su barbarie, en su salvajismo, y sintiéndome en fin muy entristecido al pensar que estos eran los restos de una raza que otrora dominase el planeta».

Sergio cerró el libro y lo dejó en el suelo. Bebió un nuevo sorbo de agua. La ciudad era un hilo anaranjado a lo lejos, sobre la curvatura terrestre, destellando en algunos lugares con brillo diamantino. El disco del sol desaparecía lentamente tras la curva del horizonte, marcándose claramente el halo gaseoso de la atmósfera, y aumentando perceptiblemente el resplandor de las estrellas, como agujas de vidrio al rojo blanco que traspasasen la espesa negrura nocturna. A sus lados, el brillo azul de la superficie del planeta, cubierta de revueltas nubes blancas y grises entreveradas con el rojo y verde de los continentes, parecía curvarse hacia arriba, como si abarcase con sus brazos a la pequeña navecilla.

Poco a poco iban cerrándosele los ojos... Algún recuerdo lejano surgía en su

mente, con la levedad de las imágenes precursoras del sueño... cuando su padre le tenía en sus brazos... cuando jugaba, como un niño solitario, al que los demás no se atrevían o no querían acercarse... y después, el dolor, el sufrimiento... el querer rebelarse continuamente y no poder hacerlo nunca... la ruptura final con todo lo establecido...

Le despertó un silbido atronador, y una sensación de quemadura en el rostro. Sobre las claraboyas pasaban rápidas vedijas de niebla, ocultando totalmente la visibilidad, pero dando una clara idea de la velocidad a que la nave se deslizaba. De la punta enrojecida, perfectamente visible, surgían haces de chispas, chocando con los gruesos cristales, y el calor desprendido por el roce atravesaba las espesas paredes de la navecilla. La sensación de caída, como un vacío en la boca del estómago, era clarísima, y además, Sergio, muy asustado, se dio cuenta de que una fuerza creciente le presionaba contra el respaldo del asiento. «Pero ¿qué cálculos he hecho yo?». Nerviosamente, giró el volante de dirección en sentido contrario a la marcha, y conectó el interruptor de los motores... Al principio no notó ninguna diferencia, y dado que no podía hacer nada más, trató inútilmente de ver algo a través de los densos vapores que rodeaban al enrojecido casco.

Luego, poco a poco, la sensación de presión fue disminuyendo, y los grumos de vapor se deslizaron más despacio. Los haces de chispas que surgían de la proa fueron apagándose, siendo sustituidos por un espeso humo negro, que dejaba residuos en los cristales, dificultando todavía más la visibilidad. Por un instante, Sergio creyó ver algo gigantesco y plano, de mil colores, a través de un vacío entre la niebla; luego el humo y los rojizos vapores volvieron a ocultarlo todo. Mantuvo el motor funcionando sin interrupción, aun a riesgo de consumir la carga de las baterías, porque se daba cuenta de que, por alguna razón, se había equivocado totalmente, y el descenso, mientras dormía, había sido mucho más rápido que lo previsto.

Un claro entre las rojinegras humaredas le descubrió una extensa planicie verdosa, cubierta de cordilleras y ondulaciones que se extendían hasta perderse en una azulada nebulosidad. El castaño rojizo de las montañas contrastaba fuertemente con el verde, oscuro de los bosques... algún hilo de plata, trazando curvas, se deslizaba en los lejanos valles... Después, las vedijas de vapor blanquecino desaparecieron totalmente, y pudo ver que se encontraba a muy pocos kilómetros de altura y que descendía rápidamente hacia el suelo... Poco a poco, la planicie, brillantemente iluminada por el ancho sol, comenzó a girar alrededor del cohete, en el sentido de las agujas del reloj... Era imposible hacer nada; los motores continuaban funcionando, disminuyendo algo la veloz caída, y no se atrevía a usar aún el paracaídas, por temor a que se desgarrase...

La Tierra parecía ascender hacia él, curvándose y retorciéndose, y cambiando continuamente de forma. Las montañas lejanas subían, aumentando de tamaño, los bosques se disgregaban en manchas verdosas intercaladas con valles estériles, las cintas de plata comenzaban a mostrar afluentes e irregularidades... De pronto, en el

horizonte, apareció algo monstruoso que destacaba como una mancha de tinta sobre el agreste paisaje. Sergio, emocionado, se inclinó hacia adelante como si con eso pudiera ver mejor. La forma monolítica de un tronco de pirámide, cuadrangular en su base y en su cima, con los lados ligeramente inclinados, sobrepasando en altura a la más alta de las montañas, corría hacia él, arrastrada por el giro incesante de la superficie terrestre... Sus flancos, de una negrura de ébano, no mostraban ninguna irregularidad ni abertura, y sin embargo, la luz del sol no se reflejaba en ellas, muriendo bruscamente en aquellas gigantescas superficies planas...

Pasó bajo él, pareciendo que iba a rozar el casco de la nave. Repentinamente, con una tos, los motores dejaron de funcionar, volvieron a hacerlo, se interrumpieron, y por fin, continuaron de nuevo, pero produciendo un zumbido extraño, rasposo.

Sergio se encontró con las manos aferradas a los brazos de la butaca, tan fuertemente, que las yemas de los dedos le dolían. Repentinamente, se soltó, cortó el motor, y cerrando los ojos, tiró del interruptor del paracaídas. Hubo un «plaf» apagado en la parte trasera del vehículo... el silbido disminuyó, siendo sustituido por una especie de violento aleteo. Por fin hubo un violento tirón procedente de la parte trasera, y la Tierra entera pareció danzar a su alrededor. El morro de la nave de encabritó y luego cayó de plomo, causando a Sergio una intensa sensación de mareo. Caía... Caía en vertical, más rápidamente de lo que había pensado, y el suelo estaba tan cerca que se dio cuenta de que iba a chocar con él de un momento a otro... Se dirigía rectamente a un valle bosco, lleno de copudos árboles, que vistos desde arriba parecían gruesas motas de algodón verde. Un río lo atravesaba; al principio, una cinta rielante de luz; luego, al cabo de unos instantes, un ancho camino azul y blanco; más tarde, un líquido revoltijo de espumas y rocas... Las ramas rozaron con sonido raspante en los lados del cohete; hubo como un estallido, un choque brutal, un rodar apresurado... durante unos segundos Sergio no supo qué había pasado. Cuando volvió a recuperar la conciencia, la nave estaba inmóvil sobre el suelo, y un leve resplandor movible pasaba a través de los cristales... Estaba en la Tierra, sano y salvo.

Poco a poco, comenzó a sentir dolores. En las manos, llenas de arañazos, que no sabía dónde se había hecho; en un golpe en la cabeza, que también ignoraba cuándo y dónde se había dado. Se la tocó, con precaución; había una notable hinchazón sobre la oreja derecha. También le dolía la cintura, en general se sentía como si le hubieran dado una paliza o como si llevase horas caminando. Trató de levantar la mano para soltar las correas de seguridad y abrir la compuerta, pero no pudo.

Permaneció así, inmóvil, durante varios minutos, respirando profundamente, y sintiendo cómo poco a poco se iban acallando los latidos de su corazón. La luz variable que entraba por la pequeña ventana (se dio cuenta de que eran los rayos de sol al atravesar la cortina de hojas) caía sobre su muslo derecho, produciéndole una agradable sensación de calidez, y actuando sobre su mente de forma sedante. Apenas se había dado cuenta de que se hallaba de lado, con la cabeza más baja que los pies, y

que la compuerta de salida debía estar rozando el suelo...

Le pareció que los brazos le pesaban quintales y que cada uno de sus dedos estaba casi paralizado cuando, trabajosamente, soltó las correas. Se enderezó con dificultad, tratando de acoplar su cuerpo a la situación de la nave. En la pared izquierda, convertida ahora en suelo, un charco de agua, procedente de una de las botellas, danzaba perezosamente... Con lentitud, sintiendo que cada uno de sus músculos era una masa de dolor, giró el volante de apertura. Con un sonido hueco, la compuerta se desprendió y cayó al suelo, dejando una abertura apenas suficiente para que pudiera pasar. Por el hueco entró una ráfaga de aire casi frío, cargado de extraños olores vegetales.

¡Olía bien! Sergio aspiró profundamente, percibiendo por primera vez el aire terrestre... Olía a madera, a perfumes desconocidos... había un intenso aroma de fondo que no pudo identificar. Pero era un aire vivo, totalmente diferente del acondicionado y reciclado de la Ciudad. Y por la abertura entraban también sonidos: el piar de algún pájaro, algunos como rápidos aletazos, un rozar y un rebullir lento y desigual que supuso serían las hojas de los árboles moviéndose bajo alguna ligera brisa.

El retazo de tierra que divisaba directamente, entre el marco y la compuerta yacente sobre el suelo, estaba cubierto de hojas secas, de pequeños guijarros, de delgadas briznas de hierba... Algún menudo animalejo se deslizaba reptando entre las piedrecillas.

Iba encontrándose mejor; si no más fuerte, por lo menos, más animado. Estaba vivo y entero, y eso era lo bastante. Recogió la calculadora y el libro, que guardó en un bolsillo, y arrojó por la abertura los paquetes de DAFOOD y las seis botellas de agua que quedaban intactas. Después, arrastrándose y retorciéndose, trató de seguirlas. Le costó trabajo; el hueco que quedaba entre el terreno y la nave era más estrecho de lo que parecía, y durante un segundo se le heló la sangre en las venas cuando la redonda navecilla efectuó un ligero movimiento, amenazando con aplastarle bajo su peso. Pero, por fin, a costa de un par de golpes y de alguna despellejadura, consiguió salir del cohete y ponerse en pie.

Se encontraba en medio del bosque, rodeado de árboles de añoso tronco que alzaban sus copas hacia el sol. Este penetraba difícilmente a través de las densas masas de follaje, iluminando a veces la nave y el terreno circundante. El suelo estaba cubierto de matorrales y de plantas diversas. Había macizos con hojas amarillas y verdes de ancho envés barnizado, terminadas en una aguzada punta; matojos de pequeñas hojas oscuras, con glóbulos rojos brillantes, espesas capas de enredaderas que se tendían de un lado a otro entre los robustos troncos... Un pequeño animalejo peludo, de color gris, con dos vivos ojos negros, saltó entre dos ramas caídas; se detuvo un momento, le miró, exhaló un agudo chillido y desapareció velozmente entre la maleza...

Con un suspiro, Sergio recogió las botellas de agua y el maldito alimento verde, y

después lo llevó todo junto al más grueso de los troncos. Pudo ver que la nave reposaba al lado de un árbol, con el paracaídas enganchado en las ramas superiores y desgarrado en algunos sitios. Mientras se sentaba al pie del robusto tronco, una ráfaga de viento sacudió las copas de los árboles; bajo su influjo, los tirantes del paracaídas se tensaron haciendo girar la navecilla, de manera que la compuerta quedó en la parte inferior.

—De buena me he librado —dijo Sergio en voz alta. Y su voz le sonó como algo extraño en aquel entorno en el que ni se oía ni se percibía ningún sonido o rastro humano.

Bebió golosamente agua; después, con grandes precauciones se quitó el reloj de la muñeca y lo examinó cuidadosamente. Era un modelo pesado, con una pequeña brújula incorporada, formado por un grueso disco de cristal y níquel. No le interesó dónde estaba el Norte; eso, de momento, no era útil. Dándole la vuelta, desprendió la tapa trasera, revelando, en vez de la maquinaria, un disco nacarado, con un diminuto botón rojo en uno de los lados. Lo oprimió con el canto de una uña, y simultáneamente, dos pequeños puntos luminosos, separados entre sí como medio centímetro, aparecieron sobre el disco nacarado.

—He tenido suerte —murmuró, y se dejó caer sobre la rugosa corteza del árbol.

Pasó aún un buen rato allí, delectándose con la contemplación del bosque y con los renovados perfumes vegetales que llegaban a su olfato. Durmió ligeramente durante algunos minutos, despertándose sobresaltado, con el temor de que alguna fiera carnívora pudiera aparecer. Poco a poco, el sol iba levantándose en el cielo, y sus rayos caían más perpendiculares sobre el bosque. Sentía una sensación de placidez, de bienestar. Al mismo tiempo, una bendita pereza le había invadido; aun cuando se daba cuenta de que era preciso que se levantara y comenzara a caminar, se encontraba tan bien allí, que trató de convencerse a sí mismo de que unos momentos más eran indiferentes.

—Vamos, Sergio —dijo, en voz alta—. Vamos allá.

Le agradaba el sonido de su voz, amortiguada por la masa de hojas y de madera. Y le gustaba aquella extraordinaria amplitud, no limitada por paredes más o menos próximas, ni por anuncios flotantes. La temperatura había aumentado un poco, y eso le decidió. Se quitó la blusa de plástico escarlata, y trató de solucionar, torpemente, el problema del transporte de los alimentos y el agua. Por fin, tras bastante esfuerzos, logró hacer una especie de bolsa que podía colgar del hombro, si bien en ella no pudo meter más que tres botellas de agua y cuatro paquetes de DAFOOD.

Después, aspirando a pleno pulmón el aire oloroso, emprendió el camino a través del bosque, sin siquiera volver la mirada una sola vez para contemplar la negra y grasienta nave abandonada.

Cuando le sorprendió la noche, aún no había salido del bosque, y desde luego no había cruzado aquel río que tan fulmíneamente pasase bajo la nave. Había caminado sin interrupción, con alegría al principio, siguiendo la línea marcada por los dos

pequeños puntos luminosos... Con un palito, había tomado la distancia entre ambos, y después de caminar durante dos horas había comprobado que estaban más próximos, lo cual significaba que se hallaba en el buen camino. Pero a juzgar por la lentitud con que se aproximaban, no llegaría a su destino antes del mediodía de la siguiente jornada.

Más tarde su caminar fue volviéndose cansino, y las provisiones haciéndose más pesadas. El bosque iba cambiando a su alrededor. Los colosos que hubiera al principio fueron siendo sustituidos por otros árboles más pequeños, de corteza rojodorada y anchas hojas palmeadas... A veces, las enredaderas y las lianas dificultaban su marcha, y se vio obligado en varias ocasiones a dar rodeos para esquivar muros de hojarasca casi impenetrables. No vio más que pequeños animales, que huían al encontrarse con él. Uno de ellos, un diminuto ser peludo, amarillento, con una larga y espesa cola, grandes orejas, y anchos ojos azules, le siguió dando saltos durante un buen trecho. A Sergio le pareció inofensivo, hasta que le vio trepar velozmente a un árbol, y arrojarse sobre un ave multicolor posada en una rama... Las blandas patas amarillentas alojaban unas largas y cortantes garras que dieron pronto buena cuenta de la indefensa ave.

Al caer la noche, después de un crepúsculo escarlata apenas visible entre la arboleda, se levantó un viento frío que le hizo temblar. Se encontraba totalmente derrengado, y apenas tuvo fuerzas para subir a un árbol algo más alto que los otros y acurrucarse en la horquilla de una gruesa rama. Prendió la bolsa con los alimentos a una de las ramas laterales y trató de atarse lo mejor posible al tronco por medio de su cinturón... No tenía ni siquiera ganas de comer; bebió agua, y a pesar de la incómoda y desacostumbrada postura, el sueño cayó sobre él como un bloque de metal.

Cuando despertó, después de una noche llena de sobresaltos, aún brillaban las estrellas en el cielo, pero una ligera claridad grisácea anunciaba tristemente el amanecer. Vio, a través de las ramas, que el cielo estaba cubierto de algodonosas nubes plomizas, en vez del claro y brillante azul del día anterior. Los dolores que le dejase el aterrizaje habían disminuido mucho, pero en cambio, habían aparecido otros nuevos causados por la forzada postura nocturna. Apenas recordaba, nebulosamente, haber oído correteos y alaridos en el suelo, bajo él, e incluso el rugir bronco de un gran carnívoro, seguido de una apresurada carrera a través del follaje, y de los berridos de dolor y angustia de algún animalejo capturado...

Hubiera dado cualquier cosa por una buena taza de Neo-café hirviente, con tostadas y mantequilla... pero no tenía a su disposición más que el viscoso DAFOOD. Comió un buen trozo, muy sorprendido de encontrarlo ahora casi bueno, acompañado por media botella de agua... y después, descendió trabajosamente de su refugio, sintiendo que los brazos y las piernas eran dos masas duras, casi incapaces de moverse, surcadas de miles de pequeños pinchazos...

Después de consultar la pantalla nacarada, continuó la marcha. Al principio, le costó un trabajo ímprobo colocar un pie delante del otro; después, a medida que los

músculos se calentaban, la marcha se le fue haciendo más flexible, si bien no menos fatigosa.

El bosque iba aclarándose lentamente; los árboles disminuían en su proximidad y altura; las matas y los macizos de flores se hacían más escasos, y un suelo rocoso, entreverado con manchas de tierra roja, iba surgiendo a su alrededor. Desde un claro, presenció un prodigioso amanecer como nunca viera desde la ciudad... hacia el este, las densas masas nubosas, llenas de pinceladas rojizas, fueron abriéndose en barras de color oscuro... mientras la luminosidad crecía más y más y las estrellas desaparecían... un fulminante destello solar entreabrió las nubes y penetró hasta el más profundo rincón del bosque, despertándolo a la vida...

Mientras el sol ascendía en el cielo, Sergio, reconfortado por su benéfico calor, continuó su marcha. Vio pasar algo grande y moteado tras una cortina de hojas, con un gran aletear de pájaros asustados, y desvió su camino.

Un rumor sordo fue creciendo lentamente, como el hervir de una gran caldera. El terreno, muy despacio, fue haciéndose más inclinado, y tras algunos pasos más, los últimos árboles desaparecieron. Sólo algún coloso aislado, aquí y allá, aferrado a las rocas, surgía aún.

Un fuerte declive, sembrado de rocas sueltas y de troncos caídos, conducía hasta el tumultuoso río que viera desde la nave. Corría en el fondo de una garganta rocosa, sembrado de peñas sueltas en las cuales el agua se arremolinaba en un burbujear de espumas... Al otro lado, el declive era menor, y una ininterrumpida hilera de colinas bajas, cubiertas de hierba, se extendía hasta el horizonte, perdiéndose las últimas en la niebla matutina.

Con un suspiro, Sergio inició el descenso, asiéndose a las peñas sueltas y apoyándose malamente en una estaca que había recogido poco antes de abandonar el bosque. Con cierta sensación de tranquilidad observó que varios troncos caídos a través de la corriente podrían facilitarle el paso, a pesar de que las revueltas y rápidas aguas, coronadas de espuma, no parecían muy acogedoras.

No se sentía extrañado por el hecho de no haber encontrado aún ningún ser humano, ni siquiera restos de habitación o de algún campamento abandonado. A juzgar por los informes del profesor Singagong, los salvajes eran más bien escasos, y las observaciones efectuadas desde la ciudad sólo revelaban las ruinas y algunos edificios de la pasada civilización, sin que mostrasen ningún conglomerado donde, al parecer, se desarrollase una actividad humana común.

El agua estaba helada, y esto pareció aumentar los dolores de sus piernas. Asiéndose a un tronco, comenzó a atravesar la tempestuosa corriente, ensordecido por el rugir de las aguas contra las resbaladizas rocas... Temía el momento en que perdiese pie, ya que nadaba muy mal, y este momento se presentó casi de inmediato, pues el cauce del río parecía casi cortado a pico... Dejando que la bolsa y las botellas de agua se las compusieran como pudiesen, e intentando por todos los medios mantener seco el reloj, continuó hacia el centro de la corriente, erosionándose las

manos en la raspante corteza del tronco... Estaba sumergido en el agua hasta las axilas, y poco a poco avanzaba hacia el centro... El lugar malo estaba precisamente allí, donde había un vacío de un metro hasta una roca de buen tamaño... Pero una vez alcanzada ésta, le sería fácil saltar hasta la orilla opuesta, pues varias ramas gruesas y un sinnúmero de maleza acumulada formaban una especie de puente hasta el otro lado...

Llegó al final del tronco, y quedó expuesto a la furia de la corriente, mirando con desesperación la roca a un metro de distancia. Era inútil pensar en saltar, pues la superficie de la peña aparecía resbaladiza y cubierta de musgo... Durante unos segundos permaneció allí, helado y zarandeado por la corriente, sin decidirse a hacerlo. Se daba cuenta de que era inútil; de que la corriente le arrastraría. Pero aun así, tenía que intentarlo...

Con un alarido de rabia, y recurriendo a sus menguadas fuerzas, se lanzó hacia la roca... Durante un momento, creyó que la corriente le arrastraba... hundiéndose como un plomo en la desatada furia del agua, lanzó una mano desesperada hacia adelante... y a través del encrespado oleaje, agarró algo puntiagudo... A pesar de que le destrozaba los dedos, tiró hacia sí, con la fuerza de la desesperación, y poco a poco se izó sobre la superficie de la roca. Bajo el musgo, la peña estaba llena de grietas y esquirlas, como si llevase allí poco tiempo y las aguas no hubieran tenido tiempo de pulirla... Ayudándose con la otra mano, se arrastró sobre la rugosa superficie hacia la masa de maleza y de troncos. Sintió un dolor agudo en una pierna, y con un brusco impulso, adelantó varios metros hacia la otra orilla.

A pesar de que las manos le sangraban abundantemente, cubiertas de heridas, a partir de allí todo fue más fácil. Solamente al tenderse al otro lado del río, agotado, se dio cuenta de que había perdido la bolsa con las provisiones, y de que la pernera del pantalón del lado derecho, donde sintiera el dolor agudo, estaba empapada en sangre...

Al mirar su pierna descubrió que había un limpio y pequeño bocado cerca del tobillo, como si algún salvaje animalejo le hubiese arrancado un trozo. La sangre surgía a borbotones, oscuramente, manando sin cesar, y la herida latía con violencia, marcando el ritmo de su corazón.

No teniendo otra cosa que hacer, la lavó con agua del río y la vendó con trozos de camisa, quedándose desnudo de cintura para arriba. Poco a poco, pareció contenerse algo la hemorragia, a pesar de que un ramalazo de ardiente dolor le subía hasta la ingle. Bebió agua del río, encontrándole un fuerte sabor a hierro, no desagradable, y lavó las heridas de sus manos.

A pesar de su agotamiento se dio cuenta de que su única esperanza estaba en seguir hacia adelante. Los puntos luminosos del reloj estaban casi pegados, indicando la gran posibilidad de lo que buscaba... y en aquellas colinas herbosas lo descubriría en seguida...

Tenía la sensación de que nunca, en todo lo que le quedase de vida (y quizá, pensó amargamente, no era mucho) volvería a estar descansado. Pero sin embargo,

con un esfuerzo de voluntad, sonriendo a su desgracia, comenzó a trepar la ligera pendiente hacia las colinas. En el suelo, tras él, iba quedando un rastro de sangre, y el intenso lumínico del sol, en el mediodía, le abrasaba las espaldas. Pero no cejó. Con los dientes apretados, sufriendo sus dolores sin quejarse, anduvo, anduvo... coronó el declive y comenzó a caminar, tropezando sobre la primera colina cubierta de hierba...

Al anochecer, cuando el sol comenzaba a ponerse, los puntos luminosos coincidían, y aún no había logrado ver nada. El río se había perdido de vista a su espalda, y sólo alguna ráfaga de viento le traía el rumor, a veces, de las salvajes aguas de la montaña. En varias ocasiones había caído al suelo, y en cada una de ellas, después de sonreír, y repetirse a sí mismo que era capaz de hacerlo, que lo haría, que no podrían vencerle unos cuantos contratiempos, se había levantado. Pero cada paso costaba más... cada vez eran mayores las manchas de sangre que quedaban detrás de él... Al tocar el burdo vendaje lo encontró completamente pegajoso y empapado en sangre... De la misma manera, las manos le escocían en las mil heridas, y una sed devoradora le aquejaba...

Soñaba con vasos de cerveza helada, con agua fresca corriendo por su boca... con una copa de helado coronada de guindas... La lengua era como una masa espesa y endurecida que llenaba por completo unas fauces resacas.

Un paso, otro paso... Los puntos luminosos, convertidos en uno solo, titilaban apresuradamente... Y de pronto lo vio...

A unos doscientos metros de distancia, en el fondo de uno de los suaves valles, entre dos colinas, el verde de la hierba se rompía con algunos retazos blancos, y algo metálico brillaba al lado.

Más que caminar, rodó por la suave pendiente hacia aquel objeto... Los últimos metros los hizo reptando, ayudándose con manos y pies, hasta que se derrumbó al lado de un largo cajón rectangular, de oxidado metal apenas brillante en algunos lugares, lo que indicaba claramente que llevaba varios meses allí. Unos cables húmedos estaban aún unidos a los desgarrados restos de tela blanca de un paracaídas.

Cada movimiento, mientras con entorpecidos dedos intentaba abrir la cerradura de combinación de la enmohecida tapa, era un puro dolor. Por fin, con un último chasquido, tras varios giros a un lado y a otro, que su memoria recordaba casi maquinalmente (tantas veces lo había ensayado), el pestillo saltó. Un último esfuerzo le sirvió para levantar la tapa de metal ligero y retirar a puñados el almohadillado de lana de vidrio que recubría el interior... A la escasa luz del atardecer, Sergio vio objetos brillantes, cajas, utensilios de madera... plástico... una cantimplora, un fusil magnético... Extrajo estas dos últimas cosas y bebió ávidamente de la cantimplora, dejando que el agua tibia chorrease por su boca... Sintiéndose consumido por la fiebre, aún rebuscó algo más: una pistola inyectora, con la culata de plástico perlado, y el depósito de aire comprimido colocado en su lugar. La aplicó sobre el muslo, apretó el gatillo y aguantó el agudo pinchazo... Después, perdió el conocimiento.

Le despertó un suave roce en la frente. Al tocársela con la mano, una gran mariposa de anchas alas, negras y blancas, levantó el vuelo.

Era completamente de día. El sol estaba muy alto en el cielo, y a juzgar por la inclinación de sus rayos, el mediodía había pasado hacía rato. Se dio cuenta de que la fiebre había desaparecido, pero se encontraba sumamente débil, como desmadejado, y carente por completo de fuerzas. La piel del torso estaba enrojecida por la quemadura del sol, y al tocársela le causó una sensación ardiente.

No se oía más que el ligero rumor del aromático aire, y en el azul brillante del cielo solamente se destacaba el raudo vuelo de algún ave lejana, negra, planeando con anchas alas extendidas antes de posarse. Bajo su cuerpo, la hierba era suave y mullida, y el duro ángulo del cajón metálico a su lado le reconfortó.

Sin embargo, continuaba sintiendo un dolor sordo y extenso en el tobillo; al examinarlo, se dio cuenta de que el vendaje se había transformado en un gran grumo de sangre seca. A pesar de que la inyección que logró ponerse antes de perder el sentido había hecho desaparecer la infección, las heridas tardarían tiempo en curar. Por si acaso, cogió la pistola inyectora y se aplicó otra dosis en la misma pierna herida, lo más cerca posible del vendaje. Después, sintiéndose como si flotara, como si el suelo apenas hiciera contacto con sus pies, comenzó a extraer cosas de la caja oxidada.

Lo primero de todo fue una tienda portátil, ligera como una tela de araña, que desplegó sobre el cajón, consiguiendo una agradable sombra para su dolorida piel. Después, lentamente, descansando con frecuencia, apiló latas de conserva, varios recipientes de agua, cargas para el fusil magnético, media docena de libros, una caja con frascos de antibióticos y otras drogas, un completísimo botiquín, un estuche de planos, una gran mochila con placa antigrav, un pequeño hornillo portátil... Más tarde comió ligeramente y, mordiéndose los labios, se arrancó de un tirón el seco vendaje del tobillo, cubriendo la herida inflamada con pomada desinfectante y un apósito limpio.

Permaneció dos días allí, reposando y recuperando fuerzas, a pesar de que sentía unos ardientes deseos de reconocer aquella tierra desconocida y salvaje. Pasaba las horas contemplando el herboso panorama que se extendía hasta el infinito, leyendo de vez en cuando alguno de los libros del cajón metálico, y sobre todo, consultando ininterrumpidamente, una y otra vez, sin cansarse, los planos detallados de la Tierra. A pesar de haber activado un pequeño sistema de alarma, ninguna fiera amenazadora se acercó a la tienda, y eso que ahora contaba para su defensa con el rifle magnético, potente, silencioso y preciso.

No olvidaba el bosque, el tumultuoso río, las anchas flores perfumadas. Estaba sintiendo que le gustaba aquel mundo, que había allí una curiosa sensación de paz que nunca encontrara en la Ciudad. Peligro también había, eso era cierto, pero el peligro era algo inherente a la vida humana, y resultaba preciso saber soportarlo, y hacerle frente sonriendo. En el fondo, esta lucha contra la naturaleza y pudiera ser

que contra algo más, le gustaba; le hacía sentirse completo y viril, y no un muñeco de salón, como en la Ciudad.

Alguna vez trató de distinguirla a través del intenso azul, pero no lo consiguió. Estaba demasiado lejos, y las capas de la atmósfera la enmascaraban. Pero continuaba allí arriba; lo sabía perfectamente; allí arriba, esperando.

Fue al tercer día, cuando se encontraba bastante repuesto, con las fuerzas casi recobradas por completo y las heridas comenzando a cicatrizar, cuando aparecieron los salvajes. Era por la tarde, y estaba metiendo las provisiones y utensilios en la mochila antigrav, para dejarlo todo preparado con vistas a la marcha que pensaba emprender al día siguiente. Se sentía cómodo y ágil en el traje de caza que sustituyera a sus desgarradas ropas, cuando la caja de alarma emitió un pequeño castañeteo.

Se puso en pie bruscamente, desparramando por el suelo algunas latas de conserva y los prismáticos... A unos cien metros, tres figuras se recortaban sobre una colina, marcándose sus negras siluetas sobre las nubes rojas y doradas del crepúsculo. Mientras las miraba, con el rifle preparado, comenzaron a descender la herbosa pendiente en dirección a él.

Eran tres hombres. El de la izquierda era alto, cubierto de pies a cabeza con un manto de suave piel gris, con el rostro pintado totalmente de rayas rojas, y un gran tocado de plumas en la cabeza. Llevaba los brazos cruzados sobre el pecho y caminaba con pausa. Al parecer, no llevaba armas. El del centro era un poco más bajo, desnudo hasta la cintura, con una apestosa piel negra cubriéndole los riñones, y el torso y las piernas llenos de suciedad, que hacía apenas visibles un entrecruzado de dibujos marrones. Portaba en las manos una maza increíble; de casi dos metros de longitud, terminaba en una enorme protuberancia nudosa, cubierta de puntas, y manchada con sospechosos chafarrinones rojo oscuro... Se cubría con la parte superior de un cráneo de lobo, atado a la cabeza con una piel que colgaba sobre su rostro, ocultando del todo sus rasgos... Dos orificios le permitían ver. El último era casi un enano; de no más de un metro cuarenta de estatura, pero dotado de unos prodigiosos puños peludos, del tamaño de un pequeño jamón. Una piel negra, colocada a modo de saco, le cubría hasta las rodillas... Unos rabos de zorra, atados a la cintura, hacían el oficio de cinturón, y de ellos pendía un tosco cuchillo de pedernal... No llevaba nada en la cabeza, y mientras que los rasgos del primero eran hasta cierto punto nobles y serenos, los de este parecían los de un trasgo surgido del infierno. La frente se arrojaba bruscamente sobre una nariz chata, de anchas ventanas; la boca, medio abierta, dejaba ver unos dientes amarillentos y desiguales, montados unos sobre otros, y llenos de sarro; las orejas, como soplillos, se echaban hacia adelante, y estaban llenas de muescas y dobleces... Una cerrada barba negra completaba el conjunto, coronando la nudosa y potente musculatura del engendro.

Se detuvieron, sin decir nada, a unos diez metros de distancia, y Sergio pudo sorprender una mirada del hombre alto dirigida al rifle. Por si acaso, no se le ocurrió siquiera apuntarles con él; lo mantuvo, sin embargo, en posición de descanso, con la

mano derecha en el gatillo, y el cañón apoyado sobre el antebrazo izquierdo, presto a utilizarlo, si fuera necesario.

Durante unos segundos permanecieron así, mirándose mutuamente, sin pronunciar una sola palabra. Después, el de la maza se adelantó un poco, muy poco, y carraspeó:

—¿Tú... tú venir de arriba?

—Si —contestó Sergio—. Vengo de arriba. Soy... soy un visitante de las estrellas.

—¿Tú frascos mercurio?

—No... Yo no vengo por frascos de mercurio. Yo soy... soy un sabio, un mago... Vengo a aprender cosas.

—¿No ser guerrero?

—Bueno... También soy guerrero. Esto —señaló el rifle— es un arma... muy fuerte... muy poderosa. Mata a distancia...

—Haber visto antes... Yo llamarme Manchuok... gran Jefe... Él —señaló al hombre alto— llamarse Vikole, gran sabio, no decir nunca nada. Él —señaló al enano nudoso— llámase Huesok... no ser sabio, no saber hablar, nunca decir nada... ¿Tú llamarte?

—Sergio.

—Sergiok.

—No. Sergio. No vengo a hacer daño a nadie. Quiero paz.

—Si querer paz... —dijo Manchuok, moviendo algo la maza— todos sentarnos en el suelo. Sólo amigos sentados. Enemigos en pie, luchar... con maza, muerte. Sentar, sentar.

—Me parece bien —respondió Sergio, tomando asiento.

Los salvajes hicieron lo mismo, si bien Sergio se dio perfecta cuenta de que, al hacerlo, se acercaban un poco más, hasta situarse a unos cinco metros de distancia. Esto no le preocupaba; el rifle magnético era capaz de acabar con ellos en un instante. Pero no pensaba dejarles acercarse más.

A esta distancia pudo ver que de una de las orejas del enano Huesok surgía un pequeño cilindro blanquecino, de aspecto repulsivo. En su cuerpo, así como en el de Manchuok, había unas extensas manchas rojas, que se rascaban de cuando en cuando. Sus desnudas piernas estaban llenas de arañazos y llagas, y de estas últimas, en las pantorrillas de Manchuok, había dos que supuraban claramente un espeso líquido seroso de color amarillento...

—¿Por qué llevas la cara tapada? —preguntó.

—Por gusanos —contestó el otro, con la voz amortiguada por la piel—. Muchos, muchos en narices y boca... Decir que yo infectar... Piel buena medicina... no dar gusanos a otros guerreros... ¿Dónde estar nave del cielo en que tú venir?

—Está en el bosque —contestó Sergio—. Mis amigos me esperan allí... No tardarán en venir...

—¿Ser muchos... muchos?

—Muchos.

—Visitantes estrellas muchos —recopiló Manchuok, haciendo un movimiento con la maza—. Tú bueno. Yo levantar piel y dejarte ver gusanos... Muchos, muchos. Muy raro.

—No, gracias —dijo Sergio, apresuradamente—. Deja la piel quieta y no me enseñes nada.

—Ser muy raro. Sólo yo tener.

—Es igual. Otro día. Ya los veremos. Hoy no.

Manchuok hizo un gesto con los hombros, que, si hubiera podido verse su expresión, habría tenido una clara significación de sorpresa ante el rechazo de tan escogido espectáculo. Dirigió el rostro hacia el enano y le dio un ligero golpe con la maza, como si pretendiera hacerle partícipe, de su asombro.

—Guaj —dijo el enano—. Guarf. Jojojok. Guarf.

—No tener cabeza. No saber hablar. ¿Visitante estrellas mucho? No saber... no ver nada. Tú ser criminal... otros venir, hace muchos soles... Hombres malos... Matar. ¿Tú ser malo como ellos?

—Yo no —contestó pacientemente Sergio—. Si lo fuera no tendría un rifle, como este.

—Eso —apostilló Manchuok, señalando al cajón metálico— venir de las estrellas... otros visitantes estrellas, no de mercurio... malos, malos, venir igual.

—Yo no lo soy... no soy un criminal. A los criminales no los mandan con armas. Yo he venido a buscar esas grandes columnas negras, como montañas... ¿Las conoces? Manchuok dio un salto hacia atrás, como espantado.

—Conocer... muy malo... demonios... no acercarse. Muy malo. Guerreros morir comidos allí... Muy malo.

—Escuchadme —dijo Sergio—. Tengo mucho interés en encontrar una de esas columnas. Creo que sé cuál es... hacia el Norte. No me importa que me ayuden, pagaré con antibióticos. Puedo cazar con el rifle; tendréis buena comida. Sólo necesito que me guiéis.

—Hablar mucho —contestó Manchuok—. No entender nada. ¿Tú entender, Vikole?

El hombre alto no contestó. Sus ojos, azules y fríos, estaban clavados silenciosamente en Sergio, como si le estudiase profundamente. Al cabo de unos segundos hizo un ligero gesto negativo con la cabeza.

—Digo —repitió Sergio, ya impaciente— que si me acompañáis y me guiáis por la selva, o lo que sea, cazaré para vosotros y os haré regalos. ¿Entendido?

—Ir... ¿dónde?

—A las columnas negras... una detrás de otra... El hombre alto se puso en pie, silenciosamente, y sus compañeros le imitaron.

—No ir, no ir —dijo Manchuok—. Mucho malo allí... No ir.

—¿Os marcháis?

—Irnos ahora... Pero antes dar regalos. Visitantes estrellas dar regalos siempre. Criminales no; sólo estacazos.

—Está bien.

Sin volverse, Sergio extrajo tres pequeños frascos de desinfectante de su mochila. Iba a arrojárselos, cuando el hombre alto se movió silenciosamente hacia él... Sergio comenzó a levantar el fusil, pero el otro abrió las palmas de las manos mostrándolas vacías...

—No hacer daño —dijo, hablando por primera vez, con voz suave—. No temer. Yo sólo imponerte manos; no daño. Buena medicina.

—Gronff, gronff —dijo el enano, dando un par de saltos—. Chuok, chuok.

La voz del hombre alto, llamado Vikole, sorprendió a Sergio. Si la hubiera oído en la Ciudad, habría dicho que era la voz de un orador político, y de un orador político hábil. Suave, profunda, agradable... convincente. Le parecía imposible que un hombre que hablaba así pudiera engañarle... Luego recordó a un gran orador de la Ciudad, el conde Ratkoff, y la desconfianza renació de nuevo en él. Pero como el hombre alto no parecía ir armado, y los otros dos se habían alejado un poco, decidió darle gusto.

Los fríos ojos azules se fijaron en los suyos, pacíficamente. Su expresión cambió algo volviéndose bondadosa, soñadora. Se cerraron un poco, y cuando volvieron a abrirse miraban hacia lo alto, como ausentes. Lentamente las manos de Vikole subieron, con las palmas completamente abiertas, y con una suavidad de seda se colocaron sobre su frente. Estuvieron allí un segundo tan solo, y se retiraron bruscamente, mientras una expresión de sorpresa, rápidamente borrada, aparecía en los ojos del hombre alto.

—Mucho sufrimiento —dijo, con lentitud—. Muy difícil. Pero tú no criminal.

Arrojándose en su manto, Vikole volvió hacia atrás. Hizo una seña a Manchuok.

—Coger regalos.

A su vez, Manchuok, después de dejar la maza en el suelo, se acercó, tomando en sus sucias manos los tres frasquitos. Un hedor a suciedad y a alcohol, como si Manchuok estuviera ahíto de algún vino barato, llegó al olfato de Sergio. Recordó entonces que no había sentido ningún mal olor procedente de Vikole. Seguramente esta gente, destilaba burdamente algún licor de cualquier planta desconocida. Sin decir una palabra, Manchuok colocó los regalos en un zurrón de piel, recogió su maza y comenzó a andar hacia la cima de la colina. Sergio permaneció inmóvil, viéndolos marcharse. Al cabo de unos minutos, sólo la figura del enano permaneció visible en la cresta cubierta de hierba, dando saltos, y alzando los dos puñotes peludos sobre su cabeza...

—Gronff —trajo el viento—. Gronff... Chuok, chuok.

### III

## ENEMIGOS MUERTOS Y AMIGOS VIVOS

Durante las tres jornadas que siguieron, Sergio caminó hacia el Norte en busca de la columna negra que viera pasar en los últimos instantes de su descenso. Tenía un mapa que situaba claramente, en el extenso continente llamado Europa, una hilera de columnas, desde el Norte, hasta el extremo Sur. Si bien no sabía muy bien en qué parte de Europa había caído, tenía ahora la certeza de no haberse equivocado en sus cálculos para el aterrizaje; sí, en cambio, se había equivocado en su capacidad para dormir... Si los cálculos hubiesen estado equivocados no habría descendido en Europa (el único continente en que se alzaba la hilera de ciclópeas columnas) sino en África, o en algún océano... Por tanto, era evidente que, en vez de dormir cinco o seis horas, había dormido cerca de veinte...

Las colinas herbáceas se extendían ininterrumpidamente, una detrás de otra, rotas de cuando en cuando por un macizo bosquecillo de chopos, o por un roquedal abrupto que surgía de las entrañas de la tierra, alzando al cielo sus aguzados cuchillos de roca. En uno de ellos, encontró uno de aquellos orificios casi circulares como el que el doctor Singagong describía en su libro, pero no se entretuvo en explorarlo.

En varias ocasiones halló pequeños animales que no supo reconocer, y abundancia de pájaros. Mató dos patos con el silencioso rifle, y devoró uno de ellos, bien asado con la potente llama de la cocinilla portátil. Una vez, durante la noche, la caja de alarma castañeteó con fuerza, y pudo percibir, al salir de la tienda, algo enorme y peludo que daba vueltas en las cercanías. No disparó, limitándose a esperar, y la fiera, o lo que fuese, desapareció rugiendo en las oscuridades nocturnas.

Al tercer día vio aparecer en el cielo, antes de ponerse el sol, una luna pálida y ancha, que iluminó durante unas horas, con su triste luz plateada, el lugar que había escogido como campamento.

A la mañana siguiente, después de contemplar de nuevo, como otros días, el siempre renovado prodigio del maravilloso amanecer (no se hubiera cansado nunca de verlo) pudo divisar a lo lejos las cimas neblinosas de unas montañas... Le parecía recordar que en esas montañas, precisamente, se encontraba la columna negra que iba buscando; por ello, reanudó con nuevos ánimos la marcha en aquella dirección. Caminaba alegremente, silbando y respirando a pleno pulmón el fresco aire de la madrugada; gracias a la mochila antigrav, el peso de las provisiones e instrumentos no sobrepasaba los dos kilos; y el contacto con la empuñadura pulida del rifle le daba seguridad.

A mediodía, el terreno comenzó a cambiar. Las familiares colinas onduladas cubiertas de hierba fueron siendo sustituidas, gradualmente, por espacios desérticos, llenos de rocas oscuras, y los suaves valles en cuyo fondo circulaba algún manso

arroyo, por gargantas cada vez más agrestes, con las laderas cubiertas de pinos y encinas, con alguna eventual cascada, saltando y espumeando en la parte más profunda. Las montañas estaban mucho más cerca, pero se dio cuenta de que difícilmente las alcanzaría antes del día siguiente. Eran bastante más altas de lo que parecieran, al verlas desde lejos, y comenzó a temer sobre su capacidad para escalarlas.

Descendía una de las gargantas rocosas, atravesando la fresca sombra de un bosquecillo de copudas encinas, cuando oyó un ligero rumor a uno de los lados. Se detuvo, inmediatamente, con el rifle preparado. Había unos espesos macizos de delgadas hojas lanceoladas, cubiertos de pequeñas flores rojas con motas negras de las que surgía un olor a podrido... y dentro de este macizo, algo se movía lentamente, agitando las hojas.

Un momento después dejó escapar el aire de los pulmones, tranquilizado. No era más que uno de aquellos abundantes animalillos de pelo gris, con vivos ojos negros, como el primero que viera, y que, según había comprobado sobradamente, se limitaban a alimentarse de bayas y de alguna pequeña fruta. Había comenzado a bajar la guardia, desviando el cañón del rifle, cuando algo cilíndrico, de color verdoso, cruzó fulmineamente el aire, desde el lado opuesto, y se empotró literalmente en el pequeño animalillo gris. Asustado, Sergio retrocedió un poco, sin dejar de observar al nuevo visitante.

Era como medio pepino verde amarillento, de unos cuarenta centímetros de largo, por veinte de grueso, totalmente cilíndrico, si bien con unas estrías longitudinales que parecían dividirlo en sectores. No mostraba patas ni mecanismo locomotriz de ninguna clase, y al parecer, no emitía ningún ruido, salvo algo semejante al chasquido de una madera rota, que Sergio había creído oír un instante antes de su aparición.

El que chillaba aterradamente, y se revolcaba por el suelo, intentando librarse de su enemigo, era el pequeño animalillo gris, cuyos ojos negros, casi vítreos, demostraban que estaba agonizando. Un ruido como de succión llegó hasta Sergio, procedente del lugar donde el pepino amarillo verdoso se había hundido en la carne de su víctima. Esta, después de una sacudida tetánica, quedó examine. En un impulso, Sergio disparó sobre la extraña bestia y pudo ver, con satisfacción, que el disparo la había atravesado de parte a parte.

Sin embargo, aún le costó un par de minutos morir. Se curvó sobre sí misma, chorreando una sangre roja y espesa; se estremeció cambiando de color a un tono claramente azulado, y por fin, se soltó del bichejo gris, y permaneció en el suelo, agitada por últimas e irregulares convulsiones. Cuando Sergio se aproximó, pudo ver que la parte, plana de aquel cuerpo, una gran boca, con tres colmillos blancos dispuestos como las aspas de un ventilador, chorreaba todavía, a bocanadas, la sangre de la bestezuela gris. Aquel aparato bucal tenía todo el aspecto de un potente órgano de succión, y prueba de ello era que en el costado del animalejo peludo quedaba una gran herida circular, manando aún sangre, con tres profundas incisiones.

Sintiendo una profunda repugnancia, Sergio continuó su descenso a través de los árboles. Casi al final, encontró un nuevo macizo con flores rojas y negras... oyó un chasquido de madera; dio un brusco salto, y un nuevo pepino verdoso cruzó zumbando el lugar donde se hallaba un instante antes. Cayó a unos metros de allí, y antes de que pudiera moverse de nuevo, Sergio descargó sobre él tres disparos, en rápida sucesión.

Mientras el hediondo bicho se retorció en los espasmos de la muerte, Sergio se aproximó a la cascada, cuidando muy bien de evitar los espacios cubiertos y caminando solamente por los claros. Había visto que aquellas bestias alcanzaban solamente unos diez metros de distancia, si bien se lanzaban con fulminante rapidez, como balas. De no ser por el chasquido precursor del ataque, quién sabe si ahora estaría gravemente herido, o quizá muerto.

A media tarde, las montañas se hallaban ya cerca. Eran enormes y estremecedoras. Sergio, falto de medios, no pudo calcular su altura, si bien pensaba que podían elevarse cinco o seis mil metros sobre el nivel de la llanura. Parecían pesar sobre él ocupando todo el horizonte, llenas de escarpaduras, contrafuertes y murallas extensísimas... Se alzaban hacia el firmamento, una cima tras otra, una garganta salvaje tras otra, ocres y verdes, cada hilera más alta que la anterior, hasta ser coronadas por un monstruoso y gigantesco titán cuya cima era apenas visible, como rodeada de una ligera bruma grisácea...

A pesar de todo, Sergio tuvo que reconocer que aquellas montañas tenían un aspecto amenazador. Y no era sólo su enorme mole y las ingentes dificultades de su escalada... no... era algo más. Lo mismo que en algunos bosquecillos, en las colinas herbosas, había sentido claramente una sensación de bienestar, de paz, como si la naturaleza le acogiese gozosa y estuviera satisfecha de que él se encontrase allí... («Extraña forma de pensar» se dijo)... aquí sucedía lo contrario. Las montañas le rechazaban. Las montañas no querían que se les acercase... y caso de que se atreviera a hacerlo...

De un manotazo, Sergio borró estos absurdos pensamientos de su mente y continuó su marcha. Aún quedaba un buen espacio de llanura hasta las primeras estribaciones, y confiaba en acampar aquella noche al pie de la primera cima.

El sol rozaba el horizonte con su parte inferior cuando descubrió algo nuevo. Las primeras rocas de la ciclópea cordillera se alzaban sólo a un kilómetro de él, y la hierba había desaparecido totalmente, siendo sustituida, como única manifestación vegetal, por grupos sueltos de carrascas y pinos, entreverados con abundantes avellanos. Ya se hallaba cansado, pensando en acampar al amparo de la primera peña que le ofreciera refugio (no, desde luego, en un bosquecillo, y menos al lado de cualquier macizo herboso) cuando su vista se fijó en un par de profundos surcos trazados en el terreno.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, contemplando fijamente su descubrimiento. Apenas eran visibles, y quizás hubieran podido pasarle inadvertidos,

de no ser por la atención que ahora iba poniendo por si aparecía algún nuevo pepino. Pero eran dos huellas paralelas, de unos cuatro dedos de profundidad y unos veinte centímetros de anchura... que continuaban hacia ambos lados, perdiéndose en la lejanía.

—Un carro —se dijo—. O algo parecido.

¿En qué dirección iba? Un atento examen le reveló que algunos guijarros, más o menos gruesos, habían sido apartados o hundidos en el terreno, debido a la marcha y pesadez del vehículo. Y viendo el tamaño de los guijarros dedujo que era bastante pesado, ciertamente, y además, que se movía con lentitud...

Alguna de las piedras había sido arrastrada, trazando un surco; otras habían sido hundidas en el suelo, con una inclinación ligeramente oblicua. En una de éstas, la tierra se apelmazaba un poco en uno de sus lados, formando como un pequeño reborde, mientras que en el contrario quedaba una estrecha hendedura entre la superficie de la piedra y el terreno. No era difícil deducir que el carromato, fuese lo que fuese, marchaba hacia el oeste... hacia el sol que se ponía.

De todas formas estas deducciones no le iban a hacer falta. En aquel momento, un estampido bronco resonó no lejos de allí, en la misma dirección en que el carro había marchado... y repercutió sordamente en las monstruosas masas de la cordillera. A éste siguieron otros tres, casi juntos... y otro más...

La luz se hizo en la mente de Sergio, como un relámpago. Eran armas de fuego... fusiles que disparaban con pólvora. Recordaba haber usado algunos años antes un arma de éstas, por curiosidad.

Sacando el cargador del rifle, y guardándolo, pues aún quedaban en él doce balas, introdujo uno nuevo, completo... y comenzó a caminar apresuradamente en dirección al tiroteo. Un par de nuevos estampidos se escucharon.

Caminó durante quince minutos, escudándose detrás de las peñas sueltas, semihundidas en el terreno, que en tiempos pasados cayeron rodando desde las altas cimas montuosas. Casi había olvidado el peligro real de los pepinos voladores.

Las huellas del carromato eran apenas visibles en la semioscuridad del crepúsculo, pero algún disparo suelto, y en ocasiones una cascada de tiros agrupados, continuaban llegando hasta él. El terreno ascendía muy ligeramente, formando una especie de suave loma en cuya cima se recortaban, contra el sol, irregulares agrupaciones de rocas, caídas y amontonadas de cualquier forma. La loma le ocultaba el sol poniente, extendiendo sobre él una ancha y profunda sombra, pero las huellas de la carreta continuaban estando allí; pudo percibirlo al tocar el suelo con los dedos. Estaba claro que tenían que pasar por el único sitio en que los peñascales dejaban un lugar libre en la cresta de la loma, y hacia allí se dirigió...

Subió inclinado la leve cuesta, y al final, ocultándose tras una áspera peña, asomó la cabeza. En aquel momento escuchó un chillido vibrante, procedente de un animal que no conocía... Pudo ver una extensión llana, similar en todo a la que acababa de dejar a su espalda, con peñas sueltas, bosquecillos, y grandes contrafuertes rocosos...

A unos trescientos metros de él, detenido en mitad de la planicie, silueteado en negro contra el rojo sol y las violáceas barras de nubes, había un largo vehículo rectangular, provisto de anchas ruedas con llanta de hierro, que relumbraban débilmente bajo la luz escarlata... Un par de robustos animales con cuernos («¿Bueyes?», pensó) yacían en el suelo en la parte delantera, uno de ellos inmóvil; el otro pataleando espasmódicamente...

En aquel instante dos fogonazos surgieron de la negra masa del vehículo, y el chillido anterior volvió a escucharse. A su derecha se escuchó un nuevo estampido, más profundo que los anteriores, y una lengua de fuego brotó de entre las rocas... Una figura disforme, con cuatro patas, una cabeza alargada, y algo con dos brazos, como una protuberancia más, uno de los cuales agitaba un largo palo... «Un hombre montado a caballo, ignorante» se dijo Sergio, recordando las láminas que había estudiado en la Ciudad. «Un hombre montado a caballo, y armado con un fusil...».

Durante unos segundos se recrudeció el tiroteo. Del inmóvil vehículo surgían llamaradas de varios lugares, y por lo que pudo deducir, los asaltantes formaban un arco situado a su derecha, entre el vehículo y las agrestes estribaciones de la cordillera. Fue contando uno a uno los lengüetazos de fuego, y pudo darse cuenta de que los asaltantes eran seis, y además, el hombre del caballo, que, como si fuera inmune a las balas, saltaba de un lado a otro, lanzando broncos gritos que no logró comprender...

Era mucho menos denso el fuego de la carreta. Quizá no hubiera dentro de ella más de dos o tres hombres, a juzgar por el ritmo de sus disparos.

Un aullido procedente de un nido de rocas le sobresaltó. Vio una figura negra saltar en el aire, llevándose las manos a la cabeza, y aventar a lo lejos un fusil humeante, para caer después como una masa, sobre un bancal de tierra, con la cabeza hacia abajo y los brazos colgando... De algún lado, entre las rocas, surgió una antorcha encendida trazando molinetes en el aire, para caer después a unos metros del carromato.

Mientras el acre olor a pólvora quemada llegaba a su nariz, Sergio, a la luz aceitosa de la antorcha, a la que pronto siguieron otras dos, pudo ver que el vehículo estaba constituido por una gran caja alargada, de quizá doce metros de largo por tres de ancho, con estrechas ventanas aspilleradas, de donde surgían las llamaradas de los disparos. Una nueva antorcha se estrelló cerca del carricoche, y soltó una brazada de chispas al chocar con el suelo... A su luz, Sergio pudo distinguir, durante un segundo, fragmentos de letras pintadas con colorines en las paredes del carromato.

... APIO... ...DICINA PARA...

... NAZO MATINAL... ...NOTICIAS...

... BAZAR Y... ...STORE MERCAN...

En un momento tomó su decisión. Fuesen lo que fuesen los de fuera, era evidente

que los del vehículo eran gente civilizada, bastante más que los salvajes... Para otro instante el recomponer todos sus equivocados conocimientos sobre la Tierra...

Un grito del jefe a caballo, claramente percibido en virtud de una ráfaga de viento, acabó de decidirle.

—¡Al asalto, animales! ¡No dejemos ahí ese botín!

Ajustó fríamente la mira de infrarrojos de su rifle, y después, despacio, se arrastró hasta el borde de la loma, cuidando de que su cuerpo y su cabeza no sobresalieran mucho. Luego, serenamente, usando tan sólo los movimientos precisos, enfocó con el visor nocturno y la mira telescópica al hombre a caballo.

La bala, impulsada por el pequeño pero potente campo magnético del rifle, salió silenciosamente. El hombre a caballo cayó al suelo, como un fardo, mientras el animal se encabritaba, y con las fauces espumeantes y las riendas arrastrando, emprendía un loco galope hacia las montañas... sus cascos se oyeron aún repicar en el duro suelo durante un rato...

El visor mostraba claramente las cabezas de los hombres escondidos en las rocas, como manchas de un vivido rojo sobre un fondo gris-rosa... Un nuevo disparo, y otro hombre saltó al aire, como impulsado por un muelle... El tiroteo, a pesar de todo, continuaba por ambas partes, y una bala perdida chocó en un peñasco, a su derecha, rebotando con un aullar de sirena...

El segundo hombre fue alcanzado en un hombro, y sus maldiciones y gritos llegaron claramente hasta Sergio. El tercero fue herido en una mano, después de tres disparos en falso, y un torrente de palabrotas y juramentos retumbó en la montaña, mientras el pesado fusil caía al suelo, con ruido metálico.

—¡¡Hay alguien ahí arriba!!

Dos o tres disparos hicieron mella en las rocas, a su alrededor, y algo se enterró con un sordo «plof» en el suelo, un metro delante de su cara, salpicándole de tierra... Los tres siguientes disparos del rifle magnético pusieron fuera de combate a otro asaltante, que se llevó la mano al pecho, y cayó hacia atrás...

Los estampidos habían cesado... Era casi completamente de noche... las primeras estrellas relumbraban en el cielo; pero a la luz de las antorchas, a las que el viento nocturno, que acababa de levantarse, daba más viveza, pudo ver Sergio cómo los supervivientes se retiraban... Uno de los heridos (el de la mano) les acompañaba, jurando y asiéndose la mano herida con la otra... No surgían nuevos disparos de la carreta, ahora totalmente silenciosa... El herido en el hombro gritaba atrocemente, insultando a sus compañeros.

—¡No me dejéis aquí, hatajo de cobardes! ¡Asquerosos, malnacidos! ¡No me dejéis aquí! ¿Queréis que me ahorquen?

—¡No dispararemos! —dijo una voz aguardentosa desde la carreta—. ¡Llevaos a esa joya, que no vale ni la cuerda que usaríamos con él...! ¡Lleváoslo, que hoy me he despertado con ganas de hacerle un favor a un aborto! ¡Cuando tú naciste sólo tenías la cabeza y el culo, y te tuvieron que poner las cuatro patas de un cerdo! ¡Llevaos a

ese bicho, si es que podéis soportar el olor megalítico que echa! ¡Puaf!

—¡Maldito seas! ¡Ya te cogeré! —contestó el herido.

Dos sombras negras le arrastraron fuera del círculo de luz de las antorchas. Hubo un rumor de pasos apresurados entre las tinieblas nocturnas, algún aullido del herido, al que sus compañeros arrastraban sin muchas contemplaciones... y después algún relincho de caballo. Unos instantes más tarde cuatro jinetes, uno de ellos sostenido por los demás y tambaleándose en la silla, y el último asiendo las riendas con una sola mano, se recortaban a lo lejos, sobre el resto de luz del crepúsculo... ya fuera del alcance de los fusiles de pólvora. Aunque no del rifle magnético... a pesar de lo cual, Sergio se abstuvo de utilizar su arma.

Durante unos minutos la carreta permaneció silenciosa, iluminada por la moribunda luz de las antorchas, que continuaban chisporroteando en el suelo... Sergio desconectó el visor de infrarrojos, y adosándose a las rocas sueltas, por si acaso, comenzó a descender la pendiente.

De la carreta llegaba un confuso rumor. Se oía, sin entender las palabras, la voz aguardentosa y ronca... otra, casi inaudible, semejaba contestarle. Hubo un momentáneo silencio. Después, un ruido de hierros, y con un metálico tañido, dos puertas de metal se abrieron en la parte trasera del vehículo y chocaron con sonido de campana contra los laterales... Surgió una sombra, con un fusil en una mano, y una luz en la otra. Parecía ser un farol hecho de metal y cristal con una ancha asa para cogerlo; la llama temblaba ligeramente, iluminando con fulgores rojizos los alrededores...

—¿Quién anda ahí? —dijo la voz bronca—. Si es hombre de paz, que salga...

Sergio no contestó ni se movió. Se hallaba a unos cincuenta metros del vehículo, semioculto tras la lámina filosa y llena de esquirlas de una ancha protuberancia rocosa, que surgía del suelo, como la hoja de un cuchillo.

—¡No tengas miedo! —aulló la voz vinosa—. ¿Nos has ayudado o no? ¡Sal de una vez!

Lentamente, Sergio, sin abandonar el rifle, salió de detrás de la lámina de roca.

—No disparéis —dijo—. He sido yo el que os ha ayudado.

—Acabáramos —contestó el otro, alzando la luz sobre su cabeza—. Acércate de una buena vez... que te veamos la cara.

—Que salgan antes los que haya ahí dentro.

—Bueno está. ¡Eh, vosotros, salid!

Dos figuras más aparecieron en el círculo de luz del farol; una de ellas la de un hombre alto, y la otra la de un enano de un metro cuarenta de estatura. De pronto, Sergio se acercó a grandes pasos, sintiendo que se le subía la sangre a las mejillas...

—Pero, vosotros...

—¡Oh, visitante de las estrellas! —dijo el de la voz vinosa—. Yo Manchuok, gran Jefe. Acércate, hombre, acércate de una vez.

Una hora más tarde muchas cosas se habían aclarado, y muchas palabras se

habían dicho. La primera reacción de Sergio fue de indignación ante el engaño de que había sido objeto, pero la suave voz del hombre alto logró tranquilizarle.

—¿Conoces otro sistema de acercarte a uno de ahí arriba sin saber qué clase de persona es?

—Bueno, yo...

—Si hubieras sido un criminal, habrías actuado de una forma muy distinta. Aparte de que no hubieras llevado rifle, ni un stock tan completo de provisiones y utensilios... Lo cierto es que resulta muy raro que un criminal llegue vivo. En primer lugar tiran pocos; y después, la mayor parte se matan...

—Yo —dijo el de la voz vinosa— sólo he visto dos vivos, y tres cohetes de esos con los de dentro espachurrados mismamente como si les hubiera pasado un mamut de esos por encima... ¿Un trago de vino, joven?

Sergio probó el contenido de la botella, y después de beber algo, renunció a hacerlo de nuevo. No era fuerte, pero tenía un sabor extraño hasta más no poder. Sabía a hierbas aplastadas, a alcohol de madera, a heces de una cacerola no lavada...

Habían encendido una hoguera junto al carromato, y a su luz, mientras los leños crujían y humeaban, Sergio pudo detallar mejor a sus tres compañeros.

El hombre alto, sin el tocado de plumas y la larga capa gris, resultó tener un par de hermosas trenzas rubias que descendían por su espalda hasta la cintura. Era muy joven, más que el mismo Sergio, y unos diez centímetros más alto que él. Sus rasgos eran regulares, y singularmente serenos; a veces, incluso, casi inexpresivos. La mirada de sus ojos azules, más bien grandes, era fría en ocasiones, benévola en otras... soñadoras las más. Vestía ahora un flexible traje de ante amarillento, con las costuras cuidadosamente cosidas. Al principio había llevado un arma, un largo rifle, de plateado cañón y culata de hermosa madera roja, pero lo había vuelto a guardar en el carromato tan pronto como las cosas quedaron claras.

—¿Por qué dejasteis escapar al herido? —preguntó Sergio—. Si se repone, será un enemigo más.

—El que huye, huye más despacio cuantas más cosas lleva consigo —respondió el hombre, alto—. Si caminas solo, caminas mejor.

—Vamos —apostilló el de la voz vinosa— que, según dice el Vikingo, llevando a ese irán más despacio, y puede que los cacen antes.

—¿Que los cace quién?

El de la voz vinosa, aparte de exhalar un espantoso hedor a vino barato y a suciedad acumulada durante décadas, tenía un rostro verdaderamente curioso. No se podía decir que fuera regular o irregular, porque parecía cambiar según le daba la luz de la hoguera. Tenía una nariz protuberante, gruesa en la punta, surcada de copiosas venillas escarlatas, azulencas a zonas, bulbosa, reiterativa... Aquella nariz obsesionaba; a Sergio le pareció que siempre que su vista se dirigía a algún lado, se encontraba con la nariz y los legañosos ojos negros del hombre. En lo demás no era ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado... Tenía unas manos callosas, con dedos largos y

afilados, profundamente sucios...

—A mí me llaman el Manchurri —dijo el hombre de la voz vinoso—, si bien mi verdadero nombre es Serapio... Serapio Marcilla, comerciante, cambista, viajero sin límite... periodista, arreglo cosas, cambio y entrego mercancías... hago todo lo que haya que hacer, y me conformo con algo de comida y un poco de vino...

«No será un poco» pensó Sergio, viendo la altura a que estaba ya la espantosa mezcla contenida en la botella.

—Bueno; los cazaré una patrulla... Si al capitán Grotton (puede que lo conozcas algún día) le da por ahí... Los encontrará por doquier, los acosará, y después de todo, los escabechará. ¿Un trago de vino, joven?

—No, gracias... Y si piensas que caminar solo es mejor, ¿por qué no vas solo?

—Voy solo —dijo el Vikingo.

—Vas con dos amigos.

—Voy solo —repitió el Vikingo, mirándole bondadosamente.

—Claro que va solo —berreó el Manchurri, después de empinar nuevamente la botella—. ¡Malditos forajidos! ¡Si llego a darme cuenta de que han matado a William y a Pepito, a buenas horas se va entero el aborto ese!

—¿William y Pepito?

—Los bichos —dijo el enano—. William planchó y a Pepito hubo que apiolarlo.

—¿Qué dice?

—Que William estaba muerto, y que Pepito, como estaba herido de muerte, tuvo que morir, misericordiosamente, como todos hemos de hacerlo, oh Señor, perdónanos nuestras deudas, como nosotros... ¿y tú de dónde sales?

Los ojos del Manchurri estaban fuera de sus órbitas, y la botella casi vacía.

—Este tipo enanoso y vil —dijo, entre dos eructos— se llama el Huesos...

—Manchuok, Vikole y Huesok —comentó Sergio, mordazmente.

—Eso mismo... ¿Estuvo bien, o no?

—Pero, entonces, ¿los salvajes del mercurio?

—No confío en ti —manifestó el Manchurri, majestuosamente, poniéndose en pie, y señalándole con la botella vacía—. Vienes de la montaña, engendro del mal... vienes de allí donde va uno y brrrrr...

—Le dio peleona —dijo el Huesos, lentamente—. Vamos, Manchurri, vamos, hombre...

—Hay algo raro en la montaña —dijo Sergio, mirando al Vikingo, que parecía no escuchar—. Me ha dado la impresión de que algo malo... algo dañoso...

—El aura es maléfica allá —contestó el Vikingo—. Seguramente no pasaría nada... pero ¿por qué ir?

Sergio no respondió. No entendía nada de lo que estaba sucediendo, y mucho menos, a estos absurdos personajes, que parecían no tener explicación alguna.

—Vamos a ver... —dijo—. ¿Hay salvajes o no hay salvajes?

—Realmente los hay —dijo el Vikingo, con suavidad—. Tú viste tres hace unos

días...

—¡Erais vosotros mismos!

—Pero en aquel momento éramos salvajes... como lo son los que recogen las cosas, y entregan el mercurio.

—Bueno... ¿y por qué hacéis eso?

—Nadie quita nada al que tiene menos que él —contestó el Vikingo—. El hombre fuerte vive tranquilo mientras los demás son más débiles.

—¿Quieres decir que no hay salvajes... que en la tierra hay una civilización? ¿Que lo hacéis para ocultarla?

El Vikingo, sin contestar, abrió las manos, como indicando que era muy difícil dar una explicación.

—Es mejor que lo veas por ti mismo —dijo, después de unos momentos de silencio—. No es fácil de explicar.

El Huesos estaba introduciendo el casi insensible cuerpo del Manchurri dentro del furgón, y Sergio se levantó para ayudarlo... No pudo ver nada del interior del vehículo, dada la oscuridad reinante; solamente que del interior surgía un penetrante olor a grasa mineral, a ropa vieja, a carne no muy fresca... Al regresar junto al Vikingo, que permanecía inmóvil, junto a la hoguera, se detuvo a leer los letreros que adornaban el costado del carromato:

SERAPIO EL MANCHURRI MEDICINA PARA TODOS EL CLARINAZO  
MATINAL Y AVISADOR IRREGULAR DE LA GRAN REGIÓN  
EUROPEA. LAS MEJORES NOTICIAS. GRAN BAZAR Y IMPRENTA.  
GENERAL STORE MERCANCÍAS.

—¿Tienes comida para mí? —preguntó el Vikingo.

—Sí; si es preciso, creo que tengo para todos vosotros.

—Es una buena respuesta —contestó el Vikingo, sonriendo abiertamente—. Creo que podremos entendernos. Y ahora, vamos a comer, mientras esos dos duermen... Hay una pierna asada, fría de esta mañana, fresas silvestres y agua... Espero que sea bastante.

—Pero ¡bueno! —casi gritó Sergio, irritado—. Si tenéis comida, ¿por qué me la pides a mí?

—Digamos que es una frase de paz, que aquí usamos. Venimos a comer. Entrad; hay comida para todos. ¿Entiendes? Por eso digo que tu respuesta era buena; pero lo que yo te pedía no era comida... ¿Entiendes?

—Hum... Creo que sí.

El Vikingo extrajo de la parte delantera del vehículo una bolsa de piel, con la pierna y las fresas, y sacó también un recipiente de barro con agua. Lo colocó todo junto al fuego, sobre un paño blanco, y tendió a Sergio una afilada navaja.

—¿No tenéis miedo de que vuelvan esos otros?

—No es fácil.

—¿Quiénes eran?

—Bandidos.

—¿Qué querían?

—Asaltar el carromato y matarnos para llevarse las mercancías del Manchurri.

—¿No quieres saber por qué os he ayudado?

—No. Fue tu gusto hacerlo... ¿por qué he de molestarte preguntándote tus motivos?

—Sois unas gentes muy extrañas.

—Pienso que debemos parecértelo, sí.

—¿No quieres saber por qué he bajado a la Tierra, quién soy, qué busco, qué quiero?

—No. Pero si quieres decírmelo, hazlo. Nadie puede obligarte a nada.

—Os dije la verdad... Vengo de arriba porque quiero visitar esas columnas negras... Necesito encontrar una, concretamente, una que es distinta de las demás... No por fuera; por fuera es exactamente igual... pero hay algo, no sé el qué, que la distingue. La llaman la Columna Real. ¿Sabes algo de esto?

—Sí... —dijo el Vikingo, después de comer pausadamente masticando mucho, un trozo de pierna—. Hay vino para ti e incluso viski, si quieres algo más fuerte. Yo sólo bebo agua.

—Yo bebo muy poco... Por cierto, esta carne es excelente... ¿Qué es?

—Venado.

—¿Qué sabes de la columna Real?

—He oído decir que la llaman el Pilon del Alba. Pero yo no sé nada de ella... nunca lo he sabido.

—¿Hay alguien aquí que lo sepa?

—Sí —dijo el Vikingo, y parecía que las palabras salían con dificultad de su boca, como si no le gustase hablar de esto—. Un hombre. Herder, el mago. Las ha visitado todas... es el único. Si alguien lo sabe, es él.

—¿Dónde está?

—Lejos. Por favor, no me preguntes más esta noche... Estoy cansado... ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro.

—Quisiera imponerte las manos otra vez... No te haré daño.

—¿Para qué es?

—Puedo palpar algo de tu aura... quizás esto nos ayude.

—Está bien.

El Vikingo repitió la misma operación de unos días antes. Puso sus palmas sobre la frente de Sergio y permaneció durante más de un minuto, inmóvil, con los ojos cerrados. Sergio sintió una ligera somnolencia... prontamente vencida; una sensación de bienestar.

—Hay mucho sufrimiento en tu mente —dijo el Vikingo, después de retirar las manos—. Demasiado... Hay odio, rencor, deseo de venganza. Pero eres bueno... tu mente es... limpia, sana. Es lástima que esté, tan, tan... estropeada. Puede ser que sane.

Calló durante unos instantes, meditando.

—El Manchurri y el Huesos son buenos...

—¿Tú lo eres?

—Yo sólo quiero serlo... El Manchurri y el Huesos son buenos. Creo que no llegarás a hacerles daño... Eres difícil de interpretar... poco wu-wei... tal vez eso cambie. Es mucho mejor dejarte hacer lo que quieras. Pero tu lucha no es mi lucha. Yo no te ayudaré en ella. Tampoco podría, aunque quisiera...

—¿Me llevarás a ese Herder?

—El Manchurri y el Huesos te llevarán... Les dio algo muy importante... Yo, quizá vaya, quizá no. No lo sé. No me preguntes nada más. Es hora de dormir... ¿Qué guardia quieres hacer?

—No es preciso; mira, tengo una caja de alarma; si algo o alguien se acerca...

El Vikingo estaba en pie junto a la trasera del carro, del cual salían estruendosos ronquidos. Tenía de nuevo en la mano el fusil de cañón plateado.

—¿Durará siempre?

—No... Tiene baterías para unos seis meses. —¿Por qué habría de acostumbrarme a ella, si al cabo de seis meses no la tendré? No... úsala tú, si es ese tu deseo. Yo usaré mis ojos y mis oídos. ¿Primera o segunda guardia?

—¿Puedo hacer la primera?

El Vikingo afirmó con la cabeza, y después se acostó al lado de las ruedas del carro, dejando el plateado rifle a su lado. Sergio se quedó solo, bajo la noche estrellada, con la caja de alarma a su lado. Se sentía un poco ridículo allí, sentado cerca de la moribunda hoguera, en la gigante oscuridad de la noche, dependiendo de un aparato electrónico, grande como una cajetilla de cigarrillos... Miró hacia las montañas, sombras proyectadas hacia el infinito, enormes masas de donde continuaba surgiendo un hálito de miedo... Después, sin saber por qué, en un impulso, desconectó la alarma electrónica y se acuclilló junto a la hoguera, con el rifle magnético entre las rodillas.

## IV

### UNA ALEGRE REUNIÓN

Le despertaron un sinfín de ruidos mezclándose los unos con los otros. El primero de ellos era un resoplar rítmico, alternado con sonidos metálicos y algún juramento. Otro, el canturrear de una canción incomprensible, entonada por la pastosa voz del Huesos. El tercero, el de una pala al hundirse en la tierra, y el rumor de ésta al caer en un montón.

Se levantó, pasándose las manos por los ojos. Vio que el sol estaba bastante alto en el horizonte; miró el reloj; eran las once y media. Mientras miraba a su alrededor, un nubarrón plomizo ocultó el disco del sol. Era un día triste, con poca luz, con el cielo muy cubierto.

El carromato arrojaba al cielo, desde su parte delantera, un torrente de humo, acompañado de los resoplidos y los sonidos metálicos que oyera. Los dos bueyes permanecían inmóviles en donde cayeran, ya cubiertos de moscas, que zumbaban ominosamente. En las alturas, varios pajarracos grandes, de aspecto dañino, planeaban ávidamente, esperando que las dos bestias muertas quedasen abandonadas.

—¿Te han molestado las bestias siniestras, joven? —preguntó el Manchurri, asomando la greñuda cabeza por una de las ventanas delanteras.

—¿El qué?

—Las bestias siniestras. Son unos pajarracos bastante robustos que bajan de las montañas... Alguna vez los he visto... y la verdad, no me apetecería que me cogieran a solas... Las bestias siniestras de la noche... ¡puaf!

A cincuenta metros estaban apilados los cadáveres de los bandidos, y el Vikingo, pausadamente, al parecer sin esfuerzo alguno, cavaba una fosa.

—Quería decirte una cosa, Manchurri...

—Me lo imagino fácilmente, joven... Tú lo que quieres es venir con nosotros. Como quiera que... y perdona que hable así, pero resulta que hombre leído soy, y no me queda otro remedio que expresarme de forma poco sucinta, o si no... ¿Qué decía?

—Yo...

—¡Ah, sí!... Claro. Por mí no hay inconveniente. Ahora que han muerto William y Pepito ¡y que buenos bueyes eran los dos! Tenían sus manías, eso sí, pero no he conocido mejores personas que ellos... Pero, acércate, y te enseñaré esto; luego, cada uno que haga lo que quiera, y que todos hagan lo que les dé la gana, que nadie se meta con ninguno... Veamos... Te llamas Sergio, y eres joven, más que ninguno de nosotros...

—El Vikingo es más joven que yo.

—Y un cuerno de pato. Es más viejo que nadie, y constituye motivo de orgullo y pro para mí el llevarle en mi bituminoso carromato, que desde que salió de los

infiernos... Lo que yo decía es que ahora que me han matado a William y a Pepito. Pero ¡acércate, concho!

Con cierta renuencia, Sergio se aproximó a la parte delantera del vehículo; pudo observar, entonces, que los costados de éste estaban hechos con chapa de hierro, con estrechas ventanas, como aspilleras, abiertas en toda su longitud. Esto explicaba los escasos daños que habían sufrido los tres hombres. En cuanto a la parte delantera, había dos grandes ventanales a los lados, y uno delante. Algo como un tubo ennegrecido, semiinclinado, sujeto de cualquier manera al techo del carromato con alambres y cuerdas, se levantaba desde allí, exhalando rítmicas bocanadas de humo blanco.

El Manchurri abrió una puerta e hizo una seña cariñosa a Sergio. Este, lleno de desconfianza, subió a la parte delantera. Había varios asientos de madera basta, llenos de grasa, y en el centro una especie de caldera ventruda y llena de hollín, de donde surgía el negro tubo, atravesando el techo. Un conjunto de bielas, piñones y cilindros, a uno de los lados, desaparecía bajo el suelo del vehículo, posiblemente conectado con las ruedas... El Manchurri arrojaba tacos de madera en un hornillo, bajo aquella máquina, que temblaba y expelía un calor inaguantable... Si a eso se sumaban los olores indescriptibles procedentes del Manchurri y de los mugrientos bancos y paredes, el lugar era capaz de privar del olfato a cualquiera en breves minutos...

—Antes —dijo el Manchurri— tenía un mecanismo de pedales de bicicleta... y le llamaba a esto el autociclo, porque cuando el bicho o lo que fuese que tiraba del asunto se moría o lo mataban, me veía obligado a mover la cosa a base de fuerza humano-animal, o sea a base de pedal y pie limpio...

Y exhibió un pie calloso y juanetudo cubierto por capas de mugre y varias estaciones de antigüedad. «No serán esos —se dijo Sergio— los pies limpios...».

—De manera que quieres venir con nosotros, conmigo y con el Huesos... Te estamos agradecidos por habernos echado una mano ayer contra los bandoleros... pero ¡eso sí!, si vienes, que quede claro que el carricoche es mío... Cuando quieras te vas, y si no, pues no. Además, no viene mal un hombre que tire tan bien como tú...

—¿Qué eres exactamente, Manchurri?

—Ya te lo dije ayer... Hago de todo, y viajo por todas partes. Cojo cosas aquí, y las cambio allá... arreglo todo lo que hay que arreglar, sepa o no sepa, y a veces, si no sé, me corren a cantazos de donde sea... Capo puercos y pollos, preparo póquinas con hierbas que lo mismo curan el flato, que la diarrea, que el mal de riñones... también suministro antiabórticos...

—¿El qué?

—Antiabórticos, ignorante. Esas inyecciones que se ponen para curar la pulmonía y las cuartanas...

—Será antibióticos...

—Eso he dicho, y no otra cosa ¡pardiez!... Arreglo paredes, pulo mortero y cemento, si a mano viene... pongo una mano de tejas, hago bonitas soldaduras...

limpio y reparo toda clase de herramientas, grabo cucharas con las iniciales de quien le dé por esa pijada... y sobre todo, soy el editor y periodista del único periódico de este país: «El clarinazo matinal y avisador irregular de la gran región europea», lo cual, todo hay que decirlo, porque si no se dice, no se escucha, me ha costado más de un estacazo... Vamos a dejar la olla esta en paz, que si no, no habrá presión, y te enseñaré lo de atrás...

—¿No explotará?

—Podría ser, pero si explota... no creo que nos dé tiempo a enterarnos. Sírvate eso, ¡oh, joven que me escuchas!, de consuelo... Ven conmigo.

Dieron la vuelta al carromato, y se acercaron a la parte trasera, en la cual las puertas continuaban abiertas. La plomiza luz del día entraba hasta el fondo, revelando un amplio sector separado por un tabique de la parte delantera, y lleno de estantes cubiertos de las cosas más diversas. Al fondo había un ingenio de metal, de metro treinta de altura, con una gran rueda pintada de negro...

—La prensa —dijo el Manchurri—. Ahí edito el periódico. Bien que echo de menos alguien de pro que me sirva de redactor, porque yo no puedo con el pelo...

El Huesos, vestido con una camiseta a rayas amarillas y verdes (parecía un lagarto gigante) se ocupaba de amontonar cajas contra las paredes. Estas, por otra parte, estaban cubiertas de estanterías llenas de materiales diversos, rollos de alambre, herramientas hechas toscamente (tenazas, martillos, alicates, etc.) y atadas en fajos... frascos de conserva de cristal, paquetes de hierbas, montones de prendas de vestir... En uno de los lados había un armero, con media docena de rifles, al otro varios sacos abiertos con patatas y dos barriles con el letrero «POLVORA» bien visible... También rimeros de papel, botellas de tinta, frascos vacíos, zapatos en ringleras, y en un armario, al fondo, casi un centenar de libros... Igualmente lechugas apiladas de cualquier forma, una canasta de tomates y otra de pimientos, jamones y embutidos colgados del techo, y hasta una jaula con tres gallinas blancas, que cacareaban apresuradamente...

—Yo lo que quiero... —comenzó Sergio.

—Desde luego, no estaría de más que supieras escribir algún artículo... Así podrías encargarte del artículo del fondo, que, como su propio nombre indica, es el que va al final... o del informe sobre noticias de sociedad... Todo lo tengo que hacer yo, todo, Señor, qué desgracia. Porque este Huesos, si bien hombre fuerte para el trabajo, y que no le pide a la vida, como yo, más que la comida y algo de vino, muy poco... Por cierto. Huesos, pásate para acá una botella de fresco, que el amigo y yo pasemos algo por la garganta...

El Huesos extrajo de un anaquel una botella sin etiqueta, le quitó el corcho, se echó al cuerpo un trago más bien largo, y la tendió después, cortésmente, haciendo una espantosa mueca con su cara de trasgo, a Sergio. Este, por no despreciarla, después de limpiar disimuladamente el gollete con la mano, echó un breve trago. Le encontró mejor sabor que el día anterior (o era otro líquido diferente), y después de

pensarlo un momento, repitió. Sabía intensamente a cosa natural, a una clase de fruta que no conocía... el contenido alcohólico era ligero, pero reconfortante.

—¿Es lo mismo que bebimos ayer?

El Huesos exhaló unos sonidos extrañísimos, mezcla de sierra mecánica y animal al que degüellan, que, después de pensárselo mucho, pudo Sergio identificar como una risa. El Manchurri también se reía, en un tono más bajo y discreto.

—No, por favor... no. El bicho este —señaló al enano— se confundió y sacó una botella de colonia de la peor... con el susto que llevábamos los dos en el cuerpo, y los nervios que nos entraron, no nos dimos ni cuenta, y a mí me parece que nos sentó mal.

—Y tan mal...

—Claro. Se lo he dicho muchas veces a este horrendo y menopáusico esperpento. «No confundas los frascos, condenao, que un día tendremos un disgusto...». Un día, le dimos a un leñador de Dakar un bote de laxante en vez de lo contrario, porque el hombre tenía unas diarreas que se iba por el arroyo él solo... Fue un error inocente de este animal que no sabe leer... ¡Pues nada! El tío se lo tomó a mal, y nos persiguió durante tres días... Menos mal que no nos cogió, que si no...

A lo lejos, el Vikingo, con un ritmo lento, pero incesante, seguía extrayendo tierra de la fosa.

—¿Quién es él? —preguntó Enrique.

—¿El Vikingo? —contestó el Manchurri, y se quedó silencioso un rato, como pensando—. Es un Profe Wu-Wei... Hace unas semanas que viene con nosotros. Es un gran hombre...

—¿Qué es un Profe Wu-Wei?

—Ese, el Vikingo.

—Pero ¿qué significa Profe?

—Bueno... el que sabe, el que enseña, el maestro o algo así. Yo no lo sé muy bien... me basta con saber que estoy donde debo estar y que hago lo que debo... nada más.

—¿Y Wu-Wei? ¿Qué significa?

—Bueno... eso —contestó el Manchurri. Su expresión, normalmente repleta de cierta sorna, como si no hablase en serio, se había vuelto grave. Sus ojos negros se tornaron luminosos y profundos, llenos de respeto. —Sólo sé que significa «No acción» y nada más. Es algo que no se aprende; se lleva dentro... lo llevo yo, lo lleva el Huesos... pero el Vikingo más que nadie...

—¿Y yo? ¿Lo llevo dentro yo también?

—Eso, amigo —respondió gravemente el Manchurri—, es algo que te tienes que contestar tú mismo. Y ahora basta de charla, que el que habla mucho, luego quiere hablar más, como decía no sé quién en una ocasión en que le preguntaron no sé qué. Así que comemos, bien inmediatamente o dentro de un rato, a elección del consumidor, y después nos ponemos en marcha hacia el caserío de Morris... que si la

caldera no vuela, y la ayudamos un poco con los pedales, llegaremos al anochecer. Eso suponiendo, joven creyente, que quieras venir con nosotros, en vez de largarte tú solo...

—Bueno; sí que iré.

¿Qué otra cosa podía hacer? Lo mejor era tratar de tomar un contacto más profundo con toda esta gente, y tratar de aclarar lo que realmente había en la Tierra. Y después, si el misterioso Herder era capaz de señalarle la Columna Real, o el Pilón del Alba, o como lo llamasen, localizarlo y realizar lo que tenía que hacer. Pero lo curioso era que a ninguno de los tres hombres parecía preocuparles lo más mínimo quién era, a qué venía, o por qué preguntaba... Sin duda, la clasificación de su mente hecha por el Vikingo después de la imposición de manos, había influido mucho en que fuera aceptado... Tenía que hablar más extensamente con el Vikingo... si este quería.

La comida se desarrolló en un clima de franca camaradería. El Manchurri había recalentado lo poco que quedó de pierna fría y había desplumado una gallina, que fue asada en un eficaz fuego de leña... Igualmente había dado buena cuenta, juntamente con el Huesos, de la Botella de Vino Auténtico, gastándoles pesadas bromas sobre la horrenda mezcla que la confusión del enano le hiciera ingerir la noche anterior.

—Bebes demasiado —dijo el Vikingo.

—No, señor, sólo bebo lo justo para estar alegre.

Las tumbas estaban terminadas y cerradas, y el Vikingo no mostraba ninguna señal de fatiga. Poco a poco, en el curso de la conversación, Sergio acabó de enterarse de que el asunto de los salvajes era una invención de los habitantes de la Tierra, de que los que hacían el papel se reían a carcajadas de los serios y estirados ciudadanos, y de que algo como una civilización arcaica existía sobre el planeta. Había caseríos separados; alguna pequeña ciudad, y al parecer, nada que se semejase a un gobierno u organización central. Sin quererlo, comenzó a hablar de la potencia de la Ciudad, de sus industrias, sus costumbres, tropas, armas, y del ingente poderío que la Ciudad podía desarrollar...

El Vikingo estaba escribiendo algo en un papel. Cuando acabó, se lo tendió a Sergio.

«La ciudad es muy poderosa y fuerte.

Luego la ciudad será vencida y humillada.

La ciudad no cederá nunca ante nadie.

Luego la ciudad se romperá en mil pedazos».

—Esto es un absurdo —dijo Sergio—. La Ciudad es muy fuerte y hacéis muy bien en disimular que aquí hay algo más que salvajes... Pero la Ciudad no puede ser vencida... por lo menos por vosotros.

—Es tarde —dijo el Manchurri—. ¿Seguimos el viaje o no?

—Echémoslo a cara o cruz —contestó el Vikingo—. ¿Lleva alguien un céntimo?

El Huesos extrajo una pequeña moneda de plata. Sergio la tomó un momento para examinarla; tenía un uno grabado en uno de sus lados y en el otro las letras A - AB - O. Antes de que pudiera preguntar nada, el Huesos se la cogió rápidamente de las manos, y preguntó, con cierta alegría infantil...

—¿Cara o cruz?

—Cara —aseveró el Manchurri, espesamente—, seguimos; cruz, nos quedamos otra noche.

El Huesos echó la moneda al aire, dejando que cayera sobre el dorso de la mano, tapándola con la otra. Luego levantó esta última, dejando que apareciera el dibujo.

A  
A                      B  
O

—Cruz —dijo el Manchurri—. Nos quedamos otra noche.

El Vikingo se levantó y comenzó a recoger cosas. Los otros le miraron un momento y se levantaron, perezosamente.

—¡Hala! —dijo el Manchurri—. Mueve el solomillo, joven, que nos vamos. Echa una de tus manos o ambas, a elección o alternativamente, para recoger chismes...

—Pero... ¿no habéis dicho que nos quedamos?

—No vamos a obedecerle a una moneda —contestó el Vikingo—. Así sabemos lo que nos apetece hacer... Y en el fondo, nos apetece irnos, ¿no es así?

—Pues claro —respondió el Manchurri, asomando la cabeza por una de las ventanas delanteras. Un potente silbido y un chorro de vapor se escaparon de la parte superior del vehículo...

—¡Arriba, señores!

Sergio ocupó su sitio en una de las butacas, dejando en el suelo la mochila antigrav y el rifle. A su lado se sentó el Vikingo, y delante, junto al Manchurri, el enano. Según les indicó el Manchurri, con voz un tanto espesa por el vino ingerido, les correspondía el papel de fogoneros; es decir, ir arrojando tacos de madera al interior de la herrumbrosa caldera (que exhalaba un calor traumatizante) y vigilar la válvula de seguridad; o sea, abrirla cuando un indicador de presión cubierto de polvo y residuos indicase una raya roja.

—Habrà que limpiarlo primero, ¿no? —dijo Sergio—. No veo ni la raya ni la aguja.

Según se comprobó más tarde la aguja estaba estropeada y marcaba siempre lo mismo; de manera que si no pasó nada, fue por pura casualidad. Entre estentóreos resoplidos de vapor, chirridos espantosos de maquinaria mal engrasada, y lento vaivén de las bielas, el pesado armatoste comenzó a caminar... El Manchurri, con una mano en una robusta palanca, y la botella al lado, procuraba esquivar las peñas

más protuberantes. El ruido era tan espeluznante que casi no podían entenderse, y al cabo de un rato Sergio abandonó todas sus tentativas para extraer algún dato más, o para enterarse de dónde se hallaba Herder.

—Pedales —aullaba de vez en cuando el conductor. Y era preciso darle a los pedales, para ayudar a la destemplada maquinaria a coronar un repecho o trepar una desigualdad del terreno. El Manchurri extrajo una nueva botella, «para gratificar al personal por su heroico comportamiento», según dijo, y Sergio no pudo evitar echar unos cuantos tragos, pues entre el calor de la maquinaria y el trabajo de los tacos de madera, los pedales, y la vigilancia atentísima y preocupada de la inmóvil aguja, sentía la boca verdaderamente seca. El Vikingo se limitó a tomar unos sorbos de agua, y el Huesos acompañó a su jefe en las abundantes libaciones...

El armatoste caminaba a una velocidad no superior a los quince kilómetros por hora, pero eso era preferible a ir andando. Poco a poco iban separándose de la aterradora cordillera y girando lentamente hacia el Sur. Entraron en un territorio desigual, con grandes quebradas a un lado y un farallón oblicuo, cubierto de espesas pinadas, a otro. El vehículo, resoplando y arrojando penachos de vapor, se deslizó como si fuera de juguete entre las quebradas y los pinos, por una pequeña pista apenas visible en la que Sergio creyó descubrir rodadas más antiguas.

A medida que pasaba la tarde, la máquina parecía funcionar con más suavidad, e incluso hacer menos ruido. A pesar de las protestas del Huesos, al que le molestaba levantarse de su asiento, Sergio se obstinó en coger un viejo engrasador de cobre que había en un rincón y utilizar en las partes móviles la espesa grasa negra que el recipiente arrojaba. Después de eso las cosas parecieron ir mejor...

Las quebradas cedieron su lugar a una extensión pantanosa, cubierta de amplias superficies de agua limosa donde se revolcaban y luchaban extraños animales cubiertos de escamas. La pinada, cada vez más alta, cada vez más oscura y tenebrosa, continuaba a su izquierda. El Vikingo, que observaba atentamente al Manchurri, tocó el brazo de Sergio, como si se hubiera producido algo esperado.

—Ahora va a empezar a hablar —dijo, tratando de hacerse oír por encima de los chirridos de la maquinaria—. No le interrumpas... pero estáte preparado, porque cuando acabe, caerá como una masa...

—¡Pedales! —dijo el Manchurri—. ¡Oh, Señor, Señor! ¡Cuántas veces en otro tiempo lancé este grito aterrador, cuando circulaba por aquel otro mundo! ¿No os he contado nunca, nobles próceres, la historia de mi vida? Prestadme orejas, y si es vuestro gusto, no la oigáis. Fui hombre de pelo en pecho, nacido de mujer, y entoné cantos fuliginosos a la leve luz del crepúsculo... Yo fui caminante y trashumante, y sigo siéndolo... Gustáronme las féminas, vulgo mujeres, demasiado, y siguen gustándome... Pero no os contaré la historia de mi vida, sino otra que no estritezca vuestros riñones... os contaré la historia del cofrecillo con monedas de plata y la triste muchacha de Donegal... ¡Pedales! Donegal, como hasta el más burro sabe, está en la parte de la gran región europea que cae hacia allí, al fondo, a la izquierda, como

todos los meaderos de los bares... Donegal es un hermoso pueblo, trufado de catetos y de impúberes... Tienen sanas costumbres, como la de apedrear a los extranjeros con enormes hogazas de pan duro, y cuando los han molido a chichones, cobrarles el importe del pan. Son bestias, pero buenos en el fondo... ¿Qué estaba diciendo? ¡Dame vino, Huesos, y ruge un poco, o eructa, si no sabes hacer otra cosa...! Hablaba del fondo... ¿de qué fondo? ¡Sí! Seguramente sería del fondo del pozo en que se cayó mi abuelo... Estaba el hombre en Borjas Blancas, caserío que se halla a corta distancia de Moscú, cuando un forastero apareció y le hizo proposiciones deshonestas... Nada menos se atrevió a preguntarle si quería hacer un trabajo para él. Mi abuelo, que era hombre un si es no es sordo, y por esto bastante mal hablado, le atizó al forastero en el prepucio, o sea en la parte superior de la cabeza, por si no lo entiendes. Huesos, animal, más que animal, que no entiendes nada, y contigo no se puede hacer carrera, y acabarás mal, y eres un mal hijo, y ya verás tú lo que es bueno... La carrera buena fue la que corrió, que yo lo vi, Masduff, el ermitaño armero de Abilene cuando le cogieron mezclando la pólvora con azúcar... Pues pasó que tenía un perro muy majo que se llamaba Pepito, como mi buey... Lo compré en una alquería cerca de Madrid, y me dijo... si te acuestas conmigo... te daré... mi abuelo... el forastero... y su mujer. Aquella sí que era una real moza... parecía un buey, pero en fino... Movía el trasero mismamente como ese cilindro, plim, plom, plim, plom... y yo le dije que ni una patata más... Muero feliz, hijos míos.

A una seña del Vikingo, Sergio se lanzó rápidamente sobre la palanca, tratando de contener la encabritada marcha del vehículo mientras los otros dos, abandonando de momento sus funciones, sostenían la insensible masa del inconsciente Manchurri, que, lanzando extraños ronquidos, como si regurgitase el vino, y diciendo oscuramente lo que le haría a una tal Juanita si le daba un beso, se había derrumbado casi encima de la caldera.

A pesar de sus preocupaciones, Sergio se dio cuenta de que se estaba riendo a mandíbula batiente... tal había sido el impacto que le causara la desatada verborrea del Manchurri. Trató de contener al pesado vehículo y de evitar, con el alma en un hilo, que las anchas ruedas se saliesen del camino, yendo todos a parar a la ciénaga próxima.

La palanca era verdaderamente dura de manejar, y fue con un suspiro que aceptó la compañía del Vikingo, mientras el Huesos pasaba a la labor del fogonero.

—Este hombre acabará alcohólico perdido —dijo Sergio, mirando a su compañero—. ¿No se puede hacer nada para evitarlo?

—Quizá. Si me explicas por qué hay que evitarlo.

—Por lógica... Se hace daño a sí mismo, perjudica su salud...

—Su salud es de él, y nadie tiene derecho a interponerse. Además, no creas que siempre está ahí... Esto le da de cuando en cuando. La historia del cofrecillo de monedas de plata y la muchacha triste de Donegal se la he oído unas treinta veces...

—¿Y cómo acaba?

—Nunca lo supe.

Tras el farallón y las ciénagas había un corte seco en la estructura del bosque; los pantanos seguían extendiéndose hacia el Norte, pero de ellos surgían varios riachuelos que cruzaban el camino y sobre los que pasó el carromato con grandes chapoteos y crujidos de la maquinaria...

—Sois buenos tipos, lo reconozco —dijo Sergio—. Hacía mucho tiempo que no me reía con tantas ganas. No me reía de él, entiéndeme...

—Te he entendido. Tu risa era buena, era wu-wei... Y ya sé que hacía mucho que no te reías. Toca el silbato... el caserío de Morris está en esas peñas...

Entre los árboles del espeso bosque, encinas, añosos tejos, la extensión amarilla y esponjosa de los alerces, los álamos de barnizada hoja y la alfombra vegetal de las trepadoras, se alzaba, como una isla que surgiera de un mar verde, una colina hecha de peñascos musgosos, de no más de veinte metros de altura... El silbato resonó huecamente entre la densa arboleda, y el carromato se abrió camino con dificultad por una senda mal trazada y apenas visible en la semioscuridad del crepúsculo... Con sorpresa, Sergio se dio cuenta de que la colina de roca exhalaba humo por algunas aberturas, y que en ciertos huecos relucían leves luces... La colina era el caserío... y no se destacaba de su entorno natural a cien metros de distancia... mucho menos para una formularia observación astronómica desde la Ciudad...

Un hombre con un farol en la mano, salió hacia ellos desde un hueco iluminado, alzándolo por encima de su cabeza.

—¡Para, Manchurri, para! —dijo, con grave voz de bajo—. Los pitidos se oyen a kilómetros de distancia... ¡Para!

—¿Dónde tiene esto el freno? —dijo Sergio.

—¡Espera! ¡Cortaré el vapor!

—¡El freno! ¡Nos vamos contra ese árbol!

—¡Esa palanca! ¡Huesos, por favor... dale!

—¡Gronggg...!

Con un sonido áspero, el vehículo se detuvo después de rozar la rugosa corteza de una encina. Una lluvia de bellotas cayó con sordo repiqueteo sobre el techo. El Manchurri levantó la cabeza un momento, gimió, y volvió a dormirse. El hombre de la voz de bajo se acercó al inmóvil carromato.

—¿Dónde está el Manchurri? ¿Quiénes sois vosotros?

Sergio se sentía molido y sin ganas de discutir con nadie. En este momento, lo que menos le preocupaba del mundo era Herder, el mago, y el Pilón del Alba. Sólo pensaba en una cama, y en dormir un buen montón de horas... Dejó las explicaciones a la suave voz del Vikingo, ya que las pocas palabras que dijo el Huesos más contribuyeron a enredar la cosa que a aclararla, y descendió del carricoche por el otro lado... Mañana sería otro día, mañana tendría tiempo de pensar en todo...

## V

### UN JUICIO, UN PERIÓDICO Y UNA PELEA

El caserío de Morris había sido construido, fundamentalmente, de ladrillo, con gruesas vigas de roble que constituían la fábrica base. Las rocas y peñascos que enmascaraban su verdadero carácter eran, o artificiales, o añadidas con posterioridad. Incluso se había depositado tierra vegetal en los intersticios, donde crecía hierba y pequeños arbustos, contribuyendo así a dar verismo al conjunto. Las habitaciones eran irregulares, con formas totalmente arbitrarias; una semejava una paleta de pintor, otra un triángulo, la tercera, un óvalo... Sin embargo, a pesar de esas formas caprichosas, impuestas por la singularidad de la construcción, la distribución de la casa era cómoda y de fácil acceso. Igualmente eran cómodas y acogedoras las habitaciones, con ventanas mucho más grandes de lo que pudiera pensarse, y desde luego, exentas de toda humedad, ya que la primera planta estaba construida a metro y medio sobre el suelo. La puerta de entrada era de gruesos tablones, reforzados con anchos herrajes, y con un par de aspilleras que podían cerrarse desde dentro. La planta baja contenía los establos del ganado, almacenes, una amplia nave dedicada, al parecer, a fundición, y un pequeño polvorín. Por el contrario, en el piso alto se hallaban las alcobas, la cocina, y varias habitaciones vacías para visitantes, amén de un amplísimo comedor con gran chimenea lateral. Todo estaba amueblado con muebles y utensilios relativamente toscos, hechos seguramente por el propio Morris y su familia.

Habría allí unas veinte personas, entre hombres, mujeres, niños y ancianos, y al principio a Sergio le costó bastante definir las relaciones existentes entre ellos. Una muchacha joven, llamada Leonor, morena, muy agraciada, con alegres ojos negros y un cutis blanco y sedoso, le convenció al día siguiente, poco después de que se levantase y tomara un abundante desayuno, para que le acompañara a dar un paseo por los campos.

Estos, de forma semejante a la de la casa, ocupaban huecos irregulares abiertos en el espeso bosque. Desde luego, cualquier examen efectuado desde la Ciudad, por muy potentes que fueran los aparatos utilizados, no habría mostrado más que manchas diversas de verdor, pero ni un solo rectángulo, ni un cuadrado, ni tan sólo un surco a derechas.

—Es que resulta más divertido así —dijo Leonor, cogiéndose de su brazo—. Hasta hay quien hace concursos para ver qué campo se nota menos... destaca menos del bosque, o del paisaje. Como tú acabas de llegar de arriba, quizá no lo comprendas, pero es así...

—Lo hacéis para disimular los cultivos, claro...

—Bueno... —contestó ella, sonriendo—. Yo diría que no es sólo por eso... Nos

gusta así... Mira; eso son verdellones... El Manchurri siempre se lleva una buena carga... ¿Te apetece uno?

Eran unos tallos ramosos, terminados en pequeñas bayas de color violeta, rodeadas por una corona de hojas verdes, delgadas y muy largas...

—¿Eso se come?

La joven se echó a reír...

—El que quiere lo come, y el que no, no. No saben a nada, realmente, pero en ensalada, con algo de vinagre y sal, y acompañadas con más cosas, no están mal. Pero hacen el mismo efecto comiéndolas así... Puedes llevarte unas cuantas, si quieres. Pueden hacerte falta.

—¿Para qué?

—Bueno... tú no lo sabes... ¿no tenéis de esto en la Ciudad? No; supongo que no. Mira; cuatro o cinco bayas hacen que al par de horas o así, se pueda hacer el amor, sin tener hijos... dura un día o dos... Todos las usamos, cuando hace falta... ¿Qué usáis en la Ciudad?

—Píldoras —contestó Sergio, sintiendo que los colores le subían a la cara—. Pero no las venden a todos... sólo a ciertas personas... no es que sea imposible... pero...

—¡Anda! —dijo ella, mirándole pícaramente—. ¡Te has puesto colorado! ¿Te da vergüenza hablar de esto?

—¡A mí qué me va a dar vergüenza! Las nubes del día anterior habían reaparecido aumentadas y amenazadoras. Un relámpago vibró a lo lejos, trazando un ramalazo blanquecino entre los revueltos nubarrones. Acompañadas del trueno, comenzaron a caer las primeras gotas...

—¡Nos vamos a mojar...!

Cogidos de la mano, corrieron hacia la casa, pasando de una plantación a otra a través de estrechos senderos abiertos en el bosque. A pesar de eso, cuando llegaron al caserío, estaban empapados los dos, y mientras la muchacha iba a su cuarto a cambiarse de ropa, Sergio, ceñudamente, rechazó el traje de piel que le ofrecían y se limitó a recostarse cerca del alegre fuego encendido en la fundición.

El Manchurri, fresco como una lechuga, estaba examinando un surtido de rifles y pistolas expuesto por Morris. Este último, con un delantal de cuero, los robustos brazos remangados hasta el codo, tomaba las armas una detrás de otra, y las montaba sucesivamente.

—Baquetas incluidas —dijo, con su voz de bajo—. Hay nueve rifles, y tres pistolas.

—¿Y la escopeta de tres cañones que te encargué?

—No me da la gana de hacerla...

—Jiménez ofrece seis céntimos por ella.

—Es igual. No la hago porque no me apetece. Te digo lo mismo que cuando me pediste seis rifles exactamente iguales... eso no te lo hace nadie. ¿A quién le va a gustar hacer siempre lo mismo? ¡Vaya! Lo bonito es esto; mira: cada uno de una

clase. A éste le puse dos cañones y la culata con incrustaciones de hueso; este, aunque no se ve, lleva doble muelle real, y en esa tapa de latón de la culata se pueden meter los pistones y un oído de recambio; ¡fíjate en esta pistola! ¿Has visto maravilla igual? Los cañones de clavos de herradura... Por cierto, ¿tienes herraduras viejas...?

Leonor bajó del piso de arriba, muy fresca y arreglada con un nuevo traje de hilo blanco que dejaba sus marfileños hombros al descubierto. Se sentó al lado de Sergio, junto al fuego.

—Vaya si eres testarudo... Podías ponerte un traje de mi hermano; ya nos lo devolverás mañana...

—Es igual...

—Bueno, Morris; eres un pelmazo. Cuarenta y dos céntimos por todo y no se hable más.

—Por ser para ti; ayer pasó por aquí Joe Navajas y me ofreció cuarenta y seis, y no le quise dar nada...

—Mentira es eso, ¡voto a tal!, que Joe Navajas se cansó del oficio hace dos meses, y se fue con una tal Sara, ¡buena moza a fe!, a cultivar no sé qué por el Norte... de manera que no me emboliques que...

—Por si te lo tragabas. Hacen los cuarenta y dos, pero a ver que me sirves... Necesito tres frascos de Estelatrina; el doctor Blanchard ha dicho que Brunhilda los necesita...

—Eso no va en cuenta; ya sabes. Yo sólo soy un mandao... Te los doy, y a ver a quien mandas seis días a las minas de Almadén y a hacer el melón cuando bajen esos berzotas de la Ciudad...

—Arturo irá, que parece que quiere cambiar de aires...

—¿Conocías a muchas chicas en la Ciudad?

—Creo que a muy pocas, Leonor. O a ninguna, quizá.

—Pero habrás besado a unas cuantas.

—Naturalmente.

—Mentira... se te nota en la cara. ¿Por qué miras a otro lado? ¿Es que no hay chicas en la Ciudad?

—También necesito un rollo de alambre de cobre, a ver si consigo de una vez conectar con el telégrafo... dos sacos de patatas; doscientos kilos de hierro...

—¡Para, para! ¡Que testás pasando, Morris! Eso sumaría... bueno, no; treinta y nueve céntimos; aún te quedan tres.

—Dos piezas de tela...

—Pues tendrás que meter veinte manojos de verdellón...

—Por eso no quedará; veinticinco; lo que sobra para ti, de regalo, que buena falta te va a hacer, Manchurri...

—Me han dicho que allí no hacéis el amor así normal, como todos. ¿Es verdad que lo hacéis con aparatos?

—¿Qué tonterías dices?

—Vamos, Sergio... ¿Cuántas veces lo has hecho tú?

—¿Y a ti eso que te importa?

—¡A comer! —gritó una voz femenina desde el piso de arriba.

—No te enfades, Sergio... Anda; vamos a comer, que las madres se enfadan si tardamos. ¿Te sentarás a mi lado? ¿Me contarás cosas de la Ciudad?

Había, en el comedor, una larga mesa, con bancos a ambos lados, cubierta de platos y botellas, presidida por dos mujeres con mandiles blancos; una de ellas algo más joven que Morris, con el pelo cano saliéndole de una cofia impoluta; al otra, bastante más joven, muy arreglada, con una sedosa mata de cabello rubio cayéndole sobre los hombros. Ambas asían con aire dominador sendos cucharones, y tan pronto como una retahila de gente, incluyendo desde un anciano de unos noventa años o más, hasta un bebé de seis meses, se agruparon en torno a la mesa, comenzaron a repartir rápidamente trozos de carne, platos de ensalada en la que abundaban las insípidas matas del verdellón, jarras de cerveza sin espuma, pichelos de vino, patatas cocidas, enormes redondeles de pan moreno, cortado apoyándolo sobre el pecho y con ayuda de un tremendo cuchillo...

Como en ocasiones anteriores, el alimento le supo a Sergio a gloria. No cabía comparación con las insípidas latas de conservas que llevaba aún, por inercia, en la mochila, o con el recuerdo de las comidas casi automáticas de la Ciudad, con mucho celofán, mucho sobre, abundante etiqueta llena de colorines, pero prácticamente sin sabor.

Morris clavó en él sus penetrantes ojos grises, moviendo las peludas cejas al unísono de sus mandíbulas, mientras embaulaba buenos trozos de carne en salsa...

—Este cabrito lo matamos ayer... A ver si traéis el pernil... ¿Habéis hecho algo de postre, madres? Y tú, joven de la Ciudad; ¿puedo preguntarte?

—Claro que sí.

—No tan claro. Pero, en fin... ¿qué piensas hacer...?

—Quiero encontrar a Herder, el Mago.

—¿Quién es ése?

El Manchurri y el Huesos, que comían apresuradamente, sobre todo el segundo, atracándose a toda velocidad de patatas y carne, acompañadas de grandes trozos de pan moreno, y que al par, con la boca llena, hablaban a tropezones con dos mozas algo talludas, pero con ganas de bureo, que les habían caído al lado, se quedaron de pronto totalmente silenciosos. Los demás, al parecer, no habían escuchado nada extraño, pues siguió la barahunda de platos sonando sobre la mesa, de cuchillos y tenedores, de peticiones de vino o de alimentos; de vez en cuando alguien se levantaba e iba a por algo nuevo; Sergio se dio cuenta de que, prácticamente, nadie daba órdenes a nadie.

El Vikingo, mientras comía pausadamente, sin decir una palabra, observaba, alternativamente, al Manchurri y a Sergio.

—Un hombre que puede llevarme al Pilón del Alba.

—Tú sabrás —dijo Morris—. Yo no te entiendo, ni sé lo que quieres. Pero si lo haces tú, para ti está bien hecho.

Se organizó un pequeño escándalo al otro lado de la mesa. Dos pequeños de unos seis años se atizaban mamporros a gran velocidad, ya que, según manifestaron, entre hipidos, uno de ellos le había quitado el pan al otro. El asunto fue eficazmente resuelto por una de las madres, que asestó dos cucharetazos en la coronilla de ambos, y les dio doble ración de pan a cada uno.

El Vikingo tosió levemente. Aun cuando Sergio ya se había percatado del claro respeto que todos los habitantes del caserío Morris experimentaban por él, ahora se quedó más convencido aún. Un silencio expectante siguió a esa ligera tos.

—Manchurri... ¿no llevarás a nuestro amigo al castillo de Herder?

—Yo no quiero volver al castillo del Mago —contestó el Manchurri—. No me gusta ir allí.

—Pero yo puedo darte lo que me pidas... —dijo Sergio—. Díme qué es lo que quieres...

Había una sensación de malestar en la asamblea.

—Acaba de llegar —dijo el Vikingo—. Aun no... en fin...

Pero creo que la Historia del Ministro y el Necio podría aclararlo.

Un coro de voces «¡Cuéntala, cuéntala!» se desató en torno de la mesa. Leonor, mirando a Sergio con sus profundos ojos negros, le cogió la mano por debajo del tablero...

—Está bien. Hace muchos años... tantos que casi no se acuerda nadie, había un Ministro que vivía en un Palacio... y también había un Necio que vivía a poca distancia. Un día, el Ministro se dio cuenta de que todo el mundo se trataba igual y de que nadie se inclinaba ante nadie. «Esto no puede ser», pensó, y siguió pensando: «Si yo soy el Ministro del Emperador, y mando y ordeno a los ejércitos, a los publicanos, y al Clero... no puede ser que a mí me traten igual que a todos». Vio entonces al Necio que se hallaba tumbado en la puerta de su choza, sin hacer nada, y sin escuchar los gritos de su mujer, que le pedía que trabajase algo, para ver si cenaban esa noche. «Este es un buen ejemplar para hacer una prueba», pensó el Ministro. Y le hizo llamar. «Mira —le dijo, cuando le tuvo a su presencia— quiero que probemos una cosa». «Si no me cansa mucho —contestó el Necio— lo que tú quieras». «En primer lugar —dijo el Ministro, mirándolo fieramente— no me vas a decir de tú, sino de vos, y me llamarás Excelencia. ¿Comprendido?». El Necio dijo que sí, y le costó un poco aprender. «Sí, Excelencia. No, Excelencia». «Muy bien; eso está mejor. Ahora, fíjate. Cuando entres en la sala, te inclinarás tres veces; una a diez metros; otra a cinco, y la última, cuando estés ante Mí». «¿Y puede su Excelencia decirme para qué sirve eso?». «Basta que yo te lo diga...». «Bien; al fin y al cabo no tengo otra cosa que hacer...». Y el Necio entró en la sala, se inclinó tres veces, y trató al Ministro de Excelencia. Pero este no estaba satisfecho: «No puedes presentarte ante mí vestido así... Debes llevar un traje con bordados de oro... Ponte éste». El capitán de la

guardia trajo el hábito con bordados de oro y se lo dio al Ministro. Y el Necio obedeció... Aun se le ocurrieron al Ministro dos o tres cosas más; pero todo acabó cuando la mujer del Necio, harta de que no le hiciera caso, entró en la sala, corrió a escobazos al Ministro y al Necio, y se llevó a su marido a ver si conseguía hacerle trabajar.

—¿Y en qué quedó la cosa?

—En que el capitán de la guardia se acercó al Ministro y le dijo: «Oye tú; a ver cuando nos vamos a comer».

Una carcajada subrayó el final del cuento. Sergio se quedó completamente serio, y sin entender en absoluto la gracia que tenía aquello.

—Por eso —dijo el Vikingo— creo que el Manchurri no te llevará al Castillo de Herder.

—Pero puede decirme dónde está...

—Eso sí, mi joven amigo —respondió el Manchurri, después de empinar una botella—. Está en Abilene, pero no en la misma ciudad... A pocos kilómetros; eso sí, pero tan asfálticamente escondido en la follajeada del bosque, que nadie podrá encontrarlo...

—Morris —dijo Sergio, de pronto— ¿de quién es la Tierra?

—De todos —contestó Morris—. De todos, ¿de quién va a ser?

La lluvia continuó cayendo durante todo el día, chorreando por las ventanas, repiqueteando cantarínamente en el techo del carromato... Al anochecer, las nubes se aclararon rápidamente, y las estrellas comenzaron a mostrar sus agujas de diamante en la aterciopelada negrura del firmamento. En el exterior olía a tierra mojada, olor acre, intenso, agradable, que se metió en las narices de Sergio mientras se preparaba a dar una vuelta con Leonor.

—¿Llevas algún arma?

—El rifle... ¿por qué?

—Por nada... Yo llevo una pistola, ¡no vamos a salir sin armas, Sergio!

Las hojas de los árboles dejaban caer una nueva lluvia, pequeña imitación de la anterior, cuando se pasaba bajo ellos, lluvia que aumentaba bruscamente cuando se tropezaba con el tronco. En el bosque se oían crujidos y rumor de movimientos, algún aullido lejano, y también el verraquear y el hozar de grandes cuerpos llenos de púas... rascándose contra las cortezas de los árboles, acompañados del grito de la lechuza...

Caminaron hasta un pequeño claro donde había unas piedras redondas en el centro. La sensación era agradable; de no haber sido por la obligación que se había impuesto, Sergio se habría quedado con gusto allí...

—Me noto bien —dijo—. Es agradable tu casa...

—El aura era muy buena. Por eso la construyó aquí mi padre. Las dos madres son hermanas; vinieron juntas con él. Yo soy la última hija de mamá Abigail, la mayor. Tiene peor genio que mamá Johanna, la más joven.

Leonor caminó hasta el borde del claro. Hizo a Sergio un gesto como indicándole silencio, y señaló algo que había dentro del bosque. Sergio se aproximó, tratando de distinguirlo a través de los árboles, iluminados escasamente por la verde y dorada luz que la luna dejaba escapar a través de los huecos de las nubes. Una figura se movía allí... una figura ataviada con un flexible traje de ante, armada con un rifle de plateado cañón y culata de hermosa madera roja... La conocida figura no estaba sola; otra silueta más pequeña, de color nácar, en la que resbalaban los rayos lunares, estaba junto a ella. Sergio se desojó tratando de distinguir claramente los rasgos de esta segunda figura, pero no le fue posible... Parecía tener un metro o menos de estatura, porque el Vikingo estaba claramente inclinado hacia adelante; también una cabeza en forma de lágrima, con el extremo más agudo hacia arriba, dos brazos gráciles y flexibles, unidos a una ancha excrescencia sedosa, que ondulaba sobre la espalda del ser... Las extremidades inferiores no eran visibles, ocultas entre la maleza... Parecía como si las dos figuras hablaran, y en cierto momento, Sergio vio claramente como los labios del Vikingo se movían...

—¿Qué es eso? —dijo, en voz muy baja.

—Un elfo... son difíciles de ver; sólo hablan con los niños muy pequeños, o con los que son como el Vikingo... Son inofensivos... Es mejor que nos vayamos de aquí.

Había un grueso árbol, un coloso de un siglo de edad, al otro lado del claro. Leonor se apoyó en él, sonriendo con picardía.

—¿Por qué no? —dijo.

—¿Por qué no qué?

—¿Por qué no hacer lo que estás pensando? ¿Tienes miedo?

Sergio se apoyó en el tronco al lado de la muchacha, sintiendo el calor de su cuerpo, al par que la dura culata de la pistola que ella llevaba en la cintura. No contestó.

Ella, sin hablar, volvió a cogerle la mano, y se la llevó a los labios. Puso un pequeño y rápido beso en la palma, y después alzó el rostro hacia Sergio, con la boca entreabierta, como esperando.

—¿Lo haces porque he venido de arriba? —dijo él—. ¿No crees que eso puede hacerme daño?

Leonor soltó su mano, y le miró, con expresión sorprendida.

—No había pensado en eso... créeme.

—¿Es por eso?

—La verdad... creo que sí... Pero no me disgustas... Sin embargo... O, no; mira, tienes razón. Tenía curiosidad por ti... por eso. Lo siento...

—No; mujer. Tampoco es para tomarlo así...

—Sí, sí. Realmente... Te he mirado toda la tarde como un bicho raro; una cosa nueva que acaba de caer del cielo... y he pensado para mí: «Debe ser distinto. Vamos a ver qué hace...». Ha sido cruel... Lo siento; de verdad. Dime que me perdonas.

—No hay nada que perdonar... Y ahora que eso ha quedado claro... ¿te molestaría que te besara?

—Desde luego que no.

Sergio le dio un ligero beso, apenas un roce, en los labios, y la miró después, sonriendo. Ella volvió a poner la mano en la suya, y silenciosamente, emprendieron el camino de regreso. Tras ellos, un mamífero leonado, con largas y agudas orejas coronadas por un pincel de pelos ágiles y potentes patas musculadas, un lince, se deslizó silenciosamente en la espesura, mirándolos de soslayo con sus hipnóticos ojos verdosos, como si les comprendiera en algo.

Cuando el automotor, a toda presión, con su tripulación a bordo, estuvo preparado para partir, muy de mañana, con el sol apenas emergiendo por encima de las copas de los árboles, Leonor se acercó a la ventanilla.

—Puedes volver cuando quieras...

—Me gustaría mucho hacerlo...

Después, el carromato lanzó un potente silbido, y comenzó a alejarse del caserío de Morris.

—Manchurri... ¿Cómo podría convencerte para que me llevases a Herder?

—De ninguna manera, pardiez, que no quiero ir a verlo... bien sabe el Huesos por qué... y eso que los dos le debemos el ser... pero a mí me causan pavor todos estos negocios de andar con el diablo o los diablos de por medio y las humaredas de colores, y los sátiros esos apareciendo... y la moza esa que tiene los colmillos como agujas... Dentro de poco pasaremos por Toledo, ciudad hermosa, al borde de un lago... donde tomaremos buena carga de pescado salado y quizá cambiemos algún rifle de Morris, verdellón, telas, calcetines, y un barril de pólvora, y si a mano viene, tomaremos unas copas, que nunca está de más refrescar el gaznate... pero al castillo de Herder no voy, y además te digo, que si quieres, que de Toledo se puede ir, a pie o andando, a elegir, en una semana, todo lo más, hasta Abilene, y si allí los trasgos te ayudan encontrarás abierto el camino hacia el Castillo... porque si no te ayudan, ni los de Abilene te lo sabrán decir... y eso que en una tasca de allí hay una moza, llamada Lola, con una cabellera larga como cola de caballo, abundosa, negra y profunda, con la que he tenido mis buenos escarceos y que me recibe a gusto, no más que con invitarla a unas pocas botellas para animar la cosa, y no me importaría verla. Pero al castillo de Herder, no voy.

El resto del viaje, hasta el anochecer, fue bastante silencioso. El automotor caminó pesadamente, ayudado de cuando en cuando por los pedales, a lo largo del bosque, y teniendo al otro lado el farallón cubierto de pinos, que poco a poco iba perdiendo altura. A media tarde, después de una rápida y frugal comida, ambos, el bosque y el farallón, fueron abriéndose a los lados, sobre una extensa pradera llana, cubierta de hierba, y atravesada por pequeños arroyos invisibles, en los cuales se

hundían, con gran chapoteo de barro, y evidente peligro, las ruedas macizas del carromato.

—Manchurri... ¿para qué necesitabas los bueyes teniendo la máquina de vapor...?

—Mejores son los bueyes... se puede hablar con ellos, insultarlos, darles de comer... son como personas más grandotas, y que además no hablan... La máquina de vapor es eso, una máquina molesta, ruidosa, y que no te hace compañía...

El carromato se inclinó peligrosamente a la derecha, al tiempo que se hundía una de las ruedas en un charco disimulado. Toda aquella pradera era una extensión de agua que se filtraba y corría por todas partes, haciendo que las escasas rocas visibles estuvieran cubiertas de espeso musgo esponjoso.

Algo se movía a lo lejos, entre una lejana neblina azul. El vehículo, exhalando vapor, y gimiendo como si estuviera vivo, luchando tenazmente por vencer los desniveles de las charcas y los arroyos, se aproximó a un ingente rebaño de bestias en marcha, en las que Sergio reconoció un característico rebaño de búfalos, con sus tres cuernos marfileños y rectos en el testuz, y también los flancos cubiertos de espesa pelambre castaña, las colas azotando el aire, las patas moviéndose el unísono, asentando, entre salpicaduras, los poderosos cascos sobre la chorreante tierra...

El transporte se paró a unos metros de la reata de animales, que pasaban ciegamente, sin hacerle caso, ramoneando la hierba y en alguna ocasión peleando entre sí brevemente.

—Cuando pasen los últimos —dijo el Manchurri—, podríamos matar uno... No tenemos carne fresca... y la piel podría ser útil.

—Puedo hacerlo yo ahora —contestó Sergio—. Mi rifle no hace ruido... no les espantaría... y si es preciso podría matar más...

Un silencio embarazoso siguió a sus palabras. Los otros tres se miraron entre sí, sin decir nada. Durante unos segundos sólo se oyó el pataleo húmedo de las reses y el sordo resonar de la caldera...

—¿Qué pasa? ¿Ya he dicho algo malo otra vez?

—Pienso —contestó el Vikingo, suavemente— que no nos hace falta más que uno... y que, según como se mire, es preferible disparar con un rifle que haga ruido... es mejor wu-wei.

—Pero... ¿cómo podré saber si lo que hago es wu-wei o no si nadie quiere explicármelo? ¿Qué es wu-wei?

—Digamos —respondió el Vikingo, comenzando a cargar con el frasco de pólvora su plateado rifle— que es la no acción... el no hacer nada. El wu-wei ideal sería la inmovilidad absoluta.

—Pero tú luchaste con los bandidos... disparaste... eso no es inmovilidad... no es wu-wei...

—Aún no lo comprendes. Mi lucha con los bandidos es indiferente... no tiene nada que ver con ello. Además... tú aún no sientes el wu-wei. Cuando lles tiempo

aquí lo sentirás... y lo comprenderás. De nada serviría explicártelo sin que lo entendieras.

El Vikingo colocó un taco de fieltro y una redonda bala de plomo. Después levantó el percutor, y hundió una pequeña cápsula de cobre en el oído. A continuación esperó, en silencio, a que la manada de búfalos concluyese su paso.

Dos horas más tarde los claros entre las bestias eran tan grandes que el carromato pudo adelantar lentamente hasta situarse cerca de ellos. El Vikingo alzó el rifle, lo encaró y disparó. A sesenta metros, un macho joven dio un salto en el aire y comenzó a correr en círculo, mugiendo lastimosamente...

—Ahora puedes usar tu arma, si quieres.

—¿Ahora no es mal wu-wei?

—Ahora ya no. Está herido de muerte... puedes rematarlo.

Uno de los potentes proyectiles del rifle magnético atravesó de lado a lado el cráneo huesudo del búfalo, haciendo saltar en pedazos uno de los marfileños cuernos. El animal levantó la cabeza al cielo, aulló, con los ojos vueltos; exhaló un chorro de espesa sangre negra por la boca y cayó redondo.

Mientras el Huesos esperaba, vigilando la temible caldera, desollaron el bicho entre los tres y cortaron los mejores pedazos de carne; los muslos traseros, la jiba, y un buen sector de costillas... En el cielo, como si hubieran captado la escena por radio, un espiral de grandes aves negras daba vueltas... Sergio se las apañó con bastante torpeza, pero sus esfuerzos, poco hábiles, fueron acogidos con sonrisas.

Sólo se detuvieron una vez en un valle amplio, en el que había dos casas, una en cada cresta, separadas entre sí por más de un kilómetro. El vehículo se detuvo en la parte central, y tocó el silbato repetidamente. A poco, de una de las casas, hecha toda ella con troncos asegurados mediante fuertes columnas de piedra unida con argamasa, y con el techo cubierto de hierbas, bajó un grupo de personas, llevando diversas mercancías, de las que destacaban un cesto con libros, media docena de jamones, y dos cajas de huevos cuidadosamente empaquetados entre paja. El Manchurri, entre bromas, y algún que otro azote cariñoso en las posaderas de una robusta moza (parecía ser que sus predilecciones femeninas se inclinaban por el tipo más bien abundante), les hizo la cuenta, y les entregó a cambio pólvora, dos rifles, verdellones, una pieza de tela, y un surtido de clavos y herramientas. Cuando este primer grupo de personas se retiró bajó otro de la casa opuesta; se trataba de un edificio bajo, hecho exclusivamente de piedra caliza, con un tejado en rampa, hasta tocar el suelo, sobre el que había extendida una espesa capa de tierra semicubierta con rocas de forma natural. Estos entregaron tres canastas de pimientos, una jaula con conejos, varios lingotes de hierro y dos piezas de fieltro. Se llevaron huevos (de los mismos que habían entregado los otros), verdellones, jamones, una pistola, y unos frascos de cristal vacíos para conservas. De la misma manera que antes, el Manchurri, muy zalamero, quiso enseñarle algo en el interior del vehículo a una mujer alta y hombruna llamada Florita, y después de pasar un rato allí dentro se oyeron un par de

gritos, retembló el vehículo sobre sus ejes, y salieron los dos; Florita iracunda y echando chispas por los ojos, y el Manchurri desternillándose de risa, y con las huellas de cinco dedos marcadas en la cara...

—¡Espera, Manchurri! —gritó una voz desde la primera casa—. ¡Hay un telegrama para ti!

A este grito, y al ver un hombre que bajaba apresuradamente la ladera, los de la segunda casa se retiraron rápidamente con sus compras.

—Llegó esta mañana, de Toledo —dijo el hombre, acercándose—. Dicen que han detenido a los bandidos que os asaltaron; que los juzgan mañana; que si quieres ir, que os deis prisa...

—Ya lo creo que iremos... Ten, un ejemplar gratuito del «Clarín». ¿Tienes alguna noticia para mí?

El hombre cuchicheó algo, en voz baja, a los oídos del Manchurri, y este, de pronto, rompió a reír a carcajadas, cogiéndose los ijares con las manos... El hombre se marchó, y el Manchurri, aún riéndose, puso en marcha el vehículo... No hubo manera de que explicase lo que le habían contado.

—¿Por qué no se cambian las cosas entre sí? —preguntó Sergio—. He visto que lo que daba el uno se lo llevaba el otro...

—Están a matar... Los Iribarren y los Yoshioka están a matar, joven creyente. No se hablan ni para darse las buenas tardes. Sólo cuando los Yoshioka tienen que poner un telegrama, y eso no pasa nunca, se acercan a casa de los Iribarren...

—¿Dónde está el telégrafo?

—Ahí, bajo esos zarzales va el hilo... Así los bichos no lo tocan...

—¿Y los bandidos?

—Para esos igual daba ponerlo en la punta de un monte... El Morris está ahorrando alambre para conectar con la estación de Iribarren, pero aún le falta mucho...

—¿Quién administra el telégrafo? ¿Con qué funciona?

—Una a la vez sólo, joven... ¿Administrar? Esa es buena... El que lo tiene, lo tiene, y lo usa... y el que no, se queda sin él... Y funcionar, con pilas... Coges cinc, cobre, ácido y un par de frascos de cristal, y a veces hasta anda y todo...

—Pero eso no es orden... habrá averías... roturas... será precisa una estación central...

—Si se rompe se arregla cuando se puede... y eso de estación central... ¡tráe la botella. Huesos!, no me lo han presentado nunca... ¡Ah, ya! Tú quieres decir que en Toledo, por ejemplo, todos los mensajes lleguen al mismo sitio... Habráse oído barbaridad... Iribarren está conectado con el herrero de Toledo; por otro lado, el doctor Blanchard lo está con la paridera de Vogrom... y el uno con el uno, el otro con el otro, lo que no me llega a mí, te llega a ti, y me lo cuentas o te lo cuento...

—Pero así, los mensajes tardarán horrores...

—No, señor... ¿Un trago, joven? Me alegro de que sepas hacerle, aprecio; es un

excelente caldo... No, señor; no tardan horrores, porque la mayor parte de las veces no llegan, y tampoco pasa nada.

—No comprendo que viváis así...

—¿Y de qué otra forma se puede vivir?

Sólo la autoridad del Vikingo consiguió que el Manchurri dejase tranquila la botella...

—La otra noche hicimos guardia Sergio y yo; esta os toca a vosotros; de manera que ni una gota más...

—Tienes razón... tienes razón. Guarda eso. Huesos, y no se te ocurra pedirme otra vez que beba, indecente, que tú sabes que sólo lo hago cuando tú te pones pesado y me lo exiges... A más que esta noche tengo que preparar la edición extraordinaria...

—Ten cuidado con lo que dices...

—No; si lo sé; si me costará un disgusto algún día... Pero es que no me puedo aguantar. Vikingo; es superior a mis fuerzas... el periodismo me tira... entre eso y las mujeres, yo no sabría qué elegir; bueno, o sí sabría. Que cada cosa a su tiempo; y lo uno no quita lo otro. ¡Ojalá consiguiera una redactora de buen ver y buenas hechuras! Pero me temo que acabaríamos con los tipos por el suelo, los de imprenta, digo, y la prensa tumbada en un bancal...

Aquella noche, el Manchurri no paró un momento con la prensa y la caja de composición. A pesar de su cansancio, a Sergio le costó algo dormirse, debido a los ruidos que el aparato comenzó a emitir al ponerse en marcha. A muy altas horas se despertó; de noche aún, noche clara y despejada, y el Manchurri, con un rifle colocado de cualquier modo entre las rodillas y una gran hoja de papel en las manos, se reía a pequeñas carcajadas, sordamente, siguiendo las líneas con un dedo.

Llegaron a Toledo a primeras horas de la mañana. Toledo, enclavada al borde de un lago azul cuya otra orilla no se veía, era un pequeño pueblo compuesto exactamente de doce casas. Casi todas ellas tenían la misma estructura; una masa de forma más o menos cuadrada, de ladrillo o piedra, con un amplio tejado plano saliente, formando porche. Sobre este tejado crecían plantas, arbustos e incluso en algunos casos, un árbol de cierta talla... Las casas estaban dispuestas de cualquier manera, sin ningún orden ni línea, sin formar calles... únicamente había un espacio central, despejado que podía servir de plaza. Varios muelles de madera se extendían por encima del lago, hallándose amarrados a los mismos varios pequeños botes de pesca.

Un gran letrero, a la entrada, o sea, junto a la primera casa decía en grandes letras trazadas con pintura negra:

WELCOME TOLEDO

Población: 82 personas

También ay hun medico

No se veía alma viviente en las calles; por el contrario, de la plaza central llegaba una algarabía y un griterío continuo... Entre resoplidos, y expulsando el vapor sobrante por la parte inferior, en grandes chorros, el vehículo avanzó hasta que dos casas casi juntas no le dejaron pasar. En una de ellas un letrado informaba:

Doctor BLANCHARD  
Consulta: Por las mañanas y por  
las tardes. Por las noches, no.

Al parecer, a los habitantes de Toledo les gustaban los carteles. Todas las casas tenían letrados informativos de las actividades de sus moradores; e incluso alguno suelto en una pared no tenía nada que ver con los que en ella vivían.

VERBOTEN TIRAR BASURAS  
DANGER. - POZO SECO  
TENGO EL MEJOR PESCADO SALADO

Dejando que la caldera del carronato perdiese todo su vapor por las exhaustaciones inferiores, los cuatro se dirigieron hacia la plaza. Se detuvieron al atravesar el estrecho callejón entre las dos casas, sin que nadie se diera cuenta de su presencia... En el centro, sentados en sillas, bancos y taburetes, a la sombra de varios altos álamos, un grupo de gente que debía constituir la totalidad de los habitantes de Toledo se agolpaba en torno a varios hombres sentados en bancos, separados de los demás y a otro que permanecía en pie, con las manos atadas a la espalda y un sucio vendaje sanguinolento cubriéndole un hombro.

En ese instante, un hombre pequeño, vestido con una librea a rayas rojas y blancas, polainas negras, y cubierto con un gorro de lana azul terminado en tres borlas, daba terribles golpes sobre una mesa ahita de botellas, valiéndose para ello de la culata de una pistola...

—¡He dicho —gritaba, con voz aguda— que esta vez me toca a mí formar parte del jurado! La última vez no lo fui, y desde luego pienso serlo ahora... ¡Que salga ese zarrapastroso de Ceanu! ¡Lo fue la última vez, y la anterior le tocó ser juez! ¡Y yo, qué! Si esto sigue así, empiezo a tiros... tenéis mi palabra.

—Un hombre más no haría daño en el jurado —dijo un anciano de pelo gris, que estaba sentado separado de los demás, frente al prisionero...

—Es que... —contestó uno del jurado, que al parecer era el grupo de hombres separados de los demás—... es que somos ya veintitrés, y parecen muchos...

—Tú, Ceanu —chilló el de las borlas—. ¡No te pongas a defender eso! ¡Sal tú y entraré yo!

—Si tú estás en el jurado, yo no quiero estar —berreó Ceanu—. Eres un lioso y

un hablador, y la vez que estuviste de jurado no hubo quien se entendiera...

—¡Hablador yo! ¡Mira quien...!

Alguien se dio cuenta de la presencia de los visitantes, y un nuevo griterío se alzó, mientras unos cuantos se dirigían a ellos para saludarles y darles apretados abrazos. Muchas manos estrecharon la de Sergio, y éste, juzgando por lo que llegaba a sus narices, se dio cuenta de que los habitantes de Toledo estaban celebrando el juicio (o lo que fuera aquello) como una verdadera fiesta... Alguien le puso en la mano una botella, y al empujarla, casi se atragantó; era un licor espantosamente fuerte, que quemaba la garganta y abrasaba el estómago...

—Pero ¿qué hacemos?, ¿qué hacemos? —chillaba el de las borlas, con voz tan aguda como un silbato.

—Acabemos de una vez...

—¡Venga, que sea jurado...!

—Pero tendréis que cerrarle la boca...

Entre vítores, el hombrecillo de las borlas se izó al mismo banco que ocupaban los demás, mientras que Ceanu, rezongando, se iba a la otra punta... Una robusta comadre, entrada en años, le cedió un pedazo de asiento a Sergio que, mirando a su alrededor, se dio cuenta de que sus compañeros se habían perdido de vista... Buscando con atención, descubrió al Vikingo departiendo con el hombre de pelo gris que hacía el papel de juez, y al Huesos entregando por doquier las hojas que el Manchurri imprimiera la noche anterior... En cuanto a éste, se hallaba cómodamente recostado cerca de la mesa con las botellas, y miraba cariñosamente a una que tenía en las manos...

—¿Empezamos o qué? —chilló agudamente el hombrecillo de las borlas.

—Ya estamos... —gruñó la voz de Ceanu, al otro extremo—. No; si no nos dejará vivir...

—¡A callar todos! —gritó el juez—. Estamos aquí reunidos para juzgar a este hombre, que ha sido detenido como bandido... Iba acompañado de dos más, que se defendieron y murieron bajo las balas de Periquito Haendel y de Juan el Dispuesto. ¿Hay algún testigo?

—¡Yo, yo! —gritaron varios, entre ellos el Manchurri.

—A ver... Tú primero, Serapio, que para eso eres de fuera. ¿Qué te hicieron?

—Este y otros más asaltaron mi vehículo, que es un vehículo honrado, aunque lento...

—¡Está borracho! —chilló el hombrecillo—. ¡No sirve de testigo!

—¡Cállate! —gruñó Ceanu—. ¡Cállate, cállate, cállate, o te romperé la cabeza!

—... y la emprendieron a tiros con nosotros, el Huesos el Vikingo y yo... Nos defendimos como leones, consiguiendo hacerles una baja... y ese joven que está allí, el Sergio, les hizo dos o tres bajas más, y huyeron, llevándose a ese... Tratamos de impedirlo, pero lo recogieron y se lo llevaron... Me mataron los bueyes, que eran como si fueran hijos míos...

—Bien; vale —dijo el juez—. ¿Qué dices tu a eso?

—Es mentira —vociferó el acusado—. Mentira absoluta. Nunca he asaltado a nadie... y a ése menos. Yo sólo iba con dos amigos, de viaje, cuando esos dos facinerosos comenzaron a disparar...

Movido por una sensación de inseguridad, Sergio se levantó y se acercó hacia el acusado. Al estar al lado de él, sin que nadie le hiciera caso ni se lo impidiese, se tranquilizó. Era evidentemente el hombre herido por él hacia unas noches...

—¿Tienes tú algo que decir...?

—Es él —contestó Sergio—. Lo herí yo mismo... Pero no es cierto que tratásemos de impedir que se lo llevaran... Lo dejamos ir; era mejor...

—Eso me da igual —dijo el juez—. ¿Qué dices a eso, acusado?

El acusado escupió a la cara a Sergio y trató de escabullirse de sus guardianes, que le sujetaron con brutalidad. La herida del hombro debió abrirse, a causa de los esfuerzos, pues a través de los pliegues de la sucia tela comenzó a deslizarse una capa de sangre roja.

—¡Es mentira! —aulló el preso—. ¡Es mentira! ¡No he visto nunca a este tipo!

—¿Algún testigo más?

—A mí me contaron —chilló el hombrecillo— que en Miquelon éste y una docena más asaltaron a un granjero...

—Cállate —dijo Ceanu, con voz sorda y contenida, como un escape de vapor—. Si no lo has visto tú no vale... ¡Cállate!

—Yo sí lo vi —aseguró una mujer—. Iba con Pedro, Alian, y los niños, y les vi asaltar la granja de Macpherson. Eso era hace un mes, cuando veníamos de Posenleven, muy lejos de aquí. Fue un viaje muy largo, y los padres no hacían más que renegar y gruñir, y entonces vimos a lo lejos una humareda... Este estaba allí... recuerdo muy bien su cara de asesino. Los padres hicieron fuego y salieron huyendo... Si estuviera aquí Macpherson podría decirlo...

Sergio se había colocado al lado de la mesa llena de botellas. Después de todo, aquel violento licor que le dieran a probar no le había dejado tan mal sabor de boca. Buscó, y encontró una botella de un líquido ambarino que parecía ser aquel; la probó, y esta vez su garganta aguantó bastante bien el choque alcohólico del licor.

—Eso es demasiado fuerte —dijo la voz del Manchurri, tras él—. Perjudica a las heces cerebrales... es mucho mejor el vino.

Sergio se volvió, con la botella en la mano, dispuesto a hacerle unas preguntas, pero al ver que el Vikingo estaba también allí, reposadamente apoyado en su rifle, se dirigió a él.

—¿Quién nombra al juez y a los jurados?

—No es difícil de deducir —contestó el Vikingo—. Se nombran ellos mismos. O los demás... pero sólo cuando hay un caso parecido a éste.

—¿Quieres decir que no son profesionales?

—¿Profesionales? ¿O sea para siempre? —El Vikingo calló un momento—. ¿Para

juzgar todos los casos que hubiera, siempre las mismas personas? —El Vikingo meditaba, evidentemente—. No sé si en la ciudad será así, pero en todo caso, es un absurdo. Un herrero puede ser profesional, un labrador, un armero... pero no un juez. Imagínate lo que sucedería si alguien, profesionalmente se dedicase a ser juez. La mente se deforma, tú sabes... y seguramente vería culpables en todo el mundo. Necesitaría un archivo para consultar los casos anteriores; establecería una organización; trataría de definir de antemano lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer... se rodearía de gente que le ayudase, que le preparase los asuntos... y luego, si era él el juzgado, pretendería que los demás profesionales de su clase tuvieran con él una medida distinta del que tendrían con los demás... Es un imposible, compréndelo. Por otra parte, las personas decentes saldrían perdiendo, ya que los criminales se especializarían en engañar a un juez determinado; y la persona decente, que nunca habría pensado en ello, parecería culpable en cualquier caso... Se formaría una casta que no se juzgaría a sí misma...

—¿No sería wu-wei?

—No lo sería mucho; no por ello en sí, sino por las consecuencias que traería después.

El desfile de testigos continuaba, y las pruebas contra el acusado resultaban abrumadoras. De vez en cuando el hombrecillo de las borlas interrumpía con sus gritos, hasta que en cierta ocasión, sin poder contenerse, el llamado Ceanu le vació en la cabeza una jarra de cerveza, y le persiguió a patadas fuera de la plaza. El juicio se interrumpió mientras otro miembro del jurado, al parecer pariente del hombrecillo, trataba de defenderlo, con el resultado final de que entre gritos y abucheos, tanto Ceanu como el nuevo partidario del hombrecillo fueron expulsados.

El periódico del Manchurri estaba circulando de mano en mano, y de vez en cuando surgía un torrente de carcajadas de alguno de sus lectores. En un grupo, una mujer anciana, encorvada, lo leía a media voz para dos o tres, entre ellos un hombretón malencarado, de cerrada barba negra, a quien no parecía hacerle ninguna gracia lo que estaba escuchando.

—Ese es Ratller, el Saurio —dijo el Vikingo—. Le advertí al Manchurri que tuviera cuidado...

El juicio parecería estar terminando. La hilera de testigos había concluido, y el juez pidió al jurado su veredicto. Un unánime griterío de «¡Culpable! ¡Culpable!» y «A la horca con él» se desprendió, no sólo del jurado sino también de todos los presentes. El juez alzó las manos y trató de imponer silencio; no lo consiguió; poco a poco, las voces y los clamores se acallaron...

—¿Quieres llevarle esto al juez? —dijo el Vikingo a un niño de corta edad que estaba parado a su lado, admirando el rifle.

—Bueno —dijo el Juez—. Ya lo has oído. Puedes decir lo que quieras, pero para nosotros resultas culpable... Esto tenías que haberlo pensado cuando te cogió la sed de aventuras y decidiste que era más excitante ser bandido que viajar bienamente,

cultivar un campo, perseguir chicas, o fabricar zapatos. Sólo puedo decir, que, por desgracia, se extiende cada día más entre los jóvenes esa insatisfacción que les impulsa a buscar algo «excitante», como ellos dicen; y les mueve, en fin, a hacer una expedición a algún sitio ignorado, de la que casi ninguno regresa; o, a los más, a dedicarse al bandidaje... Perdón; un momento. He aquí un pequeño mensaje de nuestro amigo el Vikingo, a quien casi todos conocen. Dice así:

«Debes perdonar y no castigar.  
O debes castigar y no perdonar.  
Eso haría cualquiera.  
Pero el sabio castiga perdonando,  
o perdona castigando.  
Ahí está la clave de la doctrina».

Bien; no sé qué pensaréis vosotros; pero yo creo que tiene razón. De manera, hijo, que de todo corazón te perdonamos. Y ahora, ¡a la horca con él!

Una turbamulta de gente se lanzó sobre el condenado, que trató de defenderse a patadas, sin conseguirlo. Los guardianes le arrastraron hacia uno de los árboles, y una mano anónima lanzó una cuerda terminada en un lazo por encima de una robusta rama.

—¿Os vais a quedar a ver esto?

—Naturalmente —dijo el Vikingo—. ¿No quieres verlo?

—Lo encuentro horrible y desagradable.

—A mí, en cambio, me parece más horrible la actuación de ese hombre. Pero si no quieres verlo es cosa tuya; toma, aquí tienes un céntimo; ve allí donde pone BARRA y espéranos; esto no durará mucho.

Dejando atrás los gritos y aullidos de la multitud, Sergio se dirigió hacia un gran caserón de dos pisos, con amplio porche con piso de tablas, y barras transversales de una columna a otra, donde estaban atados varios caballos ensillados. Penetró en un oscuro salón, donde había varias mesas, y un amplio mostrador de madera rústica. Hileras de botellas se apretaban detrás del mostrador, brillando a la turbia luz que entraba por las polvorientas ventanas. Se sentó a una mesa, dejando ante sí, en el tablero, la pequeña monedita de plata, y abrió un ejemplar del periódico del Manchurri que había traído consigo.

Estaba riéndose aún de las barbaridades que había escrito el Manchurri, cuando éste, seguido del Huesos y el Vikingo, entró como una exhalación en la taberna. En la calle se oía un espeso rumoreo, acompañado de aullidos salvajes.

El Manchurri, blanco como el vientre de un pescado, se dejó caer en la mesa...

—¡Ay, que me va a matar! ¿Para qué me meteré yo en estos líos? ¿Para qué me daría a mí por ser periodista? ¡Huesos, tráeme un trago, que se me pase el susto!

La puerta se abrió con violencia, chocando contra la pared; el hombretón

malencarado que Sergio viera durante el inicio, entró blandiendo uno de los ejemplares de1 «Clarín». Se aproximó a la mesa y atizó un enorme puñetazo ante el Manchurri, poniéndole delante de las narices el ejemplar del periódico.

—¡Puerco, animal! ¡Me las vas a pagar! ¿Quién te ha contado esta serie de mentiras?

El Manchurri se metió entre pecho y espalda un vaso de visqui que le había traído el Huesos, y eso pareció devolverle el valor.

—A mí no me molestes, joven —dijo, con un hipido—. La prensa merece un respeto, ¿estamos?

Un coro de carcajadas surgió de la turbamulta que había entrado detrás del Saurio, y que esperaba gozosamente el final de la contienda. Esto acabó de irritar al hombretón, que soltando el periódico, atrapó al Manchurri por el cuello, con ambas manos, y lo alzó del suelo, apretando ferozmente, con el rostro congestionado y los dientes fuera...

Se hizo un repentino silencio. Al parecer, nadie había creído que las cosas llegasen tan lejos. El Manchurri, con los ojos fuera de las órbitas y la lengua fuera, pataleaba en el aire, moviendo trágicamente los brazos... Algunas personas se acercaron... Sergio, sintiendo que el pavimento no estaba muy seguro bajo sus pies, a causa del visqui ingerido, fue más rápido que los otros. Dio un feroz y fuerte golpe en la muñeca del Saurio con el canto de la mano; se hizo daño, pero al Saurio debió hacerle bastante más, porque, soltó al Manchurri, y se volvió hacia él, viva imagen del furor, enseñando unos colmillos amarillentos, babeando...

—¿Quién te mete a ti...?

—Me meto yo solo —afirmó Sergio—. Cuando quieras pelear te buscas a uno de tu tamaño... so cobarde... —¡Cobarde yo! Ahora vas a ver...

El Hombretón comenzó a escupirse en las manos y a dar saltos... era evidente que Sergio le inspiraba un poco más de respeto que él Manchurri, pero muy poco...

—Sí, señor —insistió Sergio—. Cobarde he dicho, y cobarde serás si quieres pelear conmigo así... Pesas el doble que yo... y eres mucho más fuerte... ¿A que no te atreves con una estaca cada uno?

—¡Eso, sí! —gritó alguien, entre el público—. ¡Con estacas! El Manchurri se levantó del suelo, ayudado por el Huesos, tosiendo, lagrimeando y pasándose la mano por la garganta. Se sentó de nuevo a la mesa, con los ojos vueltos, y empujó de golpe lo que le quedaba en el vaso.

Sergio sentía que el suelo bailaba bajo sus pies. Aquel licor era demasiado fuerte, y se había excedido bebiendo. ¿Quién le mandaba a él meterse en todo este jaleo? Alguien había traído dos mangos de azada, de un metro aproximadamente de largo, que yacían amenazadoramente sobre la superficie de la mesa. El Saurio agarró uno y empezó a dar golpes en el aire, como si estuviera sacudiendo una alfombra. Sergio alargó la mano hacia el otro...

—Espera —dijo el Vikingo, con voz tensa—. Un momento sólo. Dame la mano.

Sin saber por qué, Sergio le obedeció, y permaneció un rato estrechando la mano del Vikingo. Mientras más gente se agolpaba en la puerta y en las ventanas, y el tabernero se apresuraba despachando bebidas, le pareció que un ligero ramalazo eléctrico pasaba a través de su mano. Una fuerza extraña subía vibrando, por su brazo dándole una lucidez fuera de lo normal; los colores parecían más vivos, los sonidos más claros... la imagen del Saurio, saltando y botando por doquier, esgrimiendo su estaca, entre los gritos de ánimo de los concurrentes, parecía disminuir en la distancia. Sintió que el suelo tomaba firmeza bajo sus pies... que los músculos se volvían más flexibles... Por un instante, la sensación llegó a ser casi dolorosa; entonces, la mano del Vikingo le soltó... Se dio cuenta de que se encontraba fresco, despejado, ágil, sin rastros de la ligera embriaguez que sentía unos segundos antes... No le dio tiempo a admirarse, ni a preguntar nada al Vikingo, que por contra, parecía fatigado; el Saurio se puso a vociferar:

—¿Para cuando es esto, piojoso? ¡Te perdonaré si me lames las botas... si no, haré de ti trozos como lagartijas...!

—Vamos allá —dijo Sergio, con voz segura.

Agarró el mango de azada, e instintivamente realizó los movimientos rituales. Había tomado la estaca por el extremo con la mano izquierda; levantó lentamente la derecha sobre la cabeza, y asió el palo por encima de la otra, a unos treinta centímetros de distancia. Comprobó el peso y la estabilidad; no era un shinai, pero en unos segundos se habría acostumbrado. Iba a sentarse, automáticamente, cuando pensó que no era necesario tanto; se limitó a inclinarse levemente ante el Saurio, que le miraba, muy sorprendido ante sus extraños movimientos.

A continuación, adelantó levemente la estaca, adoptando la postura Chudan No Kamae. El Saurio se echó a reír.

—¿Qué bailoteo es ése? ¡Ahora vas a ver lo que es bueno, sabandija!

De soslayo, Sergio se dio cuenta de que el Vikingo le miraba con extraordinaria intensidad, disecando cada uno de sus movimientos, como si los retratase.

—¡Vamos! ¡Empezad ya! —gritó el hombrecillo de las borlas.

Y esta vez, Ceanu no tuvo nada que objetar. Abriendo la boca, el Saurio se lanzó hacia adelante de cualquier manera, batiendo la estaca en el aire como si estuviera apaleando perros. Hubo una carcajada general cuando Sergio se deslizó suavemente a un lado, con un movimiento imperceptible, y la estaca del hombretón cayó con hueco sonido sobre el entarimado. Sergio permaneció inmóvil, concentrado únicamente en su adversario, tal como si hubiera dado un golpe, en pleno zanshi. Ya no veía absolutamente nada de lo que le rodeaba; solamente al Saurio, y a su shinai apenas enarbolado...

—¡Pelea! —aulló el hombre, y trató de golpearle las piernas, barriendo lateralmente el suelo, como si segase hierba. El shinai de Sergio bajó, las manos se aflojaron y se tensaron, automáticamente, el pie izquierdo siguió al derecho, y la punta de su estaca paró limpiamente el golpe. Hubo un grito general de sorpresa.

El Saurio retrocedió, resoplando, y sin tomar aliento volvió al ataque; hizo una finta, fingiendo que iba a golpear por la izquierda, y después lanzó la estaca hacia la derecha. Era lastimosamente lento, pensó Sergio, un kyo. Tenía que ser mucho más rápido, ya que sino el adversario se daba cuenta del cambio de movimiento, y esquivaba, como hizo él mediante un sencillo y resbalante paso atrás.

—¡Men! —aulló Sergio, poniendo en ello todo su abdomen.

El shinai se alzó rápidamente por encima de su cabeza, las manos se aflojaron en el momento justo, volvieron a tensarse al bajar la izquierda forzando el arma hacia abajo y la derecha dándole dirección, en un suburi fulminante... Se limitó a asestar un golpe ligero en la frente del Saurio; si hubiera puesto todos sus músculos en ello, le habría matado instantáneamente.

El Hombretón se retiró torpemente, jurando y tambaleándose, echando espuma por la boca. En este momento no había ya ninguna risa; todos seguían la pelea con desmesurada atención, dándose perfecta cuenta de que, por alguna razón, aquel joven delgado y aparentemente inofensivo podía haber matado al Saurio. Sergio estuvo a punto de relajar su zanshi; estaba seguro de que los ojos del Vikingo le taladraban desde su espalda; pero la disciplina mantenida durante largas sesiones de aprendizaje hizo que volviese inmediatamente al estado de concentración y de vigilancia prescrito: el zanshi.

El hombretón respiraba apresuradamente, y, por primera vez, Sergio notó en sus ojos, inyectados en sangre, un ligero soplo de miedo. El Saurio oscilaba adelante y atrás, manteniendo la estaca ante sí de cualquier manera, evidentemente pensándose mucho antes de atreverse a atacar otra vez. En su frente había aparecido una ligera mancha roja...

—¡Kote! —aulló Sergio, y pareció que la gente retrocedía ante la violencia inhumana del grito.

Un doble paso resbalante hacia el frente; el shinai ascendió sobre el hombro derecho, tan rápido que la vista no podía seguirlo, descendió de nuevo, con la mano derecha encaminándolo hacia su fatal destino, y mientras el pie derecho quedaba en posición, golpeó limpiamente y con fuerza aterradora la muñeca del Saurio...

La estaca del hombretón rodó por el suelo, mientras éste se cogía con la otra mano la muñeca golpeada, retrocediendo apresuradamente. Sergio volvió a su postura defensiva; esta vez, alzando el shinai sobre su cabeza, en un atrevido Jodan No Kamae; pero era lógico; había perdido todo temor a su adversario. «No te confíes demasiado, de todas formas», pensó.

—Recógela y sigue —dijo, cortésmente—. No es lícito golpear a un enemigo desarmado.

Esta vez el Saurio no sabía qué decir. Se adelantó, con los ojos llenos de terror, y recogió la estaca temerosamente. Era fácil que hubiese dado cualquier cosa por abandonar la pelea; pero eso, después de todo, estaba en sus manos. El silencio, en la gran sala llena de humo de cigarrillos y de vapores de cerveza, era sepulcral. Sergio

hubiera querido volverse para ver la expresión del Vikingo, pero no lo hizo.

Durante unos segundos el Saurio dudó en acercarse de nuevo, mientras Sergio continuaba totalmente inmóvil, siguiéndole con la vista en el ligero movimiento circular del otro, y obsesionándole, al parecer, con la fija mirada de sus ojos.

—¡Menos miedo, Saurio! —gritó alguien—. ¿Quién es el que baila ahora?

Incitado por esta frase burlona, el Saurio trató de imitar toscamente uno de los golpes que Sergio le había propinado. Alzó la estaca sobre la cabeza, evidentemente con intención de golpear la del contrario, pero Sergio no le dio tiempo. Dejó avanzar al Saurio hasta que estuvo a corta distancia, bajó el shinai fulmineamente sobre la estaca del hombretón, desviándola lateralmente, y en un alarde de rapidez, volvió a golpearle en la muñeca derecha, poniendo en ello todos sus músculos, y antes de que el palo cayese de las flácidas manos del hombretón...

—¡Do!

... volvió a la postura anterior, y adelantó rápidamente el pie derecho, haciendo resbalar el izquierdo hacia atrás... Mientras el Saurio abría la boca para aullar de dolor, el shinai le golpeó con la punta, como un látigo, en el costado derecho...

El hombretón cayó al suelo, revolcándose y gritando; la estaca rodó sobre la tarima hasta quedar detenida al pie del mostrador. Serenamente, Sergio volvió a incorporarse y se mantuvo en guardia.

Un par de hombres ayudaron al Saurio a levantarse. El hombre tenía el rostro desencajado, y parecía que no supiera donde llevarse las manos, si a la muñeca dolorida, y quizá rota, o al castigado costado.

—¿Recoges tu shinai? —preguntó Sergio, educadamente, avanzando un poco hacia él.

El Saurio no le dejó acercarse. Tosiendo y tambaleándose, le dirigió una mirada de odio reconcentrado, y se dirigió torpemente hacia la salida. La gente le abrió camino, en silencio.

Cuando el hombre hubo desaparecido, Sergio se inclinó ligeramente hacia la puerta, efectuó los movimientos adecuados para abandonar el arma, y la dejó sobre la mesa. Si esperaba una explosión de júbilo y felicitaciones, no la hubo. Los espectadores se apartaron calladamente; algunos se marcharon; otros se acercaron al mostrador.

Los ojos del Vikingo parecían dos taladros. Sergio continuó en pie, al lado del Manchurri.

—Te lo agradezco... —dijo éste—. Ese bruto me hubiera matado.

—Era mi obligación defenderte —contestó Sergio—. Así hemos obrado siempre.

Había como un aura de dignidad ultraterrena rodeándole. El Manchurri alzó hacia él unos ojos impresionados.

—Señor... —dijo—. ¿Quién eres?

—Un criminal arrojado de la ciudad —respondió Sergio, sentándose junto a él.

—No es cierto —afirmó el Vikingo.

Las conversaciones y el jolgorio habían renacido a su alrededor. Nadie les prestaba atención en este momento.

—Entonces —dijo Sergio—, un sabio que ha venido a estudiar las columnas negras... y concretamente, el Pilón del Alba.

—Tampoco es cierto —respondió el Vikingo, taladrándole con los ojos.

Permanecieron los cuatro en silencio; el Manchurri jugando con su vaso vacío y tocándose la garganta; el Vikingo, con los fríos ojos azules fijos hipnóticamente en Sergio.

—Eso que has hecho —dijo— es una ciencia establecida, estudiada. Se aprende, y lleva consigo una disciplina mental, además de la física. Tiene un código dispuesto de antemano, al que no se puede faltar. ¿Cómo se llama?

—Kendo. Lo aprendí allí arriba.

El Manchurri comenzó a trazar círculos en la mesa con el vaso...

—Son ya dos veces que me salvas la vida, joven... señor. Es demasiado para mí. Mucho miedo me da, pero si quieres... yo te llevaré a Herder...

—Yo no iré —dijo el Vikingo—. Yo me quedo aquí.

## **EL CLARINAZO MATINAL Y AVISADOR IRREGULAR DE LA GRAN REGION EUROPEA**

Precio: a convenir; normalmente gratuito.

Número: 126, creo yo.

Redactor Jefe: Serapio Marcilla

---

### **ULTIMA HORA**

---

*La pelea del més pasado en Toledo. Parece ser que Ratller el Saurio andaba poniendole los puntos a huna muchacha de la familia de los Mendoza, kosa que al padre de la chika no le justaba demasiado. Por hotra parte, el joben y hapuesto mancebo Rorin MacDonald estaba prendado de la ermosa. La cosa tenia que acabar mal y hacabó. El Saurio, que a pesar de pasar su tiempo sin acer nada, nadie save como saca para comer, y para tener fuersas para aguantar las palisas que su mujer le da, se encontro en la plaza de la vella ciudad de Toledo con la ermosa joben, Marylin Mendoza. ¡La que se armo! El Saurio, que, como de costumbre avia estado veviendo de gorra, a costa de sus amigos (que por eso, están tan hartos de él) tenia una turca de tamaño natural, y kiso meterle mano, jrosera y bilmente, a la ermosa muchacha. El eroico Robin MacDonald no estava alli sino ke se allaba cultibando los navos que le sirven de alimento en inbierno, pues los MacDonald no comen mas que navos. Cuando la muchacha trató de defenderse de la pastosa mano del Saurio, aparecio Gerda, la muquer de este hultimo, y procedió a endosarle, por vorracho y aragan, la palisa de su vida. Baste saber que el Saurio, con el ravo entre las piernas, acabo en el pilon de los cavallillos, donde se le fue la trompa que abia cojido a costa de los demas. ¡Bamos, Saurio, a ver si trabajas y asi podras pretender a la ermosa! ¡Y cuidate de Gerda, porque esa es capas de domar a un mamute con un plumerro!*

SERAPIO

---

### **NOS PREGUNTAMOS...**

---

*¿por qué el jurado de Toledo, siempre, siempre, se emborracha antes de fallar un caso? Nosotros solo podemos rekomendar la templansa, y más cuando los menesteres son tan deformes, como los de un jurado, ke tiene en sus manos la vida de un hombre. Tomen ejemplo de alguien que no veva, señores.*

---

### **NOTISIAS COMERSIALES**

---

*Dizen que el precio de los navos tiende a subir esta temporada ya que casi nadie los ha cultivado. La pobora anda bien; solo que la que favrican en Abilene es kada dia pehor, seguramente porque el puherco de MacDuff la sige mesclando con asuzar. En cuanto a los zapatos, la produksion es buena en este momento, y el acreditado comerciante el Manchurri lleva en su honesto veiculo un surtido de todas las clases, a disposicion de los toledanos. Tanvien hay rifles fabricados por Morris, el mejor harmero en cien leguas, a la redonda, y buenos balines de plomo. - En lo demás, todos siguen haciendo las mismas porquerias de costumbre.*

SERAPIO

---

### **LA PELEA CON LOS BANDIDOS**

---

*Hase tres noches el Manchurri y su ekipo se batieron heroicamente con un grupo de sesenta y tres bandidos matandoles casi todo el personal y un cavallo. Por nuestra parte las bajas fueron dos bueyes. ¡A ver si la patrulla del capitan Grotton se dedica a perseguirlos en vez de tocarse la barriga, como normalmente hacen, con el pretesto de que no saven donde están!*

---

### **HANUNCIOS POR PALABRAS**

---

*Se buscan dos bueyes, de buen caracter, para trabajo facil y seguro. Inutil pretender que se pague al kontado, pero el comprador hes persona honesta y que responde. Rason en la redacsion.*

*El Doctor Blanchard, el mejor medico de la Komarca, anuncia que dispone de un ecselente surtido de antiaborticos, prosedente de la ultima redada en las Minas de Mercurio*

*Hombre hapuesto, viajante, abenturero, atraztivo, busca mujer vella para pasar un vuen rato ha medias. La redajcion*

## VI

### HERDER

La consulta del doctor Blanchard resultó estar establecida en el centro de la ciudad, en una acogedora casa sin porche, con el techo cubierto de arbolado. Había una gran nave llena de frascos y material de laboratorio, con un refrigerador en un extremo, que temblaba al funcionar... El doctor, un hombre joven, con barba negra terminada en punta, explicó que funcionaba a base de un motor movido por gas natural, y que otros médicos se veían precisados a utilizar una máquina de vapor... Por eso se había establecido allí cuando murió el anciano doctor García, una vez que le dieron el título, y recibió el molde para hacer moneda.

—¿Quién hace estas moneditas? —había preguntado Sergio.

—Los médicos, naturalmente.

En la pared estaba el título; enmarcado sobriamente bajo cristal. Era una carta autógrafa, firmada con una rúbrica de grandes rasgos. Decía:

«Yo, Theron, doctor Cherenkov, DECLARO que en el día de hoy considero que mi discípulo Juan Blanchard ha aprendido todo lo necesario para ejercer la medicina; ha prestado juramento de no emitir moneda falsa, y ha recibido un molde; usará desde hoy el nombre de Juan, doctor Blanchard».

—Arturo Morris irá seis días a las Minas de Mercurio. Le entregué tres frascos de Estelatrina; Matilde Hagen mandará uno de sus hermanos o padres quince días... fueron... vamos a ver...

—Ya lo recuerdo, Manchurri; lo tengo aquí anotado.

—¿Por qué las hacen los médicos?

—¿Quién va a recibir la sangre, sino?

—¿Qué sangre?

—Pero... Bueno; tú no sabes lo que significa céntimo. Centímetro cúbico; de sangre, claro está. Puedes solicitar tu moneda cuando te haga falta, aunque no se usa mucho; es preferible cambiar cosas; mucho más divertido...

—No me vendría mal tener unos céntimos...

—Bien; veremos al doctor Blanchard... A través de la jeringuilla y la goma, la sangre pasaba a una probeta. El doctor le había hecho antes un par de pruebas «Tipo O, Rh negativo. Eres un donador perfecto... No más de cincuenta céntimos... ya sabes». Entraba gota a gota; era una sangre casi negra; Sergio la miraba atentamente...

—Traigo frascos de medicinas en la mochila; también una pistola inyectora... pero esta querría quedármela...

—No te puedo dar céntimos por eso... Si los entregas lo único que te puedo dar es un certificado de liberación de trabajo en las minas de mercurio... Podrás usarlo

tú, si te pones malo, y tienes que recurrir al fondo de medicinas, o cambiárselo a otro...

—Está bien.

El doctor Blanchard tomó un tampón y colocó un sello de tinta roja sobre el brazo de Sergio, en donde se leía el nombre del médico.

—¿Para qué es eso?

—Tarda un año en borrarse... Nadie te tomará sangre antes...

El camino hasta Abilene se le hizo interminable a Sergio. Praderas, bosques, pantanos, montañas, colinas, ríos, puentes rústicos... paradas en caseríos... Y la eterna máquina de vapor abrasando la cabina, los pedales, las borracheras del Manchurri, más intensas ahora que el Vikingo se había quedado en Toledo...

Sergio se había despedido de él con dolor. Sentía, como los demás, una extraña admiración por aquel hombre.

—Si ves al Saurio, dile que no me guarde rencor...

—¿Por qué no habría de guardártelo?

—Me gustaría que hubiera paz entre los dos, si otra vez vuelvo por aquí...

—No siempre la paz es conveniente... ni tampoco que no haya rencor... No sería bueno demasiada blandura... Te deseo suerte, Sergio. Volveremos a vernos; puedes estar seguro de ello.

Arboledas inmensas, a través de las cuales el carromato se deslizaba sorteando los anchos troncos de los árboles. Noches interminables bajo las estrellas, bajo la luna, con el arma al brazo, y los ojos vigilantes. Sergio se había acostumbrado ya al trato con los habitantes de la tierra, y también a que todos llevaran armas, como una cosa natural y derecho inalienable del ser humano. De no ser por la orgullosa resolución que le había sacado de la ciudad, hubiera reconocido más sinceramente el amor que comenzaba a sentir por este mundo amplio, intocado, natural, y por estas gentes desorbitadas, generosas sin exceso, siempre con ganas de divertirse, habladoras, trabajadoras a ratos, y al mismo tiempo, lo suficientemente duras para subsistir y enfrentarse a la adversidad.

—Sonríe a la adversidad —dijo, en voz baja.

—¿Qué dices, señor?

—Manchurri... te he dicho que no me llames así...

—Es que me gusta más; desde que hiciste lo que hiciste, quiero manifestar así mi respeto por ti. Que eres un señor, eso se nota, y yo sé perfectamente que es así como debo hablarte... A más que si te he de llevar a ver al malsín de Herder, me dejarás por lo menos hablar como quiera...

—Si no bebieras tanto...

—Tú también bebes, señor, que no creas que no he visto que te has traído de Toledo media docena de frascos de visqui... ¿Le cogiste gusto? No tienes por qué avergonzarte... bebiendo sin exceso, como yo...

Oír esto, cuando ya había escuchado cinco veces la historia del cofrecillo de

monedas de plata y la muchacha triste de Donegal, era más de lo que Sergio podía soportar sin reírse. Y le brotó otra vez la misma risa sana de ocasiones anteriores... una risa que todavía era para él como un presente nuevo, un regalo inesperado e inestimable.

Abilene estaba situada en un cuenco, entre grandes montañas cubiertas de hayas, robles y abedules. Al entrar en él, a través de un pequeño puerto que resultó difícil de coronar para el fatigado vehículo, una pareja de osos se levantó perezosamente y se metió gruñendo entre los matorrales... A medida que el carromato descendía muy despacio, sorteando los troncos violáceos de los robles y la flexibilidad etérea de los abedules, una abundante vida animal se iba haciendo presente. La sensación de paz era profundísima... «El aura es muy buena —pensó Sergio—. Ya está claro porque construyeron aquí la ciudad». Recordaba ahora otros lugares que habían atravesado, donde eran perfectamente perceptibles sensaciones amenazadoras o de terror...

No distinguió Abilene hasta que estuvieron casi encima de ella... Pasaron a través de campos irregulares trazados entre los árboles, combinados con estos como si formasen parte del paisaje... De la montaña más alta venía el sordo rumor del agua al caer, y a Sergio le costó trabajo distinguir el brillo plateado de la cascada entre el espeso arbolado. Canales de riego construidos de forma que pareciesen arroyuelos naturales pasaban al pie de los troncos, depositando el agua en los campos...

Dos humaredas negras les descubrieron la ciudad. A su entrada, como en Toledo, había un cartel.

## WELCOME ABILENE

Población: 209 habitantes  
Médico, serrería, pólvora,  
Imprenta, vidrio, calzado.

Estaba escrito con unos tipos mucho más elegantes, y desde luego con perfecta ortografía, cosa que se echaba de menos en el de Toledo.

—Es la ciudad más grande que conozco —dijo el Manchurri, arrojando un par de tacos de madera en el hornillo—. He oído hablar de Atenas; dicen que hay cerca de mil personas. Pero está demasiado al Norte; no he llegado nunca allí. Además, señor y amigo... ¿no debe ser insoportable el vivir con tanta gente molestando y armando ruido?

—Hemos tardado quince días en llegar, Manchurri. ¿No decías que eran seis o siete andando?

—Si lo dije cuando estaba con el cofrecillo y la muchacha de Donegal, no te extrañe, señor. Que a veces, no sé por qué, digo unas tonterías...

—Menos mal que como editor de periódicos eres serio.

—No me lo recuerdes, por favor.

La ciudad estaba construida entre los árboles, en el centro del cuenco entre las montañas... No se había intentado disimular las casas; pero todas ellas estaban pintadas del mismo tono verde que el bosque; por eso resultaban casi indistinguibles... Un par de chimeneas arrojaban al cielo dos espesas humaredas negras, que se disolvían en el aire transparente.

—Aquello es la fábrica de pólvora...

Había un edificio muy separado de los demás, encaramado en la montaña, junto a la cascada. Forzando la vista se distinguía una gran rueda de paletas girando calmamente bajo el impulso del agua. Las dos fábricas del fondo del valle también tenían sus correspondientes ruedas...

—Está muy indus... industri... ¿cómo se dice?

—Industrializada.

—Vaya por el condenado palabro, que no saben que inventar para decir que tiene mucha maquinaria. Pararemos un día tan solo; lo suficiente para que carguemos con que cambalachear por las rutas transhumeantes, y hacer ver a los abileños las últimas novedades, nacionales e importadas...

—Si eso último lo dices por las latas de conservas que te di...

—Sí, señor. Que siempre habrá algún caprichoso que quiera presumir de haber comido alimentos de las estrellas, aunque la que abrimos la otra noche sabía a diablos... y todo será que algún agreste consumidor me atice un cantazo si no le gusta el contenido...

La parada, a pesar de la impaciencia de Sergio, no se limitó a un solo día. Bien es cierto que durante la primera jornada, el Manchurri se tomó el asunto en serio; cambió sus mercancías por los productos de Abilene, sobre todo haciendo buen acopio de hojas de vidrio, que embaló con grandes precauciones y no olvidándose de recoger un ocular para el microscopio del doctor Blanchard, que se lo había encargado mucho. Pero el segundo día, en vez de partir, se enredó con un tal Macduff, que se ocupaba, con su familia, de la fábrica de pólvora, y juntamente con dos o tres desocupados más, que se les unieron, organizaron un enorme escándalo en mitad de la plaza, acompañado de abundante bebida y de persecuciones de mujeres. A poco, se les unieron dos o tres chicas, que les acompañaron en las libaciones, y procedieron a perseguir a los hombres más interesantes...

Sergio se libró con dificultad de una de ellas, una rubia de ojos verdes que le acorraló en una esquina... Más tarde, tuvo una seria discusión con su hermano, que se consideraba muy ofendido ante este forastero que había rechazado a su hermana. Sólo le salvó la intervención del Manchurri, que juró y perjuró que Sergio tenía todo eso prohibido a causa de una enfermedad «procelosa». Sergio intentó convencer al Manchurri para que emprendiesen la marcha al día siguiente.

—Pero si no puede ser, señor... Si no es culpa mía. Es culpa del Herrero... Tengo que llevarme clavos, que no tengo, y como el Herrero ha cambiado bastante en los últimos dos días, dice que no trabaja hasta que no le haga falta... Si Joe Navajas no

hubiera pasado por aquí antes...

—¿Y no hay forma de convencerle?

—No, señor. Cuando alguien dice «No quiero» es «No quiero»... Y tiene razón... ¿para qué le va a servir amontonar más de lo que puede comer este invierno? Cuando se aburra de no hacer nada... que será pronto... me hará los clavos. Eso si no le pasa como al tornero de Valparaíso, que se aburrió de ser tornero y se marchó a otro lugar a poner una plantación de tabaco... Pero aquí no hay miedo. Este es un herrero como es debido; le gusta hacer clavos y herraduras, y las hará...

Entristecido, mascando maquinalmente unas bayas de verdellón, Sergio se dirigió a las afueras. Estaba arrepentido, hasta cierto punto... ¿Por qué no haber hecho caso a la hermosa muchacha rubia de ojos verdes? Cerró los ojos, enfurecido... Sentía miedo ante ella... como lo había sentido ante Leonor... y estaba seguro de que ellas se darían cuenta en seguida de su inexperiencia; de una inexperiencia en un mundo donde lo normal era lo contrario. Había pretendido ocultar su sensación de inferioridad con una fingida indiferencia, cuando lo cierto era que le habría gustado mucho coger a la joven en sus brazos, seguirla a donde ella quisiera...

—¿Me lo dejas ver?

Era un niño de unos doce años, con el pelo hasta los hombros, vestido con blusa y pantalón de piel.

—El rifle, hombre...

—¡Ah, sí! Espera...

Sergio sacó el cargador gris mate, y tendió el rifle al niño. Este lo miró y lo remiró, manejándolo con la misma seriedad que una persona mayor... apuntó hacia las profundidades del bosque, y después, lo devolvió. Sergio se dio cuenta de que en ningún momento el cañón estriado había estado dirigido hacia él ni hacia el pueblo...

—¿Dónde puedo conseguir uno?

—No los hacen aquí, niño. Lo traje de arriba, de las estrellas.

—Mis padres tienen tres escopetas de dos cañones, pero no son como ésta. Los he acompañado muchas veces a cazar. Cuando cumpla quince me darán uno... me hubiera gustado que fuese como éste. ¿Cuántos disparos tiene?

—Veinticinco en cada cargador.

—¿Qué pólvora usa? ¿Es difícil de cargar? ¿Cuánto alcanza? ¿Seguro que no hay aquí?

—No. Alcanza dos mil metros; eso es el visor telescópico...

—¿Para qué sirve? ¿Me dejas tirar con él? ¡Tengo trece años ya!

Tras dos interminables días en que el niño le persiguió por todas partes, siempre mirando el rifle magnético con ojos golosos, el problema del herrero y los clavos se solucionó por fin. De mañana, algo antes de amanecer, salieron con el automotor por la parte opuesta a la que entraron. El Manchurri, por una parte, estaba muy satisfecho, pues había hecho buenos cambios, y la trasera del vehículo estaba tan atestada de mercancías que prácticamente no se podía entrar.

—Unas cuantas sesiones así, y reúno para otros dos bueyes.

Pero por otra parte, se le notaba claramente la preocupación por tener que enfrentarse con el temido Herder. A pesar de que Sergio no se privó, durante el camino, de un par de tragos de visqui, el Manchurri no recurrió en absoluto al vino... y tanto él como el Huesos permanecieron silenciosos y hoscos. Comieron frugalmente, sin detener la marcha del vehículo, y a media tarde, tras una sola y breve parada para cargar leña, llegaron a una explanada desértica, barrida por los vientos, donde solamente se alzaban al cielo una hilera de mogotes rocosos, que la cerraban por un lado.

Sergio hubiera sido incapaz de distinguir una de otra las sombrías aberturas que se abrían entre las peñas, pero el automotor, dirigido por la temblorosa mano del Manchurri, se dirigió rectamente a una de ellas... Una espesa vegetación de árboles desconocidos, de tronco oscuro, leproso y hojas casi negras, la cerraba herméticamente. Parecía imposible que el vehículo pudiera atravesar la apretada cortina de troncos retorcidos y macizos espinosos, repletos de agujas violáceas que apuntaban, amenazadoras, hacia ellos. Los dos dedos de roca fronteros se levantaban repulsivamente sobre la odiosa vegetación, como dos señales de advertencia.

—Ya estamos —dijo el Manchurri, con un hilo de voz.

El lugar causaba una sensación desagradable... todavía no era terror; sino solamente una profunda repugnancia por las ramas y las hojas deformes y cubiertas de manchas, por los peñascos agrupados de forma antinatural, tapizados de placas de esponjoso musgo de un color verde putrefacto del que se desprendía un ligero olor a descomposición...

Hubo como un movimiento en la espesa arboleda; como un imperceptible cambio en la pesada estructura del bosque. Había un paso abierto entre dos árboles cuyas ramas sinuosas parecían temblar, como animadas de una vida inesperada.

—Vamos —dijo Sergio.

El Manchurri abrió de nuevo el conducto del vapor, y trabajosamente, como si se resistiera a entrar, el vehículo se introdujo entre los dos árboles. De su amplia copa bajaba un hálito frío, húmedo, que olía a hongos y a moho. Las anchas ruedas parecían hundirse en el terreno, con un ruido de succión, como si la espesa tierra negra, rezumante de agua, tratase de detener la marcha del vehículo... No se veía el sol; y no se escuchaba ni un solo rumor... La sensación de peligro estaba aumentando claramente; Sergio se explicó, sin lugar a dudas, por qué la población más cercana, Abilene, se encontraba a casi cien kilómetros de aquel paraje, y por qué por allí no pasaba nadie.

Entre la fungosa vegetación, que había ido adoptando, a medida que penetraban en la estrecha garganta, formas más repugnantes, se entrevió durante un segundo, como si fuera una ilusión, una forma escarlata, gigantesca, de la altura de tres hombres, deslizándose silenciosamente entre las ramas... El Manchurri exhaló un gemido apenas audible...

—Comprenderás ahora, señor —dijo, en voz baja— por qué no quería yo venir aquí... Hay cosas que no me gustan... y eso que el Huesos y yo salimos de aquí... gracias a Herder. Ni este enano ni yo recordamos nada antes... Un día nos encontramos aquí en el castillo de Herder, y sólo sabemos los dos que tuvimos una vida anterior, y que morimos los dos juntos, después de muchas aventuras, de una espantosa muerte. Ríete si quieres... si es que te quedan ganas de hacerlo...

Pero Sergio no sentía ningún, deseo de reír; sólo un terror creciente, un malestar continuo, y la necesidad imperiosa de marcharse de allí... Estuvo a punto de pedirle a su compañero que retrocediera, e incluso se asomó a la ventanilla para ver el camino que dejaban atrás. No había camino; solamente el bosque ominoso e inextricable, totalmente cerrado tras ellos.

—Era una vida —continuó el Manchurri, temblorosamente—, en la que sólo había un autociclo, el mío, y no me gustaba. En cambio, en este mundo hay solamente autociclos... y me gusta mucho más, por muchas razones... Herder dijo algo así como que había querido probar su poder sobre el tiempo y el espacio... y quién sabe lo que eso quiere decir.

La gigantesca figura roja estaba otra vez allí, entre las podridas ramas... Sergio vio el relucir de unos colmillos aguzados, a seis metros sobre su cabeza, un cuerpo macizo y ancho, una cabeza desproporcionada, con dos ojos cegadores, como de acero al rojo... Luego, la ilusión se desvaneció...

Ahora, ante ellos, había un claro camino de barro negro trazado en mitad del fantasmagórico bosque, donde las llantas de hierro del vehículo continuaban atascándose y luchando, arrancando espesos grumos con un sonido viscoso.

—De manera —continuó el Manchurri, con voz cada vez más débil— que el Huesos y yo salimos de aquí... y conocimos gente... cultivamos unos campos, construimos una casa... pero nos tiraba el camino, la carretera. Acabamos construyendo este vehículo...

—Para un momento.

—Es mejor seguir hasta el final, señor, que si no...

—Un momento sólo. Quiero bajar y ver una cosa.

Apenas descendió, una sensación como la de un aliento ígneo, abrasador, que escapase de los torcidos troncos, le sobrecogió. Parecía como si el vehículo aún fuese un pequeño refugio de paz entre aquellas delirantes plantas. Caminó un instante pisando hongos de forma monstruosa, aterrado, sintiendo cómo bajo sus pies la asquerosa vegetación reventaba, derramando líquidos y esporas... En efecto; allí estaba lo que había creído ver, semienterrado en el fango, gigantesco, cubierto de orín, cayéndose a pedazos. Una masa monumental de maquinaria herrumbrosa, llena de ruedas oxidadas, con brazos y palancas ciclópeas... enormes estructuras rectangulares que sobrepasaban las copas de los árboles; algo que todavía conservaba en su destrozado conjunto la impresión de una fuerza ilimitada. A través de las conexiones, las ruedas, los brazos metálicos, las gruesas vigas corroídas, la

chorreante vegetación negruzca se había abierto paso, dislocando en su crecimiento las enormes piezas...

Al regresar al autociclo no pudo evitar un tropezón en una raíz nudosa, y se apoyó en el tronco de un árbol, grueso como el torso de un hombre. Con un crujido hueco, el enorme árbol se quebró por la mitad, descubriendo una carne blanca, atravesada por vasos del diámetro de una muñeca. Con un ruido pegajoso, una espesa linfa blanquecina comenzó a surgir por las aberturas, deslizándose hasta el sucio...

El vehículo volvió a ponerse en marcha tan pronto como, estremecido y asustado, estuvo de nuevo a bordo. En estos momentos la sensación de que algo dañino les acechaba era tan intensa que resultaba difícilmente soportable...

Durante los siguientes e interminables diez minutos, Sergio pudo observar otras gigantes masas de maquinaria dispersas a lo largo del camino, alzando al oscuro cielo sus ingentes ganchos de hierro y sus poleas y vigas...

Bruscamente, el bosque se terminó, dando paso a una extensión pantanosa, cubierta de fétida agua negra. Hubiera jurado que no había ningún camino sólido por donde el vehículo pudiera pasar; pero debía haberse, equivocado; allí, entre las nudosas raíces que se hundían en el burbujeante líquido, entre las plantas cuyas anchas hojas de un verde malsano se enroscaban en los deformados troncos, había una senda, de la anchura justa para que el carromato pudiera atravesar el pantano.

Y al fondo, apoyado en una colina, coronando con su mole un delirante panorama de maquinaria herrumbrosa, de hojas verdinegras, y de troncos pelados alzando al cielo casi negro sus ramas desnudas, una edificación de piedra... el castillo de Herder. Como todo lo que había allí, causaba una impresión de desagrado. Las torres eran demasiado altas en proporción a su base; las murallas, demasiado gruesas... la puerta sin hojas, desnuda, abriéndose sobre un enmohecido patio interior... Por otra parte, daba la impresión de que se había dejado a medio construir... una de las alas estaba cortada bruscamente sobre un espeso macizo de enredaderas de un rojo sangre, y una de las torres rompía toda simetría con las demás... Alguna negra oquedad, sin forma de ventana, se abría en el muro... sin cristales, sin contraventanas de madera... La impresión general no era de antigüedad, sin embargo. Las piedras eran limpias, con alguna ligera mancha de musgo, pero su color, blanco azulado, contrastaba desagradablemente con el general tono oscuro de los alrededores...

La sensación de terror no había disminuido, viéndose incrementada, además, por un atroz sentimiento de asco hacia la monstruosa construcción. Durante unos segundos, Sergio recordó la pequeña experiencia del doctor Singagong en el agujero de los demonios, y se dijo que aquello no había sido nada comparado con lo presente.

El automotor, entre crujidos, exhalando una amarillenta nube de vapor que no se levantaba en el aire, ni se disolvía en él, sino que permanecía a su alrededor, extendiéndose como una capa de niebla en la espesa atmósfera, se detuvo frente a la desnuda hoja de la puerta... Tanto el Manchurri como el Huesos parecían en estado cataléptico; miraban hacia todas partes con ojos desorbitados; las manos sucias y

nudosas del primero estaban engarfiadas en el puño de la palanca de control... El vapor, con un suave silbido, se escapaba por la parte inferior del vehículo, lamiendo la esponjosa tierra...

No se oía un solo sonido. Sergio bajó, lentamente, mirando al interior del castillo... Después, tembloroso, sacó de su mochila la botella del visqui. Si había un buen momento para tomar un trago, era éste...

—No —dijo una voz.

Había un hombre parado junto a las jambas de rasposa roca blanca. Tenía el pelo negro, espeso, que se unía con una barba cuadrada, también negra, la cual le llegaba hasta la mitad del pecho. No se distinguía su boca; pero su nariz era aguda, afilada; y bajo las espesas cejas, dos ojos alucinantes, intensamente negros, con la pupila muy dilatada, estaban fijos con aterradora atención sobre Sergio.

—No —repitió—. En este lugar está prohibido beber, fumar, hablar en voz alta, o conectar aparatos eléctricos...

Y su voz, en consonancia con lo que él mismo decía, era baja, casi inaudible. A Sergio le causó una sensación molesta e inexplicable. Más adelante pensó que era porque aquel hombre hablaba en voz baja no como si lo hiciera voluntariamente; sino como si no pudiera hacerlo en tono más alto. Incluso su pronunciación tenía a veces ciertas dificultades, como si no pudiera dominar perfectamente, su lengua y sus cuerdas vocales... era casi igual a la voz de un moribundo que Sergio oyera en cierta ocasión, ya casi sin fuerzas para articular ni para levantar la voz.

Vestía una túnica oscura, de color pardo y basto tejido que le cerraba desde el cuello hasta los pies, prolongada por dos anchas mangas que colgaban a los lados...

—Soy Herder —dijo el hombre, con su voz débil—. He sabido de ti... No sé aún tu nombre... pero sé que encontraste a tus acompañantes cerca de las Montañas... Las bestias de la noche me lo dijeron... Y vosotros dos, ¿no os dije que no os acercaseis por aquí?

Sergio percibió, de soslayo, que algunos pequeños seres peludos, apenas distinguibles, se movían entre la retorcida vegetación del pantano.

—Pero no os haré nada —continuó Herder, y era casi imposible entenderle—. Él —señaló a Sergio con una mano afilada y pálida— ha venido a verme, y quizá sea el hombre que espero... Podéis marchar sin temor; mis amigos no os harán daño... porque quizás este mortal que ha venido a verme sea el que espero hace años... Marchad... marchad ahora...

Sin que del interior del vehículo viniese una sola palabra, las ruedas comenzaron a girar lentamente, y la pesada carrocería comenzó a dar la vuelta sobre la explanada contigua al castillo. Herder permaneció silencioso, con los brazos caídos a los costados, y los ojos convertidos en rendijas, vigilando intensamente la marcha del carromato. Sergio pudo ver como los pequeños seres peludos corrían a los lados del camino, y como las ramas de los árboles, temblorosas, se apartaban a su paso. El autociclo disminuía de tamaño, lanzando vapor por la negra chimenea; el bosque

pareció abrirse ante él... Desapareció.

—Pasa.

Sergio siguió a Herder al interior del castillo. Atravesaron el legamoso patio, y se detuvieron ante una maciza puerta que daba sobre él. En la porosa madera había tallado un animal fabuloso, con un gran cuerpo de contornos poco definidos, con una diadema de cuernos, y un rostro plano, sin rasgos.

—Ehie, ehie —dijo Herder—. Yo soy.

Una de sus finas manos pálidas rozó la madera de la puerta, y Sergio habría jurado que el disforme ser tallado ondulaba ligeramente.

—Nadie viene aquí —dijo Herder—. Pero si vinieran, no podrían atravesar esta puerta... Pasa, pasa, pasa. Permite el paso amigo vigilante... él me acompaña.

La puerta daba sobre una gran nave, tan grande, que sus dimensiones no parecían acordes con las del castillo. Sergio pensó que si hubiera tenido una cinta métrica (y si se le hubiera permitido hacerlo) habría comprobado que la longitud de la sala superaba la longitud externa del edificio.

El suelo era de losas de piedra negra, muy pulidas y perfectamente encajadas unas con otras. Había en el centro una gran mesa de madera oscura, que causaba la impresión de estar ligeramente humedecida. No había ventanas, y a lo largo de las paredes, una docena de antorchas goteantes de resina iluminaban con su chisporroteante luz la totalidad de la nave. Al fondo, una nueva abertura, completamente a oscuras, daba paso a desconocidas profundidades: a lo largo de los muros, un alto tablero de madera, cubriendo toda la habitación, se hallaba cubierto de alambiques, retortas, hornos de tierra refractaria, pequeñas estanterías llenas de libros... Había un sinnúmero de objetos que Sergio no logró explicarse: espadas, cuchillas de hierro mate, amplios recipientes de barro cocido llenos de líquido... En las tenebrosas paredes había escritas, con letras irregulares, palabras desconocidas, que no pudo descifrar...

La puerta se cerró tras ellos. Caminaron, a través del aire espeso y de los efluvios de los hornos, hasta la pesada mesa central. Sergio vio en el tablero, como incrustada en una materia amarilla, la borrosa palabra TETRAGRAMMATON.

—Te recibo como huésped —dijo la voz casi silenciosa de Herder—. Te recibo, y te admito a mi mesa. Que lo sepan los que me oyen, y se abstengan de todo mal. Por tres veces yo lo mando a todos. Y tú, visitante, siéntate, y acepta mi agua. Accipe, accipe.

Una nueva figura apareció, procedente de la oscura boca que se abría al fondo de la sala. Sergio vio que era una mujer joven, con una enorme cabellera negra como el ébano, encrespada en torno a la cabeza. Sus rasgos eran pálidos, regulares. Tenía los ojos semicerrados, no siendo posible distinguir sus pupilas. La boca, de gruesos labios de un rojo casi artificial, resultaba protuberante, como si una dentadura grande y deformada los empujase hacia afuera. Iba descalza, y cubierta por una túnica parda, similar a la de Herder que sólo llegaba a medio muslo, descubriendo unas piernas

suaves y bien formadas, aunque demasiado musculosas. Traía en las manos un recipiente de porcelana blanca, que depositó en la mesa, ante Sergio... Durante un momento, los semicerrados párpados se abrieron revelando unos ojos destellantes, ígneos, que expresaban una bestial salacidad... Después, la figura femenina, balanceando las caderas, desapareció por donde había venido...

—Toma el agua —musitó Herder—. No la bebas; tómalala en los dedos y ponla en tu boca, tus oídos y tus ojos... no te hará daño.

El recipiente contenía, aparentemente, agua, con lo que parecía ser algo de ceniza en el fondo. Con ciertas precauciones Sergio introdujo los dedos de la mano derecha en el líquido, y, no sintiendo nada, obedeció las órdenes de Herder.

—Ahora puedes tomar asiento —dijo el mago—. De momento, estás a salvo. Pero no te separes de mí, ni obres en nada contra lo que yo diga. No hables aún...

Sergio ocupó un pesado sillón de madera, mientras Herder, antes de sentarse, efectuaba el mismo rito con el agua.

—Has bajado de arriba —dijo el mago—. Eres un hombre civilizado, y quizás estas ceremonias te causen risa. Puedo asegurarte que son necesarias; ellos las requieren...

Lo cierto era que Sergio no sentía ningún deseo de reír. La opresiva sensación de la nave se hallaba cargada de algo como presencias extrañas, situadas en los extremos oscuros, tal que si alguna entidad amenazadora, agazapada allí, esperase tan sólo un descuido para lanzarse sobre él. Por el contrario, Herder no le inspiraba temor alguno; el temor, la opresión, la sensación de algo extraño y amenazador se hallaba fuera; en la nave misma, bajo el suelo, a los lados, y sobre todo, en la figura femenina que acababa de visitarles...

—¿Por qué has venido a verme?

Sergio tragó saliva antes de hablar. Sentía la garganta seca y hubiese deseado un buen trago de licor; pero recordaba la prohibición de Herder.

—Necesito una información —dijo, con una voz que casi no reconoció como la suya; tal trabajo le costó pronunciar las palabras.

—¿Sobre qué?

—Quiero saber dónde está el Pilón de Alba. Me han dicho que tú has recorrido todas las columnas... y que sabes cuál es... Necesito saberlo. Yo te pido que me digas dónde está.

—Todo el que pide, recibe —contestó Herder— y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. Yo te he abierto, porque has llamado; si me pides una información, quizá te la dé. Buscarla y encontrarla, puede ser que lo consigas. Pero son muchos años solo... ¿podrías pensar en que yo te pidiera algo a cambio de mi información? ¿Podrías pensar en decirme para qué necesitas saber cuál de las columnas es el Pilón del Alba?

—¿Es necesario?

—Quizá sí. Pero no ahora mismo... no ahora mismo. Podemos empezar por algo

más sencillo; por ejemplo, por tu verdadero nombre. El mío, según sabes, es Simón Herder... Una prueba de confianza por tu parte, sería decirme el tuyo...

En la voz de Herder había un leve resquicio de amenaza.

—Me llamo Sergio Armstrong...

—Con mucha facilidad lo has pronunciado, y en voz demasiado alta. Habla siempre en voz baja en este lugar, joven sin experiencia ni conocimientos. Yo puedo ser desobedecido o engañado, pero ellos no.

—¿Quiénes son ellos?

—Acabas de ver un ejemplo... ¿Crees que ella era un ser humano?

Sergio, silenciosamente, negó con la cabeza. Aquella... mujer... sería lo que fuese, pero humana, no.

—Es de noche, y hay luna creciente —dijo Herder, y Sergio se preguntó cómo lo sabía, en esta enorme sala sin ventanas—. Es una buena noche para prepararse... Si tu cuerpo tiene necesidades de alimento, te las daré... yo he de ayunar.

Quiero saber si tú puedes servirme para lograr la unión... Si es así, sabrás por mí cuál es el Pilón del Alba, a cambio de tus servicios; si no eres útil, y eso es difícil, a no ser que hayas sido utilizado antes por ellos, te lo diré sin pedirte nada a cambio. Airunesia te servirá ahora...

En las paredes, las antorchas seguían ardiendo con su luz filiginosa, derramando negras gotas de resina sobre el pulido suelo; los hornos silbaban y chispeaban, lanzando columnas de vapor los recipientes colocados sobre ellos... Herder permanecía inmóvil, sumido en sus pensamientos...

Airunesia apareció de nuevo, llevando en las manos una bandeja de metal amarillo con un plato y un tazón de barro. Sus ojos estaban abiertos, derramando sobre Sergio una luminosidad obscena. Ya no llevaba la túnica parda, sino una tela transparente sobre el pecho y otra cubriéndole la cintura. Su piel blanca relucía malsanamente bajo las antorchas, contrastando con la gran masa negra de pelo encrespado. Se movió salazmente al acercarse a Sergio, ondulando las caderas de forma groseramente provocativa... A través del transparente tejido se adivinaban dos grandes pechos, coronados por pezones de un vivido rojo, y la mancha negra del pubis...

—¡Retrocede, retrocede! —ordenó Simón Herder, poniéndose en pie—... Retrocede y cúbrete... Por el poder de Bileto, tu amo, yo te lo ordeno... ¡Retrocede!

Con un sibilar confuso, que se escapaba de sus semicerrados labios, el ser alzó las manos, con los dedos engarfiados, como amenazando. Rápidamente, Herder extrajo de sus vestiduras un pequeño medallón, que Sergio no logró ver claramente. Lo alzó ante los ojos de Airunesia... Hubo como un infernal silbido de vapor, y de los ojos y las narices del ser surgieron chispas blancas...

—Por tres veces te lo ordeno, retrocede —murmuró Herder, avanzando hacia ella—. Cúbrete con lo que debes llevar, provocadora... o invocaré esta noche a tu amo...

Un gruñido que parecía surgir de todas partes llenó la pieza. Pero Airunesia

retrocedió, sin abandonar su postura amenazadora, y con los ojos brillantes como brasas, fijos continuamente en Sergio... Hizo un gesto obsceno con las manos, colocándolas sobre su sexo, y después pareció disolverse en la oscuridad tenebrosa de la caverna.

Cuando Sergio intentó tomar en sus manos la bandeja, que yacía sobre el tablero de la mesa, se quemó. Era imposible que un ser humano hubiese soportado en las manos aquel objeto candente. Sin embargo, el tazón de barro con agua y el plato con legumbres cocidas sin sal estaban tibios...

El corazón parecía querer salirse del pecho. Se sentía desmadejado, sin fuerzas... y terriblemente asustado.

—¿Qué era eso... qué era?

—Es uno de los elementos inmateriales... vagamente femenino... pero traicionero, vil, y procaz sin límites —respondió Herder, mirándole con cierta tristeza—. Obedece las órdenes de Bileto, que es uno de los más poderosos, y se halla aquí por mi deseo, como mi sirviente...

—Pero ¿puede...?, vamos... quiero decir...

—Puede fornicar... si es eso lo que piensas. No tiene otro deseo que eso... Pero no para mí. Yo nunca he conocido mujer ni la conoceré... mi trabajo es demasiado importante para que permita distracciones... Esta noche tendré que establecer una cuidadosa barrera ante tu puerta para que no se acerque... por eso, no debes salir de tu habitación en absoluto...

—¿Podría pasarme algo?

—Airunesia es el menor de los peligros que existen aquí. Solamente yo puedo actuar sin miedo, y aún así, eso me cuesta un trabajo ímprobo... Pero necesito a Airunesia; sin ella no tendría ni alimentos, ni agua... ni siquiera los pocos aparatos que no he de manejar yo personalmente podrían estar limpios y preparados... Normalmente obedece sin problemas; pero esta noche, tu visita la ha excitado... Lo mismo hubiera sido que hubiese venido una mujer. Airunesia no tiene sexo preciso; es descendiente de Bitru, una descendiente espuria, y Bitru tiene el sexo que elige en cada momento... aunque se te apareciera como hombre, y aunque tú no fueras invertido, sentirías deseos por él, tan intensos si revistiera la forma de mujer como la de hombre...

—Pero ¿qué son estos seres? —preguntó Sergio, tomando una cucharada del soso caldo vegetal. La cuchara era, al parecer, de oro, con el mango torcido, terminado en una garra de ave que asía una esfera.

—Hay tiempo —dijo Herder, fatigadamente—. Por esto trataré de explicarte... Hasta que la luna esté en el cuarto medio no puedo iniciar nada... Escucha, escucha. Aparte de nosotros, los hombres, sobre la tierra y bajo ella, en el aire, y en las esferas que la rodean, hay otros seres. Son seres, o elementos, sin materia... que toman formas diversas cuando se les puede ver. Hay algunos que tienen un asomo de materia; con los que se hallan en la superficie, los silfos, los elfos...

—Yo vi uno... un elfo. —¿Dónde lo viste?

—En el caserío de Morris. Estaba hablando con el Vikingo, uno que iba conmigo, un Profe Wu-Wei.

—Esos Wu-Wei... creen tener la llave de la tierra, el secreto de la unión con el mundo. Dicen que su doctrina no es para explicarla; que no se dice con palabras; que solamente se siente. Y sin embargo es sencilla: unificación del hombre con la tierra; solamente eso. Pero están equivocados... equivocados. Yo soy un Profe-Wu-Wei también, y sin embargo, nunca me admitieron como tal...

—Yo no entiendo el Wu-Wei. Las cosas parecen ser buenas o malas sin lógica alguna.

Herder no contestó, pero sus ojos se abrieron un poco y se clavaron en él. Una de las alargadas manos acarició un poco, con fatiga, la espesa barba oscura.

—Eso es una buena señal... —respondió, en un susurro—. Una buena señal, sí. Quizá sirvas. Y digo que es una buena señal porque los que se llaman a sí mismos Profe-Wu-Wei sólo aceptan una parte de la Tierra; a saber: el mundo, como tal, y los elementos inmateriales que ellos designan como «buenos» o como «amables». Los elfos, los silfos, las náyades o espíritus del agua, las dríadas en los bosques... Olvidan los elementos que designan como «malos» o «aterradores»: las lamias, los espíritus de la profundidad, y sobre todo los más poderosos: las potencias. Airunesia es una simple lamia, casi sin inteligencia, traicionera y mentirosa. No habla apenas; no tiene inteligencia suficiente para ello... Pero Bileto o Bitru, y el mismo Eudorion son potencias... Los elfos y los silfos requieren unas condiciones especiales para ser tratados: hablar sólo con los niños o los Profes Wu-Wei, una oferta de leche o de miel, palabras suaves, etc. Los espíritus de las profundidades y las potencias requieren un ceremonial más complicado, puesto que son más fuertes... es preciso invocarles mediante palabras determinadas, y estableciendo una oportuna protección. Algunos de ellos son dañinos sin pensar, sólo desean hacer mal... otros lo son si se les ofende. Algunos son inofensivos y pasan su vida en el fondo de la tierra clasificando cristales, buscando cursos de agua, o vetas de mineral... excepto de hierro, al que temen profundamente. Pero hay unas diferencias de forma y de fondo entre unos y otros elementos...

Sergio concluyó la insípida sopa vegetal, quedándose con el mismo hambre que antes. Parecía como si se hubiera acostumbrado a las opresivas sensaciones de amenaza y de proximidad de seres peligrosos; a pesar de ello, su cuerpo seguía tenso, vigilante. Constantemente notaba como si hubiera algo a su espalda; por tres veces se volvió, sin ver nada...

—No lo verás —dijo Herder—. No lograrás verlo si yo no quiero. Pero no debe preocuparte; es un simple familiar, totalmente inofensivo... Aparece con la forma de un hombre sin cabeza, con una serpiente en la mano. No piensa más que en hallar cavernas enterradas en las profundidades, sin salida ni entrada, y aposentarse en ellas... Se llama Galeoro, y carece de utilidad.

Desde luego, la invisible presencia no era amenazadora. Emanaba de ella una ligera sensación de curiosidad; nada más. Al cabo de un tiempo, dejó de sentirse.

—Se ha ido —continuó Herder—. No le resultas interesante. He dicho antes que carecía de utilidad... y por lo menos es así, para mí... ¿Quién sabe si antes la tenía? Lo cierto es que todos estos elementos inmateriales nos odian profundamente, con un odio atroz, interminable, sin límites... Conservan en su memoria el recuerdo de una catástrofe pasada, perdida en la noche de los tiempos, de la que parece ser que el hombre es el responsable total. Nuestros placeres les molestan... por eso tengo establecidas estas prohibiciones: no beber, no fumar, no hablar en voz alta... es una forma de sufrimiento que ellos imponen...

—¿Y los aparatos eléctricos?

—Ese es su principal temor. La electricidad los mata, y creo que de forma horrible e inmediata. Esa es la causa de la prohibición, y puede ser que fuera la causa de esa desgracia pasada, de la que conservan un ancestral recuerdo...

Hubo un momento de silencio. Sergio bebió un sorbo de agua del tazón; tenía un ligero sabor carbonoso.

—Quizá su especialización anterior obedecía a algún motivo —continuó Herder—. No hay que olvidar que el hombre es un elemento extraño a la Tierra... casi no tiene conexión con ningún animal conocido. A mí me temen, me temen... pero no por mí. Todos temen lo que me rodea... y eso lo han formado ellos, para gozar con las sensaciones de terror y miedo... Ellos no han perdonado aquella horrenda catástrofe pasada; los otros, los elfos, los silvanos... sí. Son como niños, y han olvidado. Pero las potencias sobre todo, no olvidan, ni olvidarán nunca, a menos que...

Se detuvo, como si le costase trabajo hablar... Sergio le miró, en silencio.

—A menos que se consiga una unión más perfecta entre ellos y los hombres... Pero por ahora, ¡cuesta tanto trabajo hacer que vengan! Tienen tal miedo, que resultan peligrosos... porque su vigor, sus poderes y sus facultades no han disminuido desde aquellos días en que casi todos murieron... Son influidos por las palabras, las formas, los lenguajes... El latín sirve, y el griego también... Parece como si encajasen en una misteriosa pieza; cuando consigues que aparezcan, sientes una sensación de triunfo, porque has conseguido dominarlos, y establecer la forma y el lenguaje exacto... Toda mi vida se ha dedicado a eso. Pero todos ellos, o al menos los más importantes, piden un pacto escrito... no se fían. Exigen requisitos para ese pacto... y yo, Simón Herder no sólo los he cumplido, sino que los he redactado y suscrito. Unas veces con mi sangre; otras con la tinta especial: hígado, hiel, orines. Si tú sirves para la unión... yo te diré cuál es el Pilón del Alba...

—Puedo renunciar, y visitarlas yo —contestó Sergio, trabajosamente.

—Seis años me costó a mí visitar todas las columnas —respondió Herder, con los ojos cerrados—. ¿Tienes tú seis años?

—No... Sólo algunos meses.

—Entonces deberás aceptar mis condiciones, por muy duras que sean. Pero

piensa, además, que el perfecto wu-wei, la perfecta y maravillosa unión del hombre con todo, ¿oyes?, todo lo de esta tierra, se logrará así... Ellos lo intentaron, en tiempos pasados, si, e incluso llegaron a elaborar cierto objeto que...

Herder se calló repentinamente, como si hubiera hablado de más. Se puso en pie e hizo seña a Sergio para que le imitara.

—Sé tu nombre... —dijo—. Pero si vas a servir para la unión, y a obedecerme en ella, necesitas una divisa... Ellos lo exigirán así. Elige una...

—Sonríe ante la adversidad —dijo Sergio, después de dudar un momento.

—Es una buena divisa; es noble —contestó Herder—. Ahora deposita tu rifle, y tu licor, ahí, al pie de ese recipiente. No temas nada; sólo quiero que no lo uses. Veo que es eléctrico, y no quiero que arruines en un momento una labor de años... En cuanto al licor, no quiero que bebas... Puedes conservar tu cuchillo de caza y tu comida... y comer de ella, si es tu gusto. O negarte a lo que te pido, y marchar. Nada te sucederá.

Silenciosamente, lleno de dudas, Sergio depositó su rifle y las dos botellas que le quedaban sobre el tablero de madera, debajo de un dibujo que representaba un círculo con una estrella de siete puntas inscrita en él. Tuvo un súbito pensamiento.

—¿Cómo sé que cumplirás lo que prometes?

—Haré un pacto contigo... ante una Presencia que ni yo mismo puedo desobedecer... Te aseguro que quedarás convencido... y también quedarás convencido de que sé muy bien cuál es el Pilón del Alba, la Columna Real, la única entre todas que es distinta... Tú no conoces mi divisa. Es:

«Sufre con la verdad», y no puedo faltar a ella, como tú tampoco a la que has elegido... las Potencias no lo permitirían... Ahora, sígueme. Te acompañaré a una habitación cuyo umbral protegeré adecuadamente contra el exterior. No debes salir de ella bajo ningún concepto... sólo tú pagarías las consecuencias... Date prisa; la luna entrará en el cuarto medio dentro de poco... y he de preparar ciertas cosas...

Había una vibración en el aire oscuro del pasaje cuando penetraron por él. Herder llevaba en la mano una antorcha encendida, y con ella iluminó un tramo de desiguales escalones que ascendían hacia un piso superior. Por un momento, a Sergio le pareció ver brillar en la oscuridad los ojos ígneos de Airunesia; pero una segunda mirada le convenció de que no era así...

La escalera concluía en un pasillo mal iluminado por la verdosa luz de la luna, que atravesaba oquedades irregulares, trazadas de cualquier modo en los espesos muros. Desde el borde del pasillo se divisaba perfectamente la sala que acababan de abandonar; tan escasa era la pendiente de la escalera, y tan alto el techo del pasaje... Caminaron unos pasos sobre losas desiguales, que tableteaban bajo sus pies, con sonido de huesos. A un lado, se abría un estrecho y corto corredor, construido con piedras sin desbastar, rezumantes de humedad, que desembocaba en una habitación irregular, con los muros del mismo material. No había en ella ni un solo ángulo recto, y el único mueble era una cama desvencijada, de gruesas vigas de madera, mal

cubierta con un par de mantas sobre unos brazados de hierba... A través de un hueco en el muro penetraba un pálido rayo de luna, volviendo más lóbrego si cabía el conjunto de aquel bátrio. Una jarra llena de agua reposaba junto al lecho.

—Permanece aquí en paz —dijo Herder—. No salgas... Tanto si la Potencia te acepta como si no, sólo estarás conmigo esta noche...

Fatigadamente, Herder se retiró por el estrecho corredor. Sergio le siguió en silencio, lleno de curiosidad por ver lo que hacía. El mago se inclinó sobre el suelo, y trazó en él una raya con tiza; la raya separaba completamente la habitación del pasillo... Inscribió debajo y arriba de la línea unos signos que no constituían más que un ensortijamiento de trazos sin sentido, aunque causaron a Sergio una extraña sensación de repelencia.

—Atak gabor, leolani, Adonai —dijo Herder, con voz sibilante—. Pucel proteja esta raya consagrada...

Hubo un súbito rumor de agua corriente en el pasillo, que fue creciendo, hasta alcanzar el tono de una cascada que se desbordase entre las rocas.

—Por tu geometría y tu conocimiento, grande y poderoso Duque Pucel; por Adonai Elohim, veni, veni...

¿Había una figura oscura, con grandes alas, sobre la inclinada cabeza de Herder? La raya de tiza comenzó a lucir con una fosforescencia azul...

—Protege el umbral con tus ruidos y tu agua, gran Duque Pucel, para este siervo que ha ungido sus ojos, boca y orejas con el agua lustral... Podrá salir, pero nadie entrará.

El rumor de agua saltando y burbujeando entre las rocas disminuyó, para verse acompañado de un ruido crujiente que parecía brotar de las entrañas de la tierra; un zumbar sordo, continuado, como el ruido de una maquinaria en marcha. Ahora sí que se veía claramente una figura en pie, negrura dentro de la misma oscuridad, como una tiniebla más profunda que las mismas sombras, una figura casi humana con grandes alas plegadas sobre la espalda. No; no había nada. Era una ilusión... A Sergio tan pronto le parecía verla como no verla; en un impulso, se acercó a la línea de tiza, que relumbraba apagadamente entre las sombras. No había nada allí; ni siquiera el mismo Herder... Estaba solo.

A través de la contrahecha ventana sólo se divisaba el fantasmagórico bosque; los árboles retorcidos, hundiendo sus nudosas raíces negras en los remansos de agua pútrida, bajo el resplandor blanquecino de un ancho disco lunar... Unas sombras oscuras, con grandes alas batientes, pasaron sobre la nacarada blancura; algo grande y torpe se removió, chapoteando, entre los leprosos arbustos.

—¿Es cierto que ahorcaron un hombre en Toledo? —dijo, desde el umbral, más allá de la raya, la débil voz de Herder.

—Es cierto; yo...

—Lo celebro; no estaba seguro. Necesitaba la seguridad para preparar la mano de gloria. Estaba casi terminada ya... No salgas, no salgas, no salgas. Por tres veces te lo

digo.

Un suspiro... En el umbral no había nada. Sergio se sentó en la cama, escuchando el ininterrumpido rumor del agua, y los crujidos provenientes de las profundidades. La figura estaba allí batiendo sus alas... No; no era cierto. No había absolutamente nada más que la línea fosforescente y los ensortijados trazos junto a ella...

En este momento no sentía miedo alguno, a pesar de las presiones que parecían ejercerse desde todas partes sobre su espíritu. Tenía miedo, eso sí, del pacto que le fuera a proponer Simón Herder; pero si era el único camino para localizar el Pilón del Alba, lo aceptaría, fuese lo que fuese. Recordó tiempos pasados de sufrimiento constante, de insatisfacción, de rabia. Por lo menos ahora era libre...

Incluso para salir de la habitación. Si hubiera sentido el mismo terror inicial no lo hubiera hecho; pero era más poderosa la rabia y el rencor que lo que pudiera esperarle allí fuera. Con paso firme, atravesó la línea fosforescente... ¿batió las alas la figura sombría?... y avanzó por el semiderruido corredor, temblando por el frío de la noche, cuidando de no hacer ningún ruido... Bajo la verdosa luz que surgía torpemente del sucio disco lunar, caminó en silencio hasta los primeros escalones... Ahora, a través de una niebla aromática, veía claramente a Herder, cubierto con su hábito pardo, con una corona de latón en la cabeza, inclinado sobre un objeto negruzco, junto a uno de los hornos. Sentía como una ligera somnolencia, producto quizá de las hierbas aromáticas, helecho y verbena, que Herder introducía en el hornillo, musitando palabras ininteligibles...

¿Helecho y verbena? ¿De dónde había surgido ese pensamiento? ¿Cómo sabía esto?

En un pequeño caldero de barro se cocía algo espeso y amarillento, burbujeando sobre un fuego de carbón vegetal. Herder trazaba ahora —lo veía difícilmente a través de sus párpados que persistían en cerrarse— sobre un pergamino, con extraordinario cuidado, tres círculos, con los colores oro, bermellón y verde; escribía lentamente, valiéndose de una pluma de ave, unos nombres que la distancia le impedía ver; colocaba el pergamino sobre una delgada y transparente tela...

—Adonai poderosísimo —dijo la casi inaudible voz de Simón Herder—, Alfa y Omega que me elegiste para tu servidor, que protegiste a tu pueblo y lo libraste de calamidades, por los siete nombres, por el poder del Shiraz consagrado, por la multiplicidad de la esencia, te ruego consagres el pantaclo, uno y múltiple, por Beheriot, Signus, Sapientiae, Colis Sabbaoth... yo lo pido... Por ti Adonai, cuyo reino sin fin me acojan. Amén.

Lentamente, Sergio se dejó caer sobre el suelo... Sentía tanto sueño... Seguramente así descansaría mejor... Sintió un ligero sobresalto, cuando se dio cuenta de que el objeto ennegrecido era una mano humana, cocida y curada hasta tomar el color de la cecina... Parecía como si de ella emanasen ondas soporíferas, que aturdiesen todavía más su adormecida mente... Herder dejaba el pergamino sobre un cuenco de barro de donde emergía un hilillo de humo, y después de inclinarse tres

veces ante él, tomaba la masa amarillenta que se cocía sobre el carbón vegetal...

Después de dejarla enfriar, el mago tomó una porción entre sus dedos y comenzó a darle groseramente la forma de un cilindro... Parecía sebo, o cera medio derretida, y el influjo soporífero aumentó... En el momento en que Herder colocó aquel cilindro sobre el dedo medio de la mano seca, Sergio se sintió desmayar...

Algo como una prensa de acero le cogió el hombro... Con un salto del corazón, que quiso salirse del pecho, todo el terror cayó sobre él como una pesada losa cuando vio a corta distancia de su rostro los ojos ígneos y la roja boca entreabierta de Airunesia, que completamente desnuda, se abrazada a él como una serpiente...

De los rojos labios salía un aliento fétido, insoportable, atravesando una hilera de dientes aguzados y como expedido por una lengua violácea de extraordinario grosor. Sergio quiso gritar, pero no pudo hacerlo. Algo como una parálisis se había apoderado de todo su cuerpo... no podía moverse, ni siquiera hacer un pequeño gesto. Una de las manos de Airunesia, mientras ésta sonreía malignamente, se deslizó hacia abajo y abrió con violencia, en silencio, el cinturón de piel curtida... Sergio notó como la mano se enroscaba en torno a su sexo, rozando con los dedos en uno y otro lado... La boca de Airunesia se juntó a la suya, y notó que casi perdía el sentido ante el espantoso hedor que emanaba de la lamia...

—Te quiero... —dijo una voz ronca, que parecía surgir de todas partes—. Has de ser para mí...

Sintió, sin poder evitarlo, los dientes agudos como agujas clavándose en sus labios. El corazón le latía apresuradamente y el terror casi le hizo perder el sentido; un sudor frío resbalaba por todo su cuerpo... La cabellera negra, áspera como alambre, de Airunesia, corrió por su pecho desnudo, mientras la mano, más abajo, rodeaba y apretaba cada vez con más fuerza el miembro viril...

—Detente... ¡detente, lamia! —gritó la voz de Herder, inesperadamente alta—. ¡No es para ti...! ¡Suéltalo, te lo ordeno! ¡Por tres veces, suéltalo, suéltalo, suéltalo! ¡Por Bitru, tu padre adulterino, y por los tres que pueden sepultarte en la tierra, Anazaret, Goziel y Fecor, suéltalo o recibirás tu castigo...!

El gruñido que surgía de todas partes se hizo más intenso, y Sergio sintió como el cuerpo desnudo de Airunesia se retiraba lentamente, a tirones, como si no quisiera obedecer... La mano abandonó su torturado miembro, y la fetidez espantosa disminuyó... Pero los ojos candentes de la lamia seguían fijos en él, con una voracidad absolutamente bestial e incontrolable...

Herder estaba de pie a su lado, llevando en la mano una de las espadas que anteriormente viera sobre el tablero. La tendió hacia adelante, rozando con ella uno de los pechos de Airunesia, y hubo como un chispazo cegador... La lamia se incorporó mientras el rugido disminuía, y se retiró hacia las oscuridades, volviéndose de vez en cuando para dirigir a Sergio una mirada lancinante... y moviendo los gruesos labios... como si amenazase...

—He tenido yo la culpa —dijo Herder, con su voz fatigada—. He protegido tu

entrada; pero no te he protegido a ti, y Airunesia ha pedido ayuda a alguno de sus parientes...

Te han atraído fuera. Era tal mi deseo de preparar los instrumentos para convocar a la Potencia, que he cometido ese error... Y ahora acompáñame. La noche aún durará lo bastante para saber lo que hemos de saber... Pero ten en cuenta que, a partir de ahora, todo lo que hagas lo harás voluntariamente; ni yo, ni la Potencia podemos obligarte a nada si no es tu deseo aceptar...

—¿Me dirás dónde está la Columna del Alba?

—Si firmas eso cuando la Potencia te haya aceptado, te lo diré...

Sobre el tablero, al lado de la mano de Gloria, cuya bujía de sebo estaba apagada ahora, estaba el pergamino que Herder había preparado poco antes, y además, otro cubierto de una escritura retorcida y difícil de leer...

—¿No entiendes lo que pone? Yo te lo leeré... «Yo Sergio Armstrong, entrego mis acciones en manos de Herder, dominador de los elementos inmateriales, i renuncio a otro amo en tanto no le ofrezca la piedra de luna i realice acto fornicatorio con sucubo por el designado, lo que aquí manifiesto i juro». Si estás de acuerdo, lo firmaremos más adelante, y Baalberit será testigo desde lo profundo...

—Pero no entiendo lo que quiere decir...

—Lo comprenderás mientras me acompañas... ¡Oh, sígueme, sígueme! —dijo Herder, con voz ligeramente alta y aterrada—. He de conseguir la unión con ellos, por cualquier medio, PORQUE LES HE PROMETIDO MI ALMA PARA CUANDO MUERA SI ANTES NO LA CONSIGO...

Y así diciendo, Herder le arrastró de nuevo hacía el único pasaje de salida de la nave; el mismo donde tuviera el casi fatal encuentro con la libidinosa Airunesia... Pero ahora, las escaleras descendían hacia las profundidades como si un oculto y temible poder les estuviera esperando, y hubiera cambiado toda la estructura del mundo visible...

Con susurros histéricos de «Vamos, vamos»; con una mano engarfiada en el brazo de Sergio, y llevando en la otra el pentaclo y la mano de Gloria, Simón Herder, tembloroso, con los rasgos demudados, le arrastró por las escaleras, en un descenso que pareció no tener final...

—¡Explícame, explícame! —gritó Sergio, tenso, presto a saltar, sintiendo que su cuerpo era un manojo de nervios desatados...

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! Yo exploré todas, una tras otra, todas las columnas... restos de un legendario pasado... inmutables, eternas... No hay nada en ellas... todas son simples bloques de materia muerta... menos una, menos una ¡menos una, mortal! Y ahora sabrás qué hay en ella, o podrás sentir algo por lo menos... Y eso te convencerá... Firmarás el pacto... ¿lo firmarás?

—¿A qué puede comprometerme esa firma...?

—La piedra de Luna... te dije antes que ellos elaboraron un objeto... ese objeto es la piedra de Luna... está en África, en un templo abandonado... Yo no puedo

mentir, mortal... no puedo hacerlo... Los mandriles lo tienen en su poder, lo adoran... y algo... alguien... una entidad a la que odio, y que se titula a sí misma Princesa... que siente por mí el mismo profundo odio que yo por ella, y que jamás la entregará de grado... Ahora no puedes negarte, Sergio Armstrong... tu saliva está en la cuchara que usaste para comer... y yo podría... pero no quiero... no quiero... he de conseguirlo de ti voluntariamente...

Las escaleras descendían sin cesar, y Sergio, aterrado, recordó aquel otro terrible descenso que precedió a su expulsión de la Ciudad... Pero aquí las losas eran de húmeda piedra chorreante, las paredes, de roca musgosa de la que se exhalaba una luz verde y fosforescente, única iluminación de la caverna... Algo como un miasma pálido, tembloroso, surgió de las profundidades invisibles, y pasó junto a ellos, retorciéndose como una vedija de vapor...

—Vade, vade —dijo Herder—. Desaparece...

La vedija hizo un brusco movimiento y se hundió entre las musgosas peñas, sin un ruido.

—De ti espero que vayas a África y la traigas... y ese objeto... ¡oh, Dios mío todopoderoso...!, ese objeto fue elaborado cuando ellos tenían aún su fuerza íntegra para que sirviese para fecundar a su especie con la simiente del hombre mortal... Una nueva raza surgirá así... una nueva raza que unificará la Tierra... no el wu-wei... solamente así es posible... porque sino MI ALMA QUEDARA EN SU PODER PARA SIEMPRE...

La expresión de infinito terror con que Simón Herder pronunció esta última frase hizo que la sangre se helase en las venas de Sergio.

—Entonces debo traer esa piedra de Luna, y después...

—Después yacer con una de las Potencias, que tomará forma humana... No temas, no te sucederá nada... no es como Airunesia... No sé quién será, si ABRAHEL, ASTARTEA o HERMIONE, o cualquier otra... pero sólo será eso, y una vez que reciba tu semen, la Piedra de Luna hará lo demás... Lo hará, lo hará, y yo quedaré LIBRE... ¡LIBRE!

Al pronunciar Herder aquellos tres nombres, hubo un temblor en las paredes de la caverna... como un sordo retumbar que viniese de las paredes... Algo como una música sincopada pudo oírse durante unos segundos... y también por un momento Sergio tuvo una rápida visión de tres figuras juntas... la del centro llevaba una diadema festoneada, formando pequeños cuernos, de la que surgía una claridad semilunar...

La escalera había terminado en una caverna sin límites, iluminada por antorchas hundidas en los esponjosos muros... No se veía su final, ni su techo... solamente en los lados que conectaban con el arranque de la escalera, se apretujaba y amontonaba la roca descompuesta, cubierta de plantas desgarradas que surgían de todas partes, en un infernal desorden... Las ramas negruzcas se movían espasmódicamente, como si quisieran capturarles... El aire estaba lleno de vibraciones, como si mil tambores

gigantes resonasen en el fondo de la oscuridad... De vez en cuando una chispa luminosa cruzaba las insondables tinieblas... iluminando cosas diversas a cual más odiosa; un hocico de cerdo gigantesco y sangrante... una entrelazada masa de serpientes que se removían... un cadáver entreabierto, dejando escapar un enorme hígado azul de donde emanaba un hedor pestilencial...

Las antorchas, con su temblorosa luz, iluminaban un gran círculo trazado en el suelo, de unos diez metros de diámetro, dentro del cual estaba trazado otro más pequeño. Entre los dos, con tiza roja, se hallaban escritas las palabras SALAMANDRAE IGNIS, ETERNITATE, ADONAI AGLA EMECTON... y en la parte que apuntaba hacia las más oscuras tinieblas, por tres veces BILETO, BILETO, BILETO. En este mismo sentido, y fuera del círculo, había un triángulo, con un vértice hacia el exterior, y dentro de él, dos cruces, y unas letras desconocidas, además de una estrella de seis puntas formada mediante dos triángulos cruzados...

En el interior del círculo, en el que Herder hizo entrar apresuradamente a Sergio, se hallaba un brasero encendido, del que se desprendía un intenso y asfixiante aroma. A su lado, dos mesas bajas, cubiertas de damasco rojo. Sobre una de ellas una espada de brillante hoja y puño dorado, una vara de flexible madera, y dos anillos de plata. En la otra, un cuenco con agua lustral, un manojo de plumas de ave, y un cuchillo hecho, groseramente, con una burda hoja de hierro batido. Además, en el triángulo externo se hallaba un vaso de cristal lleno a medias de un líquido rojo espeso, que a Sergio le pareció vino...

Una paloma blanca aleteaba a los pies del brasero, saltando desesperadamente dentro del círculo. Por último, la palabra TETRAGRAMMATON, escrita dos veces, en cruz, atravesaba el círculo interior formando dos diámetros.

Herder depositó la mano de Gloria y los pergaminos en la segunda mesita, junto al manojo de plumas, y arrojó en el brasero algo que sacó de su hábito. Una nube de humo surgió hacia arriba, haciendo toser y lagrimear a Sergio...

—Voy a empezar —dijo Herder—. Veas lo que veas... no salgas del círculo... y esta vez, si lo haces, será por tu voluntad. Con Airunesia todo lo que arriesgabas era perder la virilidad, algo de sangre y unas cuantas mordeduras... Aquí es tu vida, material e inmaterial, lo que perderías para siempre...

—Espera. Quiero que sepas que una firma en ese documento no puede obligarme a nada...

—Lo sé... ¡lo sé! Es puramente simbólico... pero ellos no aceptarían si no es así; sólo así conseguiremos evocar al poderoso BILETO, que tiene la jerarquía de Rey entre ellos... Es tu palabra lo que vale... tu nombre y tu divisa...

—Tengo que traerte esa Piedra de Luna, y después...

—Lo otro, para ti, no será diferente a fornicar con una mujer más... No habrá ninguna consecuencia maligna, ni será doloroso... Más bien creo que lo contrario... Cualquiera de ellas es muy hábil... Y ahora... ¿das tu conformidad?

—Sí; la doy... cuando sepa que conoces el Pilón del Alba.

—Pronto te convencerás... Recuerda; mantente inmóvil y no salgas del círculo...

Herder arrojó de nuevo algo en el brasero, y otra nube de humo blanco se levantó hacia arriba, perdiéndose en las tinieblas superiores. El vibrar sordo de la oscuridad se acentuó. El mago tomó la espada, cerrando las dos manos sobre el puño, y trazó un círculo en el aire, musitando la palabra «RIBALD»; un nuevo círculo, y la palabra «NOBAL»; un último círculo y «VANARBI». Depositó la espada donde se hallaba anteriormente, y tomó en sus manos la paloma; con un solo golpe del burdo cuchillo de hierro batido, la degolló, arrojando la cabeza al fuego, y barriendo con la sangre que surgía del recién cortado cuello la parte exterior del círculo... Del brasero comenzó a surgir un humo apestoso y maloliente... Herder se inclinó tres veces, lanzó el cadáver descabezado al exterior del círculo, y tomó en la mano izquierda la varita de madera, tendiéndola en la misma dirección del triángulo.

—Por esta sangre que te he arrojado, y por la bebida que te espera, yo te conjuro fuerte, y terrible Rey BILETO... poderoso señor y amo... te conjuro por tres veces, por los nombres ocultos de tu dueño... por AVIYAZIRTOR que yace en un pergamino, por el poder de Azrael, que se halla en el desierto por siempre encadenado sobre rocas puntiagudas... Poderoso y eterno eres, pero estás encadenado a mí, y yo lo estoy a ti... Aparece, aparece, ¡aparece!

Hubo una *tensión* violenta en el aire, como si el mismo espacio se viera sometido a fuerzas indescriptibles... Unas figuras semitransparentes, enarbolando extraños instrumentos retorcidos comenzaron a dar vueltas en el aire cargado de perfumes y del olor a la carne quemada de la paloma. El suelo tembló ligeramente; una lejana música comenzó a llegar a los oídos de Sergio. Era una música absurda, sin sentido, con silencios que se interponían bruscamente, con notas que discordaban las unas de las otras, y que sin embargo, tenía una entidad y una consistencia inesperadas... pero al mismo tiempo, la vibración y la tensión ocultas aumentaban, y habían en el éter, a su alrededor, como una tenaz resistencia surcando el aire espeso...

Simón Herder alzó de nuevo la varita, la agitó de arriba a abajo tres veces, y gritó en voz muy alta:

—¡Yo te conjuro e invoco poderoso SIN NOMBRE, rey de lo profundo, soberano de los abismos, en mi sagrado trabajo y por orden de tu nombre, que pronunciaré, envíame a BILETO, por MASSAYEL, ASIEL, SACIEL, ARDEUL y ACORIB lo ordeno, y sin ninguna dilación, por tu nombre ordena que aparezca BILETO, por tu nombre que tres veces pronunciaré! ¡CAACRINOLAAS! ¡CAA...!

Herder no tuvo necesidad de continuar con su segundo conjuro. Hubo como una explosión en el fétido aire, a corta distancia del triángulo, la música aumentó de volumen y de discordancia... Sergio sintió un deseo espantoso de echar a correr inmediatamente...

—¡No te muevas! —ordenó Herder, con voz silbante. Algo había aparecido en la zona de sombra que se hallaba ante ellos; algo que aún no se veía con claridad, pero de lo que emanaba una intensa sensación de odio sin límites, de bestial deseo de

hacer sufrir, y al mismo tiempo de potencia desmesurada, pero subyugada, vencida, por lo menos temporalmente. De la oscuridad surgieron las figuras de cuatros reyes, que enarbolaban hacia las alturas silenciosos y retorcidos cuernos de caza; tras ellos venía una figura de gran tamaño, vestida con un traje de caza, y con un arco en la mano... Su rostro era una mancha oscura, como si una nube negra flotase a su alrededor...

Pero tras esta figura se adivinaba algo mucho más grande y más temible, de lo que emanaba una continua y potente aura maléfica, cargada de furia, de odio irracional, de deseos bestiales casi indomables...

—¡Barrabam! ¡Barrabam! ¡Desaparece, BARBATOS, grande y poderoso duque, y deja paso a BILETO, a quien he invocado...! ¡Es a él solo a quien necesito! ¡Yo te conjuro e invoco, poderoso SIN NOMBRE...!

BARBATOS desapareció en el aire acompañado de los cuatro reyes que le precedían y una figura ciclópea que parecía alzarse hasta las estrellas ocupó su lugar. Sobre un enorme caballo blanco cuyas patas se abrían más allá del círculo, aunque sin sobrepasarlo, rodeado de las figuras sin forma que tocaban instrumentos retorcidos, un Ser vestido de escarlata, con un rostro caprino, enorme como el castillo mismo, rezumando ira y malignidad a torrentes, se inclinó sobre ellos...

—NO TIENES POR QUÉ MOLESTAR A BASIMOLAR GLASYA... AQUÍ ESTOY, MORTAL —dijo la Potencia, con una voz cuyo sonido gigante parecía proceder de muy lejos, en oleadas de fuego—. ¿NO TE CONFORMAS, COMO DE COSTUMBRE, CON BARBATOS, QUE PUEDE AYUDARTE A BUSCAR TESOROS O A RECONCILIARTE CON TUS ENEMIGOS? ¿POR QUÉ ESTA VEZ ME INCOMODAS A MI...?

—Poderoso BILETO —dijo Herder, con voz firme—. Tu aspecto es bueno, y te recuerdo que tenemos un pacto firmado... Bebe ese vaso de vino que yo te ofrezco, y obedece, pues obediencia me debes...

—TU VINO YA HA SIDO BEBIDO, MAGO. Y ES CIERTO QUE TE DEBO OBEDIENCIA... ¡MIENTRAS VIVAS!

Mientras Sergio contemplaba el vaso volcado y vacío, una risa demoníaca, intensa, procedente del terrible Ser que se hallaba ante ellos, resonó huecamente contra las rocas.

—He encontrado al hombre que puede producir la Unión, poderoso Rey —dijo Herder, en voz alta—. Está a mi lado, protegido por el Círculo y las Palabras...

—VEO QUE ES ASÍ... PUES NO TE PERMITIRÉ EL MÁS MÍNIMO DESCUIDO...

—Tu aspecto es bueno, poderoso BILETO; tu caballo es hermoso, y noble tu apostura. Este hombre, cuyo nombre es Sergio ARMSTRONG y cuya divisa es SONRÍE ANTE LA ADVERSIDAD, se ofrece para traer el OBJETO que falta y para realizar el ACTO con la POTENCIA que designéis... Pero duda de lo que yo Le Ofrezco... y Tú, que tienes el futuro en tus manos, puedes mostrárselo...

—PUEDO —contestó la retumbante voz, resonando una y otra vez en la extensa caverna—. PERO SOLO PARA ÉL... TÚ, MAGO, VUÉLVETE DE ESPALDAS; YO TE LO PERMITO...

Silenciosamente, Simón Herder se volvió de espaldas a la Potencia, que le contempló con sus ojos sin sentimiento ni piedad, mostrando al sonreír, una hilera de blancos dientes... La barba capruna se agitó, y de las órbitas de BILETO cayeron dos lágrimas verdosas...

—VE, MORTAL... ¿ES ESTO LO QUE ESPERAS?

Un círculo de fuego se formó alrededor de BILETO, ocultándolo casi completamente entre las llamaradas... Una nube de humo fue aclarándose, y surgió una de las Columnas Negras... La visión no era muy clara, como si la Potencia no se esforzase mucho, o no pudiera suministrar algo mejor... La horripilante música dejó de sonar durante unos segundos... Algo inmenso y anaranjado descendía sobre la columna negra... algo que temblaba y vibraba sobre un cielo azul... El espectáculo cambió... había un hombre agazapado en un suelo herboso, tras un tronco caído... con un arma en las manos, apuntando hacia adelante... como si un pájaro volase al infinito desde allí, lo que había en el campo de tiro fue ampliándose, ampliándose... Había hombres reunidos, vestidos con uniformes... alrededor de otro en un trono... La visión se amplió hasta mostrar el rostro de este último...

Sergio lanzó un grito, cubriéndose los ojos con las manos, al reconocer aquel rostro odiado... Cuando volvió a mirar, la visión había desaparecido, y BILETO oscilaba de forma repugnante sobre el disforme caballo blanco. Este piafó, lanzando una nube escarlata por las narices...

—¿Te satisface lo que has visto...? —dijo Herder aún vuelto de espaldas—. ¿Crees ahora?

Sergio, sin fuerzas para hablar, afirmó, con la cabeza.

—¡LIBÉRAME YA! —aulló BILETO, y pareció que el estruendo iba a derribar los muros—. ¡LIBÉRAME YA, MAGO, O TUS TORTURAS SE VERÁN AUMENTADAS!

—Aún no es hora, poderoso Señor. Buena es tu presencia y tu aspecto... Responde, responde, responde... por tres veces te lo ordeno, y si no contestas, recurriré al que debes obediencia... ¿Es apto este hombre para la Unión?

Un resoplido gigante precedió a la brutal respuesta de BILETO.

—¡SÍ, MIL VECES MALDITO, SÍ LO ES! ¡LIBÉRAME YA, TE LO ORDENO!

—Con el acero de fuego divino te atormentaré, si no me ayudas en mi trabajo, ¡oh, BILETO! —dijo Herder, enarbolando la espada—. Tú sabes que me está permitido...

—LO SÉ, LO SÉ —respondió BILETO, untuosamente—, DEJA ESO, RESPONDERÉ...

—¿Logrará este mortal traer la piedra de Luna?

—SÍ; LO CONSEGUIRÁ —una brutal carcajada subrayó la afirmación de la

Potencia.

—¿Realizará el acto con el Ser que tú y tus compañeros elijáis...?

—SÍ; LO HARÁ...

—Recuerda que debes decir la verdad... No puedes mentirme.

—NO TE HE MENTIDO EN NADA, MORTAL. PERO RECUERDA TÚ A TU VEZ EL PACTO... SI EN ALGO TE EQUIVOCAS, TU ALMA SERA MÍA PARA SIEMPRE...

El rostro de BILETO se torció sobre su cuello al pronunciar estas palabras. Algo como un coágulo de fuego se escapó de su boca y cayó al suelo extendiéndose como un charco de lava.

—Entonces, el pacto —dijo Herder—. ¿Es preciso convocar a BAALBERIT?

—NO. YO MISMO PONDRÉ MI SIGNO AL PIE DEL PACTO.

Herder tomó el cuchillo de hierro batido y lo sumergió en el agua lustral. Después, sin salir del círculo, se acercó a Sergio y tomándole la mano le hizo una pequeña incisión en la muñeca.

—¿Firmarás?

—Sí.

Herder mojó en la sangre de Sergio una pluma de ave, y se la entregó, juntamente con el pergamino. Temblorosamente, Sergio estampó su firma al lado de la de Herder... Este, riendo débilmente, temblando de alegría, prendió el pergamino en el extremo de la vara, y lo extendió, fuera del círculo hacia la aterradora Presencia...

Hubo un luminar deslumbrador sobre el pergamino; las músicas obscenas sonaron con más fuerza... una nueva carcajada, esta vez ininterrumpida, demoníaca, odiosa, comenzó a resonar... Sin saber por qué, a Sergio le pareció que era una carcajada de burla, que algo no andaba bien en todo aquello, que había un error fundamental en cualquier parte... y que ni el mismo Herder se había dado cuenta.

Mientras Herder depositaba el pergamino, ahora ornado de un signo monstruoso en intenso color negro, la carcajada continuaba sin cesar, haciendo retumbar los muros... El caballo apocalíptico, como espantado, pataleaba pesadamente sobre el suelo, haciendo brotar centellas de sus cascos... BILETO mirándoles fijamente con sus enormes ojos, reía, reía...

—Por el acero y el fuego, por CAACRINOLAAS que te trajo, por el Todopoderoso, BILETO, ¡yo te libero!

Los sonidos cesaron bruscamente, la tensión decreció, y con un espantoso crujido, el techo de roca de la caverna se derrumbó sobre ellos, sepultando a BILETO y a todo lo que le rodeaba...

Cuando Sergio, aterrorizado, alzó la vista, vio que todo se hallaba como antes... con la única diferencia de que BILETO había desaparecido totalmente.

Herder untó el dedo índice de su mano izquierda con saliva, y rompió los dos círculos, el interior y el exterior.

—Ahora podemos salir... ¡Por fin, Señor, por fin! Unos días más, y me habré

librado del peligro... No se apoderarán de mi alma... y además, lograré la Verdadera Unión... El engendrado por ti, Sergio, y la Piedra de Luna... Tu semen dará lugar a una nueva raza que dará a la Tierra la verdadera Unidad... Salgamos de aquí.

Llevando en sus manos, cuidadosamente, con amor, el pergamino, Herder precedió a Sergio por las escaleras. Parecía que esta vez hubiera muchas menos, o quizá fuera simple imaginación; pero lo cierto fue que llegaron casi inmediatamente a la sala-oratorio de Herder. Este parecía deseoso de perder de vista a Sergio... Depositando el pergamino bajo un pesado libro encuadernado en cuero, tomó el rifle y la botella de licor, y los tendió al joven...

—Ten; ya puedes guardarlos. Ahí está tu mochila sobre la mesa; tómala. Es preciso que empieces en seguida... No podrás intentarlo tú solo; te harán falta hombres; ahora que eso no escaseará... Sígueme.

Bajo las manos de Simón Herder, ahora lleno de nueva vitalidad, la pesada puerta de madera cubierta de inmundas tallas se abrió rápidamente. Era aún de noche, y la luna expandía una luz enfermiza sobre el deformado bosque...

—Espera aquí, sin moverte.

Sergio, a todo trance, echó un largo trago de visqui de la botella que acababan de devolverle. Hubo como un clamor, y un animalejo peludo, con ojos brillantes, salió corriendo a través del hueco abierto en la muralla. Por si acaso, Sergio repitió la dosis.

En ese momento vio que una estela de fuego cruzaba de un lado a otro el firmamento. Como un general alarido de dolor acompañó el paso del meteoro sobre el bosque...

Herder volvió a entrar a través de la muralla, trayendo de la rienda un gran caballo negro de largo cuello y terribles ojos.

—¿Has visto eso? ¿Has visto eso? Era una nave, una nave procedente del espacio... ¿Has escuchado cómo se han quejado los Seres...?

El caballo permaneció al lado de Sergio, exhalando nubes de vapor en el helado aire nocturno. Iba enjaezado con una suave silla de cuero crema, gualdrapas de seda roja con borlas doradas, con una A mayúscula en oro bordada en ellas... Las bridas y el atalaje eran de cuero rojo tachonado de plata...

—Toma este caballo; es tuyo —dijo Herder—. Su nombre es Aneberg... es el caballo más rápido del mundo.

—Yo no sé montar a caballo...

—No te preocupe eso... De Aneberg no puede caerse nadie... aunque llevase un muerto encima no se caería...

«Eso no lo dudo» pensó Sergio, mirando con recelo al animal, que permanecía tranquilo, a su lado, como si le gustase su compañía. De no ser por el disforme cuello y los brillantes ojos de expresión amenazadora, hubiera sido un hermoso animal...

—Necesitarás gente... Ve a la alquería de Muller, doscientos kilómetros en la dirección de la salida del sol... Allí hay un hombre, o sino te dirán dónde está... el

Capitán Grotton... él te ayudará.

—Necesitaré provisiones, armas...

—Nada de eso es preciso; ya lo verás... Encuentra al Capitán Grotton y él lo resolverá todo... incluso estuvo en África dos veces, y una de ellas muy cerca de donde está el templo. Sabe perfectamente donde es, y uno de sus lugartenientes, también.

—¿Cómo reconoceré la Piedra de Luna?

—La reconocerás... la reconocerás... Está en el Templo en un altar; los Mandriles la adoran... Emite una luz igual a la de la luna... No hay duda sobre eso, la reconocerás... Y ahora monta a Aneberg...

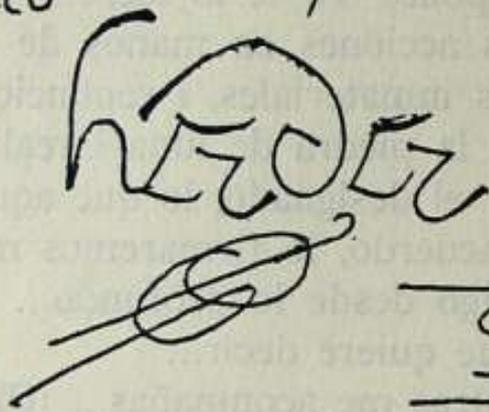
Torpemente, Sergio puso un pie en el estribo de acero bruñido, y se alzó, con más facilidad de la que esperaba, sobre la silla... Aneberg expulsó un chorro de vapor por sus narices, y caracoleó ligeramente, muy despacio, como para darle confianza. Sergio tomó en sus manos las riendas... el único conocimiento que tenía de la equitación, lo había adquirido a través de libros o de alguna película... Con paciencia, viendo su total desconocimiento del asunto, Herder le explicó cómo coger las riendas, cómo hacer girar al caballo...

—Pero no te preocupes... Aneberg no te tirará... él es capaz de hacerlo todo solo... Sobre todo, ten la seguridad de que no te caerás de él; sólo bajarás cuando quieras hacerlo...

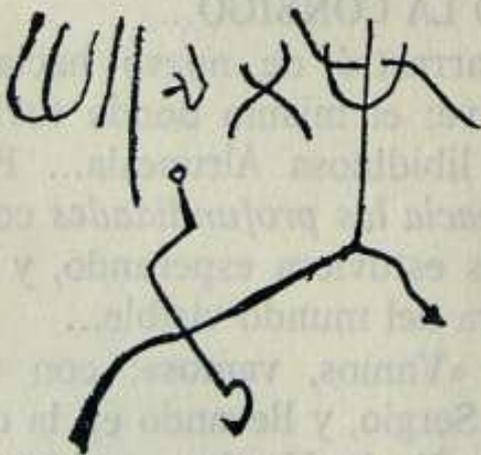
—¿Cómo voy a salir de aquí...?

—Aneberg sabe el camino... Parte, parte ya, de prisa... Lo último que vio Sergio, antes de que el piafante Aneberg le introdujese, al paso, en el malsano y espectral bosque, fue la figura de Herder, inmóvil ante los leprosos muros de su castillo, con el rostro vuelto hacia él...

lo sergio aruylzomy outroyo my  
amiong en nang de edez dominador  
de lo skunculo unmateriala i rucunco  
a otro amo en tanto no lo  
ofitza la duera de liva i realice  
ado fornicatorio con jucubo por el  
depuado lo que aqui manifiesto  
i pro



SERGIO ANGSTROM



## VII

### PROBLEMAS CON TRES MUJERES

El Capitán Grotton estaba sentado, presentando un aspecto muy similar al de una rana calva, a una maciza mesa cuadrada. Tras él, el viejo Mansour gruñía, mirándoles de reojo, mientras él y sus hijos e hijas trasteaban con las cubas de lavado, los alambiques, centrifugadoras, retortas y probetas del laboratorio químico. El Capitán Grotton tenía el cráneo totalmente pelado, brillante como si lo hubieran barnizado, y una corta barbita gris, de chivo, bajo unos rasgos anchos y mal encajados. La boca, alargada y curvada hacia arriba, mostrando frecuentemente unos grandes dientes amarillos ennegrecidos por el humo de sus gruesos cigarros de hoja; los ojos, redondos, verdes, y casi sin expresión, cubiertos por hinchados párpados amoratados; la nariz, plana y con ventanillas oscuras, llenas de pelos... Sin embargo, su voz era aguda, como la de un niño de pocos años...

—Temía —dijo Sergio, palpándose las doloridas posaderas— que esto te quitase tiempo para tu lucha contra los bandidos...

Señaló con la barbilla a un mugriento ejemplar del «Clarín», posado sobre la mesa, a corta distancia de las salchichudas manos del Capitán Grotton.

—Ya le diré yo cuatro cosas al Manchurri cuando lo coja por mi cuenta... En cuanto a eso, joven... ¿Sergio... dijiste?

... óyeme. Si crees que luchar contra los bandidos es ir persiguiéndoles de aquí para allá... pues bien, sí, lo hago, cuando no tengo otra diversión... No tengo mujeres ni hijos... comer, como en cualquier sitio, y dormir, donde me dejan... Cuando sea viejo y no sirva para nada, el bueno de Mansour me dará un rincón donde morirme... ¿eh, Mansour?

—¡Mal rayo te parta, Grotton! —contestó el viejo, alzando un recipiente lleno de polvos blancos—. Al menos podías echar una mano...

—Como decía... —siguió el Capitán Grotton, enarbolando el vaso graduado lleno de un líquido transparente—. A los bandidos se les coge difícilmente así... Yo, normalmente, inicio expediciones a lugares desconocidos... y si atino en la elección, la gente viene a mi lado a bandadas... Dejan de ser bandidos y vienen conmigo, ¿entiendes? Hay a quien le cansa el estar cultivando rábanos o fabricando papel... hay quien tiene deseos de aventuras... y si no encuentran otra cosa, se hacen bandidos. Por eso digo que tu idea es buena, y que tendremos gente de sobras, ya verás.

—Yo no cuento con muchos céntimos... sólo cuarenta y ocho.

—¿Quién te ha pedido nada? ¡Ya lo pondrán los que vengan! ¡Como si hubiera que darles algo encima! Mansour... ¿te sobra un poco del veneno éste para nuestro amigo?

Rezongando en voz baja, el viejo Mansour colocó un chato vaso de precipitado ante Sergio y lo llenó casi hasta los bordes con el líquido transparente...

—¿Qué tal? —dijo el Capitán Grotton, observando atentamente el congestionado rostro de Sergio—. ¿Has probado mejor ginebra en tu vida?

—Desde luego que no —dijo Sergio, articulando difícilmente las palabras. Y decía la verdad; aquello era fuego líquido—. Sólo había bebido vino... y visqui, del que hacen en Abilene...

—Eso es para niños de teta. Vamos a ver... yo veo las cosas así. Veinte hombres para la primera oleada; veinte hombres bien pertrechados y experimentados... ya los elegiré yo de entre los que sé presenten... viene mucha basura, no creas, pueblerinos qué en su vida le han acertado con un rifle a una manta a tres pasos de distancia, y que arman en el bosque el mismo ruido que un borracho en una fábrica de platos... y se creen que al Capitán Grotton se le va a caer la baba cuando los vea...

—Temo que yo soy de esos —dijo Sergio—. Digo, de esos de la cacharrería... con el rifle me las compongo bastante bien...

—Yo me ocuparé de todo... ¡Voto a tal, que vamos a conseguir esa piedra de Luna, o como se llame! ¡Verás tú a la gente venir como moscas, diablos! Pero de ti me ocupo yo... Ese juguete con tantas palancas que llevas ahí me temo que no te sirva para practicar... ¿Cuántas municiones tienes?

—En este momento trece cargadores completos, y uno a medias... Podría conseguir más... pero no tengo tiempo...

—¡Tiempo! ¡Tiempo! Eso es lo que sobra... ¿De manera que quieres reservar ese juguete para la aventura de verdad? Lo que te hace falta, para practicar mientras organizamos las cosas, es un buen fusil de pólvora... de todas maneras, un día u otro tendrás que acabar usándolo... ¡Mansour, tráeme a la vieja Bessie!

—No me da la gana —dijo el Viejo, mirando al Capitán Grotton con ojos que lanzaban chispas—. Levanta tu gordo trasero y tráetela tú... Ahí está, junto a las bombonas de ácido...

El Capitán se levantó, torpemente, y se movió a través de las estanterías cargadas de frascos y matraces con la misma gracia de un cetáceo... Extrajo de entre unas bombonas enfundadas en paja un fusil alargado y roñoso, y como si mostrase una rara joya, lo colocó sobre la mesa ante Sergio.

—Ahí la tienes —dijo, después de beber un sorbo de ginebra—. La mejor arma que existe en Europa... Dos semanas de trabajo para Mansour, o tres céntimos... a elegir... No; no la mires con esa cara de asco... Ya sé que está sucia, y roñosa... pero eso es la garantía de su clase... No es un fusil de hojalata como lo que cambian por ahí... es un fusil en serio...

Lo cierto era que la apariencia de la vieja Bessie era repugnante. La platina y las guarniciones cubiertas de orín; el cañón negro de suciedad y la madera de la culata llena de arañazos y muescas, y barnizada de una verdinegra capa de grasa humana y de espesos residuos sin identificación posible.

—Que no la mires así —repitió el Capitán Grotton—. Si la limpias un poco, ganará en aspecto, pero no en precisión... La hizo el mismísimo Old Screwhead, el armero del Norte, de quien habrás oído hablar... Yo tengo ahora otra, que me hizo él mismo, antes de morir, a juego con una pistola... de acero con callos de herradura... damasquinadas... preciosas...

Y el Capitán Grotton se plantó los dedos morcilludos, reunidos en piña, ante los gruesos labios, y les dio un beso...

—Sólo te la vendo porque me has dado una buena idea... y eso hay que agradecerlo... ¡Va a venir la gente a montones!

—Pero no lo entiendo bien... si no ganan nada con ello, ¿qué puede impulsarles a venir?

—¿No te dijo ese chiflado de Herder que no te faltaría gente? Escucha... Yo, aunque no lo creas, en mis ratos libres, leo un poco, y hasta he pensado escribir mis memorias..., «Aventuras del Capitán Carlos Grotton» por el Capitán Carlos Grotton. ¿Suena bien? No le tengas miedo a la ginebra, joven; aprovecha ahora, que cuando vayamos a África no beberás ni una gota... Escucha... Hace muchos años, en los tiempos legendarios, hubo un hombre, un tal Charles Gordon... hasta su nombre y el mío eran parecidos... Un Rey de aquellos tiempos, el Rey Leopoldo, le nombró Gobernador del Congo, que según parece estaba en África... Es de suponer que el asunto fuera bueno... ¿Y qué hizo Gordon? Pues no, señor; no se fue a ese puesto maravilloso; no. Se fue a Khartoum... una ciudad perdida en el desierto, entre los negros, con una birria de sueldo, a salvar al ejército que había allí... No lo hizo por dinero, ¿verdad? ¿A que había algo más? Y cuando pudo salir de Khartoum, no lo hizo, se quedó allí, porque hubiera podido huir solo... ¿Qué ganaba con ello?

—Nobleza obliga —contestó Sergio.

—Eso mismo pensaría él. Pues bien; aquí la nobleza nos obliga a todos, y vale. O por lo menos al que quiere sentirse obligado... Y ahora vamos a lo serio. Veinte hombres, con una carreta, entre ellos tú y yo, en primera línea. A dos o tres días de distancia, veinticinco hombres con otra carreta... Si encontrase un buen coronel...

—¿Un qué?

—Un coronel... No tienes idea de estas cosas. Yo soy el jefe, el Capitán Grotton...

—¿Quién te nombró capitán?

—Yo mismo, ¿quién iba a ser? Un día decidí que eso sonaba mejor que Grotton a secas, y le dije a todo el mundo que me llamase así... Como iba diciendo: Yo soy el Capitán, y dos coroneles mandan dos grupos a mis órdenes...

—Pero un coronel es un grado superior a capitán...

El rostro del Capitán Grotton se puso rojo... Durante unos segundos sus ojos, como dos lanzas, se clavaron en los de Sergio. Después, su mirada resbaló hacia la mugrienta Bessie, que aún yacía en la mesa, entre ambos, y poco a poco su expresión se dulcificó.

—Has bajado hace un mes de la Ciudad, y ya quieres saberlo todo. Aquí son las cosas como digo yo, y el que no quiera, que no venga... Decía que dos buenos coroneles; uno para la segunda línea, y el otro para la reserva, otros quince hombres... en total sesenta hombres, y tres carretas. Seis bueyes, tres cocineros... un armero o persona que entienda de armas... Una fragua, provisiones para un par de meses, por lo menos... doscientos cartuchos y balas por hombre... machetes... ¡Bueno! De eso me ocuparé yo... ¿Te quedas con Bessie, o no?

Silenciosamente, Sergio puso tres moneditas de plata sobre la mesa...

—¡Mansour! ¡Ya puedes cobrar!

—No será verdad —gruñó el Viejo, sin acercarse—. A ver, hijos míos, ¿no os dais cuenta de que hay que cerrar la destiladora? ¿Y tú? ¿Cómo va ese empaquetado?

—¿Cómo conseguiremos la gente? —preguntó Sergio.

—Hay telégrafo en la casa de al lado —contestó el Capitán Grotton, lamiendo las últimas gotas de ginebra—. Y yo redactaré unos carteles... el primer viajante que pase por aquí se los llevará y los irá poniendo... y verás tú...

—Pero ¿cómo vamos a financiar la operación?

—Financiar... ¿qué diablos es eso de financiar?

—Bueno... vamos... pagar los gastos, las municiones, las carretas...

—¡Hombre! ¡Pues estaría bueno! Financiar, financiar... ¡Qué ocurrencias! Pues todos los que vengan... no vamos a poner nosotros el material encima... Bueno, ¡basta ya! De todo eso me ocupo yo... Coge a Bessie... Ahí está el frasco de la pólvora y el molde de las balas... ¿te sobra un lingote de plomo, Mansour...?

—¡No! ¿Y tú qué haces con el clorato, so vago?

—Mira, padre, que como me sigas chillando me voy con el Capitán Grotton...

Con cierta repelencia, Sergio se embolsó el molde, el frasco de pólvora, y agarró a la vieja Bessie por el lugar más limpio. El Capitán Grotton no le hacía caso ya, como si no existiera... Había sacado un cabo de lápiz, y un sucio papel de uno de los bolsillos de su guerrera de piel, y estaba escribiendo trabajosamente, sacando mucho una lengua gruesa y muy roja.

—¡Mansour! ¿Tienes hojas grandes de papel? —¡No!

Sergio salió al exterior, apoyando a Bessie en el quicio de la puerta. La Alquería de Muller se componía, exactamente, de tres edificios, situados a no mucha distancia de un profundo cañón por cuyo fondo, a casi cien metros de profundidad, discurrían las aguas torrentosas y claras de un río de montaña. Uno de los edificios, el más grande, era el laboratorio químico que aprovechaba como fuerza motriz las aguas de un turbulento afluente del río principal; otro, casi pegado a éste, era la vivienda de un tal Maranzano, a quien no había visto, y que según comentarios oídos, se dedicaba a la agricultura. A unos trescientos metros de distancia, en sentido opuesto al río, se alzaba una maciza casa de piedra, con robusta chimenea, y alguna edificación accesoria; la Alquería de Muller, propiamente dicha. Más allá había irregulares campos de labor, entremezclados con pequeños grupos de árboles frutales,

distribuidos caprichosamente, y a casi un kilómetro del cañón, comenzaba a espesarse uno de los grandes bosques propios de la región... Más allá sólo se distinguían estribaciones cubiertas de arbolado, y una neblina que ocultaba el horizonte...

Aneberg, inquieto, con la brida atada a una columna, resopló suavemente al verle, tendiendo su largo cuello hacia él. Un tanto dolorido, Sergio recordó los tres días de cabalgada hasta la Alquería de Muller... El primero de ellos, Aneberg había caminado despacio, como si pretendiera que se acostumbrase a la silla, si bien piafando y resoplando, impaciente. Pero al segundo, después de una noche pasada al raso en una oquedad de la montaña, el caballo había comenzado a galopar, volviendo en ocasiones el largo cuello para observarle con sus ojos furibundos. Después de muchas sacudidas y contusiones, Sergio logró captar el ritmo preciso para ir botando sobre la silla sin verse sometido a las terribles sacudidas del galope... Al tercer día, después de dormir en una casa solitaria, pagando su cena y su cama con algo de trabajo casero, su cuerpo era una masa de dolores... y sus manos estaban llenas de desolladuras. Además, con los botes y movimientos de Aneberg, perdió dos de las moneditas de plata, hasta que se le ocurrió envolver las demás en un pañuelo, y anudarlo bien.

—Buen caballo parece —dijo el Capitán Grotton, apoyándose en el otro lado de la puerta—. Un tanto raro, con ese cuello tan largo... Y mira como si quisiera asesinarte... ¿Y dices que te lo dio Herder? ¿Para que le trajeras la dichosa Piedra de Luna? ¡Bah! ¡Bien chiflado está!

—¿Conoces a Herder?

—Una vez me perdí en un bosque extraño, lleno de maquinaria oxidada... Había un castillo casi hundido al fondo. Allí le conocí... Pero me largué en seguida... algo había en aquel lugar que no me gustaba. Y luego el chiflado aquel con sus prohibiciones: ni beber, ni fumar... ¡bah! Y además, ¡no quería que me quedase a ver no sé qué bicho que tenía en el sótano...!

—¿No viste nada raro?

—Raro, raro, sí. Los animales más extraños que nunca vi. Pero he visto tantas cosas... Nunca más volví por allí... Veamos; tengo que trazar un mapa...

—Yo tengo uno...

—Ya lo veremos. Por cierto... ¿dónde piensas quedarte hasta que esté todo en marcha?

—No sé qué hacer... ¿tardaremos mucho?

—Bueno; un mes o cosa así. Según qué coroneles consiga, concentraremos la gente en Hangoe... el último pueblo de alguna importancia antes del estrecho de Gibraltar. Si no son buenos, lo tendremos que hacer aquí... Después, construiremos balsas y pasaremos el estrecho; es poca cosa, no hay problema en ello... lo que verdaderamente me preocupa son los Mandriles...

—¿Son peligrosos?

—Uno a uno, apenas... En casa, terriblemente. Son dañinos, traicioneros, sucios e

incansablemente parloteadores. No paran de hablar un momento... y además se pegan entre ellos, se muerden, y se llevan de lo peorcito... Malos bichos... Y además, el calor, la humedad, la selva... Es una buena aventura; sí, señor. Hice un par de viajes por allí, siguiendo lo que pienso que sería la ruta de Gordon, y en una de ellas no dejé el pellejo en manos de los Mandriles de milagro... Me capturaron una noche, mataron a mis compañeros, y logré huir gracias a que se pelearon entre ellos y pude soltar mis ligaduras... Pero ya estaban preparándose a quemarme vivo, los muy bordes. De quien no he oído nunca nada es de esa Princesa... pero todo se sabrá. Mira, Sergio, vas a hacer una cosa... ¿ves esa casa de allá, la que está separada? Allí vive Edy Muller, con su hijo de seis años... Hermán Muller murió hace año y medio, y no le vendría mal a ambos un poco de ayuda. Di que te mando yo; le explicas la cosa, y te quedas con ellos. Les ayudas en el campo y con las conservas... ella prepara unas conservas de chuparse los dedos, y es generosa con ellas, no le importa regalar un frasco de vez en cuando, de balde, no como este zorro viejo de Mansour... Es buena muchacha; Hermán la tenía en un pedestal, pero el pobre estaba tocado del corazón, y ni siquiera el doctor Sutton pudo hacer nada... Nos costará un mes reunir los hombres; luego otro mes, o más, de marcha hasta ese templo... si las cosas van bien, otro mes, o menos, para regresar...

—¿Y si van mal?

—Si van mal, no volveremos —dijo el Capitán Grotton, con indiferencia—. Nuestros huesos servirán de adorno en el templo ese. Yo te tendré al corriente; prefiero quedarme aquí con Mansour... Y otra cosa... para que te acostumbres, bueno será que dis pares de vez en cuando con Bessie... y además, también de vez en cuando iré yo por allí, sin avisar, en plan asaltante, ¿entiendes?... A ver si me pescas tú primero... Camina por el bosque... párate en los claros o al pie de un árbol... oye los ruidos... apréndetelos de memoria. Si un mandril se acerca quiero que lo distingas de un conejo que se revuelca en la hierba... no sé si será mucho pedir. De todas maneras, si te apetece un rato de charla, y un trago de ginebra, te acercas por aquí... ¿estamos? ¡Hala, andando!

—Oye, Capitán Grotton —dijo Sergio—. Tengo una idea... ¿No podríamos convencer a un armero para que nos fundiese un cañón? Siempre sería algo bueno contra los mandriles...

El Capitán Grotton se quedó silencioso durante unos momentos.

—No sé qué decirte... no sé —contestó—. Tendría que pensarlo. Claro que sé lo que es un cañón; los libros lo dicen. Pero no sé...

—¿No sería wu-wei?

—Un Profe lo sabrá... Yo no. No me parece muy claro. Déjame pensarlo... Dale saludos a Edy; luego iré por allí a echar un párrafo.

Sergio tomó al caballo negro de las riendas, y cansinamente, sintiendo los miembros como si fueran una masa de nudos, comenzó a caminar hacia la casa de piedra. Pasó un pequeño puente de madera sobre el riachuelo, seguido por el resonar

tronante de los pesados cascos de Aneberg, que alzaba el cuello hacia arriba, como impaciente.

—¿Qué te pasa a ti? ¡No querrás que estemos todo el día corriendo! Quieto, caballo... tranquilo.

Al influjo de su voz, a la que parecía haberse acostumbrado, Aneberg emitió un relincho breve y se tranquilizó. Pasaron junto a pequeñas arboledas, bañadas por las aguas del riachuelo, y llegaron al lado de la casa de piedra. El arroyo se remansaba allí, a unos metros de los muros, formando como un pequeño lago transparente.

Una columna de humo claro surgía de la chimenea de piedra, disolviéndose perezosamente en el aire. Llevando el caballo de la brida, Sergio comenzó a dar la vuelta a la casa, ya que evidentemente la puerta estaba en el lado opuesto a las otras dos edificaciones. Vio que el edificio se componía de dos pisos, el primero sin ventanas; solamente con unas estrechas aspilleras cerradas con cristal al fondo de un muro de notorio grosor... En el piso superior, por el contrario, había varias ventanas pequeñas, algunas de ellas, abiertas... Masas de hiedra y de enredaderas crecían hasta el tejado, tapando en muchos sitios la rústica piedra unida con mortero.

Al otro lado había una especie de veranda, formando porche, con dos ventanas enrejadas y una puerta, abierta, de gruesos tablones reforzados con hierro... A la derecha, un edificio más bajo, de madera, separado del conjunto, exhalaba un característico olor a fiemo de vacas. Algunas gallinas cacareaban en un reducido corral...

Sergio permaneció quieto, en la veranda, con profundos deseos de sentarse en una de las dos mecedoras que había allí. Pero no le pareció correcto; se limitó a contemplar los campos que se extendían en dirección al bosque... Identificó un sembrado de trébol y alfalfa; tablas de fresas y de espárragos... piñas tropicales, pimientos, tomates y patatas... las sempiternas patatas. Como de costumbre, los sembrados eran irregulares, y entre ellos había grupos de árboles frutales, situados de una forma que hacía el conjunto mucho más agradable a los ojos que una plantación rectangular y fría. Le pareció que entre algunos árboles (identificó manzanos y melocotoneros, pero nada más) se hallaba un rústico banco de madera o de piedra...

—Hola —dijo una voz femenina, a su espalda.

Era una mujer joven, vestida con una blusa y pantalones blancos, algo rozados en algunos sitios. Tenía el pelo castaño, en una corta melena que apenas sobrepasaba la nuca; la piel ligeramente tostada por el sol; los ojos, grises y amables...

—¿Edy Muller?

—Soy yo.

—He venido... perdón; ¿tienes comida para mí?

—Sí; puedo darte de comer.

—Ah... bien. Me manda el Capitán Grotton... Tengo que salir con él, de expedición. Dice que si podría quedarme aquí, contigo, mientras reunimos todo lo necesario. Podría ayudarte en lo que hiciera falta... vamos; si te parece bien.

Ella le tendió una mano enrojecida, y al estrechársela, Sergio notó perfectamente el roce de la piel endurecida por el trabajo.

—Si te manda el Capitán Grotton, me parece bien. ¿Quieres pasar? ¿O prefieres llevar a tu caballo a la cuadra?

—Aneberg no está cansado; el que está cansado soy yo... Si pudiera sentarme un poco...

—¿Por qué no habrías de sentarte? ¿Aneberg es el nombre de tu caballo? Es un nombre raro... y él también, con ese cuello...

Sergio descargó su mochila y los dos rifles, y siguió a la joven al interior de la casa. Había una gran chimenea al fondo, con un amplio hogar de piedra, donde ardía un pequeño fuego... Vio que la planta baja constituía una sola habitación, sumida en una ligera penumbra a causa de las pocas aberturas... El suelo era de madera oscura, pulida, lavada y encerada hasta resultar tan lisa y brillante como la culata de un buen fusil. Una gran mesa en el centro, sillones de madera, varias estanterías con platos, perolas, fuentes y vasos completaban el decorado. Una escalera de madera, con la barandilla sobriamente tallada, ascendía al piso superior.

En uno de los sillones, junto a una pequeña mesita situada al lado de un mueble que contenía unas docenas de libros, bajo la luz directa de una de las ventanas enrejadas, había un niño de pelo oscuro, de unos seis años de edad. Alzó hacia ellos, cuando entraron, unos ojos negros y vivos; luego hizo un gesto, como si quisiera sonreír, y volvió al libro que tenía entre las manos.

—Es el pequeño Hermán —dijo Edy—. A veces no tengo mucho tiempo para darle sus lecciones...

—Quizá yo podría dárselas —contestó Sergio.

—Es un poco tímido —dijo Edy, en voz baja—. Pero prueba a ver. ¿Estarás mucho tiempo?

—Creo que un mes, o así... No quisiera estorbar... ¿En qué puedo ayudar?

—Bueno... ¿has comido?

—No; aún no.

—Entonces, hazte la comida. Ahí, en ese armario, están las provisiones. Coge lo que quieras... Luego, ya veremos.

Sergio pasó un rato difícil tratando de hacer algo que resultase comestible. Por fin, consiguió cocer en una perola una mezcla de patatas y carne, a la que añadió lo que sus escasos conocimientos de cocina le dieron a entender. Colocó más tarde el guiso sobre la mesa, y cortó una buena rebanada de pan negro.

Edy había permanecido junto a Hermán, sin decir nada, aunque observándole de soslayo de vez en cuando. Se levantó en el momento en que él ponía el plato sobre la mesa, y tomó la cuchara para probarlo...

—Bien —dijo—. Si puedes, cómetelo. Pero no creo que debas cocinar más... El padre de Hermán siempre hacía la comida él, y se las arreglaba muy bien.

—Lo siento.

—¿Por qué? Mira; si no puedes comerte... eso, te sacaré un jamón y te cortas lo que quieras...

—No, no —respondió Sergio un tanto avergonzado—. Me lo comeré... Si he comido cosas mucho peores... de verdad.

Comenzó a introducirse en la boca pequeñas cucharadas de la espesa bazofia que había elaborado, procurando hacer ver a Edy que no, que no estaba tan malo, después de todo. De vez en cuando, para animarse a sí mismo, hizo algún débil elogio de la mezcla, unido a consideraciones un tanto extemporáneas acerca del buen tiempo que hacía y de que sentía sinceros deseos de ayudar en lo posible... Sin embargo, en los ojos de la joven bailaba la risa. No dejaron de observarle hasta que concluyó con el canallesco contenido de la perola.

—Voluntad ya tienes —dijo ella—. Pero estás muy delgado. Buenos filetes te tendrás que comer... ¿Café?

—¿Hay café? ¿Café de verdad?

—Sí; tengo un pequeño cultivo de café... Pero esta vez lo haré yo...

Se quedó dormido en el sillón, después de apurar dos humeantes tazas de café que sabían a gloria... recordando, nebulosamente, el sabor del Neocafé de la Ciudad, que era como la sombra de un reflejo de la descripción de una buena taza de café de verdad.

En lo que él había creído cuadra, había, además del establo para dos vacas, lugar para Aneberg, al lado de un robusto caballo de tiro, el cual se asustó y comenzó a relinchar y a retroceder hacia la pared al ver al furibundo caballo cuellilargo. Costó bastante tranquilizarle, y eso sin que Aneberg, pacíficamente aposentado ante un oloroso montón de heno, hiciera más que dirigir alguna mirada despreciativa hacia aquel otro burdo ejemplar de su raza. También había dos cerdos, y dos docenas de gallinas, pavos y patos. El bajo edificio de madera continuaba con una nave donde se encontraban un pequeño molino de harina, y cubas, frascos de cristal y herramientas diversas para preparar conservas. Una solida estantería de madera contenía hileras e hileras de frascos ya llenos, con limpias etiquetas indicando claramente el contenido.

Edy, con su voz tranquila y baja, le dio alguna ligera explicación, mientras el pequeño Hermán, con su libro en las manos, les seguía, volviendo la cara a otro lado, vergonzosamente, cada vez que Sergio le miraba. En vano intentó hacerle alguna gracia, porque el pequeño, a pesar de su media sonrisa, se retraía inmediatamente. Al final, decidió dejarlo en paz.

Caía la noche cuando la voz del Capitán Grotton se dejó oír en la veranda. Edy había encendido un par de velas de cera (también tenía abejas) y había dicho a Sergio que por hoy no era preciso que hiciera nada, que se le veía cansado, que mejor mañana.

—Buenas noches —dijo el Capitán Grotton, pasando adentro sin ceremonias—. Hola, Edy... ¿tienes un poco de ginebra? Mira esto, Sergio, a ver qué te parece.

Puso sobre la mesa, colocando las palmatorias de latón a ambos lados, un cartel

de grueso papel, escrito con grandes letras de palo, un tanto torcidas en algunos lugares:

EL CAPITAN GROTTON, PENSANDO QUE LA JUBENTUD DE ESTOS LUGARES NECESITA SANO ESPARCIMIENTO Y UN POCO DE AVENTURA, ANUNCIA A TODOS LOS HOMBRES Y MUJERES BRABOS QUE LO DESEEN, QUE ESTA PREPARANDO UNA ESPEDICION AL África. ¡GENTES DE VALOR! EL CAPITAN GROTTON ESPERA VUESTRAS NOTIZIAS EN LA ALQUERIA DE MULLER... SOLO PARA SESENTA PERSONAS BRABAS Y AVEZADAS AL PELIGRO... ¡OCASION UNICA! EL QUE QUIERA VENIR TRAERA SU CABALLO, DOSCIENTAS CARGAS DE MUNICION, ARMAMENTO, QUINCE CENTIMOS EN PROVISIONES BUENAS, Y CINCO CENTIMOS EN MONEDA, POR QUE NO VOY A PONERLO LLO TODO.

FIRMADO: EL CAPITAN GROTTON.

—Me parece muy bien —dijo Sergio—. ¿Cuántas copias has hecho?

—¿Cómo que cuántas copias? Esta sólo... y ya me ha costado bastante trabajo, porque no me negarás que es un anuncio de primera calidad... Gracias, Edy, guapa... ¡Hum! Buena ginebra... Tú siempre tan generosa con este pobre viejo inútil...

Y el Capitán Grotton, sonriendo como un jabalí, hincó un dedo morcilludo en las costillas de Edy, que se retiró un poco, con expresión de burla.

—Copias... copias... —repitió—. Eso sí que no sé si podré hacerlo... ¿No podríais ayudarme, hijos míos? Sólo tenéis que conseguir la cartulina de ese zorro de Mansour, que tiene suficiente, de la que usa para envolver esos polvos que fabrica... Pluma y tinta, ya tendrás tú, Edy... Por cierto, que el telégrafo de Maranzano no funciona... no sé qué le pasa. Mejor, porque así me voy mañana a Abilene y lo comunico desde allí... Tardaré una semana en volver...

—¿Y qué hago yo mientras? —preguntó Sergio.

El Capitán Grotton eructó finamente, tapándose la boca con la mano, y dirigió una bulbosa mirada a su alrededor, como investigando lo que había en las estanterías.

—Huele bien ese estofado, Edy... ¿te importaría? Gracias, eres una buena chica. Así cenamos todos juntos... Estoy tan viejo y tan solo...

En silencio, comenzaron los cuatro a comer el succulento estofado. El Capitán Grotton, como sí no hubiera comido en su vida embaulaba a toda prisa grandes porciones de carne y salsa, untando buenos pedazos de pan. Después del primer plato, miró llorosamente a Edy, que, sin decir una palabra, le sirvió otra ración. Fuera, la noche había caído completamente, y se oía el suave rumor de hojas agitadas por la brisa, y el lejano chirriar de los grillos...

—¿No habrá café, Edy? Pues tú, Sergio, pues tú... ¡hic! Perdón. Aparte de hacer las copias que puedas y dárselas al primer viajante que pase... y ayudar a esta magnífica mujer que es Edy Muller... si pudieras... vamos que... en fin... Yo

necesitaría fondos en Abilene... Con cinco céntimos tendría bastante... ¡Ah, Edy! ¿Quieres que te lleve una carga de conservas y te las cambio allí? ¿Necesitas algo...?

—Pues sí. Capitán. Una pieza de tela blanca, fuerte... y una hoja de cristal... también sal, azúcar, pimienta... unas tijeras...

—Yo te lo traeré, Edy, no te preocupes. Pues tú, Sergio, practica con la vieja Bessie... ¿tendrás algo de plomo para fundir balas, Edy...? Y si viene alguien a verme, que acampe por ahí mientras vuelvo... Nada más que eso. Y ahora, voy a irme, tengo al viejo penco ahí fuera... ¿Me das los cinco céntimos, Sergio? ¿Me preparas las conservas, Edy?

Sergio le entregó cinco moneditas de plata al Capitán Grotton, y Edy, silenciosamente, con cierta expresión de tristeza, preparó un saco de lona lleno de frascos de cristal.

—Bueno —dijo el Capitán, alzándose trabajosamente sobre la silla de su caballo, un penco horrible, macilento, lleno de mataduras, y con aspecto de estar a punto de fenecer de inanición—. Te devolveré los céntimos, Sergio. Y no te preocupes, Edy... tela blanca, tijeras, azúcar, sal, pimienta... no me olvido... Hasta la vuelta, hijos; muchas gracias por vuestro cariño con este viejo inútil...

Y el Capitán Grotton, oscilando un poco sobre su montura, se perdió en las tinieblas de la noche. Durante unos instantes se oyeron los cascos del viejo jumento resonar sobre el puentecillo de madera, en la oscuridad, y luego un lejano piafar, un galope, y el silencio. Edy y Sergio permanecieron unos minutos en la veranda, sin decir nada. Dentro, el pequeño Hermán se había quedado dormido sobre la mesa. Las estrellas brillaban fríamente sobre el negro terciopelo nocturno, y una ráfaga de viento frío les sobrecogió. Sergio trató de distinguir en las infinitas profundidades del firmamento algo distinto de las estrellas... una raya de luz anaranjada, un movimiento más rápido de algún punto luminoso, algo que demostrase que la Ciudad estaba allí, oculta en el insondable cosmos... pero no vio nada. Se dio cuenta de que Edy le estaba mirando, quizás adivinando sus pensamientos, pues le había explicado un poco de su historia.

—¿Piensas en la Ciudad? —dijo ella, con su profunda voz amable—. ¿Querías volver allí?

—Creo que no... —dijo Sergio, sin pensarlo—. Creo que no.

—Es tarde, Sergio. Hay que cerrar la puerta. Los grandes cerrojos de hierro corrieron fácilmente en sus guías y el sólido portón encajó firmemente, con un ruido seco en las anchas jambas de dura madera. Con una sonrisa, Sergio cogió en los brazos al pequeño Hermán, que dormía con la boca entreabierta, y, alumbrado por Edy, que llevaba las dos palmatorias, una en cada mano, lo llevó al piso superior.

Había un pasillo encalado, con el suelo tan brillante y limpio como el del salón inferior. Edy abrió una puerta, mostrando una pequeña alcoba, con una camita, y unos cuantos toscos juguetes de madera y trapo junto a la ventana enrejada.

—Déjalo ahí...

Sergio depositó al niño sobre la cama, y después siguió a Edy.

—Esta puerta es el servicio. Esta es tu habitación... Buenas noches.

Sergio se tumbó sin desnudarse en la estrecha cama, sintiendo la aspereza de las sábanas, un tanto rugosas, si bien rabiosamente limpias. Recordó, casi dormido, que había dejado abajo su mochila y sus rifles, y pensó dónde podría beber agua, si tenía sed. Luego, el sueño cayó sobre él como una losa de plomo.

En los días siguientes, ayudó a Edy en la preparación de botes de conservas, bastante torpemente al principio, y también en alguna pequeña labor en los cuidados campos, así como a dar alimento a los animales, sacar agua del pozo, canalizar el riego que salía del arroyo... En los ratos libres, cargó la vieja Bessie con pólvora, un taco y una bala de plomo recién fundida, para encontrarse con que no tenía pistones...

—Toma. Son del rifle de Hermán. Lo guardo ahí, aunque no he tenido que usarlo nunca...

El primer disparo casi le tiró al suelo, ya que, acostumbrado al rifle magnético, sin retroceso alguno, no esperaba el espantoso culatazo que la vieja Bessie le soltó. Pero pronto aprendió a asentar bien la gruesa culata en el hombro, ahuecando este un poco, como un nido, y a resistir el soberano impacto del disparo. Sin embargo, no conseguía acertarle a nada con aquel aparato, a pesar de que su puntería, con el rifle magnético (gastó tres balas en asegurarse) seguía siendo tan buena como antes. No dudaba de que, a corta distancia, el impacto de una de las gruesas balas de plomo de Bessie era capaz de tumbar un mamut... pero como precisión, tenía «la misma que un borracho queriendo cazar un conejo negro en una noche sin luna» como dijo el viejo Mansour cuando se acercó a traerles la cartulina.

Esto le costó un día de empaquetar bicarbonato, clorato de potasa, azufre y aspirina, pues Mansour no quería cobrar en dinero. Aun cuando tenía media docena de personas en la casa, sobre el viejo Mansour pesaba una desgracia familiar...

—El hijo mayor, Abdul, es un químico excelente —le explicó Edy, mientras cenaban— pero es un vago... Los demás son muy trabajadores, pero Mansour no consigue meterles en la cabeza ni lo más elemental de química...

—¿Tú sabes química?

—No; yo no. Sólo sé lo que ves: algo de campo y hacer conservas. Mansour y Abdul sí saben; realmente sólo viven para la química; el viejo se queda hasta el amanecer haciendo pruebas y experimentos... es una buena persona.

—¿Y Maranzano?

Maranzano era un hombre de unos cincuenta años, amarillo, con un pelo pastoso adherido al cráneo, que vivía con su mujer, Nicoletta, sin meterse con nadie.

—Tenían tres hijos, y se fueron —dijo Edy, dulcemente—. Uno de ellos murió en una expedición al Norte, con el Capitán... La hija vive lejos; tiene ya tres chiquillos, según dicen... El tercer hijo no se sabe... creen que está también lejos, cerca del océano... Nadie les ve nunca ni les ponen telegramas. Y sin embargo, se pusieron el

telégrafo por eso... lo tienen conectado con un caserío, a unos sesenta kilómetros... Nunca dicen nada; se sientan, los dos solos, ante la puerta, y miran a lo lejos...

Parecía que la temperatura aumentaba ligeramente. Aneberg se impacientaba en la cuadra, y era preciso sacarlo a correr de cuando en cuando. Con cierto miedo Edy intentó montarlo, pero resultó totalmente imposible; Aneberg se retorció, lanzó espumarajos por el hocico, desorbitó los espantosos ojos negros, corcoveó y salió corriendo. De la misma manera resultó inútil una tentativa de engancharlo al arado junto con «Dogan», el percherón de Edy.

El trabajo no era excesivo, pues bastaba con algunas horas, no muchas, dedicadas a los diversos cultivos, para tenerlo todo al día. Sergio tenía tiempo, por las tardes, de dar alguna clase de lectura y matemáticas al pequeño Hermán, que poco a poco, había perdido su timidez y se atrevía a preguntarle cosas propias de su edad: «¿Me dejas la escopeta? ¿Cómo dispara? ¿Dónde tienes las balas? ¿Puedo ir contigo?».

Edy hablaba poco. Era una mujer sumamente tranquila, que atendía con mucho cariño a su hijo y a la casa. Sólo en alguna ocasión fueron los dos a charlar con el viejo Mansour, más que nada, por iniciativa del niño, a quien le gustaba atrozmente el trastear con los utensilios y frascos del laboratorio. «Cuando sea mayor, yo seré químico». En más de una ocasión, Sergio se sorprendió a sí mismo mirando el bonito perfil de Edy, mientras esta, silenciosa, escuchaba las historias de Mansour. Fue él mismo quien convenció a Edy para que Hermán comenzase a aprender lo más elemental en química, y no supo decirse si verdaderamente era por incitar el interés del niño, o por permanecer un poco más a solas con ella.

Muy lentamente, Edy, algo retraída al principio, había ido tomándose interés por él; interés que nunca se manifestó en preguntas sobre sus intenciones o sobre su vida anterior en la ciudad, sino pretendiendo que comiera más, que descansase mejor, o que no se excediera en el trabajo. En un par de ocasiones, Sergio la encontró haciendo algo que él mismo había prometido hacer...

—Vamos, Edy... lo haré yo. Eso es muy pesado para ti.

—No creas... Lo he hecho muchas veces, antes de que vinieras tú.

Cierta mañana decidieron no trabajar, y dejar a Hermán al cuidado de una de las nueras de Mansour, con objeto de pasear por el bosque, y cazar algo, si era posible. Sergio tomó a Bessie, después de cargarla cuidadosamente, y Edy cogió unos emparedados y una botella de cerveza, ya que de forma insensible, pero real, la ginebra y el visqui habían desaparecido unos días antes. Bien era cierto que si Sergio, mirándola con cierto apuro, manifestaba que «le apetecería tomar una copita», Edy no discutía en absoluto, sirviéndole una minúscula porción de licor extraída de un lugar que Sergio nunca pudo localizar.

—¿Es que quieres volverme abstemio?

—No te conviene beber tanto... Lo que tienes que hacer es comer... Estás muy flaco.

—¡Si como demasiado, mujer!... No puedo con todo lo que tú cocinas...

Edy se puso una blusa blanca y un short de piel, con flecos... Tenía unas piernas largas pero no estilizadas, sólidas, hermosas, con un tinte atezado que resultaba más bruñido por el contraste con la piel del short y los flecos.

—¿Cuándo tomas el sol?

—A veces, en el campo...

El arroyuelo surgía del bosque, pasando a través de unas peñas musgosas que formaban arcada. Más allá había un arbolado que no llegaba a ser espeso, con los huecos entre tronco y tronco cubiertos de fina hierba... Caminaron hacia el interior siguiendo la línea del arroyuelo, que se deslizaba rumorosamente sobre un lecho de arena entrecubierto de pequeñas piedras redondeadas... En algunos lugares, un ligero desnivel daba lugar a una diminuta cascada que caía como un chorro sobre un lecho de peñascos y troncos caídos.

—Más adentro hay un lago... —dijo Edy—. Me he bañado muchas veces en él.

Pequeños animales, a los que no prestaron atención, huían rápidamente entre los brezos, con un rumor de hojas removidas. Se oía claramente el rebullir de las ardillas entre las ramas altas de los árboles, así como el aletear de algún ave, cuyos cantos callaban momentáneamente mientras ellos pasaban cerca.

—Calla... Para un momento —dijo ella—. No te muevas. Mira.

Era un elfo, como aquel que en otra ocasión viera junto al Vikingo. El menudo ser casi transparente, con las sedosas alas extendidas tras el cuerpo, la cabeza en forma de lágrima con un rostro diminuto, aniñado, y unas pequeñas piernas esbeltas, pasaba silenciosamente, tras los troncos de unas encinas próximas. Algo como una leve música pareció llegar a sus oídos... Aquel ser tenía una fragilidad y un encanto tal, que Sergio ni siquiera pensó que pudiera resultar peligroso. En las sedeñas alas algo como un arcoiris de colores variaba y cambiaba bajo la luz del sol... Sin embargo, el ser debió darse cuenta de su presencia, porque el diminuto rostro giró velozmente a los lados, y en un segundo se perdió de vista.

—Es un elfo —dijo Edy—. Hay muchos aquí...

Ella se apoyó en el hombro de Sergio para quitarse los zapatos, y durante un momento sus miradas se cruzaron. Él hubiera querido que esa mano siguiera posada donde estaba, pero sólo duró un instante... Después, ambos, llevando ella en la mano los dos flexibles mocasines de ante, continuaron hacia el interior...

Un conejo cruzó raudamente por un claro, sin dar a Sergio ni siquiera tiempo para levantar la pesada Bessie.

—Déjalo... Tenemos carne en casa. Esta mañana me ha traído Mansour un cuarto de ciervo. El lago estaba allí, iluminado por el sol, en un amplio claro del bosque rodeado por los añosos troncos, subrayado por macizos de un intenso verde, cubiertos de capullos rojos. No era muy grande, apenas de unos sesenta metros de diámetro; pero constituía un lugar tranquilo y agradable, apto para sentarse en la hierba, a la sombra, comer algo, mirar al cielo y a los pájaros que cruzaban raudamente, y olvidarse de todo.

«Olvidarse de todo...» pensó Sergio. «Si ello fuera posible...».

Se sentaron bajo la copa de una gigantesca encina, uno junto al otro, y comieron los bocadillos y bebieron la cerveza. Sergio dejó descuidadamente la vieja Bessie apoyada en la corteza. Poco a poco, la vida animal del bosque, que se había silenciado al percibir su llegada, comenzó a rebullir de nuevo. Al lado opuesto del lago surgió una jabalina, seguida de una camada de rayones, de pelaje leonado y castaño... La jabalina dio un par de colmilladas a un grueso tronco y después azuzó a sus pequeños hacia el interior del bosque... El animal que surgió a continuación era algo totalmente desconocido para Sergio; una especie de gran gato de suave pelaje blanco y negro, con orejas redondas y una ancha sonrisa prácticamente humana en un rostro burlón... Emitió un parloteo cantarín, y se sentó sobre las patas traseras, a unos veinte metros de ellos...

Sergio iba a tomar la escopeta, por si acaso, pero la mano de Edy le detuvo mientras la muchacha negaba con la cabeza.

—Es un chester —dijo—. Es inofensivo... Verás lo que hace, si nos ve.

El chester dio tres o cuatro pasos más hacia adelante, y volvió a sentarse sobre las patas traseras, mirándoles fijamente. Era evidente que los había visto, porque los grandes ojos claros, con la niña redonda, sin la característica pupila alargada de los felinos, estaban fijos en ellos, con una clara expresión de curiosidad casi humana.

—Co-mi-da —dijo, con una voz infantil—. Co-mi-da.

—Nos lo hemos comido todo, chester —contestó Edy—. Márchate.

—Co-mi-da —repitió el chester, sonriendo deslumbrantemente y alzando una muelle pata blanca y negra. Por un instante, a Sergio le pareció que podía ver a través del gran cuerpo peludo; y luego comprobó que el chester semejaba vibrar bajo la luz del sol, como si su materia fuese algo sumamente escaso y diluido.

—Co-mi-da —repitió el chester, poniéndose en pie. Después, en vista de que no le hacían caso, les dirigió una última sonrisa y se internó en el follaje.

Durante un rato permanecieron silenciosos, contemplando el lugar por donde había desaparecido el curioso animal. Cuando Sergio volvió la cabeza, se dio cuenta de que los alegres ojos grises de Edy estaban fijos en él, con expresión pensativa.

—¿En qué piensas, Edy? —dijo.

—En muchas cosas... —contestó ella—. ¿Y tu?

—También en muchas cosas...

Estaba atardeciendo; los rayos del sol eran ya oblicuos, atravesando sesgadamente la espesura y trazando largas sombras que iban a reflejarse en el transparente lago.

—Será mejor que volvamos —dijo Edy, y parecía haber una cierta tristeza en su voz.

En la superficie del agua hubo una ondulación, y, repentinamente, las ondas se tiñeron de oro fundido. «Espera, Sergio». La mano de Edy le obligó a inclinarse. «Espera —repitió ella en voz muy baja— tiéndete ahí, a mi lado; que no nos vea... Si es una náyade, verás qué maravilla...». Obedeciendo, Sergio se tendió junto a ella,

sobre la hierba, y automáticamente, sin pensarlo, le pasó la mano por la cintura. Ella volvió la cara hacia él, iluminada por una sonrisa... y Sergio sintió temblar un poco el elástico cuerpo bajo su brazo... «Es hermosa —pensó— y es una mujer estupenda... No debo complicarle la vida... Ella sabe, y yo lo sé, que me marcharé, y no me verá más... Pero si pudiera quedarme aquí siempre...».

En el lago, el tinte de oro fundido se extendió como una mancha hasta tomar una forma circular en el centro de la lámina líquida. Poco a poco, diversas zonas fueron tomando un color más oscuro, hasta que se trazaron varios diámetros que cruzaban regularmente el círculo, como hebras de oro viejo sobre un disco de un intenso tono dorado. La transformación que siguió fue más veloz cada vez; simultáneamente, las zonas entre los diámetros se fueron cubriendo de un enrejado simétrico, como un encaje, y el tono de color comenzó a cambiar; una onda de un anaranjado purísimo comenzó a expandirse desde el centro, corriendo hacia los cada vez más complejos encajes y aposentándose en alguna de las retículas trazadas... la siguió otra de un bello azul, y otra de un verde ácido, y una nueva tracería de filigrana, cada vez más complicada en el interior de los anteriores encajes... Los colores iban situándose simétricamente en las diversas retículas, cada vez más velozmente, hasta formar una incomparable tracería con mil tonos distintos, completamente regular, como el más complicado y bello rosetón de cristal de una catedral gótica... Durante un instante todo aquel intenso conjunto de colores, de guías de oro fundido, de brillos, todo el arácneo tejido que relumbraba bajo el sol poniente, se mantuvo inmóvil... Luego, hubo un alzarse en el centro geométrico de la figura; todo el conjunto, como si fuera una delgada capa posada sobre el agua, se recogió rápidamente en el centro, formó una bolsa, exhaló un último luminar dorado, y se hundió...

—Es maravilloso —dijo Sergio—. No había visto nunca nada igual...

Seguía teniéndola cogida por la cintura, y ella se había aproximado un poco a él.

—No es frecuente verlas... pero tienes tú razón... es una maravilla...

Sergio recogió a Bessie, poniéndosela bajo el brazo y emprendió, junto a Edy, el camino de regreso. A poca distancia de la casa, la muchacha tropezó, y él instintivamente la cogió del brazo.

—¿Te has hecho daño?

—No... es que hace tiempo me hice una herida, y a veces esta pierna... yo diría que está más débil que la otra.

Había una larga cicatriz sobre la pantorrilla izquierda de Edy, y a juzgar por lo marcada que estaba, la herida debió de ser profunda.

—Apóyate en mi brazo —dijo él.

—Gracias... Me corté con un hacha hace cinco años, talando leña... Quedó feo.

—No... Tienes unas piernas muy bonitas; la cicatriz esa no importa.

Llegaron hasta la casa caminando despacio, sin hablar, cogidos del brazo. El viejo Mansour les esperaba en la veranda, sentado al lado de Hermán, que parloteaba sin cesar, como un lorito, preguntando, preguntando y preguntando.

—Tengo frascos, mamá... Voy a ponerme un laboratorio, yo.

—Cuando ambos tenían ganas se dedicaban a preparar los carteles de reclutamiento, después de que la ortografía fue corregida por Sergio. La vida continuaba tranquilamente, sin novedad alguna, cuando llegó un carromato, algo más pequeño que el del Manchurri, con letreros llenos de colorines en los laterales...

EL HONESTO JUAN. - LOS MEJORES CAMBIOS EUROPEOS.  
ESPECIALIDAD EN ZAPATERIA, MANTAS Y SASTRERIA FINA. -  
GENERAL STORE AND MERCANCIAS. - FARMACIA AMBULANTE.  
¡NEGOCIE CON HONEST JOHN!

Honest John era un hombre gordo, sonriente, al que acompañaba una mujer bigotuda capaz de poner en fuga a un regimiento de capitanes Grotton. A pesar de ello, la dulce y callada Edy se les arregló perfectamente para discutir con la bruja y el gordo Honest John y obtener ventajosos cambios de sus conservas y de los frutos y harina que tenía almacenados. Consiguió tela blanca, sábanas, tijeras, sal, azúcar, pimienta, embutidos, plomo, clavos, pistones, dos láminas de cristal...

—¿No te lo iba a traer el Capitán Grotton?

—El Capitán no traerá nada; ya verás, Sergio... —dijo ella, con cierta resignación no exenta de malicia.

Sergio estaba encantado viéndola discutir con la bruja y con Honest John, con el rostro ligeramente sonrojado, los rojos labios entreabiertos, el limpio perfil inclinado hacia los géneros. Resultó muy femenino que al final se encaprichara de un lindo vestido de seda estampada, y a punto estuvo, a causa de ello, de naufragar la pirámide de cambios y cotizaciones que había establecido con Honest John. No obstante, y a pesar de que Sergio terció en la discusión como mejor pudo, fue preciso ir a buscar un suplemento de maíz, cosa que él hizo sintiéndose muy divertido.

Honest John se llevó los cuarenta carteles fabricados prometiéndole por sus muertos colocarlos en todos los lugares por los que pasase.

Aquella noche, después de cenar y de acostar al pequeño Hermán, se sentaron como de costumbre en la veranda. Cuando Edy salió para traer dos vasos de limonada fresca, tenía en la otra mano algo que colocó suavemente sobre las rodillas de Sergio.

—Esto es para ti —dijo.

Era un sombrero de grueso fieltro crema, de ala ancha, con una banda de piel amarilla moteada de negro alrededor de la parte baja de la copa. Un verdadero sombrero de cazador africano.

—Ya que te vas a África —dijo Edy, mirando al suelo, con las espesas pestañas cubriéndole los ojos—, por lo menos te servirá para protegerte del sol... Tú no tienes sombrero...

Sergio tragó saliva. Era incapaz de apartar la vista de la joven, de sus manos un tanto endurecidas por el trabajo, cruzadas serenamente sobre las rodillas.

—Muchas gracias, Edy... —dijo, sintiéndose torpe y fuera de lugar—. No sé qué decirte... Yo no tengo nada para ti.

—No tienes que darme nada...

Hubo un momento de silencio. El hálito ligeramente caluroso de la noche les azotó el rostro, sin que volviesen a mirarse de frente. Los dos tenían perdida la vista en el insondable misterio del bosque lejano. Sergio tomó un trago de su limonada.

—A veces —dijo tontamente— echo de menos el hielo...

—Ya sabes que no tengo —contestó ella—. El pobre Hermán quiso construir una máquina de vapor. Hubiéramos podido conectar, con el tiempo, un compresor y un frigorífico... Hermán era muy bueno...

—¿Le querías mucho?

—Sí.

Sergio carraspeó, sin saber que decir.

—Es... es un sombrero estupendo —murmuró—. Te lo agradezco mucho...

Edy no dijo nada. Ahora le estaba mirando de frente, y en los claros ojos grises había una expresión indefinible, alegre y triste a la vez... «Es una mujer de verdad... tan valerosa... tan fuerte... tan cariñosa con su hijo... —pensó Sergio—, y he venido a complicarle la vida... Si pudiera quedarme con ella, y olvidarlo todo...».

—Me encuentro tan bien contigo, Edy... —dijo, en voz baja.

—Y yo contigo —contestó ella.

«Pídemelo... pídemelo que no me vaya». Pero Edy no dijo nada; en silencio, se levantó y comenzó a cerrar la pesada puerta de entrada.

En los días sucesivos, Sergio trató de ahogar en una avalancha de trabajo aquel sentimiento de ternura, cada vez más profundo, que experimentaba viendo o pensando en Edy. Al mismo tiempo, este intenso trabajo le servía de lenitivo, pues pensaba que por lo menos, cuando marchase, dejaría arregladas casi todas las labores que había pendientes. Trabajó en el campo, repasó los canales de riego, reparó el molino de harina, plantó fresas y renuevos de árboles, colocó rodrigones en los que estaban más débiles, y cuando no había nada más que hacer, preparó conservas en la nave de madera... Pero esto no le liberaba de pensar en ella, en su carácter, en su silencio, que era a veces mucho más expresivo que un aluvión de palabras...

Una tarde ella le prohibió hacer nada. El pequeño Hermán fue a buscarle al taller, donde se hallaba colocando etiquetas, para pedirle que viniera.

Edy estaba sentada en el porche, con el vestido floreado que tanto costó sacarle a Honest John, calzada con unos finos zapatos de piel, en vez de los mocasines o las rústicas botas que normalmente llevaba. Había una pequeña mesita, con un farol de keroseno encendido; esto era un lujo inesperado; el keroseno era caro y difícil de obtener. Sergio sabía que había una pequeña reserva en la casa; pero nunca se había usado.

—¿Qué pasa hoy, Edy?

—Es mi cumpleaños... cumplo veintisiete. Hoy no trabajas más...

—Felicidades. Perdona; no lo sabía...

—¿Por qué había de perdonarte?

—Si lo hubiera sabido antes... no sé... habría buscado algo para ti... creo que hubiera podido ir y volver a Abilene en cuatro o cinco días...

—Yo prefiero que hayas estado aquí.

—Yo también...

«¿Por qué ella no dice nada? No puedo hacerle esto... no puedo. Ella sabe que me iré, y no quiere ser un obstáculo...». Sergio le cogió la mano, sintiéndola cálida y fuerte dentro de la suya. Ella sonrió y pareció como si su rostro, en el que la suave curva de las mejillas guardaba todavía un trazo indefinible de la juventud casi infantil, se iluminase completamente... De golpe, el deseo que Sergio había estado reteniendo todos estos días surgió de lo más profundo de su interior... Percibió el cuerpo de Edy tenso y nervioso, a su lado, con la pura línea que el traje floreado subrayaba.

—¿De verdad tienes que irte a África?

—No me queda otro remedio, Edy.

—¿Tan importante es?

—Muy importante... si no lo fuera...

—Si no lo fuera... ¿qué?

—No sé...

Ella le apretó la mano, sin añadir nada.

—Yo también cumpliré años dentro de unos meses... veinticinco —dijo él—. Te prometo que lo celebraremos juntos...

—Si vuelves de África vivo.

—Volveré Edy. Puedes estar segura.

Permanecieron mucho rato inmóviles, con las manos cogidas mientras caía la noche. Más tarde, al subir la escalera, Sergio volvió a cogerla de la cintura y ella apoyó la cabeza en el hombro de él. Continuaron así hasta arriba, muy juntos, como si tuvieran un convenio mutuo de acercarse lo más posible, sin decir palabra. Durante unos segundos se miraron ambos, con los ojos llenos de dolor...

—Buenas noches, Edy.

—Buenas noches, Sergio.

Le costó dormirse. Su habitación le pareció más solitaria que nunca, con la estrecha cama en un rincón, la palmatoria humeando sobre una silla, la mochila y los fusiles apoyados en un rincón, y el sombrero de cazador africano triunfalmente colocado, como una joya única, en el colgador hecho con patas de ciervo que había en la pared. Se durmió tarde, soñando y viendo entre brumas el blanco cuerpo de Edy, sus brazos cariñosos tendiéndose hacia él, los alegres ojos mirándole... Pero eso fue mezclándose después con máquinas trabajando en un ambiente polvoriento, seres grasientos encorvados bajo sacos de mineral, apariciones hediondas en el fondo de una chorreante caverna...

—Sergio... Sergio...

Era ella. Estaba a su lado, con la vela en una mano, vestida con un corto camisón blanco que le llegaba a mitad de los muslos... Sergio se incorporó en la cama, sin sentirse avergonzado por el hecho de estar prácticamente desnudo...

—Hay gente fuera... son seis o siete jinetes...

—Espera.

Sergio saltó de la cama, y tomó velozmente el rifle magnético, que, desde, luego, para caso de apuro iba a ser mucho más eficaz que aquel cañón portátil llamado Bessie.

—¿Estás asustada?

—No mucho... estando tú aquí... aunque llevo el fusil de Hermán...

Lo llevaba en la otra mano; una pieza compacta, de corta culata y dos gruesos cañones montados uno al lado del otro...

—¿Dónde están?

—Abajo, en la veranda...

Por si acaso, antes de bajar la escalera, Sergio apagó la crepitante llama de la vela. Durante un segundo más pudo dirigir una mirada a la radiante belleza de Edy, a la línea perfecta de sus hombros y al principio de sus pechos, casi descubiertos por el camisón... Luego la vela chisporroteó y se apagó.

Bajaron a tientas los escalones, apoyados el uno en el otro. En el exterior se oía piafar de caballos, patadas de cascos en el suelo, y parlotear de voces broncas. No se distinguían, sin embargo, las palabras.

Con sumo cuidado, muy despacio, tratando de no causar el más mínimo rumor, Sergio comenzó a entreabrir la hoja de madera de una de las ventanas sobre la veranda. Sentía a su lado la respiración un tanto apresurada de Edy... y un intenso perfume, que no acababa de identificar, llegaba a su olfato... Durante unos segundos ese olor le persiguió, y casi olvidó lo que había allí fuera... Después se dio cuenta de lo que era; un limpio perfume a jabón casero, nada más.

Dejó el rifle apoyado en la pared, mientras continuaba moviendo lentamente la hoja. De la veranda llegó una carcajada grosera, bestial...

Ella se acercó más y automáticamente Sergio le pasó el brazo por los hombros... Le pareció que a la débil luminosidad del amarillento disco lunar, ancho e hinchado en las profundidades nocturnas, el rostro de Edy estaba levantado hacia el suyo... Suavemente, sin un movimiento que pudiera producir ruido, bajó la cabeza y la besó ligeramente en un hombro... Ella tembló bajo el beso... y reaccionó levantando la mano que el pesado dos cañones le dejaba libre y pasándola por la mejilla de Sergio... En un instante, éste sintió como el robusto fusil pegaba en su espalda, aun fuertemente cogido en la mano de Edy, y rodeó a la joven con sus brazos... La besó en los labios, sintiendo un poco torpemente que no era aquel el momento más adecuado... y ella respondió en silencio, estremecida.

Cuando se separaron, Sergio continuó abriendo la hoja de la ventana, como si

nada hubiera sucedido. Tampoco Edy dijo una palabra... De fuera comenzaron a llegar más claramente las voces vinosas de unos cuantos hombres y mujeres...

—Ese condenado Capitán Grotton podía habernos dado una explicación más clara...

—Cállate, que si aquí hay gente y la despiertas, nos meten un balazo en los riñones...

—Aquí no debe haber nadie, so animal...

—El Capitán Grotton dijo que era una casa separada de las demás...

Sergio acabó de abrir del todo la ventana, sin preocuparse del ruido. Iba a asomarse, cuando la mano de Edy, vigorosamente, le echó hacia un lado, bajo la protección del muro.

—No te fíes aún...

—¡Eh, vosotros! —gritó Sergio—. ¿Quiénes sois?

—Tranquilo —dijo una áspera voz de mujer—. No dispires, que no somos bandidos... Nos manda el Capitán Grotton desde Abilene... y estos dos vienen de más lejos, de Nueva Estoril... Me llamo Illona Gómez... Nos dijo el Capitán Grotton que había una casa separada de las demás, y en ella un tal Sergio... ¿eres tú?

—Yo soy... ¿Cuándo viene el Capitán Grotton? Hubo un coro de risas en el exterior.

—Cuando acabe de beberse lo que tenía... No es fácil que vuelva antes, porque entre lo que llevaba y lo que les saca a los demás...

—¿Podemos acampar aquí? —dijo una bronca voz de hombre.

Sergio cogió el brazo de Edy, mirándola interrogantemente. Ella afirmó con la cabeza.

—Sí; pero marchad un poco más lejos, junto al arroyo... y no arméis escándalo, que aquí hay niños.

—Está bien... ¡Ah! De parte de Grotton, que ya hay un contingente en Hangoe... y que estará al mando de Zulfikar...

—¿Quién es Zulfikar?

—Uno de los mejores hombres que ha parido madre. Que un día de estos vendrá una carreta, y que preparéis comida...

—Está bien... ¿cuántos sois vosotros?

—Siete... Yo, Fergus el Cojo, Anna Feodorov, Andrés Ribaldi. Zacarías Gómez, y los hermanos Stone, Juana y Amílcar. Hala, nos vamos a dormir. Buenas noches.

—Buenas noches.

Entre gritos de «¡No empujéis!», «A ver si dejas pasar...» y «Los cojos no sirven para esto...» la masa de hombres, mujeres y caballos cargados con pesadas alforjas se desvió unas decenas de metros, hasta la orilla del arroyuelo.

Sergio cerró la ventana y cogió de nuevo su rifle. Vio brillar un chispazo; Edy estaba encendiendo la luz de nuevo. Como si los débiles rayos de la vela les cortasen el continuar lo de antes, ambos, juntos, sintiendo al otro lleno de deseo y de dolor,

subieron por la escalera. A Sergio le pareció que del cuerpo de Edy salían ondas de calor...

—Buenas noches, Sergio.

—Buenas noches, Edy.

A pesar de que este primer grupo había traído alimentos y municiones, a partir de aquel momento las visitas a la casa de Edy fueron continuas.

—Edy... ¿podrías darnos un poco de café?

—Edy... ¿tendrías una venda? Amílcar se ha cortado en un pie.

—Edy... ¿no sabrías poner un telegrama a mi hermano?

—Sergio... ¿quieres echarme una mano con la herradura? Este condenado bicho no se deja calzar.

Parecía como si no fuera posible que volvieran a estar solos nunca. El pequeño Hermán, se retrajo de nuevo ante aquel grupo alborotador que comía sin cesar, cantaba, paseaba por los campos cogiendo fruta, y en definitiva, se aburría sin saber qué hacer. Al día siguiente llegó otro hombre, un tal Amos Smith, que fue recibido con cierta animadversión.

—Bueno —dijo Illona Gómez—. Pero tú... ¿no eras bandido con ese puerco de Scarface?

—¿Y qué? Pero me gusta más esto... yo no he matado a nadie... me aburría... ¿es que me vais a rechazar?

—¿Has visto a Grotton?

—Claro que le he visto, en Toledo. Y me ha dicho que viniera.

—Si lo ha dicho Grotton...

Ya no podían salir a la veranda por la noche, porque el grupo, con una hoguera encendida a corta distancia, cantando y bailando al son de un macilento violín que tocaba Amílcar Stone, estaba siempre sobre ellos. No les vigilaban, ni mucho menos, pero la presencia continua de estos personajes hirsutos y chillones inhibía totalmente la situación entre Sergio y Edy. Muchas veces se encontraron los dos mirándose tristemente, como si quisieran decirse algo; pero siempre, en un momento en el que podían acercarse el uno al otro, surgía un aullido desde el grupo de guerrilleros:

—¡Deja la hoguera en paz. Juana, no seas bruta!

—¡Cállate, condenado, o te lo haces tú! Con muy buena intención, los recién llegados quisieron ayudar en las faenas de la granja, pero el resultado fue el mismo que si se hubieran soltado en los campos una docena de caballos salvajes, perseguidos y enloquecidos. Los de la brigada, como los llamaba el irascible Mansour, quebraron las ramas de los frutales, pisotearon la alfalfa, pretendieron sacar los espárragos a tirones y rompieron la tajadera del arroyuelo. A Edy y a Sergio les costó un día entero de trabajo reparar los estropicios.

El Capitán Grotton apareció cuando Sergio estaba intentando meter en su sitio las guías metálicas de la tajadera que una mano forzada y torpe había desencajado completamente. Algo pesado cayó sobre el hombro de Sergio, y llegó a su olfato un

potente olor a sudor y a ginebra...

—¡Te cogí...! ¡Estabas descuidado! Si llego a ser un mandril, crrrac... tu cuello cortado...

—¡Capitán Grotton! Ya era hora de que volvieres —dijo Sergio, abandonando la tajadera—. ¿Está todo preparado?

—Casi... sólo espero un telegrama de Hangoe para partir. Vamos a la casa, que necesito un remiendo... Me muero de hambre... Hola chicos... ¡ya estoy aquí!

—¡Eh, muchachos! ¡El Capitán Grotton!

—¿Cómo va eso. Capitán?

—¿Cuándo salimos?

—¿A quién le damos los céntimos y las provisiones...?

—Tranquilos, tranquilos... Saldremos pronto; y el dinero y el material me lo daréis a mí luego...

A pesar de todo, Sergio se dio cuenta de que el Capitán Grotton tenía una indudable ascendencia sobre aquellos hombres... Se veía en los rostros curtidos, llenos de alegría; en los ojos de Illona Gómez y de la rubia y escuálida Ana Feodorov, que miraban al rechoncho capitán con adoración... Ahora empezó a convencerse de que la expedición al África podía tener éxito...

—¡Hola, Edy! ¡Estás más guapa que nunca! Permítele a este viejo que se siente... vengo tronzado. Ocho horas sin parar... ¿No tendrías un poco de café y algo de comer, Edy?

—¿Cuándo salimos? —repitió Sergio.

—Es cuestión de dos o tres días... Tengo cincuenta hombres al Sur de Hangoe, con Zulfikar y el Zurdo Ribas... dos coroneles como no hay otros... hemos tenido suerte... y no creas... he tenido que despachar lo menos cien más... ¡Esto ha sido un éxito! Gracias, Edy, hermosa... Oye, esa confitura de fresas tiene muy buena pinta... ¿no podrías...? Nos falta una carreta y Marta di Jorse, que llegará dentro de un momento... venía siguiéndome... Sergio, hijo mío, ¿no querrías decirle a esa gente que trajera los céntimos? Hay que mandar fondos a Abilene para pagar la carreta y dos barriles de pólvora, cacerolas, plomo, y mil cosas más...

Los hombres y las mujeres del grupo entraron en tropel en la sala, agrupándose, entre gritos y maldiciones, alrededor de la mesa. Edy y Sergio cruzaron una triste mirada, que decía muchas cosas por parte de ambos... Entre reniegos y amenazas, cada uno de los guerrilleros fue soltando un puñado de sucias moneditas de plata; Sergio pudo ver en el antebrazo de varios de ellos la marca en rojo de un doctor.

—Tú, Fergus el Cojo... coge tu caballo y vete a Abilene. Le pagas esto a Maple Winston, el albeitar, y que no se te pegue nada a los dedos...

—¿Por qué tengo que ir yo? —gruñó Fergus el Cojo, pasándose la mano por la barba, con un ruido similar al de un cepillo de alambre que rascase una cerca.

—No vayas, hijo mío. Pero ya te puedes largar; no te necesitamos... Toma tu dinero... Tú, Amílcar, vete a Abilene...

—Sí, Capitán.

—Oye, Capitán —dijo Fergus—, que yo no he dicho que no... yo sólo he dicho...

—A mí no me importa lo que digas —manifestó Grotton, mirándole fríamente con sus ojos bulbosos—. Cuando hago una expedición, pido sólo una cosa, obediencia. Y tú no la tienes. Lárgate.

—Mira, Capitán... —dijo Fergus, amenazadoramente, bajando la mano hacia la culata de la pistola—. Mira, Capitán Grotton, que ni tú ni nadie es hombre para reírse de Fergus el Cojo...

—¿No te han dicho que te vayas? —dijo una profunda voz femenina desde la puerta—. ¡Pues lárgate, cerdo!

Era una mujer alta, con un revuelto cabello rojizo, ojos negros brillantes como ascuas, y una ancha boca de gruesos labios. Tenía un cuerpo esbelto, como el de un adolescente, enfundado en una blusa y unos pantalones de montar negros. En una mano tenía una pistola, con el gatillo levantado, apuntando rectamente hacia Fergus; en la otra, una fusta de cuero centrado, con el mango cubierto de hilo de plata, con la cual azotaba rítmicamente sus flexibles botas de montar. Las sólidas suelas se movieron levemente sobre el pavimento, antes brillante, y ahora rayado por tacones, clavos, y culatas de fusil. Era una mujer impresionante, aparentemente joven, aun cuando se notaba cierta madurez en las comisuras de los labios y en los sombreados párpados.

—Ya conoces a Marta di Jorse, —dijo ella, con su ronca voz—. Si me das tiempo a decir algo más, te meto una bala en la cabeza...

Entre reniegos y promesas de venganza, Fergus el Cojo arrió velas y salió fuera. Le oyeron gruñir y renegar mientras enjaezaba su caballo, y después, con un par de tacos finales, los cascos del animal resonaron en la noche, alejándose.

—Bueno, bueno, bueno —dijo el Capitán Grotton, levantándose—. ¿Por qué no vienes aquí. Marta, y te sientas en las rodillas de este viejo?

—Porque no tengo gana de que me sobe un borracho como tú. Ni nadie, vamos —contestó Marta di Jorse, desplazándose hacia Sergio y Edy—. Tú eres Sergio, ¿verdad? ¿Y tú Edy? Este viejo libidinoso me ha hablado bastante de vosotros.

El apretón de manos de Marta di Jorse no hubiera resultado más fuerte de haberlo dado un minero del mercurio. Como toda ella, su forma de actuar era expansiva, brusca, sin tapujos, y llena de energía. Mientras Grotton, inclinado sobre la mesa, rodeado de jarros de ginebra y de rostros sucios y ansiosos, iba explicando sobre un burdo mapa la distribución de las fuerzas y el sistema de marcha, Marta di Jorse daba vueltas alrededor de ellos, bebía del vaso de uno y del otro, empujaba a un hombretón con la cadera, se escapaba cuando una peluda mano quería agarrarla, contaba una procacidad con la misma tranquilidad con que Edy limpiaba la vajilla, y encendía los mismos cigarros de hoja que fumaba el Capitán Grotton. Para Sergio, acostumbrado a la tranquila y modosa Edy, el contraste resultaba mucho mayor...

En varias ocasiones, Sergio pudo sentir como los ardientes ojos de Marta di Jorse se fijaban en ellos dos, que aun permanecían juntos en una esquina de la mesa, escuchando las atropelladas explicaciones del Capitán Grotton... La mirada de Marta di Jorse, aparte de intensa, parecía mostrar una peculiar curiosidad, y una singular penetración, como si les llegase al fondo del alma...

Sergio cogió la mano de Edy, y la mantuvo asida mientras el Capitán Grotton seguía perorando. Ya se habían olvidado de la invasión de África, y ahora todos, embaulando trozos de pernil y buenos tragos de licor, que Edy apenas tenía tiempo de servirles, recordaban tiempos pasados, batallas lejanas y expediciones a lugares de los que sólo había regresado la mitad de los que partieran. Entre el humo del tabaco, el vapor de la cerveza y el visqui y los puñetazos en la mesa, rostros barbudos sonreían, juraban y se las prometían muy felices.

Una vez más, mientras permanecían silenciosos, y un poco retirados, Sergio sorprendió fija en ellos la penetrante mirada de Marta di Jorse. Como decidiéndose de una vez, la mujer se dio un latigazo en las botas con la fusta, enderezó la pistola y el largo cuchillo que llevaba en la faja y se acercó a ellos.

—Tienes una casa muy bonita, Edy —dijo— aunque esta pandilla de cerdos te la está dejando hecha un asco —señaló al rayado suelo—. ¿Quieres enseñarme el piso de arriba? Tú, Sergio, a ver si consigues que no se coman ni beban todo lo que tenéis...

—En aquellos tiempos —decía el Capitán Grotton— vivías una semana con un céntimo, y la gente era trabajadora y honesta, como yo. No hacían como ahora, que en cuanto quieres algo, hala, al médico y a sacar sangre... y menos mal que está limitada a un año. Pues recuerdo al viejo Broxton... ¿te acuerdas tú del viejo Broxton, Juana Stone? Ese sí que era un tío bragado y echado palante... Cuando le dimos la batida a los bandoleros de Mac Cara de Palo, se enfrentó él solo con tres tíos... A uno le abrió la barriga en canal, echándole las tripas fuera... A otro lo mató de un tiro. El tercero le clavó el cuchillo en el hombro... «¿Esas tenemos?» dijo el viejo Broxton... Y le agarró por el cuello. Los dos se quedaron en el sitio; el viejo Broxton abierto como un jurel y el otro con el cuello roto...

—¿Y cuando te dio por ir al Norte, Capitán Grotton? —intervino Illona Gómez—. Aquello sí que era frío... allí no había gente, sino unos bichos bien grandes, como mamuts, pero blancos, llenos de pelo...

—Sí; y que chillaban que helaba la sangre en las venas oírlos. ¿Recuerdas, Capitán, que cortamos árboles, hicimos una hoguera como una montaña, y luego empujamos los palos ardiendo en la madriguera de uno de los bichos? ¡Cómo chillaba! Salió de allí ardiendo como una antorcha, y se frió en su propia grasa... A las crías las abrimos en dos, les quitamos la piel, y nos cubrimos con ella... Lo malo fue cuando vino otro, al olor del bicho quemado y de los que habíamos matado, la emprendió con nosotros... Se cargó a Billy el peluquero, a Oscar Cartwright... ¿os acordáis de él? Era bizco y tenía un bigote rojizo... y muy mal genio... y también a la

Abuela Marcos, a Vodka Smith, qué horror, muchachos, qué carnicería...

—Pero nos divertimos —dijo el Capitán Grotton, enarbolando un jarro vacío—. Sergio, muchacho... tengo la garganta seca...

—Deja a Sergio en paz, que tiene que acompañarme... —dijo la ronca voz de Marta di Jorse, desde la escalera...— Mira, Edy, guapa; sírvele por última vez, pero no les des nada más... Tú Sergio, haz el favor de venir conmigo... ayúdame con el caballo, tiene una herradura floja...

—A Vodka Smith no lo mataron los bichos —dijo Amílcar Stone—. Eso es una mentira, Zacarías. Lo maté yo mismo en las cercanías de Moscú, cuando se pasó a la partida del caballero Tauler... Yo mismo le metí un buen plomo entre las cejas, y saltó como un conejo cuando lo degüellan... Llevaba encima tres céntimos, y el sello del doctor La Valeria, a quien había robado y asesinado dos días antes...

Mientras salían al frío exterior, Marta di Jorse, confianzudamente, cogió a Sergio por el brazo.

—Mira; no les hagas ningún caso a estos. Tan pronto son bandidos como se enredan en la primera expedición que se presenta. Somos siempre los mismos, créeme... Bueno; vamos a dar un paseo...

—¿Y tu caballo?

—Deja mi caballo en paz, que no le pasa nada. Yo lo que quiero es hablar contigo... Pero ¿no llevas el rifle, ni nada? Menos mal que llevo la pistola... ¿cómo se te ocurre salir sin armas? Claro que eres un novatillo, un ternero de leche, y te acaban de sacar de la teta hace poco... y no sólo en esto; en todo, encanto, en todo.

—¿Qué estás diciendo?

—Venga, hombre, venga. Camina.

Llegaron hasta una de las pequeñas agrupaciones de árboles frutales, a no mucha distancia del arroyuelo. La melena rojiza y los ojos de Marta brillaban bajo la helada luz de la luna.

—Pero ¿tú no te has dado cuenta de que esa chica está enamorada de ti como... como... una acémila, con perdón? ¿Cuánto tiempo lleváis ahí viviendo los dos juntos?

—Unas tres semanas. Pero ¿cómo...?

—Cállate. Desde luego, tienes algo tú, ¿eh? Tan modosito y tan callado... y a causa de ti, Grotton ha revolucionado a todo el mundo. En Nueva Estoril le quisieron matar cuando rechazó a los hombres que le sobran... ¡Tres semanas! Supongo que la habrás besado.

—Una vez.

—¿Y no te has herniado? Dime... ¿tú la quieres? Sergio movió la cabeza, nervioso. Podía haberle, contestado a la llameante Marta di Jorse que eso no le importaba, que quién era ella para meterse... pero...

—Sí —dijo—. Sí. Pero ¿para qué iba a decirle nada? Dentro de poco nos marcharemos a África, y quién sabe si volveré... y si vuelvo, no sé qué será de mí

después...

—Pues tú conoces a las mujeres tanto como yo soy virgen, vaya. ¿Es que no te das cuenta, pedazo de animal, de que eso a ella no le importa? Ella sería feliz viviendo contigo estos días que te quedan... Si la quieres, volverás, y si te matan... ¿qué habréis salido ganando los dos con tanta miradita triste, tanto cogerse la mano, y tanto lagrimón?

—¿Qué lagrimón?

—Los que ha soltado ella cuando le he sacado todo... O casi todo, en el piso de arriba. Vamos, que estabais enamorados se veía más claro que una rana en un vaso de leche... Pero ¿qué se puede esperar de un mocito a quien ese sinvergüenza de Grotton le ha endilgado la vieja Bessie? Anda, que ya te puedes buscar otro chisme, que con eso... La vieja Bessie tiene el anima desviada, y no se puede acertar con ella a una vaca a tres pasos... Cuatro años lleva Grotton queriendo endosársela a alguien... Hala, vamos, p'allá y ahora mismo se lo dices...

—¿Tú crees que...?

—Que sí, hombre, que sí. Que me lo ha dicho a mí... Está deseando, como tú, que eres más parao que el penco de Grotton... No tengas tanto miedo, encanto, que no es como yo. Ella es una mujer de veras... A mí todo eso me da igual; yo no siento nada. Un poco de peting, bueno, pues sí, pero como se me acerque uno con ganas de jaleo, le meto un culatazo en los morros que... Vamos, que yo me encargo de echar a esa pandilla de gorriones. Y esa es otra... ¿cómo habéis aguantado a semejante manada de cerdos?

—Bueno, pues como iban a ayudarme, yo...

—¡Otra que tal! ¡Como que si no les gustase, te iban a ayudar! Vamos, que como me cayera a mí un hombre como tú, iba dada. Y no te apures, que de esos, dentro de dos minutos... no ves ni las sombras...

Al mismo tiempo que entraba en la casa, de donde salían un ruido y unas carcajadas cada vez mayores, Marta di Jorse se quitó el ancho cinturón de cuero que llevaba, fuertemente adornado con cuadradas cabezas de clavo... El Capitán Grotton se quedó como una estatua, con la boca abierta, cuando el cinturón, con un estampido, restalló sobre la mesa, arrojando vasos al suelo, y casi rompiendo la mano de Andrés Ribaldi. Pero los juramentos de este último se vieron sobradamente sobrepasados por la tonante voz de la mujer.

—¡Venga, camada de marranos, todos fuera! Y tú, Capitán Grotton, ¡ya vale de gorronear y de chupar ginebra a costa de los demás! ¡Ya les chuparás lo que quieras a los mandriles cuando estés en África!

—Oye, Marta, no seas bruta, que nosotros...

—Al que me conteste, o esté aquí cuando cuente tres, le abro la cabeza con el cinturón... Todos sabéis quien es Marta di Jorse... Ya vale de comer y beber como cerdos a costa de estos chicos, que lo que quieren es dormir... Además de que arriba hay un niño durmiendo, y mira, si algo me molesta es despertar a un niño...

—Marta —dijo Illona Gómez, con voz aguardentosa. No le dio tiempo a seguir. Sin más comentarios. Marta di Jorse empezó a utilizar el cinturón a diestro y siniestro. Entre gemidos, protestas, alguna carcajada, y gruñidos en tono bajo, un alud de gente aterrorizada, atropellándose entre ellos, se precipitó hacia la puerta... Al Capitán Grotton lo sacaron arrastrando entre dos, mientras alzaba débilmente una mano y pronunciaba palabras que no lograron oírse. Alguno tropezó en la veranda y los demás pasaron sobre él como una manada de caballos salvajes, jurando y amenazando a Marta, pero huyendo como si les persiguieran las furias...

La mujer, de un empujón, cerró las pesadas hojas de la puerta. Corrió los cerrojos con la misma maña que si estuviera prensando las tripas del Capitán Grotton, y se volvió hacia los dos, con los ojos como carbunclos.

—Y ahora a dormir —dijo—. Ya os podéis marchar p'arriba, que esto... lo han dejado como una cuadra, valiente pandilla de golfos, lo arreglo yo... Vosotros a descansar, que ya es hora... Y no me despertéis al niño...

—¿Decías de verdad lo del niño?

—Mira... para mí el sueño es sagrado. Y cuando era niña, vivía con una vieja, a mis padres los mataron, casi nada más nacer, que no me dejaba dormir... de manera que... ¡Arriba, u os doy a vosotros con el cinturón también! Claro que os gustaría tener una temporada de tranquilidad, para pensároslo bien, pero no tenéis tiempo...

Edy, con los ojos brillantes, cogió una de las velas y subió al piso de arriba, seguida por Sergio. Se detuvieron los dos en la puerta de la alcoba de ella, mientras desde abajo llegaba el rápido trastear de Marta, y algún juramento muy poco edificante.

—¿Tú quieres? —preguntó Sergio, cogiéndola por los hombros, y mirándola a los ojos.

—¿Y tú?

—Claro que sí, Edy... pero sabes... no lo he hecho nunca antes... yo...

Ella le puso un dedo sobre los labios, e hizo un mohín burlón.

—Pasa, y no seas tonto.

Edy cerró la puerta y depositó la palmatoria sobre una pequeña mesa. Había un amplio lecho, cubierto por una colcha de retazos, un suelo de color manteca, brillante, como engrasado, y un pequeño armario de madera roja. A través de la reja de la ventana, entreabierta, llegaba del exterior un vaho cálido, algunos lejanos reniegos, y el confuso pataleo de los caballos.

En este momento Sergio sentía dentro de sí un amor, una atracción tan profunda hacia Edy, que le causaba dolor. La acercó a sí y puso su boca sobre la de ella. La joven contestó a su beso con una energía y un deseo que Sergio no esperaba, ciñéndose a su cuerpo, pasándole las manos por el cabello.

—Hace ya días, Sergio... días. Lo he deseado mucho. No dijeron nada más. Edy se quitó la ropa bajo la chisporroteante luz de la vela, y permaneció allí de pie al lado de la cama, dejando que él admirara la belleza de sus amplios pechos, la curva de sus

caderas... con un brillo sensual y divertido, mientras Sergio, un tanto torpemente, se desnudaba a su vez.

—Anda, acuéstate.

Permanecieron un rato los dos juntos, bajo la ligera sábana, sintiendo al lado el calor del cuerpo del otro. Sergio la atrajo hacia sí, y ella, con lentitud, le besó de nuevo... y condujo sus manos sobre sus senos, sobre su vientre...

Aunque me vaya, ahora, Edy, no te dejaré, volveré, te lo aseguro...

—No pienses en eso, cariño... no pienses en eso ahora. Sergio no supo en qué momento el acogedor y blanco cuerpo que había a su lado pareció estar en todas partes, ser como una cálida envoltura protectora que le libraba de todas sus preocupaciones, sumiéndole en una sensación de paz nunca antes sentida. Sólo que el mero hecho de pronunciar el nombre de ella, de sentirla a su lado, de sentirse deseado a su vez, de percibir los tibios brazos enlazados a su cuello le borraba de la mente las odiosas imágenes del pasado, la rabia, la desesperación, el rencor...

Más tarde, Edy se dio cuenta de que había lágrimas en el rostro de él.

—¡Estás llorando! ¿Qué te pasa?

—Nada, Edy, nada... Porque eres una mujer... solamente por eso...

Oyeron los pasos de Marta di Jorse al dirigirse a la otra habitación, al fondo del corredor. Por la ventana entraba un ligero frescor; en el exterior, los hombres, las mujeres y los caballos habían callado.

—Bueno; se lo debemos a ella...

—Es una extraña mujer —dijo Edy—. Me gustaría conocer su historia.

Sergio se sintió alcanzado por un pensamiento repentino.

—Oye... ¿qué pasará con el niño? ¿Tú crees que...?

—A mí me parece que nada... Lo mejor es decírselo claro, ¿no te parece? De todas formas, creo que no pasará nada. No sabes cuantas veces me ha preguntado si podía llamarte papá... A esa edad los niños olvidan... No se acuerda del pobre Hermán.

—Y tú, ¿te acuerdas de él?

—No podré olvidarle... pero no tiene que ver. Lo nuestro es distinto... es otra cosa... ¡Oh, estáte quieto, fresco!

—Bueno, antes te gustó... ¿no?

Sergio se despertó para ver que aún era de noche y que la vela, casi agotada, crepitaba, lanzando una azulada columna de humo. Iba a apagarla, cuando vio que Edy estaba despierta, con los ojos llenos de felicidad. Fijos en él...

—¿Sabes? —dijo Sergio—. No hemos comido eso...

—¿El qué?

—Verdellones.

—¡Ah, ya! ¿Acaso te importaría, si...?

—No, Edy. Te aseguro que no... Oye, ¿no te parece que hemos sido muy tontos los dos...? Sobre todo yo...

—Ahora puedes recuperar el tiempo perdido... Ella colocó la cabeza en el hueco del cuello de Sergio, y él pasó un brazo bajo su cuerpo, rodeándola. Poco después, cuando Edy se durmió, hizo un esfuerzo para retirarlo, porque aunque la postura fuese muy bonita, y agradable, se le había dormido el antebrazo. No obstante, dio media vuelta, acercándola a él en una posición más cómoda. Un grato cansancio y una ligera somnolencia volvieron a invadirle; la vela lanzó una chisporroteo final, y se extinguió. Había un silencio absoluto en la noche. Ni siquiera se movía una hoja. Se sentía invadido de una fuerza nueva, de un vigor inesperado ante la sensación potente de la felicidad que estaba proporcionando a otro ser humano.

Del bosque vino un alarido suave y prolongado, como el de un animal recién nacido al que se martiriza. Sergio tuvo un sobresalto; por un segundo le había parecido ver un resplandor repentino que iluminaba la noche. Edy se despertó...

—¿Te pasa algo?

—No; nada, cariño. Duerme.

Durante unos momentos Sergio aguzó el oído. Edy dormía plácidamente, con un brazo sobre el cuello de él, los juveniles pechos apoyados contra su costado... y un nuevo quejido, a la vez desgarrador y suave, casi inaudible, vino del bosque, fue aumentando, sumándosele otros, hasta formar un coro de dolor casi insoportable... Los caballos patearon en el exterior, hubo un espantado relincho, y el silencio de nuevo.

El sol entraba por la ventana cuando Sergio volvió a despertarse. Se había acostumbrado a calcular la hora por la altura del disco solar, y se dio cuenta de que era muy tarde. Aun aturdido, vio que Edy, al lado suyo, dejaba sobre la mesita un jarro de café y unas galletas.

—¿Por qué no me has despertado?

—Dormías tan a gusto... Anda, desayuna. Hoy no trabajarás... tienes que estar conmigo.

—Buenos días —dijo Marta, entrando, sin ceremonias—. Ahí está todo esto.

Y dejó a los pies de la cama el rifle magnético, la mochila, la roñosa Bessie y el sombrero de cazador africano.

—¿Qué? ¿Fue bien?

—Muy bien... gracias, Marta.

—A mí no me las deis; si no organizo esto, a ver donde iba a dormir yo. Marta di Jorse duerme en el suelo si hace falta, pero, habiendo una buena cama, no. Y no podía echar al niño ni a Edy de su casa, con que... tú dirás.

—Ni tú misma te crees eso...

—Bueno, bueno. ¿Dónde puedo enganchar algo de comer?

—Abajo, si es queda algo de anoche...

—Lo dudo, pero...

Marta di Jorse salió, dejándolos a solas.

—¿Sabes —dijo Sergio, comiéndose una galleta— que eres mucho más animada

de lo que yo creía? No esperaba esto; tan tranquila y modosa se te ve...

—Bueno —contestó Edy, riéndose— hay cosas que no se saben, ¿verdad? ¿Sabes tú que roncas, cariño?

—¿Yo?

—Sí, tú. Pareces un aserradero...

—Pues vaya... no lo sabía.

Cuando Sergio salió al campo, armado con la vieja Bessie y con ánimo de practicar un poco, vio que el grupo del Capitán Grotton había engrosado con dos hombres más. Se habían marchado a un centenar de metros, organizando un desordenado campamento, de donde llegaban discusiones y relinchar de caballos.

Había alguna nube en el cielo, enturbiando el limpio azul de los últimos días. A veces, el disco solar quedaba oculto tras un espeso nubarrón plomizo, y algo como una sensación de oscuridad y tristeza descendía sobre los campos. A lo lejos, humeaban las chimeneas del laboratorio de Mansour, y a Sergio le pareció ver que un pequeño grupo de guerrilleros, con jarras en las manos, encabezados por el Capitán Grotton, un Capitán Grotton diminuto, trastabillante, como un hombre que anduviese a ciegas por el fondo del mar, se aproximaban al laboratorio.

«Buena acogida os espera», pensó, y un recuerdo vivido vino a su memoria... «Edy, Edy». Sentía deseos de volver a la casa de piedra y verla de nuevo... Se dio cuenta de que se encontraba molesto sin tenerla cerca, sin ver aquellos ojos tan extraordinariamente expresivos.

Perezosamente, entró en el bosque, y se detuvo junto a un manzano silvestre para cargar a Bessie, con todo el lento proceso de la pólvora, el taco, la bala, y el pistón. Estaba introduciendo la oxidada baqueta en su alveolo cuando vio algo que yacía en el suelo, más al interior... Se aproximó, y pudo contemplar disgustado y asqueado, el cadáver retorcido de un elfo. El pobre ser yacía sobre la espalda, con el cuerpo de color ceniza, y las alas arrugadas y cubiertas de escamas negruzcas. Mientras lo miraba, hubo como una lenta explosión en el interior del inmóvil cuerpecillo, una disgregación cada vez más rápida, hasta que en forma de escamas de un repugnante tono gris, sólo quedó un polvoriento residuo.

Disgustado, Sergio concluyó de introducir la baqueta y continuó caminando hacia la parte más espesa del bosque y hacia el lago. A pocos pasos, pudo ver el cadáver de otro elfo, y también una bola de pelos blancos y negros, con un rostro deformado caído sobre la hierba. Le costó trabajo reconocer un chester, ya que el sedoso y sonriente animal que viera unas semanas antes era ahora sólo una masa húmeda y casi sin forma.

Estaba comenzando a recordar los suaves alaridos de muerte que oyera la noche anterior, cuando llegó al lago. Los bordes de éste estaban cubiertos de una repugnante nata marrón, que las leves ondas acunaban contra la orilla, sedimentándolas lentamente en los pequeños guijarros. Con un hediondo ¡plop!, surgió del centro del lago una masa castaña, groseramente circular, reticulada, con un color muerto, que se

deshizo en círculos de podredumbre. Solamente los radios transversales y los restos de reticulado permitieron a Sergio reconocer el cadáver descompuesto de una náyade... De pronto, su mente empezó a funcionar velozmente. Los pobres animales muertos, la electricidad, un brillo repentino entre los arbustos más lejanos... Se tiró al suelo, y en ese mismo momento, algo, con un ruido seco se empotró en la corteza del roble que había estado tras él. Rodó rápidamente a un lado, intentando encontrar refugio tras un tronco caído, y nuevamente se hundió algo en el suelo, a un palmo de su cabeza, levantando un surtidor de tierra... Escalofriado, Sergio se dio cuenta de que estaban disparando contra él con un rifle magnético...

Trató de distinguir algo entre el follaje lejano, y alzó un poco la cabeza. En rápida sucesión, y con el más absoluto silencio, como era característica del arma que disparaba, tres proyectiles se hundieron profundamente en el tronco carcomido que le protegía, y otro pasó silbando a poca altura. Era inútil pensar en defenderse con la sucia Bessie; la roñosa arma no podía competir con un rifle magnético ni en alcance, ni en potencia, ni en rapidez de tiro...

La única solución era huir. Totalmente aterrado, Sergio intentó deslizarse detrás del tronco, tratando de alcanzar un macizo de flores escarlatas a corta distancia. Sintió como si le arrancasen la piel de la frente, y durante unos segundos perdió el sentido... Cuando volvió a darse cuenta de las cosas, un líquido espeso y caliente chorreaba por su rostro; levantó una mano, y casi no pudo contener un grito al sentir la profunda rozadura que tenía en una sien... La sangre, muy despacio, latiendo profundamente en la herida, continuaba manando. Sergio permaneció inmóvil, durante unos segundos más, durante unos minutos... quizá durante horas.

El rifle magnético no había vuelto a disparar. Sin embargo, en el silencio del bosque, oyó claramente el crujir de pequeñas ramitas. De algo había de servirle el llevar más de un mes en la tierra. Conocía bastante bien los ruidos del bosque, y aquel sisear lento, como un arrastre, alternado con ligeros chasquidos, no podía ser más que una cosa: una persona acercándose lentamente, con muchas precauciones. Muy despacio, sintiendo que la vida le iba en ello, comenzó a alzar el pesado cañón de Bessie, apuntándolo ante él. Tenía el dedo en el gatillo, y ¡maldición!, no recordaba ahora si había colocado o no el pistón en el oído... Se hubiera movido tratando de ver si la pequeña capsulita de cobre brillaba bajo el percutor, sobre el mugriento cañón del arma, pero no se atrevió. Los pasos sonaban cada vez más cerca, más cautelosos, si cabía. Una figura alta, vestida con un traje de goma negra, se cernió sobre él; oyó una respiración ansiosa; vio el cañón estriado y el gran cargador gris de un rifle magnético similar al suyo, y alzando la mano con la vieja Bessie, apretó el gatillo... El estampido le ensordeció, y la culata se clavó en la tierra... «Sí tenía pistón —pensó histéricamente—, sí puse el pistón...». La figura negra había caído hacia atrás, catapultada por el enorme proyectil casi a quemarropa, y yacía sobre la hierba, con los brazos abiertos, el rifle magnético a un par de metros de distancia...

Sergio, tratando de limpiarse la sangre con las manos, se incorporó torpemente. Sentía un dolor perforante en las sienas, como si le estuvieran clavando un clavo a través del cerebro. Tuvo tiempo de ver un gran boquete en el traje negro, y palpitantes borbotones de sangre roja saltando del taladrado torso. Algo se nubló en torno a él...

No supo cuanto rato había permanecido inconsciente. Al despertar, vio que yacía en el mismo sitio, con la vieja Bessie cruzada sobre las rodillas, y el cuerpo negro, inmóvil, en el mismo lugar. Sintiendo que todo le daba vueltas, se levantó, apoyándose en el roñoso fusil como si de un bastón se tratase, y se acercó al arroyo. Se lavó la cara, dejando que los hilos sanguinolentos de agua mezclada con sangre siguieran la corriente, y bebió un trago. Tenía la boca completamente, seca, y antes de levantarse volvió a beber con ansia...

Estaba más despejado cuando alzó la capucha negra que cubría el rostro de su enemigo. Era una mujer. Una cabellera rubia se extendió por el suelo, manchándose con el charco de sangre que había empapado la hierba. Tenía un rostro desvaído, casi sin expresión, y a través de los párpados semicerrados se adivinaban unas pupilas azules, vidriadas. Unos labios finos como cuchillas de afeitar, descoloridos, dejaban escapar un grumo de sangre casi negra.

—Ya sé de dónde vienes —dijo Sergio, en voz alta—. Te han mandado de arriba... ¿verdad? Se han dado cuenta de que no estoy allí... ¿cuánto hará de eso? Pero te ha costado encontrarme... ¡maldita seas, tú y quién te mandó!

Le sobrecogió la idea de que la muerta no hubiera venido sola, y comenzó a cargar apresuradamente a Bessie, cuando se dio cuenta de que tenía algo mejor a su disposición: el rifle magnético de la asesina.

—Y tu nave... la causa de la muerte de esos animales. ¿Dónde estará?

Una absurda asociación de ideas le hizo recordar la propuesta que hiciera al Capitán Grotton sobre la fundición de un cañón. No había vuelto a decir nada de ello, y a pesar de que no tenía las ideas muy claras, se dijo que tenía que hablar con el Capitán sobre el particular. Algo comenzaba a ver claro en ese asunto del cañón.

La herida había vuelto a manar sangre, con más lentitud aun cuando el dolor de cabeza había desaparecido. Se la vendó con el pañuelo, sintiendo como el burdo tejido se empapaba rápidamente en el rojo líquido.

Allí, más adelante, al otro lado del lago... Algo grande y plano, de color cobre, relumbraba débilmente entre los breñales. Se acercó, manteniendo el rifle ante sí. Trataba de evitar los ruidos característicos de una persona no acostumbrada a caminar por el bosque; por ello, antes de colocar el pie en el suelo, examinaba cuidadosamente el mismo, para evitar cualquier pequeña rama o cualquier guijarro que pudiera producir un ruido. Logró deslizarse silenciosamente entre los arbustos, hasta llegar cerca del gran objeto de color cobre.

Era un disco de unos seis metros de diámetro, que iba engrosando desde el delgado borde hasta una protuberancia en el centro, cubierta con un cockpit de cristal

templado, ahora abierto y volcado a un lado, sobre el casco. Conocía aquel tipo de aparato; era una vedette de las tropas del Asteroide; un vehículo rapidísimo, para un solo tripulante. Normalmente llevaban números de serie, y un complicado utillaje externo para la extracción de muestras; pero en este caso unas raspaduras no disimuladas demostraban que los números de serie habían sido raspados, y unas placas y tirantes perforados ponían de manifiesto el lugar donde había estado el profuso conjunto de garfios, cucharas y barrenos normalmente utilizados para extraer trozos de cualquier cuerpo celeste con objeto de analizarlo, y eso sin necesidad de salir al helado espacio exterior.

A pesar de que ahora tenía la certeza casi absoluta de que en este ingenio no podía haber bajado de la Ciudad más que una sola persona, Sergio no abandonó sus precauciones. Sabía perfectamente quién había enviado a aquella pálida asesina; pero a pesar de eso, registró el interior de la vedette. No había absolutamente nada que permitiera identificar el origen exacto, o la finalidad del aparato. Un botiquín portátil, que aprovechó para colocar sobre su herida una buena capa de coágulo artificial, y una venda limpia, unos cargadores de repuesto, y provisiones carentes de identificación, ya que eran las raciones normales de una vedette de este tipo. Había también un aparato de radio, pero desde luego, no intentó siquiera conectarlo.

Tomó un par de píldoras energéticas, de las contenidas en el botiquín, y al cabo de unos segundos le pareció que una nueva fuerza irradiaba del centro de su cuerpo. Sin fiarse, volvió a donde yacía el cadáver, y lo arrastró hasta la vedette. Procedió a registrarlo, quitándole para ello toda la ropa; pero tampoco encontró nada. Ni documentos de identificación, ni órdenes escritas, ni siquiera una carta o una fotografía. Con cierto esfuerzo, arrojó al interior de la nave el traje de goma negra, la capucha y las botas... Después, inclinándose sobre el piloto automático, lo estudió cuidadosamente. Desconectó el desviador de masa, y colocó en su lugar varios limbos graduados y un par de palancas. Después, con un esfuerzo, levantó el feble cuerpo blanco que dejó un rastro de sangre oscura al resbalar sobre el caparazón metálico y lo dejó caer de cualquier manera en el asiento de pilotaje. Dio el contacto al piloto automático, que comenzó a zumbar suavemente, y cerró la semiesfera de cristal templado, que encajó en su lugar con un ruido seco.

Sabía lo que iba a pasar ahora. Durante siete horas, el aparato permanecería inmóvil en el mismo lugar, sirviendo de tumba a una mujer desconocida. Transcurrido ese tiempo, los sensibles mecanismos del piloto automático operarían sobre los motores antigrav, y el aparato se levantaría lentamente sobre el suelo, en mitad de la oscura noche que aún tardaría en caer. Poco a poco iría tomando velocidad, encaminándose rectamente hacia el sol, gastando en ello hasta el último gramo de la energía acumulada en las baterías... Desconectado el desviador de masa, no habría fuerza humana que le impidiese caer en la ígnea masa gaseosa del astro solar, desapareciendo allí para siempre...

—Buen viaje —dijo, antes de marcharse—. Y recuerdos a tu señor y amo...

Espero saber cumplir con él a mi vez...

Al regresar permaneció unos instantes contemplando como la repugnante nata marrón iba disolviéndose en las ondas del lago. Los cadáveres de los elfos habían desaparecido, y de no haber él sabido donde estaban, le hubiera resultado difícil identificar el exiguo polvillo gris que una pequeña brisa arrastraba. En cuanto al chester, parecía haber ido disminuyendo de tamaño, hasta ser solamente una bolita arrugada, a la que el aire arrancaba mechones de pelaje. Le molestaba ver las manchas de sangre en la hierba, y sin saber muy bien por qué, arrojó agua sobre ellas con su cantimplora, tomándola del arroyo, hasta que fueron apenas visibles. Después, dirigió una mirada a su alrededor; de no ser por el relumbrar cobrizo que casi no se distinguía entre los brezos, podía haberse pensado perfectamente que allí no había sucedido nada.

Justificó su herida diciendo que se había caído; que no era nada. Pero le costó un poco de trabajo convencer a Edy de que, ahora que estaba vendada, más valía no tocarla. Por la noche tuvo una ligera fiebre, y se acostó pronto, sintiéndose un tanto escalofriado, si bien muy caliente y abrigado en la amplia cama de Edy. Muy tranquilamente, el pequeño Hermán vino a darle las buenas noches, y Marta permaneció sentada a su lado un rato, contándole, con el pretexto de entretenerle, horribles historias de sangre, expediciones, luchas y matanzas. Eso hasta que Edy, con una energía inesperada, le dijo a la otra que les dejara en paz, cosa que Marta di Jorse hizo de buen grado, sin manifestarse ofendida en lo más mínimo. El olor del apestoso cigarro que la mujer había estado fumando permaneció durante un buen rato en la alcoba... Se encontraba cansado ahora que el efecto de las píldoras energéticas se había ido, pero eso no fue obstáculo para que, cuando el tibio cuerpo de Edy se situó junto al suyo, sintiera la misma pasión tranquila que la noche anterior...

—No te encuentras bien, Sergio. Es mejor que duermas...

—Bueno; pero me voy a encontrar peor si me estoy aquí quieto, mirándote...

Hubo un momento en que miró su reloj, pensando que casi se había olvidado de que lo llevaba puesto... Aunque era un instrumento totalmente innecesario en esta tierra, ahora sí que le era preciso para seguir con atención los movimientos rítmicos del segundero... Edy dormía. Vio pasar algo como un resplandor blanco sobre el caserío en el momento en que las siete horas se cumplieron. Suspiró, dio media vuelta, y se durmió a su vez.

Se daba cuenta de que no le quedaban muchos días. En el momento en que la carreta, conducida por Amílcar Stone, llegase de Abilene, el primer capítulo de la historia entre Edy y él se cerraría por completo, y nadie podía saber si ese capítulo tendría una continuación. Quiso comentarlo con la muchacha, pero encontró la misma respuesta:

—Por favor, no lo digas. No quiero que pienses en eso ahora...

Le preocupaba dejarla sola allí. Trató de convencer a Marta di Jorse para que no fuera a la expedición, y se quedase allí, con Edy, pero la mujer se le rió en la cara, y

le contestó con tal cantidad de barbaridades, que no se le ocurrió volver a pedirselo.

—Anda, ternerillo... no te preocupes —dijo ella, más tarde—. ¿No ves que están ahí cerca Mansour y sus hijos? Para cualquier cosa que hubiera, los tendrías aquí en un momento... Y además, yo no me pierdo lo de África, por nada del mundo, así me corten en trozos...

Y Marta sacó el cuchillo de monte de su bota, y procedió a afilarlo cuidadosamente.

—¿O es que te crees que ella no sabría defenderse, hombre? Con una casa de piedra, rejas, un buen fusil de dos cañones y gente cerca, yo no dejo virgo vivo en dos kilómetros a la redonda... Y a ver si cambias a Bessie por otro chisme...

—No; a Bessie me la quedo... No es tan inútil como tú te crees. Se la dejaré a Edy, de recuerdo...

Parecía que estos últimos días pasaban con más rapidez que los días normales. Y el final llegó bruscamente, cuando Edy y él aun no habían tenido tiempo de acostumbrarse del todo el uno al otro.

Una tarde, casi al anochecer, hubo un coro de aullidos en el campamento de Grotton... Cuando Sergio se acercó pudo ver una nube de polvo aproximándose, en la que apenas se distinguía la pesada masa rectangular de una carreta y tres jinetes cabalgando junto a ella. Sintió en la suya la mano de Edy; la miró. La joven temblaba y tenía la vista vuelta hacia otro lado, como si no quisiera ver nada.

El chirriante vehículo, tirado por dos robustos caballos, se detuvo entre alaridos y gemir de ejes. Amílcar Stone no venía solo; aparte de los tres jinetes, un anciano, encorvado, cubierto con una manta, con un rifle extraordinariamente largo entre las piernas, se hallaba sentado junto a él, en el banco del conductor.

—¡la-juuuu! —gritó uno de los hombres—. ¡El abuelo Jones, nada menos!

—¡Muchachos, ahora sí que es seguro que esto sale bien! El Capitán Grotton se acercó pausadamente.

—Vaya, abuelo Jones... no te esperábamos.

—Pues no os vais sin mí —dijo el viejo, con voz cascada y chillona—. No señor...

Los tres jinetes caracoleaban al lado de la inmóvil carreta; eran dos hombres, uno rubio, joven, corpulento, con rasgos un tanto bovinos; el otro algo mayor, con el pelo negro... y una mujer, de rostro atezado, mal cubierto con una ancha pabela de tejido basto.

—Mira, Capitán Grotton —dijo la mujer, con agudo tono—. Mi padre está loco... se ha empeñado en marcharse contigo y con esa pandilla de locos que llevas a correr aventuras...

—Esta es mi hija, Hepzibah —dijo el abuelo Jones, riéndose cascadamente—. Y mis yernos, Zebulón y Jorge... Los muy tontos se han creído que me van a convencer para que no me marche con vosotros...

—¡El abuelo Jones da buena suerte! —berreó Illona Gómez—. Si va él todo

acabará bien...

—Y un cuerno da buena suerte, el abuelo Jones, zarrapastrosa —gritó Hepzibah.

—¿Qué me has dicho, tú, so, so... gallina?

—Basta, chicas —gritó Grotton, con un inesperado vozarrón—. Haya paz. Tú, abuelo Jones, ¿tú crees que estás en condiciones de...?

—Mira, Grotton —dijo el viejo, agudamente—, que aún te puedo cortar algo de lo que llevas entre las piernas... Pero ¿es que creéis que no estoy hartos ya de plantar cebollas y de fabricar cuchillos...? No; y estos —señaló a sus parientes— ni siquiera me dejan salir de caza yo solo... Tengo muchos años ya, eso sí es verdad, pero a ver si hay cualquier joven de los que veo ahí que sea capaz de hacer lo que yo... Además, necesitáis un cocinero y si no sirvo para otra cosa, serviré para eso...

—Pero, padre... —dijo Hepzibah Jones—. Pero, padre... queremos que estés con nosotros... Zebulón, Jorge... por favor... decídselo vosotros; a mí no me hace caso...

—Bueno; abuelo... —comenzó Jorge, mientras el bovino Zebulón miraba a todas partes un poco asombrado.

—Ni abuelo, ni porras —dijo el abuelo Jones—. Si a mí me quedan pocos años de vida, hija mía... ¿Crees tú que prefiero quedarme en un sillón el resto de mis días? Ni hablar... para lo que me queda, prefiero pasármelo bien, y si he de acabar ya, que sea al aire libre, bajo el sol, con un rifle en las manos, y oliendo a pólvora...

—Oye, Hepzibah —cortó Grotton—. Yo no me meto en asuntos familiares; de manera que decididlo vosotros... Bien nos vendría un buen cocinero, y el abuelo Jones lo es...

—¡Y da buena suerte!

—Eso; y da buena suerte; eso también es verdad; no lo puede negar nadie. Si quiere venir, que venga; en la carreta hay sitio para él y para el conductor...

—La puedo conducir yo mismo. Capitán Grotton —dijo, venenosamente, el abuelo Jones—. Que no soy un inútil aún... ya no te acuerdas cuando te salvé la vida en Monterrey, ¿verdad? ¡Desagradecido, asqueroso! Así me pagas lo que hice por ti...

—Oye, abuelo Jones, menos genio... que aquí no se olvida nadie de nada... Habla tú con tu gente, y a nosotros, dejadnos en paz. Tú, Amílcar, acércate; a ver si lo has traído todo...

El grupo del abuelo Jones se acercó a la carreta, mientras Amílcar bajaba, con un papel en las manos. El eco de la animada discusión, cortado por las hirientes réplicas del viejo llegaba hasta ellos, mientras Grotton, dificultosamente, iba comprobando con su porrudo dedo los suministros apuntados en el papel.

—No sé qué pensé yo de encargarme un cañón... —dijo el Capitán, pastosamente.

—Bueno... —intervino Sergio—. Mejor dejar lo del cañón. Al fin y al cabo, algunos de estos, dentro de unos meses, les dará por hacerse bandidos; si ven un cañón, y hacen uno ellos, los demás tendrán que hacerlo también para defenderse, y

querrán hacerlo más grande... Y los otros querrán uno más largo y de mayor alcance... y hará falta maquinaria especial, y una fábrica mayor y más personas trabajando en ella... No, no. No sería buen wu-wei.

—Pues algo me dice que tienes razón —rezongó el Capitán Grotton—. Oye chico, por un momento me has parecido un Profe, tú también... Ojalá lo fueras... no vendría nada de mal traer un Profe wu-wei... vaya. Bien está todo esto, Amílcar... ¿Qué pasa contigo, abuelo Jones?

—Que me quedo, ¿qué te creías? Hala, adiós, hijos... Ya volveré dentro de un par de meses o así...

—Si vuelves, padre, no aparezcas por casa —chilló Hepzibah Jones, dando la vuelta a su caballo—. ¿Qué dirán los vecinos? Mira los Jones, como les molesta el abuelo, lo han mandado fuera, a que lo maten... Nos has deshonrado, padre... No quiero verte más... ¡Qué vergüenza, un anciano honrado, con esa pandilla de ladrones...!

—¡Lárgate, histérica, y que te aguante quien pueda! —berreó el viejo Jones, alzándose sobre la carreta, apoplético.

—Pero, Hepzibah... —comenzó Zebulón.

—Tú a callar —chilló la mujer—. Vamos, Jorge, Zebulón... vámonos a casa... y que todos sepan que yo no tengo padre...

—¡Viva el viejo Jones! —gritó un coro de voces roncadas, encabezadas por Illona y Zacarías Gómez—. ¡Hip, hip, hurra!

Con una mirada asesina, Hepzibah Jones tiró de las riendas de su caballo, y, seguida por Jorge y Zebulón, partió hacia el horizonte, envuelta en una nube de polvo. Durante unos segundos se distinguieron las tres siluetas, la de la mujer azotando al caballo con la fusta; luego, la nube de polvo las ocultó.

—Mañana, al amanecer, partimos —dijo el Capitán Grotton—. Escuchadme, gente. Ya sabemos... en fin, os voy a decir lo de siempre. Aquí nadie manda a nadie... pero ¿os obligáis vosotros mismos a obedecer mis órdenes mientras la expedición dure?

—¡Nos obligamos! —gritaron todos, incluyendo a Sergio.

—Pues vale. Abuelo Jones, que te ayuden Amos y Zacarías. Asegura la carga. Todos los demás, limpiad el armamento, revisad las municiones y los animales... repasad el atalaje, las cantimploras, los cuchillos... que todo esté a punto mañana. El que no lo tenga en orden se queda aquí. Nadie llevará alcohol de ningún tipo, salvo el que va en la carreta para casos de apuro... Al que le coja ginebra o visqui encima, lo mando de vuelta... Mañana al amanecer, todo a punto.

Había habido una clara variación de clima entre los guerrilleros. El Capitán Grotton ya no era el compañero con el que se podía beber y bromear; ahora era el jefe, y su indudable ascendencia sobre los hombres quedó demostrada por el hecho de que no hubo una sola protesta, ni la más mínima broma.

—¿Te marchas? —dijo Edy, en voz muy baja.

—Ya lo sabías... tenía que llegar... pero te prometo que volveré...

Edy no contestó. Se volvió de espaldas y comenzó a recoger los platos...

Marta los miró a los dos, alternativamente, sin asomo de burla en sus ardientes pupilas.

—Yo me voy a dormir —dijo—. Además, me parece que aquí estoy estorbando...

Aquella noche Edy no dijo una sola palabra. Se amaron intensamente, y en más de un momento, Sergio encontró el rostro de la joven cubierto por las lágrimas. Hubiera podido decirle: «¿No te das cuenta de que yo tampoco quiero irme...? No me lo hagas más difícil, por favor...». Pero tampoco él dijo nada. Cuando la claridad gris del alba naciente, unida a un ligero soplo casi helado, comenzó a entrar por la ventana, quiso levantarse sin despertarla, pensando que tal vez fuera mejor así, que nada iba a solucionarse con verse un poco más y hablar un poco más. Pero ella, en silencio, encendió la vela, y se sentó en el borde de la cama, mirando a la pared, la blanca espalda vuelta hacia él...

—¿Por qué no lo olvidas todo y te quedas?

—No puedo, Edy... te juro que no puedo...

—¿Por qué es tan importante el que vayas a África...? ¿Qué es lo que quieres hacer?

—No puedo decírtelo.

Se acercó por detrás y le pasó las manos por los brazos, suavemente; después, le cogió los pechos, y la besó en el cuello. Ella no reaccionó, como si no sintiera nada. Sergio sintió una vez más el aroma frutal de su pelo, el limpio perfume a jabón que exhalaba su cuerpo, y que le había condicionado de tal forma, que no podía sentirlo sin pensar en Edy...

Terminó de vestirse. Tomó el rifle magnético y repasó rápidamente los cargadores grises; por un momento, viendo uno que era distinto de los demás, de un oscuro tono dorado, y algo más largo, pensó en dejarlo allí. Al final, decidió llevarlo consigo. Se caló el sombrero de cazador africano, cargó con su mochila...

Ella permanecía sentada en el mismo lugar, inmóvil, mientras fuera comenzaba a oírse pateo de caballos y voces somnolientas.

Se acercó y se arrodilló en el suelo ante ella. Edy tenía los ojos cerrados y sobre las mejillas resbalaban las lágrimas.

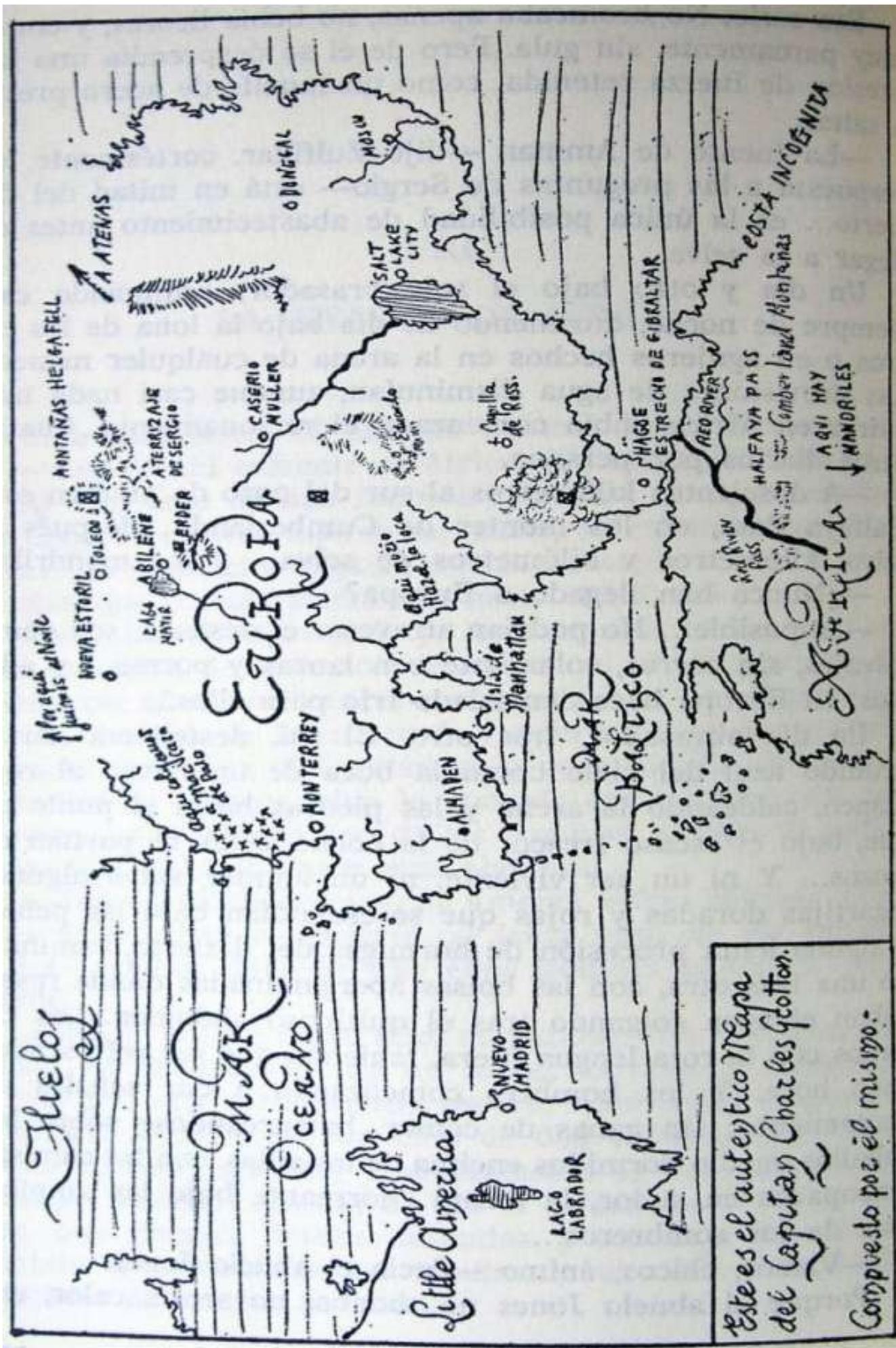
Intentó besarla; ella volvió la cara a otro lado...

—Adiós, Edy —dijo él, desde la puerta—. Volveré.

Ella no se movió.

—Adiós, Edy.

Sobre el campo, el bosque, el riachuelo, las verdes hojas y los medio dormidos guerrilleros se extendió el primer lanzazo dorado del sol saliente. Sergio hizo un gesto triste con la cabeza, y salió al exterior.



## VIII

### LA INVASIÓN DE ÁFRICA

Unos días antes, el Capitán Grotton había dicho:

—Eso de ahí enfrente es África. Ahí están los Mandriles. Al otro lado de una límpida extensión de agua verdosa, de unos doscientos metros de ancha, se extendía una costa árida, sin vegetación alguna, mezcla de arena blanca y rocas pardas, que parecía extenderse hasta el infinito...

Ahora habían atravesado ya, tras muchos trabajos, la amplia extensión de desierto que constituía la salvaguardia del continente africano. Tras las tres semanas de viaje hasta Hangoe, la recogida de los cuarenta y ocho hombres y dos carretas que esperaban al Capitán, y la construcción de grandes almadías de troncos, vino la travesía del estrecho, sin problemas... aun cuando uno de los hombres se cayó al agua y hubo que pescarlo entre gran algazara.

—Todo depende del pozo de Ammán —dijo Zulfikar, mientras atravesaban el desierto, al lento paso de los caballos y las carretas, dejando tras ellos grandes nubes de polvo pardo.

Zulfikar era un negro alto, musculoso, con la misma suavidad de movimientos de un felino. Llevaba el cráneo cubierto por una corta melena oscura, tiesa como si fuera de alambre. Armado con un rifle de dos cañones, y un largo sable curvado, parecía, y seguramente lo era, un enemigo temible. Grandes ajorcas de oro le ceñían los robustos brazos, que siempre llevaba desnudos, y una faja de seda escarlata le permitía portar fácilmente el sable y un ancho machete de mango de latón.

Era serio. No bromeaba apenas, no bebía licores, y comía muy parcamente, sin gula. Pero de él se desprendía una impresión de fuerza retenida, como un muelle de acero presto a saltar.

—La fuente de Ammán —dijo Zulfikar, cortésmente, en respuesta a las preguntas de Sergio— está en mitad del desierto... es la única posibilidad de abastecimiento antes de llegar a la selva.

Un día y otro bajo el sol abrasador, caminando casi siempre de noche, durmiendo de día bajo la lona de los carros o en agujeros hechos en la arena de cualquier manera. Las provisiones de agua disminuían, aunque casi nada más entrar en África había comenzado el racionamiento. Cuatro litros diarios por persona.

—A doscientos kilómetros al sur del pozo de Ammán está Halfaya Pass, en los montes de Cumberland... después la selva, kilómetros y kilómetros de selva... y los mandriles.

—¿Nunca han llegado a Europa?

—Imposible... No podrían atravesar el desierto, son como salvajes, sin carros, solamente con lanzas y porras... y además, en Europa hace demasiado frío para

ellos...

Un día abrasador, tras otro. El sol, destellando en el bruñido azul del cielo como la boca de un horno al rojo blanco, caldeando la arena y las piedras hasta el punto de que, bajo el escaso frescor de la noche, estas se partían en trozos... Y ni un ser viviente, ni un animal, salvo algunas lagartijas doradas y rojas que se escondían bajo las peñas, y alguna lenta procesión de hormigas del desierto, caminando una tras otra, con las bolsas apergaminadas donde reservaban el agua colgando tras el quitinoso abdomen. Los caballos con la roja lengua fuera, teniendo que ser refrescados cada hora. Y los hombres comenzando a dar señales de agotamiento; sin ganas de comer, balanceándose sobre los caballos, medio dormidos encima de las sillas, con las camisas empapadas en sudor, la frente chorreante bajo las amplias alas de los sombreros...

—Vamos, chicos, ánimo —decía el abuelo Jones. Porque el abuelo Jones no sudaba, no sentía calor, era capaz de pasar con la mitad de su ración de agua, y tenía un apetito envidiable.

—¡Carne salada para todos!

Nadie quería comerla. La obsesión continua era el agua, el agua... y el pozo de Ammán. A lo largo del inmutable desierto, la columna de hombres, caballos y carretas se alargaba, trazando limpias sombras negras sobre la arena, subiendo dunas, bajando a pequeños valles arenosos, atravesando chotts completamente secos, con un rastro de moribunda vegetación, llena de espinas, en sus orillas...

Los pañuelos sobre la boca se llenaban de polvo, que entraba también en las orejas, en los ojos, y en los mecanismos de los fusiles. El reloj de Sergio se estropeó, y no volvió a funcionar.

—Cavad, cavad si queréis dormir frescos —gruñía el abuelo Jones, por las mañanas—. ¿Alguien quiere pastel de harina y carne salada?

Aunque no era cierto que la carne fuese salada, sino simplemente seca al sol, nadie aceptaba más que unos pocos bocados, que pasaban difícilmente a través de las gargantas reseca. Al amanecer, el Capitán Grotton echaba mano de uno de los borboteantes barriles y distribuía la ración de agua, con ayuda de un cazo de hojalata...

Había quien no podía contenerse y empezaba a tragar agua, pasando sed el resto del día. Sergio se dio cuenta de lo difícil que era racionársela a uno mismo, con la cantarina cantimplora colgada al costado, y sintiendo unas ansias asesinas de beber, beber, beber...

—¿Y si no encontramos el pozo de Ammán?

—Si no lo encontramos —dijo Marta di Jorse, abriéndose la camisa para que algo de aire le refrescase la piel—, o si está seco, tendremos que volver. Eso lo sabíamos ya...

Y de nuevo el terreno pedregoso, los gritos de Grotton:

—¡Adelante! ¡No os durmáis! ¡Ya falta menos! Porque Grotton, al igual que el

abuelo Jones, parecía hecho de cuero, de piedras del desierto o de cualquier extraña materia distinta de la carne. Recorría varias veces la cansina caravana de un extremo a otro, estaba en todas partes donde era preciso, ponía paz en los ánimos excitados, y no se cansaba. Salía de avanzada con dos o tres de los hombres o mujeres más frescos, y no se cansaba. Y el abuelo Jones se apergaminaba más y más sin perder su mal genio y su enérgica voz como un cacareo.

—¡El pozo de Ammán! ¡Allí!

Era una pirámide de rocas blanquecinas, con dos o tres palmeras escuálidas al lado...

—Hay agua —dijo Zulfikar.

—¿Cómo lo sabes?

—Las palmeras, Sergio... están verdes... Entre las rocas amontonadas había un charco de agua turbia que se derramaba lentamente, perdiéndose entre la arena. Ninguno de los hombres protestó por el sabor del agua, ni por su dudosa limpieza. Acamparon allí aquella noche, hartándose de agua, y por casi primera vez en la travesía del desierto, de comida.

—Y ahora... una semana hasta Halfaya Pass... Hasta allí no hay peligro... después... ya veremos.

—¿Qué piensas? —dijo Marta di Jorse.

—En lo que hará Edy.

—Pues más te vale pensar en lo que harás tú, si no quieres que tu cabeza le sirva de adorno a un mandril.

—Sería un adorno bastante feo; tú quedarías mucho mejor.

—Anda y que te zurzan.

Zulfikar, desnudo completamente, se lavaba con ayuda de una pastilla de jabón casero que había extraído de su bolsa. Les dirigió una sonrisa, mientras continuaba enjabonándose.

—Mira el limpio... Yo también me bañaría, pero no me apetece moverme. Este calor me aplana —dijo Marta.

—El abuelo Jones resiste muy bien —comentó Sergio.

—¿Ese? Está hecho de hierro.

—Su hija no le trató muy bien...

—No te preocupes. Cuando vuelva, le recibirá llorando a lágrima viva. Es una consentida; hija única, malcriada, y con todos los caprichos. La abuela Jones ya murió, no pudo tener más hijos...

—¡En pie! —gritó el Capitán Grotton—. ¡Bueno; so vagos...!, ¿queréis dormir eternamente?

Halfaya Pass. Desde unas horas antes, la extensión de montañas rocosas, hispidas y cortadas a pico, con sombríos tonos amarillos y ocre, sembrados de oscuras

oquedades, extendiéndose a ambos lados hasta el infinito, era perfectamente perceptible para la cansada caravana. El agua que cargaran en el pozo de Ammán se había corrompido en algunos barriles, a pesar de lo cual el líquido fangoso y maloliente se había conservado para el caso de que no hubiera otra cosa. Pero no fue preciso: Halfaya Pass estaba allí, a la vista.

Y era un lugar con una clara y potente aura maléfica. Quién sabía si ese aura emanaba de los oscuros orificios de las rocas, de las amenazadoras murallas de peñascos, o del estrecho desfiladero que rasgaba los amarillentos farallones... Pero era así, sin ninguna duda.

—Mal sitio —dijo el abuelo Jones—. Ojalá no estemos mucho aquí.

Pero no todos estaban tan frescos y descansados como él aparentaba estar. Ocho días más de desierto, después de la travesía hasta el ojo de agua del pozo de Ammán, se habían acumulado sobre cansancios y fatigas anteriores. En vano eran las bromas del robusto Capitán Grotton, que continuaba recorriendo la polvorienta caravana de arriba a abajo, y tratando de dar ánimos a todos.

—El abuelo Jones y él son casi indestructibles —había dicho Marta di Jorse—. Si por lo menos consigues tu maldita piedra de luna...

—Pero... ¿es posible que esto os divierta? —preguntó Sergio.

—No sabes tú cómo, guapo.

Y Marta di Jorse, mientras su caballo castaño, con los remos blancos, continuaba adelante, hundiéndose en la arena, le había tirado un pellizco cariñoso.

Las carretas se detuvieron en la misma entrada del desfiladero, del que salía una lenta columna de aire frío. La sensación de malignidad latente era allí más fuerte que en ningún otro sitio.

—¡Situadlas en círculo! ¡En círculo! —gritó el Capitán Grotton—. ¡Marta, Sergio, el Zurdo! ¡De descubierta a través del paso!

El Zurdo Ribas era un hombre bajo de estatura, ancho de hombros, con una barba negra tan cerrada que daba la impresión de que no se había afeitado en su vida. Tenía una frente, estrecha en la que el pelo áspero nacía a un dedo de distancia de las cejas, bajo la cual lucían dos ojitos pequeños, malsanos y brillantes como dos brasas. Causaban una impresión de fuerza hercúlea, mal contenida, capaz de avasallar a cualquier ser humano o animal. No hablaba apenas. Sin embargo, dirigía unas miradas profundamente salaces a los pechos de Marta, protuberantes como pequeños obuses ceñidos por el sudor a la negra blusa.

Había oscuros agujeros en las rocas ocres de Halfaya Pass, de los cuales surgía un viento curiosamente helado, y también un extraño ronquido, como si algún animal dormitase allí. Ni siquiera se les ocurrió entrar en uno de ellos; tal era la sensación maligna, sucia, repugnante, que surgía de las profundidades. A su lado, mientras caminaban lentamente, mirando a todas partes, pasaba la rugosa superficie de la roca, mostrando ligeras manchas de humedad rezumante en algunos sitios. El suelo era llano, de una arcilla casi blanquecina, sembrada de matojos secos y de guijarros

redondeados de color gris.

—¿Falta mucho? —preguntó Sergio.

—El paso tendrá unos cuatrocientos metros, según ha dicho el Capitán —contestó Marta—. ¿Preocupado?

—No es muy agradable este sitio —respondió Sergio, mirando hacia lo alto, a la estrecha tira de cielo azul que se distinguía entre las murallas de roca.

—No lo es —dijo el Zurdo Ribas, en un alarde de elocuencia.

El paso daba vueltas, serpenteaba, trazaba curvas, sin que el final apareciera. Marta se detuvo repentinamente, con el fusil terciado, los llameantes ojos fijos en las alturas.

—He oído algo —dijo, con un hilo de voz.

Permanecieron quietos, sintiendo como las gotas de sudor resbalaban por la frente y por el pecho, con sensación de cosquilleo en el vientre. Hubo un ligero chasquido en las alturas. Después, una peña redonda, grande como una carreta, se deslizó sobre uno de los bordes, y cayó rodando al fondo, entre un gran retumbar de ecos y de piedras sueltas...

—Eso no ha caído solo —dijo Sergio.

—No —contestó Marta, mirándole con fijeza—. No, guapo. Pero no esperarías un comité de recepción, ¿verdad? Vamos, hay que seguir...

Pasaron junto a la roca caída, pegándose casi íntimamente a las peñas del murallón... Nada volvió a oírse en las alturas. No obstante, a la sensación de malignidad propia del desfiladero se había sumado otra; como si algo, o alguien estuviera observándoles...

El final de Halfaya Pass era brusco, cortándose a pico los murallones de piedra sobre un terreno en el que comenzaban a aparecer algunas matas verdes. Al hallarse a mayor altura, la vista sobre el conjunto de la selva mostraba claramente una espesísima masa vegetal, en la que no se distinguía ni un solo átomo de tierra. Una ligera bruma húmeda pesaba sobre el arbolado cada vez más denso, ocultando el horizonte.

—Ahí está la selva, Sergio —dijo Marta di Jorse, agarrándole por el brazo—. Mira... Kovalsky Station...

Eran las ruinas de una casa. Se distinguían perfectamente los restos de los muros de piedra, la chimenea aun enhiesta, algún poste de madera clavado en el suelo... Se acercaron. Marta rascó un poco el suelo con sus espuelas; surgió algo negro como carbón.

—A Nick Kovalsky le dio por vivir aquí... —dijo—. Ya ves. Ideas raras que tiene la gente. Tranquilo parecía el sitio... nadie pensaba que hubiera peligro. Esto fue cuando yo era niña, o quizás antes de nacer... no lo sé. Lo oí contar a la vieja Kate, la que me recogió... Bueno; para qué alargarlo. A Nick Kovalsky y a sus mujeres e hijos los mataron los mandriles, o lo que fuera... La expedición siguiente encontró la casa quemada, y los cadáveres de todos... Cazaron dos o tres bestias raras, peludas,

que caminaban como hombres, y hablaban algo. Tenían el hocico azul. Les llamaron mandriles... Y esa fue la primera noticia. Nadie más vino a vivir aquí...

—No me extraña —contestó Sergio.

—Volvamos —peroró el Zurdo Ribas.

En vista de sus informes, el Capitán Grotton mandó cuatro hombres, entre ellos Illona Gómez, al otro extremo de Halfaya Pass, con instrucciones de montar guardia y disparar en caso de emergencia. Además de eso, montó otro retén junto a las carretas. Unos cuantos leños resecos sirvieron para encender una hoguera, y el abuelo Jones se divirtió un horror cocinando caliente.

—¿Quién quiere sopa de carne, bollos y guindas de postre?

Esta vez sí que tenían hambre. Cenaron juntos Sergio, Zulfikar y Marta, y después, Sergio intentó por enésima vez limpiar su reloj. Afortunadamente, el calendario funcionaba todavía, a pesar de que el cronómetro se hubiera detenido. Se durmió tranquilamente, pensando que cada vez necesitaba más horas de sueño. Al principio de su estancia en la tierra, había tenido bastante con siete, como en la ciudad. Después esta cantidad había aumentado lentamente, y ahora no se conformaba con menos de nueve. Pero a todos los demás les parecía que dormía poco, pues era rara la persona que dormía menos de diez horas.

—¡Despierta! —gritó Marta.

Estaba casi sentada encima de él, con las caderas de muchacho rozándole y el pesado busto inclinado sobre su rostro.

—A estas horas no me apetece —dijo Sergio, medio dormido.

—¡Qué más quisieras tú! ¡Levanta, hombre! ¡Chaves Hocico Largo ha huido!

Había un gran revuelo en torno a la hoguera, y el Capitán Grotton, violáceo de ira apostrofaba acremente a Zacarías Gómez, que se hallaba de centinela.

—¡Estúpido, animal! ¿Para qué estabas ahí, hijo de un mandril? ¿En qué estabas pensando, imbécil?

Al parecer. Chaves «Hocico Largo», después de apoderarse de varias cantimploras de agua, y de una buena ración de provisiones, había cogido su caballo y huido hacia el desierto.

—A mí me lo había dicho varias veces —dijo Anna Feodorov—. Esto no le gustaba; quería marcharse y hacerse bandolero...

Realmente, Chaves «Hocico Largo» no se había llevado nada importante; lo peor era el mal humor que se les puso a todos al pensar que, lo mismo que Chaves había salido, había podido entrar algo mucho más dañino.

Y ya no hubo forma de dormir. El abuelo Jones, muy contento, canturreando por lo bajo, preparó un repulsivo brebaje al que calificó de café, aunque tenía más de migas de pan seco, harina tostada y salvado, que café. Fue recibido con grandes gritos de protesta, que fueron prontamente acallados por el Capitán Grotton...

—Está bien —dijo el Capitán Grotton—. Vamos a olvidarnos de ese marrano, y a ver si organizamos esto... Somos en este momento cincuenta y nueve personas. No

todos vais a venir hasta el templo... ¡Callad, animales! ¡Eso ya lo sabíais! Veinticinco vendrán conmigo; de los treinta y cuatro restantes... ¡He dicho que os calléis, so bordes! Digo que de los treinta y cuatro restantes, veinte con Trekopoulos como jefe, y dos carretas, se quedarán aquí... Los otros catorce, con el Zurdo Ribas... acércate Zurdo, y a ver sí entiendes el mapa... ¿Ves? Tú te coges una carreta, y sigues las montañas hacia el oeste... allí, a unos trescientos kilómetros de aquí, hay otra brecha en el muro... el desfiladero del río Rojo... Acampas allí, y esperas. A mitad de camino, más o menos, si este mapa no miente, hay dos fuentes... las fuentes del Hombre Muerto... allí puedes reponer agua...

—¿Por qué todo este lío? —preguntó el abuelo Jones, con mal talante.

—Porque tú no has pensado, abuelo Jones —dijo el Capitán Grotton— en que cuando tengamos que retirarnos, es fácil que haya que elegir un camino distinto de por donde hemos ido... ¿Se te ha olvidado el oficio? Situando al Zurdo Ribas en el desfiladero del Río Rojo, podemos volver por allí... ¿está claro? Bueno; ya lo verás, porque como vas a venir con nosotros de cocinero...

El río corría, torrentoso y negro, rozando las ramas de los grandes árboles que se inclinaban sobre él. Había allí un calor húmedo, muy distinto del abrasador horno que había sido el desierto; pero quizá por ello, la sensación de ahogo y de fatiga era superior. Aneberg, inquieto, con los furiosos ojos fijos en la negra corriente, se resistía a pasar...

El abuelo Jones, subido en su carreta, que tras muchas discusiones había conseguido llevar consigo, miraba también con desconfianza el presunto vado, donde las negras aguas saltaban y ondulaban, formando densas espumas, con un aspecto amenazador.

—Pasa tú, Marcus —ordenó el Capitán—. Y ve con cuidado.

Marcus, espoleando su caballo, comenzó a atravesar la espumeante corriente. Llevaba en una mano un largo machete, cuya hoja brillaba débilmente bajo los escasos rayos de sol que atravesaban las espesas ramas. Poco a poco, el caballo, tras algún caracoleo espantado, comenzó a introducirse en las oscuras aguas.

Los demás, quietos en la orilla, lo miraban con atención. De cuando en cuando, una mano se levantaba para aplastar un tábano o uno de los innumerables mosquitos que zumbaban, carnívoros, en torno a la patrulla. Sergio se abanicó con el sombrero de Edy, pensando en que no lo hubiera reconocido, lleno de sudor, arañazos y roto en varios sitios. Tras cinco días de selva todos tenían un aspecto similar, con los trajes desgarrados, sucios, barbudos, y llenos de picaduras de insectos. Y al parecer todavía no había llegado lo peor, puesto que la carreta, con algunas dificultades, había conseguido llegar hasta allí.

Marcus estaba sumergido casi hasta la cruz, con el pencho bajo él, manoteando apresuradamente, y haciendo movimientos rítmicos al sacar fuera el cuello. Hubo un trepar apresurado, un chaparrón de espumas, y caballo y jinete salieron rápidamente del agua, resbalando los cascotes del animal en los cantos rodados del fondo.

—Zacarías, Amílcar... id allá —dijo el Capitán Grotton, pasándose la mano por la barba—. Tú, Marcus, mira a ver que hay por ahí.

Al otro lado, la densa masa de lianas, enredaderas, troncos cubiertos de verdín, grandes flores de aspecto amenazador, derramaba un olor a podredumbre vegetal, y emanaba la continua sensación de que algo, oculto tras las anchas hojas, les vigilaba sin cesar...

—Vamos todos allá —dijo Grotton—. ¡Mete la carreta, abuelo!

Instintivamente, Marta y Sergio se aproximaron. En los últimos días se habían acostumbrado a caminar uno al lado del otro, a dormir juntos, y a compartir la comida. La verdad era que Marta, sin tener la inhumana resistencia del Capitán Grotton o del abuelo Jones, tenía un vigor y una fuerza poco comunes. Era una excelente compañera para esta clase de viajes.

La carreta se hallaba casi a mitad del río, con el agua hasta los ejes, cortando la corriente en dos olas coronadas de espuma, como un chato barco semihundido, cuando una onda monstruosa se levantó río arriba a unos cien metros del vado.

—¿Qué es eso?

La negra onda se abrió descubriendo un espantoso rostro oscuro, casi tan grande como la misma carreta, con dos protuberantes ojos carentes de párpados, una frente semejante a la proa de un barco, y un pronunciado hocico, que al abrirse, como en un bostezo, descubrió una triple hilera de colmillos... Tras el abominable y gigantesco rostro, surgió del río, de la misma forma que si fuera una isla vomitada a la superficie por una erupción volcánica, un torso redondo, casi inimaginable en tamaño, cubierto de aletas y púas...

—¡Aprisa —aulló el Capitán Grotton volviendo atrás y colocándose entre los hombres que atravesaban el río y el gigantesco animal! ¡Daos prisa con la carreta, hombres! ¡Vosotros, los de la orilla, tened los rifles preparados, pero no disparéis!

El monstruo abrió más la boca y lanzó un horrendo berrido, que hizo temblar la tierra. Después, muy despacio, comenzó a avanzar hacia el vado...

—¡Fuego! —gritó el Capitán Grotton.

Tres disparos surgieron de los rifles de Marcus, Zacarías y Amílcar, y debieron hacer blanco porque el enorme animal se alzó sobre una especie de bultos traseros, similares a aletas, y lanzó un nuevo aullido, más estruendoso que el anterior.

Todo estaba sucediendo a la vez, sin orden y concierto, y sin que apenas la vista pudiera registrar los diversos acontecimientos. El monumental bruto negro precipitándose hacia la carreta, con gran atronar de espuma y agua, y lanzando olas de líquido legamoso sobre todos ellos; los caballos relinchando con espanto y encabritándose; Anna Feodorov cayendo de la silla al barroso líquido; Aneberg extendiendo su largo cuello y sus iracundos ojos hacia el monstruo, dando un par de saltos increíbles, y situándose casi en la orilla opuesta; la carreta encallando entre dos rocas a causa de los saltos y corcoveos de los espantados caballos de tiro; las nubes de humo de los disparos y el sordo detonar de los rifles...

—¡Sal de ahí, abuelo Jones!

—¡Quitaos de en medio...!

—¡Fuego!

Sergio echó pie a tierra, sacó el rifle magnético y descargó una tras otro, todos los disparos de un cargador en el rostro de la bestia. No parecieron hacer mucho efecto; solamente uno de los enormes ojos dejó de brillar, estallando como una fresa madura, y soltando un líquido blanquecino... En ese instante había varios hombres y mujeres que habían caído de sus caballos. El animal, con una larga zarpa, asió uno de los pencos que corrían entre las ondas, echando espuma por el hocico, y lo aproximó a la amplia boca; hubo un angustioso relinchar, un pataleo y el caballo desapareció...

Sergio vio que la cabeza del espantoso ser acuático, ahora con la velocidad y potencia de una negra locomotora a toda marcha, se lanzaba sobre la semivolcada carreta, seguramente porque era lo más grande que había a la vista. Vio a Marta di Jorse, desmontada, braceando torpemente en el agua a unos diez metros del carromato... Apresuradamente, introdujo otro cargador, y volvió a descargarlo entero sobre el animal... Chorros de sangre parda caían de los farallónicos costados, sin que la bestial carrera se detuviese, entre un rebullir y un chapuzar de caballos, hombres y cajas entremezclados, revueltos y trufados en la espuma legamosa del vado. El agua, como inquieta, se alzaba en bultos y combas sobre su nivel normal, como si del fondo del río surgiera un ciclópeo borbotear...

—¿Adónde vas? ¡Vuelve aquí!

Sergio no hizo caso. Se metió en el río, y dio saltos entre la espuma, tratando de acercarse a Marta. Cuando lo consiguió la bestia negra acababa de chocar con la carreta con un topetazo desafortunado, haciéndola pedazos y lanzándola con caballos y carga, a la parte más profunda...

—¡Agárrate, Marta!

Un tirón, e hicieron pie los dos. A poca distancia de ellos pasó un muro negro, como el costado de un buque de guerra, exhalando un potente olor a barro y a plantas submarinas... Desde la orilla continuaban llegando disparos, y las nubes de humo impedían casi la visibilidad. Sobre el revuelto río flotaba una bruma azulada, que escocía los ojos y las narices con su olor acre, característico de la pólvora. En el agua había papeles quemados, algunos de ellos lanzando chispazos todavía, restos de tacos mal consumidos...

Mientras Sergio, agarrando a Marta por un brazo, conseguía sacarla a la orilla, al lado del confuso revoltijo de hombres y caballos espantados, el monstruo, en su último impulso, fue a encallar doscientos metros más abajo, después de pasar como una apisonadora sobre los despedazados restos de la carreta...

Durante unos momentos, los supervivientes se quedaron en silencio, contemplando el desastre, los cadáveres de los caballos despanzurrados, vomitando olas de sangre en la revuelta corriente, los cuerpos inmóviles de hombres y mujeres que flotaban aún en el río, siendo arrastrados por las rápidas aguas negras...

Quedaban diecinueve, con once caballos, entre ellos Aneberg. Se habían salvado el Capitán Grotton, el abuelo Jones, y Amílcar Stone... Habían desaparecido Anna Feodorov, Zulfikar, y otros más... En cuanto a las provisiones y municiones de repuesto, amén de medicinas y otros implementos existentes en la carreta eran totalmente irrecuperables...

—Y sólo... acabamos... de empezar —dijo Marta, con la respiración cortada—. Bueno... Sergio... muchas gracias.

—¿Por qué, mujer? No iba a dejar que ese bicho se comiera a una chica tan guapa como tú.

—¡Ay, encanto! —dijo Marta, intentando sonreír—. Como que... no le hubiera... dejado a otro... meterme mano... como tú has hecho.

—Es que aún hay clases. Marta...

—Sí, guapo. De frescos y de aprovechados, hay varias... Sergio hizo un movimiento de cabeza un tanto burlón al contemplar los desgarrados pantalones de montar de Marta, que dejaban ver la carne en varios sitios, el cinturón con cabezas de clavo, cubierto de légamo... la frondosa melena rojiza y el llameante rostro llenos de barro y despellejaduras...

—No me mires tanto —dijo ella—. Si tú estás hecho una facha, también...

Y era verdad. La chaqueta y el pantalón de caza estaban rotos en varios sitios, aunque afortunadamente había salvado el rifle y las municiones.

—He perdido el fusil y el cuchillo —dijo Marta—. Menos mal que aún tengo la pistola...

—¡Bueno, muchachos! —gritó el Capitán Grotton—. Reunid aquí lo que os quede de alimentos, de armas y de todo...

La selva seca había dejado lugar a un pantano continuo, de poca profundidad, pero lleno de un espeso limo verdoso que les llegaba a las rodillas. Caminaban por él, entre juramentos, llevando de la brida a los caballos supervivientes. Tres de ellos habían muerto, entre convulsiones, después de ser picados por unos gruesos insectos negros, semejantes a grandes abejorros.

—Esto no es nada, chicos —dijo el abuelo Jones—. Si hubierais estado en la travesía a pequeña América... ya veríais cosa buena...

—¡Cállate, viejo! —gruñó Amílcar Stone. Era evidente que el pobre Amílcar no se encontraba bien. Tenía el rostro cerúleo, la respiración rápida, y tosía con frecuencia. Lo mismo que los demás, sufría violentos aunque poco duraderos ataques de diarrea. Sergio hubiera querido aliviarle, pero le era imposible. La carga de la pistola inyectora se había agotado un par de días antes, cuando gastó todo su contenido en inyectar a los expedicionarios. Y no le quedaba ni una sola de las medicinas que bajó de la Ciudad. También él se sentía escalofriado y tembloroso, y se veía obligado a detener la marcha para vaciar su dolorido estómago...

De vez en cuando surgía del pantano una islilla diminuta, de barro apelmazado, cubierta de plantas llenas de púas. La humedad continua del lodazal no era menor allí, pero por lo menos podían hacerse la ilusión de que estaban en seco.

Las pocas provisiones salvadas del desastre del río Negro comenzaban a escasear. Afortunadamente el agua no faltaba, aunque fuese turbia, maloliente y de repugnante sabor.

Poco a poco, obedeciendo la orden del capitán Grotton, se derrumbaron todos en una especie de masa de barro verdoso ligeramente elevada sobre el légamo del lodazal. Por todas partes, sin interrupción, se extendía el mismo tipo de árboles; unos troncos amarillentos, que se abrían a ras de lodo en una ancha masa de raíces, las cuales se sumergían, como las patas de una araña, en la hedionda masa líquida.

Con sonidos viscosos, los agotados guerrilleros comenzaron a extraerse las botas, muchas de las cuales estaban deshechas y abiertas como bocas de cocodrilo. Pies grandes, juanetudos, blancos por la continuada inmersión, comenzaron a salir a la tenebrosa luz del pantano...

—Marta, Sergio, Marcus... —dijo el Capitán Grotton—. Hacedme el favor de avanzar un poco, y batir la zona... No sea que tengamos una sorpresa... Tú, abuelo Jones, coge esa lavativa tuya y vigila... Trae las provisiones, Amílcar; haré el reparto...

Marta, Marcus y Sergio se levantaron trabajosamente, sintiendo que no podían hacer un solo movimiento más, y volvieron a meterse en el fango, que les recibió con un ruido de succión. Caminaron cansinamente, con las armas preparadas, Marta delante, los dos hombres separados unos metros a cada lado, todos ellos mirando desconfiadamente la chorreante vegetación.

Algún bicho serpenteante pasaba bajo el agua, trazando un canal de ondas en la superficie... Al principio, se habían preocupado, pensando que pudiera tratarse de algún animal dañino; pero luego, en vista de que nada sucedía, perdieron el miedo.

En la espesura se oían cacareos y gañidos... Un pajarraco multicolor, con gran pico anaranjado, pasó saltando de una rama a otra, lanzando desagradables gañidos y mirándoles con dos ojos de color turquesa. A lo lejos, entre dos troncos, hubo un repentino borbotear, y una columna de lodo se alzó hacia arriba, entre gran batir de barro y hojas y rápidas visiones de dos colas escamosas y dos hocicos dentados peleándose entre sí.

—Mirad eso —dijo Marta.

Había una islilla seca más adelante. Y era verdaderamente seca, no un montón de barro esponjoso, como la que ocupaba en este momento el resto de la pandilla.

Se acercaron... No sería más grande que una habitación de no mucho tamaño, pero estaba seca. Seca de verdad, y con algo de hierba débil y amarillenta creciendo en ella...

—Sergio —dijo Marta—. Tú te quedas aquí... Marcus, vete por ese lado; yo iré por el otro... Mucho cuidado los dos.

—Y tú. Marta.

—Y yo. Volveremos aquí... no vayas a asustarte y disparar... Y no te duermas.

Entre chapoteos. Marta y Marcus desaparecieron, cada uno en una dirección. Sergio se sentó en mitad de la isla, con el rifle cargado y montado. A su alrededor continuaban los gañidos de los pájaros, algún rugido lejano, el cacareo de aves a las que no logró ver, un chillido agudo y penetrante de cuando en cuando, que tampoco se sabía de dónde salía... Mirando a los lados, vio que una débil corriente circulaba rozando la islita por uno de sus costados; se acercó y se arrodilló en la orilla. Era un canal de agua casi transparente, que discurría entre el légamo, trazándose dentro de él un camino separado... Nunca supo el momento en que se quedó dormido. Le pareció oír voces, de un bajo profundo, no muy lejanas.

—Ahi t'nes uno. M'talo.

—No q'uerdo. Q' vaya el p'qño.

—Yo no voy. M' mata.

—No tiene r'fle. Cog'lo.

—Tu p'dre que v'a a ir. Yo no voy.

—Te corto los h'vos.

—Si qu' tiene r'fle. V'monos.

Hubo un gruñido oscuro, bajo de tono, distinto a los que antes emitiera la selva. Poco a poco, y cada vez más velozmente, Sergio recuperó la conciencia. No se movió. Entreabrió los ojos, y vio, a quince metros de distancia, semisumergidos en el légamo, tres bultos oscuros, muy desiguales de tamaño. No se les distinguía muy bien entre las entrelazadas ramas, pero pudo ver que eran peludos, oscuros, y con grandes cabezas provistas de un hocico azul colmilludo que se proyectaba hacia adelante.

—'e un hombr'.

—No. 's un' muj'r.

—Pero's bu'no para com'r. Cog'lo.

—No qui'ro. V's tú.

Tenían largos brazos cubiertos de una atroz pelambreira negra. Durante unos instantes, siguieron las discusiones en voz baja y bestial, cortando torpemente las palabras.

—M' coge y m' mata.

—P's no com'm's.

Sergio hizo un movimiento involuntario. Hubo un rebullir entre las ramas. Cuando se levantó, con el rifle a punto, las figuras negras habían desaparecido. Se sentó de nuevo, aterrado por la impresión de fuerza y brutalidad que se desprendía de las figuras peludas.

Algo ágil y suave se deslizaba por la transparente corriente de agua, surcándola lentamente, apenas sin movimiento, y sin remover el légamo del fondo. A pocos pasos de Sergio, surgió del riachuelo una cabeza redonda, cubierta de suave pelaje gris oscuro. Era un animal, del tamaño de un perro grande. Tenía dos grandes ojos

pardos, protegidos por largas y sedosas pestañas, y un cuerpo esbelto y movedizo, como si no tuviera huesos. Colocó dos zarpas acolchadas sobre la orilla y permaneció mirando a Sergio.

—¿Qué eres tú? —preguntó Sergio.

—Soy una cellisa —dijo el animal, con agradable voz de tenor.

Y antes de que Sergio pudiera sorprenderse, el animal, de un salto, retrocedió y se metió en el agua. Durante unos segundos Sergio pudo ver una sombra gris-parda que se desplazaba velozmente por el fondo de la corriente; después, nada.

—¿Qué era eso? —dijo Marta, dejándose caer a su lado—. Parece que se ha asustado al verme...

—¡Hablaba! —dijo Sergio—. Dijo: «Soy una cellisa...».

—No me digas que te ha hablado... Esas sólo hablan con los Profes... No sabía que hubiera aquí también... ¿Ha pasado algo?

Sergio explicó lo de los bichos negros de hocico azul, callándose lo de que se había dormido.

—Pues si el Capitán Grotton no se equivoca, encanto, eso son los mandriles. De manera que estamos encima de ellos... Anda, deja que me apoye en ti...

Permanecieron los dos en silencio, escuchando la cacareante, crujiente y sonora selva. No se oían voces sobre el chapoteo del agua y los gritos de los animales. De vez en cuando, el taladrante chillido agudo helaba el corazón.

—¿Y Marcus?

—Aún no ha vuelto.

—Ayúdame a subir a ése árbol.

Patalearon en el barro hasta un tronco sin ramas, más grueso que los otros. Sergio se inclinó un poco para que Marta pudiera apoyarse en él, y mientras la ayudaba a subir, un poco en broma, le pasó las manos por los muslos que el destrozado pantalón dejaba al descubierto. La mujer emitió un sonido oscuro, pero no dijo nada.

—No lo veo —dijo Marta, desde la primera rama—. Bájame.

Al ayudarla, Sergio volvió a repetir la maniobra, esta vez un tanto en serio, y sintiéndose, ligeramente excitado. Tampoco Marta se opuso ni soltó ninguna de las procacidades que acostumbraba. Por el contrario, cuando estuvo en el suelo se adosó a él.

—Me salvaste la vida en el río —dijo—. Y ni siquiera te lo he agradecido...

—Ni hace falta, mujer.

—Eres un buen muchacho, Sergio. Dame un beso. Sergio la besó formulariamente, y ella le contestó de la misma manera. Tenía una boca ancha, jugosa, que se acoplaba fácilmente. Caminaron juntos hacia la isla, sin tocarse más.

—Ese Marcus...

—No creo que tarde en venir.

Iba cayendo la noche. En dirección al resto de la patrulla se distinguía un punto rojizo, como un rescoldo. Seguramente los demás, tras mucho trabajo, habían

conseguido reunir el número de ramas suficiente para encender una hoguera.

—El Capitán Grotton va a mandar un par de vuelta a Halfaya Pass —dijo Marta—. Aunque lleguemos al templo, no podremos volver sin provisiones. Creo que la idea es que diez hombres de los que hay en el paso con Trekopoulos lleguen hasta el río Negro con suficientes vituallas... Sino, no llegaremos vivos al Paso.

La oscuridad era casi total. Entre los árboles, en el agua, comenzaron a relucir pequeños puntos fosforescentes. Una nube de mosquitos se levantó del lógamo y comenzó a zumbiar junto a ellos. Trataron inútilmente de espantarlos, hasta que Marta extrajo un bote de su zurrón y se lo tendió a Sergio.

—Úntatelo —dijo—. Es grasa de ciervo... quizá sirva... Sirvió. Los mosquitos dieron vueltas y vueltas alrededor de ellos, zumbando agudamente, pero no les picaron más. Duramente unos minutos los dos permanecieron acurrucados, uno junto a otro, frotándose intensamente con la deslizante grasa de ciervo.

—Sergio —dijo ella, mirándole con intensidad.

—¿Qué pasa?

—Te voy a decir algo que no confesaría a nadie...

—¿Qué es?

—Tengo un miedo terrible...

—Yo también —respondió él, después de un momento de silencio. La rodeó con el brazo, y esta vez no hubo repulsa ninguna por parte de ella. Muy despacio, Sergio dejó que su mano se deslizase por la axila de Marta, pasase entre el torso y el brazo, y rodease suavemente, casi sin sensualidad, el pecho izquierdo de la mujer. Ella no dijo nada, ni cambió de posición...

—¿Te molesto?

—No. Así me gusta... sólo así... pero no que quieran tocarme la flor...

La opulenta curva del seno de Marta tenía unas rugosidades y estrías, como...

—¿Qué es eso?

—Cicatrices; mira...

Marta abrió los restos de la destrozada camisa, mostrando, a la casi oscuridad del crepúsculo dos pechos enhiestos, cubiertos, como el resto del tórax, de una complicada trama de cicatrices, de pequeñas cicatrices, como si los dedos de un niño hubieran dejado sus huellas por doquier.

—¿Cómo te hiciste eso?

—Prefiero no acordarme... Una aventura de hace años... que estuvo a punto de costarme la vida... ¿Te ha hecho olvidar el miedo? ¿Te he gustado?

—Sí.

—Tú a mí también. ¿No piensas ahora en Edy?

—Más que nunca... La veo en todas partes... No sabes cómo la echo de menos.

—Volverás; estoy segura. Volveremos. Era prácticamente de noche; las luciérnagas daban vueltas entre los árboles; negras masas se desplazaban chapoteando.

—¿Y Marcus?

—No sé...

Permanecieron allí hasta que tuvieron la seguridad de que Marcus no regresaría jamás.

Amílcar Stone, delgado hasta parecer esquelético, con los ojos inyectados en sangre, la boca cubierta de espuma, las descarnadas costillas casi atravesando la apergaminada piel, yacía al pie de un retorcido baobad, respirando anhelosamente...

—Me duele... —dijo en un suspiro—. Me duele espantosamente... Matadme, hermanos, por favor...

Quedaban trece, después de que dos partieran para Halfaya Pass, y otros desaparecieron sin dejar rastro. Salvo el desgraciado Amílcar Stone, los demás habían soportado relativamente bien la travesía del pantano, y la caminata por las gargantas rocosas que había a continuación. Según el Capitán Grotton, estaban ya casi en su objetivo. Habían conseguido cazar dos animales mezcla de venado y bisonte, cuya carne había sido devorada ansiosamente, restaurando casi por completo las decaídas fuerzas. Igualmente habían encontrado unos cuantos frutos que el Capitán identificó como comestibles...

Cerca de la cabeza del yacente Amílcar Stone surgía de una roca un hilo de agua cristalina, con un fuerte sabor ferruginoso, y ligeramente tibia. Pero había calmado la sed de un líquido limpio, que los expedicionarios sentían hacía días, y les había permitido lavarse con cierta mesura.

Sentada junto a su hermano. Juana Stone trataba de refrescar la ardorosa frente con un trozo de blusa empapada en el agua del manantial.

—No puedo soportarlo —gimió Amílcar—. No puedo... También Sergio estaba arrodillado junto al moribundo, sintiendo dentro de sí una profunda compasión y un dolor intenso ante el pensamiento de que este hombre, como ya había sucedido a otros, iba a morir por su causa. Había hablado de esto con Marta, y de poco le sirvió que ella dijera que de no haber sucedido aquí, y de esta forma, habría sucedido en otro lugar, y de forma parecida, pues todos ellos no servían más que para eso, para correr aventuras...

Sergio rebuscó una vez más, inútilmente, en su mochila, como si el revolver en ella pudiera sacar a la luz un tranquilizante o un anestésico que sobradamente sabía no estaban allí. Hubiera hecho cualquier cosa por aliviar el dolor de Amílcar... Y además, el no llevar médico con ellos, ni tener idea de lo que le sucedía al pobre hombre, contribuía más a intensificar su pena... Sólo sabía lo que los demás; que el pobre Amílcar había ido decayendo a ojos vistas, y que el dolor leve que al principio sintiera en el pecho era ahora, por lo visto, totalmente insoportable.

El macilento rostro del moribundo hizo un visaje y de los cárdenos labios se escapó un ronco aullido de dolor, acompañado de una oleada de espuma

sanguinolenta...

Juana empapó el espeso sudor frío que cubría la frente de su hermano. Sus ojos se fijaron en Sergio, no con reproche, ni con rencor por haberle traído a morir allí, sino con un profundo dolor por la impotencia de todos. Aquello era mucho peor que morir violentamente a manos de los mandriles.

El grupo, acuclillado, mascando aún trozos de carne, permanecía inmóvil, contemplando la lenta agonía de Amílcar.

Sergio, de pronto, tomó las manos del moribundo. Las sintió viscosas y frías en las suyas; contempló el delgado torso alzarse en lentas y espaciadas respiraciones y se dio cuenta de que la muerte estaba próxima... Notó también claramente el intenso dolor de Amílcar, localizado en el hígado y en la parte superior del estómago... Sintió un ligero vahído, que dominó prontamente. Las cosas, en torno a él, parecían haberse hecho más luminosas. Pensó intensamente en el dolor de Amílcar, en su muerte próxima, y en el dolor de tantos hombres y mujeres, a lo largo de la historia de la humanidad... Percibió, como naciendo en el fondo de su ser, un grande, penetrante, avasallador deseo de tomar para sí los dolores de Amílcar, con tal de que el desgraciado muriera en paz... Y poco a poco, *fue así*. Algo como un fuego vital, como una profunda y atroz corriente de lástima, tan fuerte que casi no era soportable, pasaba a través de sus manos al enflaquecido cuerpo del agonizante. El retorcido rostro de Amílcar recobró poco a poco la paz, mientras Sergio, con lágrimas en los ojos, se sentía desgarrar por el horrendo dolor que poco antes carcomía las entrañas del enfermo. «Lo tomo para mí, con alegría —pensó, dominando su impulso de gemir, de sollozar a gritos—. Por él, por todos, por mí mismo...».

Durante un segundo le pareció que algo nuevo se abría en torno a él, algo más allá de Amílcar, del macilento grupo del Capitán Grotton, de Marta y de él mismo. Algo que daba sentido a todo, y explicaba todo...

El dolor desapareció, de pronto, como cortado con un cuchillo. Bajo sus ojos, con las manos laxas en las suyas, con el rostro en paz, Amílcar Stone reposaba para siempre. Pero Sergio continuó sintiendo en el cuerpo muerto que yacía a sus pies, cómo la lenta acción del veneno vegetal que había matado a Amílcar Stone continuaba espasmódicamente su obra, acabando poco a poco con las vísceras que aún continuaban con un reflejo de vida. Sintió cómo los ganglios aún seguían sus funciones, y cómo la sangre se solidificaba en las arterias... La percepción fue haciéndose lentamente más débil, y el instante glorioso en que creyó haber comprendido muchas cosas, aquel instante que debía casi exclusivamente al contacto con un ser que acababa de morir, perdió vividez, se hizo pálido y desapareció.

Quizá por eso, cuando se puso en pie, sintiendo que las lágrimas resbalaban por su rostro, no se fijó siquiera en el movimiento de respeto de los demás.

Entre aullidos y parloteos, los últimos sobrevivientes del ataque se retiraban.

Atrincherados tras unos gruesos troncos caídos, mal apilados a toda prisa, y tras montones de piedras cubiertas de plantas enraizadas en cualquier grieta, los expedicionarios contemplaban los cadáveres peludos de los mandriles, extendidos por el suelo a su alrededor.

Los rifles humeaban aún, con el cañón al rojo, y los machetes chorreaban sangre. Les habían sorprendido en el borde de la selva, poco después de que Juana Stone, desde lo más alto de un árbol, anunciase a gritos que veía el templo a lo lejos. Surgieron rezongando y parloteando, peleándose entre sí, gruñendo con su profunda voz de bajo, mezclados machos, hembras y jóvenes crías, pero todos armados con porras o con toscas lanzas. Los fusiles, y sobre todo el rifle de Sergio, hicieron una verdadera carnicería entre los mandriles. A veces, uno de ellos, como si no le importase morir, se lanzaba locamente dentro del grupo, para ser muertos a machetazos, derramando sobre la tierra una sangre de un brillante color rojo...

Tenían el hocico largo y azul, provisto de amarillentos colmillos, ojos pequeños y malignos, casi humanos, y exhalaban un hedor repugnante a suciedad, a excrementos y a orina. Los caballos parecían sentir una repugnancia especial ante tales seres, y de los tres supervivientes, dos rompieron las riendas y huyeron, con los ojos fuera de las órbitas, relinchando como niños asustados. Sólo quedó Aneberg, tenso como un arco, con las cuatro patas plantadas sólidamente en el suelo, el largo cuello extendido hacia el enemigo.

Durante unos momentos, los caballos que huían fueron solamente una masa de mandriles amontonada encima de las dos bestias, con brazos peludos que se levantaban y acuchillaban, y hocicos azules, chorreando baba amarilla, que mordían las ancas y los blandos estómagos... Primero uno, después el otro, los dos brutos cayeron al suelo, revolcándose en la agonía, y siendo devorados vivos por la hormigueante masa de mandriles...

Juana Stone cayó con la cabeza abierta de un mazazo; Jeremías, con una flecha en un ojo... En un momento de apuro, el cuchillo de Marta abrió el pecho de una hembra parloteante que había caído sobre la cabeza de Sergio...

La última ráfaga de disparos puso en fuga al resto del salvaje ejército.

—Esperemos —dijo el Capitán Grotton— que esto les haya servido de lección, y que no vuelvan.

Pero todos se dieron cuenta, por el tono de su voz, de que ni siquiera él mismo creía en eso. El Capitán Grotton no era ya más que un fantasma, con el vientre caído en blandos pellejos, sobre el cinturón cada vez más apretado, y los ojos rodeados de profundas ojeras violáceas.

Quedaban diez. Marta di Jorse, el Capitán Grotton, Sergio, el abuelo Jones, Amos Smith, Zacarías Gómez, Magnus Peterson, María Viborg, Janne Bergamo y el Largo Reed. Tres mujeres y siete hombres, con poca pólvora y sin alimentos.

Los mandriles malheridos gemían y gritaban a su alrededor, revolcándose en su propia sangre. Uno de ellos, con las piernas rotas, se arrastró hacia el cadáver de uno

de sus compañeros y le clavó los dientes en el hombro, arrancando un pedazo de carne, que deglutió apresuradamente, los malsanos ojuelos fijos en la patrulla, soltando chorros de baba por ambos lados del hocico azul.

Un espeso parloteo surgía aún de entre los mandriles heridos y de las profundidades del bosque:

—¿Volv' mos?

—Yo no v' elvo. M' cogen y m' matan.

—Esos s' com'n.

—La p' rnc'sa d' ra.

Las lentas voces de bajo se retiraron hacia el fondo del roquedal y dejaron de oírse. Sólo se escuchaba algún bronco gemido entre los cuerpos peludos cubiertos de vivida sangre roja. Uno de los moribundos se retorció sobre la tierra, volvió las nalgas peladas, rojizas, hacia los expedicionarios, y soltó una ventosidad atroz. Después, lentamente, se subió encima de una hembra muerta, y trató torpemente de introducirle un pene grueso como un bastón, violáceo en la punta. Murió allí mismo, sin acabar el acto.

—La luna saldrá dentro de una hora —dijo el Capitán Grotton—. Tenemos el tiempo justo de avanzar, coger la piedra de Luna y retirarnos...

—Siento mucho que por mi culpa... —comenzó Sergio. No pudo seguir. Una mano le tapó la boca, cogiéndola por detrás. Sintió en la espalda el contacto del busto de Marta, y la ancha boca junto a su oído.

—No digas tonterías, Sergio, encanto. ¿No ves que no te hacen caso? ¿Por qué se te ha metido en la cabeza que te guardamos rencor por haber venido aquí?

A través de la oscuridad, pasaron sobre los extendidos cadáveres de los mandriles, lo más rápidamente posible, para evitar el intenso olor a excrementos y a suciedad. Alguno seguía todavía con vida, pues se escuchaban leves gemidos. El abuelo Jones, verdadero esqueleto viviente, cubierto solamente con unos desgarrados calzones, se ocupó, con una sonrisita maligna, de que esos gemidos dejaran de oírse. El ir y venir del largo machete del viejo hipnotizaba a Sergio... Abajo... Arriba... Un gemido menos. Pronto se hizo el silencio.

Amos Smith y María Viborg, malheridos, caminaban apoyándose en dos de sus compañeros, sombras apenas visibles en la oscuridad. Les habían ofrecido dejarlos allí, y volver por ellos, pero se negaron rotundamente. Sabían muy bien lo que hubieran durado de quedarse allí solos.

El roquedal se abrió sobre algo amplio y totalmente desprovisto de árboles. La luna relumbraba sobre una ancha plaza de losas mal conjuntadas... ¿La luna?

—No es la luna —dijo Marta, en un susurro—. Es... otra cosa...

Era una extensa plaza abierta en mitad de la selva, rodeada por todas partes por altos árboles cuyas copas parecían completamente negras bajo el suave lumínar... Las losas estaban imbricadas en algunos lugares, faltaban en otros... en ciertos sitios la vegetación las había levantado, y algo como una catarata de lajas de piedra dejaba

paso a un potente y retorcido tronco... Y al final de la plaza había un edificio, rectangular, de tres pisos, con ventanas cuadradas y una gran puerta, a través de las cuales salía una plateada luz, totalmente semejante a la lunar, derramando una blanca luminosidad sobre la plaza...

—La Piedra de Luna —musitó Sergio...

—A la derecha, a la derecha todos —gruñó el Capitán Grotton—. Pegados a los árboles. Zacarías, Magnus; vigilad el interior de la plaza; Sergio, abuelo Jones, el edificio; los demás, el interior de la selva... Despacio y sin hacer ruido... Amos, María... ¿queréis esperar aquí...?

—No...

—Entonces, por favor... ni un solo gemido. Mordeos los nudillos, si es preciso... pero ni un ruido.

Se deslizaron hacia el rectangular edificio, cada uno con los ojos puestos en su objetivo. Nada se oía en la selva, y ni una sombra atravesaba las retorcidas losas de la plaza... A medida que se acercaban, Sergio pudo ver que en las cuadradas ventanas del templo quedaban restos de cristales, que dejaban filtrar polvorientemente la plateada luz. En el techo, completamente plano, antenas y placas se alzaban hacia el negro firmamento; algunas de ellas estaban quebradas y rotas, caídas sobre, la fachada...

En varias ocasiones, Sergio se volvió a mirar atrás, temeroso de que Aneberg, a quien había dejado atado flojamente a la rama de un árbol en el lugar donde se defendieron de los mandriles, hubiera soltado las riendas y les siguiese. Pero no era así. El caballo había permanecido inmóvil, con los llameantes ojos fijos en él, y se había quedado donde estaba, sin hacer ningún movimiento.

Había un silencio absoluto. Incluso las aves y los merodeadores nocturnos parecían haber callado, como impresionados por la matanza que había tenido lugar pocas horas antes.

Caminaron a lo largo de la corroída pared del edificio, cuidando de no tropezar en las irregulares losas, muchas de las cuales, levantadas a medias por nudosas raíces, ofrecían dificultades para caminar sobre ellas. El Capitán Grotton, con el fusil apuntado hacia adelante, fue el primero que entró en el templo, seguido inmediatamente por los demás...

—Janne a la derecha de la puerta... Tú, Largo Reed, a la izquierda. Pegaos a la pared, y vigilad bien... Los demás, seguidme.

La puerta, carente de hojas, aun cuando con residuos de grandes y oxidadas bisagras, desembocaba en una gran sala sin columnas, con el pavimento de blanco mármol, o algo parecido, en donde se reflejaba lóbregamente la luz plateada de lo que había al fondo. A lo largo de las paredes se amontonaban pesados restos de maquinaria destrozada, apilados de cualquier manera; por las rotas ventanas entraba el olor a podredumbre de la selva... Al fondo se abrían varias arcadas completamente oscuras, en una de las cuales se adivinaba, más que se veía, una escalera

descendente... Y entre dos de estas arcadas, sobre un grotesco altar hecho con troncos de cocotero, relucía la triste luz blanca de la Piedra de Luna.

Se detuvieron alrededor del altar, en silencio, mirando aquel objeto al que tanto les había costado llegar. Era un cilindro nacarado, de unos veinticinco centímetros de altura por quince de base. No era regular sino que aparecía cubierto de estrías irregulares, así como también de protuberancias distribuidas sobre su superficie... El dibujo causaba una impresión hipnótica; una vez que estaban fijos los ojos en la Piedra de Luna resultaba difícil separarlos de ella, quién sabe sí por la nacarada y potente luminosidad fría que exhalaba, o por la combinación de surcos y protuberancias en su superficie, curiosamente combinados.

—Ahí la tienes —dijo el Capitán Grotton, con un hilo de voz—. Cógela, y marchémonos...

Sintiéndose emocionado, Sergio se adelantó y colocó una de sus manos en la parte superior de la Piedra de Luna, redondeada como la tapa de una caldera. No sintió absolutamente nada, salvo que le resultó curiosa la forma como su mano se destacaba en negro, sobre la perlina luminosidad del objeto. Después, con las dos manos, la tomó, notando con cierta sorpresa que apenas pesada nada, y la introdujo en su mochila, ahora casi vacía.

La luminosidad se extinguió bruscamente, al quedar encerrado el objeto bajo la espesa lona de la mochila de Sergio. Permanecieron quietos durante unos segundos, tratando de acostumbrarse a la repentina oscuridad. Después, vieron que a través de las ventanas entraba una luminosidad difusa, apenas visible, pero suficiente para orientarles...

—Vámonos ya —dijo el Capitán Grotton—. Y mucho cuidado...

Anduvieron en la penumbra hacia la puerta, que se adivinaba como un rectángulo algo más claro sobre la oscuridad del interior. Mientras caminaban, la luz exterior aumentó un poco con una tonalidad similar a la de la Piedra. Un azulado rayo se deslizó lúgubramente a través de los polvorientos cristales destrozados. La luna acababa de salir.

Fue el Capitán Grotton el primero que llegó a la puerta. Se detuvo en seco, como fulminado, mientras que de sus labios, se escapaba algo como un gemido. En un segundo, los demás estuvieron a su lado...

Bajo la luz de la luna saliente, se veía la plaza cubierta totalmente de centenares y centenares de mandriles, quietos, silenciosos, con lanzas y porras extendidas ante ellos, los hocicos babeantes semiabiertos y los malignos ojos mirándoles fijamente. Apenas tuvieron tiempo de observar los cadáveres de Janne de Bergamo y del Largo Reed, al pie de los leprosos muros. Con un solo y gigantesco aullido, que pareció hacer temblar el templo en sus mismos cimientos, la ingente multitud de mandriles, rezongando y gruñendo en voz baja, alzando los peludos brazos, se lanzó sobre ellos, y los aplastó bajo su masa maloliente. Sergio intentó inútilmente levantar el rifle magnético... Una porra de piedra chocó con su cabeza; no pudo hacer ni un solo

disparo.

## IX

### LA PRINCESA DE LOS MANDRILES

—Este, por lo menos, está vivo.

La primera sensación de Sergio fue de frío. Vio unas ondas amarillas y rojas que corrían velozmente por una superficie plana... algo como un bulto desdibujado que se movía entre estas ondas. Cerró los ojos de nuevo, sintiéndose mareado y con el cuerpo totalmente dolorido. La cicatriz de la frente, donde le hiriera con su rifle la enviada de la Ciudad, había vuelto a dolerle, y le latía furiosamente.

La sensación de frío y de humedad se hizo más clara. Notó, bajo su espalda, algo como protuberancias que se le clavaban en algunos lugares, causándole un intenso dolor...

—Bebe...

Le pusieron un basto cuenco de barro en la boca. El líquido sabía espantosamente mal, a pesar de lo cual trató de hacer pasar algunos tragos a través de la irritada garganta.

—L's comem's q'mados.

—D'slo a'lia.

—M's p'rte p'ra mi.

—No. Yo m's.

Reconoció las broncas voces de bajo de los mandriles, y abrió los ojos. Estaba tendido en el suelo, sobre un pavimento formado por gruesas piedras redondas, cuya desigual presión era lo que sentía en la espalda. A su alrededor estaban acurrucados en el suelo, sentados como monos, y completamente desnudos, lo mismo que él, el resto de la expedición. En un rincón se hallaban tumbados los cuerpos de Amos Smith y Magnus Peterson, con los brazos caídos, completamente laxos, a lo largo del cuerpo. Durante un minuto, Sergio permaneció horrorizado, mirando los pechos desnudos, cubiertos de heridas y completamente inmóviles.

—Esos acabaron arriba —dijo la voz del Capitán Grotton—. Han tenido más suerte que nosotros...

No les habían dejado absolutamente nada; ni una brizna de ropa, ni el reloj de Sergio, ni los pendientes de María Viborg de cuyas desgarradas orejas aún goteaba la sangre... Marta di Jorse volvió a inclinarse sobre él...

—Bebe un poco más.

Sergio lo intentó, pero no pudo. Con un movimiento del estómago devolvió, entre arcadas que le sacudían hasta el fondo de su ser, todo el líquido que había bebido.

Se hallaban en una celda de paredes de piedra, cerrada por una gruesa reja de bambú. Al otro lado, dos mandriles, uno grande y otro pequeño, con lanzas en las manos, les miraban golosamente, bajo la luz de varias antorchas empotradas en el

muro, y cuya llama producía sobre el techo las ondas rojas y amarillas que Sergio había visto.

—'stan d'lgados.

—'lla d'ce que los'ngord'mos.

—S'ran b'na c'mida.

Marta le ayudó a incorporarse. Tenía una gran herida en la cara que bajaba desde una sien hasta la comisura de la boca. Mientras se sentaba junto a una de las paredes, apoyando en ella la escalofriada espalda, Sergio se dio cuenta de que sus hombros y sus pechos estaban cubiertos de moraduras verdinegras.

—¿Cuánto... tiempo... llevo aquí? —consiguió articular. Le pareció que la voz le surgía a través de un océano de dolores; y se llevó la mano a la martirizada garganta. La notaba hinchada y el simple hecho de tragar saliva era un martirio.

—Un día entero —dijo Marta, en voz baja—. Creímos que te morirías sin recuperar el conocimiento.

—¿Qué va a pasar ahora?

—A estos salvajes —dijo el Capitán Grotton, desde el otro extremo de la celda— lo que más les gusta es asar vivos a sus prisioneros... La otra vez escapé; esta, me parece que se acabó... En fin chicos, nos divertimos mientras duró, ¿no es cierto?

Nadie le contestó. Un poco más despejado, sintiendo que del cuerpo de Marta, sentada a su lado, surgía una leve corriente de benéfico calor, Sergio sacó los helados pies del cenagoso barrizal que había entre las piedras y los colocó sobre dos de éstas. En un rincón, María Viborg, casi tendida, se quejaba débilmente; en otro, el abuelo Jones, con los vivos ojuelos destellantes, se rascaba la rala cabeza, sin decir una palabra, acurrucado al lado del Capitán Grotton. Este último, con la arrugada barriga al descubierto, las gruesas piernas llenas de varices cruzadas ante él, y los párpados rodeados de profundas ojeras violáceas, tenía los ojos cerrados y respiraba lentamente.

—¿Dónde está Zacarías Gómez?

—Se lo llevaron hace un rato —contestó Marta di Jorse—. Si quieres comer, nos han dejado ahí... no sé el qué.

Era un amasijo blancuzco, del que se desprendía un penetrante olor a enmohecido. Sergio trató de vencer la repugnancia que le causaba el hedor a excrementos y a orina que reinaba en la celda, y el tufo animal que los mandriles despedían. Quiso comer algo, pero no pudo pasar ni un bocado. Aquello sabía de una forma aún peor que su aspecto, si tal cosa era posible.

Pasaron horas. Los mandriles de guardia fueron sustituidos por otros, que se entretuvieron durante los primeros minutos en perseguir a los prisioneros con la punta de las lanzas, riéndose y charlotteando con saña cuando los heridos cuerpos trataban de esquivar los pinchazos. Solamente María Viborg permanecía tendida donde estaba, como insensible, hasta que entre el Capitán Grotton y el abuelo Jones la retiraron hasta el fondo de la celda. Afortunadamente los mandriles se cansaron pronto de su

diversión, y se retiraron junto a las antorchas, rezongando y parloteando en su bestial lenguaje.

—¿Qué le pasa? —preguntó Sergio, señalando a María.

—Lo mismo que a mí —dijo Marta, con su ronca voz llena de odio—. Nada más encerrarnos aquí nos cogieron a ella y a mí y nos llevaron arriba... Había más de veinte mandriles borrachos, bebiendo arak... Nos violaron. Luego nos trajeron aquí de nuevo. Lo que pasa es que ella lo soporta peor que yo...

Como si algo se hubiera roto en su interior. Marta ocultó el rostro en los hombros de Sergio. Este la rodeó con los brazos, casi sin sentirse irritado por lo que la mujer acababa de decir. Le parecía haber perdido toda capacidad de ira y de sufrimiento... Con horror, se dio cuenta de que estaba dispuesto a tolerar cualquier cosa con tal de salir vivo de allí, si es que ello era posible. Sin embargo, con la mano libre, acarició suavemente los sucios y revueltos cabellos de Marta, una vez tras otra, una vez tras otra, muy despacio, sin detenerse, sintiendo que este acto repetido le devolvía algo de serenidad. Algo semejante debió pasarle a ella, porque al poco rato levantó el rostro, le dirigió una sonrisa que quería ser alegre, y volvió a reclinarse sobre, la viscosa pared.

Por algún motivo desconocido estalló una pelea entre los dos mandriles que se hallaban de guardia. Aullándose ferozmente el uno al otro, se enzarzaron a golpes y lanzazos, y rodaron por el suelo, brutalmente entrelazados. Los prisioneros no tuvieron tiempo de ponerse en pie; con un aullido odiosamente humano, el más grande, se sentó sobre el cuerpo del otro y le clavó la lanza varias veces. Después, tranquilamente, como si no hubiera pasado nada, extrajo un cuchillo de pedernal y le cortó los testículos, que procedió a devorar a continuación, con grandes gestos de placer.

—Que asquerosas bestias... —musitó María Viborg—. ¡Oh, qué asquerosas bestias! ¡Son... son... lo más repugnante que existe! Si pudiera matarlos a todos, si pudiera matarlos a todos...

Durante bastante rato, con los ojos alucinados, la boca amoratada de María Viborg continuó repitiendo lo mismo, con la regularidad de un metrónomo.

—... si pudiera matarlos a todos... si pudiera matarlos a todos...

Marta alzó el rostro.

—Ella se resistió. Es peor... te hace más daño. Yo me dejé hacer... Me daba un espantoso asco, pero ¿sabes?, el asco no mata... Además, se aburrieron antes de mí... Preferían hacerlo con ella, quizá porque se resistía...

—Es culpa mía. Marta —dijo Sergio—. Si no hubiera organizado yo todo esto...

—No lo digas de nuevo, tonto. Tuya fue sólo la idea... vinimos porque quisimos... y si no hubiera sido aquí, habría sido en otro lado. ¿Crees que te guardo rencor? En todo caso tendría que guardármelo a mí misma...

—¿Y ellos?

—No sé lo que pensarán ellos; pero si te quieren echar a ti la culpa, harán mal.

Además, ¿crees que no te lo habrían dicho?

—... si pudiera matarlos a todos, si pudiera matarlos a todos...

Marta miraba al frente, hacia el mandril vivo, que aún seguía mascando, golosa y repetidamente, el escogido bocado que había cortado a su compañero. La mirada de Marta era fija, fría, con una profunda e intensa expresión de odio. Pero no el odio incontrolable y sin dirección de María Viborg. El odio de Marta era retenido, frío, y calculador. En un impulso, Sergio se incorporó un poco, trabajosamente, y la besó en la sucia mejilla. El rostro de Marta pareció iluminarse, repentinamente, al volverse hacia él.

—Eres muy amable —dijo—. Me hacía falta algo así.

Unos gritos roncocos se dejaron oír en el exterior. Aparecieron dos mandriles gigantes, arrastrando entre ellos a Zacarías Gómez. La puerta de gruesos bambúes se abrió, girando suavemente sobre sus goznes de cuero crudo; de un empujón, los dos recién llegados arrojaron al hombre al interior de la celda. Uno de ellos lanzó una risa mezcla de chillido y de amenaza, y señaló, gorgoteante, el cadáver del pequeño mandril. Charloteando apresuradamente, lo cogió por una pierna y se lo llevó arrastrando. Los prisioneros volvieron a quedarse solos con su único guardián.

—¿Qué te han hecho? —preguntó Sergio.

Zacarías Gómez se arrastró hasta el cuenco de agua y bebió apresuradamente, a largos tragos. Luego, arrastrándose igualmente, se sentó junto a María Viborg, con la cabeza entre las piernas.

—¿Qué te han hecho?

—¡Déjame en paz! —aulló Zacarías, mirándole con ojos de loco.

—Déjalo —susurró Marta, con su boca junto al oído de Sergio—. Ya te lo puedes imaginar... sabiendo lo que me hicieron a mí...

Sergio mismo se avergonzó al darse cuenta de que el húmedo y caliente aliento de Marta en su oído le estaba excitando de una forma totalmente inesperada en estas circunstancias; o quizá precisamente por la tensión nerviosa derivada de ellas. Mientras que hasta ahora la desnudez de los demás y la suya propia habían pasado ante sus ojos sin producir efecto alguno, en este momento no era así. Volvió los ojos, evitando el mirar a Marta, y tratando de que ésta no se diera cuenta de su evidente excitación.

Hubo nuevos charloteos en el exterior de la celda. La pareja de mandriles que había traído al pobre Zacarías regresó nuevamente. Pero debía haber alguien más, oculto a la vista, porque los dos brutos, sin hablar, miraban hacia el lugar por donde habían venido. El carcelero abrió la reja, mientras los recién llegados apuntaban con sus aguzadas lanzas hacia el interior...

Hubo como un susurro apagado, apenas audible, proveniente del lugar a donde miraban los dos gigantes mandriles.

—H'mbre con r'fle... —dijo uno de ellos—. Qu' salga.

Un nuevo bisbiseo más intenso.

—R'fle m'gnetico —el rostro del mandril se retorció casi cómicamente al pronunciar la difícil palabra—. Afuera, apr's.

—No salgas —dijo Marta, nerviosamente—. No salgas.

—Sal'r apr'sa, o matamos t'dos.

—Adiós, Marta —dijo Sergio—. Si no nos volvemos a ver... procura salvarte, y decirle a Edy...

—¡Apr'sa! —aulló el mandril, dándole a Sergio un fuerte golpe en las costillas con la contera de la lanza. El otro le cogió por un brazo y le arrastró fuera, con una fuerza hercúlea. Vio Sergio el rostro de Marta tras las rejas, y escuchó un grito cuando el carcelero introdujo brutalmente su lanza entre dos bambúes. Luego, dos manos callosas, que se cerraban sobre sus brazos con la fuerza de una prensa, le arrastraron.

El exterior de la celda se abría en una bóveda de piedra de cuyo techo colgaban anchos penachos de musgo chorreante. Al fondo, en la semioscuridad, lejos de una antorcha lagrimeante de resina, había una figura alta, cubierta por un velo gris. Sin mirarle, la figura velada se volvió y se perdió en las sombras, mientras los dos mandriles, mirando golosamente al prisionero, le arreaban hacia adelante. Uno de ellos deslizó una mano sucia con grandes uñas amarillas para palpar las escuálidas carnes del brazo de Sergio, clavando los dedos en el ya dolorido músculo. Sergio reprimió a duras penas un grito.

—M'y malo —graznó el otro—. M'y d'lgado. No s'rve.

—Eng'rdamos... y ñam, ñam. Asado.

—Los h'evos p'ra mí.

—No. P'ra mí.

De la bóveda, ante ellos, llegó un nuevo susurro, y los dos mandriles, molestos, pero no asustados, callaron.

La bóveda continuaba hacia adelante, mal iluminada por escasas antorchas clavadas en los muros. No había pasajes laterales, sino solamente alguna hornacina en la que brillaban huesos semicorroídos. En un ángulo, Sergio pudo ver un esqueleto completo, aún cubierto en algunas zonas de trozos de apergaminada piel. A juzgar por las arqueadas tibias, el pronunciado hocico óseo, y las profundas y retrasadas órbitas, era el de un mandril.

Había una escalera de resbaladizos peldaños que se elevaba, despegándose del húmedo corredor, el cual continuaba hacia perdidas profundidades. La velada figura subió por ella, siendo iluminada claramente por una luz más fuerte que surgía de arriba. Los mandriles empujaron a Sergio por la escalera; cuando tropezó, en el colmo de la debilidad, con uno de los destrozados peldaños, le levantaron a golpes. Un nuevo bisbiseo vino de la parte superior de la escalera. Sergio pudo ver que era una habitación no muy grande, con las paredes cubiertas de burdos tejidos llenos de dibujos grotescos y chafarrinones de pintura... Al fondo había una masa de cojines de palma, algunas banquetas, y un montón indescriptible de ropas, botas, armas, y

objetos diversos entre los cuales Sergio pudo reconocer su rifle y su mochila, además del cinturón de Marta y algunas otras cosas pertenecientes a los expedicionarios. Había también fusiles oxidados hasta un grado increíble, lo que daba idea de su vejez, y sombreros o calzado que se caía a pedazos, comido a lo largo de los años por la humedad y las bacterias... Una caja de madera, volcada, derramaba sobre el suelo frascos de medicinas y botellas de licor, cubiertas de verdín; un cofre de cuero, con los costados desgarrados, dejaba escapar una tela estampada chorreante de humedad...

En las paredes, cestos de teas ardían con vibrante luz, soltando gotas de brea sobre el suelo. Quizás hubiera ventanas, pues las groseras cortinas se movían suavemente, como bajo los impulsos de una brisa, pero ni un rayo de luz diurna entraba en el asfixiante recinto. En dos toscos pebeteros hechos de piedra ardían resinas aromáticas, desparramando por la estancia un humo espeso y adormecedor...

—Atadlo —dijo la figura velada, hablando claramente por primera vez. Pero la voz había sido tan débil que Sergio sólo pudo darse cuenta de que era una mujer, sin poder concretar la edad. La figura velada se dejó caer sobre la pila de almohadones, y tomó de una bandeja, a su lado, un puñado de bayas.

Los mandriles, procurando hacerle todo el daño posible, ataron los pies de Sergio con una correa de cuero crudo; con otra le rodearon la cintura, y le ataron las muñecas, dejándole los brazos delante, pero cuidadosamente anudadas las ligaduras a la correa pasada por la cintura. Después, lo arrastraron hasta la figura velada, y lo dejaron caer brutalmente sobre el suelo. De los labios de Sergio, aunque se los mordía para evitar una expresión de dolor, se escapó un quejido.

La figura hizo un gesto con la mano, y los dos mandriles dirigiendo miradas de deseo hacia la postrada figura, se retiraron, charloteando entre ellos. Uno cerró las dos hojas de una puerta, que, según Sergio pudo ver, eran de acero deteriorado, en otro tiempo pintado de gris mate. Aún se conservaba sobre el oxidado metal algún rastro de pintura, e incluso algún trazo blanco rectilíneo que podía haber pertenecido a un letrero o aviso.

—¿Quién eres? —dijo Sergio, retorciéndose sobre el frío suelo. Observó que era de las mismas losas de mármol blanco que formaban el pavimento en el templo de la Piedra de Luna.

La figura no contestó. Estaba introduciendo, con una mano huesuda y larga, montones de bayas bajo el velo gris que le cubría el rostro. Con sorpresa, Sergio vio que la mano era blanca, arrugada por la edad y cubierta de manchas amarillentas, pero no la grosera zarpa negra de un mandril. Faltaba totalmente, el dedo índice, formando allí la palma un grueso muñón.

—¿Vienes... vienes de arriba? —dijo la figura, con voz mucho más alta, cascada y casi ahogada por los velos, pero que revelaba una avanzada edad.

—Sí; vengo de arriba —respondió Sergio—. ¿Quién eres? La figura se encorvó hacia adelante, con las dos sarmentosas manos abiertas ante el bulto gris del rostro.

—¿Sigue... sigue habiendo... zumo de naranja, y Neocafé, y tostadas con mantequilla, y... y bonitos trajes... y hielo... hielo... mucho hielo...?

—Sí...

—¿Y hombres... hermosos hombres blancos, vestidos de cuero, con cinturones brillantes... mujeres con sedas... cines, patatas fritas envueltas en celofán, helados... muchos helados, de vainilla, de chocolate, de limón?

—Sí...

La figura estaba sacudida por un incontrolable temblor, como si padeciera epilepsia. Se puso en pie bruscamente, alzando al mismo tiempo el velo gris, y mostrando el rostro de una anciana de incalculable edad, con la piel cubierta por millones de diminutas arrugas, el pelo transformado en un ralo estropajo grisáceo, los ojos cubiertos de manchas blanquecinas, alucinantes, enloquecidos, hundidos en el fondo de profundas cuencas legañosas. Bajó, tambaleándose, de la pirámide de cojines, y se inclinó sobre Sergio, abriendo una boca desdentada de la que se escapaba un vaho pestilencial...

—¿Y coches que te llevan a todas partes... policías que vigilan, licores, pasteles de frutas, tartas, zapatos a la medida, medias, sillas de piel, y hielo... hielo... hielo...?

—Sí... ¿Quién eres? ¿Qué quieres de nosotros?

—¿Quién soy? ¿Quién soy? —repitió la mujer, mirándole como si no se hubiera dado cuenta de que estaba allí—. Soy... no me acuerdo bien... Soy la Princesa de los Mandriles... eso soy... Me echaron de la Ciudad... no lo sé... ¡oh, hace tantos, tantos, tantos años! Era Presidente Carlos II... ¿le conociste?

—Apenas... Lo mataron cuando yo tenía doce años...

—Lo mataron... ¿Lo mataron? ¿Cómo?

—Un silogista puso una bomba...

—Bomba, bomba, bomba. Bomba helada... Oh, ¡lo que hecho de menos el hielo, hielo, hielo! Lo mataron... como quisieron matarme a mí... pero me salvé... la nave cayó aquí, ¿sabes?

La vieja volvió a trepar a su montón de almohadones, y tomó una brillante espada que había en la pila de despojos. Comenzó a trazar círculos en el aire con ella... era un arma resplandeciente, con la hoja brillante como un espejo, el mango de marfil, con un curioso escudo negro y oro en el puño, y gruesos cordones dorados pendientes de la cruz.

—Cayó aquí... cuando me echaron. ¿Por qué me echaron? ¿Y sigue habiendo dobles genéticos... arriba?

—Sí... ¡Suéltame!

—Dobles... y también hielo. ¡Qué maravilla! Si hubiera tenido mi doble genético... me habrían cambiado este dedo que me falta... pero no lo dejaron... lo quemaron, cuando me echaron de la Ciudad... Mi buen doble... La tenían en él... ¿cómo se llama? No lo sé, no me acuerdo de nada... en él... y yo iba a verla... estaba

allí, guardada en su tumba de cristal, con los ojos azules abiertos... muy bonitos, como los míos, ¿ves?, y le daban de comer... La incorporaban... Le metían la comida en la boca, y ella comía, como una muñeca... tan hermosa... como yo. Pero ella no tenía hijos... ¡Mis hijos! ¡Mis hijos! La anciana soltó la espada y se cubrió el rostro con las manos... A pesar de sus dolores y sus heridas, y de la terrible presión que las ligaduras ejercían sobre sus miembros, Sergio no pudo dejar de sentir una ligera compasión por este extraño ser, al par que un penetrante sentimiento de que iba a hacer cualquier cosa, lo que fuera, con tal de salir de allí con vida.

—Y ahora... —continuó la vieja, recogiendo de nuevo la refulgente espada, y azotando el aire con ella, sin hacerle caso alguno—. Ahora me torturan... saben que cuando me arrojaron de allí mi nave cayó en África... Era joven, y mucho más hermosa que ahora... Los mandriles me hubieran matado... pero les asustó la nave, cayendo del cielo, con su paracaídas grande, grande, grande, abierto como las alas de un pájaro... Pero de arriba me torturan... me mandan visiones horribles, que me muerden entre las piernas, en el vientre, en la garganta, me desgarran, y me gritan... «¡Dánosla! ¡Dánosla!»...

—Si me sueltas —dijo Sergio—; yo te llevaré a la Ciudad otra vez...

—No; allí no. Me torturarán... a pesar de haber hielo y cosas bonitas... Bajan los demonios... ¡pom, pom, pom!, y me tocan por las noches... me muerden... me rompen los dedos... Hace dos años, uno de ellos me arrancó este dedo de un bocado... Era grande, grande, con tres cabezas, de cerdo, de rana y de persona. Me mordió, mientras gritaba: «¡Dánosla! ¡Dánosla!»...

La vieja tomó un jarro de arcilla y bebió un largo trago, dejando que el amarillento arak resbalase por sus mejillas. A través de las cortinas comenzó a llegar un lejano griterío, mezclado con cánticos roncós y apenas audibles. La expresión de la vieja cambió completamente... Sus ojos, que estaban como adormecidos por la charla que mantenía para sí misma, se volvieron de pronto lúcidos y crueles, como pequeñas joyas malignas, y se fijaron profunda e insidiosamente en Sergio...

—Tú también bajaste de la ciudad. ¿Para qué viniste aquí?

Sergio pensó que no valía la pena mentir. Pero antes de que pudiera contestar, la vieja se puso en pie, como una viva imagen de la locura, y alzó la hoja de la espada sobre su cabeza.

—Si no hablas te entregaré a los mandriles... Ellos queman a sus prisioneros, vivos... violan a las mujeres y a los hombres... les sacan los ojos y echan sal en las órbitas... llenan la boca de plomo fundido... arrancan los dientes... meten gusanos de cocotero en los oídos... arrancan las uñas con tenazas al rojo... Si hablas, trataré de que mueras rápidamente...

—Hablaré si me sueltas... Mis compañeros y yo no queríamos nada malo... Tú eres una mujer civilizada... no vas a ser como estas bestias...

—¡Dime qué buscabais!

—Veníamos por la Piedra de Luna...

—¡Vaya! Tan sólo eso... Y por eso os habéis arriesgado a venir aquí... a este lugar... ¡Ah, si yo tuviera valor para matarme! Pero no lo tengo... Me torturan por las noches, me muerden, me hieren con pinchos al rojo, gritan: «¡Dánosla!». Y no tengo valor para matarme... No puedo comer más que bayas, y beber esta porquería... sin hielo, sin trajes, recordando a mis hijos... Y no tengo valor para coger esta espada y clavármela... ¡Oh, yo quiero morir, morir, morir...! ¡Ojalá me hubieran matado los mandriles...! No te lo he contado, ¿sabes? Vieron la nave con el paracaídas, azul y blanco, grande, grande, grande, como un ave que descendiera del cielo, como un ángel del Señor, como un signo de paz... Y me respetaron... me pusieron aquí... Años y años pensando en la Ciudad, en el hielo, en mis hijos... Eso sólo ya era horrible, pero aún lo hubiera soportado... Pero luego vino el otro... ése... los espectros... los muertos descompuestos saliendo de sus tumbas... chillando... por la noche... Creí que iba a volverme loca, pero no... Y no tuve valor para matarme. Y yo no puedo dársela, cuando la piden, como no puedo darla a vosotros... ¿Para qué la queréis? ¿Para qué la queréis esa maldita Piedra de Luna?

—Teníamos que llevársela a un hombre... a un tal Herder.

En la faz arrugada de la vieja hubo una horrible y repentina transformación. Los ojuelos legañosos se le salieron de las órbitas; la boca se abrió como la hedionda sima de un pozo negro, mostrando unos dispersos colmillos amarillentos... Un ruido silbante que parecía venir de todas partes sobresaltó a Sergio hasta que se dio cuenta de que era el contenido aliento de la vieja que se escapaba, como un chorro de vapor, de sus pulmones... Trastabillando, con la espada en alto, tropezando sobre la pila de almohadones, la bruja descendió gruñendo sordamente, como una fiera enfurecida. La expresión de sus ojos y de su rostro revelaba una furia tan demencial, que Sergio se sintió sobrecogido por el terror...

—¡¡Herder!! —aulló la vieja, en el paroxismo de la ira—. ¡¡Herder!! ¡Él... él!

La espada descendió velozmente y Sergio encogió el vientre, instintivamente, tratando de evitar el golpe que iba a poner fin a su vida. Pero la hoja golpeó, de plano, una vez, otra, otra más, en el vientre, en la cabeza, en el torso... Sergio trató de rodar por el suelo, para escapar a los golpes de la cimbreada hoja, pero no pudo. Otro golpe, otro, otro más, acompañados de aullidos insanos... de un babear amarillo de la boca abierta como la de un carnívoro... Lo último que oyó fue el nombre de Herder, repetido una y otra vez, entre gruñidos de perro de presa.

Le pareció que recobraba el sentido, y que le daban algo a beber, algo pastoso, que exhalaba un penetrante aroma dulzón. Tragó, sin saber lo que hacía, y volvió a caer hacia atrás. Entre una densa niebla, le pareció oír palabras y frases lejanas... «¿Quién eres?». No sabía si contestaba o no; un rastro de conciencia, casi perdido en la masa de dolores que era su cuerpo, quiso articular alguna palabra, pero nunca supo si lo había hecho así o no. «¿Cómo te llamas?». Una nube roja pasaba de un lado a otro, acompañada de un brillo nacarado, como el de la Piedra de Luna. «¿Para qué la quería?». El confuso griterío y los cánticos roncós aumentaron de volumen,

acompañados del alcohólico aroma del arak. «¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Dónde?». Un nuevo chorro de líquido caliente cayó en su garganta, y algo frío se deslizó entre sus atadas manos y su pecho. «¿Cuál es tu nombre? ¡Dime la verdad!». Algo goteaba a lo lejos, acompañado de broncos cánticos funerarios... la figura de Bileto, vaporosa, enhiesta sobre su caballo blanco, entre músicas repugnantes, estaba a punto de entrar en el círculo sagrado... «¿Cómo lo hizo?». Airunesia estaba a su lado, con los carbunclos rojos que tenía por ojos brillando intensamente, las manos garfiudas atrapando su sexo, la hispida pelambreira raspando por todas partes su llagado cuerpo... «¿A quién llamó?». La selva obscena que rodeaba el castillo de Herder, la mirada clara del Vikingo, el traqueteante autociclo... «¿Qué ponía allí...?». Y algo fresco chorreando por su frente...

Repentinamente se encontró completamente despierto, con los ojos fijos en la quieta figura de la Princesa de los Mandriles, sentada sobre su pirámide de almohadones. Los pebeteros de piedra exhalaban nubes cada vez más densas de perfumes vegetales quemados; la espada refulgente estaba en el suelo, al lado de su martirizado brazo derecho... Instintivamente, aun cuando sabía que era imposible, que estaba atado con las irrompibles correas de cuero crudo, hizo un movimiento para cogerla. Hubo un chasquido y las correas cedieron... Permaneció quieto durante un buen rato, mirando, como si no lo pudiera creer, sus manos completamente libres. Se dio cuenta de que los antebrazos, así como el estómago y el pecho estaban cubiertos por rojos verdugones, como consecuencia de los golpes con la espada... pero apenas sentía dolor. Por el contrario, le parecía que flotaba en el aire, como si su cuerpo estuviera hueco, con una sensación de euforia inexplicable... Los extremos de la habitación se distorsionaban, tomando ángulos extraños e indescifrables; las cortinas cambiaban de forma, mostrando rostros inesperados... En una de ellas se formó un bulto, que creció, creció, hasta abrirse como un par de párpados, mostrando un gran ojo de iris azul, que le miró con curiosidad, emitió un ruido líquido y desapareció... La figura de la vieja, que continuaba acurrucada, lanzando débiles gemidos, se hinchó, sin perder su color gris, y se transformó en un gigantesco pene elefantino levantado hacia el techo, del que surgió un chorro violento de espeso líquido escarlata...

De fuera llegaban los cánticos aún más fuertes, mezclados con aullidos asesinos y gritos de dolor... Lentamente, Sergio trató de coger la espada con la mano derecha. Su codo tropezó con una copa de metal que rodó cantarínamente, dejando escapar algunas gotas de un líquido verdoso, de olor dulzón y penetrante... Miró a la vieja. No se había movido. Colocó la mano sobre el puño de la espada; se equivocó, la había puesto sobre el suelo, a un palmo de la relumbrante arma... Le costaba coordinar sus movimientos... A tentones, mientras la figura de un pecho enorme, coronado por un ciclópeo pezón, surgía de una pared, se abría en dos, dejando pasar un aro de fuego, y a través de éste una bola de materia oscura y más tarde un chaparrón de espesos grumos verdinegros... a trompicones, colocó la mano sobre el

puño marfileño de la espada. Se sentía débil como un gatito recién nacido. Levantó ligeramente el arma, tratando de alcanzar las ligaduras de sus pies, y de incorporarse al mismo tiempo. Sintiéndose mareado, con profundas ganas de devolver, y como si perdiera el contacto con el suelo, logró sentarse. Con las dos manos, tras muchas pruebas, introdujo la hoja de la espada entre los tobillos. Se cortó varias veces con el filo, aguzado hasta lo increíble, pero al fin, consiguió segar las ligaduras... Se deshizo rápidamente de los restos de las correas de cuero, y trabajosamente, se puso en pie... Los muros oscilaban a su alrededor... como si se encontrase en una caja agitada por una maquinaria externa... Avanzó a trompicones hacia la vieja acurrucada sobre los almohadones, viéndola como a través de una niebla, y zumbándole todavía los oídos, con los miles y miles de preguntas... Alzó la espada sobre su cabeza, sintiendo que pesaba un quintal... la figura gris no se movió... dio dos pasos más al frente, oscilando como un borracho... y la figura gris, gimiendo aún, permaneció inmóvil... Por un instante le pareció ver... lo hubiera jurado, pero no podía ser cierto, la espada silbaba ya cayendo, o quizá si lo era, sí; un ojo vivo y cruel, brillante como una piedra preciosa, a través del velo gris, mirándole fijamente, espiándole esperando a ver qué hacía... La espada silbaba en el aire, tardando en caer, horas, días...

La vieja se derrumbó sin un grito, con la cabeza abierta, cayendo sobre los tapices y las almohadas y cubriéndolas con un torrente de sangre...

Sin poder olvidar la lancinante mirada que la vieja le dirigiera en sus últimos instantes, Sergio comenzó a tomar, torpemente, su desgarrada ropa. Casi lanzó un aullido de dolor cuando se endosó la rasgada guerrera y se colocó los agujereados pantalones. La áspera tela rozaba como si fuera ácido sobre las llagas, los golpes, los verdugones... Sentía que recobraba poco a poco la conciencia; los muros no oscilaban tanto; no surgían absurdas imágenes de las paredes... Sin embargo, el griterío infernal del exterior había llegado a un paroxismo salvaje, tan bestialmente intenso, que parecía como si los oídos humanos no pudieran ser capaces de soportarlo. Recogió el rifle, y comprobó los cargadores; quedaban tres, uno de ellos, el cargador dorado. Introdujo apresuradamente en el zurrón el montón de bayas que la vieja tenía al lado, así como también unas tortas de harina, redondas, bastante cocidas. La cantimplora aún tenía algo de agua en su interior, pero eso era lo que menos le preocupaba.

Al mismo tiempo que iba recobrando la conciencia y la estabilidad, los dolores volvían a hacerse más vivos. Por fin, tras una intensa búsqueda, encontró su reloj. Después, lentamente, se acercó a la puerta de acero... Introdujo, sonriendo salvajemente, un cargador en la aceitada recámara del rifle, y corrió el cerrojo para alimentarlo. Miró el indicador; los propulsores magnéticos disponían aún de media carga por lo menos. Después, con la helada sonrisa en los labios, comenzó a entreabrir la oxidada puerta.

Los dos mandriles gigantescos, u otros parecidos a ellos, estaban tendidos sobre

los escalones, con varios frascos de barro, vacíos, caídos a su alrededor. De uno de los recipientes se había escapado un chorro de amarillento licor que se cuajaba, pegajoso, sobre la húmeda piedra. Fríamente, Sergio colocó el cañón de su fusil sobre la frente de uno de los mandriles; después, sin que su dedo temblase, apretó el gatillo. Hubo un «plaf» sordo, y el cuerpo peludo se desmadejó. Sergio giró el fusil y apuntó al otro mandril, que continuaba durmiendo, lanzando borboteantes ronquidos de borracho... Más tarde, caminó silenciosamente sobre sus pies descalzos a lo largo de la bóveda cubierta de fango y excrecencias gelatinosas... Al fondo, tras un recodo, surgía el rojizo relumbrar de las antorchas... Sintiendo en sus dedos el helado contacto del limo que cubría el suelo, Sergio asomó un ojo por el recodo... Allí estaban otros dos, esta vez despiertos frente a la reja de bambú, con sendos frascos de licor a su lado, charloteando acremente, y metiendo de vez en cuando una aguzada lanza a través de los barrotes... Un sordo gemido surgía de la prisión cada vez que lo hacían... Sergio comenzó a alzar el rifle, pero se detuvo un momento para comprobar que la relumbrante espada seguía pendiente de su cinto...

Después, con la misma calma que si estuviera en un concurso de tiro, dio la vuelta a la esquina y disparó dos veces. Una de las bestias cayó fulminada, con un limpio agujero entre las cejas; la otra, herida en una cadera, se revolcó por el suelo, entre aullidos...

Sergio avanzó rápidamente, extrayendo la espada. Sentía unos insanos deseos de acabar con aquella basura viviente. Cuando la silbante hoja de la espada cortó el cuello del salvaje no experimentó ningún remordimiento, ni ningún escrúpulo; sólo sintió que había una menos de aquellas repugnantes bestias.

—¡Sergio!

La afilada hoja cortaba ahora, velozmente, las ataduras de cuero de la reja de bambú. En unos momentos cayeron al suelo dos barrotes, lo suficiente para que los prisioneros pudieran salir.

—¡Sergio! —gritó Marta, apartando a los demás para salir la primera—. ¡Estás vivo! ¡Creímos que te habían matado ya!

Sergio tuvo que apartar la espada para permitir que todo el impacto de la feminidad avasalladora de Marta di Jorse se abrazase a él, casi sollozando, cosa extraña...

—Llevas un día entero fuera... veinticuatro horas... si no se me ha olvidado medir el tiempo... ¡Oh; no seas tan serio! Dame un beso, animal. Es lo menos que te mereces... Sergio la besó, sintiendo que lo hacía sinceramente, con deseos, y sin que eso representase nada en contra de lo que verdaderamente sentía por Edy. «¡Pobre Edy! —pensó—. ¡Qué lejos estás! No sé si volveré a verte...». Marta separó la boca de la suya y le cogió por los hombros, apartándole de sí, mirándolo con profunda atención...

—Pero ¿qué te han hecho?

—Dejaos de tonterías ahora, tórtolos —dijo el Capitán Grotton, que estaba

ayudando a salir a María Viborg—. Ya estamos todos fuera... Sergio, luego nos lo contarás todo... ahora hay que salir de estampida de aquí... Dime, Sergio... ¿qué es lo que hay por ahí?

Mientras contestaba, Sergio sintió caer sobre sí un cansancio inmenso. Tuvo que apoyarse en el desnudo hombro de Marta mientras reandaba el camino, y volvían todos, formando un lastimoso grupo, a la estancia de la princesa de los Mandriles. Por desgracia, ahora era él el que peor se encontraba. Los otros, más o menos, habían descansando un par de días; él no.

Marta encontró en el montón su traje negro, hecho un verdadero harapo, a pesar de lo cual, procedió a endosárselo, complementándolo en lo posible con alguna de las mohosas y olvidadas ropas. Todos los demás, como una pandilla de maltrechos fantasmas, se vestían, entre reniegos en voz baja, y rebuscaban sus armas y sus cuchillos...

—Coged toda la comida que encontréis aquí y en donde pasemos...

—No hará falta mucha —dijo Zacarías Gómez—. Con tal de llegar al río Negro, allí estará Trekopoulos con los víveres...

—¿Crees que vamos a volver por allí, hijo de un mandril? —gruñó el Capitán Grotton—. Una de las primeras normas es no volver nunca, o casi nunca, por el mismo sitio por donde has entrado. Allí es dónde te esperan, inocente... y allí te escabechan...

—... si pudiera matarlos a todos, si pudiera matarlos a todos...

—Entonces, ¿por dónde?

Los ojuelos del abuelo Jones relucían malignamente, con cierta burla soez, mirando tan pronto, llenos de burla, al malhumorado Zacarías Gómez, como salazmente detallando las medio descubiertas curvas de Marta di Jorse.

—¡Por dónde, por dónde, pedazo de animal! ¿No hice que el Zurdo Ribas fuera a la fuente del Hombre Muerto y más allá...? Pues por allí vamos a ir, en una dirección que estos bichos no esperan...

—Pero ¡son muchos kilómetros más! ¡Más de cien... o quién sabe!

—Prefiero andar cien kilómetros más, a que me destripe un mandril. Y vale de cháchara... Zacarías, si no te gusta el asunto puedes marcharte por dónde te dé la gana, con tal de que si te cogen, no lo cuentes todo... ¿Tú, María Viborg?

—... si pudiera matarlos a todos...

—Esta está mochales perdida. La llevamos con nosotros. ¿Zacarías?

—Está bien. Voy con vosotros... aunque no estoy de acuerdo.

—Entonces, adelante. Marta, cuídate de Sergio; no tiene buen aspecto. Abuelo Jones, Zacarías, cuidado de María; si es preciso la amordazáis para que calle. ¿Tenéis de todo? Armas, cantimploras, pólvora, cuchillos... botas... no quiero a nadie descalzo. Tú, Sergio, hijo mío... estás dormido. Ponte las botas.

A través de una nube, Sergio sintió que la dura mano de Marta le hacía sentarse, y que después, cogiéndole los doloridos pies, intentaba calzarle las botas de montaña.

Trató de ayudarla con débiles movimientos, pero casi no se dio cuenta de nada. Vio que el capitán Grotton levantaba una de las cortinas, y volvía a cerrarla, apresuradamente, mientras Marta, con el ensortijado pelo rojizo caído sobre la frente, procedía a atar los sucios cordones.

—Gracias... —dijo Sergio, débilmente.

—¿Te quieres callar, tonto? ¡No seas tan finolis!

—Esa parte da a la explanada... —dijo el Capitán Grotton sentándose junto a ellos, como una gigantesca rana—. Han debido beber y comer como condenados, de ese maldito licor que destilan. Por cierto, Sergio, ahí veo un frasco... ¿serías tan amable de...?

—¿Quieres dejarlo en paz y cogértelo tú, viejo holgazán? —dijo Marta, alzándose como una leona—. ¿No ves cómo está? ¿Qué te han hecho, Sergio?

—Bueno, Marta, no seas bruta; parece mentira, con un viejo compañero de fatigas, como yo...

—¡Un viejo gorrón!

—Está bien, mujer, que tienes unos prontos... Aún hay algunos bebiendo y comiendo; los demás están borrachos como... como cubas... Por cierto que hay seis postes en medio de la explanada y seis montones de leña, y a la luz de las hogueras se ven unos hierros, o pinchos, que no me gustan nada...

—Vámonos de aquí cuanto antes... —dijo Zacarías.

—Tranquilo, hombre. Voy a dar una vuelta detrás de estas cortinas...

La exploración del Capitán Grotton no mostró más que una estrecha puerta que daba a la sala del templo, donde la Piedra de Luna continuaba brillando.

—Ahí está esa condenada piedra...

Sergio se incorporó un poco.

—Yo... —dijo—. Yo no me iré sin ella.

—Este niño está loco —gruñó Zacarías—. Después de que casi nos fríen por tu culpa, aún querrás llevarte ese chisme. Vámonos de aquí con viento fresco, y dejémonos de líos...

—No me iré sin la piedra —repitió Sergio, tozudamente.

—Tenemos algo de tiempo —dijo el Capitán Grotton—. Abuelo Jones, tráele esa rebordenca Piedra al muchacho, que se la ha ganado. Tú, Zacarías, cállate. Si das una orden más estando yo aquí, te abro los morros a puñetazos. En cuanto estén todos esos monos como cubas, nos vamos... No quedan más que una docena o así, chillando aún... ¡Eh, abuelo Jones, espera! Ve cuando estén todos trompas... sino verán como se va la luz...

Zacarías se sentó en el suelo, colocando a María Viborg a su lado. La mujer continuaba en voz baja con su monótona cantinela. No se habían molestado en darle armas; era evidente que había perdido la razón...

—Desnúdate, Sergio —dijo Marta di Jorse—. Ábrete la guerrera y bájate los pantalones; quiero ver qué te han hecho... Aún me queda una pizca de grasa de

ciervo... Con la desapasionada eficiencia de una profesional, los dedos de Marta di Jorse exploraron cuidadosamente el cuerpo entero de Sergio, colocando en los lugares más dañados una ligera capa de la escasa grasa de ciervo.

—A ver dónde tocas... —dijo Sergio, sonriendo débilmente.

—No seas burro —contestó ella, groseramente—. No es momento ahora para bromas de esa clase... Te han dado una buena paliza pero me imagino que no tienes nada roto... La grasa te aliviará algo, pero más te vale ponerte en pie... sino te vas a quedar frío, y será peor...

—Ha caído el último... Abuelo Jones; tráete esa cochina piedra... Hala, Zacarías, Marta, fuera... Ayudad a María... Coged todo lo que encontréis de comer... A la izquierda, deslizaos sobre la fachada, y meteos en el bosque... esperad allí... Venga, por la ventana, rápido... ¡Ah, ya estás aquí, abuelo Jones! Dale el chisme a Sergio...

El plateado resplandor se hundió por segunda vez en la casi vacía mochila. Después, Sergio, ayudado por el Capitán Grotton salió por la ventana y se dejó caer al suelo. Había una ligera luminosidad, preludio del próximo amanecer, que mostraba la enorme plaza cubierta de cuerpos de mandriles, tumbados en todas las posiciones, roncando como cerdos, con frascos de licor tirados por los suelos, hogueras a medio extinguir donde se habían asado cosas indefinibles, anchos platos de barro con restos de comida... El Capitán Grotton y el abuelo Jones trotaban tras él, recogiendo lo que podían y metiéndolo en sus bolsas... Sergio atrapó algunos puñados de bayas, un saquete con algo que parecía harina de mijo, dos grandes trozos de carne fría, y un buen montoncillo de altramuces... por lo menos así los llamó el Capitán, aun cuando Sergio no había oído semejante nombre en su vida...

Un mandril tendido sobre el cuerpo de una hembra hizo un giro y se volvió... Un gruñido. Sergio se encontró con dos negros ojos llenos de crueldad fijos en él... Hubo como un suspiro, y el abuelo Jones se alzó, limpiándose el cuchillo en la pernera del pantalón...

—Uno que no nos perseguirá...

—Vamos, vamos... —apremió el Capitán—. Amanecerá en media hora... El resto del grupo, respirando anhelosamente, con los rifles en las manos, les esperaba al borde del claro. Habían tenido que amordazar a María Viborg, y atarle las manos, pues la mujer parecía haber enloquecido a la vista de los mandriles...

—Vámonos... hacia allá —dijo el Capitán, en un susurro—. Primero, Marta y Sergio... Después, abuelo, tú y Zacarías, llevad a María... Yo cerraré el paso... Buena suerte a todos... Vamos allá...

Mientras caminaban, cortando a machetazos la espesa y entrelazada vegetación, Sergio, apoyado en Marta, escuchaba apenas, con sus ensordecidos oídos, el soliloquio delirante de Zacarías Gómez:

—Las muy cerdas... ¿Qué era aquello que me dieron...? ¡Puaf, qué asco!

Malditos bichos, malditos, malditos... ¿Cómo pude hacerlo... con esas asquerosas bestias? Pero ¿qué fue lo que me dieron? ¿Qué fue?

—... si pudiera matarlos a todos, si pudiera matarlos a todos...

De nuevo el Capitán Grotton hacía gala de una energía que parecía inextinguible. Tan pronto estaba al principio, como al final de la famélica columna; ayudaba a Marta para que el enfebrecido y agotado Sergio pudiera trasponer un paso difícil, cargaba en vilo con la enloquecida María Viborg, se detenía, quedándose varios cientos de metros atrás, para comprobar si alguien o algo les seguía; o bien se adelantaba para explorar un sector de terreno. El sol se filtraba a través de las anchas hojas, manchando con vividos círculos amarillos el suelo esponjoso cubierto de una espesa capa de humus que seguramente no había pisado jamás ningún pie humano... y caminaban, caminaban, caminaban... Un pie delante de otro, otro paso, otro más...

Entre nubes, Sergio se dio cuenta de que era Marta quien cargaba con el rifle magnético, y con su mochila. Quiso decir algo, protestar; pero de su lengua hinchada sólo salió un espeso sonido lingual, sin significado alguno... Le parecía que la cabeza le iba a estallar, y notaba como el corazón latía apresuradamente, ¿ciento veinte, ciento cuarenta pulsaciones?

—Adelante, adelante...

No habían oído más que esta palabra durante todo el día. El Capitán Grotton no parecía conocer otra. Aquel hombre, evidentemente no estaba hecho de carne, sino de alguna peculiar materia indestructible, contra la que estaban inermes las privaciones, las torturas o los elementos desencadenados...

—Pon el pie en esa piedra, Sergio —dijo la cascada voz del abuelo Jones.

Otro que había recuperado sus energías en cuestión de horas. También parecía imposible que aquel cuerpo apergaminado, compuesto exclusivamente de huesos cubiertos por una correosa capa de piel, y donde quizás hubiera dentro alguna víscera (seguramente sólo las imprescindibles) caminase con la misma marcha que los demás, mientras que Zacarías y Marta di Jorse parecían hallarse al límite de sus fuerzas...

—¿Por qué no cantar una canción?

—Calla, Sergio... pueden oírnos —dijo Marta—. Cállate, hombre... ¿No tenéis alguna medicina?

—No encontramos nada, Marta... Adelante, adelante...

—... si pudiera matarlos a todos...

—¿Qué sería aquella porquería? Y aquella bestia, más grande que las otras... me la cogió con las manos... ¡qué asco! Pero estoy vivo, vivo... y volveré, no dejaré una con vida... Por favor... no me lo recordéis... y lo peor, lo peor de todo, es que *entonces me gustó*... qué asco, haber hecho eso con una mandril, con dos, con seis... qué sé yo con cuantas. ¿Qué me dieron las muy cerdas...? ¡Me violaron...!

—Adelante... no os detengáis.

Sergio sintió, a través de una nube de ensordecimiento y de fiebre, que las piernas

se le movían mecánicamente, pero que no las percibía. Quiso comunicarle a Marta que aquellas piernas no eran suyas... pero sólo emitió un gruñido...

«Ciudad en los espacios engarzada,  
que surcas orgullosa lo profundo,  
tú siempre habrás de ser idolatrada...».

—¿No podéis hacerle callar?

—Por favor, Sergio, por favor...

La mano callosa de Marta di Jorse sobre sus labios, tapándole la boca. «¿Estoy loco, como María Viborg? Es a ella a quién deben taparle la boca». Era inadmisibile... cruel.

—Deteneos un momento... solamente unos minutos... pero no os sentéis... Dejad aquí las provisiones; voy a distribuirlas. Abuelo, llena todas las cantimploras en aquel riachuelo... Marta, ¿por qué no llevas a Sergio allí? Refréscale la frente... haz que beba...

Una sensación de frío en el rostro, y un momento de lucidez. El rostro de Marta, con la herida en la mejilla cubierta de grumos rojinegros de sangre coagulada estaba ante el suyo, mirándole intensamente. Con un trozo de tela le mojaba la cara, el cuello... Pero el horrendo palpitar de las sienes no se detenía...

Estaba solo, tendido al borde del arroyo. Los árboles de anchas hojas rezumantes se extendían por todas partes, formando un palio que le protegía del sol... el sol... arriba, brillante... como la boca de un horno. Algo suave y deslizante pasaba por el centro del arroyo...

—Eres una cellisa —articuló, con dificultad.

—Eso te dije antes... ¿Ya lo has olvidado? —dijo la agradable voz de tenor.

Tenía dos grandes ojos pardos, cubiertos por largas y sedosas pestañas. El pelaje era gris, excepto en la cabeza, de color amarillento, partido sobre el cráneo por una raya negra que iba ensanchándose, y tomando forma triangular.

Una sedosa zarpa húmeda se posó sobre su frente.

—¿Dónde... está... Marta?

—Estás solo conmigo. Pero estás mal...

Hubo un chapoteo, y un chorro de agua tibia salpicó a Sergio. El mundo de los árboles le rodeaba, y bajo él había tierra, y más abajo, cosas desconocidas... la tierra y los árboles se curvaban lentamente, formando una ligera comba que continuaba por medio de más árboles, riachuelos, volcanes, peñas, desiertos, mares, montañas, desfiladeros, ríos... y que después de cerrarse sobre sí misma, volvía a encontrarse en el mismo lugar en que se hallaba ahora... Pero era un camino tan largo, tan largo y difícil, y a la vez tan grande...

Oía voces a lo lejos, entre ellas la ronca y excitante voz de Marta di Jorse. «¡Qué mujer!» pensó. «Qué diferentes son ella y Edy... Si se llevasen bien...». La zarpa

suave y húmeda estaba de nuevo sobre su mano...

—Eres una cellisa —dijo, torpemente.

—Ya me lo has dicho.

Tenía dos grandes ojos pardos, cubiertos por largas y sedosas pestañas. El pelaje era gris, incluso en la cabeza. Pero el lomo se hallaba dividido por dos estrechas líneas de pelo blanco...

—Toma esto. Estás mal...

Algo gelatinoso se acercó a su boca... sintió que la húmeda zarpa gris lo introducía con suavidad. Tragó, notando un perforante dolor cuando varios grumos de materia pastosa atravesaron su hinchada garganta...

—Es bueno —dijo la agradable voz de tenor.

—Es... bueno... —repitió automáticamente, Sergio.

Hubo un chapuzón rápido, y una sombra gris se deslizó velozmente por el fondo del arroyo.

—No creo que pueda seguir andando —dijo Marta di Jorse—. Habrá que hacer una camilla o algo parecido...

—¿Y quién va a llevarla...? —gruñó Zacarías.

—Si es preciso, la llevaré yo sola.

Parecía que le levantaban en alto, que le arrastraban... El mundo no era más que una masa de colores, sin sentido ni forma determinada, pero que daba la vuelta sobre sí mismo, y formaba un conjunto peculiar, donde había que comprender algo... que comprender algo...

—Y yo te ayudaré —dijo la cascada voz del abuelo Jones.

Era de noche, y se sentía helado. Había dos resplandores plateados en el aire... Uno de ellos bajaba del firmamento, atravesando lentamente las tupidas ramas de los árboles; el otro surgía de su mochila, a unos pasos de allí, como rayos de plata líquida que se esparcieran a su alrededor... Tenía un frío intenso, animal, que le penetraba hasta lo más profundo...

—¿Qué te pasa?

—Estoy helado, Marta... helado... no puedo moverme...

—Espera.

Apenas se oían graznidos en el aire espeso y mojado de la jungla. Una pequeña hoguera, apenas unos tizones, ardía a poca distancia, mostrando la figura disforme del Capitán Grotton paseando pausadamente, con el rifle terciado. Un cántico monótono llegaba de más allá...

—¿Por qué lo hice? ¿Por qué no me dejé matar antes de eso? ¿Qué era esa porquería que me dieron...? Me excitó, oh, me excitó... qué asco...

Notaba un ruido de ropas a su lado. Se hallaba tendido sobre un lecho de anchas hojas crujientes, atravesadas sobre una armadura de palos... Le dolía mucho menos la

garganta, y quizá la fiebre era menor, pero el hielo eterno que formaba su cuerpo parecía que no pudiera calentarse nunca... Bajo la lejana luz rojiza de la hoguera vio relumbrar el desnudo cuerpo de Marta; ella apilaba sobre su cuerpo las desgarradas ropas que acababa de quitarse...

—¿Te encuentras mejor?

—Tengo frío. Marta...

—Espera...

Sintió como Marta se deslizaba a su lado, bajo las sucias ropas, ciñéndose a él, cubriéndole totalmente con su cuerpo. El rostro de la mujer se colocó junto al suyo, y sus piernas se entrelazaron con las suyas... Los dos fuertes brazos femeninos le rodeaban, apretándole contra ella. Poco a poco... muy despacio... una leve onda de calor, acompañada de una pequeña vibración lejana, como un perfume perdido, como el pálido recuerdo de una flor marchita siglos antes, comenzó a penetrar su cuerpo congelado...

—¿Mejor?

—Mejor, Marta...

El benéfico calor aumentaba todavía más... llegando a pasar de las capas superficiales de su cuerpo, de la helada piel y los contraídos músculos, hasta más adentro... La boca de Marta, ancha y ardiente, se colocó junto a su oído. Notó como ella le mordía ligeramente el lóbulo de la oreja...

—Sólo por ti haría esto...

Era curioso. La ronca voz femenina parecía ligeramente excitada.

El volcán se alzaba sobre ellos, ingente y formidable en su profunda penetración vertical del espacio azul, el cráter cubierto de nieves eternas dejando escapar una delgada columna de humo, que ascendía, ascendía sin detenerse hacia el infinito. Gigantes arboledas cubrían los titánicos flancos, tanto más desnudos de vegetación cuanto más subían hacia el colosal cráter.

—¿Cuándo perdimos a María Viborg?

El Capitán Grotton volvió hacia él un rostro descompuesto, donde profundas arrugas rellenas de mugre circundaban la ancha boca de batracio y los profundos ojuelos.

—Nadie lo sabe, Sergio... nadie lo sabe...

Ya hacía dos días que se encontraba mejor. La fiebre había ido desapareciendo y el congelado cuerpo de unas jornadas antes había ido admitiendo poco a poco un calor natural. Apenas necesitaba apoyarse en Marta, que caminaba a su lado, sonriéndole tristemente de cuando en cuando. De todas maneras, ninguno de ellos se encontraba bien. Aquella mañana habían comido cada uno un puñadito de harina de mijo, doce altramuces, y un diminuto trozo de carne fría, ya algo maloliente.

El abuelo Jones aún mascaba algo, con su desdentada boca, mientras continuaban

caminando.

—¿Qué comes, abuelo?

—¿Es que tú no te has guardado nada? No. Ninguno lo había hecho. Todos, excepto el viejo, habían devorado rápidamente su miserable ración, incluyendo el indestructible Capitán Grotton.

—¿Cuánto hace que partimos?

—Cinco días, Sergio. No creo que hayamos hecho más de cien o ciento veinte kilómetros... aún nos quedan cerca de trescientos...

—No llegaremos nunca —dijo Zacarías Gómez. Nadie le hizo caso. Continuaron caminando los cinco, sintiendo cada vez más profundo el hiriente dolor de los pies llagados por la marcha incesante, y el cansancio atroz, y el hambre. Sobre todo el hambre, que roía las entrañas constantemente, y que no sólo no se calmaba, sino que empeoraba cuando se quería llenar el vacío estómago mediante agua... En vano había sido que el Capitán Grotton repitiese una y otra vez que no era conveniente beber demasiado... y más aún no teniendo comida a su disposición. El estómago pedía algo rabiosamente, y agua era lo único que había en abundancia. La diarrea había aparecido de nuevo, y era frecuentísimo que uno de ellos se separase de los demás para evacuar el torturado estómago...

—¿Qué es eso?

Había una gran masa metálica atravesada en su camino. Apoyándose en su rifle, Sergio se aproximó, mientras los demás, como hipnotizados, permanecían quietos, oscilando un poco sobre sus piernas, mirando aquel inesperado obstáculo.

Era algo enorme, que cruzaba la selva de lado a lado. Algo como un disforme gusano metálico, con numerosas patas, hundidas en el barro... Estaba formado de secciones del tamaño de una casa, ligeramente cuadrangulares, encajadas las unas en las otras, y de cada una de ellas surgía un par de patas formidables, cubiertas de óxido y plantas fangosas, con las articulaciones corroídas y descompuestas muchos años antes...

—Rodeémoslo...

Bajo sus pies, el suelo retembló ligeramente. Mirando a la cumbre del volcán vieron que la ligera humareda se había incrementado momentáneamente, formando una nube negra y polvorienta que se extendió paulatinamente sobre la jungla... después, el delgado humo continuó surgiendo sin interrupción del cráter.

—Quietos ahí —dijo el abuelo Jones—. Se mueve algo.

Todos se acurrucaron entre las anchas hojas. Durante un buen rato no sucedió nada. Después, un ligero remover agitó el follaje, en la misma dirección en que venían... Apareció una figura negra, deforme, coronada por una gran cabeza con un hocico azul... Sergio quitó silenciosamente el seguro del rifle; lo alzó, fijando la mira en la cabeza del mandril... Hubo un silbido cuando el pequeño proyectil fue impulsado por el potente campo magnético... El salvaje dio un salto, como un muñeco de muelle, y se derrumbó entre la hojarasca...

—Sigamos —dijo el Capitán Grotton—, adelante, adelante...

El abuelo Jones había encontrado una especie de frutar silvestres del tamaño de una manzana, amarillas, partidas interiormente en cuatro gajos y repletas de una pulpa azucarada. Comieron de ellas, no muy seguros de la afirmación del viejo de que eran totalmente comestibles, pero sintiendo que sino, iban a perecer de inanición. Lo único que no faltaba era el agua.

Los alimentos se habían terminado el día anterior, y cada vez era menor el camino recorrido diariamente. Ya ni siquiera el Capitán Grotton parecía tener fuerza para realizar, sus diarias exploraciones delante y detrás de los supervivientes de la patrulla. El más desmoralizado de todos era Zacarías Gómez, que repetía, continuamente, cuando lograba reunir las fuerzas para ello:

—No llegaremos nunca, no llegaremos...

Lo peor de todo era que, a pesar de su extrema debilidad, la sensación de hambre había desaparecido casi por completo. Se miraban unos a otros, encontrándose delgados, con el cuerpo anguloso, los huesos salientes, el aliento fétido, la piel cubierta de unas placas pardas que semejaban suciedad, pero que no desaparecían lavándose...

—Es preciso encontrar algo de comer —dijo el Capitán Grotton, débilmente— o no pasaremos de aquí... Mirad bien donde estamos... ayudadme a poner esas piedras juntas, para que sirvan de señal...

Como fantasmas, o como cadáveres movidos por las corrientes submarinas, le ayudaron desmañadamente a formar una pequeña pirámide de rocas. El rumor del río, a pocos pasos de ellos, sonaba sordamente sobre las peñas del fondo, saltando las cantarinas aguas en un turbión de espumas.

—Recordadlo —repitió el Capitán Grotton, haciendo un esfuerzo para pronunciar cada palabra—. El montón de piedras al lado del río... Es mediodía... Marta y Sergio, id río arriba... Zacarías y yo, río abajo. Tú, abuelo Jones, sería mejor que te quedases aquí...

—Que te crees tú eso —dijo el viejo—. Yo también voy...

—Te ordeno que te quedes aquí, abuelo...

—Si tú lo mandas... —respondió el viejo, a regañadientes.

—El primero que encuentre algo, o que mate algo, deberá disparar tres tiros seguidos... Un solo disparo no significa nada... —¿Y si matamos un mandril?

Hubo un instante de silencio, en el que se miraron todos los unos a los otros.

—No sé que haréis —dijo Zacarías—. Pero si matamos un mandril, yo me lo como... Lástima del que desperdiciamos el otro día...

—A los tres tiros, nos reunimos aquí. Adelante. Ven, Zacarías...

El Capitán Grotton y Zacarías Gómez desaparecieron entre el follaje, en el sentido descendente del río. Marta miró a Sergio...

—Vamos p'allá, hombre... A ver si hay suerte. Dirigieron una última mirada al abuelo Jones, acurrucado junto a las mochilas y a la vacía caldera de hierro, y, apoyándose el uno en el otro, comenzaron a caminar río arriba.

—Si iba a quedarse el abuelo Jones —dijo Marta—, ¿por qué hizo poner esas piedras?

—Ninguno nos damos cuenta de lo que hacemos. Marta...

—Siento la boca seca... y por más agua que bebo...

—Yo también...

Además de seca, le parecía que la lengua se le había hinchado algo y que la tenía como cubierta de un légamo espeso.

—No orino nada —continuó Marta—. A pesar de tanta agua.

—Ni yo tampoco...

La mujer tropezó en una raíz, y Sergio la retuvo, tomándola por un brazo. Lo sintió escuálido y adelgazado bajo sus dedos y le invadió una pena enorme... a pesar de que él se hallaba en las mismas condiciones.

—Un pavo.

Estaba allí, con el plumaje negro, la cola abierta en rueda, con las franjas negras y blancas alternadas, el rojo moco cayéndole sobre el pico... Sergio abrió y cerró los ojos varias veces. No había nada; sólo una planta con largas hojas, abierta como un abanico...

Caminaron durante mucho tiempo, mientras el sol parecía mantenerse inmóvil en el cielo...

—El Capitán dice que estamos a mitad de camino...

A lo lejos pareció resonar el estampido sordo de un disparo. Se detuvieron, prestando oído. No sonó ningún otro. Mirándose apesadumbradamente, continuaron andando por la ribera, junto a las aguas que se deslizaban mansamente. Se inclinaron sobre el cristalino caudal; no había peces; no había cangrejos... ni un solo organismo viviente... Y sin embargo, entre las ramas, en las alturas, se oía el chirriar de los pájaros, algún chillido estridente, un cacareo repentino...

—Voy a bañarme —dijo Marta—. Estoy sucia, sucia... No puedo soportarlo...

Se quitaron las ropas y las destrozadas botas en la ribera, abandonando los rifles y las municiones sin cuidado alguno. Sentían una indiferencia total ante lo que pudiera suceder...

Sergio se metió en el agua hasta las rodillas, siguiendo a Marta. La corriente era rápida y tibia y no les refrescó ni les dio ánimos. Permaneció inmóvil allí, contemplando a la mujer, que había penetrado un poco más, y se echaba agua con las manos sobre todo el cuerpo. Tenía los hombros como perforados por las clavículas; los muslos adelgazados hasta el punto de que las rodillas parecían formar dos nudos huesosos entre ellos y las esqueléticas pantorrillas... El estómago de Marta estaba pegado a la espalda, y bajo los pechos casi inexistentes, como si los hubiera absorbido, el tórax marcaba claramente todas las costillas a través de la piel cubierta

de placas oscuras... Se miró a sí mismo. Estaba igual; exactamente igual. Y a pesar de estar totalmente desnudos los dos, no sentía absolutamente ninguna excitación por aquella mujer... Le parecía increíble el haberla deseado días antes... Sólo pensaba en comer, en comer algo... Intentó quitar las oscuras manchas de la piel a base de frotarlas con agua, pero no consiguió nada...

Marta lanzó un grito, y con una energía inesperada corrió hacia él, con el rostro desencajado por el dolor. De uno de sus tobillos chorreaba la sangre...

—Me mordió algo...

Salieron rápidamente a la orilla, y Sergio se sentó para examinar mejor la herida. Le recordó el limpio bocado que un animal desconocido le produjo el primer día de su estancia en la tierra; a mitad de la pantorrilla había un limpio círculo cortado, de donde faltaba algo de carne, y del que salía un lento chorrear de sangre, como si apenas hubiera ya nada dentro del cuerpo de Marta...

Lo vendó toscamente con un trozo de camisa, mientras ella, tapándose la cara con las huesudas manos, sollozaba débilmente, con un lastimero llanto agudo, como el de un niño abandonado.

—Marta, Marta... no te preocupes. Saldremos de aquí... Los demás habrán encontrado algo...

—Si salimos —dijo ella, levantando hacia él los ojos llorosos— me gustaría seguir contigo... ¿Crees que Edy tendrá inconveniente?

—Ya se lo diremos... Espera...

Algo pequeño se movía en la ribera, entre las hojas... Haciendo que Marta se tendiera en el suelo, a su lado, Sergio alargó el brazo para tomar el rifle... Trató de apuntar hacia el lugar donde las hojas se movían... y la vista se le nubló... Cuando volvió a poder enfocarla claramente, vio un pequeño monito, con una cola larga y retorcida, que les miraba con atención... Apretó el gatillo; la bala silbó entre las frondas, y el monito, con un chillido agudo, desapareció...

—Volvamos con los demás —dijo Sergio, desesperanzado—. Es ya tarde.

En ese momento oyeron, uno detrás de otro, tres estampidos.

Cuando llegaron. Marta cojeando, con la herida sangrante, apoyada en el hombro de Sergio, contemplaron al Capitán Grotton y a Zacarías de pie, mirando hipnotizados la caldera de hierro que exhalaba un apetitoso vapor sobre un pequeño fuego...

—Si llego a quedarme aquí —dijo el abuelo Jones, cacareando como una gallina— vais buenos... Puse unos lazos por ahí y cogí un par de estos...

Eran unos animales pequeños, parecidos a conejos, pero con un rabo largo, y las orejas redondas...

—No cogimos nada —dijo Sergio.

—Ni nosotros tampoco —susurró el capitán Grotton.

Tocaron a dos frutas y una porción de carne por persona. A la mañana siguiente bebieron el caldo, y comieron lo poco que el Capitán había conseguido retener para el

desayuno... Pero dos días más tarde, en un bebedero de animales, mataron un antílope.

—Parece el infierno, mismamente —dijo Marta, conteniendo un gesto de dolor.

La mordedura se había inflamado. Al cabo de dos días de marcha, la pierna se había hinchado de tal forma que fue preciso cortar con un cuchillo la bota de montar para poder quitársela. El pie estaba enrojecido, y completamente enconado, formando una masa de un color rojo oscuro de donde salían los dedos, como un racimo de uvas pálidas. Con trozos del cuero de la bota, y algún harapo, Sergio fabricó una especie de tosca abarca que no oprimía el irritado miembro... Pero la marcha de Marta era extraordinariamente dificultosa. Sólo la fuerza que el alimento fresco les había dado, haciendo que recuperasen parte de su energía, le permitía continuar. Eso, y la salvaje determinación que volvía a brillar en sus llameantes ojos.

—Si quieres —dijo Sergio— paramos un momento. Que ellos sigan; yo me quedaré contigo...

—Amos, anda... ¿No andabas tú cuando tenías las fiebres? No t'habrás creído que yo soy menos... Vamos p'alante... Con tal de que me dejes apoyarme... Ya digo; esto parece el infierno...

Era verdad. Caminaban en un dédalo de pequeños desfiladeros, sin una sola planta, que se entrecruzaban entre sí, formando como un laberinto continuado. Había encrucijadas, curvas, recodos. Las paredes se alzaban a pico hasta una quincena de metros desde el suelo, formando a veces una gran masa rodeada por los desfiladeros; otras, un pequeño islote del cual partían varios caminos...

De forma misteriosa, el Capitán Grotton parecía no haber perdido el sentido de la orientación en medio de aquel desolador paisaje. Caminaba el primero, volviendo de vez en cuando hacia los demás un rostro amarillo cubierto de una gran barba. Todos los hombres se sentían molestos por esa masa de pelos, que les picaban continuamente, y se llenaban de parásitos. Zacarías Gómez tenía una barba cerrada, oscura, muy parecida a la del Capitán; Sergio una barba castaña, de pelo suave y no muy abundante, que se le pegaba al cuello humedecido por el sudor continuo; el abuelo Jones mostraba unos pelos ralos, de color blanco, que sólo crecían en algunos lugares, dejando unas calvas como producidas por alguna enfermedad contagiosa.

De cuando en cuando, un hilo de agua cruzaba silenciosamente los estrechos cañones; otras veces era un arroyo de mayor profundidad, con una rápida corriente, no muy ancha, que todos cruzaban fácilmente, a excepción de Marta.

La primera vez, la mujer se obstinó en cruzar ella, lanzando un gemido al sentir el contacto del agua en la inflamada pierna; después, bajo la reprimenda de Sergio, permitió que éste la tomase en brazos cada vez que era preciso.

Un sonido retumbante, como el vibrar de un gong colosal resonó sobre los desfiladeros, repitiéndose en múltiples ecos, cada vez más débiles. Se detuvieron,

asombrados y preocupados a la vez.

—Los mandriles —dijo el Capitán Grotton, al ver todas las miradas fijas en él—. Han debido encontrar nuestro rastro... Eso... lo he oído antes, es una especie de tambor hecho con madera hueca... Si les llegase el caletre para eso, diría que se comunican con él...

El sonido retumbante volvió a sonar al cabo de un lapso de tiempo, y después continuó haciéndolo a intervalos regulares, que Sergio calculó aproximadamente en una duración de unos treinta segundos.

Continuaron andando, cada vez más nerviosos, mientras el sonido funeral continuaba repitiéndose. En el ritmo, en la separación de uno y otro retumbar, había algo maligno... cuando sonaba un golpe, transcurría tanto tiempo hasta que se escuchaba otro, que parecía que no iba a sonar ya, que les habían perdido la pista, que esta vez, no, no sonaba, nos han perdido, no nos ven... Y de pronto, como un brusco recordatorio de que debían perder todas las esperanzas, el lóbrego resonar atronaba sordamente a través de los cañones, las grietas y las rocas sueltas.

—No podemos detenernos ahora, amigos —dijo el Capitán Grotton—. Hemos de seguir mientras podamos... comeremos andando incluso, y si alguien tiene que hacer algo a solas, que lo haga deprisa, y se reúna en seguida con los demás... ¡Ah! Y que avise que tiene ganas de lo que sea, para que lo sepamos los demás...

—¿Tenemos que decirte también de qué color es? —contestó Marta, con un atisbo de mal humor.

El Capitán Grotton se lo pensó un momento.

—Pues no —contestó como si se lo hubiera tomado en serio—. Pero si lo entierras, mejor... Los mandriles lo verían, y sabrían por dónde andamos... Basta de charla, y adelante.

—Tu madre —dijo Marta.

Nadie le hizo caso. Todos se daban cuenta de que la fiebre la estaba consumiendo y se imaginaban perfectamente los espantosos dolores que la hinchada pierna debía producirle...

—¿Cuánto faltará? —dijo Zacarías, al cabo de un rato, repitiendo la misma pregunta que todos tenían en la mente.

—Poco —dijo el Capitán Grotton, evasivamente.

—¿Cuánto es poco?

—¡Poco, pedazo de animal! Dos o tres días, todo lo más. Y haz el favor de no molestarme más hasta que lleguemos... al condenado desfiladero del río Rojo...

La áspera roca rojiza de los cañones continuaba pasando junto a ellos, a medida que caminaban. En algunos lugares, Sergio había percibido claramente una malignidad latente como si alguno de los espantosos demonios dominados por Herder estuviera agazapado entre las rocas, acechándoles. Quizá también lo percibían los demás, instintivamente, pues era cierto que aceleraban el paso cuando atravesaban alguna de aquellas zonas.

El sol, sin una sola nube en el firmamento de caliente acero azul, caía de plano sobre los desfiladeros, rebotando en las paredes de roca, y haciendo aumentar lentamente la temperatura, a medida que entraba la mañana.

¡Gong!

El sonido se repitió un vez más, amenazador, cercano. No se escuchaba un solo ruido, aparte del de sus pasos y del lento murmurar de los hilos de agua y los arroyos que corrían pausadamente por el fondo de los cañones. Ni el piar de un pájaro, ni el gañir de una fiera, ni el alarido de una hiena... Nada. La naturaleza parecía haber muerto, o estar completamente detenida, a excepción del rebombar retador y rítmico.

¡Gong!

Había un arroyo más ancho que los demás, y al otro lado, el desfiladero por el que caminaban se dividía en dos ramas, que continuaban hacia adelante con una ligera divergencia. Durante un instante, el Capitán Grotton dudó entre ambas, antes de cruzar el arroyo; después, alzando los hombros, anunció...

—Tanto da. Tomaremos por la derecha...

—Yo me voy a quedar aquí un momento —dijo Marta. Tenía el rostro desencajado, y su mano, como una tenaza, se cerraba sobre el hombro de Sergio.

—No tardes... ¿Te quedas con ella, Sergio?

—Naturalmente... No la voy a dejar sola aquí. Os alcanzamos en seguida.

Zacarías, el Capitán Grotton y el abuelo Jones cruzaron chapoteando la corriente y se introdujeron en la rama derecha del cañón. Un recodo les ocultó en seguida a la vista. ¡Gong!

—Vete —dijo Marta—. Vete. No puedo seguir.

—Vamos; no digas tonterías. Primero haz lo que tengas que hacer, y luego seguiremos. Si te quedas, me quedo yo.

—Ayúdame a llegar a aquel rincón, ¡estás loco!

A tropezones, Sergio llevó, casi en volandas, a Marta hasta un recoveco de la roca. La ayudó, profundamente conmovido, a soltarse la correa de los pantalones, y antes de irse, se inclinó para examinar la herida. Tenía un aspecto espantoso; la inflamación y el enrojecimiento subían hasta la rodilla; el limpio bocado circular de unos días antes se había transformado en un agujero de carne casi negra, con los bordes azulados o blancos, donde estaba claro que la sangre no circulaba... Marta lanzó un gemido ante el solo roce de los dedos de Sergio...

—¿Qué haces?

—Quiero ver los ganglios...

Exploró cuidadosamente la ingle, sintiendo bajo sus dedos las protuberancias inflamadas de los ganglios, como nódulos grandes y endurecidos bajo la piel.

—Me haces daño... Déjame aquí y vete... es una tontería quedarse conmigo... Yo no saldré viva de aquí.

Sergio guardó silencio durante unos segundos antes de contestar.

—Mira, Marta. Es muy importante para mí lo que tengo que hacer... lo de la

Piedra de Luna y todo eso —palmeó el zurrón donde aún se hallaba el enigmático mineral—. Pero no te abandonaré por nada del mundo. De una vez debo decírtelo; si te empeñas en quedarte, yo me quedaré también...

—¿Por qué? —dijo ella.

—Porque eres una mujer que quiero que siga a mi lado siempre.

—¿Y Edy?

—Eso es otra cosa... Es diferente. Ni yo mismo sé explicarlo. Pensarás que soy tonto, ¿verdad?

En el descompuesto rostro de Marta hubo una sonrisa trágica.

—A los casi cuarenta años tenía que encontrar un hombre como tú... y mucho más joven. Ojalá hubiera muchos tontos así... Anda, cabezota, está bien... Haz el favor de traerme un poco de agua...

¡Gong!

Mientras caminaba hacia el arroyo, Sergio trató de apartar de su mente la idea de que había algo equivocado en todo lo que estaba sucediendo; algo terriblemente equivocado, y profundamente mortífero a la vez. Intentó en vano apartar ese pensamiento que revoloteaba en su cabeza como un pegajoso moscardón; no pudo. Se rascó intensamente bajo la barba y en el pecho, donde unos molestos bichitos le habían cubierto de rojas picaduras. Algo que estaba mal hecho... ¡Tonterías!

Se inclinó sobre el arroyo e introdujo en el agua la cantimplora, inclinándola para que se llenase mejor. Mientras miraba a todas partes, preocupado por esa repentina sensación de error, una sombra rápida y suave se deslizó bajo las aguas.

—No me dirás otra vez lo que soy —dijo la agradable voz de tenor.

Tenía la cabeza redonda, cubierta de suave vello rojizo al igual que todo el cuerpo, con ojos profundos y una serie de manchas azuladas que iban aumentando hacia la base del cuerpo.

—No —dijo Sergio, aburrido—. ¿Qué quieres esta vez?

—¿Estáis huyendo de los mandriles?

—Sí, cellisa.

—Pues por ahí —dijo el ser, sacando medio cuerpo fuera del agua, y señalando con una aleta hacia la rama derecha del desfiladero— está todo lleno.

La otra aleta, suavemente, se posó sobre su mano infundiéndole una sensación de urgencia. Soltando repentinamente la cantimplora, Sergio atravesó el arroyo a grandes saltos, mientras el ser, como una sombra azulada, se deslizaba hacia las profundidades. Corrió desaladamente, sin importarle el ruido que hiciera, temiendo oír a cada momento el repentino crepitar de la fusilería. Pero no oyó nada... Corrió, corrió. Afortunadamente, quizá por el cansancio, o quizá por esperarles, el grupo del Capitán Grotton no había avanzado mucho. Los vio al volver un recodo calizo, vueltos hacia atrás con rostros sorprendidos por su estruendosa carrera.

—Capitán Grotton... Capitán Grotton —dijo Sergio, con el aliento perdido—. Volved atrás... los mandriles están ahí... ¡ahí!

Ante la mano conminatoria que señalaba hacia las profundidades del cañón, los otros se volvieron, con los rostros aterrados, como si una horda de los peludos salvajes fuera a surgir de las rocas al instante próximo.

—¡Qué tontería! —dijo Zacarías Gómez—. No se oye nada.

—¿Y Marta?

—Marta está bien; esperándome. Pero hemos de ir por la otra rama... Capitán Grotton; están esperándonos ahí... lo sé.

En un impulso, Sergio tomó en las suyas una de las grandes manos callosas del Capitán... Los ojos irritados de éste se fijaron con intensidad en los de Sergio, como si quisiera taladrarle el alma. De pronto, pareció como si una corriente eléctrica saltase de una mano a otra; el Capitán tuvo un sobresalto y sus ojos brillaron más... A Sergio la sensación le pareció distinta de cuando impuso las manos al moribundo Amílcar Stone; era una sensación de poder, de convencimiento; en ese instante le parecía percibir dentro de sí todo este mundo a la vez; las verdes arboledas, los caudalosos ríos, las cumbres, las cordilleras, el mar... en su pecho se agitaba un confuso presentimiento de que lo que había dicho la cellisa era cierto, y de que además el ya lo sabía antes, en virtud de aquel presentimiento que había tenido... Durante unos segundos le pareció que iba a comprender lo que le faltaba por comprender, pero todo pareció romperse ante las palabras del Capitán Grotton.

—¿Es algo... es algo como cuando quisiste curar al pobre Amílcar?

Sergio hizo que sí con la cabeza, sin hablar, aún inundado por aquella sensación de plenitud y de identificación total con algo enorme.

—Nos volvemos, muchachos —dijo fríamente el Capitán Grotton—. Mira, Zacarías, que te veo venir. Cállate, que ya me tienes harto... o te haré callar a mamporros.

Retrocedieron apresuradamente, con gran alivio de Sergio, mirando atrás de cuando en cuando, con miedo cada vez más creciente. Mientras los otros esperaban, Sergio cruzó el arroyo de nuevo, chapoteando como un caballo en la rápida corriente, recogió su cantimplora, y llegó al lugar donde había dejado a Marta. La encontró apoyada en la roca, respirando rápidamente, con los ojos cerrados.

—Venid —medio gritó a sus compañeros—. Marta se ha desmayado.

Intentó cogerla en brazos y levantarla, pero no pudo hacerlo hasta que el Capitán Grotton, tan débil como él, le echó una mano.

—Zacarías, lleva tú el rifle y la mochila de Sergio. Abuelo, entre tú y yo vamos a ayudarle a llevarla hasta el arroyo...

¡Gong!

El agua fresca reanimó algo a Marta, que bebió a grandes sorbos, con los ojos muy abiertos, brillantes por la fiebre, sin decir nada. Sergio le tomó las manos, y se concentró, intentando una y otra vez emitir aquella extraña percepción que le había permitido aliviar los dolores de Amílcar... Pero parecía como si la fuente de donde emanaba ese peculiar poder estuviera extinguida de momento. No consiguió nada.

Con los rasgos del rostro alterados hasta parecer una máscara de dolor. Marta consiguió ponerse en pie. Sergio se colocó a un lado; el Capitán Grotton a otro, y precedidos por Zacarías y el abuelo Jones, que miraban a todas partes con ojos cada vez más aterrorizados, consiguieron pasar, mordiéndose los labios, el rápido arroyo.

Al tomar la rama izquierda del desfiladero, Sergio se dio cuenta de que de la boca de la mujer se deslizaba un hilo de sangre. Los blancos dientes estaban clavados con fuerza en el labio inferior, y los ojos, virados, demostraban que apenas le era posible soportar el dolor...

—Toma. Introdujo un trozo de tela entre los dientes de Marta, y la boca de ésta se cerró con un ruido seco sobre la improvisada almohadilla, apretando, apretando...

¡Gong!

Al principio, la rama izquierda del cañón era exactamente igual que la otra, trazada entre verticales muros de piedra amarillenta a trechos, rojiza en otros, hojosa, rezumante de humedad en algunos sitios. Más tarde, cuando llevaban un par de horas caminando, escuchando siempre, estremecidos, el broncíneo retumbar del tambor lejano, el fondo de la garganta comenzó a subir. Había alguna peña suelta, que era preciso evitar, y el suelo comenzaba a cambiar su estructura de arcilla casi lisa por un conglomerado de cascotes redondeados, donde era difícil encontrar apoyo, sobre todo para Marta. Hacía rato que la mujer caminaba mecánicamente, con los ojos cerrados, exhalando de vez en cuando una especie de ronquido... pero sin quejarse, sin decir una palabra...

—Levanta la pierna. Marta, por favor —dijo Sergio—. Un esfuerzo más. No intentes apoyar el pie herido, mujer. Apóyate en nosotros, y apoya sólo la pierna buena... Anda; así, así... Piensa en cuando lleguemos al río Rojo; estarán esperándonos el Zurdo Ribas y sus hombres, con comida, medicinas y un buen trago de ginebra... Podremos lavarnos y ponernos ropa limpia... te pondrás bien en seguida, ya verás...

Marta abrió los ojos un instante para dirigirle una mirada que, sin decir nada, expresaba muchas cosas. «Lo entiendo —decía—; hablas para que continúe, para que no pierda el ánimo... De acuerdo; pero sigue, no te calles...».

Zacarías y el abuelo se volvían, de cuando en cuando, para contemplar curiosamente a Sergio, que no cesaba de hablar. La mirada del Capitán Grotton, por el contrario, encerraba un respeto y una admiración muy claros.

—Volveremos a la Alquería de Muller, y estaremos juntos allí... Edy y yo te ayudaremos, ya verás... Yo no te voy a dejar nunca, después de lo que hemos pasado juntos... Eres una mujer extraordinaria; cualquier hombre estaría encantado de vivir contigo una aventura como ésta, y de seguir viviendo después todo lo que viniera... Camina, Marta, por favor... No apoyes ese pie... ¿Te duelen los brazos?

Haz un poco más de fuerza...

Las paredes rocosas, a su lado, no tenían ya más que unos dos metros. Disminuían rápidamente de altura, mientras su estructura mineral cambiaba de las

masas hojosas amarillo-rojizas a unas pudingas donde cantos rodados se incrustaban en una ganga de arcilla roja... Sin decir nada, el Capitán Grotton resopló al contemplar aquella arcilla...

—Vamos, Marta, un poco más...

Las pudingas desaparecieron rápidamente, dejando paso a un conjunto de bloques quebrados, alternados con pequeñas manchas de color rojo intenso. Estaban saliendo en este momento sobre el nivel de la meseta, dejando abajo los desfiladeros y los arroyuelos. Una brisa caliente corría de lado a lado, sobre un terreno de color pardo blanquecino, donde algunos escasos árboles alzaban al cielo cruel sus anchas copas verdes...

—Allí... —dijo el Capitán Grotton, con un hilo de voz—. La muralla... el río Rojo... el desfiladero...

En lontananza se divisaba el ingente muro de roca que atravesasen muchos días antes, a través de Halfaya Pass... Una corriente ancha, rojiza, circulaba perezosamente a través de las mesetas, trazando amplios meandros donde el agua lamía lentamente la ribera, para desaparecer después en una estrecha rendija en el murallón, como cortada de un gigantesco hachazo.

—Marta, ya llegamos... —dijo Sergio, sintiéndose con nuevas fuerzas...

El terreno pardo abundaba en charcos limosos de arcilla roja, engañosos y traicioneros, pues parecían casi sólidos a primera vista, sin serlo. Zacarías Gómez puso el pie descuidadamente en uno de ellos, y se hundió hasta la cintura, resultando casi imposible sacarlo de allí. Surgió con las piernas y el bajo vientre cubiertos de una espesa capa de grumos rojizos, que no pudo desprender, pues aquella pasta tenía una consistencia semejante a la del engrudo. Sólo cuando el aire y el ya moribundo sol secaron el barro este comenzó a caer en anchas costras.

Incluso Marta, ante el anuncio de la proximidad del desfiladero y del río Rojo parecía haber recobrado alguna fuerza. Los colores habían vuelto un poco a sus pálidas mejillas, y se apoyaba con más energía en los magullados hombros de Sergio y del Capitán Grotton. Durante un rato, el enteco abuelo Jones sustituyó al Capitán; en cuanto a Zacarías Gómez, cada vez que le miraban, comenzaba a sacudirse el barro rojo de los pantalones y a dirigir la vista, soñadoramente, hacia el murallón de roca.

—El tambor se ha callado —dijo, de pronto, el abuelo Jones.

Era cierto. El siniestro gong había dejado de oírse, y el silencio que flotaba ahora sobre la desolada planicie parecía, por contraste, más ominoso todavía. Estaban ya solamente a un par de kilómetros del desfiladero, junto a las turbulentas aguas del río Rojo, que allí comenzaban a encrespase y a saltar espumeantes entre disformes amontonamientos de peñas. El color rojizo de las aguas relumbraba como sangre bajo la luz del sol poniente...

—Mirad allí... —dijo el abuelo Jones, susurrando—. Ahí está la salida de la otra rama del desfiladero... la que cogimos al principio...

Y de pronto, mientras miraban, varias cabezas negras comenzaron a asomar, pausadamente, como muñecos lejanos sobre el borde del cañón. Una de ellas sobrepasaba a las demás... se oyó claramente, en el aire tranquilo del atardecer, un poderoso relincho.

—Es Aneberg... —dijo Sergio—. Esos brutos lo han traído consigo...

—¡Los ha traído hasta aquí! —gruñó Zacarías mirando amenazadoramente a Sergio—. Tu maldito caballo los ha guiado hasta nosotros...

—No me extraña —contestó el Capitán Grotton—. Ese caballo me parece bastante más listo que tú... lo que no es decir mucho. A ver si calláis... no nos han visto aún... No queda más remedio que seguir... y en silencio; ocultaos como podáis tras los troncos y las matas...

Todos ellos sabían que era inútil; que su única esperanza se hallaba en que el Zurdo Ribas y su gente estuvieran esperándoles en el desfiladero. No habían caminado ni un kilómetro, medio inclinados, casi intentando incrustarse en el terreno, lo que aumentaba los sufrimientos de Marta hasta un límite inconmesurable en virtud de la retorcida postura que todos se veían obligados a adoptar, cuando un griterío salvaje surgió de las hordas de mandriles que cubrían ahora las riberas del río Rojo. No eran muchos; quizá solamente un centenar; pero suficientes para aplastar a cuatro hombres debilitados y una mujer gravemente enferma...

Faltaban solamente quinientos metros para la entrada del desfiladero, pero el agotamiento de todos era tal, que el Capitán Grotton se dio cuenta de que no podían dar un paso más.

—Quedémonos aquí —dijo, señalando un grupo de rocas y troncos caídos a la orilla de las encrespadas aguas—. Aguantaremos lo que podamos, y si el Zurdo Ribas está ahí... Y ahora, disparad todos...

—No podemos alcanzarles, están muy lejos...

—Siempre tan inteligente, Zacarías. No quiero alcanzarles; quiero que el Zurdo Ribas oiga los disparos, y tener tiempo de nuevo para cargar... Vamos allá; tú Sergio, deja ese aparato silencioso, y tira con el rifle de Marta... ¡Ahora!

Los cuatro estampidos resonaron bruscamente contra el muro de rocas... Entre los mandriles hubo un general parloteo estridente y los aullidos aumentaron de volumen; no porque les hubiera alcanzado ninguna bala, sino porque Aneberg, locamente excitado, saltaba como un loco arrastrando a media docena de las negras bestias. Los cascos del caballo caían como martillos pilones sobre la cabeza de los mandriles, que pronto se apartaron, dejando a dos o tres compañeros caídos sobre el suelo, revolcándose en su propia sangre. El caballo, con los ojos llameantes, extendiendo ante sí el largo cuello, emprendió un veloz galope hacia el lugar donde los expedicionarios se habían detenido...

Un sonido sordo retumbó en el cañón, como si rebotase sobre las tempestuosas aguas del río Rojo.

—¡Es un disparo! —aulló el Capitán Grotton, poniéndose en pie—. ¡El Zurdo

Ribas! ¡Nos han oído!

Aneberg corría, lanzando espumarajos blancos por la boca, corcoveando y saltando él solo, aún cuando no llevase ningún jinete encima. De vez en cuando se detenía, caracoleaba, permanecía un momento inmóvil volviendo su largo cuello para mirar a los aullantes mandriles, que corrían sobre sus arqueadas piernas en dirección a ellos... Después, juntaba las cuatro patas como una pina, salía disparado hacia las alturas, encorvando el lomo y casi metiendo la cabeza entre los remos delanteros, y caía de nuevo al suelo, iniciando sin transición el mismo violento y loco galope.

—Sergio... puedes tirar cuando quieras —dijo el Capitán Grotton, fríamente—. Los demás, hacedlo cuando lo haga yo... Marta... ¿puedes ir cargando armas?

No hubo respuesta. Marta, con los ojos cerrados, apoyada en uno de los carcomidos troncos, parecía completamente insensible. En el desfiladero resonó otro disparo, con un tono mucho más agudo y próximo...

Dirigiendo una última mirada a Marta, Sergio se tumbó tras un montón de tierra rojiza y apoyó el rifle cuidadosamente en su hombro. Después, pausadamente, tomando puntería cada vez, comenzó a disparar... Uno tras otro, los cuerpos de los mandriles alcanzados daban un salto en el aire, caían hacia atrás, se llevaban las manos al pecho... Los alaridos de cólera aumentaron... En aquella horda aullante era casi imposible desperdiciar una bala...

Una flecha se estrelló con un sonido vibrante contra una piedra, a su derecha... El rifle hizo un click cuando la recámara quedó vacía, y expulsó limpiamente la caja de metal gris. Rápidamente, Sergio introdujo el otro cargador; sólo le restaban éste, y el cargador dorado que había tenido tanta precaución de reservar intacto. De todas maneras —pensó—, con un par de balas que me reserve...

Se volvió. Un grupo de hombres a caballo, agitando los fusiles sobre sus cabezas, corría hacia ellos, lanzando gritos de ánimo debilitados por la distancia...

—¡Fuego! —gritó el Capitán.

El simultáneo retumbar de los rifles casi le ensordeció, y durante unos momentos, la nube acre de la pólvora ocultó la negra masa multiforme de los mandriles, ya casi encima de ellos... Mientras el abuelo Jones cargaba apresuradamente, con gran movimiento de baquetas, llevando dos o tres pistones cogidos suavemente con los labios... un nuevo par de disparos, el del rifle y la pistola sobrantes derribaron un mandril más... Las flechas silbaban ahora a su alrededor, hincándose con vibrante sonido en los troncos, rebotando en las peñas, clavándose en el barro rojizo... Casi era perceptible el olor de los brutos peludos... Aneberg, como un rayo, pasó junto a ellos, dejando escapar copos de espuma...

El abuelo Jones lanzó un grito y cayó al suelo, con una flecha en un hombro... Sergio comenzó a disparar de nuevo, esta vez sin molestarse en apuntar... Vio ante él el hocico azul de un mandril los dientes amarillos babeantes, una garra que se tendía hacia su cuello.

—C'mer... c'mer... q'mados...

Algo redondo y negro cruzó el espacio, sobre sus cabezas, desprendiendo un trazo de humo blanquecino. Relinchos de caballos detrás, ruido apresurado de cascos, algún disparo suelto. Una explosión disforme, desaforada, levantó un haz de llamas en la retaguardia de los mandriles... Otro objeto negro, humeante, volvió a cruzar el aire... otro más... Una nube de humo espeso, que hacía llorar los ojos, ocultó todo a la vista de Sergio; sólo sentía en este momento el maloliente mandril que trataba de cogerle por el cuello... Entre la humareda, hombres, caballos y mandriles, saltaban y caían entre aullidos insanos... Dos nuevas explosiones retumbaron en el enrarecido aire, y una de ellas debió ser muy próxima, pues a Sergio le pareció que el chorro de llamas le cegaba, que algo pasaba silbando junto a su cabeza, como un enjambre de avispas que cortase velozmente la atmósfera... Un manotazo le quitó el rifle de las manos... El hocico azul estaba casi en su garganta; sintió un golpe en el pecho y cayó al suelo... Dio una vuelta sobre sí mismo, sacando al mismo tiempo el cuchillo de caza, y alzándolo hacia arriba, hacia la espesa nube de humo... Una cosa pesada y negra cayó sobre él, empalándose limpiamente en la ancha hoja, con un aullido espantoso... Vio los ojos vidriados de la bestia, a los que la muerte no había hecho perder su expresión maligna, y gritó... los amarillos dientes, en un último espasmo, se habían cerrado sobre su hombro... El cuerpo del mandril pesaba sobre el suyo como una masa inamovible, y la espesa sangre roja chorreaba sobre su vientre. Intentó desplazar el cadáver, pero los dientes hundidos en su hombro parecían empotrados allí como una trampa de acero. Se sentía extraordinariamente débil, después de la excitación momentánea de la lucha... «¿Marta?» —pensó—. «¿Marta?». Debió decirlo en voz alta, porque una voz le contestó:

—Está bien... no te preocupes... ¡Eh, muchachos, echad una mano!

La humareda de la pólvora iba aclarándose. Unas manos grandes como palas echaron a un lado el cadáver del mandril y le ayudaron a levantarse.

—Ya se acabó todo, Sergio —decía el Capitán Grotton—. Ya se acabó todo... y hemos salido de ésta.

Sergio no le hizo caso. Corrió hacia el lugar donde Marta se hallaba unos minutos antes. A su alrededor, hombres barbudos, malencarados y sucios, mujeres vestidas con burdos trajes de piel, caballos espantados dando saltos... y cadáveres de mandriles por el suelo, derramando la vivida sangre roja... Marta continuaba en el mismo sitio, sin conocimiento, con el rostro muy pálido...

—¡Está muerta!

—No; no está muerta —dijo el Zurdo Ribas, arrodillándose a su lado—. Pero está muy grave, o yo no entiendo de esto... ¡Vázquez...! ¡Las medicinas...! Hay que inyectarle Estelatrina inmediatamente...

—Y volver a Europa...

—Y volver a Europa —repitió, como un oráculo, el Capitán Grotton.

La desembocadura del río Rojo no debía estar lejana, pues bastaba husmear el aire para percibir como un lejano efluvio a mar, a salinas y a algas. La gran almadía se deslizaba lentamente por el centro de la caudalosa avenida bermeja, mientras dos hombres, apoyados en los varales de los toscos timones, mantenían fácilmente la dirección.

Había dejado a Marta poco antes, cómodamente acostada en el interior de la carreta. La fiebre había descendido bastante, y la herida presentaba mejor aspecto, pero la mujer no había recobrado aún el conocimiento. Permanecía en la yacija con los ojos cerrados, respirando lentamente, aún enflaquecida, a pesar de los múltiples cuidados de Sergio. Durante estos pocos días que había costado construir la balsa y descender la rubicunda corriente, Sergio se había ocupado de ella totalmente, sin permitir que lo hiciera otra persona. La había limpiado, lavado, vestido, e incluso alimentado con lo único que podía darle; alimentos líquidos, fundamentalmente, a base de densos caldos bien cocinados.

Se encontraba bien. Incluso le parecía mentira lo rápidamente que había recuperado las fuerzas, en virtud de un par de buenas comidas y dos días de descanso. Pero el Capitán Grotton había sido más rápido que él. Nada más terminar la última batalla con los mandriles, había comenzado a dar órdenes, y a disponer el regreso. Seis hombres hacia Halfaya Pass, para hacer retroceder a Trekopoulos y a los que esperaban en el río Negro...

Más tarde, mucho más tarde, sabrían que en el río Negro no esperaba nadie, pues los dos mensajeros que el Capitán envió desde el interior de la selva, no llegaron nunca a Halfaya Pass...

—Y los restantes a construir una balsa... —dijo el capitán Grotton—. Es la única manera de llegar rápidamente a la costa.

Gran Hombre en Un Mundo Cruel, pensó Sergio. Si no hubiera sido por la enfermedad de Marta, se habría sentido feliz, pensando en que pronto acabaría todo; en que podría regresar con Edy, posiblemente para siempre, y reorganizar de una vez lo que había sido una vida llena de dolores y sufrimientos... la suya.

—Es bonito —dijo una cascada voz a su lado.

—Sí.

Parecía como si los rayos del rojo sol poniente se mezclasen con las lentas ondas escarlatas del río, marcando en el infinito horizonte un crepúsculo sangriento, que se extendía por momentos sobre la lejana línea de las montañas.

—Llegaremos a Hangoe —musitó el viejo Jones, tocándose el blanco vendaje que le cubría el hombro—. Y cambiaremos o venderemos todo lo que ha sobrado de la expedición... Lo repartiremos entre los supervivientes... y aquí se acabó todo, por ahora.

Sergio no contestó. Se había apoyado en la rugosa rama que hacía de borda,

llenándose los ojos del paisaje sin fin. Sentía dentro de sí, como cosa propia, el mundo entero, el enorme planeta que le rodeaba. Lo sentía girar en los espacios, atravesando el cielo profundo, surcando el infinito entre los racimos de estrellas... Sentía que todo lo que había a su alrededor era algo vivo, y no sólo los hombres o las mujeres... Todo. Quizás eso fuera el wu-wei... pero algo, en su interior, le decía que no. Que faltaba todavía un paso más; aquel paso o comprensión indefinible que no había llegado a alcanzar aún...

—Abuelo Jones...

—Sí; ya lo sé —respondió el viejo—. Ahora te sientes como vacío... Todo ha concluido... por ahora. Y lo peor va a ser para mí, que tendré que volver al lado de mi hija... ¡Maldita Hepzibah...!

—¿Te recibirá?

—¿No lo ha de hacer? No tiene más padre que yo... Habrá escándalo, lloros, lagrimones y reniegos... Creo que hubiera preferido morir ahí, con el rifle en la mano, entre el humo de la pólvora... bajo la luz de las estrellas... Míralas.

Puntas de diamante comenzaban a atravesar el firmamento casi negro, trazando las conocidas constelaciones: el Surco, el Alce, el Can Mayor, la Espiral...

—Mira ésa, Sergio; brilla mucho...

—Es Gabkar, de la constelación de Centauro... Es curioso; ha aumentado de magnitud... Brilla mucho más que antes...

Una lenta saloma, entonada en voz baja por los timoneles, comenzó a llegar desde la popa de la almadía. Las ondas se rompían suavemente en la chata proa, mojando a veces los troncos sin descortezar. En el centro de la balsa, Aneberg piafó, golpeando con su casco sobre las maderas... El aire era límpido, transparente, quieto... El ligero calor del día, compensado por el río, dejó paso a una leve brisa cargada de sal marina.

—Abuelo Jones...

—¿Qué pasa?

—¿Qué es el Wu-Wei?

El abuelo Jones le contempló un momento, pasándose la mano por la rala barba gris. Después hizo un gesto con la cabeza, entornando los vivos ojuelos.

—El silencio —contestó.

Hacía calor en Hangoe. La población (115 habitantes, instrumentos musicales, molino, seda, azúcar, salinas. - Doctor Mabuti Tao) constaba casi fundamentalmente de cuevas, excavadas en la roca caliza de un par de colinas...

Sergio pasó por la puerta del Bar-Saloon, y se detuvo un momento. Aún le dolían las manos de colocar lengüetas en las concertinas que fabricaba el joven Ame Turleson, descendiente de uno de los fundadores de la Ciudad. Había intentado construir violines; pero no se le daba bien... Tenía mucha más habilidad para los instrumentos de viento; eso, y un cierto oído musical, habían hecho que el joven

Turleson le aceptase de buen grado.

—Fue horrible —decía desde dentro del Bar-Saloon la voz de Zacarías Gómez—. ¿Para qué os voy a contar? Lástima que tenga la garganta tan seca... Pues bien... Muchas gracias, Snorre... eres un buen chico. A tu salud... Cuando íbamos a marchar de allí a todos se les olvidó que Sergio había ido por la Piedra de Luna... Tenían tanto miedo y tantas ganas de irse, que nos hubiéramos marchado sin que el muchacho se la llevase... Pues bien, gracias a que yo tuve la voluntad de decir: «No, no señor. Hemos venido por la Piedra de Luna, Capitán Grotton, y no nos iremos sin ella». Así es; como lo oís... Yo mismo fui, la tomé del altar, y la entregué al muchacho... Podéis imaginar lo agradecido que me está... Y eso que no sé para qué la quiere... pero...

La voz murió en los labios de Zacarías Gómez cuando vio el rostro de Sergio, con los ojos fijos en él, por encima de las batientes hojas de entrada del Bar-Saloon.

—Hola —dijo, débilmente.

—Hola —contestó Sergio, y siguió su camino.

Marta se hallaba en una de las habitaciones que el doctor Mabuti Tao tenía habilitadas para casos graves. La fiebre había desaparecido, y la pierna estaba en vías de completa curación pero no había recobrado el conocimiento. Según manifestó el doctor, no se trataba precisamente de un estado cataléptico, o de pérdida de funciones cerebrales. Era simplemente un sopor producido con toda probabilidad por algún tipo de veneno vegetal o animal completamente desconocido para él. Igual podía suceder que nunca volviese a la vida consciente, o que sin previo aviso, se despertase.

—Buenas tardes, doctor.

—Buenas tardes, Sergio.

El doctor Mabuti Tao levantó su rostro amarillo del microscopio en el que estaba observando algo. Ante él había una gran mesa alargada, cubierta de preparaciones, frascos, probetas. Un frigorífico zumbaba suavemente en un rincón, accionado por una pequeña máquina de vapor... En la pared estaba el título, y en un rincón, un pequeño horno, un par de lingotes de plata, y el molde. La habitación estaba separada del exterior por ventanas hechas de láminas de madera, a través de las cuales entraba el luminoso sol del mediodía...

—Diría que está mejor aún... Ha hablado en sueños, y se ha quejado... No me extrañaría nada que despertarse...

—Ojalá, doctor. Voy con ella...

La habitación, más al interior de la cueva, era fresca, agradablemente amueblada con una gran cama de madera pulida, cortinas de cretona floreada en la única y pequeña ventana, un par de sillas rústicas, un armario de teca tallada y un espejo mediano, muy deteriorado y con grandes manchas pardo-rojizas.

Marta respiraba tranquilamente, con los colores recuperados, el pelo cuidadosamente ordenado sobre la blanca almohada, los brazos extendidos sobre la sábana... Sergio depositó en una repisa la comida que había traído. Era fácil darle de

comer; la mujer lo hacía automáticamente, sin abrir los ojos. Pero era preciso atenderla en todo; parecía una gran muñeca de carne.

Sin embargo, había habido un claro cambio desde el día anterior, tal como le indicase el doctor. Marta se movía intranquila, y de sus labios surgían palabras inconexas, como de un durmiente que está a punto de volver a la realidad. Sergio la besó suavemente en los labios, procurando apenas rozarla, y se sentó en una silla, sin querer pensar en nada. Lo que le tocase en el reparto de los bienes de la expedición se había ido en conseguir ropas nuevas para Marta (estaban allí, en el armario) y para él, así como algún alimento, y en satisfacer las atenciones del doctor, y la intensa medicación necesaria. Desde su punto de vista, estaba prácticamente en quiebra. Debía un mes de trabajo en las minas de mercurio, si bien, como le había dicho el doctor, no era preciso que lo efectuase inmediatamente... y había podido elegir entre varias ocupaciones para subsistir. La de Ame Turleson había resultado ser la más interesante.

Aún le quedaba tiempo, pero cada vez menos. Las noches interminables, tendido junto al inmóvil cuerpo de Marta, con el ventanuco abierto, viendo brillar en el firmamento la cada vez más esplendente Gabkar, de la constelación de Centauro, eran una tortura hasta que el sueño le liberaba de sus pensamientos y del recuerdo de Edy...

Haciendo cálculos sobre los días que aún le quedaban, se situó junto al espejo y comenzó a quitarse la ropa. Le dolía algo la última herida que le infligiera un mandril; a pesar de que se la habían atendido en seguida, la mordedura del hombro tardaba en cerrarse. Se situó frente al espejo, desnudo, mirando y remirando las huellas con que aquel mundo le había marcado, como si quisiera hacerle más suyo. Las rojas y alargadas cicatrices de la paliza que le diera la Princesa de los Mandriles, con la espada... (por cierto que la había conservado, y la tenía en el armario, junto con el resto de sus pertenencias). La mordedura en el tobillo, los golpes en la cabeza, las marcas de las ligaduras en los tobillos y las muñecas... Por el contrario, su tórax se había ensanchado, y el delgado cuerpo que descendiese de la Ciudad estaba cubierto ahora de nudosos músculos...

—Tienes los hombros más anchos —dijo una voz femenina, detrás de él.

—¡Marta!

Estaba mirándole con los ojos abiertos, y una expresión de mofa en el semblante. Se había sentado en la cama, con la sábana cogida con las manos, y la pierna herida, aún cubierta por un ligero vendaje, salía por uno de los lados.

—Llevo una hora despierta —dijo ella, sonriendo—. Quería darte una sorpresa cuando... cuando te acostases conmigo. Pero no he podido aguantarme...

—Marta... —dijo Sergio, acercándose a la cama, y arrodillándose en el suelo, al lado de ella—. Por fin... No sabes tú lo que he sufrido...

—¿Cuánto llevo así?

—Casi diez días... ¿Te acuerdas de algo?

—Muy poco... La lucha con los mandriles —se estremeció— algo como ruido de agua... pinchazos... de vez en cuando te veía, a mi lado, o estaba sola, era de noche, o de día... pero no podía hablar...

—Voy a llamar al doctor...

—No hace falta. Me encuentro perfectamente, Sergio. Ven.

Las manos de Marta le cogieron la cara y la acercaron a la suya. Durante unos segundos los ojos llameantes de la mujer se fijaron en los suyos; después la boca de Marta se juntó a la de él, apretando los jugosos labios sobre los de Sergio, que respondió al beso, sintiendo los dientes de ella como una cosa llena de vida... La atrajo contra sí poniendo sus manos en la suave espalda desnuda, y sintiendo como el cuerpo de la mujer temblaba, ciñéndose al suyo...

—Es un buen número de striptis el que has hecho hace poco, amigo —dijo ella, un instante después—. Me lo he pasado muy bien, palabra...

—Marta...

—¿Qué?

—¿Tú estás enamorada de mí?

—Creo que sí... ¿Y tú de mí?

—No lo sé... Es muy distinto de lo de Edy...

—Sigues queriéndola...

—De otra forma... totalmente diferente.

—Es natural; así pasa siempre en estos casos. ¿Vas a ir a verla?

—Ahora que tú te encuentras bien... no. Tengo que hacer unas cuantas cosas aún... preferiría que fueras a verla tú. Estaré más tranquilo si me esperas junto a ella...

—¿No puedo acompañarte?

—Lo que tengo que hacer, he de hacerlo solo, Marta.

—Está bien... en cuanto a Edy, no creo que haya problema. Llegué a conocerla bastante cuando estuve con vosotros en la alquería... Y ahora... ¿no has pensado que yo también puedo darte lo mismo que otra mujer?

—¿Lo dices de verdad?

—¡Mira, Sergio! ¡No me pongas esa cara de guasa! ¿Qué te crees que soy yo? ¡No estoy hecha de piedra, hijo de un mandril...! Además... tú tienes algo que me excita... y me parece que tú...

Y la mirada de Marta se dirigió socarronamente hacia abajo, con un gesto extraordinariamente expresivo. Dejó caer la sábana, descubriendo sus pechos, pronunciados como pequeños obuses... Sergio colocó las manos sobre ellos, sintiendo que los pezones se endurecían como fresas maduras...

—Hemos de cerrar el pacto... —dijo ella en voz baja, y ronca—. Y ya sabes la forma...

De pronto, hubo un brusco cambio de expresión en el rostro de Marta. Colocó una mano sobre el pecho de Sergio, apartándole un poco, con un gesto tan extraño en los

ojos, que él no supo qué decir.

—¡Maldita sea! —dijo Marta, echando llamas por los ojos... ¡Malditos sean los perros y todo este rebordenco mundo...! ¡No estoy embarazada de un puerco mandril... no!

—Pero ¿qué dices?

—¿Qué voy a decir, so chalao...? Que esta hija de madre tiene la peor suerte del mundo, me cisco en el virgo que perdí hace tiempo...

—Pero... ¿se puede saber qué te pasa?

—¿Qué me va a pasar, so lila? ¿Es que no lo entiendes, pedazo de animal? ¡Tengo el período!

## X

### HERMIONE

Las noches pasaron rápidas bajo el brillo cada vez más cegador de Gabkar, de la constelación de Centauro. Como si esto, o cualquier otra causa ignorada, empujase al salvaje Aneberg, el caballo galopaba fieramente, resistiéndose siempre a cualquier detención. Pasaban los bosques, las colinas, los lagos, las alquerías... Tal que el desbocado caballo de Mazeppa en su fiera cabalgada, Aneberg, con los ojos relumbrantes, el largo cuello tendido hacia adelante, el hocico cubierto de espuma blanca, corría sin cesar... Solamente cuando Sergio, rendido, le forzaba las bridas, haciéndole la sierra, injuriándole en voz alta, e incluso casi tirándose de él, Aneberg cesaba en su galope, relinchando con un tono de espantosa ira, y permitía que se apease. No duraba mucho el descanso. Tan pronto había comido algo y cerrado los ojos un poco, el duro casco de Aneberg comenzaba a darle golpes en las costillas, cada vez más fuertes, y a piafar violentamente echándole al dormido rostro chorros de vapor...

Pasaban como una exhalación, a través de bosques, de marismas... En el cielo, el brillo de Gabkar parecía titilar al mismo compás salvaje de los cascos del demoníaco caballo. Y crecía por momentos. Estaba muy claro que Gabkar estaba en pleno período de nova. «Habría que llamarla Nova Centauri», pensó Sergio moviendo las doloridas posaderas sobre la silla. A veces, se cruzaron o adelantaron carricoches semejantes al del Manchurri, carretas solitarias tiradas por percherones o bueyes, jinetes que solos o en grupos iban al trote corto. En estas ocasiones, en el aire quedaba un grito agudo que disminuía velozmente al separarse Aneberg de los caminantes... Hubo incluso quien pretendió contender con el negro caballo, sin llegar siquiera a acercarse; en otra ocasión, un grupo de jinetes de mal aspecto, posiblemente bandidos, les persiguió débilmente durante unos kilómetros, para cesar al final, y despedirse con una descarga cerrada, de la cual no oyeron ni siquiera silbar las balas...

Y a medida que se acercaban al castillo de Herder, la sensación de las presencias malignas era más fuerte. Parecía como si se hubiesen enterado, de alguna manera, del OBJETO que Sergio transportaba en su alforja, y se arracimasen con ansia infernal en el lugar de destino...

Por fin, un anochecer, la luna brilló malsanamente sobre el pútrido bosque que rodeaba el castillo de Herder. Aneberg, sofocado, sudoroso, comenzó a caminar al paso a través de la retorcida vegetación, iluminada tétricamente por el relucir insano de Gabkar. Sombras sin forma se deslizaban entre los pulposos árboles y las masas de maquinaria oxidada. Ahora no eran una sola, sino varias, las gigantescas figuras rojizas, con ojos como acero al rojo blanco, que atravesaban la floresta, vigilándole y

dándole una demoníaca escolta. Los animalillos peludos corrían entre las patas de Aneberg, lanzando un grito viscoso, (Glourk, Glourk...) que no espantaba al caballo, aunque sí al jinete.

Los rayos plateados de la Piedra de Luna, que casi habían desaparecido durante la travesía del río Rojo y durante la estancia en Hangoe, habían vuelto a recobrar una luminosidad tan intensa o más que la que tuvieran en el templo... de las aberturas de la alforja surgían haces de nacarada luz, extendiéndose sobre el pantano de aguas negras, iluminando viciosamente las blanquecinas raíces de los árboles...

En el agua negra había misteriosos estremecimientos, y la sensación de que el mal rondaba a su alrededor tenía una potencia e intensidad tales, que Sergio se arrepintió completamente de haber tomado este camino para descubrir el Pilón del Alba. Lástima que hubiera sido el único... El castillo de Herder parecía haber cambiado, como si las torres se hubieran estirado hacia el cielo, o quizá como si la estructura no fuese la misma que en la ocasión anterior... Brillaban las piedras con una luz fosforescente, bajo la acción combinada de la luna, Gabkar y la Piedra blasfema que transportaba a su lado... Y allí, en el desnudo portón de la entrada, esperaba *sabiendo sin duda que iba a llegar*, la figura de Herder.

Aneberg se detuvo, respirando rápidamente y goteando un sudor espeso de acre olor. Su cabeza se volvió para fijar en Sergio los furiosos ojos, y el cuello pareció alargarse más.

—Has venido, por fin —dijo Herder—. Sé que te has entretenido... pero no te voy a culpar por ello... Sé que la tienes contigo... Acompáñame.

Sergio descendió trabajosamente del caballo, algo extrañado de no sentir fatiga alguna, y siguió a Herder a través del legamoso patio, observando con cierto espanto el brillo nocivo de las murallas. También Herder parecía haber cambiado; cuando se detuvo ante la puerta cubierta de deformes tallas, Sergio pudo ver que vestía un ropón escarlata bordado de oro con encajes en las mangas, y que su postura era mucho más orgullosa que la última vez.

—Ehie, ehie —dijo Herder—. Yo soy. Recibe a mí acompañante, y admite su paso... viene conmigo...

La puerta giró silenciosamente sobre sus goznes, y al hacerlo, el aire se pobló de vibraciones y de una extraña sensación de tensión creciente, como si toda la atmósfera alrededor del castillo estuviera saturada de presencias llenas de un voraz deseo.

También la gran sala interior había cambiado. Las húmedas paredes estaban cubiertas de colgaduras, que se movían levemente, como si tras ellas circulase una multitud invisible. Sobre los ricos paños había trazadas figuras apenas visibles, que parecían caminar o adelantarse, bajo el influjo de los leves movimientos. Parecían sombras dibujadas confusamente sobre los tapices de tonos oscuros, inclinadas sobre algo, o bien alzando algo hacia arriba, o interpretando una acción con instrumentos que no era fácil distinguir. Cuatro pebeteros de bronce, en los ángulos de la sala,

dejaban escapar un perfume obsesionante, en estrechas y densas columnas de humo que ascendían hacia el invisible techo, condensándose allí en una espesa nube blanca.

—¡Dámela! —dijo Herder, con los alucinados ojos fijos en la mochila—. Por fin, por fin...

—Te la daré —contestó Sergio, mirando a todas partes— cuando me digas cuál es el Pílon del Alba...

—Aún no has cumplido tu pacto por entero, mortal. Tengo *el objeto*, y eso es mucho... pero falta *el acto*, sin el cual nada vale... Te costó conseguirlo, ¿verdad?

—Mucha gente murió para ello... incluso la Princesa de los Mandriles...

—Es mejor así... la sangre favorece la concentración y el deseo, y con la fornicación da las fuerzas necesarias... La princesa de los Mandriles murió, dices. En vano fue que durante años y años le enviase incubos y apariciones, sueños y torturas... en vano fue. En nombre mío pedían que nos la diera, e incluso llegaron a tomar parte de su ser violentamente... Sí. Aquí tengo, cuidadosamente conservado en salmuera, con olivo, sal y verbena, uno de sus dedos, que fue consagrado a FURFUR, el que ayuda a los matrimonios a gozar, y me dio la información sobre el *objeto*. Pero tú conoces mi divisa, mortal, y sabes que he de decir verdad. Cuando el acto esté completo, sabrás cuál es el Pílon del Alba, porque no puedo mentirte en eso...

—¿Ha de ser ahora? —preguntó Sergio, temblorosamente, mirando a las movedizas colgaduras.

—Ahora; pronto, *imminens et cum efrenatae cupiditates*... Sergio Armstrong, aquel cuyo número es ciento dieciséis; el número de las letras del nombre de un hombre... Helo ahí... míralo y espera...

Sobre el pavimento negro de la sala, ahora despejado de todo mueble, había trazados dos gigantescos círculos, tangentes entre sí. Uno de ellos estaba abierto en la parte que daba a la puerta de entrada; el otro completamente cerrado. El primero de ellos, el más próximo a la puerta, constaba de dos círculos, uno dentro de otro, entre los cuales, en letras mayúsculas estaban escritas las palabras BITRU, BITRU, BITRU, por tres veces. La palabra HERMIONE formaba dos diámetros cruzados, dividiendo el círculo interno en cuatro partes, en cada una de las cuales figuraba un complicado signo, semejante a un ensortijamiento, con ganchos, trazos sinuosos y rasgos puntiagudos saliendo de él, y bajo ellos, las palabras KELEN, NISROCH, FURFUR y GOMORY.

En el centro del círculo, justamente sobre el cruce de las dos palabras HERMIONE había un bajo tálamo cubierto de pieles y, al lado de él, una mesita baja, con un pequeño horno de carbón vegetal, donde se tostaba un pedazo de pan.

El segundo círculo estaba compuesto igualmente por dos distintos, uno dentro de otro. Entre ambos, con grandes letras, estaban escritas las palabras JESUS ANTEM TRANSIENS IN MEDIUM ILLO RUM IBAT ET VERBUM CARO FACTUM EST, y la palabra TETRAGRAMMATON cruzada en el centro de la misma forma que HERMIONE. Los cuatro trozos en que el círculo quedaba dividido contenían la

misma inscripción NO ENTRES BILETO, seguida de un signo retorcido coronado por una cruz de repulsiva forma. Había en el centro dos mesas cubiertas de damasco y un pebetero quemando brasas de carbón vegetal, helecho y verbena. Una larga espada se enrojecía lentamente en el fuego... Sobre una de las mesas, dos anillos de plata, una moneda de oro sobre un trozo de pergamino blanco, una varita de avellano, y un corderito con las patas atadas...

—La Piedra de Luna —conminó Herder, respirando ansiosamente, y tendiendo las manos engarfiadas—. El *objeto* —repitió.

Silenciosamente, Sergio extrajo la Piedra de Luna de su alforja y la tendió al mago. Este, con las manos temblorosas, se aproximó para tomarla... Cuando la tuvo en su poder, una risa demoníaca se escapó de sus labios. El relumbrar de la Piedra de Luna aumentó bruscamente, simultaneándose con el formidable chispazo que en ese momento surgió de Gabkar, iluminando casi con luz diurna los alrededores del castillo y la entrada misma...

—Aquí está... no fueron en vano las múltiples torturas, apariciones y daños que hice sufrir a la Princesa de los Mandriles. ¿Dices que murió?

—Sí; y yo diría que...

—No importa; por más que... Dilo, mortal.

—Diría que se dejó matar... que deseaba que la matase.

—Es posible; pero no tiene importancia. Deja tu arma y tu bebida en el exterior, al lado del guardián... nadie lo tocará, y vuelve aquí...

Silenciosamente, Sergio pasó junto a las repugnantes tallas de la puerta de entrada, que vibraron y cambiaron de forma gomosamente, como si vigilasen sus movimientos. Dejó su rifle y su alforja (en esta ocasión no llevaba más que un pequeño frasco de ginebra) sobre el primer peldaño, y volvió a entrar. Herder se hallaba en este momento en el exterior del segundo círculo, colocando un vaso de vino en la parte externa, y trazando con creta bendita el nombre de Sergio y unas cifras:

S E R G I O A R M S T R O N G

9 2 12 10 3 4 1 12 11 9 5 12 4 11 10

## 116

La Piedra de Luna se hallaba en el centro del segundo círculo, luciendo tumultuosamente, y derramando una oleada de bárbara luz perlina sobre la totalidad de la sala. Los cortinajes oscilaban más rápidamente; las terribles sensaciones de innumerables presencias de todas clases agazapadas y acumuladas en el interior y el exterior del castillo habían aumentado. Sergio, sintiendo que una mano helada le estrujaba el corazón, volvió su mirada hacia la puerta... El resplandor de Gabkar se había vuelto insoportable, como si de alguna manera aquella lejana estrella, perdida

en los espacios más profundos, estuviera conectada con la horrenda ceremonia que iba a celebrarse en el castillo de Herder.

—Y ahora... —dijo el mago.

—Espera —respondió Sergio, tratando de dar fortaleza a su voz—. Quiero algo más...

—No puedes pedir más; no está en el pacto. Cumpliré lo prometido... pero nada más.

—Es poco lo que pido; un rifle de pólvora, y municiones. Eso no representa nada para ti...

—Tienes razón, mortal. Es poco... ¿por qué no he de dártelo? Cuando esta noche ciclópea termine... seré el dueño del mundo entero... Pero ¿por qué sólo eso? ¡No me importa! No lo digas; no me interesan esas minucias... Tengo el molde de un doctor a quien asesinaron... fundiré monedas para ti y podrás adquirir lo que quieras...

Durante unos segundos Sergio permaneció callado, entre el relumbrar de las estrellas y de la Piedra, que subrayaban en negro la grotesca figura de Herder.

—Si es así —dijo—, no lo quiero...

—No puedo dártelo de otra forma... No tengo ni rifle ni pólvora...

—Pasaré sin él... Y ahora, mago —dijo Sergio, sintiendo, un impulso salvaje en su alma—, ¡acabemos!

—Acabemos... —repitió Herder, oscuramente—. Colócate, en el centro del primer círculo, y no salgas de él bajo ningún concepto. Ahí, junto al tálamo. Cuando Hermione aparezca, sírvela como ella solicite, y una vez que hayas concluido, podrás retirarte por la parte en que el círculo esté abierto, junto al Guardián. No intentes pasar a este círculo, ni salir del tuyo... Mientras fornicas, las presencias aumentarán, pero no debes hacer caso... En cuanto a mí, no estaré mientras el *acto* se realiza, ya que mis votos me impiden contemplar eso... No temas; no sufrirás ningún daño... Para que creas en mí, si preciso fuere, te diré que en la columna del Alba, *hace mucho tiempo que no hay vida alrededor*... Y tú, que la buscas, sabes lo que eso significa...

—Lo sé —respondió Sergio—. No lo había pensado antes... pero ahora me doy cuenta de que debe ser así...

—Silencio —dijo Herder—. Cuando ella venga, ofrécele, el pan... si lo rechaza, no insistas. Pero no olvides el ofrecimiento. Y ahora, calla y escucha...

Simón Herder colocó las manos ante sí, con las palmas paralelas, extendidas hacia Sergio, alzó el barbudo rostro hacía el cielo y musitó unas palabras ininteligibles.

—Conjúrote, HERMIONE —dijo, en voz alta y aguda—. Por Eloy, Adonay, Agla, Samalanactany, que están escritos en griego, latín y hebreo, por el que te arrojó a la tierra... conjúrote para que sin retardo alguno vengas a obedecer mis mandatos y a cumplir el pacto, y ningún daño hagas a este mortal ni a mí. Por tres veces te lo

digo, toma la forma del hombre, y aparece, aparece, aparece. Bitru, Gomory, Kelen y Nisroch, os conjuro al par que a HERMIONE para que aumentéis su deseo y el del mortal que ha de realizar el acto esperado. Venite, venite, venite.

Herder bajó las manos y dirigió una mirada a Sergio.

—Permanece ahí —dijo—. No salgas. HERMIONE vendrá...

Después, en silencio, con las manos cruzadas sobre el pecho, el mago salió del segundo círculo y desapareció detrás de uno de los cortinajes. Sergio quedó solo, sintiendo que el corazón le latía apresuradamente. Nada sucedió. Caminó por el interior del círculo, sin salir, pasando junto al pebetero donde las rodajas de pan se tostaban lentamente. Hubo una vibración en el exterior, y le pareció ver una sombra translúcida que pasaba delante de las cortinas. Era una mujer, cuyos rasgos no pudo distinguir, con la cabeza cubierta por una corona, y montada sobre un camello espectral... pasó lentamente, disolviéndose en el aire turbio, y dejando en la atmósfera una sensación de masculinidad...

Algo hizo revivir en la mente de Sergio la última imagen que guardaba de Marta, en la habitación del doctor Mabuti, en Hangoe... pero pronto su atención se vio atraída por otra imagen que vibraba en el aire de la sala, sin estar en un sitio determinado, como si la invadiese toda ella... Por un segundo, le pareció ver un leopardo moteado de cuyo dorso surgían anchas y enormes alas; luego un hombre desnudo, que le provocó una extraña sensación femenina... Tuvo el momentáneo impacto del último encuentro amoroso con Edy, acompañado de una peculiar impresión de repugnancia... En torno al círculo, la estancia se había cargado de presencias invisibles, que parecían presionar continuamente sobre él, mientras la luz de Gabkar, rutilante, pasaba a través de la puerta completamente abierta.

—Siento haber tardado —dijo una melodiosa voz femenina.

Muy despacio, con el corazón encogido, Sergio se volvió hacia el tálamo cubierto de pieles. Había en él, sentada, una mujer. Vestía un traje de noche de suave tela blanca, fruncida en las caderas y en torno a los pechos, con tirantes del mismo tejido que se despegaban, sin apretar, de los blancos hombros. Tenía el pelo rubio, peinado con un corte clásico, recogido sobre las delicadas orejas, con una pequeña diadema de brillantes sobre la frente. Las manos, largas y aristocráticas, estaban cruzadas sobre las rodillas. La abertura lateral del sedoso traje dejaba ver el tobillo derecho, y el menudo pie, calzado con un zapato blanco con pequeños adornos plateados. En una mano llevaba una sortija con una piedra negra; la otra mantenía un cigarrillo del que se desprendía una ligera columna de humo sonrosado.

Resultaban un tanto incongruentes las grandes gafas de sol, de opacos cristales, que no dejaban adivinar su rostro. Los labios eran anchos, jugosos y rojos; la barbilla suave. Permanecía inmóvil, observándole.

—Acércate —dijo ella, con la misma voz melodiosa—. No es preciso que estés tan lejos...

Lentamente, Sergio obedeció hasta encontrarse a un par de pasos de la mujer. Le

era imposible definir su edad; si bien el conjunto resultaba joven, las gafas negras dificultaban totalmente el ver sus ojos.

—Un poco más —repitió ella—. Mi nombre es Hermione. ¿Y el tuyo?

—Sergio.

—Bien. Puedes sentarte a mi lado, Sergio. No debes tener ningún miedo. Solamente soy una mujer.

Sin decir nada, Sergio la obedeció. Tragó saliva; después, recordó algo.

—¿Puedo ofrecerte un poco de pan?

—No es preciso; no lo deseo. ¿Sientes miedo de mí? Sergio iba a decir que no; pero pensó que no hacía ninguna falta que mintiera.

—Un poco... —respondió—. Esto, para mí, es...

—¿Inesperado?

—Algo así.

Ella dejó caer la ceniza del cigarrillo al suelo. Después, sin mirarle, hizo girar en su marfileño dedo la sortija con la gran piedra negra.

—No debes preocuparte, Sergio —dijo, suavemente—. Al fin y al cabo, no hay nada de particular en ello. Únicamente lamentaría no ser de tu agrado. ¿Me encuentras atractiva?

—Sí; eres hermosa.

—Mil gracias. Hace muchos años que no me decían una frase semejante... Realmente, no recuerdo cuantos años hace... pero muchos... Por cierto, ¿es ese el objeto?

Señalaba con la nacarada mano, grácilmente, hacia la Piedra de Luna, que en el interior del otro círculo brillaba fulgurantemente.

—Ese es.

—He oído decir a... *ciertos amigos* que te costó un gran trabajo traerlo. ¿Fue realmente así?

Sergio asintió, sin decir nada. Llegaba a su olfato el delicado perfume de la mujer, mezcla de muguet y hierbabuena.

—Eres, pues, un hombre valiente. No tienes por qué temerme... Si he de decirte una cosa... no sé si me creerás... era yo la que estaba preocupada por... el *acto*. ¿Tú me entiendes? Se ve que eres un hombre fuerte, y debo decir que resultas muy atractivo. Tus ojos son sinceros; tu rostro, hermoso... Temía... temía...

—¿El qué?

—No te rías. Temía que fueras un hombre feo... o contrahecho... o grosero. Con un hombre así, el acto hubiera sido un deber, un penoso deber. Contigo, espero que sea un placer. Sí, un verdadero placer. Creo tener la suficiente habilidad para que no tengas queja de mí... Hay tantas cosas que tú no sabes... Por ejemplo, que ninguno de nosotros somos tan temibles ni tan perversos como se dice... Hace años, muchos años...

Ella arrojó el cigarrillo al suelo, y a continuación colocó la mano sobre el muslo

de Sergio. Este hizo un movimiento instintivo de retirada, pero Hermione no pareció haberse percatado de ello.

—Hace años —repitió ella, volviendo el rostro hacia Sergio— hubo una terrible catástrofe que casi acabó con todos los que son de mi forma. Hubimos de desaparecer... y retirarnos a lo profundo.

—Pero, verdaderamente, no eres una mujer... una mujer de carne y hueso.

—No. Yo tomo la forma que deseo... y ésta es tanto más seductora cuanto más me agrada el mortal con quien estoy, Espero que te des cuenta de que no podía tomar otra forma más agradable que ésta... Tienes anchos hombros; y eres alto, bien portado... ¿podría pedirte algo?

—Claro que sí.

—Quítate la camisa. Hace verdadero tiempo que no veo el torso de un hombre... Así. Eres amable conmigo; procuraré pagártelo bien. ¡Oh, eres hermoso y viril! Tienes bonita piel, suave, morena... un regalo para la vista... Dame tu camisa; yo la dejaré ahí... Y eres musculoso; me gustas. Ten un poco de compasión de mí, Sergio... no creas que soy nada dañino... Soy algo desgraciado, sin materia, sin posibilidad de incorporarse al mundo de los hombres... si tú no me ayudas...

—He de hacerlo —dijo Sergio, en voz baja. Se sentía molesto ante este voraz examen de su anatomía.

—Pero te ruego que no sea por obligación, Sergio... no sólo por eso. No te lo haré difícil, sino todo lo contrario... No es preciso más que una sola cosa; piensa lo que deseas de mí, como si yo fuera una mujer de verdad... Y quizás algún día lo sea, gracias a ti... Cualquier cosa que pienses o desees... yo puedo hacerla, *sin excepción ninguna*... Lo que no te atreverías a pedirle a otra, yo lo haré; y si es preciso, tomaré *otra forma* para servirte... ¿Sigo siendo de tu agrado?

Había otro cigarrillo en su mano, lanzando la misma leve humareda de color rosa. Las largas piernas de Hermione, enfundadas en medias de color humo, se extendían ante ella, dejando ver una nacarada zona de piel blanca entre el final de la media y el lugar donde el negro corsé, espumeante de encajes, ceñía su esbelto cuerpo... Los blancos hombros relucían perlinamente bajo la luz de las antorchas, y casi hundidos en las dos copas de muelle piel oscura, los pechos mostraban atrevidamente su aterciopelado principio.

—¿Sigo siendo de tu agrado?

—Sí —dijo Sergio, roncamente.

Ella se acercó más, y colocó una mano sobre el pecho de Sergio, haciéndola girar en sentido circular, muy lentamente. Algo como una onda de fuego descendió desde los riñones de Sergio hasta su bajo vientre; imágenes dispersas de tiempos pasados cruzaron su mente, subrayando la intensa excitación que sentía.

—¡Oh! —dijo ella—. Comienzas a estar nervioso... ¿Puedo hacer algo por ti?

—Querría que te quitases esas gafas... —contestó Sergio levantando una mano. Ella se la detuvo inmediatamente, con firmeza, pero con amabilidad, colocando los

marfileños dedos sobre su muñeca.

—No, por favor... más tarde... Tengo una leve afección en... en fin, en lo que nosotros llamamos vista. La luz me causa un gran dolor... Si es tu deseo, me las quitaré, pero tú eres un caballero... No pedirás a un pobre ser como yo, que soy apenas nada, que sufra innecesariamente... ¡Oh, Sergio! ¿Me creerás si te digo que para mí eres más que un rey?

Sergio se limitó a respirar ansiosamente, sin contestar una palabra, con los ojos fijos en aquel cuerpo increíble. El diminuto slip negro ceñía unas caderas amplias, de ánfora, trazadas con la curva clásica de una estatua griega... las piernas blancas eran como columnas donde el mundo se asentase; el torso cubierto apenas por el menudo sujetador respiraba anhelosamente.

—Si te agrado —dijo ella en voz baja— ¿por qué no demostrármelo?

Gabkar brilló intensamente durante la noche, si bien su brillo disminuía y aumentaba con extraños ritmos no conectados con ninguna posibilidad astronómica. Y la Piedra de Luna, al par que la lejana estrella, sincopaba sus resplandores, acoplándolos como algo vivo a la hemorragia luminosa de Gabkar...

Amaneció. El alba gris comenzó a mostrarse tristemente sobre el bosque corroído, fijando mineralmente con su luz de mal presagio las masas amorfas que corrían y saltaban entre los árboles enfermos. Pero algo hizo retroceder al amanecer que, ante los ojos doloridos de Sergio, volvió atrás, perdió vividez, y se sumergió de nuevo en una oscura noche.

—¡Oh, basta, Hermione!

—¿Por qué?

Y amaneció nuevamente. El sol comenzó a mostrar su disco rojo sobre las nubes cenizas del crepúsculo matutino, tiñendolas de una orgía dorada. Durante unos segundos, el resplandor del astro solar pareció querer apoderarse del de la lejanísima Gabkar, anularla, vencerla. Pero Gabkar fue más fuerte. Bajo el influjo de fuerzas desconocidas, el sol retrocedió... ¿o era una ilusión?... y una noche todavía más negra reinó sobre el pantano y sus repulsivos moradores.

Fue entonces cuando, con tranquilo gesto, Hermione retiró las negras gafas. Y el alarido de Sergio retumbó en la estancia, en el bosque, en las cuadras, habitaciones y aledaños del castillo de Herder... haciendo relinchar a Aneberg, motivando que los seres peludos rieran histéricamente, acurrucados bajo las cenagosas raíces de los árboles... porque a la luz de las antorchas moribundas, Sergio pudo ver que los ojos de Hermione eran blancos, sin pupila, sin iris, completamente blancos, sin expresión alguna, y que a pesar de ello, le veían... le miraban con un odio infernal que poco a poco iba revelándose más intenso y bestial...

—Ahora —dijo ella— llevo tu semen dentro... y la nueva raza os llenará de terror algún día... porque te odio, hombre... te odio... y da gracias solamente a que las líneas y las palabras de Herder te protegen... pues de ser por mi deseo, pagarías durante muchos siglos el placer que te he dado esta noche...

Durante un segundo, Sergio, fatigado, cubierto de un frío sudor, resistió la intensa mirada de los ojos blancos, como hipnotizado por el poder de una gorgona... Luego, algo se derrumbó dentro de él, y se dejó caer sobre las pieles del lecho, sintiéndolas viscosas por su propio sudor...

—Ha durado poco —dijo la voz de Herder. Estaba a su lado, y Hermione había desaparecido. El pan continuaba tostándose sobre el fuego de leña, y a juzgar por su aspecto, apenas habían pasado unos minutos desde que Hermione apareciese, sentada modosamente sobre el tálamo.

Has cumplido —dijo Herder—. La columna del Alba es la primera; la que está más al sur de Europa, a unos ciento cincuenta kilómetros de Hangoe... Allí es donde falta toda vida, y donde es posible que te aguarde tu destino... y donde vivirás tú mismo la escena que Bileto te mostró... Puedes marchar o quedarte, según cual sea tu deseo; pero cubre tu desnudez, que ya no es precisa...

Sergio se acercó a la deforme puerta para vestirse, y el helado aire de la intensa noche le reanimó ligeramente. Sentía como si su cuerpo hubiera sido pisado, pellizcado y estrujado por las pezuñas de mil cabras. Le dolía algo la cabeza y los labios, los muslos y el vientre, las manos y el cuello... Creyó ver señales rojas en su piel, como tres puntos formando triángulo y otro más grande, ligeramente separado... No; no había nada. Era una ilusión más...

Alrededor de Herder parecía que el espacio se combase violentamente. Tal como hiciera meses atrás, el mago arrojó un puñado de hojas secas en el brasero donde enrojecía la espada, musitó algo en voz baja y ronca, y tomó el arma con las dos manos. Después, hincó el extremo enrojecido, casi blanco, en las entrañas del animal, que lanzó un breve y vehemente balido, se contrajo como una araña aplastada y expiró...

Herder mantuvo el cadáver humeante entre sus manos, alzándolo hacia el firmamento... porque, por un instante, a Sergio le pareció ver las estrellas a través de los muros del castillo y que el brillo de Gabkar atravesaba las piedras, como enviando un hilo candente de luz hacia la Piedra de Luna...

—Hermione, Hermione —dijo Herder—. Estás ahí... no te he liberado aún... Toma forma, te lo ordeno...

La violenta tensión que combaba el espacio alrededor de Herder pareció aumentar. Las presencias tras los muros y los cortinajes estaban tensas, vigilantes... algo enorme se removió en las entrañas de la tierra, haciendo que el castillo temblase sobre sus cimientos...

—¡Por segunda vez te lo ordeno, Hermione! ¡Tu presencia es necesaria! ¡Toma forma, toma forma, o te haré sufrir con el hierro las torturas que mereces...!

Una gran figura nebulosa se formó a la izquierda de Herder. Tenía perfiles vagamente femeninos, aun cuando de su rostro solamente eran visibles los aterradores ojos blancos. Algunas partes de su cuerpo se hicieron más visibles, con una consistencia fluida. Los pies terminaban en pequeñas cabezas de dragón con tres

finos colmillos arriba, y otro más grande y retrasado en la viscosa mandíbula inferior... Hubo como chillidos leves entre las telas, y varios menudos ratones negros salieron corriendo, cegados. Uno de ellos topó con el círculo que rodeaba a Herder, desapareciendo en un flamígero fogonazo.

«Es imposible —se dijo Sergio—. Solamente son ilusiones... formas que esos seres toman... o que mi mente les da...».

Herder, violentamente, arrojó el cordero fuera del círculo.

—Yo, Simón Herder —dijo, con voz que iba aumentando a medida que hablaba— yo te conjuro, oh, poderoso BILETO, en el nombre del gran dios vivo, que ha hecho el cielo y la tierra, y te ofrezco una víctima mayor que las que normalmente pides... Aparece en forma bella y humana, sin causarme daño ni a mí ni al que me acompaña, ni espanto, ni desobediencia. Por Othcos, Sschiros, Neblum, Zabahot...

Hubo un restallar en el aire, y la *tensión* que rodeaba a Herder se centró bruscamente en la gran figura de rostro caprino, a caballo sobre un corcel blanco, cuyas patas extendidas parecían perforar el suelo de losas negras y hundirse en las profundidades... Del justillo escarlata del *ser* surgían chispas; el caballo hizo un movimiento, lanzando una llamarada por las narices...

—NO ES PRECISO YA QUE CONCLUYAS TUS ESTÚPIDAS PALABRAS, MAGO —dijo la Potencia, con aquella resonante voz que Sergio escuchase antes—. LO QUE TENÍA QUE ENCAJAR HA ENCAJADO, Y LO QUE DEBÍA DECIRSE, SE HA DICHO... AQUÍ ME TIENES... ORDÉNAME...

¿Había una megalítica burla en las palabras del *ser*? De nuevo, Sergio volvió a sentir aquella sensación que casi había olvidado; la de que, por alguna razón. Simón Herder había cometido un terrible error, y que todo aquello iba a volverse contra él.

Tras los paños de los muros había como risas chillonas, y un turbión de imágenes (sangre negra y descompuesta, hocicos caprinos goteando baba amarillenta, gusanos retorciéndose en una perola de cobre verdoso) caían a chorros sobre la mente de Sergio.

—Te ordeno, poderoso BILETO, bueno es tu aspecto y tu semblante, hermoso es tu caballo... —dijo Herder, con voz insegura—, que tomando a Hermione, la prepares para lo que debe ser realizado. La vara de avellano situará la Piedra de Luna fuera del círculo consagrado que ni tú, ni ninguno de los tuyos podéis penetrar, y el semen de un hombre cuyo número está marcado, tomará vida en las profundidades...

—NO QUIERO HACERLO —dijo, retumbantemente, la Potencia.

Y una oleada de odio incontrolable, de bestial deseo de hacer daño, se derramó como una colada de lava incandescente desde la gigante figura situada en el exterior del círculo. Sergio sintió que su corazón se detenía durante un momento, y Herder, más cerca del foco, se tambaleó, como borracho...

—Por Adonai, Ely, Elihe... —comenzó el mago, con voz temblorosa.

—¡NO ES NECESARIO QUE SIGAS! —aulló, ensordecedoramente, la voz de la Potencia—. CIERTO ES QUE TUS CONJUROS Y TUS DIBUJOS NOS DAN LA

DIMENSIÓN NECESARIA PARA APARECER, PERO... ¿POR QUÉ ESO TE HA HECHO CREER QUE TENEMOS QUE OBEDECERTE?

—Los pactos... —susurró Herder, con un hilo de voz. Sergio no podía ver su rostro, pero se lo imaginaba completamente desencajado, pálido. La sensación de un espantoso desastre era cada vez más inminente, y las asquerosas imágenes que brotaban de todas partes (escarabajos anadeando entre grumos de grasa oscura, excrementos flotando en un mar de limo, intestinos pendientes de grandes colmillos) fijaban en forma táctil, o quizás eran un verdadero reflejo, o trataban de producir... una profunda sensación de asco. La figura nebulosa de Hermione onduló ligeramente hacia BILETO, y repentinamente Sergio sintió que el sexo se le endurecía como una barra de fuego... Quiso moverse, pero estaba inmovilizado por el terror...

—¡LOS PACTOS! —aulló BILETO, con ira salvaje, derramando oleadas de odio irracional sobre el desarmado Herder—. ¡LOS PACTOS! ES CIERTO QUE ME LIGAN... SI NO COMETES NINGÚN ERROR...

—Tengo en mi poder la Piedra de Luna, y el acto ha sido realizado...

—EL ACTO NO TENÍA OTRO OBJETO QUE PROVOCAR TU INVOCACIÓN Y MI PRESENCIA AQUÍ, ESTÚPIDO MORTAL... Y LA PIEDRA DE LUNA ES ALGO QUE TÚ NO SABES... ES LO QUE NOS SACARÁ DE ESTA ESTRELLA PARA LLEARNOS A LA LEJANA GABKAR, QUE ESTA ESPERÁNDONOS.

—¡No la tendrás si no obedeces!

—DIME, MORTAL SIN SESO... ¿VERDADERAMENTE CREES QUE NO LA TENDRÉ? ¿QUE NO LA TENDRÉ... CUANDO YO MISMO LA HICE HACE MILES DE AÑOS...?

Hubo como un restallar blanquecino sobre la figura de BILETO. El corcel blanco eructó un repugnante chorro de brasas y, desde la deforme figura de HERMIONE, una oleada de deseo invadió la estancia...

—¿CREES QUE ME ERAS NECESARIO PARA OTRA COSA QUE PARA CONSEGUIR EL OBJETO? CIERTO ES QUE LOS PACTOS ME LIGAN, PERO...

Herder se derrumbó en el suelo, entre las mesas tapizadas de damasco rojo; alzó ante sí, inútilmente, la pesada humeante aún...

—¡Soy tu siervo, poderoso rey! —gritó en el colmo del terror—. Te ofrezco vino... *Vinum ministro in póculo, tua... Accipe me in deditonem, domine...*

Hubo una risa ciclópea proveniente de todas partes; el castillo comenzó a temblar, chocando entre sí las piedras y las vigas... Algo como una garra negra, translúcida y gigantesca del tamaño de cien personas juntas, se materializó en el interior del círculo que protegía a Herder, y se posó sobre la Piedra de Luna...

—No puedes... —murmuró Herder—. No puedes entrar en el círculo. Lo prohíbe el pacto... *Vinum Ministro in póculo...*

Hubo una explosión en el lugar que ocupaba el vaso de vino, y un gran dedo negro borró salvajemente parte de las rayas del círculo.

—NO QUIERO TU VINO, NI ACEPTO TU SERVIDUMBRE —vociferó la feroz voz de BILETO, llena de rabia indomable—. ¿Y QUIÉN TE HA DICHO QUE NO PUEDO ENTRAR EN EL CÍRCULO? ES CIERTO... SI NO HUBIERA UN ERROR, ESTÚPIDO MORTAL... ¿NO LO SABES? ¿NO SABES AUN QUE HAS PUESTO AHÍ EL NUMERO DE LAS LETRAS DEL NOMBRE DE UN HOMBRE... FALSO? ¡ASQUEROSO SER QUE ME HAS DOMINADO DURANTE AÑOS, ÓYELO Y TIEMBLA! ¡ESE HOMBRE NO SE LLAMA SERGIO ARMSTRONG Y SU NÚMERO NO SIRVE...!

Y la garra negra retiró la Piedra de Luna a través de las inútiles rayas del círculo. Los muros del castillo comenzaron a ceder, mientras el brillo de Gabkar, creciendo, creciendo, creciendo... se transformaba en un haz de llamas centrado en la Piedra de Luna y en las múltiples figuras que la rodeaban... Pasó un ciervo, arrastrando una cola encendida; un ser con cuerpo humano y tres cabezas, de grifo, de ave y de león...; un conjunto de sombras más profundas que la misma oscuridad, que emitían extrañas músicas... Los muros del castillo, bajo el infernal fuego que se centraba en la Piedra de Luna, comenzaron a tomar una consistencia gomosa, a ceder, a plegarse sobre sí mismos...

Entre los aullidos de muerte de Herder, Sergio saltó al exterior, sintiendo como si se hubiera roto una ligadura y su cuerpo pudiera moverse por fin... Tomó su rifle y su mochila y corrió... Le parecía que no adelantaba nada, mientras que de Gabkar, ocupando ya todo el cielo con su esplendorosa luz blanca, caían grumos de llama sobre el castillo y el bosque...

Sintió pasar a su lado las presencias, múltiples, malignas, concentrándose velozmente en aquel desconocido objeto que era la Piedra de Luna... Las paredes del castillo parecían transparentes, como si fueran de papel aceitado, y a través de ellas Sergio vio la figura tendida de Herder, como un muñeco negro en medio de las incandescentes llamas blancas... Corrió a través de los árboles incendiados, sintiendo en el rostro el calor de las llamas y el vapor que se desprendía del hirviente pantano de aguas negras... y recordando, recordando con infinito terror la última mirada de Herder, aquella mirada que le había hecho comprender por qué duró un día entero el interrogatorio de la Princesa de los Mandriles, por qué la vieja mujer se había dejado matar, y cómo había conseguido vengarse del lejano mago que la torturaba a kilómetros de distancia...

Había un aliento ígneo en el aire, y ante él un muro de llamas crepitantes que era imposible atravesar... Los esponjosos árboles ardían como teas, lanzando chorros de líquido inflamado a su alrededor... Sergio notaba como las ropas comenzaban a humear; corrió en círculo, intentando salir de aquel infierno, pero no logró ver ninguna salida... Tras él, Gabkar continuaba lanzando sus lanzas de llama sobre el horno al rojo blanco que era el palacio de Herder, y una voz monstruosa, que pareció llenar el mundo entero, aulló:

—¡HERMANOS! ¡VENID PRONTO! ¡LA PARTIDA ESTA PRÓXIMA!

Y de pronto, con un sonido de desgajamiento, algo intensamente blanco, deslumbrante, surgió de las calcinadas ruinas del palacio... saltando hacia el cielo y dirigiéndose rectamente hacia la llameante Gabkar...

—¡VOLVEREMOS... MORTAL... VOLVEREMOS!

Ante él no había más que una llama continua; los tizones saltaban, entrando bajo sus ropas y quemando su carne... Intentó entrar en el fétido pantano, pero el agua hervía, y retiró el pie, lanzando un grito de dolor. El aire ardiente quemaba sus pulmones; no podía respirar apenas... Sintió que iba a caer al suelo...

—Por aquí —dijo una agradable voz de tenor. Había como un túnel negro en el muro de llamas... Corrió a través de él, desalado, sintiendo la presencia bienhechora de la cellisa... Algo como cuerpos casi translúcidos batían unas sedosas alas, apartando de forma inexplicable las abrasadoras oleadas... Creyó reconocer la cabeza en forma de lágrima de un elfo, pero no estaba seguro... Los árboles incendiados pasaban a su lado, cayendo sobre los restos de maquinaria... No quedaba ya ni una sola presencia maligna en el bosque, solamente el potente recuerdo de las incontrolables energías que se habían desatado en el pulverizado castillo de Simón Herder...

Había atravesado el muro de fuego. Oyó un relincho tras él. Aneberg, con la cabeza baja, los ojos brillantes, corría en su seguimiento...

—Bienvenido —dijo Sergio, con voz débil. Y, haciendo un esfuerzo, se alzó sobre la silla de Aneberg, que comenzó un trote rápido, esquivando los troncos que caían y las brasas que saltaban a su alrededor...

—De manera que, después de todo —dijo Sergio, roncamente—, eres un caballo de verdad...

Aneberg lanzó un relincho agudo, y volvió la cabeza para mirarle, como si pudiera decir algo. Los furibundos ojos se fijaron en los suyos durante un instante, y después, Aneberg volvió a trotar entre el arbolado...

—Por ahí —dijo una voz agradable, desde un charco. Y Sergio apenas pudo ver el suave pelaje deslizándose como un delfín, bajo las ondas.

Aneberg salió resoplando, al exterior del bosque, entre los dos repugnantes mogotes rocosos que ahora, por cualquier razón desconocida, no le causaban ninguna repugnancia. Había otro corcel, castaño, con larga crin blanca, caracoleando bajo la luz gris del amanecer. Y al lado, una figura alta, vestida con traje de piel, con gruesas trenzas rubias en el pelo, y un rifle en la mano; un rifle que tenía plateado cañón, y culata de hermosa madera roja.

—¡Vikingo! —gritó Sergio.

El Vikingo tenía una sonrisa curiosa en la boca, y los grandes ojos azules le miraban con profunda atención.

—Veo que has salido vivo —dijo—. Me alegro de ello, porque era un asunto difícil... He procurado ayudarte en lo posible.

—Lo he notado... pero ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Ha habido quien me lo ha dicho —contestó el Vikingo, evasivamente, apoyándose en el rifle—. Ven conmigo; tengo café caliente... No creo que te venga mal.

—¡De ninguna manera!

Sobre las rocas y los cerrados árboles continuaban surgiendo, a lo lejos, a la luz cada vez más clara del sol que comenzaba a nacer, la humareda y las llamas del incendio. El Vikingo tenía a pocos pasos de allí, no lejos de su caballo, una diminuta fogata donde se calentaba una cafetera de hierro. El aroma del café recién hecho caló a Sergio hasta lo más profundo.

—¿Cómo están el Manchurri y el Huesos?

—Bastante bien. El Manchurri no ha conseguido bueyes todavía, y a la máquina se le estropeó una pieza. La llevo ahí ahora. —El Vikingo señaló las alforjas de su caballo—. Tuve que ir hasta Abilene por ella...

Sergio bebió ávidamente dos grandes tazas de café.

—Esto me recuerda a una mujer que conocí... A Edy... tenía un café excelente...

—Como éste —dijo el Vikingo—. Es de ella; la vi hace cinco días...

—¿A Edy? ¿Cómo está...? ¿Se encuentra bien? ¿Se acuerda de mí?

—El hombre que pregunta mucho no consigue ninguna respuesta —dijo el Vikingo—. Se encuentra muy bien, y no te ha olvidado. Debes volver con ella en cuanto te sea posible; te necesita mucho...

—¿Por qué?

—Porque va a tener un hijo tuyo.

A Sergio le pareció que lo sabía ya; que algo se lo venía diciendo por dentro desde algún tiempo antes. Se extrañó de no sentir nada, ni tristeza, ni alegría; solamente el deseo de ver a Edy cuanto antes y de olvidar en su compañía tantos malos recuerdos como su mente guardaba. Y de esperar pacíficamente, viendo salir el sol todos los días sobre un campo labrado, el nacimiento de aquel hijo...

—¿Está sola?

—Hay una extraña mujer con ella; Marta di Jorse.

—¿Se llevan bien?

—Sí. Diría que se complementan; Edy es reposada, tranquila, mujer de casa, madre. Marta es ardiente, con mal genio, aventurera, peleona. Son dos buenos polos para un imán.

—¿No les ha pasado nada... ningún peligro?

—No.

—¿Te... te ha gustado alguna de ellas?

—Marta —dijo el Vikingo.

Volvieron a tomar un par de tazas de café, apurando los últimos restos de la cafetera de hierro. El Vikingo fijó en Sergio, de nuevo, sus intensos ojos azules. Su alta estatura se recortaba sobre el oro líquido del amanecer.

—¿Falta mucho para el fin? —dijo, reposadamente.

—Unos treinta días; no más. Después... las cosas cambiarán mucho para mí.

—Es preciso que te diga —siguió el Vikingo, pronunciando las palabras cuidadosamente— que he decidido seguir contigo hasta el final.

—¿Por qué?

—Porque sé que lo que vas a hacer es un buen wu-wei... Lo siento y lo imagino. Lo sé con seguridad. Pero te voy a pedir una cosa.

—¿El qué?

—Mientras llegas a tu destino, camina despacio. Ve mundo y observa profundamente.

—He tenido tiempo de hacerlo... incluso he logrado hablar con las cellisas.

—También sé eso. Ellas me lo dijeron... son un poco descaradas, y con muchas ganas de meterse en todo. No como los elfos.

—Creo... creo... —dijo Sergio, después de muchas dudas— que estoy empezando a comprender el wu-wei... pero prefiero no decirlo ahora. Sé cual es la columna del Alba; la que está más cerca de Hangoe...

—El Manchurri y el Huesos —dijo, en voz baja, el Vikingo— me esperan cerca de Hangoe. No; no es casualidad... yo te diría que el wu-wei lo ha dispuesto así...

—¿Puedo decirte lo que es el wu-wei?

—No. Si necesitas decírmelo, es que no lo sabes aún.

El Vikingo le tomó la mano, calmamente. Emanaba de él una profunda sensación de paz.

—Estás cerca —dijo—. Muy cerca. Pero hay un obstáculo aún... Lo superarás. Ve mundo y observa profundamente. Y si mi presencia, o la del Manchurri y el Huesos, te es útil, puedes contar con ella...

—¿Por qué?

—Te lo he dicho antes. Porque vas a hacer un buen wu-wei o quizás, el mejor wu-wei... precisamente porque las cosas no van a hacerse como tú querías al principio.

Sergio permaneció quieto, sintiendo que la última frase del Vikingo, precisamente por ser cierta, le había llegado al corazón.

—Vamos allá, entonces —dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde que nos encontramos en aquellas montañas... ¿cómo se llamaban?

—Helgafell; la Montaña Sagrada.

—Helgafell. Y he aprendido muchas lecciones, Vikingo. Pero hay una que tengo siempre presente...

—¿Cuál es?

—Una muy sencilla: que es el valle el que conduce al río. Durante un buen rato, los ojos del Vikingo, llenos de afabilidad, permanecieron mirándole.

## XI

### MUERTE DE UN DESCONOCIDO

El alazán del Vikingo (llamado «Estrella») y Aneberg, trotaban lentamente el uno al lado del otro, cuando los ojos de Sergio se fijaron en un letrero que había en mitad de su camino, trazado con toscos brochazos de pintura negra sobre varias tablas mal acopladas:

ESTAMOS CONSTRUYENDO UNA CASA QUI-  
NIENTOS METROS A LA DERECHA. -SI  
QUIERES ECHAR UNA MANO, HAY COMI-  
DA Y BEBIDA. ¿TANTA PRISA TIENES  
QUE VAS A PASAR DE LARGO?

EDUARDO

—¿Vamos? —dijo el Vikingo.

—Vamos —contestó Sergio.

Había un camino estrecho, cubierto aún por los frescos tocones de árboles recién cortados, por donde Estrella y Aneberg, abandonando la llanada que conducía directamente hacia Hangoe, se introdujeron en el bosque de pinos y carrascas. Del fondo del arbolado llegaban lejanos gritos y rumor de sierras y martillos. La luz del día, completamente nublado, se filtraba dificultosamente a través de las ramas cubiertas de musgo, y los cascos de los caballos resonaban sordamente en el suelo, aún esponjoso por la lluvia del día anterior. En una explanada, entre los árboles, unas dos docenas de hombres se afanaban serrando troncos, talando árboles y colocando las paredes de una casa de madera y piedra. En ese instante, una carreta cargada de piedras calizas estaba descargándolas pausadamente, entre gritos y juramentos de los descargadores.

Un hombre muy joven, con una ancha sonrisa en medio de la rubia barba, se acercó a ellos rápidamente.

—Hola —dijo Sergio—. ¿Tenéis comida para nosotros?

—Toda la comida que queráis, y bebida también. Soy Eduardo... eso será mi casa... Podéis dejar vuestros caballos ahí, atados a cualquier árbol... y si echáis una mano descargando piedra, será lo mejor...

Durante el resto de la tarde, el Vikingo y Sergio descargaron piedra, serraron troncos y ayudaron a colocarlos en las paredes de la casa, tapando las juntas con una mezcla de barro y musgo... De vez en cuando, un ciego, sentado junto al horno donde se fabricaba la cal, tocaba una melodía un tanto ronca en un violín desvencijado; y también alguno de los hombres entonaba una canción que hablaba de

tierras lejanas, de aventuras, de disparos y de regreso al hogar.

Poco después llegó un anciano, que fue recibido, por una razón desconocida, con gritos y burlas, a pesar de lo cual fue admitido. Más tarde, Sergio se explicó perfectamente las burlas cuando se dio cuenta de que el anciano pretendía dirigirlos a todos, sin hacer él nada personalmente. La cosa concluyó con cierta rapidez, cuando el rubio Eduardo le pidió que, o trabajase en serio, como los demás, o «se marchase tan rápido como un gato al que quieren bañar». Lanzando golosas miradas a las jarras de whisky, renegando acremente contra tal falta de respeto, el anciano decidió quedarse, e hizo débiles esfuerzos para llevar algún delgado tronco junto a la casa.

Casi anochecido, volvió de nuevo a llover torrencialmente, y tuvieron que refugiarse todos juntos, oliendo a sudor y a ropa mojada, en un tosco cobertizo construido junto al horno de cal. Eduardo y el interesante anciano procedieron a repartir grandes tajadas de carne de ternera fría, anchas rebanadas de pan y una jarra de whisky por persona. El ciego volvió a interpretar una melodía animada y saltarina, y al preguntar Sergio su nombre, uno de sus nuevos compañeros le dijo que se llamaba «TURKEY IN THE STRAW» y que era tan vieja que nadie recordaba quién ni cuándo la compuso.

El whisky iba calentando los espíritus, y una nueva ronda, que salió de las numerosas barricas apiladas entre los primeros árboles del bosque, contribuyó todavía más a enardecer los ánimos de todos. A pesar de que la lluvia continuaba cayendo, y de que el terreno delante de la casa era un completo barrizal, varias parejas de hombres, cogidos por los hombros, comenzaron a dar saltos sobre el lodazal, salpicando a todos y poniéndose ellos mismos perdidos de barro.

—Oye tú... —dijo Sergio, inclinándose hacia el rubio Eduardo, y sintiéndose ligeramente mareado por la bebida—. ¿No hay chicas?

—Eso faltaba —contestó Eduardo, cortándose un gigantesco trozo de ternera—. Si traigo chicas, no me acabáis la casa... Lo siento, pero bueno está que comáis y bebáis, y me hagáis la casa a cambio... pero comer, beber, tener chicas, y además que me lo tenga que hacer yo todo, no...

—¿Qué piensas poner aquí? —preguntó el Vikingo.

—A mí —dijo Eduardo, con la boca llena— lo que más me gusta es curtir pieles... y a eso me voy a dedicar. Pondré un anuncio en el camino, y utilizaré ese arroyo para el batán... y cuando hayamos terminado, le diré a Edita que se venga aquí conmigo... Ganas tiene, porque está de tres meses...

—¿Y los bandidos? —preguntó Sergio.

—Bueno... las paredes son en su mayor parte de piedra, como ves. Tengo cuatro rifles, y mi hermano Jaime... ese jovenzuelo que está allí, dando saltos, se vendrá con nosotros... Veremos a ver quien puede más... suponiendo que llegue el caso, porque tú sabes que los bandidos rara vez se meten con una casa bien protegida...

—A Sergio no se lo digas... —intercaló el Vikingo—. En las montañas Helgafell mató cuatro o cinco...

—También estuve en África, con el Capitán Grotton —dijo Sergio, orgullosamente.

—Ah —respondió Eduardo—. Acércame el pan, abuelo, que ya que no has hecho nada en todo el día...

—¿Me concedes este baile? —dijo un tipo barbudo y maloliente, inclinándose ante Sergio.

De manera que Sergio se encontró, con las manos en los hombros del otro, que le miraba furibundamente, dando saltos al compás sobre el lodazal cada vez más profundo, y soportando la lluvia cuya intensidad aumentaba a medida que la noche crecía... A su lado, buen número de parejas similares chapoteaban a placer, entre gritos que casi cubrían la música del violín...

—Lástima que no seas una buena moza, con buenas carnes —dijo el barbudo maloliente, mirándole con ojos velados por el alcohol.

—Lo mismo pienso yo de ti, amigo —contestó Sergio.

Un rayo cayó en el interior del bosque, con un frenético retumbar, agrio y repentino, que se extendió a través de los húmedos troncos... Como asustadas, las chorreantes parejas corrieron a guarecerse bajo el cobertizo, a través de cuya techumbre mal unida, comenzaba a filtrarse la lluvia...

El Vikingo aprovechó aquel momento para acercarse al ciego violinista, y Sergio, después de librarse de su barbudo compañero, le siguió.

El ciego pareció sentir su presencia, porque alargó una pálida mano ante él. El Vikingo la tomó, apretándola durante un buen rato.

—Hola, hermano —dijo el ciego—. Me he dado cuenta de que había alguien nuevo por aquí... Eres el Vikingo, ¿verdad? ¿Y quién es el hermano que te acompaña?

Tendió nuevamente la mano hacia adelante, y automáticamente Sergio se la estrechó. El otro la retuvo un momento, para sonreír después, benignamente, fijando en él sus ojos sin vista.

—No —dijo—. Todavía no. Te falta poco... hermano. Pero aún no lo eres del todo... Vikingo... ¿te parece bien el sitio?

—Es perfecto... No encuentro nada que oponer.

—Me alegro de que pienses así. ¿Y tú, hermano que aún no lo eres? ¿Te parece que el sitio es bueno?

—Lo encuentro perfectamente.

—Lo celebro. El buen Eduardo me pidió que viniera a verlo, y que asistiera a la construcción, pero hay un buen wu-wei en todo ello... ha tenido un acierto.

Uno de los hombres lanzó un grito, desde el grupo que se arracimaba al lado de la hoguera, secándose las ropas. De todos ellos salía un potente tufo a ropa mojada y a calzado de piel secándose al fuego.

—¿Por qué no nos recitas algo, ciego?

—Si es vuestro gusto... Pero luego decís que no entendéis nada...

—Es igual... De todas maneras, suena bien. Anda... hazlo.

—¡Hazlo, hazlo! —aullaron varias voces.

—Está bien —dijo el ciego, y tocó unos acordes lentos con su violín. Luego, comenzó a declamar:

«Pienso, en mi ceguedad, triste negrura,  
que otros no ven lo que mi mente entiende,  
y que mi vida no resulta oscura  
junto a aquél que no ha visto y lo pretende.  
Sé que el oído da vida a la tormenta  
y la vista al saltar de la cascada,  
el trabajo, vigor a la herramienta,  
y el buque, existencia a la ensenada.  
Por eso yo no lloro mi ceguera,  
pues hay quien, viendo, nunca verá nada,  
ni el resplandor muriente de la hoguera,  
ni el rosado crecer de la alborada,  
ni el resonar del mar en la escollera,  
y en este mundo mío, no tendrá entrada».

—Muy bien —dijeron unas cuantas voces débiles, sin excesivo entusiasmo.

—Suena muy bien —comentó Eduardo, con una expresión que demostraba claramente que, o no se había enterado, o no había resultado de su gusto lo que el ciego dijera—. Pero, muchachos tenemos aquí uno que ha estado en África con el Capitán Grotton, y que según me han dicho después, las pasó de a metro allí... Sergio, ¿por qué no nos cuentas lo de África?

—¡Cuéntalo, Sergio! —aulló un coro múltiple. Alguien le puso en la mano, una nueva jarra; otra mano callosa le golpeó la espalda—. ¡Cuéntalo, Sergio, cuéntalo! —volvieron a aullar dos docenas de voces.

—Quiero detenerme a verla —insistió Sergio. La cascada se desbordaba desde unos veinte metros de altura, entre dos cúmulos rocosos de color gris. Al principio, el agua se deslizaba, verdosa y bordada de espumas, con suavidad de aceite, volcándose desde el manso río que ondulaba en la parte superior de la meseta. Después, las aguas chocaban con una serie de peñas, irregularmente distribuidas en el cauce, pardas por la humedad continua, ligeramente perforadas en algunos lugares, por el eterno golpear del agua burbujeante sobre ellas. A lo largo de la caída vertical, arbustos de pequeñas hojas amarillentas se extendían sobre la veloz corriente, moviéndose con levedad bajo el impulso de las salpicaduras del agua. Más abajo, el chorro intenso y ancho de la cascada se hundía en un pequeño estanque de agua verdosa, que denotaba

su misma profundidad, con un borbotear de espumas... La vista seguía incansablemente la caída del agua, y el leve tronar de la cascada, acompañando interminablemente el caudal líquido que se desbordaba, el salpicar y espumaje en las rocas, el remansarse final en el estanque de agua verdosa, y la continuidad con que el río proseguía su camino después de aquel salto iluminado por el sol...

—¿Y qué tienes que decir? —preguntó el Vikingo.

—Que está bien donde está, y como está —contestó Sergio.

—Si no tienes tiempo —dijo el hombre pequeño— no queríamos entretenerte... Pero la cosa nos da miedo, y no sabemos qué hacer... El hombre pequeño, acompañado de otro hombre más grande, de su mujer, y de cuatro hijos de diversas alturas y edades, esperaba, mientras el Vikingo y Sergio, sin descender de sus caballos, meditaban la petición.

—¿Qué dices tú? —preguntó el Vikingo.

—Yo creo —contestó Sergio— que si podemos ayudarlo, hemos de hacerlo...

—Puede resultar peligroso...

—Hay muchas cosas que lo son...

—De acuerdo —dijo el Vikingo—. Vamos a ayudarte. Pero, por si la cosa acaba bien, ya puedes preparar una buena comida.

—La mejor que haya —dijo el hombre grande, mirándoles con ojos de cordero, y frotándose las manos en el mandil.

—Guardad los caballos.

—Sí, Profes.

El Vikingo y Sergio caminaron a través de un mar de peñas redondeadas, asentadas sólidamente sobre una base de arcilla apelmazada. Alguna breña crecía en las sombras de los peñascos, y lagartijas de color verde y oro se escurrían de la parte superior de las rocas, ocultándose en profundos agujeros, cuando ellos pasaban. El sol calentaba fuertemente en esta extensión sin un solo árbol...

—Ahí debe estar —dijo el Vikingo.

Había un amontonamiento de rocas más grande que los otros, con matojos de un verde sucio saliendo de los huecos. Dieron la vuelta, esquivando la pequeña montaña rocosa, y allí, agazapado, estaba el robot.

Su rostro esférico estaba cubierto de manchas de orín; una de las células que hacían el papel de ojos aparecía destrozada, con cables de cobre y fragmentos de vidrio colgando desde la órbita. En cambio, el otro ojo lucía intensamente, como un sol en miniatura, desde el fondo del vidrio circular que lo protegía. El resto del cuerpo estaba parcialmente destrozado, con grandes manchas de óxido, y anchas desgarraduras en el caparazón que en otro tiempo había sido brillante. Era evidente que la parte inferior, hecha pedazos, no podía permitirle ningún desplazamiento pero el cilíndrico cañón estriado que ostentaba en su garra derecha continuaba siendo,

probablemente, tan peligroso como cuando lo construyeron.

—Un residuo del pasado legendario —dijo el Vikingo.

—¿Quiénes sois? —farfulló el robot, con voz áspera.

—Somos dos hombres —dijo el Vikingo.

Tú no puedes atacar a los hombres; la primera ley de la robótica te lo prohíbe.

—Yo soy un robot buscador de mineral —dijo la máquina, temblorosamente—.

Si un hombre me lo impide, debo matarlo.

La garra derecha, armada del temible tubo estriado, comenzó a levantarse.

—Pero nosotros somos minerales los dos —dijo Sergio—. No puedes destruirnos.

Casi se percibió el frenético funcionar de la maquinaria del robot. El tubo asesino descendió un poco.

—No sois minerales... —aseveró el robot—. Los minerales no hablan.

—Nosotros, sí. ¿Qué mineral buscas tú?

—Yo soy un robot buscador de manganeso.

—Nosotros somos de manganeso —afirmó el Vikingo.

—No... —dijo el robot, y un chispazo rojo brilló en alguna parte de su coraza—.

El manganeso no dice nada cuando lo encuentro...

—Entonces —manifestó Sergio— es que no funcionas bien... El manganeso es muy hablador; todo el manganeso que yo conozco habla muchísimo... Estás estropeado y debes desconectarte.

—El manganeso no habla —dijo, tenazmente, el robot.

—Nosotros no estamos hablando —contestó el Vikingo—. Sólo nos movemos un poco... fíjate. Y el Vikingo dio un paso a un lado, muy despacio.

—El manganeso no se mueve.

El tubo estriado volvió a alzarse amenazadoramente.

—No puedes hacernos daño —dijo Sergio—. No puedes disparar... somos de manganeso; y tu misión es buscar manganeso... No puedes destruir lo mismo que buscas...

—No puedo destruir lo mismo que busco... —susurró el robot, muy lentamente, como si sus baterías estuvieran gastándose con rapidez. Del interior de la coraza comenzó a surgir una delgada columnita de humo...

—Estás mal programado, robot. El manganeso habla y se mueve, ¿no lo estás viendo?

—No...

—Los hombres te programaron... y los hombres programan bien a sus robots...

—Los hombres programan bien... —farfulló el mecanismo, con voz cada vez más lenta.

—Yo soy un hombre —dijo Sergio— y te aseguro que soy de manganeso... Este que me acompaña, es de manganeso también... pero yo no te dejo cogerlo... ¿entiendes?

El tubo amenazador comenzó a levantarse de nuevo, mientras la columna de

humo se incrementaba.

—El no permite que me cojas —dijo el Vikingo—. Y yo soy de manganeso. Él es un hombre, y es de manganeso. Si disparas sobre él, destruirás manganeso, y eso no puedes hacerlo; si no disparas, no podrás cogerme, y tu misión es coger manganeso...

El humo salía ahora a chorros del caparazón del robot; el único ojo vivo brillaba intensamente, mirándolos ora a uno, ora a otro, con un girar rasposo de la cabeza esférica...

—Sí disparo... si no disparo... —gañó el mecanismo, entre crujidos metálicos...

—Estás mal programado...

—... muy mal programado...

El tubo subía y bajaba, oscilantemente; la cabeza giraba a uno y otro lado. Con un sonido viscoso, algo se prendió fuego bajo el caparazón de acero; hubo una ligera explosión y las planchas se expandieron a los lados, dejando escapar un conjunto de cables humeantes y enrojados... Muy despacio, el tubo estriado bajó al suelo; el único ojo vivo se apagó... y las llamas se apoderaron del robot... Entre los últimos chasquidos de la agonía de la máquina, una última palabra, pronunciada con un tono indescriptible, como si fuera la primera vez que la moribunda máquina la pronunciase, llegó a los oídos de Sergio y del Vikingo.

—Manganeso...

En un caserío desconocido, perdido en las montañas, y en el que sólo entraron por casualidad, ya que les permitía acortar bastante su camino, encontraron que cada noche se celebraba, desde hacía meses, una reunión de todos los hombres del lugar, a excepción de dos.

Los dos exceptuados eran Nicolás Brandel e Igor Geller. El primero corpulento, musculoso, hábil en el manejo del rifle, de profesión leñador. El segundo bajo, no muy fuerte, hábil con el cuchillo, de profesión, sastre. Ambos se habían desafiado a muerte, pues ambos se hallaban enamorados de Tesalia van Albert, una mujer joven y hermosa, pero que además de ello, se hallaba indecisa entre uno y otro.

Cuando la discusión se produjo, meses antes, el posible duelo a muerte había sido mal recibido por todos los habitantes del caserío, que consideraban que era inútil perder el tiempo y una vida en semejante cosa, cuando Tesalia van Albert podía dispensar sus favores a los dos. Pero Nicolás Brandel e Igor Geller eran incompatibles; se llevaban pésimamente, y nunca hubieran admitido un arreglo semejante. El duelo a muerte, por tanto, fue aceptado de mala gana, si bien con la condición de que las circunstancias en que se desarrollase debían ser tales, que ninguno de los dos hombres podría tener ventaja sobre el otro.

Durante días y días, la reunión que se celebraba después de haber terminado los trabajos diarios sopesó cuidadosamente el peso, las características, la rapidez, la habilidad y las posibilidades de cada uno de los dos duelistas. Mientras tanto, y visto

que el asunto iba para largo, se estipuló que cada uno de ellos podría rondar a la hermosa Tesalia van Albert una noche alterna, y hablar con ella todo lo que quisiera. Si la dama tomaba una iniciativa, ésta sería respetada.

Pero no fue así; Tesalia van Albert continuaba con su indecisión. Y las reuniones nocturnas continuaban sin interrupción; proponiendo un hombre un arma; otro, otra. Y discutiéndose interminablemente si Nicolás Brandel debía colocarse pesos para disminuir su velocidad, o si Igor Geller debería llevar tapado un ojo para compensar su buena vista, mucho mejor que la del contrario. La argumentación y las discusiones descendían a minucias inconcebibles, en cuanto a gramos de peso, espesor de la tela que cubriría el ojo de Igor, tejido del traje que uno y otro llevarían; preparación del terreno, calidad exacta del día en que debería celebrarse (si habría de ser nublado, con sol, de noche, por la tarde, al amanecer, bajo la luna, con estrellas) y si se realizaría con hachas, con garrotes, con espadas, con tijeras de podar o con veneno.

Cuando el Vikingo y Sergio marcharon de allí, al cabo de dos días, las discusiones continuaban animadamente, sin que presentasen aspecto de llegar nunca a una solución práctica.

—Ahí viene —dijo Sergio, agazapándose junto al Vikingo, tras un añoso tronco caído.

El jabalí apareció entre las breñas, mirando desconfiadamente a uno y otro lado con sus porcinos ojuelos, hundido en dos cerdosas manchas negras.

Grout, el jabalí, no sabía su edad. Cuando nació, su madre le cobijó dentro de un nido hecho de musgo, hojas secas, agujas de pino, y pequeñas ramas de roble... Era delgado y feo, con el pelaje leonado, a rayas alternativamente amarillentas y pardas. Tenía un hocico corto, ya con dientes, con los cuales mordía a sus hermanos cuando querían privarle del pezón materno. Permaneció inmóvil, disimulado entre el sol y la sombra del paisaje, hasta que fue creciendo; comenzó a hozar en el suelo, buscando trufas y raíces; también le gustaban mucho las castañas y las bellotas. En las cálidas noches del verano, dormía agazapado junto a su madre, después de un buen hartazgo de moluscos y pequeños peces hecho en la charca más próxima... Poco a poco, su pelaje se fue haciendo rojizo primero, pardo después, y cuando hubieron transcurrido dos soles, abandonó a su madre para cazar conejos y liebres en compañía de otros machos de su edad...

Un invierno, Grout sintió el deseo de vivir solo, y abandonó a los demás congéneres. Encontró una charca de barro, y se bañó en ella; después, restregó sus espesas corazas laterales contra un rugoso tronco y lo acolmilló profusamente para marcar su territorio... Vio pasar en los atardeceres templados grupos de otro jóvenes como él, que precedían a un viejo macho, lento y lleno de precauciones. Grout gruñó roncamente, sintiendo un lejano desprecio por aquellos compañeros...

Lucía el sol cuando un impulso inesperado se manifestó en su potente y cerdoso

cuerpo. Corrió a través de las espesuras, gruñendo en tono bajo, sin detenerse para hozar en busca de las suculentas raíces, y despreciando las bayas que crecían a su alrededor... Ni siquiera la carroña de un caballo muerto le tentó. Corrió, torpemente, balanceando el pesado cuerpo, con el hocico muy pronunciado en el aire ante él, venteando una presencia que aún no había encontrado.

La hembra estaba allí, rodeada por tres jóvenes machos mucho más pequeños que Grout. La simple aparición de Grout los puso en fuga, sin que fueran necesarios sordos gruñidos ni un leve amago de colmillada. Haciendo chascar sus potentes colmillos uno contra otro, Grout se acercó a la hembra, que permanecía inmóvil, y le propinó un par de golpes en el lomo, al mismo tiempo que gruñía rítmicamente. La hembra, girando solamente un poco la cabeza pinchuda, para seguirle con los diminutos ojuelos, siguió quieta. En el colmo de la excitación, Grout orinó y corrió en círculos alrededor de ella; después se acercó, mordiéndola en el lomo, sensualmente, y hocicándola con lascivia. El pelaje arisco de la hembra, sus cuatro patas con esbeltas pezuñas plantadas en el suelo, su hocico rezumante de humedad, sonrosado y aun con ligeras manchas de barro, le volvían loco de excitación. Grout orinó nuevamente, para mostrar de forma práctica su admiración ante una belleza tal, y repitió con más intensidad sus rítmicos gruñidos... La hembra, rendida, volvió hacia él su maravilloso rostro, moviendo lentamente las peludas orejas, y exhibiendo su morro afilado, con pequeños colmillos que no se curvaban hacia arriba, como los de Grout... Al extremo de la resistencia, sintiendo que no podía soportar más la visión casi obscena de esos colmillos distintos, Grout saltó sobre la hembra...

El tiempo no pasó en vano. Los inviernos y los veranos se continuaron uno tras otro, y las hembras le rechazaron con hoscos gruñidos cuando las crías estaban a punto de nacer... Cazó, comió, hozó en los lodazales, esquivó alguna vez a extraños cazadores que le perseguían con ruidosas armas, buscó compañeros jóvenes que le ayudasen en la caza. Se sintió viejo y pesado, falto de agilidad, y lleno de dolores... Y un día, un instinto olvidado le hizo sentir que su vida estaba a punto de terminar, y volvió de nuevo a separarse de todos los otros; de las hembras, de los jóvenes, y desde luego, de los grandes machos solitarios, con los que nunca había querido saber nada... Tomó un camino perdido entre el bosque, por donde nunca iba ninguna manada, ni ningún solitario... Y allí, ocultas a medias tras un gran tronco caído, había dos cabezas sonrosadas, una con pelos amarillos, y otra con una melena castaña, con ojos interesados que le miraban fijamente. Gruñó, sintiendo que sus patas eran ya débiles, y que casi no le sostenían, y permaneció inmóvil...

—¿Qué? —dijo el Vikingo.

—Vamos a dejarlo en paz —contestó Sergio. Y le pareció, durante unos segundos, que en sus manos había estado la vida entera del jabalí.

Relucía como un farol antiguo en el fondo del hoyo que el hombre calvo había

excavado. El Vikingo y Sergio, inclinados sobre el hoyo, miraban con atención la curiosa raíz. El hombre calvo, provisto de una azada y un cuchillo, había realizado después de pensarlo mucho, una pequeña excavación, poniendo así a la luz del día una gruesa raíz retorcida de color miel, con abultamientos y cinturas intercaladas, como fuera un gran gusano. Después, mirando tristemente con sus ojos glaucos al Vikingo y a Sergio, había procedido, con el cuchillo, a cortar la raíz en dos trozos.

—Habrà que esperar a la noche —dijo, sentenciosamente.

Cuando el sol se hubo ocultado, la raíz comenzó a brillar levemente, y a medida que la oscuridad aumentaba, el brillo dorado fue aumentando también, hasta el punto de que Sergio pudo casi leer a su luz un ajado ejemplar del «Clarín» que conservaba en su poder. El corte de la raíz emitía, cada vez más intensa, esa luz dorada, motivando una peculiar sensación de belleza en los que la contemplaban.

—Eso no es todo, Profes —dijo el hombre calvo. Y tomando una varita que llevaba en la alforja, tocó ligeramente el centro del corte de la raíz. La luz dorada osciló un instante y se apagó, para volver a brillar como un lucero antiguo cuando el hombre calvo retiró la varita.

—Hay más —afirmó el hombre calvo, con voz llena de angustia.

Les condujo a un centenar de metros de distancia, y con su azada realizó otra pequeña excavación, después de husmear como un podenco, hasta que su misterioso instinto le dijo el sitio exacto. Salió otra raíz similar, que el hombre cortó con su cuchillo, y que, casi de inmediato, emitió la misma luz dorada, como procedente de un damasco fabricado siglos antes.

A lo lejos, en el otro hoyo, surgía un chorro de oro pálido, mostrando que la primera raíz seguía brillando en el fondo del agujero. El hombre calvo tocó con su varita la segunda raíz; la luz se extinguió, y lo mismo sucedió, simultáneamente, con la primera. En el silencio nocturno, el hombre calvo repitió la maniobra un par de veces, y siempre la disminución de luminosidad fue simultánea en ambas raíces.

—¿Verdad que es maravilloso? —dijo el hombre calvo—. Yo me distraigo mucho con esto, cuando no sé qué hacer... Y hay raíces de éstas por todas partes... Yo siempre las he encontrado. ¿Qué os ha parecido?

—Muy bonito —contestaron el Vikingo y Sergio, a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo.

—La pieza en cuestión —sentenció el Manchurri, después de colocar las grasientas manos sobre la palanca de mando— es la cosa más condenada y procaz que ha parido madre... digo si es que las máquinas de vapor tienen madre, cosa que es posible, porque de algún lado han de salir... Tiene la manía de romperse en cuanto lleva funcionando unos años, y no sabéis vosotros lo que cobran los talleres... ¿Cuánto pidió el herrero de Abilene, amigo Vikingo?

—Dijo que le debías el equivalente a nueve céntimos, y que esperaba cobrar tan

pronto como pasases por allí.

—Deslenguado tipo ése, a fe. Y tú, señor, ¿tan triste te encuentras que no me cuentas nada? Cosas he sabido de tus aventuras; según creo... dame la botella. Huesos, y no te aproveches para no darle al pedal, que te veo... Según creo conquistaste África entera y todo se debió a ti... ¡pedales!... Y no es preciso que por eso te distraigas, señor, y dejes de echar tacos de madera en la máquina de vapor, porque si seguimos así, ni llegamos a Hangoe, ni a ninguna parte... Por cierto, que volví a ver a Ratller el Saurio, y tuve que salir de estampía... porque quería vengar en mí no sólo lo que yo dije en el «Clarín» sino también la somanta o tunda que tú le diste, señor... Y hablando de otra cosa, les veo a todos muy silenciosos...

—Como que no dejas hablar a nadie —dijo Sergio, conteniendo la risa.

—Eso no es cierto, que solamente hablo cuando me lo piden, y quizá sea cierto que cuando no me lo piden también, o posiblemente, todo lo contrario... En fin; no sé porqué no me encuentro la cabeza muy clara hoy. Deja de poner tus viscosas manos sobre el material, Huesos, que me lo llenas todo de huellas genitales, y luego la clientela protesta... ¿De manera, señor, que te has echado casa, esposas e hijos? Pues que no te pase nada... que mejor está el hombre en mitad del camino, como yo estoy, que bregando con críos llorones y mujeres chillonas... Las mujeres son para un rato, si ellas quieren, claro está; porque si no quieren, ni siquiera para eso... Decía a este respecto un célebre poeta de los tiempos legendarios... ¿qué decía, Huesos?

—¡Y yo qué sé!

El autociclo caminaba, dando tumbos junto a un ancho río, cuya orilla opuesta sólo se distinguía en medio de una espesa bruma, motivada por la temperatura diurna y la humedad que ascendía de las aguas... A lo lejos, en el horizonte cortado por la arenosa ribera, se destacaba una débil columna de humo negro.

—Por eso llevo esos libros ahí —aseveró el Manchurri, después de empujar cuidadosamente la botella—. Porque en los ratos libres me gusta leer e ilustrarme, y si de paso puedo ilustrar a alguna moza que se deje, también lo hago... Por cierto, señor, que me han dicho que a un tal Zacarías Gómez, en la aventura de África le sucedió cosa ciertamente sabrosa, y que podía dar lugar a un buen número del «Clarín»...

—Y a que quieran darte otra paliza —contestó Sergio.

—Bueno; eso es posible; pero mi cuerpo está hecho a palizas, porque no es pequeña cosa tener por comerciante consorte o como se diga al enano éste, al Huesos. Y además, si es preciso que nos juguemos el tipo más tarde acompañándote en esa nueva aventura que vas a tener, y que conste que lo hago porque el Vikingo dice que es buen asunto, si es así, repito, y afirmo... ¿qué estaba diciendo?

—Lo de Zacarías Gómez.

—Eso es; que no dejáis hablar. Bueno, pues si te acompañamos, bien estará que en justa compensación me cuentes, señor, todo lo que sucedió, porque la prensa necesita noticias calientes, escabrosas y que llamen la atención, y eso de que a uno lo

inflen de droga y se lo calcen media docena de monas, no es cosa que todos los días suceda... Pero ¿cómo estaban las monas?

—Más o menos, como el Huesos —dijo Sergio, riéndose—, sólo que lavadas, y con pelos por encima...

—Fuerte trago es ése, pardiez. Para un hombre como es debido, el tener que... bueno... yo me entiendo... dar el servicio pertinente a tan peluda progenie, debe ser cosa seria... Venga, cuéntamelo todo, con pelos... o sin pelos, mejor dicho pero con cuantas más señales sea posible...

El humo que se veía en lontananza se había incrementado paulatinamente, hasta mostrar con claridad una negra y larga chimenea, bastante más alta que la del autociclo del Manchurri, que, a su vez, coronaba un vehículo similar al de éste, algo más ancho de ejes. Iba pintado de negro, con letreros de un blanco deslumbrante. Además de la consabida máquina de vapor, dos robustos caballos ayudaban al movimiento del ingenio...

El Manchurri, con el rostro cariacontecido, guardó silencio hasta que el otro vehículo estuvo a punto de cruzarse con él. Entonces, con expresión hosca, cerró el conducto del vapor, y aplicó el freno, deteniéndose. El otro carricoche hizo la misma maniobra, y los letreros de su costado pudieron leerse claramente:

JOE NAVAJAS; COMERCIO AL POR MAYOR Y  
MENOR DE TODA CLASE DE OBJETOS - NO  
IMPRIMIMOS PERIODICOS PORNOGRAFI-  
COS, COMO CIERTOS TIPOS DE LA COMPE-  
TENCIA - GENERAL STORE MERCANCIAS.

Antes de que pudieran detenerle, el Manchurri había bajado, con el rostro enrojecido, y los ojos inyectados en sangre, de la mugrienta cámara de mando del autociclo; de forma prácticamente simultánea, del otro vehículo había bajado un tipo de una altura similar a la del Manchurri, ataviado con una camiseta a rayas rojas y blancas, el rostro afeitado, aunque con dos grandes patillas que descendían casi hasta sus hombros, ojos profundamente bizcos, y un aro de oro en una oreja.

—De manera que estás aquí, sucio Joe —dijo el Manchurri, colocándose con los brazos en jarras a un par de metros de distancia del otro—. Y que te atreves a poner letreros repugnantes en tu cochina carreta, comentando insultantemente mi comportamiento periodístico. Te voy a sacar los hígados, so ladrón...

Sergio quiso levantarse y salir fuera, pero el Vikingo le contuvo con la mano, haciéndole un gesto risueño. Las dos calderas de vapor continuaban resoplando y alzando sus columnas de humo al transparente aire, mientras Joe. Navajas, mirando al Manchurri torcidamente, alzaba una mano imperativa.

—Alto ahí, so cerdo —dijo—. Que el que te va a sacar los hígados y a partirte la cara voy a ser yo, escoria, más que escoria, pedazo de marica, que no sabes lo que es

una mujer...

—Eso se lo dirás a tu padre, indecente —contestó el Manchurri, farfallosamente, con lengua trabada por la ira—. Digo a tu padre, aunque supongo que no podrás, porque debe estar en África acostándose con las monas, según es lo probable, a juzgar por el aborto de hijo que tiene. Pero ¿tú no sabes, desgraciao, que en cierta ocasión, y que me muera si miento, cogí con estas manos a un leopardo, sin arma alguna, y lo partí en dos? ¿Cuánto crees que me duraría la sombra de una meada, que eso es lo que eres tú?

—Pues más de lo que me durarías tú a mí, que cuando se me terció, cacé diez cocodrilos en el río Rojo, en África, y los domé de tal forma, a mordiscos y a estacazos...

—Serían con la que usa tu mujer para ajustarte las cuentas...

—Digo que a estacazos, borde, más que borde, mentiroso, borracho... Y me los traje a Europa detrás de mí, caminando uno detrás de otro, y así puso el de nueva Estoril su industria de Carteras que...

—Hijo de un mandril, te voy a matar...

—Te voy a hacer pedazos, sucia bestia, marrano...

—Para eso te tendrás que quitar la ropa interior de color rosa, so cascara amarga...

—Y tú ponerte un tapón en la boca, para que no te entre más vino...

—Si no fuera porque llevo amigos, te daba una que te acordabas toda la vida...

—Mucho palabrerío es ése, Manchurri, pero como me vuelva a encontrar contigo...

—¡Desgraciao!

—¡Estafador!

El Manchurri, volviéndose de cuando en cuando, con gesto amenazador, volvió a subir rezongando al autociclo, y tiró violentamente del grifo del vapor. El autociclo volvió a ponerse en marcha, con una brusca arrancada, en virtud del vapor acumulado, mientras el Manchurri, con el rostro descompuesto, se volvía a sus acompañantes, diciendo:

—Anda, que si no estáis vosotros aquí, le doy a ese una paliza, que...

—Fue un tiempo muy lejano —dijo el Vikingo— en que un Ministro de un Rey ya muerto hace muchos años, pensó que sería muy buena, cosa el evitar el gran dolor que todos sentían cuando la muerte se llevaba a un ser amado.

«Puso a trabajar a todos los sabios del país, y éstos, después de muchas investigaciones, pruebas y cálculos, y además con un gran gasto, consiguieron poner a punto una gran máquina que, mediante ingeniosos mecanismos, devolvía a los muertos a la vida. Pagando una pequeña tarifa, tanto más elevada cuanto más antiguo era el muerto, las gentes que así lo deseaban podían recurrir a la máquina y conseguir

que ésta les devolviera sus muertos amados.

»Lo curioso es que la máquina, en virtud de ciertas características de su construcción, los devolvía siempre con la misma edad: treinta años. Y además, que estos muertos no volvían a morir, y se mantenían siempre en la misma edad con que habían salido del aparato. Por otra parte, resultaba muy curioso el hecho de que pesaban más que antes, y que precisamente, cuanto más antiguos eran, pesaban más. Así, un resucitado reciente, que en vida hubiera pesado ochenta kilos, salía de la máquina pesando cien o más; si era de unos veinte años antes, su peso era de unos trescientos kilos, e incluso se registraron casos de muertos de dos siglos, que llegaron a pesar casi cinco toneladas. Y ello sin que su aspecto fuera distinto del que en vida tenían.

»La máquina tuvo un éxito prodigioso, hasta el punto de que fue preciso instalar más máquinas en todas las ciudades del país. La gente acudía en avalanchas para hacer uso de tan extraño ingenio, hasta que comenzaron a plantearse los primeros problemas.

»Pasó, por ejemplo, que había quien no tenía interés alguno en volver a la vida un muerto determinado, por razones económicas, o de mera simpatía, o familiares... Pero como no se estableció control alguno sobre el funcionamiento del aparato, resultaba que siempre había algún malintencionado que resucitaba los muertos de otro, con objeto, claro está, de molestarle y hacerle daño.

»Se produjeron situaciones complicadísimas; los asesinados pregonaban a los cuatro vientos el nombre de sus asesinos; los que habían sido maltratados por sus descendientes, hacían lo mismo; los desgraciados se quejaban de volver a vivir una vida desgraciada; los ricos, de no serlo como antes. Funcionaban los Tribunales de Justicia a toda velocidad, y la avalancha de papeles que produjo el funcionamiento de la máquina anegó el país.

»Y no acabó ahí todo. Los muertos resucitados, como sabían que lo eran, se aprovechaban indignamente, de los demás... eran molestos, insociables, aprovechados... Además, al tener tal peso, lo destrozaban todo; hundían los suelos de las viviendas, quebraban el adoquinado de las calles, destrozaban los vehículos, puentes y viaductos... Comían más que los seres humanos normales, se quejaban, pedían servicios extras, gemían... caminaban por las noches en pandillas, lanzando gritos en todas las esquinas...

»Un día, alguien, harto, reunió fondos, y resucitó todo los muertos del Ministro, desde sus padres hasta la más remota antigüedad... En ese momento, la multitud de resucitados era tal, que todos los seres humanos reales estaban en franca minoría. Y la cosa acabó cuando se vieron forzados a huir y a abandonar todo lo que tenían en manos de los muertos vivientes. Fueron a vivir a un páramo lejano, y allí, sumidos en la miseria, contemplaron cómo los muertos resucitados continuaban manejando la máquina sin cesar.

Hubo un silencio en el coro que le escuchaba cuando el Vikingo concluyó la

historia. Estaban todos un tanto extrañados y no habían comprendido, seguramente, casi nada. Sin embargo, el padre Ross, sonriendo sobre su poblada barba, se ciñó más el cingulo de cáñamo, y lanzó una soñadora mirada hacia la cruz de la capilla, que se recortaba en negro sobre el azul gris del crepúsculo.

—¿Y qué quiere decir todo eso? —preguntó el Manchurri, distraídamente.

—Eres tan cernícalo como los demás, Manchurri —dijo el padre Ross—. ¿No has leído el Libro Santo? ¿No has leído las parábolas? Saca su lección, hombre ignorante y de poca fe. No cambies el mundo, o él te cambiará a ti. Si haces un mundo cruel y retorcido, ¿qué otra cosa puede producir, sino hombres crueles y retorcidos?

Al principio fue solamente un punto negro en el horizonte, como una colina más oscura que las demás... después, a medida que el autociclo iba acercándose, el punto negro comenzó a mostrar sus costados rectos, y su forma de tronco de pirámide. Parecía encontrarse cerca de ellos, pero eran tales sus dimensiones, que un día más de camino sólo les permitía apreciar una ligera variación en el tamaño de la columna.

El Vikingo permanecía inalterable, pero el Manchurri y el Huesos mostraban un temor creciente conforme iban acercándose al negro monolito. Esa sensación de temor aumentaba cuando veían a Sergio revisar una y otra vez su rifle magnético, vaciando y llenando el cargador dorado, y cuando contemplaban los grandes proyectiles contenidos en éste, cuidadosamente alineados sobre un paño, prestos a ser introducidos de nuevo en el recipiente. En el Huesos, ese miedo creciente se manifestaba por medio de un silencio total, y de miradas cada vez más huidizas ante los ojos de Sergio; en el Manchurri, en una ausencia casi total de ganas de comer, y en un incremento del consumo de bebidas alcohólicas.

El mismo Sergio se sentía cada vez más nervioso. Veía cerca por fin, aquello por lo que había recorrido una larga odisea, y se sentía como vacío. No experimentaba ningún sentimiento de satisfacción, o de orgullosa alegría; al contrario; pensaba que si, por cualquier razón, sus previsiones resultaban equivocadas, y se veía forzado a regresar sin haber hecho nada, tampoco iba a importarle demasiado.

—No hay vida aquí —dijo el Vikingo.

Era cierto. Atravesaban vastas extensiones casi silenciosas, donde apenas se oía el piar de un pájaro, y donde era verdaderamente raro que una liebre o un jabalí asomasen su hocico tras las hierbas. Y desde luego, los ríos estaban desiertos, sin cellisas, ni náyades, y tampoco se veía la figura de color de miel de algún elfo deslizarse tras las malezas. Ni siquiera había casas o alquerías. Desde su última detención, en la capilla del padre Ross, no habían vuelto a encontrar un ser humano.

La columna se cernía ya sobre ellos como una masa inalcanzable. En sus vertientes laterales, totalmente lisas, la luz del sol moría sin reflejo alguno; la superficie superior, donde el tronco de pirámide se cortaba, se hallaba muy por encima de su vista, siendo imposible saber si allí había algo.

Nadie hacía ninguna pregunta a Sergio, y nadie hablaba apenas. Como oprimidos por el ambiente cada vez más triste, apenas conversaban entre sí. Caminaban por barrancas y cañadas, deteniéndose solamente para comer, dormir o cargar combustible para el vehículo... y la columna se acercaba lentamente, cada vez más inmensa, cada vez más increíble en sus dimensiones enormes. Llegó un momento en que pareció llenar el horizonte entero, y casi cubrir el cielo con su negra masa... y aún les faltaba camino que recorrer.

Una tarde, pasaron por las silenciosas avenidas de un bosque de árboles gigantes, cuyas cimas se perdían en la ligera niebla del anochecer... En los espacios entre los anchos troncos crecía un fino césped, donde las macizas ruedas del carromato pisaban suavemente, rodando con facilidad.

—Aquí no ha venido nadie nunca —dijo el Vikingo.

El saberse a una distancia incalculable del más próximo poblado les llenaba de angustia, sin saber muy bien si estaba motivada por eso, o por la proximidad obsesionante de la ingente construcción negra. Y allí, cuando acabó el bosque, la vieron, asentado su principio sobre el fondo de un valle, continuando sobre la montaña próxima, y sobre otro valle, y sobre la cordillera que había después... Un río había sido desviado por la terrible construcción, y sus aguas se arrojaban tumultuosamente contra el flanco negro de la pirámide, chocando allí, siguiéndola durante unos kilómetros, para separarse después y perderse en una lejana llanura...

—Nos quedamos aquí —dijo Sergio.

Y por milésima vez en aquellos días, volvió a mirar su reloj, como si no pudiera creer que era cierta la fecha que veía marcada en el calendario.

—Esconded el autociclo un poco más adentro —dijo, como suplicando—. Y acampad allí... yo... yo debo esperar aquí.

El Manchurri y el Vikingo le miraron con fijeza, el primero con una clara expresión de terror en sus ojos; el segundo simplemente con atención, como si quisiera profundizar en sus pensamientos. Pero le obedecieron; el automotor retrocedió, retirándose al interior del bosque, y Sergio se quedó solo, de pie junto al último de los altos árboles.

Se hallaba a un kilómetro y medio, aproximadamente, de la cara de la columna que había frente a él. Durante unos segundos buscó algo con la vista, atentamente, lamentando haber perdido los prismáticos. Lo cierto era que de todo lo que trajese de la Ciudad solamente le quedaban el reloj y el rifle. Incluso sus ropas eran ahora de flexible piel, con las costuras unidas con pequeñas puntadas, semejantes a las del Vikingo.

Por fin lo vio; era un hueco rectangular, como una puerta, abierto en la mitad de la extensa cara negra. Para ser visible a aquella distancia, era evidente que debía tener un buen tamaño. Sin embargo, volvió a mirar y a remirar... hasta que estuvo absolutamente seguro. Acabó de estar cierto de su examen cuando vio que desde la lejana cima bajaban hasta la abertura rectangular dos zonas algo más claras, como si

fueran dos ciclópeas vías por las que algo se hubiera deslizado, en alguna ocasión, desde el truncado vértice.

Entonces, después de repasar su rifle por última vez, introdujo el cargador dorado que había reservado con tantas precauciones. Dejó el arma apoyada en la corteza del tronco, y tomando su cuchillo de caza, levantó con cuidado un cuadrado de hierba. Cavó una pequeña zanja, de unos cincuenta centímetros de lado, y unos treinta de profundidad, depositando la tierra esmeradamente en los cuatro costados del hoyo, de manera que pudiera volver a echarla dentro con rapidez.

—¿Puedo preguntar para qué es eso? —dijo, tras él, la voz del Vikingo. Más al fondo, la silueta oscura del carromato se distinguía apenas entre las hierbas y los altos árboles, y el olor de madera quemada llegaba a su olfato.

—Podríamos decir —respondió Sergio— que es una especie de tumba... Una tumba pequeña, para algo muy pequeño también.

El Vikingo permaneció silencioso durante unos instantes, pensando.

—¿Cuándo será... lo que haya de ser? —dijo, después de meditarlo mucho.

—Si no me he equivocado, mañana. También es casualidad —contestó Sergio—. Mañana cumplo veinticinco años.

—¿Qué esperas de nosotros que hagamos?

—No puedo obligaros... esto es cosa mía, tan solo. Pero debo reconocer que, sobre todo al principio, para mí sería mucho mejor estar acompañado, que solo... Solo, despertaría demasiadas sospechas, y quizá no consiguiese mi objetivo. Bueno; bastará con que llevéis esas mismas ropas, sin arma alguna... no hará falta que os vistáis de salvajes.

—¿Puedo preguntarte qué vas a hacer?

—Voy... —dijo Sergio, y la voz se le cortó. Pareció que hacía esfuerzos para hablar, y que la voz no le obedecía. Incluso en sus ojos brillaba una película húmeda, como si estuviese muy conmovido—. Voy a asesinar... —repitió con un gran esfuerzo—. Voy a asesinar a Jorge III, Presidente Hereditario de la Ciudad...

El rostro del Vikingo, de ordinario sereno y casi inexpresivo, experimentó una violenta contracción.

—No puede ser... —dijo.

—Puedes estar seguro de ello —contestó Sergio—. Lo haré mañana mismo, a estas horas...

—No me refería a eso —dijo el Vikingo, con aspecto preocupado—. No me refería eso; no digo que no vayas a hacerlo. Sólo digo que... ¿cómo puede ser buen wu-wei una cosa así? Debo pensarlo mucho... pero ¡no puedo haberme equivocado! Siento en mí que lo que vas a hacer es bueno... no sé cómo... pero... es así.

—¿Te hace eso cambiar de opinión?

—Aún no puedo decírtelo, Sergio. Voy a retirarme... a pensar... aunque no hace ninguna falta. Sigo sintiendo lo mismo; es bueno, es bueno... no causará mal. Pero quiero tener la certeza...

La noche transcurrió lentamente, sin que del bosque abandonado viniese un solo rumor. El Manchurri y el Huesos dormían acurrucados bajo las ruedas del autociclo, lejos de la pequeña hoguera donde habían hecho la cena.

Sergio, sabiendo que no iba a poder dormir, se ofreció para quedarse de guardia, y así lo hizo, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en uno de los grandes árboles, y palpando sin cesar el rifle, como si temiese que desapareciera.

No había luna. A través de las extensas ramas apenas se distinguía algún lejano retazo de firmamento, con una solitaria estrella brillando. Era inútil ya buscar el relumbrar de Gabkar, puesto que había decrecido rápidamente hasta casi desaparecer.

Procurando no hacer ruido, para no despertar a sus compañeros, Sergio colocó cuidadosamente un par de pequeñas ramas en la moribunda fogata. No eran necesarias ni por la temperatura, pues la noche era templada y agradable, ni tampoco por protección frente a los predadores, pues era seguro que no había un solo animal en las cercanías.

El Vikingo se levantó, sin decir nada, tomó su rifle, y sin mirar a Sergio, se perdió entre los troncos.

Las ramas ardían alegremente, crepitando, y dejando caer alguna brasa entre la espesa ceniza blanca. El oloroso humo se perdía entre las frondas, mientras las llamaradas se reflejaban fantasmagóricamente sobre la hierba, sobre el costado del carricoche y sobre los grandes troncos, formando como oleadas sucesivas de luz y sombra. A la mente de Sergio volvían ahora lejanas imágenes, y por algún misterioso mecanismo su mente consciente rechazaba aquellas que pertenecían a su vida anterior, en la Ciudad. Recordaba a Edy, a la casa de piedra, con pulidos suelos; a Marta, al Capitán Grotton... al pobre Amílcar Stone... Durante un instante le pareció sentir de nuevo esa fuerza extraordinaria en sus manos, como si una corriente de energía emanase de todo su cuerpo y fuera capaz de domeñar la materia...

Comenzó a amanecer sin que el Vikingo hubiese regresado. Algo como una leve luz gris, casi imperceptible, comenzó a filtrarse a través de las ramas, empezando a resaltar la negra mole de la Columna del Alba y palideciendo las pocas brasas que aún quedaban en la hoguera. Ojeroso, pálido, con el corazón lleno de negros presentimientos, Sergio colocó la cafetera de hierro sobre las brasas, añadió agua y café y esperó...

El agua ni siquiera llegó a hervir, antes de que un lejano zumbido comenzara a oírse. Aunque lo esperaba, Sergio, sobresaltado, se levantó tan rápidamente que casi volcó la cafetera sobre las brasas. El zumbido fue creciendo rápidamente, mientras Sergio corría hacia la linde del bosque, y se transformó en un rugido continuo, que torturaba los oídos.

Algo inconmensurable desplazaba las capas atmosféricas a gran altura sobre el Pílon del Alba; algo tan grande como éste, con un tono intensamente anaranjado, que atravesaba la atmósfera dejando un rastro de vapores inflamados... A medida que se acercaba, pareciendo que iba a aplastar la columna negra y el bosque entero, los

valles, montañas y cordilleras, Sergio pudo ver que la masa anaranjada, aún rodeada de turbiones de humo amarillento, iba mostrando las singulares formas poliédricas de un sector de la Ciudad, apareciendo planos y salientes, columnas y protuberancias que se dibujaban cada vez mejor en medio del aire recalentado...

Con un último aullido ensordecedor, y una violenta ola de viento que inclinó los troncos de los árboles, hizo caer ramas y hojas, y produjo una marea cenagosa en el río, el Sector Central de la Ciudad, con toda su gloria de miradores, balconillos, bóvedas, cubiertas de cristal de roca, superficies deslumbrantes, espejos y estructuras se posó sobre el Pílon del Alba, *acoplándose perfectamente* en él mediante un hueco en su parte inferior que reproducía exactamente la cima truncada de la pirámide.

—¿Qué es eso? —dijo la voz del Vikingo. Estaba tendido a su lado, aún cubierto por las masas de hojas que el brutal movimiento de la atmósfera había desprendido.

—Es la Ciudad... —dijo Sergio—. El Sector Central, donde se halla el Palacio Presidencial, y la sede del Gobierno... Hoy es el jubileo, y es tradicional que el Presidente sea consagrado en la Tierra...

—Lo sabías —afirmó el Vikingo.

—Por eso vine.

Con sus arcadas y construcciones color naranja aun vibrantes en la atmósfera caldeada, el sector de la Ciudad permanecía inmóvil sobre la columna negra.

—¿Has decidido algo? —preguntó Sergio.

—Sí... —contestó el Vikingo, lentamente—. No he cambiado de opinión... Es buen wu-wei. Estaré contigo... y si pasa lo peor siempre sabré que he obrado como debía.

Sin contestar, Sergio, sintiéndose conmovido, le dio una palmada en el hombro. Se volvió hacia atrás; el Huesos y el Manchurri, con los ojos desorbitados, estaban agazapados tras ellos contemplando los gigantescos bloques anaranjados como si del mismo infierno se tratase.

—Ahora —murmuró Sergio— no queda más que esperar. La ceremonia se celebrará en este lado, precisamente, y al aire libre.

—Tomarán precauciones...

—Más de las que tú crees... Por si acaso sería preferible apagar la hoguera... No creo que entren en el bosque; pero no tenemos por qué descuidarnos...

—Manchurri, Huesos... —dijo el Vikingo—. ¿Haréis lo que os digamos?

—Por cierto que no debíamos —contestó el Manchurri, con el terror vibrándole en la voz—. Pero si nos lo pedís vosotros dos cosa mala no ha de ser... por más que ese armatoste tan grande me hiela la sangre en las venas...

—¡Mirad!

En los costados de la estructura anaranjada se abrían diminutas bocas negras, y algo como un enjambre de mosquitos salía de ellas. Sergio no necesitó verlos más cerca para darse cuenta de que eran vedettes mineras, utilizadas provisionalmente como aparatos de vigilancia...

Se retiraron hacia el interior, y apagaron el fuego echándole tierra encima. Un suave sisear se escuchó en la linde del bosque, y les pareció ver un disco color cobre pasando velozmente junto a los árboles. Con cuidado, Sergio se arrastró hasta que pudo divisar el panorama completo del valle. Las vedettes daban vueltas en todo lo que resultaba visible, danzando como peonzas, descendiendo hasta el suelo, alzándose como balas, en un velocísimo desplazamiento vertical, hasta perderse entre las nubes...

Nada sucedió durante una hora, a excepción del ininterrumpido patrullar de las vedettes, que no cesaban en sus desplazamientos. En varias ocasiones pasaron sobre el bosque, o rozando sus costados, haciendo que Sergio enterrase su rostro entre las hierbas, por temor a que destacase demasiado. Una de ellas pasó tan próxima que pudo ver con claridad el rostro del piloto, protegido por gruesas gafas, tras el hemisferio de cristal templado.

Repentinamente, como si una llamada hubiera suspendido la búsqueda, todos los aparatos se retiraron velozmente hacia la Ciudad, sumergiéndose en sus alvéolos.

—De manera que eso es la Ciudad... —dijo el Vikingo.

—Solamente un sector. Lo que queda allí arriba es mucho más grande...

Algo como una humareda violácea surgió de las acastilladas cimas de la Ciudad, en la parte más próxima a ellos. Las humaredas se condensaron poco a poco, formando como unos nudos o cables gaseosos que comenzaron a deslizarse serpentinamente por la extensa muralla negra, siguiendo fielmente las dos rozaduras paralelas que viera Sergio. Durante unos minutos el proceso continuó sin interrupción, produciéndose nuevas humaredas, y descendiendo éstas después, hasta que hubo como dos vías violáceas, titilantes, con un brillo extraño, tendidas desde la Ciudad hasta el suelo.

Fue entonces cuando un fragmento de la Ciudad se puso en movimiento, destacándose del resto. En la formidable muralla anaranjada se abrió una pequeña grieta que fue alargándose y marcando un contorno cortado en ángulos rectos... La grieta se ensanchó, y muy despacio, una parte de la Ciudad comenzó a deslizarse sobre las guías violáceas, descendiendo pausadamente a lo largo de la inclinada cara de la pirámide.

Un suspiro retenido se escapó de los labios de Sergio. Miraba, miraba con tanta atención, que los ojos le dolían. En varias ocasiones tuvo que retirar la vista, cerrar los ojos, y pasarse la mano sobre los doloridos párpados, mientras el sector separado del resto continuaba su paulatino descenso... Sobrepassó la abertura cuadrada, y se detuvo, con un cierto temblor de las estructuras... Se escuchó claramente, en el aire tranquilo de la mañana, algo como el silbido de mil calderas de vapor, y después, un violento choque metálico. Hubo un estremecimiento más, y la parte separada de la Ciudad quedó firmemente anclada a mitad del costado de la pirámide, sin que por eso se interrumpiese su movimiento, pues comenzó a abrirse hacia los lados como una flor al amanecer... Estructuras cuadrangulares, cilíndricas, trapezoidales, corrían unas

sobre otras, desplazándose hacia los ángulos de la columna, y todo ello acompañado de rechinar metálico, de silbidos y de ocasionales explosiones, como si una ciclópea maquinaria estuviera trabajando en el interior del fragmento.

—Eso es el palacio —dijo Sergio—. Creo que aún no ha terminado...

Mientras la gigantesca adherencia anaranjada continuaba su lento desdoblamiento, las bocas de los hangares superiores volvieron a abrirse. No fueron las vedettes las que salieron esta vez, sino unos cilindros alargados, coronados en un extremo por una pantalla reticular, de un brillo blanquecino... Con rapidez, se dirigieron alrededor de la pirámide, colocándose sobre el suelo, a un kilómetro de distancia. Una de ellas se situó a corta distancia del bosque, y el terreno retransmitió el rudo choque. Las pantallas reticulares habían quedado en la parte superior y, después de un momento, entre unas y otras surgió como un retorcimiento del espacio, que hacía vibrar las estructuras de la Ciudad y del Pílon del Alba...

—Campo de fuerzas —dijo Sergio, en un susurro—. Fíjate que se han colocado en círculo... Ningún proyectil normal puede atravesar eso... solamente las personas y los vehículos lentos...

—Entonces, ¿cómo vas a...?

Sin contestar, Sergio golpeó expresivamente el cargador dorado, aún colocado en el rifle. Después musitó:

—Estos sí pueden...

El Palacio había quedado abierto sobre el costado de la Columna, formando una extensa explanada horizontal a cuyo final se hallaba la gran abertura rectangular... A los lados, los sucesivos desplazamientos y transformaciones habían formado dos alas coronadas de torres, terrazas, balconillos y pasarelas extendidas entre unas y otras... Comenzó a escucharse un ligero trompeteo, y algo como una música, ensordecida por la distancia. Las torres y balconillos se cubrieron rápidamente de penachos de colores, gallardetes y banderas... Una hilera de trazos de humo surgió hacia el espacio desde uno de los bastiones, explotando al final en anchos ramilletes dorados... Figuras insignificantes hormigueaban ahora en los pasadizos y soportales anaranjados... uniéndose unas a otras, y formando una masa cada vez más compacta en la explanada situada en el centro...

La música aumentó el volumen, y algunas palabras llegaban a los oídos de Sergio y de sus compañeros:

«Ciudad en los espacios engarzada,  
que surcas orgullosa lo profundo,  
tú siempre habrás de ser idolatrada  
y siempre reinarás en todo el mundo...».

El ligero viento se llevó el resto de la canción, aunque, de cuando en cuando, retazos de palabras y de música continuaban llegando hasta el bosque. Nuevos

cohetes de mil colores, púrpura, dorado, rojo, verde, explotaban sin cesar sobre el palacio, trazando un velo de fuego que se extendía sin cesar, como un palio mágico...

«Aérea, victoriosa e infinita,  
tus hijos lucharán por tus laureles  
y si un día tu gloria se marchita  
te la traerá la sangre de tus fieles...».

A pesar de que seguía con toda atención el desarrollo de los acontecimientos, el Vikingo no pudo evitar el darse cuenta de que, al oír la canción, dos lágrimas habían brotado de los ojos de Sergio. Sin comentar nada, volvió su vista de nuevo hacia la Ciudad, el palacio y la pirámide. El hormigueo era cada vez más intenso, e incluso parecía que en la complicada trama que había quedado en la cima de la pirámide se habían abierto ventanas, surgido pasarelas y mesetas, y numerosos grupos se amontonaban en los saledizos y balaustradas, tratando de ver lo que sucedía abajo, en el Palacio.

La música volvió a aumentar de intensidad, acompañada ahora por un clamoreo confuso, aunque potente. Se percibían con claridad los remolinos de la diminuta multitud, a medida que dos grandes puertas (aún cuando a esta distancia, tenían el tamaño de una hormiga), se abrían en una de las alas laterales del palacio... Hubo un confuso rebullir entre los grupos situados en la parte superior de la Ciudad, evidentemente menos privilegiados que los que habían logrado un sitio en la meseta, y algo se deslizó a través de las puertas que acababan de abrirse... Los ojos del Vikingo, el Manchurri y el Huesos eran apenas capaces de distinguirlo; pero Sergio sabía perfectamente lo que era: el gran vehículo presidencial, llevando sobre sí el trono, el Presidente y los principales dignatarios...

Tratando de dominar los latidos de su corazón, tomó el rifle y lo encaró hacia el palacio, asentándolo firmemente en su hombro. El Vikingo tosió levemente.

—¿Ya?

—Ya —respondió Sergio.

Ajustó los mandos del telémetro, con toda frialdad. Distancia: mil trescientos noventa y seis metros. La pantalla del scope mostraba ahora borrosamente la imagen del vehículo presidencial, con las siglas GRIII en oro sobre fondo escarlata en los tapices y cortinajes... Una mano se posó firmemente sobre su hombro. No levantó la vista; sabía perfectamente que era la del Vikingo.

—¿Por qué?

—Porque si él no hubiera existido nunca, yo habría vivido de otra manera... Déjame...

El vehículo giraba para situarse en el centro de la explanada, mientras los vítores y gritos de la multitud llegaban amortiguadamente hasta el bosque. A medida que iba tomando posición, entre las hileras de soldados con el uniforme verde oscuro de la

Guardia Personal, y los piquetes de Policía Presidencial en traje de gala, Sergio iba ajustando el telémetro... Mil cuatrocientos quince metros... Mil cuatrocientos veinticuatro metros... El vehículo se detuvo. Las rayas de la mira telescópica se cruzaban claramente en el centro del visor, ahora perfectamente ajustadas a la distancia de tiro... En la parte delantera del vehículo el trono dorado con las siglas GPIII continuaba vacío... Hubo un rugir de la enfervorizada muchedumbre cuando las cortinillas escarlata del templete superior se abrieron, dejando paso a un hombre, vestido con el uniforme verde oscuro de Coronel de la Guardia, con la cabeza cubierta con el casco cromado, coronado por una cimera negra. Era perfectamente perceptible, a través del visor, el remolinear de la multitud, los esfuerzos de la Policía Presidencial para contener las primeras filas... Gritos inconexos, acompañados de músicas casi inaudibles, y explosiones continuadas de cohetes cada vez más grandes proseguían llegando hasta el bosque... De las cimas de las columnas donde se generaba el campo de fuerza comenzaron a surgir guirnaldas de luz, que cruzaron de una a otra, ascendieron, y se cerraron sobre sí mismas, formando un gigantesco palio de luz casi sólida sobre la ceremonia...

El hombre vestido con el uniforme de coronel se sentó en el trono, quitándose el casco cromado y entregándolo a un edecán. Sergio quitó el seguro, y esperó. Alguien se acercaba ahora, llevando en un almohadón de terciopelo un pergamino; otro funcionario, con la librea de la Presidencia, situaba un micrófono ante el hombre vestido de verde oscuro. Sergio hizo retroceder el cerrojo y el primero de los grandes proyectiles dorados se deslizó suavemente en la recámara. Tenía el visor bajo, con la retícula cruzada sobre el pecho del hombre. Alguien más se acercó; un militar de alta graduación, según su edad y sus condecoraciones, que mantenía en sus manos una espada de mango de marfil con gran dragona dorada. Estaba hablando, a juzgar por el movimiento de sus labios, y el hombre sentado en el trono le contemplaba con expresión átona. Sergio conectó el interruptor de carga, y escuchó el zumbido del campo magnético al captar potencia de la pila... Después, sin pensarlo más, alzó ligeramente el arma, hasta que la retícula situó su cruz sobre el cuello del hombre... Durante unos momentos, su dedo se crispó sobre el gatillo, contemplando intensamente aquel rostro odiado, aquellos rasgos que conocía perfectamente uno por uno, cada imperfección, cada defecto de la piel, cada arruga junto a los párpados o en las comisuras de la boca, hasta casi cada cabello de la cabeza... Los conocía tan bien como su propio rostro. Después, contuvo la respiración, contó hasta tres, lentamente... (el hombre del trono continuaba con sus ojos fijos inexpresivamente, en el anciano militar)... y apretó el gatillo.

La bala chilló blandamente en la atmósfera al surgir del cañón, impulsada por el campo magnético. Hubo como una explosión contenida al lado de Sergio; este no miró siquiera. Sabía perfectamente que eran los pulmones del Vikingo, expulsando el aire. El Huesos guardaba silencio; el Manchurri murmuraba algo en voz muy baja, como si rezase...

A esa distancia... un segundo, solamente un segundo hasta que la bala alcanzase su blanco. Hubo como una ligera llamarada cuando el gran proyectil atravesó el campo de fuerza, distorsionándolo momentáneamente para poder atravesarlo... Un segundo; nada más que un simple segundo...

El visor. Una flor de sangre acababa de estallar en el cuello del hombre vestido de verde oscuro. Sergio, tranquilamente, observó cómo el cuerpo se derrumbaba sobre un costado, manchando con un chorro de sangre el pergamino y el uniforme del viejo militar... Vio los rostros espantados, mirando a todas partes, la ola de policías que intentaba trepar al vehículo presidencial... Con un gesto, cerró el interruptor, se sentó en el suelo, y procedió a desmontar el rifle...

—¿Le diste?

El Vikingo tenía los ojos fijos en él, y su cara no tenía expresión alguna, como la del hombre del trono.

—Sí. Está muerto.

—¿Y ahora qué?

Sergio no contestó. Las diversas piezas del rifle iban cayendo una a una al fondo del hoyo que excavara la noche anterior. Cuando el arma hubo sido desmontada completamente, Sergio arrojó el reloj con ella y comenzó a tirar la tierra dentro. La aplanó bien, con los pies, a medida que lo iba llenando, para colocar al final encima el trozo de césped que recortase en previsión.

—No se nota nada —dijo el Vikingo—. ¿Crees que lo encontrarán?

—No lo creo... Son gente de ciudad; en su vida han visto un bosque de verdad... Además, yo me dejaré encontrar por ellos antes. Si escondo el rifle es porque si me ven con él, es posible que disparen, y eso he de evitarlo.

—Bueno, señor —dijo el Manchurri con voz temblorosa—. Yo no sé qué ha pasado, porque a esa distancia no he visto nada... pero sí sé, que el Vikingo me lo dijo, que ibas a matar a uno, y gordo e importante, por añadidura. Supongo que ha caído ya... y no es que a mí una muerte más o menos me asuste. Sobre todo si no se trata de la mía, y eso es lo que veo que se nos viene encima... porque mira eso...

Extrañado, Sergio se dio cuenta de que apenas tenía fuerza para levantar la cabeza y mirar hacia el Pilón del Alba. A tan gran distancia, la escena parecía no haber cambiado; solamente los cohetes habían dejado de explotar, las músicas habían callado, y las guirnaldas de luz del campo de fuerza se habían extinguido. Traída por el viento, una voz, retransmitida por potentes altavoces, se extendía sobre el valle.

—... inmediatamente la búsqueda... se retiren a sus domicilios... el orden... vilmente asesinado...

—Manchurri... ¿has conservado la caldera a presión como te dije?

—Sí...

—Entonces, vámonos de aquí.

—¡Nos cogerán igual!

—Pero no al lado del rifle, por si acaso, ni en la misma línea de tiro... Vamos

allá, más a lo profundo del bosque.

—¡Verán el humo de la caldera!

—Aún no... todavía no han reaccionado... pero lo harán en seguida. ¡Vamos!

Unos minutos más tarde, el autociclo, lanzando un torrente de humo que se enredaba en las horizontales ramas de los árboles, comenzó a caminar paralelamente a la pirámide, sin profundizar más en el bosque. Evitaron los claros y los lugares en que el vehículo hubiera sido visible desde el valle, y se detuvieron una hora más tarde, a unos doce kilómetros del lugar de partida.

—¿Qué hacemos? —dijo el Manchurri, nervioso.

—Dejad las armas en el autociclo... no, los cuchillos no; no es preciso... y venid conmigo.

—Supongo, señor, que sabes lo que estás haciendo, porque a mí me sube algo por aquí dentro que no sé lo que es... ¿Puedo beber un buen trago?

—Y dos, y tres, si quieres... y dame uno a mí. Tampoco me vendrá mal. ¿No vas a hacer una excepción, Vikingo...?

El Vikingo negó con la cabeza. Tenía una expresión seria y parecía confuso.

—Sigo estando seguro de que esto es bueno —repitió—. Y de que tú eres una persona honesta... pero ¿cómo puedes estar tan tranquilo, después de haber asesinado a un hombre fríamente?

—A eso no se le podía llamar hombre —contestó Sergio, con inesperada dureza—. ¿No quieres tú un poco, Huesos?

El Huesos estaba palidísimo. Su rostro infernal, bajo las costras que lo cubrían, revelaba un espanto sin límites. Posiblemente en su torpe cerebro hubiese penetrado la idea de que estaban en peligro de muerte; o quizá el terror que se leía en sus rasgos hubiese sido causado solamente por la ciclópea ciudad y la columna negra. En todo caso, abrió la deforme boca, mostrando los irregulares dientes amarillos, intentó decir algo, hizo un esfuerzo, lanzó una mirada suplicante al Manchurri, y como único recurso, cogió la botella de vino rojo, y la empujó, bebiendo a grandes bocanadas.

—Pobrecillo... —musitó el Manchurri—. ¿Qué va a ser de nosotros ahora? Porque no creo que esa masa se quede quieta si quiero contarle la historia de la muchacha triste de Donegal...

—No es fácil, no —contestó Sergio, que había estado escribiendo unas líneas en un papel—. Nada de fácil... Pero vamos allá; siempre será mejor que estéis conmigo, que sé perfectamente lo que tengo que hacer, a que estéis solos... El lugar en que se encontraban ahora no se diferenciaba casi en nada del que habían abandonado una hora antes. Sergio comenzó a caminar hacia la linde, y como quiera que, a pesar de sus advertencias, el autociclo había penetrado más en las profundidades del bosque, tuvieron que andar un rato hasta que las grandes estructuras aparecieron entre el arbolado.

Rápidos silbidos, y órdenes retransmitidas por altavoces surcaban el aire... Una gran masa circular, con protuberancias metálicas de feo aspecto, pasó rozando los

troncos... A unos cientos de metros a su derecha, una de las pequeñas vedettes mineras, suicidamente, se había introducido entre los grandes troncos, con evidente peligro de estrellarse, y zumbaba como un insecto de cobre, remolineando lentamente...

Columnas de hombres, con el uniforme amarillo y negro de la Policía presidencial, cruzaban el Valle en todas direcciones. La plaza estaba ahora desierta, mostrando las ajadas banderolas, que pendían tristemente de sus mástiles, así como también la cuadrada oquedad en la pared de la pirámide, y el vehículo presidencial, tristemente abandonado en medio de la soledad del palacio. Un diminuto grupo de hombres estaba reunido en el borde de la meseta anaranjada, escrutando en todas direcciones con complejos aparatos de observación...

Otra gran nave oscura pasó zumbando junto a los primeros árboles, y pudieron ver claramente los pesados cañones girando lentamente en sus torretas bajo el panzudo casco del artefacto. A lo lejos, varias vedettes exploraban las márgenes del río; otras remontaban la corriente, deteniéndose de cuando en cuando en los grupos de peñas o en los matorrales... Las columnas a pie seguían atravesando el valle, hundiendo las culatas de los fusiles en los agujeros y en las matas... Una de ellas, compuesta de seis hombres, al mando de un sargento, se dirigía rectamente hacia ellos, como si hubiera podido verles a través de la espesura... En ese momento, un gran aparato pardo se levantó desde la cima de la pirámide, descendió a unos kilómetros a la derecha y abrió su compuerta delantera, volcando camiones y hombres sobre la tierra... El rugir de las orugas, el zumbido de los motores, y las secas órdenes de los oficiales llenaban el aire...

—Es mejor que salgamos y nos vean —dijo Sergio—. Si nos escondemos será peor... No son buena gente, pero no creo que tiren sobre personas que no estén huyendo...

—El «creo» —susurró el Manchurri, concluyendo las últimas gotas de la botella, y lanzando el casco al interior del bosque— me da una tranquilidad tal, que si no me agarro a algo, caeré redondo al suelo... Señor, Sergio, no sé qué eres... una vez te lo pregunté, pero tú nos has metido en este fregado y nos tienes que sacar...

—Se intentará. Vamos fuera, como si no supiéramos nada. Y dejadme hablar a mí...

Salieron al exterior del bosque, mostrándose ante los ojos de la patrulla próxima. El sargento lanzó un alarido, y durante un segundo Sergio creyó que los hombres iban a disparar. El rastrillar de los cerrojos en los fusiles se percibió claramente, en medio del aire espeso...

—¡No disparéis! —aulló el sargento—. ¡Son salvajes...! ¡Eh, vosotros, quietos ahí, u os achicharramos...!

La patrulla corría rápidamente hacia ellos, levantando nubes de polvo, con los fusiles cruzados ante el pecho. Había una expresión salvaje en todos los rostros...

—No nos haga daño, señor —dijo Sergio, inclinándose—. El otro hombre no nos

hizo nada...

—¿Qué otro hombre?

El sargento enseñaba los dientes al hablar, como si quisiera morder a Sergio. Estaba gordo y la desacostumbrada carrera le había fatigado. Tras él, los seis soldados, con el fusil prevenido, les miraban con ira, como si supieran que habían sido ellos los autores del magnicidio.

—El hombre que... como... —dijo Sergio, titubeando, con voz temblorosa—. No nos haga daño, señor... sólo somos salvajes de la tierra... el hombre con el palo largo, el que nos dio el papel...

—¿Qué papel? ¡Dámelo inmediatamente!

—No puedo, señor... no puedo dárselo. El otro hombre dijo que volvería y me mataría si no se lo daba a una persona...

—¿Por dónde se fue ese hombre?

—Hacia dentro del bosque, señor...

—Están mintiendo, mi sargento —dijo un soldado pequeño, mirándoles venenosamente—. Están mintiendo... se les nota a la legua...

—Cállate, Petacci. Coge dos hombres y métete por ahí dentro a ver qué ves... Tú, Keitel, comunícalo al Capitán... Y tú, que tanto hablas...

Uno de los hombres comenzó a hablar en un radioteléfono, mientras Petacci, después de dirigir una mirada de profunda desconfianza a Sergio y sus compañeros, se internaba en el bosque, acompañado de tres más...

—Tú, que tanto hablas... a ver qué armas lleváis... ¿Solo cuchillos...? Echadlos ahí, al suelo... Y dame ese papel, o te deshago la cara, cerdo terrestre...

—No puedo, señor... no puedo —gimió Sergio, mostrándose en el colmo del terror—. El hombre dijo que me mataría si no se lo daba yo mismo a uno que se llama Alberto de Belloc...

—¿A su Excelencia...? ¡No creerás, cerdo, que te voy a llevar a ver al primo de Su Alteza... que en paz descansa! ¡Dame el papel...!

—No puedo, señor...

—Dámelo, cara sucia, o te muelo a patadas...

—Dijo que sólo a ése hombre...

—Y no llames hombre a Su Excelencia el Coronel Alberto de Belloc... ¡Toma, para que aprendas!

El sargento le largó una patada a los tobillos, que Sergio pudo esquivar a duras penas. Volvió a repetir, con la misma voz apagada que había usado...

—No puedo... no puedo... Sólo a ese hombre... sólo él puede leerlo...

—Mi sargento —dijo el radiotelefonista—. Dice el capitán que viene hacia aquí... A mí también me gustaría darle una paliza a este tipo, pero si viene el capitán...

El gordo sargento rezongó en voz baja, y le dio un empujón a Sergio, tirándolo al suelo. Después se volvió hacia un pequeño vehículo con orugas que avanzaba

rápidamente hacia ellos. Mientras aún estaba en el suelo, Sergio se embadurnó la cara con polvo... Al levantarse, cojeando un poco, pudo observar la expresión de intensa repugnancia con que el Vikingo observaba al sargento...

—Son estos, ¿verdad, sargento? —dijo el capitán, descendiendo del vehículo acorazado—. A ver, ¿quién es el del papel...?

—Yo, señor... yo lo tengo...

—¿Estás seguro de que sólo se lo puedes dar a Su Excelencia?

—El hombre dijo que lo que había escrito sólo lo podía leer ese hombre... y que me mataría si no se lo daba...

—¿Cómo era ese hombre?

—No lo sé; hasta que no le dé el papel no lo sabré... El capitán se golpeó las brillantes botas, con la fusta, impaciente.

—Digo el que te dio el papel, burro.

—¡Ah, ése! Bajo, con barba en punta, con una cicatriz en la cara, desde aquí... hasta aquí... Llevaba un traje negro, con unas borlas rojas...

—A mí me parece que miente, mi capitán —siseó el sargento.

—Cállese, Schwartz... Este hombre es un salvaje ignorante, y no ha podido inventarse una historia así... Está claro que dice la verdad...

—¿Y qué hacemos, mi capitán?

—Está claro, y usted se debería haber dado cuenta de ello... Si ese mensaje está dirigido a Su Excelencia, yo no tengo ningún interés en leerlo, y hasta podría ser que a Su Excelencia no le gustase mucho que yo me enterase de sus cosas... ¿No se le habrá ocurrido exigírselo brutalmente a este desgraciado?

—¡De ninguna manera, mi capitán... yo soy incapaz de...!

—Sé de lo que es usted capaz, Schwartz... Atento, Jolivet; comuníqueme a la comandancia la descripción dada por el salvaje, y póngame directamente con el Mayor Vierbein...

—¡Sí, mi capitán! ¡De inmediato...!

Durante la siguiente hora, mientras la tarde iba cayendo y las columnas blindadas de la Ciudad continuaban sus furioso examen de los alrededores, el capitán se puso en contacto con el Mayor Vierbein; éste, a su vez, con el jefe de la división, y este último con la Alta Jefatura de la Guardia Personal de Su Alteza el Presidente Hereditario de la Ciudad, Jorge III de Belloc-Bainville. Los cuatro amigos fueron llevados de un lado para otro, interrogados, examinados, y hubo un par de nuevas intentonas por parte de distintos jefes para que Sergio entregase el mensaje en cuestión. Pero Sergio se aferró a su papel de salvaje casi irracional, en el que prontamente fue secundado por el Vikingo y el Manchurri, con alguna exageración por parte de este último. El Huesos se limitó a callar, y a emitir sonidos roncós sin sentido...

Más tarde, a punto de ponerse el sol, un gran vehículo plateado, con la sigla GPIII en los costados, en grandes caracteres escarlata, aterrizó junto al mando de la

división. Fueron arreados dentro de él sin grandes ceremonias, y Sergio se cuidó perfectamente de mostrar su espanto y su miedo ante aquel artilugio extraño que era capaz de volar. Se tiró al suelo, ocultó el rostro entre las manos, gimió y lloró. El Manchurri hizo lo mismo, aunque lanzando tales alaridos, que se ganó un par de culatazos de los guardias a quienes habían encomendado su custodia. La postura del Vikingo fue algo más digna; sin embargo, en numerosas ocasiones pudo observar Sergio cómo el rostro de su amigo se hallaba descompuesto, a causa de lo que observaba a su lado.

—¿Mal wu-wei? —le preguntó, en un momento en que los guardias no les atendían.

—Pésimo —respondió el Vikingo, muy preocupado, al parecer—. Todo esto es de lo peor que he visto nunca... y empeora a cada momento, Sergio.

—Todo se arreglará...

—¡Vosotros, los salvajes, a ver si calláis, o veréis lo que es bueno!

El vehículo plateado se elevó silenciosamente. A través de la gran claraboya de cristal templado vieron cómo las patrullas acorazadas, las vedettes mineras, y los diversos puntos de enlace se iban haciendo más pequeños a cada momento... El Huesos lanzó un alarido de terror, y se tiró al suelo, con la cabeza entre las manos... El Manchurri temblaba a ojos vistas, aunque trataba de mostrar una apariencia de cierta tranquilidad...

Unos minutos más tarde, la aeronave tomó tierra en la meseta del Palacio presidencial, no lejos del abandonado trono, aun con manchas de sangre en uno de sus lados.

—¡Venga, adelante! —gritó uno de los guardias. Ante ellos se alzaban los altos minaretes del palacio, surcados entre sí por pasarelas cubiertas de cristal, entrelazados y unidos por cables, conducciones y pasadizos de los que aún pendían, laciamente, banderolas y pabellones. No había una sola persona en la enorme extensión de la meseta, salvo una patrulla de diez hombres, mandada por un alférez, a quienes acompañaba un coronel, con el cordón blanco y la placa esmaltada de la Alta Jefatura de la Guardia Personal. Sobre el uniforme verde oscuro relucían los correaes de gala, y en el pomo de su sable destellaban las últimas luces del sol poniente.

—Acompañenme... ¿Hablan ustedes mi idioma?

—Sí, señor... —musitó Sergio—. Sí, señor, lo hablamos.

—He de llevarles hasta Su Excelencia... Cuando se encuentren ante él, deben tratarle de Vucencia, y no acercarse demasiado... ¿No se lavan ustedes? ¡Huelen a demonios! Alférez, cuando guste...

—¡A sus órdenes, mi coronel! ¡Atentos! ¡En columna de vigilancia... ar!

Hubo una momentánea confusión cuando la columna se separó a ambos lados, intentando encuadrar a los prisioneros, y éstos, al no saber qué hacer, permanecieron donde estaban. Después de unas cuantas explicaciones pudo hacérseles comprender que debían caminar en el interior de las filas, sin salir de ellas, bajo pena de que se

disparase inmediatamente.

—Pues también es gana de complicar... —dijo el Manchurri—. ¿Es que no podíamos ir andando, por las buenas?

—¡Silencio!

Caminaron en silencio, tal como había ordenado el coronel, encuadrados por las dos hileras de Guardias Personales, que les dirigían, de reojo, curiosas miradas. Uno de ellos, quizá tratando de tranquilizarles, dirigió una sonrisa a Sergio, y este bastante divertido en el fondo, le contestó con otra. Se acercaron a una de las alas laterales, cuyo enorme tamaño no habían podido imaginar al verla desde el bosque... Las torres y los contrafuertes anaranjados se alzaban sobre ellos como si no tuviesen fin, pero quedaban empequeñecidos por los formidables planos negros del Pilón del Alba, y por la gran oquedad cuadrada, en la cual hubieran cabido perfectamente varias de las edificaciones del palacio...

Pero no fueron introducidos a través de la gran puerta principal, cuyos altos arcos ojivales se perdían en medio de protuberantes salientes color naranja, semiborrados por una nube violácea. Pasaron de largo ante ella, pisando quedamente las desgastadas losas del patio, caminando con las cabezas bajas entre las dos hileras de callados guardias. Un silencio casi absoluto reinaba en los alrededores del palacio, formando un contraste todavía más intenso con las bulliciosas músicas y exclamaciones de unas horas antes... A lo lejos, casi oculto por la monumental mole del Pilón del Alba, el sol se ponía tras los árboles intensamente verdes del bosque sin límites, entre un abigarrado conjunto de nubes escarlatas, y sepultándose poco a poco en un mar de oro sólido. Por última vez, por última vez antes de introducirse en la masa fría e inhospitalaria del palacio a través de una pequeña puerta accesoria, Sergio dirigió sus ojos hacia aquel espectáculo inigualable, pensando que sentía miedo, un profundo miedo, y que no estaba nada seguro de volver a salir con vida de allí.

La pequeña y escondida puerta accesoria giró silenciosamente sobre sus goznes autolubricados, descubriendo un pasadizo no muy ancho, de donde descendía hacia las profundidades una escalera de anchos peldaños de metal gris cubiertos de polvo. El Manchurri y el Huesos lanzaron un pequeño resoplido cuando un anuncio en espesos tonos azul eléctrico se deslizó como una serpiente desde una de las enmohecidas paredes, y serpeó por el enrarecido aire hasta desaparecer, en un diluvio de chispas azules, a través de la pared frontera.

**¡COMPRA LA JOYA CANTARINA! ¿O ES QUE TU AMOR NO ES PURO? SI ES HONESTO, CÓMPRALA O PÍDELE A ÉL O A ELLA, O A QUIEN SEA QUE TE LA COMPRE... (LA JOYA CANTARINA DE LA JOYERÍA NERÓN, ¡LA MÁS CHIC DE LA CIUDAD! PÓNTELA, Y ANTE LOS MALOS PENSAMIENTOS ¡VERÁS QUE GRITOS DA!**

Los soldados, acostumbrados a aquello, no hicieron caso alguno, e incluso el

mismo Sergio, aunque un tanto molesto por esta aparición eléctrica que ahora encontraba de un abundante mal gusto, no se impresionó demasiado, pero el Manchurri y el Huesos ostentaban en sus rostros algo parecido a la expresión que tenían cuando la visita a Herder, y en cuanto al Vikingo... La expresión del Vikingo era una mezcla de asco, de preocupación y de deseos de volver el rostro a otro lado. Mal wu-wei... muy mal wu-wei, desde luego.

Con el corazón en un puño, y pensando que sus compañeros debían sentirlo así también, Sergio continuó aquel nuevo descenso (como el que realizase cuando su proceso, como el que hubo de llevar a cabo cuando Herder quiso mostrarle al monstruoso BILETO) hacia profundidades tal vez desconocidas. Se trataba, evidentemente, de uno de los accesos secundarios del palacio, y por esto no lo conocía. Pero el lento golpear de los pies en las escaleras de metal, y la ligera nube de polvo grasiento que se levantaba hacia los perezosos ventiladores no duró mucho. Se alzó ante ellos un tabique de metal semicubierto de óxido en algunos lugares, donde las escaleras terminaban bruscamente...

En la semioscuridad, a la escasa luz de focos polvorientos, uno de los soldados trasteaba en una palanca. El tabique de metal se corrió a un lado con la velocidad del obturador de una cámara fotográfica, y un ramalazo de luz y color hirió los ojos de los prisioneros, haciendo que se llevaran las manos al rostro y lo volvieran a otro lado. Gritos y empujones les hicieron adelantar unos pasos, y cuando sus ojos se acostumbraron al deslumbrador foco de luz vieron como el tabique descubría una extensión, al parecer sin límites, cubierta de un espeso y cuidado bosque. Pero no era un bosque como los de la tierra. Los árboles tenían copas en forma de bola, de pirámide, de tronco de cono o de reloj de arena... y sus colores eran cualquier cosa menos naturales...

¿ERES JOVEN? ¿SUFRES PORQUE LA LEY Y LA MORAL CIUDADANA TE  
PROHIBEN HACER ESO? ¡NO TE LA SAJES! ¡NO FRECUENTES  
MERETRICES! TOMA UNA DOSIS DIARIA DE HIPNOSEXMAS-67 Y  
VERÁS... ¡LOS MEJORES Y MÁS ABUNDANTE SUEÑOS NOCTURNOS!  
¡DESPIÉRTATE SATISFECHO! ¡CONSÉRVATE PURO!

Esta vez había sido en un intenso color blanco destellante que contrastaba con el fondo de mil colores. Porque los árboles de horripilantes copas tenían éstas formadas por plumajes dorados, por grumos de algodón (o algo semejante) de un azul intenso, por bandas amarillas y negras, y en algunos lugares se cubrían con flores de pétalos cuadrados o triangulares, exhibían frutas de forma geoméricamente elipsoidal, de un amarillo vivo... Y entre los grupos de disformes árboles, cascadas y arroyuelos de agua carmesí, negra, blanca o morada, corrían lamiendo los troncos cilíndricos, todos exactamente iguales, de un tono pardo y liso, como hechos a máquina...

El rostro del Vikingo estaba lleno de desagrado mientras continuaban su camino a

través de aquellas horrendas formas geométricas. Por el contrario, el Manchurri y el Huesos parecían muy admirados, como niños, e incluso el Huesos se atrevió a extender una de sus peludas zarpas y tomar de una rama pendiente una flor, que era algo mixto de caléndula y calculadora electrónica... Cuando la tuvo en sus manos, y mientras la miraba, el engendro abrió sus pétalos de terciopelo verde, extrajo una larga lengua roja, y dijo en voz alta y clara, con un ligero deje chillón:

—DIÓSELE A UN HOMBRE LA SABIDURÍA

El Huesos, asustado, soltó aquello, que cayó sobre el suelo de grava (de una grava cuyos cantos eran todos exactamente iguales en tamaño y en color) y continuó hablando:

Y MENOSPREGIÓ A LOS DEMÁS... ¡NO LEAS! ¿APROVECHAS BIEN TU TV? Y COMPRA OBLIGACIONES DEL TESORO PRESIDENCIAL.

Una orla negra y una triste música subrayaron esta última orden...

A veces, entre los árboles, mientras continuaban cansinamente su camino, se abría una rotonda o un hueco, donde había una edificación, de tamaño variable, construida con los materiales más inesperados. Generalmente estaban hechas de unas chapas onduladas de metal gris, que reflejaban la luz con un variar tornasolado... Los arroyuelos y las cascadas de colorines, desafiando las leyes de la gravedad, subían por las paredes de estos edificios, se remansaban en el techo y se dejaban caer, borboteando, por el lado opuesto... Pero ni siquiera el sonido de estos cauces repletos de líquidos que no eran agua, cosa que denotaba su espesura en algunos casos, o su extrema fluidez, en otros, era el rumor corriente del agua cantarina de un arroyuelo de la tierra... No rumoreaban, ni cantaban, ni sonaban con el limpio glú-glú del agua contra las piedras... Algunos de ellos producían sonidos metálicos; otros emitían sordos murmullos, propios de una bandada de aves enzarzada en pelea; los últimos eran similares a densa grasa al derramarse de un cubo, desde gran altura, sobre una plancha de bronce...

Un edificio más grande que los otros, construido de un enrejado de hilos de plata entre los que surgían gruesas piezas de cristal azul oscuro, cortado como si lo hubieran roto a martillazos, se alzó en el centro de un rotonda... Los prisioneros pudieron ver el cielo (o lo que aquello fuera) oculto hasta ahora por las copas de los árboles... Era de un verde frutal y tres soles anaranjados giraban velozmente siguiendo misteriosas órbitas... Los soldados parecían contentos y muy felices de visitar aquel, al parecer, lugar de delicias... No así Sergio, al que un océano de recuerdos y de temor sumergía por completo, haciéndole sentir como si estuviera hundido hasta el cuello en algún líquido dañino y consistente...

Una ancha banda de licor topacio descendía a saltos sobre la fachada del edificio, rugiendo al encontrarse con los trozos de cristal azul y lanzando una risa sardónica al sobrepasarlos y vencerlos... Esta faja de líquido se abrió en la base en una amplia abertura triangular, revelando un profundo salón, en cuyo fondo había tres figuras confusas junto a unas estructuras rojas que no se distinguían bien...

—¿Los prisioneros? —dijo una voz fría.

—Sí, Alteza —contestó el oficial, sin saber muy bien donde mirar, pues la voz parecía salir del mismo curso de zumo topacio.

—¿Están armados?

—De ninguna manera... Alteza. Sólo tenían cuchillos... y se les quitaron.

—Que pasen. Usted retírese, coronel... Ni una palabra de esto a nadie...

—Si su Alteza lo desea, puedo permanecer aquí con mis hombres... por si acaso.

No hubo respuesta alguna; sólo el más absoluto silencio, y algo como un reír débil del licor ambarino. Durante unos segundos el coronel permaneció esperando algo; una palabra, una frase de ánimo, un signo de agradecimiento... Nada. Ni un sonido. Por fin, con las mejillas sonrojadas, y bajando la cabeza, el coronel hizo a los prisioneros un seco y desabrido gesto para que atravesaran la abertura triangular...

Al ver la renuencia de sus amigos, evidentemente aterrados ante aquel aparato desmesurado, y ante algo que sólo podría describirse como las aterradoras miradas que el zumo topacio les dirigía, Sergio abrió el camino, adelantándose. Al hacerlo, tropezó con las ramas de un arbusto situado junto a la entrada; un arbusto de tronco cilíndrico, excrecencias en ángulo recto, y follaje verde botella. Con un sonido seco, las ramas se quebraron, mostrando un haz de tubos de metal, chorreantes de líquido negro, y algo como una red de plástico envolviéndolos; el arbusto gimió, se arrugó sobre sí mismo, y desapareció.

—PASAD, PASAD, PASAD... —cantó el licor de color topacio.

Y lo hicieron. Tras ellos se cerró la cortina de líquido, dejándoles a solas en el gran salón, ante las figuras indistintas del fondo.

—Acercaos, salvajes... No intentéis nada malo. Esta habitación es una trampa mortal para cualquiera... Acercaos a mí... os escucho.

No era cierto; las figuras confusas no estaban tan lejanas como pareciera, ni sus formas eran confusas, ni la estructura roja era indistinguible... Todo eso estaba casi a su lado, y era perfectamente claro.

Las estructuras rojas constituían una gran mesa, de extensión desmesurada, con tableros a distintos niveles, pero sin hueco alguno, como hecha de varias piezas gigantes y macizas de madera o plástico rojo. Una de las figuras, la de un hombre joven, con débil cabello castaño, los ojos de igual color, y la tez pálida, que vestía el uniforme verde oscuro de coronel de la guardia, con los cordones y la placa esmaltada, así como una corona de oro bordada al lado izquierdo del pecho, estaba sentado en el centro de esta mesa elefantina. Las otras dos figuras eran dos hombres pálidos, serios, vestidos severamente de oscuro, y solamente con las escasas notas de

color de unos adornos alrededor del cuello...

No parecía haber paredes, sino que una cosa similar a un conjunto de hojas muertas, de un verde mineral, veteadas de amarillo, temblorosas bajo una escondida brisa, les cercaba a todos a unos metros de distancia...

—El mensaje —dijo el hombre sentado, con voz helada, fijando en ellos sus ojos castaños—. Yo soy Alberto de Belloc... Veámoslo primero, y después hablaremos de otras cosas...

Sin una palabra, Sergio, inclinando mucho su rostro, como si se sintiera abrumado por la presencia del noble, se adelantó unos pasos, apartándose del desvalido grupo formado por sus amigos, y extrajo de su bolsillo el papel que él mismo escribiera unas horas antes. Uno de los hombres vestidos de oscuro, con gesto taciturno, se deslizó suavemente a su lado, interponiéndose en su camino, y tendió la mano. Sergio levantó la vista, y la bajó después, al tropezar con los ojos amarillos y casi sin expresión del silencioso ser. Entregó el papel y retrocedió. El hombre taciturno, como ensimismado, sin una palabra, lo entregó al que estaba sentado tras la mesa.

Este permaneció quieto, con el mensaje entre las manos, mirando curiosamente, de la misma forma que si examinase unos animales salvajes entre rejas, a sus cuatro astrosos visitantes. Los dos hombres tristes, sin haber variado hasta ahora su melancólica expresión, sólo les dirigían una fugaz mirada de cuando en cuando, barriéndolos los ojos amarillos y lucientes del uno, los ojos grises y como podridos del otro, como si les tuvieran cuidadosamente encañonados.

Pausadamente, Alberto de Belloc, con una mano larga y blanca, rozó la superficie de la mesa. Un alto vaso tallado, conteniendo un líquido rosa, se materializó entre sus dedos. Tomó un pequeño sorbo, y lo dejó ante él. Después, con la misma pausa, que quizá no fuese calma y meditación, sino falta de ímpetu vital, leyó el mensaje. El efecto de esta lectura fue tan instantáneo y violento que los dos hombres de oscuro se aproximaron instintivamente a él, ondulando las manos, como en una tentativa de protegerlo con armas que no se veían, cuando el noble se alzó apresuradamente, caminó, abriéndose en dos la mesa de madera roja a su paso, y se plantó ante los salvajes, separadas las piernas, los ojos castaños centelleantes, las manos tendidas hacia el frente, el sable con gran dragona de hilos dorados oscilando en su cintura...

—¿Quién... quién te dio esto?

El vaso de licor rosado había caído sobre el tablero, vertiendo su líquido en lentas ondas. La mesa de madera roja lanzó un chasquido y engulló vaso y líquido, que desaparecieron sin dejar rastro. Por primera vez Sergio alzó el rostro.

—Nadie me lo dio —dijo, con voz alta e inesperadamente potente—. Yo mismo lo escribí; yo mismo... Pero, Alberto... Pero, Alberto, a pesar de que estoy sucio y llevo otro traje... ¿es posible que no me reconozcas?

Alberto de Belloc retrocedió un poco, desencajado, mientras los dos hombres de oscuro se situaban a su lado, con las manos pálidas y amenazadoras tendidas hacia Sergio... Este parecía haber crecido; con un par de manotazos trató de sacarse el

polvo de la cara...

—Sí; soy yo —dijo—. Yo mismo. Lo que dice ese papel no lo sabíamos más que tú y yo... No era preciso, como verás ahora... digamos que es una broma; he adquirido un curioso sentido del humor ahí abajo... Me acuerdo de cuando hablábamos de lo que ahí pone... y cuidábamos tu perro «Cosa», el que te subieron de la tierra, no pudo aguantar la Ciudad, y murió a los pocos días... No me mires con esa cara, Alberto... es verdad, soy yo.

—No puede ser... —dijo el noble, con el rostro cada vez más pálido—. No puede ser...

—¿Qué dice el mensaje. Alberto? ¿Qué dice? Vamos a ver... ¿No es la letra de Jorge III? Y dice así:

«SUPONGO, ALBERTO, QUE MI LETRA TE RECORDARÁ MUCHAS COSAS; SOBRE TODO SI TE DIGO QUE CREO SER EL ÚNICO QUE CONOCE TUS ILUSIONES DE MONTAR UNA FABRICA DE ROPA INTERIOR FEMENINA... CLARO, QUE ESO FUE ANTES DE QUE LLEGASES A SER CORONEL JEFE DE MI GUARDIA PERSONAL. DADO EN LA TIERRA, UNAS HORAS DESPUÉS DE MI MUERTE OFICIAL. JORGE III DE BELLOC-BAINVILLE, PRESIDENTE HEREDITARIO DE LA CIUDAD, SEÑOR DE LA RUEDA, ELECTOR INDISCUTIDO DEL ORBE, PROTECTOR DE LOS DIVERSOS NIVELES...».

Alberto de Belloc enrojeció. Agitaba las manos ante sí, como si hubiera visto un espectro, y causaba una penosa impresión de debilidad congénita.

—¡Inmundo salvaje! —gruñó—. ¿Cómo te atreves a profanar la memoria de un gran hombre? ¡Áspides! ¡Acabad con él!

Los dos hombres tristes se acercaron un poco a Sergio, ondulando ante sí sus blancas manos. De ellos emanaba un aura de aterradora peligrosidad...

—No pueden —dijo Sergio, tranquilamente. Los dos hombres se detuvieron a un metro de distancia.

Los ojos grises y los ojos amarillos se fijaron con precisa atención en el rostro de Sergio, recorriendo su figura de arriba a abajo, disecándolo, cuadrículándolo centímetro a centímetro.

—Con permiso, señor —dijo el de los ojos amarillos, aproximándose un poco más. Su voz sonaba como una maquinaria vieja, como si no la utilizase casi nunca.

La alargada mano pálida, terminada en unas afiladas uñas de color vientre de pescado, bajo las que se adivinaban, más que verse, pequeños depósitos de líquidos translúcidos, cargados de mortal intención, tomó durante unos segundos la callosa y morena de Sergio. Después, lentamente, con una ligera reverencia, el hombre de los ojos amarillos retrocedió.

—Ni siquiera bajo una orden directa —dijo, mirando al suelo— puede un áspid

atentar contra la vida de Su Alteza Jorge III, Presidente Hereditario de...

—Basta, áspid —dijo Sergio—. Es suficiente. Puedes retirarte... La vida de mi primo no corre peligro alguno...

Sin embargo, ninguno de los dos áspides le obedeció. Continuaron al lado de Alberto de Belloc, con las manos obsesivamente extendidas ante ellos.

—No has pensado en tus compañeros, primo —dijo el noble, mirando a Sergio con cierto temor—. No pueden obedecerte mientras ellos estén aquí...

—Bueno; es igual —contestó Sergio—. No vamos a hacerte nada...

—Pero... ¿cómo, cómo...?

—El conde Ratkoff —dijo Sergio, sin más explicaciones—. ¿Pueden tus áspides capturarlo y traerlo aquí?

—Pueden, pero...

—Bueno, ahora veremos... Vamos a ver, Alberto. Sillas y comida para mis amigos... y agua para mí... Y que vengan... vamos a ver... El Cirujano Presidencial... Doctor Grunthal y Walther, mi Edecán... Nadie más; no confío en nadie más.

—¡Y tus áspides, primo!

—Ni hablar... Déjame de cosas de esas... déjame en paz... Y Sergio se sentó, sintiendo que las piernas le flojeaban, en una de las cuadradas sillas que acababan de surgir del muro vegetal. Ahora que la tensión había cedido, le parecía escuchar, a través de un espeso muro, cómo Alberto de Belloc solicitaba la presencia de las personas indicadas. Cerró los ojos y quizá durmió durante unos minutos, pues cuando los abrió, estaban ante él, con expresiones desencajadas y sorprendidas, el rostro barbudo y la nariz colorada del doctor Grunthal, y las facciones un tanto aniñadas de Walther. Había lágrimas en los ojos de este último, e insistió, después de escuchar unas breves explicaciones, en que Sergio se quitase los harapos que llevaba y vistiese uno de sus antiguos trajes. Pero Sergio se negó rotundamente y se dirigió al cirujano.

—Que cierren inmediatamente la capilla ardiente. Lo que hay allí no es mi cuerpo, eso está claro, sino el de mi doble genético... Háganle la autopsia, o como diablos llamen ustedes a eso... Sólo por curiosidad, quiero saber qué aparatos le metió dentro el conde Ratkoff... Como podrá usted comprobar, doctor, es un doble, no un hombre como es debido... Le apuesto mi corona contra un irrigador a que no tiene ombligo...

Un tanto sorprendido de este extemporáneo lenguaje, el doctor Grunthal partió, rezongando, hacia la capilla ardiente...

—¿Qué es un doble genético? —dijo el Vikingo.

—Bueno... pues un doble genético es exactamente igual al original, sólo que con vida vegetativa, como si durmiera... Una toma de epidermis en el momento del nacimiento permite que crezca a la par que el donante... Para casos de trasplantes de órganos, es la solución única... Normalmente, el que puede pagárselo (es caro, vaya) lo guarda en un depósito especial, aislado, donde los nutren, los conservan, o los

«usan» llegado el caso... Claro que el mío no estaba en uno de los depósitos comunes, sino en otro más privado, más selecto, de palacio... ¡Alberto!

—Dime, primo.

La expresión de Alberto de Belloc había cambiado. Perdida la altivez inicial, e incluso el temor de unos momentos antes, Sergio reconocía en él ahora, fácilmente, al compañero de juegos de toda o casi toda la vida, siempre en segundo lugar, siempre más débil...

—Hay un carricoche raro, con chimenea, en el interior del bosque... ¡Que no lo toquen!

El Manchurri y el Huesos se hallaban en estos momentos muy atareados alrededor de una copiosa y bien servida mesa que el muro vegetal había escupido poco antes. El Vikingo, con expresión tranquila, y un tanto sonriente, permanecía al lado de ellos, pero sólo había tomado un poco de agua. En cambio, los otros dos estaban atracándose, sin saber lo que hacían, de pastas de colores, y de bebidas burbujeantes, cargadas hasta el borde de cubos de hielo.

—Eso sí —resurgió el Manchurri con la boca llena—. Que no lo toquen, o sabrán lo que es bueno...

Y después de ello, procedió a empinar un vaso de un líquido verde, probablemente muy alcohólico, a juzgar por el brillo que habían adquirido sus ojos, y a cortarse una tajada de algo redondo y sonrosado, con pequeñas vetas blancas.

Ni Alberto, ni los silenciosos áspides, ni el mismo Walther, hacían ningún caso de los tres compañeros de Sergio, procurando acercarse a ellos lo menos posible y evidentemente molestos por la familiaridad de que hacían gala con el Presidente. Sergio estaba notándolo perfectamente, pero se daba cuenta de que era imposible cambiar en unos segundos unas costumbres de siglos. Sin saber por qué, sentía unas profundas ganas de molestar a su primo y a los que eran como él.

—Pienso —dijo, con mucha calma— que debería ejercer pequeñas venganzas. Al sargento Schwartz, que se comportó brutalmente conmigo, yo lo degradaría por animal; pero lo dejaremos donde está, por ser tan listo como para darse cuenta de que mentía... Al capitán de la compañía, por creer que decía la verdad, también habría que degradarlo por tonto, pero que se quede en lo que es, por haberse comportado con corrección... ¿A que no entiendes lo que he dicho, Alberto?

—No, ni me gusta —dijo el otro, con hosquedad—. Comprendo que has debido sufrir horrorosamente en la tierra, con esos sucios salvajes...

—Algo sucios sí que son... pero no son salvajes ni he sufrido...

—Las cosas volverán donde deben volver, primo. Creo que merezco una explicación... y será preciso un trabajo aterrador...

—No tanto, hombre, no tanto.

El rostro barbudo del Doctor Grunthal emergió de la cortina vegetal, haciendo gestos afirmativos. Sí; el cadáver era el de un doble genético; sí, estaba lleno de aparatos y ágrafes robóticos... no; no tenía ombligo. Y después de esto, como si la

misión le hubiera agotado, se sentó al lado del Manchurri, alcanzó una botella llena de líquido violeta, y cubrió una tajada amarilla y correosa con unos grumos purpúreos, procediendo después a dar buena cuenta de ello.

—Pero el Conde Ratkoff... —susurró Alberto.

—El tiene la culpa de todo esto... Hay que capturarlo y aprisa, primo... ¿tus áspides?

—Tengo algo mejor y más rápido... pero entrañará publicidad...

—Es igual... si es más rápido, es igual. Vamos allá... ¿Neutralizará los áspides del Conde Ratkoff?

—Desde luego... ¿Y los tuyos...? ¿Por qué no...?

—Están vendidos al conde... ¡Vamos, aprisa, ahora, como sea... quiero a ese hombre en mi poder!

Alberto de Belloc volvió a ocupar su lugar tras la gran mesa de madera roja. Suavemente, sus manos trastearon en ella. Se abrieron tableros, zonas de la mesa corrieron sobre sí descubriendo mandos y planeas...

—Siempre tan aficionado a la técnica —dijo Sergio con cierto tono burlón—. No aprendería yo a manejar eso en un siglo...

Alberto de Belloc, concentrado en los vastos cuadros de mandos que ahora se extendían ante él, no contestó. Componía diales, manejaba botones, sesgaba palancas y controles. Algo como un vahído les sobrecogió a todos; parecía como si el edificio entero se arrancase de sus cimientos; la cortina vegetal de hojas muertas osciló... y una sensación de rápido desplazamiento, apenas revelado por una inclinación del suelo, distinta de la horizontal, y por algo como una corriente de aire en los rostros, comenzó a percibirse...

**SI ERES UN TRIUNFADOR, TIENES COCHE PROPIO Y UN BUEN APARTAMENTO, AÚN TE FALTA, AY, UNA ESPOSA CON BELLEZA HOMOLOGADA POR ROSEBUD HOUSE... ¡DE DÍA Y DE NOCHE! ¡LAS MEJORES ESPOSAS PARA HOMBRES DE NEGOCIOS!**

Había tenido, mientras duró, un vivo color bermellón sobre el verde muerto de las hojas que les rodeaban.

—Lo malo —susurró Alberto— es que como los departamentos presidenciales están aislados de la publicidad, cuando usas este sistema de transporte... te ahogan... Áspides, preparados y a punto... Detened al conde Ratkoff... en cuanto le veáis...

**SI ERES UN TRIUNFADOR, SIGUE LEYENDO, SI NO... VETE CON LOS MECS, CRETINO.**

**A) BELLEZA HOMOLOGADA Y PUESTA AL DÍA.**

**B) FACTOR MENTAL ANTIADULTERIO INCORPORADO.**

C) CURSOS COMPLETOS DE COCINA, DECORACIÓN, CRIANZA DE TU NIÑO ÚNICO Y RECEPCIONES.

D) ESO, ESO, Y ESO EN QUE ESTAS PENSANDO... ¡PRECINTO GARANTIZADO! TAMBIÉN APUESTOS EFEBOS PARA MUJERES DE NEGOCIOS... ¡ROSEBUD HOUSE!

—Supongo —dijo Sergio— que vamos directamente al centro...

—Totalmente, sí.

—Quedará aislado de sus tropas...

—Aislado, en efecto.

—Pero es preciso preverlo... ¡Walther! Comunícate con el Cuartel General... La guardia personal del conde debe ser neutralizada tan pronto le tengamos en nuestro poder...

—Inmediatamente, Alteza.

Walther podía tener el rostro aniñado, pero las secas órdenes que dio por radio, a continuación, demostraron cumplidamente que sabía lo que estaba haciendo...

—¡Áspides!

Con un relámpago, la cortina vegetal se rasgó en medio de chasquidos y ruidos de madera rota sobre una habitación pequeña, de paredes tapizadas de gris fungoso, en cuyo centro, junto a un transmisor de metal, había dos hombres... Los áspides saltaron como muelles tensados, y cayeron junto a los dos hombres... Las manos blancas ondularon de forma amenazadora ante los asustados rostros... y como en un sueño, surgieron esposas de metal brillante... hubo un par de gritos amortiguados... unos estallidos como de líquido que se derrama, y las dos figuras negras atravesaron de nuevo la rota cortina vegetal, llevando consigo a dos hombres de rostros descompuestos, las manos esposadas a la espalda, las ropas lujosas desgarradas en algunos lugares...

El ambiente de la sala comenzó a cargarse de nerviosismo mientras la cortina vegetal volvía a ocupar su lugar. Algo como estampidos lejanos, ensordecidos por la distancia, atravesaban los espesos muros.

—Nuestras tropas atacan, señor —murmuró el Edecán.

Pero Sergio no le hacía caso. Contemplaba fijamente, como sino tuviera ojos para otra cosa, a uno de los dos hombres maniatados ante él. Era un hombre gris, sin ningún rasgo saliente ni destacado; el pelo cano, la barbilla afeitada, la piel color yeso, los ojos inexpresivos, hubieran podido pertenecer a cualquier persona sin relieve. No obstante se derramaba de él una impresión de potencia próxima, como si una fuente interior de poder dirigiese ondas a su alrededor...

—Nos volvemos a encontrar, conde Ratkoff —dijo Sergio—. Nos volvemos a encontrar...

—Lo esperaba, señor... —contestó el otro, en voz baja—. Lo esperaba... No creí, sin embargo, que fueseis tan hábil...

—¿Y tú, Bategay? —dijo Sergio, con la voz alterada, mirando al otro hombre, un enano poco más alto que el Huesos, pero con tantos rasgos dañinos y malintencionados como el pobre enano terrestre los tenía de infeliz y buena persona—. ¿No te ríes ya? ¿No te ríes, nada, nada?

El llamado Bategay exhibió unos dientes amarillos y nada dijo.

—Tú dirás, Ratkoff... tú dirás —pronunció Sergio, tensamente, y como si sólo ellos dos estuvieran en la estancia— que la primera idea malvada la tuve a los dieciséis años... quizá poco después de que el silogista Gavrilo asesinase a mis padres... Quizá pienses que la bomba que les mató me mató a mí también... sí, Ratkoff, en aquellos tiempos en que mi primo Alberto y yo estábamos aún tan unidos... siempre juntos, en los jardines, en palacio, en los lagos...

—No os daré la razón, señor —musitó el prisionero—. No os odio,... pero no pienso que haya hecho mal.

—¿Y tú, Bategay? ¿También eres sincero... tú, el alma condenada, la eminencia gris del conde Ratkoff? ¡Ah, que bueno ha sido cogeros a los dos...!

—Esto no es necesario, señor —dijo el Conde Ratkoff, serenamente—. Si es necesario acabar conmigo, hacedlo... pero no os burléis...

—Yo... —murmuró el enano Bategay— he sido fiel, Alteza..., no sabía nada de lo que el Conde...

—¡Cállate, cerdo! ¡No sabías nada! ¡No sabías nada! Y por eso te reías de mí... sí, te reías de mí... del Presidente de la Ciudad, asqueroso enano mal nacido, hijo de un perro. ¡No me interrumpáis! ¿Cuándo te dio la idea? ¿Cuándo, Ratkoff? Mientras eras regente, seguramente... con un consejo de Notables que no pintaba nada... cuando yo, que era un crío, me veía con Alberto, alternaba con chicas de la corte, bebía con mi primo, hablaba de su fábrica de ropa interior... femenina... conde. Mientras aún odiaba al asesino de mis padres, o después, cuando intenté averiguar porqué lo hizo, porque pensaba... aquel hombre debía tener alguna razón...

—Vuestro primer error, señor —dijo Ratkoff—. Quisisteis saber demasiado sobre el partido silogista... Un presidente no debe saber eso, un presidente debe confiar en sus ministros, un presidente...

—¡Calla y no me interrumpas! Un presidente debe ser, sobre todo si es un niño, un muñeco en manos de un hombre viejo como tú... Y más aún si quiere saber porqué mataron a sus padres, y más aún, si llega a opinar que es vital investigar el pasado para saber cómo, porqué, y de qué manera, hemos llegado aquí, y qué estamos haciendo...

Había un absoluto silencio. Los demás presentes se limitaban a escuchar el duelo verbal entre Sergio y su prisionero... pero al oír esta última frase hubo en todos los rostros evidentes signos de molestias, hasta en los de los áspides, normalmente carentes de toda expresión.

—Pero... ¿por qué eso, señor, por qué? —gimió el Conde Ratkoff.

—¿Y por qué no? Os molestaba a todos... nadie quería saber nada más que sobre

el presente... el pasado no existía. Era repugnante y vil hablar de él. Todo había surgido sin explicación alguna. Puede ser que la muerte de mis padres rompiera en mí un dique mental desconocido, o puede ser que yo fuera distinto a los demás... ¡Yo qué sé! Lo cierto es que te hice partícipe de mis ideas... y eso te preocupó mucho, Ratkoff... ¿Verdad que discutimos sobre ello, e incluso tuvimos verdaderas peleas?

—Siempre con respeto por mi parte. Alteza. Yo pienso de otra forma, pero...

—Sí, claro. Formas no te faltan. Muy respetuosamente, dijiste que no. Muy respetuosamente, cuando te planteé un ultimátum, al cumplir los veinte años, te rebelaste contra mí. Sí. Cuando te dije que, o se investigaban todos los libros y archivos de la ciudad, grabaciones, cuadros, lo que fuera, a nivel nacional... o yo mismo me haría cargo del poder, te depondría, y realizaría esa investigación... Bueno, Alberto, Doctor... no me miréis con esa cara tan descompuesta. Si sé perfectamente que la sola mención del pasado os hace daño; no insistiré más en ello. Además, a mí no me importa ahora nada... ya veréis por qué...

—Lo imagino, señor —dijo el Conde Ratkoff.

—Imaginas muchas cosas... y muy respetuosamente. Pues, sí; tan respetuosamente como contestaste a mi ultimátum, haciendo desaparecer mi doble genético... ¿lo recordáis? ¿Qué se dijo por aquel entonces...?

—Se habló, señor... —comenzó Bategay.

—Cállate... sólo verte me da asco. Dilo tú, Walther...

—Sí, Alteza. Se habló de una amenaza indirecta contra su Alteza, al privarle de sus órganos de repuesto, de un atentado simbólico... pero no sabíamos...

—Claro que no. No había sido raptado mi doble genético, valga la palabra, por ningún partido contrario a la Presidencia. Ni mucho menos. Estaba en poder del Conde Ratkoff, en virtud de una idea de Bategay. Porque en esa repugnante pareja, las malas ideas, las ideas babosas y rastreras, las ha tenido siempre este enano odioso, y la fuerza, la acción, ha sido de Ratkoff. Alguna persona más estará metida en esto... Misión tuya, Walther. Encuéntralas y siléncialas; mi primo te dejará sus áspides...

—Desde luego, Alteza.

—Desde luego, primo.

—Bueno; la amenaza cayó sobre mí con la fuerza de un martillo pilón; o me conformaba con ser un Presidente nominal, aprobando todo lo que Ratkoff y Bategay hicieran y dijeran, y sobre todo, olvidando mi pretendida investigación del pasado, o por el contrario, se me encarcelaría, siendo sustituido por mi doble, cuidadosamente equipado... tan cuidadosamente equipado como tú lo encontraste abajo y tal como ha hecho mi papel desde hace meses... un poco sordamente, como un muñeco grande, sin más vida ni ideas que las que estos dos le daban, pero... cumpliendo. Basta una figura... ¿verdad?

—No es así, alteza. No es así —dijo el Conde Ratkoff—. A mí me dolía más que a nadie... yo no deseaba ningún mal... no pensé...

—Claro que no pensaste. Bategay lo hacía por ti. ¿Tienes algún arma a mano, Alberto? Me gusta manejarlas... me gusta tener alguna entre las manos; dan confianza. ¡Ah, sí, tu revólver! Excelente pieza... funciona, ¿verdad?... Bien contrapesado; se ajusta a la mano bien... Pero sigamos. Cuando me plantearon la alternativa, me asusté; era demasiado joven, y tenía miedo a muchas cosas; no conocía la extensión de mi poder, ni era lo suficientemente astuto... porque Bategay no se privó de decirme, entre risas, que con un muñeco bastaba.

—¡Traidor! —gritó Walther.

—Este sí; el otro, no. Ratkoff puede que fuera traidor, pero no estafador. Creía sinceramente que estaba haciendo algo grande y maravilloso por la ciudad.

—Beldad en tus pesarios engolfada, uretra, uretra —silabeó el Manchurri, con una voz extraordinariamente espesa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Walther, escandalizado.

—Ha dicho: «Ciudad en los espacios engarzada, etcétera, etcétera». ¿No lo has entendido?

—Yo no he entendido eso. Alteza.

—Yo, sí; y basta. Y tú cállate, Manchurri, y no bebas más. Que ya vale. Bueno, Alberto; de aquella época data nuestro distanciamiento, y mi separación de todos. Este inmundo Bategay se cuidó muy bien de que no tuviera amigos, ni relación con nadie... Durante cuatro años se mantuvo este sistema; tomé posesión de la Presidencia, dirigí un discurso al pueblo, cuidadosamente tamizado por ambos, y continué siendo un prisionero, gracias a haber perdido el dominio de mi doble.

—Teníais todo lo que queríais. Alteza —dijo Ratkoff—. Y ahora me doy cuenta para qué... Los satélites a Marte, vuestras aficiones astronómicas...

—No eran más que cajones de armas y provisiones a la tierra; trescientos doce para ser exactos, cuidadosamente repartidos por Europa.

—Nos engañasteis.

—Es maravilloso tu nuevo sentido de la moral, Ratkoff. Fue mi único acierto; el sentir miedo ante vosotros, demostrarlo así, y seguir mostrándolo más tarde, incluso cuando ya no lo sentía; y quizá hubiera aguantado mi Esclavitud de no ser por un pequeño detalle, que os contaré... Bueno; lo cierto es que ya comprendéis mi plan; si yo forzaba al Conde a sacar mi doble genético, podría deshacerme de él... Pero no me atrevía, no me atrevía a dar el último y definitivo paso... Ese tiempo de duda, indecisión y espera fue bueno, porque me permitió ir afinando mis planes. Seleccioné a Sergio Armstrong, al *auténtico*, lo acondicioné y esperé... porque sentía un profundo terror ante la idea de permanecer unos meses solo en la tierra, entre espantosos salvajes... Y era preciso decidirse... El jubileo se acercaba cada vez más... Cuando cumpliera veinticinco años, o sea hoy, el sector Central descendería a la tierra, como era tradicional... pero ¿dónde? Nadie lo sabía... En una de las columnas negras; el Pilón Real... pero ¿cuál? Los técnicos sólo conocían lo necesario para iniciar el descenso; lo demás era automático... ¿os aclara esto algo acerca del

absoluto desprecio que habéis sentido por la tierra que hay bajo vuestras plantas?

—Bueno; no sabemos nada de eso, primo —dijo Alberto de Belloc, con cierto mal humor—. Y no me explico esa admiración por la tierra y sus habitantes, si es que son como estos que vemos, sucios y con mala pinta... No creo que te encuentres bien; debías...

—Basta, Alberto; no me hagas perder la paciencia. Como decía, todo estaba preparado; los cajones en Europa; el reloj marcador en mi muñeca; la pequeña calculadora de órbitas en la hebilla de mi cinturón; el pobre y retrasado Sergio Armstrong, algo parecido a mí, preparado para realizar una locura; incluso la llave maestra para abrir esposas magnéticas, y todo lo preciso. ¿Sabéis? A los guardianes les tranquiliza mucho que su prisionero tenga aficiones manuales... pero estas tienen también sus riesgos... Un poco de agua, Walther; no, no he dicho de eso... Agua... ¡sin hielo, hombre! No quiero acostumbrarme mal. Por cierto, ¿qué ha sido de Sergio Armstrong?

—Lo capturamos al cabo de unos días. Alteza —contestó el Conde Ratkoff, con voz tensa—. Como Vos decís, era un retrasado... y tuvisteis buen cuidado de que no supiera nada. Porque no conseguimos que nos explicase exactamente qué había sucedido...

—¿Te encargaste tú, Bategay?

En los labios del enano surgió una sonrisa amarilla.

—Duró mucho, señor... —dijo con voz afilada—. Mucho más de lo que hubiera querido él mismo...

—Me lo imagino... me lo imagino muy bien. Es triste. Pero esa muerte no pesa sobre mi conciencia, sino sobre la vuestra. Fuisteis hábiles. Apartasteis de mí a mis primos, a mis amigos... a las mujeres...

—Lo hice todo por el bien de la ciudad, señor. vuestras ideas eran peligrosas, disolventes; hubieran sido la ruina de todos...

—Sí, y por eso apartaste a las mujeres de mí. Soy un hombre; las mujeres me gustan... pero hasta en ese aspecto tuve que estar solo... hasta que apareció Ana Arnold...

—No sé quién es —dijo Alberto.

—Claro que no. Era una mujer maravillosa... congeniamos rápidamente, y por primera vez, cosa extraña, Ratkoff no se interpuso en unos amores nacientes, ni Bategay mandó una visita nocturna a la casa de alguna muchacha para convencer a su familia de que jugaban un juego peligroso... ¡Qué buenos se habían vuelto de pronto! Ella vino a vivir conmigo, al palacio, sin que se enterasen más que los sirvientes más íntimos, los áspides, los cuales, desde luego, habían sido modificados mucho antes para que no pudieran hacer nada a Ratkoff ni a Bategay... Guardo buenos recuerdos de ella —dijo Sergio, amargamente—. Muy buenos recuerdos... Aunque ello te escandalice, Alberto, te diré que nuestras noches de amor eran perfectas, en todos los sentidos... hasta la última y definitiva. Todo maravilloso, la música, las bebidas, la

conversación, los jugueteos preliminares... todo de una perfección inusitada. El más intenso enamorado del mundo no hubiera podido pedir más... Lástima que aquello acabó de forma inesperada y desagradable en el momento menos oportuno... cuando a Ana Arnold se le acabaron repentinamente las baterías...

—¡Vamos! —dijo el Manchurri—. ¡No era de verdad!

—¡No es posible! —dijo Alberto de Belloc.

—Claro que sí. Otra estupenda idea de Bategay. La verdad es que me sentí lleno de asco, de horror, de disgusto... Luego me he dado cuenta de que esas cosas no matan; sólo molestan. Pero entonces no lo sabía... Basta decir, que al día siguiente, el infeliz Sergio Armstrong recibió la orden de atentar contra un precinto... y que en uno de mis paseos por la Ciudad, desaparecí... después de que hube sustituido al prisionero, ya atado y expuesto a la vergüenza pública en un poste de bello plástico azul. Después de que hube cerrado las esposas sobre *mis* muñecas, yo, *Sergio Armstrong*, permanecí inmóvil... encadenado y solo. Pero ahí comienza una historia muy diferente, que no os interesa en absoluto.

Sergio calló, y una total falta de respuesta siguió a sus palabras. La mesa emitió un débil siseo, y algo como un tallo de metal, terminado en una bola, surgió de uno de los tableros. Walther, silenciosamente, se acercó y cambió unas palabras inaudibles con el vástago de metal. «La guardia del Conde ha sido dominada. Alteza. Todo está bajo control». Sergio no contestó. Jugueteaba lentamente con el revólver que le había dado su primo, abriendo y cerrando el tambor, extrayendo los bronceados cartuchos, volviéndolos a meter en sus huecos, montando y desmontando el percutor. Por dos veces pareció como si el Edecán, cuyos ojos estaban fijos en aquel arma tan peligrosamente manejada, fuera a decir algo, pero no se atrevió.

Durante largos minutos, sin que nadie dijese una sola palabra, las manos de Sergio continuaron acariciando la estriada culata del arma, pasando, como en una caricia, por el azulado cañón... Después, su mirada, fría y decidida, recorrió los rostros de los demás; los soñolientos del Huesos, el Manchurri y el Doctor Grunthal, el inexpresivo del Conde Ratkoff, el lleno de odio de Bategay, el desconfiado de Alberto de Belloc, el preocupado de Walther. La muralla vegetal continuaba ondeando, bajo el impulso de una lejana brisa... la mesa roja, atendiendo seguramente a misteriosas órdenes, cambió de estructura un par de veces.

—Bueno... —dijo Sergio, por fin—. Quizá sí que os interese algo de la historia que sucedió abajo. Solamente una cosa; que estos dos bandidos llegaron incluso a perseguirme allí... Me extrañó, porque para Ratkoff la situación era difícil... muerto yo, el doble no serviría de mucho; era imposible mantenerlo eternamente... Entonces, dime, ¿por qué mandaste una mujer rubia, en una vedette minera, para asesinarme?

—Jamás hice eso, señor —dijo Ratkoff con voz inesperadamente alta—. Yo sólo luché por el bienestar de la ciudad... pero nunca pensé en vuestra muerte... Sólo que... ¿Bategay? ¿Tú?

—Era mejor así —silbó el enano—. Mejor...

—¡Idiota! —dijo el Conde Ratkoff.

—No sirvió de nada, Bategay —comentó Sergio, burlonamente—. Tu asesina murió; la maté yo mismo, y sus cenizas nos dan luz en este momento desde el mismo sol...

—Lástima —dijo Bategay, con voz llena de odio.

—Me parece muy culpable —contestó Sergio, con frialdad.

El seco estampido del revólver sobresaltó a todos. En el pecho de Bategay se abrió un orificio negro... por unos instantes, el rostro odioso del enano tomó una expresión de intensa sorpresa, que se cambió en una mueca de espantoso dolor... El cuerpo sin vida se derrumbó en el suelo, con los pies moviéndose espasmódicamente; una bocanada de negra sangre surgió de los labios del muerto, manchando espesamente el pulido pavimento.

—¿Qué has hecho, primo?

Sergio se volvió bruscamente hacia Alberto. Dejó la pistola sobre la mesa, que exhaló un alarido, y comenzó a abrirse en secciones, alargándolas hacia el cadáver...

—Para ese chisme. ¿Cómo, que qué he hecho? Dime tú: ¿qué querías que hiciera? ¿No era culpable?

—Sí; pero así... Un proceso público... una lección para todos... las cosas, legalmente, siempre...

—Calla, calla. ¿Y después, qué? ¿Una condena a muerte?

—Claro.

—Pues ya está, y sin tanto trámite. Mira, primo... abajo vi una vez un proceso, y eso me enseñó una lección. Lo he hecho yo mismo, directamente, sin necesidad de tanto intermediario... Además, ¿para qué?, ¿para arrojarlo a la tierra? ¡Ni hablar! Se acabó el mandar criminales abajo. Los encarceláis; los decapitáis, o que vayan a la cámara de gas... pero a la tierra, no. Y en cuanto a ti, Ratkoff...

—Sé lo que me espera, señor. Estoy dispuesto.

—Ni lo sabes, ni estás dispuesto. No pienso matarte... me conformo con ese que está ahí. Alberto, prepara tu mesa y tus áspides... quiero que Ratkoff pierda diez años de memoria; sus diez últimos años... con eso bastará... El rostro del prisionero palideció. Sin un comentario, mirando de reojo a su primo, Alberto de Belloc dio a los áspides unas órdenes en voz baja, y trasteó después unos cuantos mandos en la mesa de madera roja. Durante unos segundos no sucedió nada; después, un pequeño círculo comenzó a abrirse en la cortina vegetal... Algo como una onda flamígera, cargada del terrible calor de mil hornos, penetró en la estancia. A través del creciente círculo las llamas del mismo Infierno ondulaban y rugían, ansiosas de víctimas...

—Diez años menos, Ratkoff —gritó Sergio, tratando de dominar el gigantesco crepitar de las rojas llamaradas—. Me prometí a mí mismo no tener piedad; lo he cumplido... ¡Áspides!

Ratkoff apretó los labios hasta reducirlos a una pálida línea, mientras los dos hombres de oscuro, sin variar su melancólica expresión, se situaban a su lado,

cogiéndolo cada uno de un brazo... Las llamas, amarillas y rojas, lanzando en la estancia un calor insoportable, ondulaban y lanzaban chispas... Lentamente, las dos figuras negras comenzaron a clavarse en el aire, arrastrando tras sí la figura colgante del Conde Ratkoff y, poco a poco, comenzaron a dirigirse a la enrojecida boca del horno... Sobre el fondo de intenso flamear candente el trío se recortó en el aire, disminuyendo de tamaño las figuras a medida que se alejaban... El prisionero, desmadejado, colgaba entre sus dos guardianes, cuyas figuras se hacían más y más negras sobre el fondo de llamas, pareciendo que les crecían alas membranosas, que tomaban figura de murciélago... Un alarido inhumano surgió de entre las nubes de humo, y las ondas de fuego del enorme fogón... y las tres figuras, ahora completamente deformadas, con excrecencias, cuernos ramificados, tegumentos negros extendidos, colas prensiles terminadas en flecha, desaparecieron... El círculo de fuego desapareció bruscamente, dejando en su lugar la masa vegetal, aún sacudida por misteriosos estremecimientos...

—Terminado —dijo Sergio, dejándose caer en una butaca.

—No; todavía no, primo... —murmuró Alberto—. Te espera, o nos espera mucho trabajo... ahora que has vuelto a ser Jorge III. Sergio cortó rápidamente las palabras de su primo, así como el grito de alegría que parecía ir a surgir de los labios de Walther.

—¡No habéis comprendido nada! ¡Nada! ¿Es que no os dais cuenta de que Jorge III ha muerto hoy, hoy mismo? Yace en su capilla ardiente abajo, cerca de los ciudadanos... Ha muerto y nunca volverá... Murió en tierras lejanas, si lo queréis así.

En el rostro del Vikingo había una intensa sonrisa. Pero incluso el Doctor Grunthal emitió un rumor de asombro ante las palabras de Sergio.

—Tengo hambre —dijo este—. Y me siento muy cansado. No, Walther, nada de eso. Solamente un poco de pan. Y otro vaso de agua... No me miréis así; es inútil que perdamos más tiempo... no comprendéis que yo no soy ya Jorge III, sino otra persona... He encontrado en la tierra lo que mi corazón quería...

—¡Entre salvajes, primo!

—Si lo quieres así, sí. Entre salvajes. Al fin y al cabo, la agricultura funciona bastante bien... no hay dinero, y el poco que hay apenas circula; todo se basa en el intercambio... no hay gobierno, ni ejército, ni administración, ni papeles... y, francamente, yo pienso vivir haciendo lo que quiera, mientras los demás hacen lo que les parece...

—Eso es la anarquía —dijo Alberto.

—La anarquía es una teoría política; la tierra es una realidad. Te lo demostraré. Walther, una pluma y un par de pliegos con mi sello...

—Inmediatamente, Alteza...

—Gracias, Walther. Vikingo, dame ese jarro de agua.

—No quiero —contestó el Vikingo, y su sonrisa era más amplia aún...

—¡Insolente!

—Haya paz —cortó Sergio—. Esto ya lo sabía yo... La tierra, ¿veis?, es un lugar en que cualquiera puede decir «no quiero» a cualquier otra persona... ¿no es maravilloso?

—Es sedicioso y bárbaro. Alteza.

—Para vosotros; no para mí. Y ahora callad un momento, mientras escribo... No miréis tanto a ese cadáver; ha habido tantos en la historia de la Humanidad, que bien creo podéis soportar uno de verdad... Mientras escribo, Alberto, quisiera ver por última vez la Ciudad entera... sé que puedes hacerlo desde aquí... anda, ve y maneja los mandos que sean...

No parecía haber mucha tristeza en el rostro de Alberto de Belloc cuando se dirigió a sus cuadros de mandos. Mientras la pluma rasgueaba secamente sobre el papel, bajo los ojos húmedos (estos sí parecían tristes y sinceros) de Walther, la cortina de hojas agitadas por el viento comenzó a borrarse lentamente... Algo como una esfera de espacio, cada vez más amplia, se abrió alrededor del grupo, ahora aparentemente suspendido en el vacío... Bajo ellos, hileras de vehículos esmaltados, como caparazones de insectos, corrían lanzando humo... balconillos y pasarelas se extendieron por todas partes, trazando una grasienta tela de araña... surgió, como traída por un huracán, una isla perfectamente circular, en el centro geométrico de un lago igualmente circular, cuyas rojas y encrespadas aguas, rompiéndose en espumas amaranto, ondulaban con exacta precisión... En la isla se alzaban templete dorados y enrejados escarlatas... figuras y grupos se movían por los senderos rectilíneos, danzando al son de músicas sincopadas... La pluma escribía sin cesar, rozando el papel con sonido seco. Grandes maquinarias con émbolos y ruedas giratorias surgieron de la nada... masas indistintas se movían junto a ellas... él espacio relumbró por un instante con sus miles de estrellas, como puntas de diamante; en aquel delirio de formas, aparecieron los grandes estantes llenos de las plateadas cajas dossier, silbantes y llenas de secretos... y rostros de hombres, de niños, de mujeres, avanzaban hacia los espectadores, llenos de expresiones átonas, de hambre, de sed, de ambición... Pilas de oro amonedado, de billetes sedosos, las bóvedas blindadas abriéndose bajo las llaves de los cajeros, los coches esmaltados corriendo... las máquinas expeliendo paquetes envueltos en celofán y en cartones de colores...

ASISTE A LA SUBASTA EPISCOPAL DEL DOMINGO... UNA SOLA MONEDA DE VEINTE CREDTS, Y TENDRÁS AL MEJOR PREDICADOR EN EL PÚLPITO, DICIÉNDOTE LO QUE NO QUIERES OÍR, PECADOR... ¡ARREPIÉNTETE Y GOZA A LA VEZ! OFICIOS LOS DOMINGOS Y FESTIVOS, 8'15 A.M. ¡SILLONES DE TERCIOPELO PÚRPURA!

La pluma rasgueaba. Una máquina, similar a un buque de guerra varado en la playa, movía sus piezas a gran velocidad, estampando huecos caparazones de metal esmaltado... El papel impreso salía a chorros de negras bocas aceitosas; los brazos de

los sillones escupían tarjetas publicitarias... el aroma de los pavos asados y los vapores de la cerveza llenaban las narices con su gloria... para transformarse después en botellas de plástico imitando cristal, o en paquetes que imitaban una hogaza, un corazón, o un sol... Miríadas de flores, con las boquitas abiertas, caían del cielo verde, pregonando por sus bocas las excelencias de los productos:

¡TU ROBOT PERFECTO!  
10.500 CRÉDITOS CASH.  
¡VALE LA PENA!

Las vedettes mineras, como chispas de bronce, cruzaban el sistema solar a toda máquina... las grandes bocas de los hornos engullían minerales... El viento trajo un bello e inolvidable rostro de mujer, imagen misma del deseo, y su cuerpo desnudo se expandió como una nube de gas, mientras un coro que al principio fue celestial, y después llegó a ser como el gemir de una máquina moribunda, entonaba con palabras incomprensibles las excelencias de algo que no se sabía lo que era...

La pluma cesó de escribir. Algunas gotas de sudor se deslizaban por la frente de Sergio.

—Basta.

La ciudad desapareció.

—Lee, Alberto.

Pero aún quedaban en el aire, como el resto de una tormenta que se deshace, lejanas imágenes de personas moviéndose a toda prisa, amortiguados alaridos de seres calumniados amnistiando a sus acreedores, bocas de plata lanzando panes dorados en forma de violín...

—¡Es tu abdicación!

—Fechada dos días antes de mi muerte, y entregándote a ti el mando de la Ciudad. No digas que no; sé leer en tu rostro... lo deseas.

—Sí.

—Entonces, ¿para qué discutir?

El lejano huracán que había traído las imágenes de la ciudad se deshacía poco a poco, como un tornado que desaparece en la distancia... Unos pétalos cantarines ondularon aún en el aire... unas letras de fuego quisieron ordenar algo... ¿Valía la pena? Sergio sintió aumentar su deseo de huir de allí. Ansiaba las grandes extensiones de la tierra, los ríos saltando en espumas sobre las rocas brillantes, el aire perfumado, Edy, el pequeño Hermán... beber whisky con el Capitán Grotton, recordar las aventuras de África, pasear sobre Aneberg a la luz del amanecer... Y esperar la muerte un día tras otro, pacíficamente, sin temor. Y, sobre todo, que aquel poder extraño, aquella armonía perdida que su mente no había logrado dominar, se produjera y realizara de una vez, para siempre...

—Nadie sabrá nada, ¿verdad?

—Nadie —respondió Alberto, aún con el papel en las manos—. Todo seguirá igual... No más condenados, eso sí.

—Si alguien quiere bajar... buscando otra vida, lo permitiréis...

—Lo permitiremos, sí.

—Nos despedimos ahora... tu mano, Walther. Había como un aliento frutal en la mente del Edecán, algo semejante a un hálito de flores frescas, recién cortadas... En la del doctor Grunthal no había nada; sólo viejos rincones polvorientos, recuerdos de un antepasado bebedor, y de unas colecciones cuidadosamente guardadas... Sergio trató de hacer llegar a la mente de Walther una oleada de sentimiento; algo que recogiera en un solo impulso lo que la tierra era verdaderamente... No supo si lo había logrado...

—Acompañad a mis amigos al bosque. Id... Iré en seguida.

A solas ya, Sergio miró a su primo, sintiendo su mente cerrada, satisfecha de haber conseguido la presidencia de la Ciudad, torvamente contenta por su inminente marcha... llena de aquel temor que había en el pensamiento de todos los ciudadanos.

—Falta algo, primo. La visita a la cripta. Yo no tengo ningún interés en hacerla; sólo quiero acabar con esto cuanto antes. Pero siempre he sonreído ante la adversidad; mi divisa... Ve tú...

—No querría ir solo.

—Es igual... si lo quieres, no me importa. La haremos los dos.

Un relámpago amarillo restalló.

APUESTA POR TU FUTURO EN LAS OBLIGACIONES DEL TESORO PRESIDENCIAL, RESPALDADAS AHORA POR SU ALTEZA ALBERTO I. LLEVAN ORLA NEGRA COMO PROCEDE. JORGE III ERA BUENO. ¡ALBERTO I SERÁ MEJOR! ¡CONVIÉRTELAS! ¡COMPRA AHORA! AMNISTÍA A LOS ACREEDORES POR EL NOMINAL, COMO SIEMPRE...

—Se te olvidó cerrar la publicidad, primo —dijo Sergio, con la sonrisa en los labios.

## XII

### UN PASADO LEGENDARIO

Caminaban, el uno al lado del otro, hacia la oquedad cuadrada que había al fondo de la plaza. La noche era intensamente oscura, y solamente las desvaídas luminarias de la ciudad, rodeadas de un halo circular, como un pequeño arcoiris, alumbraban la solitaria plaza. Sergio se había cubierto con una capa azul de oficial de Infantería, y un casco cromado, con airoso plumero. Por otra parte, la capa no le estorbaba; en la Ciudad, hacía *frío*, un frío casi helado que no sabía si salía de los mismos edificios, de la gélida noche, o de su propio interior.

—Cuando tenía diez años —dijo Sergio— mi padre me contó algo de lo que sucedió durante el jubileo... Pero en cuanto a la visita a la cripta, aparte de que le molestaba profundamente hablar de ello, sólo dijo que dentro no había más que viejas banderas desgarradas... ¿Te acuerdas del ritual, Alberto?

—Perfectamente. El vehículo, el camino, y la entrada... Me dijeron, como a ti, que todo es fácil, y que no hay ninguna dificultad...

—Sin embargo, no te gusta ir, ¿no es así?

—No. Tienes razón; no sé por qué, pero no me gusta. ¿Tú sientes lo mismo?

—No tanto... Siento solamente curiosidad... pero es que yo... no sé si esto tendrá que ver... no temo al pasado. Parece como si la muerte de mis padres fuera un túnel abierto hacia atrás por el que puedo seguir mirando... o quizás es algo distinto. Ahí está; entremos. Es grande, ¿eh?

La inmensa oquedad cuadrada se levantaba sobre ellos como un gigante vacío dentro de la inclinada muralla negra. Más tarde, las silenciosas estructuras del palacio relucían lóbregamente, entre nieblas, con su luz de color naranja apagada y mortecina. Alguna patrulla de vigilancia, diminuta como un cortejo de hormigas, pasaba a lo lejos, sobre la plaza. Durante un instante, Sergio se esforzó en penetrar la intensa negrura de la noche, tratando de distinguir el punto rojo de la hoguera que seguramente habrían encendido sus amigos... No vio nada; solamente una oscuridad profunda, subrayada por un silencio casi insoportable.

—Vamos dentro.

Alberto conectó una potente linterna eléctrica, mostrando un suelo oscuro, cubierto de polvo. La luz no llegaba a iluminar el fondo de la caverna, ni el techo, ni siquiera hubiese alcanzado las paredes de no ser porque caminaban muy próximos a una de ellas. Durante un buen rato continuaron hacia adelante, resonando huecamente en las profundidades las botas ferradas de Alberto de Belloc...

La entrada se perdió a lo lejos, mientras continuaban su camino, con la potente luz oscilando variablemente sobre la pared más próxima y el suelo. De vez en cuando alguno de ellos se volvía hacia atrás, con objeto de observar el acceso a la cripta, y

solamente tras una pertinaz observación, lograban distinguir un cuadrado más claro que la extensa tiniebla que les rodeaba. El pavimento, del mismo tono que las paredes, continuaba hallándose cubierto de polvo y detritus, como si hiciera decenas de años que nadie hubiera entrado allí.

—Hay algo —dijo Alberto, tratando de alcanzarlo con el foco del fanal.

Se acercaron. Era un vehículo anticuado, con cuatro grandes ruedas de caucho macizo, colocado sobre dos depresiones paralelas en el suelo de la caverna. Había dos hileras de asientos, sumando en total seis plazas; tres y tres. Sergio hizo un expresivo gesto; había que subir al vehículo; era preciso; para esto habían venido hasta aquí.

Se colocaron en la primera hilera de asientos, después de sacudir el polvo de siglos que cubría los duros tableros de metal. Durante unos segundos, no sucedió nada. Después, con un chirrido de maquinaria en mal estado, el vehículo dio un empujón hacia adelante; se detuvo un segundo y volvió a caminar... Simultáneamente, dos faros escasamente brillantes, de luz rojiza, se encendieron en la parte delantera... Alberto no apagó su fanal, mucho más potente que estas desgastadas luces...

El vehículo, chirriando y exhalando quejidos de maquinaria cubierta de óxido, continuó su lenta marcha hacia adelante. De cuando en cuando, la linterna de Alberto giraba, tratando de iluminar algo distinto de las hoscas paredes negras, el polvo y las dos guías paralelas sobre las que corría lentamente el estropeado armatoste.

—Parece que esto se estrecha —dijo, con un ligero nerviosismo.

Era ciertamente así. Las paredes se habían acercado un poco, al igual que el techo, hasta el punto de que la luz del fanal trazaba sobre ellos unos lúgubres círculos apenas visibles. No se oía un solo rumor; solamente percibían un intenso olor a enmohecido que anegaba sus olfatos, casi impidiéndoles respirar.

—Esperemos que esto no dure mucho —dijo Sergio. Su primo no le contestó. Frente a la simple curiosidad de Sergio, se le veía preocupado, tenso. Era evidente que resistía con dificultad, por alguna razón, esta lenta penetración en los abismos de la Columna Real. Miraba con frecuencia hacia atrás, hacia la ya invisible entrada, y respiraba con cierta rapidez.

El valetudinario vehículo caminó pausadamente durante unos veinte minutos más. Después, tan bruscamente como había empezado a caminar, se detuvo, con un crujir de mal agujero en su maquinaria. Pasó un minuto entero y otro más... Continuaba el silencio más absoluto... o por mejor decir, pensó Sergio, no era así... Se escuchaba algo como el muy lento girar de unas ruedas que estuvieran en movimiento, rozando unos contra otros los arcaicos piñones... Se encendió una luz sobre ellos, tan roja y moribunda como las del desvencijado carromato. Se hallaban ante una pared cerrada, que cortaba definitivamente el camino que habían seguido hasta entonces.

—La entrada —dijo Sergio, bajando del carromato—. El agujero debe estar ahí; eso me dijo mi padre, y su abuelo se lo contó a él también... Vamos, Alberto.

Con renuencia, su primo descendió a su vez del viejo vehículo, situándose junto a

él. El olor a moho y a basuras era más intenso aún... causando una penosa impresión en el ánimo; hubiérase dicho que tras aquellos muros polvorientos yacía un pasado olvidado y quizá innecesario.

Caminaron hacia el muro del fondo, y pronto la luz de la linterna descubrió lo que buscaban. Era una especie de hornacina en la negra pared, a la altura del hombro de un hombre, del tamaño suficiente para introducir un brazo... Ambos se acercaron a ella sabiendo perfectamente lo que había que hacer... aunque ninguno de los dos parecía decidido a hacerlo. Por fin, con un ligero suspiro, Sergio introdujo su brazo en la hornacina, procurando que llegase lo más profundo que le fue posible. Sintió un pinchazo en la palma de la mano; aunque lo esperaba, no por eso fue menor el sobresalto. Mantuvo el brazo introducido en el hueco, y en vista de que no sucedía nada más, lo retiró.

El ruido de ruedas dentadas y de mecanismos en funcionamiento se había incrementado; ahora era perfectamente audible. Hubo un par de chasquidos, y después una amplia sección de la pared comenzó a levantarse hacia arriba, corriendo sobre guías metálicas que mostraban manchas de óxido en diversos lugares... Al mismo tiempo una luz se encendió, y después otra, y otra... Vieron ante sus ojos una sala bastante grande, con una pantalla transparente al fondo; entraron en ella. A sus espaldas, la sección de la pared descendió, trompicando, hasta recobrar su situación original.

Las luces tenían escasa fuerza, y alguna de ellas temblaba visiblemente, como si fuera a apagarse. Incluso se veían en el techo algunos focos completamente mates, lo que demostraba que hacía tiempo que habían dejado de funcionar. Sergio y su primo examinaron con curiosidad la sala; había al fondo algo como un gran bloque de plástico transparente, situado sobre aisladores de porcelana, conectados con cables a una compleja y arcaica maquinaria. Ante la pantalla o bloque transparente se hallaban seis sillones de piel, que al igual que el resto de los enseres, estaban cubiertos de polvo... La caverna era más grande que el pasadizo por el que acababan de entrar, y sus profundidades más lejanas, carentes de iluminación, no se distinguían... Al lado del gigante bloque transparente había un cuadro de mandos esmaltado en gris, con diversas palancas y mandos que observaron sólo ligeramente...

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Alberto, ceñudamente.

—Creo que debíamos sentarnos en los sillones... deben ser para eso.

Sergio no se molestó en quitar el polvo, cosa que sí hizo su primo, levantando espesas nubes blancas que se expandieron lentamente en la atmósfera enmohecida de la cripta. Permanecieron el uno al lado del otro, contemplando cómo las luces vibraban suavemente, y escuchando el girar trabajoso de escondidas maquinarias. Hubo un momentáneo crujir; las luces destellaron con violencia, lanzando una oleada de intensa luminosidad blanca que alumbró hasta los más profundos rincones de la cripta... Algo como una masa roja, como una nube, se formó lentamente en el interior del gran bloque de cristal... Las luces volvieron a disminuir mientras la nube

roja iba perdiendo intensidad, volviéndose sonrosada primero, pálida después... Sergio, con los nervios tensos, respiraba con cierta dificultad; se dio cuenta de que tenía las manos engarfiadas en los brazos del sucio sillón. Miró a su primo; tenía los rasgos sumamente pálidos y desencajados...

La nube sonrosada fue cubriéndose de manchas oscuras, y de otros tonos más claros... poco a poco, fue dibujándose el rostro de un anciano, de un tamaño formidable, pues ocupaba la totalidad del bloque transparente que había ante ellos... Los rasgos se aclararon más, mostrando una cabeza cana, con calva incipiente, la frente y las mejillas cubiertas de arrugas, los ojos azules, con cercos blanquecinos en las pupilas; los labios, delgados y curvados en un rictus de amargura...

Hubo unos carraspeos en algún altavoz escondido; luego se escuchó una voz aparentemente joven, discrepante con el rostro de anciano que parecía observarles, cuyos labios se movían siguiendo las palabras.

—Es evidente que ante mí hay sentado por lo menos uno de los descendientes de Jorge de Belloc, el tercer oficial de la nave *Athelstane*. Prometí, antes de morir, que dejaría esta grabación por si alguien sentía algún día curiosidad por lo que sucedió en este planeta... y lo cumplo. Mis palabras, a pesar de que mi voz sea aún joven, son ya las de un anciano próximo a la muerte. Trataré de contar solamente lo que sucedió, y tú que me escuchas, no me tomes muy en serio, y si ese es tu gusto, olvídate después.

«Debes saber que hubo un momento en que días gigantescos corrieron para la Humanidad. Hubo un pasado en que fuerzas sin límite, manejadas por el hombre, llegaron a dominar las estrellas... a causa de él, de ese mundo animal racional, energías muy superiores a cualquier otra fuerza conocida recorrieron el universo, saltando de una estrella a otra, de una galaxia a otra, de un sol a otro sol... Yo, cuando era joven, asistí al primitivo desencadenamiento de esos días, y a las consecuencias que tuvo para la Humanidad. En esas enormes jornadas de conquista y de lucha, miles de millones de individualidades se quemaron para que otros miles de millones pudieran subsistir... Parecía que el hombre estaba solo en el universo, pero no era así. Sin embargo, mientras ese momento llegó, el hombre dejó de contar como individuo para transformarse en un número más, un diminuto componente de esa monstruosa fuerza que empujaba a la Humanidad entera de un planeta a otro. Había temibles ordenadores establecidos en cada estrella, bombeando sus ingentes energías del sol del sistema, que planificaban, ordenaban y disponían el comportamiento de miles de millones de seres que antaño estuvieron limitados a un solo planeta: la Tierra. Nada escapaba a la carrera sin fin de aquellos alucinantes días. Y por lo que yo sé, todavía debe seguir. De no ser así, habrían silenciado esta grabación y terraplenado este lugar...

»He dicho que parecía que el hombre estaba sólo en el Universo, y que no era así. Ciertamente. En uno de esos días sin medida, en que las noticias que llegaban del ámbito completo del Universo eran tantas y tan complejas que un hombre solo

hubiera gastado una vida entera en enterarse de las novedades de una sola jornada, el hombre encontró una oposición en su camino. Qué fue y cuál era su fuerza, así como en qué consistía exactamente, nunca llegué a saberlo. Las complejas máquinas y los hombres más encumbrados que manejaban el destino entero de la Humanidad nunca dieron una explicación completa... Desde la Tierra, la verdadera y original Tierra, cuna de la Humanidad, donde yo vivía, se retransmitían las noticias a todos los confines de aquella gigantesca extensión de dominio humano... Realmente, el esquema era tan complicado que nadie sabía muy bien quién gobernaba ni llevaba los derroteros de la Humanidad. La otrora fértil tierra era un planeta estéril, sin agua ni cultivos, alfombrado de hierro y cubierto por centenares de pisos... Allí vivía yo, y allí vivía la tripulación completa de la nave *Athelstane*.

»Sin embargo, en la Tierra había rumores... que a veces se confirmaban. Otras no. En esta ocasión se confirmaron. En su avasallador camino, el hombre había encontrado algo extraño, no humano, posiblemente inteligente, desconocido, maligno... que se oponía a ese avance sin límites. Lo que pasó en los confines del Universo no lo sé con exactitud... ¿para qué iban a contarnos nada, si podían hacer de nosotros lo que quisieran? Pero se habló de una catástrofe gigantesca, a escala estelar, de cantidades de muertos que sobrepasaban todo lo imaginable, de sistemas estelares enteros transformados en gas o en llamaradas cósmicas... Y también se habló de lo que se pretendía hacer para dominar ese peligro desconocido... Rumores, rumores. No vivíamos más que de rumores, de alimentos sintéticos, y del apretado y tenso horario que sólo nos permitía desplazarnos desde nuestros cubículos al trabajo, y de éste a nuestras entecas viviendas... Cierto era que contábamos con mil medios técnicos que antes no se hubieran podido soñar: televisión, alimentador automático, máquina de sueño, digestor, servicio sanitario inmediato... Pero yo no había visto un árbol hasta que llegué a Estromidor VI... Por otra parte, se hablaba mucho de que el hombre había conquistado las estrellas, los soles, las galaxias y el Universo entero... Pero eso era cierto sólo en parte; las personas normales no podían ir a ninguno de esos sitios; el pasaje era tan caro que prácticamente sólo las fuerzas militares y los funcionarios se desplazaban... Sí. El espacio era nuestro, del hombre. Pero el hombre, por término medio, no tenía dinero para ir al espacio.

»Los miembros de la tripulación de la nave, o por mejor decir del Crucero estelar Terratransformador ETSS 1194 *Athelstane* fueron seleccionados cuidadosamente, incluyéndose los cónyuges y la descendencia. Por ciertos motivos que no sabíamos, la tripulación de la ingente nave debía componerse de familias completas... Comenzaron a filtrarse nuevamente rumores. La *Athelstane* no regresaría jamás a la Tierra; por eso se desplazaban grupos familiares enteros; su misión estaba relacionada con el misterioso enemigo; por eso se guardaba la reserva más absoluta... Incluso el general comandante de la astronave, el Ritter Baldur von Graffenfried, un hombre del espacio de la más vieja escuela germánica, soltero, formado en la base astronaval de Kiel, fue autorizado a llevarse a Otto, el criado que le había servido

durante toda su vida.

»La tripulación de la nave ascendía a ochocientas mil personas, de las cuales la mitad, aproximadamente, eran personal en servicio, y el resto familiares. En el astropuerto de Posenleven se cargaban complejas maquinarias, implementos en número inconmensurable, cantidades ingentes de alimentos... Las diversas secciones de la nave, orbitando en ese momento alrededor de la esquilpada Tierra, trazaban una sombra sobre ella cuanto se interponían ante el sol... Incluso en estos tiempos de medidas sin medida, y de límites sin limitación, las dimensiones de un Crucero Terratransformador eran algo casi inconcebible. Los astropuertos de Jaangarra (Australia), Suenhoffen (Alemania) y Hoboken (EE. UU.), y menciono las antiguas denominaciones territoriales por un cierto sabor camp que no puedo evitar, enviaban implemento y carga a toda velocidad a las diversas secciones...

»Hubo un día que la *Athelstane* estuvo completa, y que las ochocientas mil almas que iban a bordo se prepararon para partir. Eran seleccionadas; no voluntarias; eso ya no se estilaba. Era nuestra obligación dar todo nuestro esfuerzo para que la Tierra y los hombres continuaran su carrera sin límites... Los últimos rumores hablaban de una batalla formidable en las cercanías de Tricerel V, y de cómo de nuevo el hombre había visto su orgullo por los suelos ante su extraño enemigo... Pero comenzaba a haber, por lo visto, un rayo de esperanza... esta vez las pérdidas no habían sido tan inmensas como en la ocasión anterior, y por otra parte se susurraba en voz muy baja que la *Athelstane* emprendía un viaje que tenía por objeto resolver para siempre el problema...

»La *Athelstane* partió, y nada diré del viaje. Fue uno más de los viajes estelares, que para aquél que los haya hecho, es sabido que carecen de todo interés. Por muy enorme que la nave sea, y la nuestra era una de las más enormes jamás construidas, la travesía es aburrida, el aire huele mal, la comida es poco variada, y la disciplina extremadamente rígida. Y más aún bajo el general Von Graffenfried, que no en vano había sido elegido para su puesto de comandante de la nave. El Almirantazgo, o cualquiera que sea su nombre (pues nadie sabía muy bien quién nombraba a nadie para cualquier puesto) había dicho que «no había nada mejor que un militar de la vieja escuela alemana para comandante Jefe de un astronave».

»Sin embargo, eso no preocupó mucho a nadie, pues todo ese conjunto de cosas quería decir que la vida en la nave era muy similar a la que llevábamos en la Tierra. Ni la comida, ni los cubículos, ni el mal olor eran diferentes. Solamente el toque de queda y los continuos registros eran algo distinto de lo que sucedía en nuestro planeta natal. Me pregunto ahora por qué misteriosa razón todos los integrantes de la tripulación éramos nativos de la Tierra... no se habían admitido los nacidos en otros planetas, por muy humanos que fuesen. Misterios de la administración.

»A mitad del viaje (habían transcurrido solamente tres años desde la partida) el general Von Graffenfried convocó una reunión en la cámara de mando. Asistieron los primeros oficiales, entre ellos Jorge de Belloc, tercer oficial, ascendiente tuyo... Se

abrió el pliego de instrucciones, mientras el anciano Otto, realizando algo que era extraordinario, conocido el carácter de su amo, servía a todos minúsculas raciones de una bebida alcohólica. No obstante, esto era algo tan poco frecuente, que ese inusitado lujo fue recibido con extraordinaria alegría. El general extrajo el sellado pliego de instrucciones y manifestó secamente a todos que su deber, en este momento, era abrirlo y comunicar a la oficialidad de la nave el contenido, por si cualquier desgracia les privaba de su mando.

«Lentamente, mientras los veintitrés jefes de las distintas secciones permanecían silenciosos, el general abrió el gran sobre lacrado. En la Tierra les gustaban todavía estas antigüedades. Hubieran podido consignar las órdenes en un microfilm, o en un punto microscópico, o en una grabación magnética, o en una vibración láser, pero no lo hicieron así. Tuvieron que utilizar un sobre, escribirlas a mano con una vieja pluma, y lacrarlas con el pesado sello ornado del escudo mundial: la estrella y la espada.

»—Ninguno de ustedes sabe, caballeros —dijo el general— que nos dirigimos al cúmulo globular de Virgo... eso no es muy explicativo; pero básteles saber que nuestro rumbo ha sido trazado con exactitud por el Almirantazgo... Nuestra misión es sencilla... debemos buscar un sistema solar habitable, y dentro de éste un planeta que lo sea a su vez, y una vez allí, comenzar nuestra acción. La Humanidad se encuentra en este momento en un peligro importante motivado por ciertos encuentros estelares, de los cuales el último ha dado lugar a la sangrienta batalla de Tricerel V... Los analizadores de primer orden de nuestro planeta, trabajando conjuntamente con los de los sistemas estelares más próximos, han determinado que un cierto tipo de arma puede permitirnos la destrucción total del enemigo... En las cavidades de carga de la ETSS 1194 se halla almacenada esa arma, con todo lo preciso para su montaje... Nuestra misión es doble. Por una parte, hallar un planeta útil, establecemos en él, montar el arma, que ocupará unos cuatro mil kilómetros de longitud, incluyendo secciones de la misma nave, y esperar instrucciones del Almirantazgo... Cuando el arma funcione, extraerá toda la energía del planeta y del mismo sol del sistema, pero algo que no sé definirles, algo tan potente como las mismas estructuras del universo, cruzará el éter y aniquilará esa potencia maligna... Por otra parte, si la Humanidad es derrotada antes de que podamos establecernos, nuestra tribulación formará el núcleo de una nueva Humanidad que continuará la lucha contra el enemigo. Ha sido seleccionado uno de los sistemas del cúmulo globular de Virgo, el denominado Estromidor VI, como lugar más adecuado... De momento, nos dirigimos a él, sin perjuicio de elegir otro si ello es preciso. Huelga decir que un arma tan aterradora no podía operar dentro del ámbito de acción del hombre, pues es posible que sus efectos destruyan varios sistemas estelares completos incluyendo esta misma nave y su tripulación... Sé que si es así, ustedes, caballeros, y sus familias, darán con gusto sus vidas para la salvación del género humano. Esto es todo; nos quedan tres años de viaje. Retírense y no hagan ninguna

pregunta. Volveré a verles cuando hayamos tomado tierra.

»Y así pasaron otros tres años. De la Tierra no llegaba ninguna comunicación, pues las transmisiones estaban intencionadamente cortadas con objeto de que el maligno enemigo no pudiera rastrear nuestro desplazamiento. A medida que nos acercábamos a nuestro destino los comentarios iban haciéndose más intensos, sin sobrepasar nunca lo previsto por los reglamentos. Sin embargo, nadie hablaba de la belleza de las estrellas, ni de la profundidad del negro espacio, pues la nave era totalmente ciega, y solamente una pequeña ventana de cuarzo, en la cámara de mando, permitía observar el exterior. Se pasaban antiguas películas, repetidas una y otra vez (la filmoteca de la nave era muy pobre), se escuchaba música, y se leía mucho, pues por contra se habían traído ingentes cantidades de libros.

»Un día se filtró el rumor de que estábamos a la vista del sistema solar de Estromidor VI... Sí, había un planeta, el tercero, que era habitable. Sí; el contenido de oxígeno era suficiente; la gravedad, 0'9 de la de la Tierra; la inclinación de la eclíptica, de tres grados con respecto al plano de giro del planeta, lo que significaba que no habría estaciones, o apenas. A medida que nos acercábamos, y ahora la cosa ya no se medía por años sino por días, los datos que se comentaban en las cantinas y comedores iban creciendo en exactitud... Radio del planeta, cinco mil cuatrocientos dieciocho kilómetros... Dos grandes continentes... y luego ¡no, no! Eran tres, dos de ellos casi juntos, uno en el hemisferio norte y el otro en el hemisferio sur, y un tercero, separado de los demás... La imaginación popular trazó incluso mapas; llamó Europa al continente Norte; África al continente Sur, y Pequeña América al que se hallaba separado de los otros. Estos nombres perdurarían más adelante...

»Un día fatal la nave se estabilizó sobre el planeta, a distancia de órbita fija, y permaneció allí, girando, mientras los estudios sobre Estromidor VI, continuaban. Se decía que el continente denominado Europa, que ocupaba una porción irregular desde el polo norte hasta el ecuador, era rico en bosques, valles de buena tierra cultivable, con abundantes ríos y cascadas... Montañas de extraordinaria altura alzaban sus cimas nevadas hacia las más altas capas de la atmósfera... África, que ocupaba parte del hemisferio sur se hallaba cubierta de selvas, con desiertos, zonas sin agua, volcanes y escasos montes... Europa no era demasiado rica en minerales, así como África. En cambio, la Pequeña América, de forma irregular casi elíptica, poseía una gran riqueza mineral... La corteza de Estromidor era pobre en litio; rica en mercurio, que se hallaba en bolsones, en estado nativo... Las temperaturas medias de Europa, donde se había decidido instalar el arma, oscilaban entre 17° en invierno y 24° en lo que podía llamarse verano, habiendo poca diferencia dada la escasa inclinación de la eclíptica. Pero es mejor que tú mismo lo veas, tal como un día se nos mostró a todos en las pantallas de la nave «Althelstane...»

La imagen del anciano fue sustituida por la de un planeta girando sobre el negro cielo. Era azul y verde, con los continentes desdibujados por los arrancamientos de las masas nubosas que se agarraban, como escamas blancas, a las cimas de las

montañas. Era verdaderamente bello; un ligero aumento hizo ver algún gran bosque, desfiladeros, valles, aguas tumultuosas...

Sergio miró a su primo. Estaba rígido, con los ojos muy abiertos, fijos en un punto indefinido del espacio. «Alberto» —susurró—. «Alberto». Su primo no le contestó, permaneciendo en la misma postura, con las manos fuertemente asidas a los brazos del polvoriento sillón, el rostro alterado, los miembros tetánicamente tensos. El mismo se sentía angustiado, escuchando las revelaciones del anciano; continuamente su espíritu consciente se veía obligado a luchar para admitir estas explicaciones, como si fueran algo obscuro y horrible que la mente humana no pudiera escuchar... Un ligero sudor frío le cubría, y su estómago estaba atenazado por una desagradable sensación de vértigo.

—Ignoro —continuó el anciano— si a estas alturas habrás podido soportar lo que estoy diciendo... o si por el contrario te has refugiado ya en un estado catatónico que te impedirá recordar ninguna de mis palabras. Pero la promesa hecha a Jorge de Belloc debe cumplirse, y aun cuando yo no sea ningún técnico de ninguna clase, voy a hacerlo lo mejor que pueda. Acabas de ver el maravilloso planeta que la suerte y el Almirantazgo nos habían deparado... Era total y perfectamente habitable, pero ninguno de los tripulantes de la nave pensábamos en nada, absolutamente en nada, con respecto a él... Aún conservábamos la preocupación que se había sentido cuando la nave atravesó, con grandes dificultades, la extraordinaria zona de asteroides que rodeaba el sol de Estromidor, en una órbita más externa que nuestro planeta... Había una verdadera capa de asteroides danzando en el espacio, como una envoltura que rodease aquel maravilloso mundo... Ricos en toda clase de minerales, según revelaron los detectores de la nave; suficiente para ser explotados durante casi milenios...

«Llegó el día en que, concluidas las investigaciones necesarias, las secciones terratransformadoras de la nave descendieron a la superficie del planeta. De momento, no sucedió nada. Su misión era establecer las denominadas columnas de aterrizaje a intervalos regulares, sobre el continente llamado Europa. Te encuentras ahora dentro de una de ellas, la primera. Dada la imposibilidad de que la nave aterrizase en una sola sección, en virtud de su descomunal tamaño, cada una de las columnas, construida del material más adecuado, según rígidas especificaciones de los ingenieros terrestres, tenía por misión recibir una de las secciones en que la nave se dividiría antes de tomar tierra. Cada una de estas secciones o fragmentos era un mundo aparte, con energía, motores, mandos y ordenadores de toda clase, así como implementos y suministros suficientes... Pero la columna en que estás ahora, situada en el extremo sur de Europa, no lejos de lo que mentes retorcidas dieron en llamar el estrecho de Gibraltar, era diferente. Las demás solamente servían de sustentación; eran macizas. Esta, no. Era hueca y en su interior habrían de instalarse todos los controles y mandos de la poderosa arma que en su día habría de funcionar contra el enemigo desconocido, lanzando a través del éter su mortal y ciclópea radiación... Por

ello, en esta columna se asentaría precisamente la Sección de Mando de la Nave o Sección Central...

»Las unidades terratransformadoras debieron hacer un buen trabajo, porque las columnas se acabaron con gran rapidez. Pero nuevos rumores, y nuevos hechos continuaron apareciendo, como si fueran el borde del iceberg sumergido en el agua helada de los polos. Se hablaba de misteriosos alaridos que se escuchaban durante la construcción de las columnas; de lugares a los que los hombres ocupados en la enorme obra no querían acercarse... ¿Por qué? Pues porque, al parecer, algo como una potente sensación de malignidad amenazadora emanaba de ellos... Entonces no sabía lo que era; luego lo aprendí, como lo hicieron muchos. Y habían hechos; de contrabando, subrepticamente, sin saber muy bien cómo, llegaban del planeta trozos y fragmentos que nos ayudaban a saber cómo era... Una rama de árbol, con hojas y flores... Una fruta de delicioso sabor y fresco jugo; un guijarro, vetado hermosamente en tonos rojo y crema... un puñadito de arena... un auténtico frasco de agua de río... una fotografía de un valle, de un río, de un bosque... Estas cosas circulaban a escondidas entre los que aún nos hallábamos en las secciones de carga, y en los módulos de mando... Creo que el general sabía algo de esto, pero que prefirió darlo por no sabido, porque de ser así, su innata disciplina le hubiera obligado a tomar muy serias medidas. Debo decir que en el fondo, el Ritter Baldur Von Graffenfried no era un mal hombre. No. Lo único que le sucedía era que su vida era, y había sido siempre, la disciplina y el cumplimiento de las órdenes; no conocía, ni quería conocer, cosa distinta a eso. Por ser así, ni había conocido mujer, ni bebía, ni fumaba, ni mantenía lazos familiares, salvo su anciano criado, si es que se puede llamar eso lazo familiar. Era parco en el comer, vivía con pobreza espartana (un humilde catre en una pequeña habitación) y carecía totalmente de cualquier tipo de entretenimientos. Sus únicas lecturas eran los Reglamentos Espaciales, y buen número de libros sobre grandes figuras militares del pasado... En cierto aspecto, el Ritter tenía algo de admirable, pero al estilo de una máquina que funciona perfectamente, sin fallos y sin debilidades de ninguna clase. No cabe duda de que fue ése el motivo por el que se le designó para este puesto.

»Pero ¿qué pasaba *abajo*? Ciertamente que continuaban llegando a nosotros pequeños fragmentos del planeta, tanto más preciosos cuanto más raros. Lo más apreciado eran las frutas; frutas deliciosas, con un sabor y un aroma intensos, que causaban mareos al comerlas... era casi increíble que alimentos tan extraordinarios pudieran existir. Prueba de nuestra ceguera era que muchos creían que se trataba de una nueva producción realizada por una fábrica instalada abajo por los trabajadores de las unidades terratransformadoras. Pero las otras cosas eran también apreciadas... A los niños les gustaban las ramas y las flores, y las piedras... ¡oh, las piedras! Auténticos guijarros de hermosos colores, redondos y suaves como seda; ásperos y afilados como acero; blancos por fuera, con vetas rojas; pardos, con pintitas de oro en su superficie; conjuntos de cristales morados y violáceos... Había quien conservaba

una hoja de árbol; otros, una nuez de madera roja; otros, una concha marina, aún con rastro de carne del animal que la había habitado... Cambiábamos y comprábamos ávidamente estos raros bienes... los enseñábamos a nuestros amigos (para causarles envidia), los atesorábamos... Las frutas y el agua no duraban; las primeras por su sabor, la segunda... ¿Qué tenía aquel agua? Nadie sabía lo que era. Pero ¿por qué se experimentaba esa satisfacción al beber lo que llamábamos «agua de roca»? Agua traída en un frasco, desde la tierra de abajo... Al lado del tibio e insustancial líquido, no racionado, que las unidades de alimentación nos daban, ¿qué tenía el agua de roca? ¿Por qué sabía así, fuerte, dura, contundente? ¿Por qué nuestros estómagos la recibían como un bien del cielo...? En las escasas reuniones que se celebraban, entre amigos, mientras las gigantes unidades terratransformadoras continuaban su trabajo, era del mejor tono el servir unas minúsculas copas de «agua de roca». Privilegiado aquél que podía disponer de unos centímetros cúbicos... Y la fiesta llegaba a manifestar un lujo inconcebible, digno de las imaginaciones más calenturientas, si a esa copita de agua de roca se añadía una transparente tajada de una de las frutas terrestres...

»Creo que fue por entonces cuando se comenzó a llamar al planeta, la Tierra, sin más. Nada de Estromidor, o de 315 NCR 26 B-3 que, si mi memoria no me falla, era el nombre astronómico del mismo... La tierra. Sin más. Y, la verdad, era un maravilloso nombre.

»Por otra parte, los rumores continuaban llegando desde abajo, desde la tierra. Las pilastras de aterrizaje estaban terminadas; pero los alaridos y el clima de miedo continuaban. Ni un solo hombre, sin embargo, de los que descendieran a la tierra para efectuar su trabajo, había sufrido daños. En alguna ocasión, uno o dos de ellos, un hombre, una mujer, algún joven... volvían a la nave, y hablaban con nosotros. Decían que en los alrededores de las columnas, junto a las grandes máquinas que trabajaban en ellas, se encontraban miles de cadáveres de pequeños seres desconocidos... que los gemidos de muerte se escuchaban sobre todo por las noches, y que las unidades destacadas en la tierra estaban molestas y nerviosas... Pero entonces no hacíamos caso a estas informaciones. Les mirábamos ávidamente, y decíamos: "¿Traes agua de roca? ¿Alguna fruta? ¿Piedras, ramas, conchas, arena...? ¿Algo nuevo, quizá? Y se reían. Agua de roca... Sí, abajo hay toda la que queráis... no la beberíais ni en un millón de años... Piedras, frutas... centenares de miles de millones... ¿qué os habéis creído? Y esto, sin darnos cuenta, nos mentalizaba para lo que después iba a suceder.

»Llegó el día en que el Ritter dio la orden de que las secciones de la nave se separasen... Cuando las compuertas estancas entre una y otra sección comenzaron a cerrarse, todos comprendimos lo que iba a suceder; las secciones, separadamente, tomarían tierra sobre los negros pilones ya preparados para amortiguar su descenso, y después de ello, la segunda fase del proyecto, la construcción del arma, comenzaría rápidamente. Seguíamos sin noticias de nuestro planeta natal desde hacía seis años... las comunicaciones continuaban cortadas. ¿Habría sucedido algo? ¿Continuaría

existiendo la Humanidad? ¿Habría sido vencido el extraño enemigo? ¿O bien en los niveles de hierro de la Tierra caminarían ahora entidades desconocidas, pisando los cadáveres de los últimos humanos? Nadie sabía nada; y hasta que el arma estuviera completa, la prohibición de comunicar con el Almirantazgo era absoluta...

»Cuando las grandes secciones de la nave *Athelstane*, con su carga de humanos comprimidos, maquinarias, reservas, ordenadores, armas convencionales, municiones y alimentos, se posaron silente y majestuosamente sobre las columnas de aterrizaje, los problemas habían empezado ya. Sin embargo, el Ritter aún no se había dado cuenta de su verdadero contenido, pues de ser así, las secciones no habrían bajado, o incluso se habría ordenado su ascenso inmediato a la órbita en que se hallaban antes.

»Creo que no puedo describir lo que sentimos cuando, por primera vez, controladamente, nos dejaron salir a la superficie del planeta... Ya sabíamos que no había mucho peligro; apenas unos animales carniceros, y algunas zonas en que se percibía una terrible sensación de amenaza latente... Pero sabíamos también que bastaba encender una linterna, o conectar un transistor para que esta amenaza disminuyese. Un generador eléctrico potente o un aparato para soldadura por arco, y desde luego, cualquiera de los medios de transporte utilizados, mataba, hacía desaparecer esa sensación...

»Pero ¿cómo habíamos sido tan tontos de comprar a altos precios agua de roca, hojas, frutas, guijarros...? Había miles de millones de litros de agua, cantidades inconmensurables de árboles y hojas, billones de guijarros y de arena... Y espacio para correr, un sol brillante para sentirlo en las mejillas, agua para bañarse en ella... Los niños... ¡cómo gozaban los niños! Junto a cada columna se estableció un verdadero campamento provisional, tácitamente autorizado por el Alto Mando... Algunos habían tenido más suerte. Junto a sus columnas había bosques, ríos, lagunas... Otros no. Su columna estaba sobre gigantescas montañas inaccesibles... Pero aún allí había nieve, y peñas, y flores de hielo, y un cielo azul, y un aire... un aire que si se hubiera podido vender embotellado, en la tierra natal, hubiese dado lugar a la formación de más de una fortuna... El aire de la nave era como el de la tierra antigua; soso, cargado de débiles hedores, recirculado, gastado, blandamente aceitoso y caliente... Este hería los pulmones al entrar en ellos, los revitalizaba... Uno de mis primeros recuerdos es el de miles de personas mirando asombradas a su alrededor, inclinándose sobre el suelo para tocarlo, e hinchando una y otra vez sus pulmones... hinchándolos de nuevo, y absorbiendo aquel aire vital... Fue ya de por sí una orgía beber agua de roca y comer frutas sin tasa ni limitación alguna... Pero esto también tenía sus peligros. Las personas que se hallaban destacadas en puestos extremos traían a veces cargamentos enteros de frutas y raíces en sus vehículos, y llegó un momento en que el Ritter se vio obligado a darse por enterado... A partir de ese instante volvió a imperar la disciplina; bebimos agua recirculada y comimos las insípidas raciones de ordenanza... Pero un sordo rencor circulaba ahora entre todos los tripulantes de la nave *Athelstane*.

»La lenta y tediosa construcción del arma continuaba... Una patrulla fue destacada a África para instalar una estación de radio... y eso originó el primer chispazo. La patrulla no regresó jamás... Una segunda expedición descubrió la instalación a medio terminar, y ni un solo rastro de los expedicionarios. Se rumoreó sobre la existencia de una raza similar al mono, dañina y amenazadora, que aprendió con facilidad algunas palabras de nuestro idioma; pero nada más se supo. Las precauciones se intensificaron, no permitiéndonos salir de las secciones aposentadas sobre las columnas de aterrizaje. La sorda ira crecía cada vez más... Una tarde, el Ritter citó a los más altos jefes, seis, en total. Ante ellos, en la estrecha cámara del general, se hallaba el Alférez de Construcciones Heinrich Brandel, muy pálido y preocupado. Los acontecimientos se desarrollaron con rapidez.

»—El alférez Brandel —dijo el general—, ha sido enviado al Punto 98S7 para la construcción de un generador eléctrico de gran potencia, aprovechando una cascada existente en el lugar... Señores; en mi visita de inspección al lugar, descubrí que toda la maquinaria puesta a disposición del alférez había sido utilizada para... esto.

»Sobre la pantalla instalada en el muro comenzaron a pasar diapositivas. Aquello, desde luego, no era una central eléctrica... Se veían torres, minaretas, un muro almenado, una gran puerca ojival sobre un patio interior... Otras diapositivas mostearon máquinas paradas, hombres y mujeres comiendo junto a un fuego de leña... Se pasó una película en la que se desarrollaba una escena de baile, entre los diversos componentes del comando... El rostro del alférez Brandel, empujando una botella... Parejas refugiándose en el bosque...

»—¿Qué ha construido usted ahí, Brandel? —preguntó el general, sin levantar la voz. Era siempre un hombre muy mesurado; no toleraba la indisciplina ni la desobediencia; pero eso no quería decir que sus sentimientos se manifestasen mediante gritos o invectivas; nunca lo había hecho.

»—Un castillo. Excelencia.

»—Tenía usted órdenes de construir una central eléctrica... ¿Debo entender que ha utilizado usted bienes, maquinaria y horas de trabajo para construir... un castillo?

»—Sí, Excelencia...

»—Con el permiso de su Excelencia —preguntó el tercer oficial. Jorge de Belloc—. ¿Por qué hizo usted eso?

»—Me pareció que encajaba mejor en el ambiente... Una central eléctrica, no...

»—¿Se da usted cuenta, alférez —cortó el general— de que se expone usted a la muerte, por insubordinación?

»La respuesta del alférez Brandel fue de una sublime inconsciencia.

»—pues no había pensado en eso, mi general...

»En circunstancias normales, el proceso del alférez Brandel hubiera desembocado, muy probablemente, en una condena a la pena capital. Pero los acontecimientos que se desarrollaron más tarde impidieron que se llevase a efecto. La lentitud administrativa, el papeleo, y el mucho trabajo dificultaron que el proceso se

realizase con rapidez, y eso, seguramente, salvó la vida del alférez.

»Rabiábamos. Allí, a nuestro alcance, había agua de roca por millones de litros, frutas, setas, raíces, verdura... y no podíamos probarlas. Comenzaron a registrarse las primeras deserciones. Esto era sintomático, y las noticias y rumores que nos llegaban de las otras secciones daban cuenta de sucesos iguales o peores. Al fin y al cabo, nosotros estábamos en la sección de mando, sobre la columna especial (terminología exacta: Base a toma de tierra modelo 543-GB-I) y bajo la férula directa del Ritter Von Graffenfried. Un día nos contaron que el despensero de segunda clase Marcos Jiménez había robado semillas, las había plantado, y esperaba una excelente cosecha de coles para dentro de pocos días... Esto, que normalmente nos hubiera parecido una falta muy grave, no encontró una sola crítica. Por el contrario, el despensero Jiménez fue asediado por gentes ávidas de probar esas coles... Y lo curioso es que Jiménez no se molestó lo más mínimo en explotar el descubrimiento; con la mayor frescura entregó semillas a todo aquel que se las pidió (“Al fin y al cabo, no son mías”, decía) e incluso les dio instrucciones sobre cómo salir de la Sección Central, y plantarlas en la feraz tierra de los alrededores...

«¿Difícil salir de la Sección Central? En absoluto. Yo mismo lo intenté una vez. Bien es cierto que de todos los bienes hermosos que habíamos pensado disfrutar (el agua de roca, las setas, las verduras) sólo nos quedaba el fuerte aire del planeta, que podíamos respirar en cualquier momento desde la terraza del Cuartel General, o desde las mil ventanas, balconillos y pasadizos abiertos en las estructuras del módulo de mando... Pero no había pensado que fuera tan fácil bajar a la tierra. Cuando yo lo intenté me asombré de encontrar los piquetes de guardia sumidos en una atroz indiferencia frente a lo que sucediera... En la puerta que me permitió la salida, había un teniente y un soldado de ingenieros, ambos de la misma edad, sentados en el suelo, con los correaes sueltos, sin gorra, con las armas arrojadas de cualquier manera sobre un banco, y charlando amigablemente.

»—También te gustaría a ti tener una granja —decía el soldado.

»—Pues sí... Yo pondría gallinas; creo que tenemos algunas en el departamento de biología... ¿Tú has comido huevos auténticos?

»—Yo, no. ¿Y tú?

»—Tampoco. Pero el médico suplente de biología, sí que se los come... Ha conseguido un líquido especial, una especie de grasa, la caliente, los pone dentro... y se los come.

»—Oye, tú —dijo el soldado— eso debe ser una maravilla... ¿Por qué no le pides algo de ese líquido, y lo probamos con las setas que cogiste ayer?

»Me miraron los dos.

»—¿Qué quieres?

»—Nada... sólo estaba pasando por aquí.

»—Mira; si lo que quieres es darte un paseo por ahí fuera... ve y dátelo. Pero vuelve antes del toque de queda, ¿eh? No nos compliques la vida... Si encuentras

algo bueno, tráenos un poco...

»Y yo mismo sentí que si encontraba algo bueno, no me lo quedaría para mí sólo, atesorado avaramente. No. Lo compartiría con ellos... Y sí que lo encontré. Hallé unas verduras largas, con una especie de bulbos violáceos en su extremo, y las recogí. Y también unas setas grandes pardo-rojizas, con los bordes dentados, que ya sabía eran comestibles por las experiencias de otras personas. Volví, porque sentía en mi fuero interno que no podía poner en un apuro al teniente y al soldado, y les entregué parte de las verduras. Respiré aire... bebí agua de roca a placer, vi grupos de gente recogiendo frutas alargadas y amarillas, con una espesa piel que se desprendía en gajos. Vi también un médico del servicio de Bacteriología escondiéndose entre el follaje con una comandante de energía atómica, una chica pelirroja, muy guapa, llamada Janet. Y paseé bajo los árboles, junto a las rocas, me detuve en un espolón peñascoso sobre un arroyuelo de aguas claras...

»Pero volví. ¿Por qué lo hice? Fundamentalmente, por no poner en un apuro a los hombres de la guardia. Y como pude comprobar luego que en todas las secciones sucedía así, las cosas no transcendían prácticamente a esferas superiores... El trabajo se realizaba, eso sí, con bastante lentitud; pero todos nos dábamos cuenta de que los mismos jefes superiores de los diversos departamentos, en vez de presionar sobre sus subordinados, buscaban mil excusas para tapar su falta de actividad... en la que estaba incluyéndose la de ellos mismos. En suma; las cosas iban tan mal en todas partes, que la apariencia general era de que iban lentas, pero bien.

»Cierta día, el oficial James Ribeau aseguró que había hablado con los gnomos y los enanos, que eran gente muy simpática, aun cuando se encontraban muy dolidos por el uso de ciertas energías por nuestra parte, cosa que les había causado bastante mortandad y gran daño. Y le escuchamos todos con atención, doliéndonos profundamente de que esos pobres seres tuvieran que sufrir tan intensamente por nuestra culpa. La ayudante de carga eléctrica María Muller aseguró que ella también había hablado con unas pequeñas criaturas a las que llamó elfos, sumamente delicadas y también dolidas por el daño que habían sufrido. Bueno será decir que tanto Ribeau como Muller eran un par de críos, y que, en contra de las rígidas normas establecidas desde el punto de vista genético sobre apareamientos matrimoniales, vivían juntos desde nuestro aterrizaje, sin autorización ni licencia alguna. Eso, que en otras circunstancias hubiera representado severas sanciones, una denuncia inmediata por cualquier persona deseosa de ganar méritos, y una general repulsa social, no le importaba ahora absolutamente a nadie. De hecho, se habían producido en este aspecto las consecuencias más extrañas e inesperadas; un matrimonio se había separado, quedándose los hijos el padre; en otro, la mujer había dicho al marido que se encontraría mejor si un tercero viniese a vivir con ellos; en otro caso, por razones que aún desconozco, el sargento de cañón Noiechiev se había ido de su departamento de soltero a vivir en una nave almacén con tres chicas de los servicios de limpieza... Como todos estaban haciendo lo mismo, plantando cosas de contrabando,

introduciendo alimentos en la nave, viviendo como querían, y tapándose entre sí los unos las faltas de los otros, las cosas continuaban sin trascender...

»Pero había de llegar un momento en que la desorganización fuera tan absoluta que llegase a conocimiento del Ritter Von Graffenfried... Fue aquel un día verdaderamente triste para mí, por muchas razones que ni siquiera pretendo recordar. De pronto, hubo una llamada general para los jefes, hombres y mujeres, de las veintitrés secciones. Cuando todos ellos se reunieron en la espartana morada del general, era de ver el desorden de los uniformes, los rostros sin afeitarse, la dejadez con que se trataban los unos a los otros, sin ceremonia ni respeto ninguno... Solamente cuando el Ritter entró hubo una apariencia de orden, y unos saludos bastante logrados. Todavía el Ritter era capaz de inspirar respeto, y si algo como una conspiración tácita le había mantenido aparte de lo que estaba sucediendo, no se había perdido del todo la consideración, o el pensamiento de que él era representante de la Humanidad en este planeta, en la tierra.

»—Disculparé a ustedes, caballeros —dijo el Ritter, con voz dura— la falta de disciplina que veo en sus uniformes, y la carencia de aseo con que algunos de ustedes se han presentado ante mí. Digo que lo disculparé, porque será por última vez. Sé que es muy duro el trabajo, y que no todos ustedes tienen tiempo de afeitarse o de cambiar el traje de faena... pero por favor, la higiene no está reñida con las ocupaciones... Hay alguno de ustedes que deja de desear en ese aspecto... Lávense, si son tan amables...

»Todos conocíamos este tono hiriente y mordaz, preludio de las más rígidas imposiciones. No hubo respuesta alguna...

»—Oficial Ingalls...

»—Sí, Excelencia.

»—Está usted al mando de la sección número seis. Le he hecho traer aquí por una vedette de exploración para que me informe de algo. Su sección no contesta a las llamadas por radio hace seis horas... y un examen que he podido realizar desde mi avioneta particular me ha hecho ver que los trabajos están totalmente paralizados... ¿Puedo esperar alguna explicación?

»El sentido de las palabras del general, a pesar de su aparente amabilidad, era profundamente amenazador.

»—Pues sí —dijo el oficial Ingalls, con cierto descaro—. La gente de la sección seis ha decidido que no le apetece trabajar...

»—¡Ingalls! ¿Está usted loco? ¿Qué es lo que está usted diciendo?

»—Lo que oye Vuecencia; que no quieren seguir montando el arma...

»—Ingalls... Ingalls... —silbó la voz del general, como la de un áspid pronto a morder—. Tiene usted dos horas, exactamente dos horas, para que su sección esté trabajando a pleno rendimiento... ¿Me oye, Ingalls, me escucha? ¿Qué clase de oficial es usted? ¿Cómo no ha sabido imponerse? ¡Dos horas, Ingalls! Luego se presentará usted ante mí con una lista de los responsables de esta rebelión, que serán

sometidos a Consejo de Guerra sumarísimo, y si, como es lógico, la sentencia es de culpabilidad, fusilados de inmediato. ¡INMEDIATAMENTE, INGALLS! ¡OBEDEZCA!

»Ingalls permaneció inmóvil, pasándose la mano por la sucia barba. Después, con singular tranquilidad, extrajo un fragmento de madera, afilado en un extremo, y procedió a introducirlo entre las hendiduras de sus dientes.

»—¡Obedezca, Ingalls!

»—No me apetece, mi general —contestó Ingalls, mirando al Ritter con sus ojos legañosos—. No me apetece nada, a mí tampoco. Lo que quiero es tener unos campos míos, construirme una casa, cultivar los campos, y quedarme a vivir allí tranquilamente. La azafata Brown está de acuerdo en venirse conmigo...

»Estaba claro que el Ritter Von Graffenfried pensaba que el oficial Ingalls estaba completamente loco. Sin embargo, para los que le conocíamos, era fácil detectar su furia, y la forma como la contenía:

»—¿La azafata Brown? No sabía que se hubieran ustedes casado... Debió usted informarme, Belloc... siempre me gusta felicitar personalmente...

»—Si no nos hemos casado, mi general —dijo Ingalls, con una expresión de soberana estupidez—. Nos hemos juntado, nada más. Y en cuanto a eso de los campos...

»—¡Cállese, Ingalls! ¡Está usted completamente loco...! ¡Campos suyos! ¿Está usted hablando de propiedades privadas?

»—Pues de eso mismo, señor. Estoy harto de la nave, de los papeles, del arma misteriosa y de la Humanidad triunfante. Estoy harto de no ser más que un número en las estadísticas, y de no tener más que un cepillo de dientes...

»El rostro del general Von Graffenfried estaba completamente rojo.

»—¡Es usted un maldito reaccionario, Ingalls! Y seguramente querrá usted tener una fábrica propia y explotar al proletariado...

»—No, mi general. No me apetece nada, pero que nada, explotar a nadie. Ni que me exploten a mí tampoco. De manera que he dejado que hagan todos lo que quieran en mi sección, y la azafata Brown y yo nos vamos... Hemos encontrado un valle perfecto. ¿Vendrá Vucencia a visitarnos alguna vez, mi general?

»No sabíamos si admirar más la desfachatez del oficial Ingalls, o la sobrehumana paciencia con que el Ritter estaba soportando aquel torrente de incongruencias. Hubo más tarde quien dijo que lo de Ingalls no había sido desfachatez, sino inconsciencia. Que al haber sido uno de los primeros hombres que bajó a la tierra, se vio afectado antes que nadie, y que el mal que había profundizado en él de forma extrema...

»—¡Insubordinación! —aulló el general, levantándose, con el rostro tan alterado que casi no parecía el mismo—. ¡Belloc...! ¡La guardia! ¡Arréstenlo... póngalo en la barra...!

«Parecía mentira que un hombre tan inteligente como era en otros aspectos el general no se hubiera dado cuenta de la singular atonía con que Sus órdenes fueron

acogidas. Ciertamente es que Jorge de Belloc ordenó blandamente a la guardia que condujera a la barra al oficial Ingalls, que la guardia obedeció de una forma tal que demostraba que lo mismo le era hacer eso que cualquier otra cosa, y que el oficial Ingalls, al ser conducido por los soldados, mostró la misma preocupación que un niño comiéndose un helado. La apariencia de disciplina se conservaba, pero no era más que una débil cascara que, a estas alturas, encubría una destrucción de organismos e ideas cada vez más profunda. Sin embargo, el general hubiera debido darse cuenta... Puede que por su intensa formación, su vida sacrificada, y su carencia de cualquier otra afición distinta al servicio espacial, se viera menos afectado que los otros. Pero hubiera debido darse cuenta de que el silencio absoluto de los demás oficiales no era aprobación hacia él, sino hacia Ingalls. Lo lamentable es que trasponemos nuestra mente a los otros, y si se callan nunca estimamos eso como una negativa, sino como un pensamiento afín al nuestro...

»El general dio unas tajantes órdenes a todos los oficiales, que fueron acogidas calladamente, nombró un sustituto para Ingalls, y anunció que al día siguiente comenzaría unas visitas de inspección de singular dureza, amenazando con los más graves castigos para aquellos que hubieran alterado los planes en algo más que el grueso de una uña. No sabía que a estas horas, tanto el oficial Ingalls como el alférez Brandel se habían marchado tranquilamente, y estaban preparándose para abandonar las secciones de la nave. Y que no eran los únicos...

»Aquella tarde, el general citó al neurólogo jefe, al doctor Friedrich Grunthal, un hombre de alguna edad, aficionado a los minerales y a leer libros sobre aves. Tuvo con él una muy privada conversación que se desarrolló en sus habitaciones particulares. El doctor Grunthal era verdaderamente un buen hombre; su elección para esta expedición había estado durante unos días indecisa debido a su falta de carácter. Sin embargo, se le nombró por fin, debido a sus extensos conocimientos. Estaba casado, con dos hijos, uno de veintitrés años, y el otro de quince. Su situación familiar había permanecido inalterable, y se había quedado completamente indiferente ante el hecho de que sus hijos anduviesen ahora en un lugar desconocido... Sólo se limitaba a conseguir todos los minerales posibles y a hacer fotografías de aves de la tierra en vuelo, con lo cual llenaba vitrinas y álbumes. Disponía de bastante sitio, al tener a su cargo las naves de investigación neurológica.

»Hubo una notoria diferencia con otras reuniones; el general no se limitó a servir al doctor Grunthal una minúscula porción de bebida alcohólica, sino que permitió que se dejase ante él el vaso y la botella entera, de la cual, todo hay que decirlo, el neurólogo hizo buen uso. En cuanto al Ritter, bebió agua re circulada, como de costumbre...

»—Bien, doctor —dijo el general—. Le he llamado porque quizá usted pueda suministrarme alguna explicación... y si no es así ahora mismo, pondrá *de inmediato* a trabajar a todo su personal en el problema.

»—Claro que sí —dijo con tibieza el doctor, observando amorosamente su vaso

recién lleno—. Sí... mi general.

»—He observado un singular relajamiento de la disciplina, doctor. Un solo caso no me hubiera preocupado, o incluso un porcentaje mínimo. Pero la cosa es general; usted mismo doctor, y eso que siendo un civil no se le puede exigir demasiado, está desalmado y sin afeitar... Su bata de ordenanza está llena de manchas. Pero no voy a reprenderle a usted, por lo menos por ahora. Hay problemas más graves... He podido comprobar que algunos oficiales se han vuelto locos; los más, cumplen sus misiones mecánicamente, sin estímulo alguno... El personal está fallando de una forma inesperada. Necesito una respuesta, doctor.

»—Ah, era eso —dijo el doctor, muy sonriente—. Creí que era un asunto más grave. Bueno; eso lo sabemos ya en neurología y en psiquiatría...

»—¿Lo saben ya? —contestó el general entre dientes, mirando al risueño doctor con expresión asesina.

»—Con bastante certeza, sí. Cuando nos dimos cuenta en los tests periódicos de las primeras reacciones... atonía, indiferencia, pérdida de agresividad, etc., comenzamos a hacer pruebas. ¿Verdad que era un problema interesante. Excelencia?

»—Claro que sí... —respondió el Ritter, sordamente—. Explíquemelo, doctor, si le es posible dejar de mirar esa botella...

»—La botella... ¡Ah, sí! ¡Donnerweteer! No me había dado cuenta de que estaba ahí... Bien. ¿Cómo lo explicaría yo, mi general?

»—Yo se lo diré, doctor. Rápidamente, en pocas palabras.

»El doctor lanzó una mirada de angustia al recipiente de cristal tallado, mientras Otto, con la bandeja en sus humildes manos, lo retiraba.

»—Yo se lo diré doctor. Rápidamente, en pocas palabras, con simplicidad, y sin utilizar ningún término que tenga más de dos sílabas. Le escucho.

»—Bueno... bueno. Le diré, mi general, que hay una cosa llamada agresividad. Se da en los animales, y también en el hombre. En los animales se muestra en un sentido casi exclusivamente territorial y sexual. Territorial en cuanto que marcan por diversos medios un espacio donde no dejan entrar a otro animal de su clase, y que reservan para cazar o pastar. Los toros, por ejemplo...

»—Deje usted en paz a los toros, sean lo que sean. Y siga.

»—A sus órdenes, mi general. Y en el terreno sexual se manifiesta por la exclusiva posesión de la hembra, o del macho, en su caso, y las consiguientes luchas por poseer una exclusiva sobre el otro sexo, y defenderlo ante ingerencias ajenas. En el hombre sucede algo similar en el terreno sexual; en el territorial, se complica con datos intelectuales. O sea, no es un terreno de caza, sino una actuación profesional, un sector del arte, una amistad con alguna persona, unos conocimientos superiores o distintos... Le pondré un ejemplo.

»—No me ponga ningún ejemplo, doctor —gruñó el Ritter, con las mandíbulas apretadas como prensas de acero—. Le he entendido perfectamente. Siga.

»—Hay ciertos medicamentos que inhiben la agresividad humana... Son los

neurolépticos y los tranquilizantes. Staehelin decía a este respecto...

»—Deje en paz a ese señor y vaya al grano.

»—Bueno. Si no me deja usted hablar, mi general... En suma, podríamos decir que en la tierra...

»—¿En la tierra?

»—En este planeta; la tierra le llaman todos... En este planeta, hay un componente de la atmósfera, o del agua, o algo indeterminado, que actúa de forma similar a un neuroléptico. Las consecuencias en unas personas son indiferencia total; en otras, disminución de la potencia sexual, somnolencia, ligeros vértigos, molestias menstruales... No se manifiestan, mi general, de forma exagerada; en general son soportables y en raros casos toman carácter patológico... En todos los casos estudiados, sin embargo, la agresividad ha disminuido mucho; continúan los lógicos reflejos de conservación y defensa del ser... pero nadie quiere meterse en el terreno de otro... El síndrome acinético-abúlico, sin ser marcado, se manifiesta en buena parte de los casos...

»—¿Qué es eso?

»—Una reducción de la iniciativa. Cada uno se conformará con lo que tiene; sin pedir más. El caso del oficial Ingalls es muy claro. Plantará sus campos, cultivará, vivirá con la azafata Brown, y cambiará sus productos por lo que necesite... No hará nada más. En un planeta como éste en que casi no hay estaciones, y se pueden obtener tres cosechas anuales, plantando cualquier cosa en cualquier época, no tendrá problemas... El caso del conductor de primera clase Esteban Kovalsky es similar... Se dedicará a extraer mineral de hierro (lo hay abundante, a flor de tierra), lo refinará y fabricará enseres, porque eso es lo que en el fondo le gusta... y cuando necesite comer, cambiará un hacha por medio saco de trigo... ¿Sabe Vucencia lo que es un hobby, mi general?

»—¡No!

»—Pues era algo de lo que conservamos archivadas muchas notas en el departamento. Aún quedaban en la tierra, en la otra, raros especímenes humanos que, por situación o fortuna, podían tener hobbies. Es una afición distinta del trabajo; tal como yo colecciono minerales o fotografías pájaros... Cada uno, en esa situación de indiferencia, se dedicará a lo que más le guste, siempre que ello no le impida subsistir... Pero yo no entiendo que esto sea peligroso; la escritura no presenta alteraciones motoras, y por tanto en todos los casos examinados el umbral neuroléptico está lejos de alcanzarse. Ni trastornos extrapiramidales groseros, ni otros graves; Parkinson, discinesias, y mucho menos, acatisias... Por desgracia, en los neurolépticos, el azar juega un papel importante, mi general. Decía Engelmeier en su obra *Neuroleptische Therapie und Stammhirntrias* de la cual poseo un ejemplar de inestimable valor...

»—¡Cállese, cállese, cállese!

»Sin mostrar ningún signo de enfado, el doctor Grunthal guardó silencio,

contemplando beatíficamente la descompuesta expresión del general. Hizo un débil gesto hacia la botella, pero ni el Ritter, ni Otto, que observaba a su amo con singular atención, le hicieron caso.

»—Le he comprendido perfectamente, doctor. ¿Cómo es posible que los análisis, iniciales no revelasen ese componente en la atmósfera?

»—Porque puede no estar en la atmósfera. Puede ser una vibración del éter, una radiación de este sol, o puede ser algo que no está... Por ejemplo, este planeta es muy escaso en litio, y todos sabemos que la escasez de litio...

»—Basta. Hay dos problemas que enfrentar, doctor. El primero de ellos es el siguiente: ¿Hay alguna posibilidad de que un medicamento, o lo que usted quiera, haga volver al personal a mis órdenes a su estado inicial?

»—¿Eso? Yo creo que sí... Por curiosidad, preparamos una mezcla de estimulantes, que puede dar buen resultado... Nos entretuvimos mucho con ello, en el departamento. Tenemos cincuenta dosis, nada menos...

»—Pues empiece usted por ponerse una de ellas, y traerme otra a mí... Y necesito para esta noche veinticinco mil dosis... Vamos a arreglar de una vez a ese Ingalls y a todos los demás...

»El doctor Grunthal no contestó ni una palabra. Por primera vez parecía disgustado. Sin embargo, no manifestó nada en contra de los deseos del general, a pesar de lo cual éste observó claramente su palidez.

»—Ponle un poco más de bebida al doctor, Otto. Le hace falta. Y ahora hablemos del segundo problema que me preocupa. No disimule, doctor, sabe usted bien a qué me refiero: al condicionamiento estelar.

»El Ritter Von Graffenfried había pronunciado la palabra prohibida. Mirando a otro lado, el doctor Grunthal bebió ávidamente su dosis. El condicionamiento estelar era algo que muy pocos conocían, y estos pocos preferían no hablar jamás de ello.

»—¿Puede usted decirme, doctor, que ocurriría con el condicionamiento estelar si este proceso de degeneración continuase?

»—Creo que sí... —contestó el doctor, con voz muy débil—. Como Vucencia sabe, el condicionamiento estelar se ha utilizado raramente en los últimos decenios; sólo en aquellos casos de extrema necesidad o peligro...

»—Como éste.

»—Como éste, mi general. El tratamiento no es bien conocido, ni siquiera por nosotros, los especialistas. El gobierno de la tierra, la otra, lo mantiene como secreto de Estado. Pero no es difícil deducir algo... Es un tratamiento mental y genético a la vez... Cómo se hace, lo ignoro, aunque sé que todos los miembros de esta expedición, incluyendo a Vucencia, y a mí, lo hemos sufrido... Vucencia recordará la cámara oscura y las luces, las inyecciones y los ultrasonidos...

»—No es necesario que me recuerde eso, doctor. Continúe.

»—Eso, tan desagradable, era sólo el principio. El resto se producía en estado de absoluta pérdida de conciencia e implica unas transformaciones que no conozco a

fondo. Sé, de todas maneras, que tiene por objeto evitar que personas situadas en puestos clave pongan en peligro al resto de la Humanidad... Puede producir la muerte en una persona a quien se trate de forzar a revelar un secreto vital para la Humanidad... o bien una total o parcial amnesia; o bien, una imposibilidad de percibir el dolor... o en otros casos, el gasto repentino y fulminante de las energías vitales para salir de una situación apurada, aun cuando ello lleve consigo el fallecimiento posterior del... individuo. Pero sólo se desata ante acontecimientos inmediatos e inminentes, y estos no lo son aún... Podrían serlo si se llegase a una rebelión absoluta, o a una situación de amenaza extrema... El mero abandono de funciones, mientras no se manifieste como rebeldía contra el sistema, expresada de forma concreta y consciente, no producirá efecto alguno...

»—¿Y si fuera así?

»—No lo sé, mi general... Si fuera así podrían suceder muchas cosas... Parálisis hereditarias; locuras colectivas, muerte de las personas claves de la rebelión... a no ser que algún otro componente desconocido dulcifique las consecuencias del condicionamiento. Lo que suceda puede ser hereditario, o no serlo. No lo sé... el condicionamiento estelar, por su propia naturaleza, es secreto para aquellos que lo reciben... Si no, podrían ser tratados y prescindir de él...

»—¿Puede hacerse aquí ese tratamiento?

»—Definitivamente no, mi general. No sabríamos cómo hacerlo... Las barreras mentales, las alteraciones físicas, y los cambios genéticos establecidos ofrecen miles de millones de combinaciones... En la sede del Gobierno se guarda, reservadamente, la clave exacta y los medios utilizados en cada caso... y sólo ellos, nada más que ellos, pueden realizar la operación en sentido contrario...

»—Está bien. Puede usted retirarse, doctor. Quiero esas veinticinco mil dosis para esta noche. Ponga a trabajar a toda su gente...

»Para todos los integrantes de la expedición fue un día cargado de tensiones. Puede que un sexto sentido les diera a entender que estaban produciéndose terribles cambios, o quizás alguien hubiera hablado demasiado. Lo cierto es que la desmoralización cundía en las diversas y separadas secciones de la nave... y junto a ello, un deseo, mal expresado, de que sí, que podía seguirse construyendo el arma, y montando las instalaciones, pero que eso no requería demasiadas prisas. Todo era compatible con que la tripulación de la *Athelstane* gozase de los bienes del planeta recién descubierto, y pudiera llevar una vida libre...

»La patrulla que condujera a Ingalls, estúpidamente, le había permitido marcharse a su sección. Desapareció esa tarde, juntamente con la azafata Brown, y un transporte cargado de herramientas y semillas...

»En otros lugares se producían hechos muy semejantes. Los laboratorios de neurología habían comenzado a trabajar lentamente en la producción del estimulante, pero sin tomarse demasiado interés, y a la caída de la noche, sólo tenían disponibles mil quinientas dosis. Sin embargo, estas dosis no llegaron a usarse nunca. Pasaron las

horas sin que de las silenciosas habitaciones del general Von Graffenfried surgiera una sola orden, ni se llamase a nadie. Había ordenado terminantemente que no se le molestase en absoluto, y su criado había visto que estaba preparando los planes para reconquistar y dominar las secciones con ayuda de veinticinco mil hombres recién drogados con el potente estimulante...

»Cayó la noche; una noche bella, con el cielo cuajado de estrellas, como diamantes engarzados en terciopelo. A la luz de la luna creciente, silenciosos grupos cargados con enseres salían de la sección de mando y se perdían en el bosque próximo... Los almacenes estaban siendo saqueados sigilosamente. El tercer oficial. Jorge de Belloc, se puso en contacto por radio con otras secciones, y comprobó que en ellas estaba sucediendo algo similar... Aún había gentes que preferían quedarse a vivir en medio de la seguridad mecánica y médica de las secciones, pero casi la mitad estaban huyendo hacia diversos lugares de la tierra. Había mapas, caminos trazados, y conocimiento casi perfecto del lugar de destino de cada familia... Y las conversaciones, con la irresponsabilidad más absoluta, se desarrollaban a plena voz. Estos iban al Valle del Eco; aquéllos a la meseta situada cerca del océano; unos iban a tener ganado; otros a poner una fábrica de loza... Se formaban ya núcleos de población, caseríos, barrios, por lo menos de palabra... Muchos deseaban estar solos... otros preferían vivir con dos o tres familias. El deseo de soledad era grande, después de toda una vida encerrado juntamente con millones de personas... Se habían olvidado ya los primitivos tesoros: las piedras, las ramas, el agua de roca, las frutas... eso era ya algo que estaba al alcance de cualquiera, y ahora pensaban todos en tesoros todavía más grandes... Causaba felicidad ver a los niños corriendo libremente, perderse en el bosque, junto con sus padres, unos arreando una pareja de vacas, otros transportando las herramientas necesarias para una fundición, aquéllos llevando semillas, arbolitos y arados; éstos, con los frascos y los materiales del laboratorio químico, o con los de carpintería... Las entrañas de la nave se vaciaban paulatinamente; pero la sangría de gentes y materiales no se notaba apenas... Las cantidades de ganado sobrantes serían más tarde liberadas en Europa y África... los materiales y maquinaria permanecerían donde estaban, oxidándose lentamente bajo el viento y la tibia lluvia de primavera...

»Y ni un solo rumor salía del cerrado camarote del general. Transcurrió la noche entera; una noche fantástica, de dimensiones que, para nosotros, fueron tan gigantes y decisivas como otras jornadas para aquella triste humanidad que habíamos dejado atrás, a cientos de miles de parsecs de distancia...

«Cuando comenzó a amanecer, una pequeña partida, encabezada por Jorge de Belloc, se acercó a las habitaciones del comandante... Durante buen rato permanecieron dudosos en la puerta, que los guardias habían abandonado horas antes para unirse a la corriente de colonos... Es cierto; dudaban, y a la vez tenían miedo. Estaba con ellos el doctor Grunthal, que ni se había molestado en traer consigo la ridícula cantidad de dosis fabricada. Durante la noche había visto huir a médicos,

cirujanos y especialistas, llevándose a sus familias o a quienes querían ir con ellos, y llevándose también instrumental quirúrgico, medicinas, gabinetes portátiles de dentista, autoclaves, botiquines... Todos tenían miedo de que, al abrir, cayese sobre ellos la amenaza de usar las dosis y de volver a la disciplina... Por fin, el mismo Jorge de Belloc, haciendo un esfuerzo, abrió la puerta.

»El general yacía de bruces sobre la mesa de despacho, muerto. Un limpio agujero en su sien derecha, del que había caído un ligero hilo de sangre negra, manchando el pálido rostro y los documentos que había sobre el tablero, explicaba claramente el motivo del ininterrumpido silencio nocturno. Lo sentimos todos, verdaderamente. Hubiéramos querido que el Ritter se convenciera, como los demás... y no que muriese así, estúpidamente, y a solas, sin una mano amiga.

»El doctor Grunthal tomó un color cadavérico y sus labios exangües murmuraron las palabras: «Condicionamiento estelar... un hecho concreto...» Pero nada pasó... de momento. Todos salieron de allí, dejando el cadáver, y el proceso que aquella noche se había iniciado, continuó adelante, sin que ya nadie se opusiera a él.

«Poco queda por añadir. El general fue enterrado no lejos de la sección de mando, y la suya fue la primera tumba que se abrió en la tierra fértil y agradecida de este planeta que tanto amamos todos ahora. Duerme aún allí, bajo los altos cipreses, con el pequeño montículo coronado de hierba, y la helada luz de las estrellas rozando cada noche ese lugar de reposo. Siempre hay alguien que le recuerda por lo bueno que pudo tener, y siempre hay alguna flor en su tumba sin nombre, bajo la rústica cruz de madera, depositada por quien más pudo sentir su muerte.

»Los años pasaron, y las comunidades, pueblos y caseríos se asentaron sólidamente. Otros grupos, muy numerosos, permanecieron viviendo en las secciones de la nave. Salían, aprovechaban el aire y el sol, cultivaban la tierra... pero les daba miedo perder las comodidades que la tierra no podía dar... Y más que nada, los servicios médicos, que los doctores establecidos en las lejanas poblaciones sólo podían suministrar con medios muy limitados. Bien es cierto que era frecuente que trajeran algún enfermo grave de algún pueblo cercano, o que nos pidieran ayuda, para curar a alguien, para mover una roca, para construir un puente... Se les daba... e incluso resultaba entretenido. Las cosechas eran abundantes: el ganado se reprodujo rápidamente... no nos faltaba nada.

»Pero el condicionamiento estelar se manifestó de una forma con la que nadie había contado. Cada vez más rápidamente, la gente olvidaba quién era y cómo había venido allí... Les parecía haber vivido allí siempre... Algunos, los más inteligentes, como Jorge de Belloc, que ahora era una especie de jefe sin mando de la ciudad (llamaban así a los módulos de la nave) se dieron cuenta de ello...

»Un día, cuando ya habían transcurrido cerca de quince años desde la muerte del general. Jorge de Belloc tuvo una conversación conmigo.

»He decidido —dijo— elevar la ciudad... quiero decir, la nave entera, a una órbita sincrónica... por lo menos durante una temporada. Aún quedan suficientes

reservas de energía, y ello no representa riesgo alguno... ¿Sabes? Lo haré dentro de tres meses y hay bastantes que están de acuerdo conmigo... Se dan cuenta de que olvidan todo lo relativo a nuestro viaje, la tierra donde nacimos, la muerte del general... y no quieren que sea así. Por otra parte, los que viven en esta tierra no nos necesitan ya. Incluso les molestamos. Dicen que la electricidad es mala, que mata la vida en los bosques... Únicamente tienen un telégrafo rudimentario, de muy bajo voltaje, y aún eso, según dicen, no es demasiado bueno... Pero las máquinas, los aparatos, los generadores de la ciudad... son un crimen. Yo no los entiendo... ¿Los entiendes tú?

»Yo tampoco había querido salir de la ciudad, y no los entendía muy bien. Pero alguna razón debían tener, y así lo dije a Jorge de Belloc...

»—Lo hemos comunicado a todos los sectores de la ciudad y a aquellos pueblos que ha sido posible... Casi ninguno ha vuelto, y unos cuantos se han marchado... Daremos tiempo para que cada uno tome su decisión... Y tú... ¿qué vas a hacer?

»Yo tenía mi decisión tomada hacía tiempo. Estaba viendo venir esta escisión entre los habitantes del planeta, y había contado con muchos días para pensarla. Quería quedarme allí, y así lo dije, pero no en ninguna comunidad. No. Yo me quedaría en el hueco de la Columna maestra, aquella en que se asentaba nuestro módulo... El anteriormente llamado módulo o sección de mando. Y así fue. Antes de que Jorge de Belloc diese la orden, le pedí unas cuantas cosas, y le prometí mantenerlas mientras viviera. Lo he cumplido.

»Tres meses más tarde. Jorge de Belloc dio la orden. El módulo de mando se levantó en el aire, majestuosamente, y se alzó hacia el firmamento. Una a una, las restantes secciones fueron despegando de sus bases y uniéndose a la primera, para reconstruir de nuevo lo que había sido en otro tiempo la nave *Athelstane*. Después, con toda la gloria de su grandeza, la nave se perdió en el azul del cielo.

»Supongo que sigue allí, porque a pesar de la promesa de Jorge de Belloc, no han regresado... No creo que hayan regresado a la tierra original, ni que hayan muerto. Lo más probable es que, a pesar de sus intenciones de evadir las consecuencias del condicionamiento estelar, éste haya actuado arriba... haciéndoles olvidarse de nosotros.

»Permanezco aún solo y diez años más han transcurrido desde que la nave volvió a elevarse a los espacios. Mi muerte está ya muy próxima, a pesar de que las excepcionales condiciones de esta tierra me han permitido alcanzar una longevidad casi increíble. Sé que no se estableció ninguna comunicación con nuestro planeta de origen, y que las instrucciones reservadas del general contenían como posibilidad la de que se perdiera la nave entera, cuerpos y bienes... Quizá lo crean así.

»Salgo con frecuencia, y a veces veo cazadores vestidos con trajes de ante, o con tejidos burdos, armados de escopetas de pólvora. No quieren saber nada de armas eléctricas, y todo el instrumental de ese tipo se pudre bajo la lluvia y el rocío. Han creado una especie de teoría o idea, nueva, llamada el wu-wei, que nunca he logrado

entender bien. También es cierto que no se han molestado en explicármelo...

»Mi convenio con Jorge de Belloc establecía que sólo él o sus descendientes entrarían en esta cripta. No fue difícil preparar un control de sangre para que la puerta se abriese solamente cuando fuera un auténtico Belloc el que quisiera entrar... El vehículo, la hornacina con el complejo para toma de sangre... y por último, esta grabación, que acabo de hacer, sintiendo ya en mi débil cuerpo el frío de la muerte próxima.

»A tu derecha, descendiente del tercer oficial de la nave terrestre *Athelstane*, hay un pupitre de mando. He consignado letreros que aclaran suficientemente las diversas resoluciones que es posible tomar. La primera sección del pupitre corresponde a una planta automática de fabricación del estimulante; opérala, si es ese tu deseo, y suminístralo a los hombres... No sé si lo que produzcas en ellos, privados del influjo de este mundo al que tanto amo, será bueno o malo... decídelo tú. La segunda sección contiene un duplicado de los mandos de la nave; acciona la palanca central, si crees que es mejor decisión, y la nave se descompondrá en sus secciones y bajará para posarse en las columnas de aterrizaje... ¿Será bueno que los hombres de la nave se mezclen con los de esta tierra? No lo sé tampoco. En tus manos está el decidirlo... Y por último, la tercera sección es una radio subterránea... ¿Quieres, acaso, comunicarte con la lejanísima tierra? Hazlo así, si estimas que es lo mejor...

»O no hagas nada, si es ese tu gusto. Dejo en tus manos las responsabilidades que he guardado durante tanto tiempo... La pila atómica que alimenta esos ingenios, y gracias a la cual escuchas esta grabación, permanecerá en acción durante unos cientos de años... Nadie ha sabido decirme exactamente cuántos. Ni creo que importe mucho...

»Sólo recordaré, para terminar, la última frase que le oí a Jorge de Belloc, antes de que partiera con la nave. Después de oírla, mi alma se ha sentido más tranquila, y he seguido colocando flores diariamente, con más fortaleza de espíritu en la tumba del general Von Graffenfried. Porque Jorge de Belloc fue el único que vio en mi mano la llave de las habitaciones del general, y no dijo de ello una sola palabra... Pero en sus ojos, cuando se despidió de mí, se leía la comprensión, el perdón, y hasta diría yo que el agradecimiento... Sólo él sabía que yo era demasiado viejo, y que ocupaba un puesto de tan poca importancia, que no había valido la pena gastar en mí las ingentes sumas que costaba el condicionamiento estelar. Sus palabras, muy simples, pero que han sido un recuerdo continuo para mí, fueron solamente estas:

»Adiós, Otto. No pienses más en ello... y gracias; desde el fondo de mi corazón, gracias por todo».

La pantalla se extinguió, bruscamente, borrándose de forma total la faz torturada del anciano. Hubo una brusca, caída de tensión en los brazos de Sergio, que se encontró con las manos asidas como cepos de acero a los brazos del sillón. Sobre todo, durante la última parte de la historia, una potente angustia había ido apoderándose poco a poco de su corazón; durante algunos pasajes, le había parecido

que iba a perder el conocimiento, y en dos ocasiones estuvo a punto de levantarse y huir de allí... El condicionamiento estelar operaba en él con muy escasa fuerza, o su estancia en la tierra le había dado una fortaleza inesperada, porque aguantó. Un par de miradas a su primo le convencieron de que, desde el principio de la narración, estaba en un estado de catatonía completa, total y absolutamente inconsciente... Sentía como un helado rocío correr por su rostro, y cuando trató de secárselo con el dorso de las manos, vio con sorpresa, que estaban rojas de sangre... No era sudor frío; era como un leve lagrimear de sangre en la piel, como consecuencia de la tenaz porfía por no huir ni perder el sentido ante las palabras del anciano...

La fuerza estaba de nuevo aquí, avasalladora, imposible de dominar. Notaba otra vez en las palmas de las manos la misma energía sin nombre que le permitiese dulcificar los últimos momentos de la vida de Amílcar Stone, y en su mente, que la última comprensión, el último paso... estaban próximos. Edy, Edy. Imágenes de la joven, mezcladas con las arboledas de la tierra, los ríos de aguas azules, las palabras del anciano Otto, daban vueltas en su cerebro.

Se levantó, tambaleándose, y se aproximó al pupitre de mando. En su rostro había una triste y decidida sonrisa. Examinó atentamente las posibilidades que el anciano había explicado, mientras continuaba sonriendo... ¡Pobre Otto! ¡Pobre e ingenuo Otto! En su simplicidad, no había pensado que existía una cuarta posibilidad... la más sencilla.

—Y la que tiene un mejor wu-wei —dijo automáticamente. Y su voz resonó con lóbregos ecos en las paredes de la cripta.

Abrió uno de los costados del pupitre, hasta encontrar lo que buscaba... Después, permaneció unos segundos pensando intensamente. Por fin la sonrisa se hizo más abierta, y sus manos se movieron hábilmente buscando un mando que era muy sencillo, y que necesariamente debía encontrarse allí. No le costó mucho hallarlo; era un simple interruptor, con un marcador de tiempos al lado. Puso este último en la fase más lenta, y conectó el interruptor. Hubo una ligera vibración en las luces, que se extinguieron durante un segundo, brillaron con fuerza y volvieron a lucir nuevamente con el mismo fulgor moribundo.

Alberto continuaba en el mismo estado, con los ojos muy abiertos; pálido, la frente cubierta de un sudor viscoso; los miembros completamente endurecidos. Fue en vano que Sergio intentase levantarlo para cargárselo al hombro y sacarlo de allí... el cuerpo del noble parecía una sólida masa de músculos anudados entre sí.

Sergio lo contempló con compasión cada vez más intensa. Sin duda, cuando su padre, el asesinado Presidente Carlos, bajó a la cripta al llegar su jubileo, habría sucedido algo igual. Creía recordar que después de que su padre entró en la cripta, ésta había permanecido dos días cerrada, hasta que, desencajado y macilento, el Presidente había vuelto a salir. Sin duda la propia naturaleza acababa venciendo el colapso impuesto por el condicionamiento estelar; pero eso no era inmediato.

Lentamente, tratando de concentrarse y de sentir por su exánime primo el mismo

amor que sentía por el mundo que le rodeaba, Sergio alzó las manos y las colocó con suavidad sobre la frente del durmiente. La notó viscosa y helada, como la de un muerto reciente. Sintió también el espeso bloque mental que había inhabilitado temporalmente a Alberto, y luchó contra él... Pensó intensamente en ello, en el futuro de este mundo, en lo que les esperaba a todos. Percibió, naciendo del fondo de su ser, un penetrante, avasallador deseo de liberar aquella mente esclava... de tomar sobre sí el sufrimiento que fuera preciso, con tal de que Alberto volviera a la vida. Captó los pensamientos del noble, su creencia en la Ciudad, su deseo íntimo de ser Presidente, su satisfacción por serlo ahora, y continuó la lucha. Algo como un chispazo al rojo blanco le atravesó el cerebro; se retorció de dolor, pero continuó lanzando oleadas de energía sobre esa pobre mente que estaba en sus manos... «Por todos —pensó—, por mí mismo, por ti, Alberto, tomaré tu dolor...». Un último y virulento espasmo le causó náuseas; sintió un mareo, y sus manos se separaron de la frente del enfermo...

Alberto se puso en pie, con el rostro blanco, los labios como dos finas líneas sin sangre...

—Lo ves... —dijo, con voz muy débil—. Tu padre tenía razón. Sólo viejas banderas desgarradas... ¿Nos vamos?

Amanecía mientras Sergio caminaba a través de las grandes arboledas. Sentía dentro de sí cómo la fuerza avasalladora que le ayudó a curar a su primo no había desaparecido, sino que era en este momento, más potente que nunca, esperando un solo paso más para desatarse del todo.

Llevaba en las manos un rifle de cañón esmaltado en negro y oro, con hermosa llave de pistón, cincelada en acero, y la culata de nogal tallado y pulido. Sólo había solicitado tres cosas de Alberto; una era ésta, que le había sido traída, inmediatamente, del museo presidencial. Las otras dos eran que no hubiese más jubileos, y que se permitiese bajar a la tierra a aquellos que lo deseasen de buena fe. Todo había sido concedido apresuradamente, como si existiese cierta prisa por perderle de vista. Una nave le había bajado hasta la tierra, y después había regresado, apresuradamente, a la meseta del palacio presidencial. Sólo unas pocas figuras habían contemplado su marcha, apiñadas como un grupito de hormigas, en la puerta de palacio.

Después había caminado por el valle, respirando a pleno pulmón el sabroso aire de la tierra, y pensando intensamente en Edy... recordando los campos que rodeaban la casa, los alegres ojos grises, el cuerpo de mujer que por primera vez había tenido en sus brazos... Borró, automáticamente, el recuerdo desagradable de aquella máquina llamada Ana Arnold, y la visión momentánea del conde Ratkoff, tendido en el suelo, con el pecho destrozado. El olvido era bueno a veces...

De los árboles emanaba un intenso aroma a corteza fresca, a hojas en crecimiento, a savia que volvía de nuevo a circular. Algo como un olor distinto se infiltró en su

olfato; era el olor de madera de encina, quemándose lentamente, y le acompañaba el aroma del café recién hecho...

Allí, apoyada en un tronco tan viejo como el mundo mismo, había una figura vestida de ante, teniendo al lado un rifle de plateado cañón y culata de hermosa madera roja.

—Has vuelto —dijo el Vikingo, y le tendió la mano. Al sentir en la suya la mano de su amigo, una fuerza se desató en el interior de Sergio. Le pareció que algo de lo cual él era solamente una parte muy pequeña arrastraba en un turbión de energía desencadenada el planeta entero con toda su carga de seres humanos, vegetales, minas, oquedades escondidas en las profundidades que nadie había visto, volcanes rugientes, lluvias, ríos alborotados, tempestades, vientos... No; el wu-wei no era solamente, la comprensión del otro hombre como hombre, y no como entidad enemiga; el wu-wei no era solamente la comprensión del mundo, y la intención de no dañarlo... Era algo más; una síntesis de ambas cosas; algo tan profundo e intenso que se sentía en lo más interno del alma... Era el comprender el espíritu complejo y vivo del planeta en que habitaban; el colaborar con él, el ayudarlo, el ser uno más con todo lo creado... Era la última comprensión de cada acto humano, hasta el punto de existir una percepción inmediata y exacta de lo que cada pequeño movimiento tenía, y si ello iba a ser perjudicial o beneficioso (mal o buen wu-wei) para el mantenimiento de las relaciones mutuas entre la tierra y los hombres que la habitaban... Ni los hombres debían cambiar la tierra, ni ésta debía cambiarlos a ellos. Pero no eran cosas distintas, sino un todo único que avanzaba en la eternidad hacia un destino perdido en los más lejanos remansos del tiempo... El tener dentro esa sensación de conocimiento inmediato era la suprema felicidad, pero también la responsabilidad más extrema. Todos, en la tierra, tenían un cierto sentido wu-wei de la vida, pero sólo un Profe wu-wei sabía lo que había que hacer en cada momento, qué decisión era acertada o no, y cuándo convenía tomarla. Quizás al principio le había confundido la palabra, porque un Profe wu-wei no era alguien que obrase conforme a normas establecidas y las enseñase... No era un Profesor wu-wei...

—¿No? —dijo el Vikingo, muy suavemente, sin soltarle la mano...

No. No estaba orientado hacia el pasado, hacia el aprendizaje de algo que luego se enseña. Era hacia el futuro... algo que se tenía dentro o no se tenía. Una hoja de árbol caída al suelo por la acción del hombre... pequeño mal wu-wei... Una nave como la *Athelstane*... pésimo wu-wei para el mundo, si las cosas se desarrollaban tal como los tripulantes de la nave hubieran querido... El ser Profe wu-wei era una fuerza individual, como pequeños grumos de levadura que en el conjunto de la vida terrestre, tal como era ahora, lo mantenían todo invariable, sin que una y otra fuerza, los hombres y la tierra, se dañasen entre sí... No. Un profe wu-wei, por ello, era, verdaderamente, un profeta wu-wei...

—La no acción —susurró Sergio—. La no acción entre ambos... Y el saberlo de antemano... Yo, yo... creo que sabía... ahora sé... sé que lo que he hecho es lo

mejor...

Y ello estaba unido a una cierta fuerza mental, producida quizá por la serenidad de espíritu o por el mismo conocimiento de su misión. Un Profe wu-wei no podía ser orgulloso ni despreciar a nadie, por propia naturaleza... era un ser aparte; pero también era uno más. Como el Vikingo... como el ciego violinista...

El sol brillaba ya acogedoramente sobre aquel mundo inmenso, sobre aquella tierra fértil y eterna, dispuesta a llevarles a todos en su carrera hacia el infinito...

La mano del Vikingo continuaba en la suya, y en sus ojos había una profunda luz de comprensión.

—Bienvenido, hermano —dijo—. Bienvenido a nosotros. Profe wu-wei...

A lo lejos, tras ellos, la Ciudad se replegó sobre sí misma y se alzó nuevamente en el espacio, mientras en el fondo de la cripta, la pila atómica, cortocircuitada por Sergio, gastaba rápidamente su energía, haciendo imposible en el futuro tomar ninguna decisión.

## EL CLARINAZO MATINAL Y AVISADOR IRREGULAR DE LA GRAN REGION EUROPEA

Precio: a convenir, pero eso no quiere decir que lo regale.

Número: No me acuerdo

Redactor Jefe: Serapio Marcilla

---

### DE HACE UNOS DIAS

---

*Lo que le sucedio a Zacarias Gomez cuando estuvo en Africa. Dicen por ahi que hen la ultima espediczion del Caputan Grotton a Fafrica, en la que segun parese, murieron hunos kuantos centenares de personas, y alguna muger, a un tipo que le llaman Zacarias Gomez, y que segun parece no tiene hotra procesión que la de sablear a sus amijos para poder ir saltando de un xitio a otro xitio, le endiñaron, no se save muy bien por adonde; si por hadelante, o por hatras, un droga maravillosa que ¡balgame! le produjo tan fuherte grado de ecsitasion que el tio no fue capas de esperar a que alguna femina joben y ermosa se le pusiera al alcance. ¿ke es lo ke hizo el cavallero en kuestion? Ni mas ni menos que comensar a encorrer monas (si haveis oído vien; monas de esas que se suven a los arboles, de esas ke llevan pelo por tos lados, y hacen ¡iiiih! y ¡juark! ¡juark!) ya e perdido el ilo. Y encorriendo monas se pasó toda la jornada con gran bullicio de toos los que le contemplavan. Al final, consiguio capturar a una mona bieja y cometio con ella el delito de hadulterio que sus podéis imajinar. Creemos que la cosa kauso gran risa entre la trivu de monas, porque segun desian todas, se habia ido con la mas fea. Como no se kedo satisfecho el señor, dicen que luego kiso capturar a hotra, pero que no pudo, y pretendio hacer lo mismo con un helefante, con los resultados que os podeis pensar. Y si no lo pensais, es ke sois tontos del trasero, y no mereseis leer un periodico inteleztual y culto como este. ¡Estate quieta, Clarita! Perdon, ke esto no es del articulo. Parese ke Zacarias Gomez salio bibo de la aventura, aunke tuvo que ir al doztor Van Boren, para que le apañase ciertas resultas que le avian quedado en cierta parte puntiaguda y con funda. ¡Ombre, Zacarias, a ver si no somos asi de marranos, karanba, que hay muy buenas mujeres en heste mundo, y no es presiso buscarles las koskillas a las monas y los mamutes! Aparte de ke sabemos que estas juntado con una moza de Nueva Hestoril, y que tienes quince criaturitas con hella, y que la mastas a travajar para mantenerla. Vergüenza nos da que existan tales tipos por ahi.*

SERAPIO (Sin mona)

---

### HANUNCIO

---

*Habenido un joben llamado Eduardo para decirnos que a puesto una fabrica de kurtir pieles a unos trescientos kilometros de Angoe, Hange, Hangoo, o como se diga, que no se yo de esas cosas, y dice tambien que las suyas son las mejores para todos los trabajos y necesidades. Debe ser verdad, porque nos a regalado dos pieles de sorro, y un chaleco de ante, conque a ver si todos cambiais vuestras pieles en el establecimiento de Eduardo.*

*NOTA DE LA REDAJSION. Cambiamos el chaleco por otro, Eduardo, que nos viene pekeño; o si no, veras lo ke pone de tu puerca favrica el prosimo numero.*

---

### ***ECSPEIDION A LITTLE AMERICA***

---

*El Capitán Grotton, sijiendo con su mania de dejar ke los vandidos hagan lo ke les de la real gana, ha salido huyendo asia Litttle America, con el pretesto de traer mineral de kobre, por encargo del Herrero Morris. Afortunadamente se an ido con el una pandilla de desaprensivos y jorrones que mas vale no tenerlos hen kasa, ya que paresian la langosta en kualquier sitio que pasaban. ¡Adiós Capi, y que tardes en volver!*

## XIII

### LOS VISITANTES DE LAS ESTRELLAS

—Me temo que esto te va a costar otro disgusto, Manchurri —dijo Sergio, doblando el periódico—. Y puede que no tengas quién te ayude.

El Manchurri acabó de cerrar las puertas del carromato y echó una nueva mirada a los recién adquiridos bueyes, que pastaban beatíficamente en un montón de heno. A cincuenta metros, brillaba la luz del farol en la veranda, mostrando algunas figuras sentadas.

—Puede ser —contestó el Manchurri, exhibiendo un esquelético brazo y tratando de hinchar un músculo inexistente—. Buen genio tengo yo, señor, para que nadie se meta conmigo, que desde que tuvimos la aventura del Saurio, y la otra aventura con el mago Herder, a quien, según dices, los demonios se llevaron...

—No eran demonios...

—Pues lo que fueran... Y con lo que pasó en África, y lo de la Ciudad del Espacio, ya tengo material suficiente para escribir sustanciosas novedades... Habré de interrogar también a esa mujer horrible y deslenguada, esa Marta, con la que no sé, señor, cómo has sido capaz de juntarte. Pero ¿verdaderamente es posible que ella y la señora Edy, tan fina y amable, se lleven bien?

—Te aseguro que sí.

—Porque lo dices lo creo... porque no basta sólo que ya tengas que repartir tus favores entre ambas, cosa que no todas aguantan, ni todos, en el caso contrario, sino que además, resulta que hay que aguantar a esa lengua de víbora...

—Desde luego que tiene mala lengua —contestó Sergio—. La ha tenido siempre. Pero ni a Edy ni a mí nos asusta... Por otra parte, quiere a los niños horrores...

—¿Y ella, no...?

—No; ella dice que no quiere tener hijos. Bueno, yo normalmente duermo con Edy... ella sólo... no sé explicarlo. Es distinto.

—Claro que es distinto —contestó el Manchurri, comenzando a caminar hacia la casa—. Como que si fueran las dos iguales, cualquiera las aguantaba... y es bastante con una, aunque tenga el carácter dulce de la señora Edy...

—Sí, sí; dulce —dijo Sergio, quejumbrosamente, mirando al cielo—. A ver si es posible que ya que habéis venido, nos saque un poco de ginebra... porque a mí me la ha prohibido y no hay manera de convencerla...

En la veranda se hallaban los demás esperándoles; Edy sentada en un sillón, con el pequeño Jorge en los brazos, dormido completamente, como una pelota de carne, y exhalando de vez en cuando un leve sonido de satisfacción. Marta se hallaba recostada en la pared, con las botas colocadas sobre la barandilla de madera, pelando un trozo de nogal con su ancho cuchillo de monte; a su lado, el Vikingo, sin decir una

palabra, miraba a lo lejos. El fresco relente nocturno agitaba a veces las llamas de dos lámparas de aceite, trazando sombras bailoteantes sobre la pared de piedra.

—¿Y ése, quién es? —preguntó el Manchurri, señalando a una figura sentada junto a la puerta, silenciosa y grande, de la que sólo se veía un rostro barbudo y unos fenomenales antebrazos.

—Es un forastero —dijo Edy, sonriendo—. Lleva aquí dos días. No habla mucho... vamos, la verdad es que no habla nada. Parece ser que tiene que ir a Abilene, a que le saquen una muela. Pero le da miedo, y se ha quedado aquí. Es muy fuerte, y nos ayuda mucho... suponemos que cuando las muelas le duelan en serio se irá otra vez.

El forastero hizo un ligero gesto con las grandes manos sin decir una sola palabra.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo el Vikingo.

—No ha sido en vano... —contestó Sergio, ocupando un sillón entre Edy y Marta—. Hay muchas cosas de las que no me acuerdo ya... Resulta que se vive, se lucha... y luego... ¡es todo tan igual! ¿Habéis visto al Capitán Grotton?

—No te has leído el «Clarinado» entero, señor —intercaló el Manchurri—. ¿No has visto las últimas noticias? Ha construido un barco, y ha jurado que lo traería de Little América cargado de mineral de cobre... Si vuelve, porque el Capitán se quedará en cualquiera de esas cosas que hace...

—No es fácil —contestó Marta, roncamente, sacando un gran cuchillo de monte y procediendo a limpiarse las uñas con él—. ¿O es que te crees tú, bota de vino, que el Capitán Grotton es un alfeñique como tú?

—Métete en la cama con una serpiente, antes que con mujer soez y deslenguada —comentó el Manchurri, mirando a otra parte.

—La deslenguada lo sería esa socia que te pescaste el otro día en Abilene, que no sé lo que hará con la lengua, pero seguro que la usa para algo más que hablar, ¡ceporro!

—La hembra fura, metida en un talego y al río —sentenció el Manchurri—. Me parece. Marta, que vas a acabar saliendo en un número del «Clarinado».

—No lo verán tus ojos... porque te los sacaré con este mondadientes —aseguró la mujer, blandiendo de forma amenazadora el gran cuchillo.

—Bueno; vale —dijo Sergio—. Si queréis, os pegáis de verdad, aunque te veo mal si eso pasa, Manchurri.

—¿Os pongo algo de comer? —dijo Edy, un poco molesta. Aunque era broma, y ninguno de los dos se lo tomaba en serio, estos altercados verbales no acababan de gustarle.

—Ponle a esa un haz de paja...

—Basta ya; vais a despertar al niño.

—Eso sí que no —cortó Marta—. Al niño no lo despertéis, u os rajo.

—Mirad —dijo el Vikingo.

En la profunda oscuridad, un trazo luminoso, dorado, cortaba el cielo de un lado a

otro, en sentido descendente. Lo vieron pasar a lo lejos, dejando un rastro de chispazos...

—¡Es una nave! —dijo el Manchurri.

—Seguro que es una nave... —contestó Sergio—. Habían prometido no mandar ningún condenado más a la tierra, y creí que lo cumplirían... Pero, un momento...

Sus ojos se cruzaron con la mirada del Vikingo, y los dos asintieron a la vez.

—Es buen wu-wei... No pasará nada malo... —continuó Sergio—. ¿No es así. Vikingo?

—Seguro...

—Entonces sólo puede ser... que han permitido bajar a alguien que lo deseaba. Quizás el Edecán Walther, o quizás otros... No; no hay nada malo en ello... De todas maneras, convendría que mañana echásemos una ojeada...

—¿La echamos a cara o cruz? —dijo el Manchurri.

—Échalo a ver, pero salga lo que salga yo iré...

—Y yo también —dijo el Vikingo.

—¿No nos íbamos mañana? —dijo Marta.

—¿Que os ibais? —preguntó Edy—. ¿Quiénes?

—Bueno; mira... —contestó Marta, sacando del bolsillo del pecho un cigarro negro y retorcido—. Yo he pasado un año estupendo con vosotros, contigo, Edy, y con Sergio... Nos hemos entendido muy bien los tres... pero estoy cansada de estar en el mismo sitio... Quiero mucho a Sergio, a los niños, y todo eso, y habrás visto, Edy, que como he sido la segunda en llegar, nunca he dicho una palabra más alta que otra. Pero ¡qué queréis!, yo no sirvo para estar aquí siempre... Si no hubiera sido hoy, habría sido mañana, diablos... y ahora que el Vikingo y el Manchurri se marchan, yo me voy con ellos... Volveré cuando me canse... si es que queréis recibirme, ¡vaya!

—Tú ya sabías algo, ¿verdad? —dijo Edy, mirando a Sergio con fijeza.

—Algo, sólo algo; muy poco; nada... —contestó Sergio—. Ya hacía días que Marta estaba nerviosa... De todas maneras, es una sorpresa... una sorpresa para todos...

—Naturalmente —dijo Edy, de forma más bien seca—. Una sorpresa. Supongo que es buen momento para echar una copa; acostaré al niño, y os sacaré una botella...

Parecía un tanto seria, cuando se levantó y entró en la casa.

—No le ha gustado —dijo el Vikingo, suavemente—. No le ha gustado que Marta se marche.

—A mí tampoco —contestó Sergio—. Oye, Marta... ¿quién me va a traer whisky de Abilene, si te vas? Ya sabes que ella no me deja, y que sólo bebía un poco cuando nos íbamos de caza tú y yo... Bueno, cuando pasábamos el día juntos en el monte, de vez en cuando, y bebíamos un poco, y todo eso... ¿Qué hago yo ahora?

—A ella no le ha gustado eso —repitió el Vikingo, mirando a Marta con intensidad, como si quisiera perforarla. Bajo esa penetrante mirada, la mujer rehuyó la vista, se retorció, sacó y volvió a guardar su cuchillo de monte, apagó el cigarro de

hoja, y al final, como un dique que se desborda, reventó.

—Claro que no le gusta a Edy —dijo—. Claro que no... ¿O es que crees que no estábamos de acuerdo las dos en que sólo bebieras cuando yo te traía algo de Abilene? ¿O es que crees que ella no lo sabía? ¡Por eso no le ha gustado! ¡Porque entre ella y yo te estábamos llevando muy bien... ahora que me voy, a ver qué pasará!

—Pero... ¡Marta!

El Manchurri se reía con toda la boca abierta, sin poder contenerse; en cuanto al Vikingo, una marcada sonrisa campeaba su rostro normalmente inexpresivo. El forastero, sin dejar de mirarlos a todos, no dijo nada.

—Mira, Sergio. Te estaba gustando demasiado el beber ginebra y whisky... y no ayudaba nada el que ese puerco del Capitán Grotton viniera por aquí con tanta frecuencia. De manera que Edy y yo nos pusimos de acuerdo un día, aunque ya lo estábamos en muchas otras cosas, y... ¡ya ves!

—Y también os pondría de acuerdo para echar al Capitán... Hace seis meses que no viene...

—A ver... —contestó Marta—. Como que Edy y yo íbamos a dejar que semejante elemento apareciera por aquí... Menuda le dimos un día entre las dos... No quieras saber...

—Bueno, bueno —dijo Sergio, ceñudo y serio, al mismo tiempo que Edy aparecía con una botella y unos vasos—. He de pensar en esto; he de pensar mucho... ya lo creo.

—Y yo también —dijo Edy, moviendo la bonita melena—. No me gusta que te vayas. Marta... no me gusta nada.

Marta alzó los hombros, sin decir una palabra, como si quisiera expresar: «¿Y yo qué puedo hacer?». Edy, en silencio, vertió medidas dosis de licor en los vasos, tendiéndolos, una vez llenos, a cada uno de los presentes.

—La vida es muy complicada —dijo Sergio, mirando tristemente el contenido de su copa—. Mucho más de lo que parece.

El chispazo dorado había desaparecido, sin dejar rastro. De la noche llegaba el aroma de las plantaciones de piñas, el rumor de las ramas agitadas por la leve brisa, el ruido del agua del arroyo saltando sobre los guijarros. Había una lucecita en el laboratorio de Mansour, y otra, más grande, en la casa de los Maranzano.

—Pero antes de que os marchéis, podríamos ir a ver qué pasa con esa nave...

—Bueno —contestó el Vikingo—. Pues nos vamos pasado mañana; igual da. Manchurri, ¿tienes los trajes de salvaje a punto?

—Sí que los tengo. Faltaría más que no tuviera toda esa cosa preparada, por lo que pudiera suceder.

—¿Y esos gusanos que fabricas con tela y con cera? —preguntó Sergio.

—También. Lo tengo todo... ¿es que he fallado yo alguna vez, preparando los bártulos adecuados?

—No, hombre.

Sergio parecía disgustado. Edy parecía disgustada. Marta no estaba muy contenta. El Vikingo los miró a todos, sin decir nada, y después al forastero, que, como de costumbre, tampoco dijo nada.

—Adiós cacerías por el monte —murmuró Sergio, sordamente—. Y ginebra... y los ratos contigo. Marta.

La mujer gruñó en voz baja, sin hacer ningún comentario.

—¿Volverás? —preguntó Edy, con cierta ansia.

—Sí que volveré... en cuanto me airee un poco por ahí. No te voy a dejar sola con este tipo... fíjate el mal genio que se le ha puesto... por una tontería.

—¿Y de la nave, qué? —preguntó el Manchurri.

Una sonrisa fue apareciendo poco a poco en el rostro de Sergio; una sonrisa que significaba muchas cosas... y quizás entre ellas, la más importante, que el viaje de Marta debía ser buen wu-wei.

—Iremos mañana —dijo Sergio, adoptando una expresión amenazadora—. Y debéis dejarme hablar a mí el primero... Yo Sergiok, gran jefe. ¿Vosotros, visitantes de las estrellas?



GABRIEL BERMÚDEZ CASTILLO. Nació en 1934, y actualmente vive en Zaragoza con su mujer y sus dos hijos, una niña de trece años y un niño de siete años. Confiesa escribir desde los 18 años, con intervalos alternativos de fiebre productiva, en los que redacta largas novelas que a veces quedan inconclusas, y otros intervalos de profunda abulia. En 1972 publicó su primer libro, *El mundo Hókum*, una colección de relatos cortos de sf, que recientemente ha sido reeditada por Ediciones Litho-Arte y uno de los cuales, *La isla verde*, mereció un premio en Trieste.

*Viaje a un planeta Wu-Wei* es su segunda obra publicada, y según su propio autor fue escrita casi de un tirón, con la ayuda de una máquina de escribir Hispano Olivetti eléctrica, dos cuadernos de anillas para tomar notas, un montón de libros de consulta y alguna que otra botella de vino de Cariñena. El resultado es una de las novelas de ciencia ficción más originales publicadas en España en los últimos años y, sin la menor duda, el descubrimiento de un valor literario que va a dar mucho que hablar.